

MIRCEA ELIADE

HISTORIA DE LAS CREENCIAS Y DE LAS IDEAS RELIGIOSAS

IV

HISTORIA DE LAS CREENCIAS
Y
DE LAS IDEAS RELIGIOSAS

I. *De la Prehistoria a los misterios de Eleusis.* 615 págs. y 112 ilustraciones.

II. *De Gautama Buda al triunfo del cristianismo.* 648 págs. y 102 ilustraciones.

III. *De Mahoma a las teologías ateas contemporáneas.*

IV. *Las Religiones en sus textos.* 790 págs. y 120 ilustraciones.

Del mismo autor:

Tratado de Historia de las Religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado. 2 vols. 278 y 270 págs.

La prueba del laberinto. 206 págs. y 8 ilustraciones.

MIRCEA ELIADE
Profesor de la Universidad de Chicago

HISTORIA DE LAS CREENCIAS Y DE LAS IDEAS RELIGIOSAS

IV

LAS RELIGIONES EN SUS TEXTOS



EDICIONES CRISTIANDAD
Huesca, 30-32

Título original de este tomo:
FROM PRIMITIVES TO ZEN
A Thematic Sourcebook on the History of Religions
publicado por Harper & Row, Nueva York 1967

Lo tradujo al castellano
J. VALIENTE MALLA

* * *

Este libro fue publicado en edición de bolsillo y trad. de E. J. Míguez y D. Rocco de Vignolo por Asociación Editorial La Aurora (Buenos Aires 1977), con el título: *De los Primitivos al Zen*

EDICIONES CRISTIANDAD, S. L.
Madrid 1980

ISBN: 84-7057-282-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7057-283-0 (Tomo IV)
Depósito legal: M. 14.081.—1978 (IV)

Printed in Spain

ARTES GRÁFICAS BENZAL, S. A. - Virtudes, 7 - Madrid-3

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

DIOSES, DIOSAS Y SERES SOBRENATURALES

SEGUNDA PARTE

MITOS DE LA CREACION Y DE LOS ORIGENES

TERCERA PARTE

EL HOMBRE Y LO SAGRADO

CUARTA PARTE

MUERTE, ULTRATUMBA Y ESCATOLOGIA

QUINTA PARTE

ESPECIALISTAS DE LO SAGRADO. HECHICEROS, MISTICOS Y FUNDADORES DE RELIGIONES

SEXTA PARTE

ESPECULACIONES SOBRE EL HOMBRE Y DIOS

PREFACIO

La idea de componer esta antología de textos me vino durante los primeros años en que enseñé historia de las religiones en la Universidad de Chicago. Cuando explicaba un problema concreto, suponía que mis alumnos leerían al menos alguna de las fuentes originales básicas, pero pronto me vi en la incapacidad de recomendarles un libro en que pudieran hallar cierto número de textos básicos relativos, por ejemplo, a los dioses supremos, los mitos cosmogónicos, las concepciones de la muerte y del más allá, etc. Contamos, ciertamente, con fuentes, y algunas de ellas excelentes, para las religiones más importantes, pero no con antologías completas en que los documentos religiosos aparezcan clasificados por temas y materias. Por otra parte, pienso que el estudiante no podrá captar las diferencias y semejanzas estructurales como no sea leyendo varios textos religiosos relativos al mismo tema (cosmogonía, iniciación, mitos del origen de la muerte, etc.).

Toda clasificación de documentos religiosos implica un cierto grado de arbitrariedad. Por ejemplo, algunos de los textos que recogemos en el apartado de seres divinos podrían encajar también en los de cosmogonía o especulaciones religiosas. Pero esta antología está compuesta con la idea de que sirva primero para la *lectura* y luego para la *consulta.* El lector, si así lo desea, podrá utilizar el índice de referencias cruzadas para estudiar consecutivamente todos los textos referentes a una misma religión o a una determinada área cultural y religiosa, como Mesopotamia, Grecia, la India (o, en su caso, un sector de la religiosidad india, como el vedismo, el brahmanismo, el budismo, etc.) o los «primitivos» (pero también Australia, Oceanía, Africa, Asia, América del Norte y del Sur).

Un problema serio fue el espacio que había de darse proporcionalmente a los documentos que representaban a las distintas religiones y áreas geográfico-culturales. Mi intención era, naturalmente, incluir los textos religiosos más representativos. Por otra parte, la clasificación según los temas me exigía ilustrar todas las creencias, concepciones, ritos e instituciones religiosas importantes. Así, por ejemplo, he citado ampliamente el *Tao Te King,* los himnos védicos y las *Upanishads,* pero he tenido que ser más parco con los ritos chinos e indios.

Por razones obvias sólo ha sido posible recoger *in toto* un número limitado de documentos. Las omisiones en el cuerpo de un texto van indicadas con puntos suspensivos. En el caso de documentos muy extensos, como el *Enuma elish* o el *Poema de Guilgamesh,* se resumen las porciones omitidas. En algunos raros casos,

cuando el texto resultaba desproporcionadamente largo (por ejemplo, la clásica descripción que hace Radlov del sacrificio del caballo y la ascensión al cielo de los chamanes entre los altaicos, que ocupa más de cincuenta páginas impresas), ofrezco un amplio resumen con extensas citas literales. Al tratar de las técnicas del yoga he creído más conveniente ofrecer una exposición sistemática con numerosas citas de los textos originales en vez de reproducir pasajes completos del *Yoga-sutra,* texto difícil de entender aun con la ayuda del clásico comentario indio. Las notas explicativas se reducen a lo estrictamente esencial; en numerosos casos he recogido o adaptado las del traductor. Cuando ello parecía necesario, he presentado algunos textos o grupos de textos con un breve comentario (por ejemplo, los capítulos sobre iniciación, chamanismo, mitos del origen de la muerte). Mis comentarios van impresos en cursiva, los de otros autores en el mismo tipo que los documentos a que acompañan; se hace la correspondiente indicación al citar el original. Los paréntesis y corchetes se usan dentro de los documentos según el libro de que se ha tomado el texto.

He tratado de no utilizar materiales contenidos en libros y revistas raros o difíciles de conseguir. De este modo, el lector interesado en un tema específico podrá encontrar fácilmente una documentación complementaria. Con las mismas miras se preparó la bibliografía selecta que aparece al final del volumen; se enumeran únicamente los libros más útiles e importantes. Cuando he podido citar una monografía reciente sobre un determinado tema he juzgado innecesario citar otros libros.

Se han utilizado únicamente traducciones inglesas de los textos sagrados. En el caso del Próximo Oriente antiguo, la India, Grecia, China y Japón se han utilizado todas las traducciones competentes con que contamos, a fin de ofrecer al lector las diversas posibilidades de entender unos textos tan abstrusos y alejados de nuestra mentalidad. El mismo principio he seguido para seleccionar los documentos relacionados con las sociedades «primitivas», pre-literarias: me he limitado a las obras compuestas en inglés o traducidas a este idioma. Me apresuro a decir que si bien el término «primitivo» puede resultar equívoco, y sería conveniente sustituirlo por «pre-literario» o «arcaico», lo he mantenido, de acuerdo con la mayor parte de los autores, por razones de comodidad.

He tratado de incluir documentos de casi todas las tradiciones religiosas importantes, desde la religión primitiva hasta el Próximo Oriente antiguo, el Islam, el budismo tardío y el Zen. No he incluido los textos hititas y ugaríticos, ya que el estado fragmentario en que han llegado a nosotros hubiera exigido unos comentarios de-

masiado extensos. Más grave podrá parecer la omisión del judaísmo y el cristianismo, pero hubiera sido imposible presentar estas religiones sin hacer extensas citas del Antiguo y el Nuevo Testamento, y me pareció inútil aumentar el volumen y el precio de este libro reproduciendo unos textos tan conocidos. Sería interesante la publicación de un segundo tomo en que se recogieran también agrupados por temas los documentos judíos y cristianos. Por el momento, la omisión del judaísmo y el cristianismo podría dar al lector una idea poco exacta de la novedad y singularidad de la experiencia profética de Mahoma, así como de las especulaciones místicas y teológicas islámicas acerca del Dios único. Doy por supuesto, sin embargo, que la mayor parte de los lectores tendrá algún conocimiento de las otras dos tradiciones monoteístas anteriores.

Nadie que se proponga componer una antología como ésta puede esperar que queden complacidos todos sus colegas y mucho menos todos sus lectores. Por muy «objetivo» que sea al recoger, seleccionar y presentar los documentos religiosos, en última instancia se tratará de una elección personal. Deseo, sin embargo, indicar que este libro debe ser juzgado desde un punto de vista general, no desde el ángulo específico del antropólogo, el orientalista o el investigador de las lenguas clásicas. Como ya he indicado, este libro fue pensado para ser leído desde el principio al fin, no simplemente como una obra de consulta. Por las mismas razones he tratado de limitar al mínimo el aparato científico. No he querido componer una obra de investigación para uso exclusivo de los especialistas, sino un libro sencillo y al alcance de todo lector deseoso de conocer las creencias religiosas de sus semejantes.

He de dar las gracias a mi amigo y colega el profesor Joseph Kitagawa por ayudarme a seleccionar los materiales japoneses, a Rehova Arthur por haber mecanografiado cuidadosamente la mayor parte del manuscrito, a Alan Miller por leer cierto número de textos islámicos y a David Knipe por redactar y anotar las notas a los materiales indios y escandinavos. Agradezco a la señorita Nancy Auer su trabajo de mecanografiar y redactar la mayor parte de los documentos mesopotámicos, la ayuda que me prestó en diversas etapas de la composición de esta obra, así como la lectura y corrección de pruebas. Finalmente, estoy agradecido a mi esposa no sólo por haber mecanografiado cierto número de textos, sino por haberme animado a seguir y terminar este trabajo, al que estuve dedicado intermitentemente durante cinco años. De haber sabido que esta labor iba a resultar tan ardua, con seguridad no me hubiera embarcado en semejante proyecto. Mi único consuelo por

el tiempo y las energías que hube de consagrarle es que esta antología temática ayudará a los estudiantes y a los lectores interesados a conocer y comprender la vida religiosa del hombre antiguo y del no occidental.

MIRCEA ELIADE

Universidad de Chicago

PRIMERA PARTE

DIOSES, DIOSAS Y SERES SOBRENATURALES

A. *DIVINIDADES DE LOS PRIMITIVOS*
(Sociedades preliterarias)

1. SERES SOBRENATURALES AUSTRALIANOS

Creencias de las tribus del sudeste de Australia.

A continuación se recogen las creencias de los kulins, según aparecen en sus leyendas y de acuerdo con lo que me comunicaron los wurunjerris supervivientes. Tal como describen a *Bunjil,* creo que se parece a un anciano, el bondadoso *Ngurungaeta* o jefe de la tribu, con sus dos esposas, que eran *Ganawarra* (Cisne Negro), y su hijo *Binbeal,* el arco iris, cuya esposa era el segundo arco iris que a veces puede verse. *Bunjil* enseñó a los kulins el arte de vivir, y una leyenda afirma que por entonces los kulins se casaban sin tener para nada en cuenta el parentesco. Dos hechiceros *(Wirrarap)* acudieron a visitarle en el *Tharangalk-bek,* y él respondió a su consulta que los kulins debían separarse en dos grupos: «*Bunjil* a este lado y *Waang* a este lado, y *Bunjil* se casará con *Waang* y *Waang* se casará con *Bunjil*».

Otra leyenda refiere que *Bunjil* marchó finalmente al país del cielo con toda su gente (la leyenda dice «sus hijos») en un huracán que Bellin-bellin (el cuervo almizclero) dejó escapar de su odre cuando *Bunjil* se lo ordenó. Allí, según enseñaron los ancianos a los más jóvenes, permanece aún vigilante sobre los kulins. Ejemplo significativo de esta creencia es que Berak, siendo aún niño, «antes de que le crecieran las patillas», fue sacado por su *Kangun* (tío materno) fuera del campamento una noche; éste, señalando a la estrella Altair con su propulsor, dijo: «¡Mira! Ese es *Bunjil;* tú le ves y él te ve». Todo esto sucedió antes de que Batman se estableciera en las orillas del río Yarra, lo que prueba el carácter primitivo de esta creencia...

Para referirse a *Bunjil* se usa habitualmente la expresión *Mamingata,* «Padre Nuestro», en vez de su otro nombre, *Bunjil.*

Es curioso el hecho de que en las leyendas hay una fase en que predominan los elementos humanos sobre los animales. De hecho, no acierto a encontrar rastros de los segundos en él, porque siempre aparece como un anciano de color, no como un halcón, que es lo que su nombre denota. En cambio, otros personajes de las leyendas pueden ser el canguro, el hormiguero espinoso, la grulla..., con rasgos tanto humanos como animales.

Entre los kurnais, por causa de las ceremonias de iniciación,

el conocimento del ser equivalente a *Bunjil* está casi totalmente reservado a los hombres iniciados. Las ancianas saben que hay un ser sobrenatural en el cielo, pero sólo le conocen como *Mungan-ngaua,* «Padre Nuestro». Es en la última y más secreta parte de las ceremonias cuando se comunica a los candidatos todo lo referente a *Mungan-ngaua;* éste es el único nombre que le aplican los kurnais...

Por las referencias de Ridley podemos conocer las ideas acerca de *Baiame.* Aquí cito estas noticias en la medida en que me parecen suficientemente exactas. Omito el colorido que este autor parece añadirles como consecuencia de su mentalidad de misionero entre las gentes de color. Afirma que *Baiame* es el nombre que se da en Kamilaroi al hacedor (de *biai,* «hacer», «edificar») que creó y conserva todas las cosas. Generalmente permanece invisible, pero se cree que apareció una vez en forma humana y otorgó diversos dones a los de su raza. Uno de los primeros colonos del país de Kamilaroi cuenta lo siguiente, y con ello creo que nos aproximamos a la idea original de *Baiame* según las creencias de los aborígenes, libre de cualquier matización debida a nuestras creencias. Cuando se pregunta a un hombre de Kamilaroi «¿Quién hizo esto?», aludiendo a cualquier cosa, él contesta: *Baiame deah,* es decir, «Baiame, supongo». Se dice que Baiame llegó desde el oeste hace mucho tiempo a Golarinbri junto al Barwon, y que allí se quedó cuatro o cinco días antes de marchar hacia el este con sus dos esposas. Creen que alguna vez volverá de nuevo...

La creencia en *Daramulun,* el «Padre», y en *Biamban,* el «Amo», es común a todas las tribus que celebran el *Yuin Kuringal.* De esta ceremonia me he ocupado por extenso en la cuarta parte; ahora resumiré las doctrinas relacionadas con ella. Hace mucho tiempo vivía en la tierra *Daramulun* con su madre, *Ngalalbal.* Al principio, la tierra estaba desierta, «como el cielo, tan dura como una piedra», y la tierra era mucho más extensa que hoy, pues ocupaba parte del mar. No había ni hombres ni mujeres, sino sólo animales, aves y reptiles. El puso árboles sobre la tierra. Después de que Kaboka, el tordo, provocara una gran inundación en la tierra, que cubrió toda la zona costera, no quedó nadie, excepto algunos que salieron nadando del agua y se apiñaron en el Monte Dromedario. Entonces *Daramulun* marchó al cielo, donde ahora vive y vigila las acciones de los hombres. Fue él quien primero hizo el *Kuringal* y la bramadera, cuyo sonido representa su voz. Enseñó a los yuins lo que debían hacer y les dio leyes que los ancianos han transmitido de padres a hijos hasta el día de hoy. Otorgó a los *Gommeras* su poder de utilizar los *Joias* y otras artes mágicas.

Cuando un hombre muere y su *Tulugal* (espíritu) parte, *Daramulun* lo recoge y cuida. Lo que marcha hacia *Daramulun* es la sombra del hombre...

Parece claro que *Nurrundere, Nurelli, Bungil, Mungan-ngaua, Daramulun* y *Baiame* representan al mismo ser con diferentes nombres. A éstos pueden razonablemente añadirse *Koin,* de las tribus del lago Macquarie; *Maamba, Birral* y *Kobin,* de las que habitan junto al río Herbert, con lo que tendríamos que esta creencia se extiende con seguridad por toda Victoria y Nueva Gales del Sur hasta alcanzar los límites orientales de las tribus del río Darling. Si se incluyen las tribus costeras de Queensland, los límites occidentales vendrían señalados por una línea que iría desde la desembocadura del río Murray hasta Cardwell, incluyendo la Gran Cordillera Divisoria, y con penetraciones tierra adentro por Nueva Gales del Sur. De este modo quedaría acotada la zona de Australia, en que se da la creencia en un ser sobrenatural antropomórfico, que vive en el cielo, y del que se supone que ejerce alguna influencia en la vida moral de los nativos. Parece que en el resto de Australia no existe esta misma creencia, si bien hay indicios de que se cree también en seres antropomórficos que viven en el país del cielo...

Este ser sobrenatural, con cualquier nombre que se le conozca, habría vivido durante algún tiempo en la tierra, para ascender más tarde a una región situada más allá del cielo, donde actualmente mora y desde donde vigila a la humanidad. De *Daramulun* se dice que puede «ir a todas partes y hacer todas las cosas». Puede ser invisible, pero cuando se hace visible se manifiesta bajo la forma de un anciano de raza australiana. Evidentemente vive eternamente, pues existía desde el comienzo de todas las cosas y todavía está vivo. Pero si permanece en este estado, según creen los aborígenes, es simplemente porque no le ocurre como a los demás, que mueren prematuramente por culpa de la magia maléfica.

A. W. Howitt, *The Native Tribes of South-East Australia* (Londres 1904) 491-500.

Cf. también n.º 142.

DIOSES SUPREMOS AFRICANOS

Al igual que numerosos seres supremos de los pueblos «primitivos», los dioses supremos de gran número de grupos étnicos africanos son considerados creadores, todopoderosos, benévolos, etc. En la vida religiosa, sin embargo, tienen escasa importancia. Como

quedan muy remotos o son demasiado buenos para exigir un verdadero culto, se les invoca únicamente con motivo de graves crisis. (Cf. M. Eliade, «Tratado de historia de las religiones» I, Ed. Cristiandad, Madrid 1974, 70-78; cf. también la bibliografía que aparece al final del libro).

2. NZAMBI, EL DIOS SUPREMO DE LOS BAKONGOS

La tribu de los bakongos es originaria de las tierras bajas del río Congo.

Nzambi Mpungu es un ser invisible, pero muy poderoso, que hizo todas las cosas y también a los hombres, y hasta los fetiches que dio a éstos para su bien. «Si él no nos hubiera dado nuestros fetiches, todos nosotros hubiéramos muerto hace mucho tiempo». Interviene en la creación de cada niño, castiga a los que violan sus prohibiciones. No se le rinde culto, porque nada necesita y además es inaccesible. Sobre la tierra vive el hombre con sus constantes necesidades que debe satisfacer; los ancianos ocupan aquí una posición privilegiada. Por encima de todos está Nzambi, el Dueño soberano, inaccesible, que ha puesto aquí en la tierra al hombre para llevárselo un día, cuando le llegue la hora de la muerte. El vigila al hombre, lo encuentra allá donde esté y se lo lleva inexorablemente, sea viejo o joven... Entre las leyes hay *nkondo mi Nzambi,* «prohibiciones de Dios», cuya violación es considerada *sumu ku Nzambi* [un pecado contra Nzambi], cuyo castigo suele ser *lufwa lumbi,* «una muerte desastrosa».

Van Wing, *Études Bakongo* (Bruselas 1921) 170ss.

3. EL SER SUPREMO DE LOS ISOKOS (Nigeria del Sur)

La religión de los isokos comienza con Cghene, el ser supremo, del que se afirma que creó a todos los hombres, también a los isokos. Vive en el cielo, que forma parte de él, envía la lluvia y la luz del sol, y demuestra su ira mediante el trueno. Cghene está más allá de la inteligencia humana, nunca ha sido visto, es asexuado y sólo se le conoce a través de sus obras, lo que ha inducido a los hombres a hablar de Cghene llamándolo simplemente «él»; se le concibe como creador y, por consiguiente, como padre de

todos los isokos. Se le llama «nuestro Padre», nunca «mi Padre». Cghene premia siempre el bien y castiga el mal; a causa de esta creencia, los isokos condenan la hechicería y achacan a ésta todo lo malo que pueda ocurrir a un hombre honrado. Pero como Cghene se halla tan distante y es incognoscible, no tiene templos ni sacerdotes, ni se le ofrecen directamente plegarias o sacrificios. Para salvar el abismo que separa a Cghene de los hombres, él mismo designó un intermediario, que recibe el nombre de *uko Cghene,* «mensajero de Cghene», y al que se conoce también como *oyise.* Este *oyise* es un poste de unos dos metros y medio de largo, hecho de un tronco de *oyise,* que se erige después de presentar siete ofrendas a Cghene y en el terreno del miembro más anciano de la familia, y sólo de éste. Cada mañana deposita el más anciano de la familia su varilla de mascar ante este poste, y ofrece una plegaria por la familia y por el poblado. A través del *oyise* se puede invocar a Cghene en tiempos de apuro o calamidad.

James W. Telch, *The Isoko Tribe:* «Africa» 7 (1934) 160-173.

4. NGAI, EL DIOS SUPREMO DE LOS KIKUYUS

Los kikuyus son una tribu de lengua bantú de Africa Oriental.

Tenemos primero Gothaithaya Ngai, que significa «suplicar a Ngai» o «adorar a Ngai». Ngai es el nombre del dios sumo. La diferencia entre el culto de la divinidad y el culto de los antepasados se evidencia en el hecho de que nunca se usa Gothaithaya en conexión con los espíritus de los antepasados.

Concepto de la divinidad. Los kikuyus creen en un solo Dios, Ngai, creador y dador de todas las cosas. No tiene padre, madre o compañero de ninguna clase. Ama u odia a los hombres según la conducta de éstos. El Creador vive en el cielo, pero tiene moradas temporales en la tierra, situadas sobre las montañas, en las que descansa durante su visitas, que vienen a ser como una gira de «inspección general», *Koroora thi,* en las que reparte bendiciones y castigos a los hombres... Ngai no puede ser visto por ojos mortales. Es un ser distante y apenas se interesa por la vida cotidiana de los individuos. Pero se le invoca en los momentos críticos. En el nacimiento, la iniciación, el matrimonio y la muerte de todo kikuyu se establece comunicación con Ngai para que proteja al individuo en semejante trance. Las ceremonias que se celebran con ocasión de estos cuatro acontecimientos no dejan lugar a duda sobre

la importancia de la ayuda espiritual que les es esencial... En el curso normal de la vida cotidiana no hay oraciones o ceremonias religiosas, tales como las «oraciones de la mañana y de la noche». Mientras las cosas marchan bien, se supone que Dios está contento con la conducta de las personas y el bienestar del país. En esta situación feliz no hay necesidad de plegarias. Realmente tampoco son aconsejables, pues no hay que importunar innecesariamente a Ngai. Sólo cuando los hombres se encuentran en una verdadera necesidad es llegado el momento de dirigirse a él sin miedo a incomodarle y a provocar su enojo. Sin embargo, cuando la gente se reúne para resolver un pleito o para celebrar las danzas públicas, le ofrecen plegarias pidiendo su guía y protección. Cuando un hombre es herido por el rayo se dice: «Ha sido abatido y hecho añicos por haber visto a Ngai en el momento de hacer restallar sus articulaciones al disponerse a abatir y arrojar fuera a sus enemigos».

Se afirma que el relámpago es una manifestación visible de alguna de las armas de Dios, que él envía ante sí para avisar a los hombres de su llegada y para abrirse camino. Su venida sólo es conocida por el estruendo de sus propios preparativos. El trueno es el chasquido de sus articulaciones, como cuando un guerrero se prepara para el combate.

Jomo Kenyatta, *Kikuyu Religion, Ancestor-Worship, and Sacrificial Practices:* «Africa» 10 (1937) 308-328.

5. LEZA, EL DIOS SUPREMO DE LOS BA-ILAS (Rhodesia del Norte)

Hace mucho tiempo, los ba-ilas no sabían nada de las cosas de Leza. No, lo único que sabían es que Leza los había creado, y que no se altera por nada cuando tiene que hacer cosas. Pero ahora, cuando la estación húmeda resulta molesta y él no hace llover de una vez, entonces piden a Leza cosas distintas, y dicen: «Leza nos fastidia con no llover», pero cuando luego llueve mucho, dicen: «Leza hace caer lluvia en exceso». Cuando se hace sentir el frío, dicen: «Leza hace frío», pero cuando es al contrario, dicen: «Leza es demasiado caliente, que se cubra pronto de nubes». De todas formas, como Leza es compasivo, o sea, que es misericordioso, no se enoja, no deja de llover ni deja de hacerles bien a todos. No, lo mismo si maldicen que si se burlan de él o refunfuñan, nunca deja de hacerles bien a todos y en todo tiempo, y por eso ellos confían siempre en él. Pero en cuanto a ver siempre su cosas, no,

los ba-ilas nada saben, y todo lo que dicen es: Leza es el bondadoso; es alguien a quien le pides diferentes cosas. Nosotros, los ba-ilas sólo creemos lo que sabemos.

Edwin W. Smith y A. M. Dale, *The Ila-speaking People of Northern Rhodesia* II (Londres 1920) 199.

6. EL SER SUPREMO DE LOS HEREROS

Los hereros forman una tribu bantú de Africa Sudoriental.

«Los hereros conocen un ser supremo al que designan con dos nombres, Ndjambi Karunga. El nombre Karunga es de origen ovambo, y sólo lo conocen aquellos hereros que en tiempos antiguos tuvieron contactos con los ovambos...

Ndjambi es el dios celeste. Vive en el cielo, pero es omnipresente. Su característica más destacada es la bondad. El es el origen de la vida humana, que de él sigue dependiendo. Los que mueren de muerte natural son llevados por Ndjambi. Como es un ser bondadoso, las gentes no le temen, sino que sienten una gran veneración hacia él. Sus bendiciones son consecuencia de esa bondad, y a cambio de ellas no impone exigencia moral alguna, por lo que la creencia en Ndjambi no se traduce en normas morales, ni la veneración que se le tiene adopta la forma de culto. A lo sumo se invoca su nombre en acción de gracias por la buena fortuna inesperada o se le reza cuando fallan todos los demás medios de pedir ayuda. Por lo demás, no está permitido pronunciar su nombre.

Como respuesta a una pregunta que hice a una mujer tjimba en el Kaokoveld a propósito de la morada de Ndjambi Karunga, ella dijo: «El está en las nubes, porque, cuando se alzan las nubes, su voz se deja oír claramente». Al seguir indagando pude averiguar que los tjimbas consideran a Ndjambi dador de la lluvia» (H. Vedder, *The Native Tribes of South-West Africa* [Capetown 1928] 164).

Es significativo lo que dice el doctor Vedder acerca de que no puede pronunciarse el nombre sagrado. Explica en parte, aunque no del todo, el hecho de que los misioneros que vivieron en estrecho contacto con los hereros desde 1844 oyeron su nombre por vez primera en 1871.

Dr. H. Vedder, citado y comentado por Edwin W. Smith (ed.), *African Ideas of God: A Symposium* (Londres ²1950) 132-133.

7. RALUVHIMBA, EL DIOS SUPREMO DE LOS VENDAS

Los vendas son una tribu bantú del norte del Transvaal.

El nombre está compuesto del prefijo *Ra-*, de sentido honorífico y posiblemente relacionado con la idea de «padre», y de *luvhimba*, el águila, es decir, el ave que vuela más alto. Simboliza el gran poder que recorre el cosmos y se sirve de los fenómenos celestes como de su instrumento propio.

«Raluvhimba está relacionado con el comienzo del mundo, y se supone que vive en algún punto del cielo. Tiene relación con los fenómenos físicos y astronómicos... Una estrella fugaz es Raluvhimba que va de viaje; su voz se deja oír en el trueno; los cometas, rayos, meteoros, terremotos, la sequía prolongada, las inundaciones, pestes y epidemias, en resumen, todos los fenómenos naturales que de algún modo afectan a los hombres son otras tanta manifestaciones del gran dios. En las tormentas se aparece como un gran fuego cerca del kraal del jefe, desde el que comunica sus deseos al jefe en la voz del trueno; este fuego desaparece siempre antes de que ningún ser humano pueda llegar hasta él. Cuando tienen lugar estas visitas, el jefe entra en su cabaña y, dirigiéndose a Raluvhimba con el título de *Makhulu* [Abuelo], conversa con él, mientras que la voz del dios le contesta unas veces desde el techo de la cabaña y otras desde un árbol próximo; Raluvhimba se marcha luego haciendo oír nuevamente el sonido del trueno. A veces se enoja con el jefe y toma venganza del pueblo enviando la sequía o la inundación, o también abriendo una enorme caja que hay en el cielo y descargando sobre la tierra una nube de langostas» (H. A. Stayt, *The Bavenda* [Oxford 1931] 236).

Se dice que Raluvhimba acostumbraba manifestarse de tiempo en tiempo como una gran llamarada sobre una plataforma rocosa encima de cierta caverna. Junto con el fuego se dejaba escuchar un estrépito como de hierros que entrechocaban. Al oírlo, el pueblo gritaba de alegría, y sus gritos resonaban por todo el país. El jefe ascendía a la plataforma, donde invocaba a Raluvhimba, le daba gracias por manifestarse y pedía para su pueblo la lluvia, la felicidad y la paz.

En ocasiones todo el pueblo le rinde espontáneamente una acción de gracias de una manera que resulta totalmente desacostumbrada entre los bantúes meridionales. El reverendo G. Westphal, de la misión de Berlín, relata que en 1917 apareció un bólido en pleno día, produciendo a su paso un extraño zumbido al que siguió un estruendo como si hubiera estallado un trueno. Este portento

fue acogido por el pueblo no con espanto, sino con gritos de alegría. Otro misionero, el reverendo McDonald, cuenta que después de un ligero temblor de tierra se produjo un extraordinario clamor entre aquella gente; las mujeres lanzaban gritos y todos batían palmas con gran alegría. «Toda la tribu daba gracias a Raluvhimba, que atravesaba su país». Todos aseguran que durante los terremotos escuchan un ruido parecido al trueno en el cielo. Entonces baten palmas para dar la bienvenida al misterioso dios y le ruegan: «¡Danos la lluvia! ¡Danos salud!».

El doctor H. A. Junod dice que se considera a Raluvhimba hacedor y modelador de todas las cosas, y también dador de la lluvia. Si ésta no cae en cantidad suficiente y surge la amenaza de la penuria, los hombres se quejan: «Raluvhimba quiere destruirnos». Lo mismo dicen cuando la inundación asola sus campos. En tiempos de sequía se ofrecen plegarias y sacrificios. En cierto sentido se considera a Raluvhimba como Providencia, que cuida no sólo de la tribu, sino de cada uno de sus miembros en particular. Cuando un hombre escapa por poco de perecer ahogado, dirá: «He sido salvado por Raluvhimba, Mudzimu».

Se identifica a Raluvhimba con Mwari (o Nwali), cuya morada terrena (al igual que la de Yahvé en el Monte Sinaí) se halla en los Montes Matopo de Rhodesia del Sur. Los vendas acostumbraban enviar cada año un mensajero especial (cuyo oficio era hereditario) con un toro negro y una pieza de tejido negro como ofrenda a Mwari. El toro negro se soltaba en un bosque para que se uniera al gran rebaño del dios que allí se había ido juntando.

Edwin W. Smith, *The Idea of God among South African Tribes,* en Smith (ed.), *African Ideas of God* (Londres [2]1950) 124-126.

Cf. también n.os 51, 67, 91, 126, 127, 299.

INDIOS NORTEAMERICANOS

8. WAKAN TANKA, LA DIVINIDAD SUPREMA DE LOS DAKOTAS

Ofrecemos a continuación las palabras de Sword, un oglala de la sección teton de los indios dakotas, recogidas por J. R. Walker.

Todas las cosas que hay en el mundo tienen un espíritu, y ese espíritu es *wakan.* Así, los espíritus de los árboles o de las cosas de este tipo, aunque no son como el espíritu del hombre, son tam-

bién *wakan. Wakan* procede de los seres *wakan.* Estos seres *wakan* son mayores que la humanidad en el mismo sentido en que la humanidad es mayor que los animales. No han nacido nunca y nunca mueren. Pueden hacer muchas cosas que no pueden hacer la humanidad. La humanidad puede pedir ayuda a los seres *wakan.* Hay muchos de estos seres, pero todos pertenecen a cuatro categorías. La expresión *Wakan Tanka* significa todos los seres *wakan,* pues todos ellos son como si no fueran más que uno. *Wakan Tanka Kin* significa el jefe o el más importante de los seres *wakan,* que es el sol. Sin embargo, el más poderoso de los seres *wakan* es *Nagi Tanka,* el Gran Espíritu, que también es *Taku Skanskan,* que significa el Azul, en otras palabras, el cielo... La humanidad puede rezar a los seres *wakan.* Si su oración se dirige a todos los seres *wakan* buenos, rezarán a *Wakan Tanka;* pero si la oración se ofrece a uno solo de estos seres, entonces hay que designar por su nombre al que se quiere invocar... *Wakan Tanka* es como dieciséis personas distintas, pero cada persona es *kan.* En consecuencia, todos son como si fueran uno solo.

J. R. Walker, *The Sun Dance and Other Ceremonies of the Oglala Division of the Teton Dakota* (American Museum of Natural History, «Anthropological Papers» XVI, II [1917] 152-153).

9. EL «GRAN ESPIRITU» DE LOS LENAPES

Los indios lenapes (o delawares), importante tribu algonquina, ocupaban una extensa zona desde Ontario hasta la región del Atlántico medio hacia el sur. A occidente se hallaban establecidos principalmente en Oklahoma.

Todos los lenapes hasta ahora interrogados, lo mismo los seguidores de la religión indígena que los convertidos al cristianismo, están concordes en afirmar que su pueblo siempre creyó en un *Mani 'to* principal, jefe de todos los dioses, es decir, en un Gran Espíritu o ser supremo, ya que los restantes *mani 'towuk* son en su mayor parte simples agentes designados por él. Su nombre conforme al uso unami actual es *Gicelĕmû 'kaong,* que habitualmente se traduce por «gran espíritu», pero que literalmente significa «creador». Directamente o a través de sus agentes, los *mani 'towuk,* creó la tierra y todo cuanto hay en ella, y dio a los lenapes todo lo que poseen, «los árboles, las aguas, el fuego que brota del pedernal, todas las cosas». El pueblo le reza en las gran-

des ceremonias y le da gracias por los beneficios recibidos de su mano. Pero la mayor parte de sus devociones va dirigida directamente a los *mani 'towuk,* sus agentes, a cuyo cargo ha puesto él los elementos, y con los que el pueblo se siente en relación más directa y personal, ya que se ve su intervención en cada aurora y en cada tormenta, en cada ráfaga de viento que cruza el bosque o la pradera. Por otra parte, como el Creador vive en el duodécimo o más elevado de los cielos que hay por encima de la tierra, es preciso dar doce gritos para llegar a su oídos.

M. R. Harrington, *Religion and Ceremonies of the Lenape* (Nueva York 1921) 18-19.

10. TIRAWA, EL DIOS SUPREMO DE LOS PAWNEES

Los pawnees se contaban en otros tiempos entre las más poderosas tribus de los indios de las llanuras. Ocupaban las orillas del río Platte, en Nebraska, y llegaban hasta el río Arkansas por el sur. Actualmente viven sobre todo en Oklahoma.

«Los blancos —dijo el kurahus— hablan de un Padre celestial; nosotros decimos Tirawa atius, el Padre de arriba, pero no nos imaginamos a Tirawa como una persona. Creemos que Tirawa es como si estuviera en todas las cosas, como el Poder que ha dispuesto y ha hecho bajar de arriba todo lo que necesita el hombre. Nadie sabe a qué se parece Tirawa atius, el Poder de arriba; nadie ha estado allí».

Cuando Kawas explica al kurahus el significado de los signos que aparecen por el este, «le dice que Tirawa atius se inclina sobre la oscuridad, la Noche, y le hace producir la Aurora, hija de la Noche y de Tirawa atius, cuya presencia sienten todos los poderes y todas las cosas de arriba y de abajo, y que les comunica nueva vida para el nuevo día...».

H. B. Alexander, *The World's Rim* (Lincoln, Neb. 1953) 132, citando y resumiendo a Alice C. Fletcher, *The Hako: A Pawnee Ceremony* (Bureau of American Ethnology, Twenty-second Annual Report 2; 1904).

Cf. también n.^{os} 44 y 45.

11. EL SER SUPREMO DE LOS MAORIES (Polinesia)

El núcleo de la teología esotérica de los maoríes era el concepto del supremo Io, que permaneció completamente desconocido para los investigadores extranjeros durante muchas décadas después de los primeros contactos entre los europeos y los maoríes. No puedo evitar la idea de que nuestra falta de noticias acerca de este ser supremo en otros grupos de islas se debe principalmente al hecho de que su conocimiento estaba reservado al antiguo sacerdocio, cuyas normas pudo obligarle a ocultar a los extraños la parte más sagrada de su sabiduría; su instinto práctico, por otra parte, tenía que inclinarles a proteger sus veneradas creencias frente a unos extraños que mostraban la actitud típica de prácticamente todos los primeros investigadores. Con el antiguo sacerdocio murió también el conocimiento de la más sagrada sabiduría polinesia. A continuación citamos un buen ejemplo de la actitud que adoptaban los sacerdotes maoríes ante las indagaciones indiscretas y poco respetuosas. Escribe Tregear:

«C. O. Davies cuenta que cuando intentó preguntar a un anciano sacerdote sobre el tema del antiguo culto maorí del ser supremo, se le negó la información solicitada y le fue sugerido al mismo tiempo que se dirigiera a otro sacerdote que vivía a unos 150 km. Probablemente este sacerdote le hubiera remitido a otro, y así sucesivamente. Todo iniciado en los sagrados misterios estima que el saber recibido es un depósito que debe guardar frente a la curiosidad del mundo exterior, y de ahí que sólo en circunstancias muy excepcionales sea posible conseguir alguna información. A ciertos dioses sólo se les podía nombrar en los *whare kura* y *wharewanagna* (templos) de la tribu. Pronunciar el 'nombre inefable (Io)' bajo techado de cualquier tipo se considera la más terrible de las blasfemias, un sacrilegio que sólo un ignorante (de las cosas de la religión) como un europeo podía atreverse a cometer. Incluso los nombres de los antepasados, descendientes de los dioses, no podían mencionarse en determinados momento o lugares sin que ello fuera considerado falta de respeto. Un estudiante europeo de las tradiciones maoríes se atrevió cierta vez a hablar con un anciano sacerdote al que encontró en un almacén sobre la historia antigua, haciéndole algunas preguntas al respecto. El maorí le volvió la espalda con muestras de disgusto, al tiempo que le hacía esta observación: 'No es éste el lugar apro-

piado para hablar de cosas tan venerables'... Sólo quien sintiera una gran estima hacia el investigador y estuviera dispuesto a hacer frente a terrores desconocidos se atrevería a dar respuesta a semejantes preguntas (acerca de las cosas sagradas) o a repetirle los himnos sagrados. No es raro que un sacerdote, después de haber hablado durante un rato, diga: 'Si continúo hablando, me sobrevendrá la muerte' o 'no debo repetir lo que sigue, pues ya no vive ningún sacerdote lo bastante santo para purificarme de semejante sacrilegio'. Otro dijo: 'La presencia del Dios cristiano ha impuesto silencio a los dioses maoríes, pero los dioses de los maoríes aún nos tienen bajo su poder, y si quebranto sus normas, me castigarán con la muerte'».

El mero hecho de la existencia de Io era desconocido a la mayor parte de los maoríes. Escribe Best:

«El número de los hombres iniciados en el culto de Io era muy reducido; sólo los pertenecientes a los grados supremos entre los sacerdotes y los miembros de las familias de alto rango podían alcanzar el conocimiento de los ritos relacionados con Io. Al parecer, el pueblo común no tomaba parte en ellos y es hasta dudoso que le fuera concedido conocer el nombre del ser supremo. Este culto de Io era de carácter esotérico, mientras que podríamos calificar como exotérico el de los dioses tribales menores. Todos los ritos y el ceremonial relacionado con Io quedaba en manos del sacerdocio superior, que no constituía un cuerpo muy numeroso. Podríamos decir que se trataba de un culto aristocrático, conocido sólo de algunos expertos y de los jefes más importantes. Es ciertamente muy probable que este credo superior resultara demasiado elevado para las inteligencias ordinarias, y que los hombres llanos prefiriesen tratar con divinidades más accesibles y menos éticas.

Es interesante advertir que no se ofrecía a Io ningún tipo de oblación o sacrificio, y que no tenía ningún *aria* o forma de encarnación a semejanza de los dioses inferiores».

E. S. Craighill Handy, *Polynesian Religion* (Honolulú 1927) 95-96, citando a E. Tregear, *The Maori Race* (Wanganui 1904) 450-452, y E. Best, *Some Aspects of Maori Myth and Religion* (Wellington 1922) 20.

Cf. también n.º 47.

12. LA MADRE UNIVERSAL Y DIVINIDAD SUPREMA DE LOS KAGABAS (Colombia)

Los kagabas son un pueblo de Colombia, América del Sur.

«La madre de nuestros cánticos, la madre de toda nuestra progenie nos parió en el comienzo de todas las cosas, y por eso es la madre de toda clase de hombres, la madre de todas las naciones. Ella es la madre del trueno, la madre de los ríos, la madre de los árboles y de todas las cosas. Ella es la madre del mundo y de los hermanos antiguos, el pueblo de piedra. Ella es la madre de los frutos de la tierra y de todas las cosas. Ella es la madre de nuestros hermanos más jóvenes, los franceses y los extranjeros. Ella es la madre de nuestros adornos para la danza, de nuestros templos, y es ella la única madre que tenemos. Ella sola es la madre del fuego y del sol y de la Vía Láctea... Ella es la madre de la lluvia y la única madre que tenemos. Y ella nos ha dejado una prenda en todos los templos... una prenda en forma de cánticos y danzas».

No tiene ninguna forma de culto ni se le dirigen realmente oraciones, pero cuando los campos han sido sembrados y los sacerdotes cantan sus conjuros, los kagabas dicen: «Entonces pensamos en la madre única de las cosas que crecen, en la madre de todas las cosas». Se recuerda una plegaria: «Madre nuestra de los campos que maduran, madre nuestra de los ríos, ten piedad de nosotros. Porque, ¿a quién pertenecemos? ¿De quién somos progenie? A nuestra madre tan sólo pertenecemos».

P. Radin, *Monotheism among Primitive Peoples* (Nueva York) 15, citando a K. T. Preuss.

13. UNA EPIFANIA SUDAMERICANA DEL DIOS SOL (tribu de los apinayés, Brasil)

Los apinayés, una de las tribus gés del este de Brasilia, consideran al sol como creador y padre de los hombres. Se dirigen al Dios Sol llamándole «padre mío» y consideran hijos suyos a los hombres. Un jefe de aldea apinayé contó al antropólogo Curt Nimuendaju la siguiente experiencia.

«Estaba yo cazando cerca de las fuentes de la quebrada del Botica. Durante todo el día estuve inquieto y me sobresaltaba constantemente sin saber por qué.

De repente le vi de pie bajo las ramas inclinadas de un árbol.

Allí estaba erguido. Su maza apoyada en el suelo a su lado, y con la mano sujetando la empuñadura. Era alto y de tez clara, y sus cabellos descendían por detrás hasta casi tocar el suelo. Todo su cuerpo aparecía pintado, y por la parte externa de sus piernas se veían anchas bandas de color rojo. Sus ojos eran exactamente como dos estrellas. Era muy hermoso.

Supe en seguida que era él. Entonces perdí todo el valor. Se me erizó el cabello y me temblaban las rodillas. Dejé a un lado el arma, pues pensé para mis adentros que tendría que hablarle, pero me sentía incapaz de pronunciar una sola palabra, porque él me miraba sin pestañear. Entonces yo incliné la cabeza para serenarme y así permanecí un largo rato. Cuando me sentía ya algo más tranquilo, alcé la cabeza. Todavía estaba él allí y me miraba. Entonces me animé y di algunos pasos hacia él, pero luego no pude avanzar más porque mis rodillas me fallaban. Me detuve entonces otro buen rato, bajé la cabeza y traté de recuperar la calma. Cuando alcé los ojos de nuevo, él se había vuelto y marchaba lentamente por entre los matorrales.

Me sentí entonces muy triste. Estuve allí parado un largo rato después de que él hubo desaparecido, y luego caminé bajo el árbol, por donde él había estado. Vi las huellas de sus pies, pintadas de rojo con urucú en los bordes; al lado estaba la huella de su maza. Recogí mi arma y regresé a la aldea. Por el camino conseguí matar dos ciervos, que se me acercaron sin ningún miedo. Al llegar a casa conté todo a mi padre. Todos me regañaron entonces por no haber tenido el valor de hablarle.

Por la noche, estando yo desvelado, se me apareció otra vez. Le hablé entonces y él me dijo que me había estado esperando en el monte para hablarme, pero que como no me había acercado a él, se había marchado. Me llevó a alguna distancia de la casa y allí me señaló un lugar en el suelo donde, según me dijo, había algo guardado para mí. Luego desapareció.

A la mañana siguiente acudí allí corriendo y toqué el suelo con la punta del pie, dándome cuenta de que allí había enterrado algo duro. Pero vinieron otros a llamarme para salir de caza. Cuando volvimos, regresé de nuevo al lugar que él me había señalado, pero ya no encontré nada.

Hoy reconozco que fui muy estúpido entonces. De seguro que habría recibido de él una gran seguridad *(segurança)* si hubiera sido capaz de hablarle. Pero entonces yo era muy joven; hoy habría actuado de manera muy distinta».

C. Nimuendaju, *The Apinayé* (Washington 1939) 136-137.

14. EL AMO DEL CARIBU
(indios naskapis, Península del Labrador)

Una creencia de los indios naskapis de la Península del Labrador.

En el interior, entre la Bahía de Ungava y la Bahía del Hudson, hay un país lejano al que jamás irá ningún indio por las razones siguientes. Hay allí una cadena de grandes montañas de puro color blanco que no es de nieve, de hielo o de piedra blanca, sino de pelo de caribú. Tienen forma de casa, y por eso reciben el nombre de Casa del Caribú. Un hombre de la banda de los petisigabaus dice que son dos las casas que hay allí. En aquella enorme cavidad viven miles y miles de caribúes bajo el mando de un ser humano que es blanco y viste de negro. Algunos dicen que hay varios y que llevan barba. Es el amo de los caribúes y no permite que nadie se acerque a menos de ciento cincuenta millas de su morada bajo pena de muerte. Dentro de sus dominios, los animales tienen dos o tres veces el tamaño normal. Los pocos indios que se han aproximado a aquella región dicen que los caribúes entran y salen de su reino cada año, pasando por un valle entre dos elevadas montañas que están separadas unas quince millas. Y también se asegura que el pelo de los venados que hay sobre la tierra alcanza allí varios pies de profundidad, y que por muchas millas a la redonda se amontonan las cuernas abandonadas, formando una gruesa capa, de forma que las sendas por donde van y vienen los caribúes son como trincheras cuyos bordes quedan casi a la altura del pecho de un hombre, hasta el punto de que cuando un caribú joven pasa por una de ellas sólo se le puede ver la cabeza.

F. G. Speck, *Naskapi. The Savage Hunters of the Labrador Peninsula* (Norman, Okla. 1935) 84.

15. HAINUWELE Y EL «ASESINATO CREADOR»
(Ceram, Nueva Guinea)

Los marind-anims aplican el nombre de *dema* a los creadores divinos y seres primordiales que existieron en los tiempos míticos. Los *demas* son descritos unas veces en forma humana, otras como animales o plantas. El mito más importante narra el asesinato de la divinidad *dema* por los hombres *demas* del tiempo primordial. Especialmente famoso es el mito de la doncella Hainuwele, reco-

gido por A. E. Jensen en Ceram, una de las islas del archipiélago de Nueva Guinea. En sustancia dice así:

En los tiempos míticos, un hombre llamado Ameta salió a cazar y encontró un jabalí. Tratando de escapar, el animal se ahogó en un lago. En uno de sus colmillos halló Ameta un coco. Aquella noche soñó con el coco y recibió la orden de plantarlo, cosa que hizo a la mañana siguiente. A los tres días brotó un cocotero, que tres días más tarde floreció. Trepó Ameta al árbol para coger algunas flores y hacer con ellas una bebida, pero se cortó un dedo, del que brotó la sangre y cayó sobre una flor. Nueve días después encontró sobre la flor una niña. Ameta la tomó y la envolvió en hojas de cocotero. A los tres días se convirtió la niña en una muchacha casadera, y le puso el nombre de Hainuwele («rama de cocotero»). Durante las grandes fiestas de Maro, Hainuwele se puso en medio de la explanada de las danzas y estuvo nueve días repartiendo regalos entre los danzantes. Pero al noveno día cavaron los hombres una fosa en medio de la explanada y arrojaron en ella a Hainuwele durante el baile. Llenaron de tierra el hoyo y los hombres se pusieron a danzar encima.

A la mañana siguiente, viendo que Hainuwele no regresaba a casa, Ameta adivinó que había sido asesinada. Encontró el cuerpo, lo desenterró y lo descuartizó, enterrando los trozos en diversos lugares, excepto los brazos. Los trozos enterrados dieron origen a nuevas plantas desconocidas hasta entonces, especialmente tubérculos, que desde entonces son el principal alimento de los seres humanos. Ameta llevó los brazos de Hainuwele a otra divinidad *dema* llamada Satene, que trazó una espiral de nueve vueltas sobre una explanada de danzas y se colocó en el centro. Con los brazos de Hainuwele hizo una puerta y convocó a los danzantes, y les dijo: «Puesto que habéis matado, ya no viviré aquí. Me marcharé hoy mismo. Ahora tendréis que llegar hasta mí a través de esta puerta». Los que fueron capaces de atravesar la puerta siguieron siendo seres humanos. Los otros fueron cambiados en animales (cerdos, aves, peces) o espíritus. Satene anunció que después de marcharse ella, los hombres podrían encontrarla únicamente después de morir, y desapareció de la faz de la tierra.

A. E. Jensen ha demostrado la importancia de este mito para entender la religión y la visión del cosmos propia de los paleocultivadores. El asesinato de una divinidad *dema* por los hombres *demas,* antepasados de la humanidad actual, pone término a una era (que no ha de considerarse «paradisíaca») e inicia aquella en que ahora vivimos. Los *demas* se convirtieron en hombres, es decir, en seres sexuados y mortales. En cuanto a la divinidad

dema asesinada, sobrevive tanto en sus propias «creaciones» (alimento, plantas, animales, etc.) como en la casa de los muertos en que ha sido transmutada, o en el «modo de ser de la muerte», que se inaugura con su propia defunción.

M. Eliade, *Mito y realidad* (Madrid 1968) 114-123, citando, resumido, a A. E. Jensen, *Das religiöse Weltbild einer frühen Kultur* (Stuttgart 1948) 35-38.

B. *DIOSES DEL PROXIMO ORIENTE ANTIGUO, LA INDIA ANTIGUA Y JAPON*

16. ENKI, UN DIOS SUPREMO SUMERIO

«Enki y la ordenación del mundo» es uno de los más extensos y mejor conservados de los poemas sumerios que han llegado hasta nosotros. El poema comienza con un himno de alabanza a Enki; se ha perdido en parte y algunos pasajes resultan ininteligibles, pero, en general, parece ensalzar a Enki como el dios que vigila sobre el universo, de quien dependen la fecundidad de los campos y los huertos, de los ganados y los establos. Se desarrolla este tema con cierta amplitud; unas veces es el mismo Enki el que se alaba y otras son los dioses los que le ensalzan. Viene luego un pasaje, muy deteriorado, en que parecen describirse los diversos ritos y ceremonias que solían celebrar los más importantes sacerdotes y dirigentes espirituales de Sumer en el santuario de Abzu dedicado a Enki. Hay un cambio de escenario para mostrarnos nuevamente a Enki en todo su esplendor, pasando de una ciudad a otra para «decretar los destinos» y otorgar a cada cual la gloria que le corresponde. Hay dos países enemigos que no tienen esta misma suerte; el dios los destruye y les arrebata sus riquezas.

Dejando a un lado la cuestión de los destinos de los diversos territorios que integraban el mundo habitado de los sumerios, Enki realiza una serie de acciones vitales para la fecundidad y productividad de la tierra. Llena el Tigris de aguas vivificantes y designa luego al dios Enbilulu, «inspector del canal», para que se encargue de asegurar el buen funcionamiento del Tigris y el Eufrates. «Llama» al pantano y al cañaveral, los llena de peces y cañas, y los pone al cuidado de otra divinidad. Erige su propio santuario junto al mar y encarga de su custodia a la diosa Nanshe. De modo semejante «llama» al arado, al yugo y al surco, al campo de cultivo, al zapapico y al molde de hacer adobes; retorna a la meseta y la cubre de vegetación y ganados, establos y rebaños; fija límites a las ciudades y estados; finalmente presta su atención a las «labores femeninas», especialmente el telar y la confección de vestidos. Al frente de cada uno de estos ámbitos pone a una divinidad.

Finaliza el poema en una clave distinta, cuando la ambiciosa y agresiva Inanna se queja de haber sido olvidada y de no haber recibido poderes y prerrogativas especiales. Enki la tranquiliza recitándole la lista de sus atributos y competencias.

Enki, el rey del Abzu, todopoderoso en su majestad, habla con autoridad:

«Mi padre, el rey del universo,
me dio el ser en el universo,
mi antepasado, el rey de todos los países,
reunió todos los *mes,* puso los *mes* en mi mano.
Desde el Ekur, la casa de Enlil,
yo llevé la artesanía a mi Abzu de Eridu.
Yo soy la semilla fecunda, engendrado por el gran toro salvaje, yo soy el primogénito de An,
yo soy la 'gran tormenta' que surge del 'gran inferior', yo soy el señor del País,
yo soy el *gugal* de los caudillos, yo soy el padre de todos los países,
yo soy el 'hermano mayor' de los dioses, yo soy el que otorga la prosperidad cumplida,
yo soy el cronista del cielo y de la tierra,
yo soy el oído y la mente de todos los países,
yo soy el que ordena la justicia con el rey An en el estrado de An,
yo soy el que establece los destinos con Enlil en la 'montaña de *la sabiduría'*,
él puso en mi mano la determinación de los destinos del 'lugar donde sale el sol',
yo soy aquel a quien Nintu rinde homenaje,
yo soy el que ha recibido un nombre excelente de Ninhursag,
yo dirijo a los Anunnaki,
yo nací como primogénito del sagrado An».
Una vez que el señor hubo pronunciado (su) grandeza,
después de que el gran príncipe hubo proclamado su alabanza,
los Anunnaki acudieron ante él orando y suplicando:
«Señor que riges la artesanía,
que tomas decisiones, tú, el glorioso; Enki, ¡alabanza!».
Por segunda vez, a causa de su gran gozo,
Enki, el rey del Abzu, en su majestad, habla con autoridad:
«Yo soy el señor, soy el único cuyo mandato no se discute, soy el primero en todas las cosas,
a mi mandato han sido construidos los establos, han sido cerrados los apriscos,
cuando me dirigí al cielo, una lluvia de prosperidad se derramó del cielo,
cuando me dirigí a la tierra, hubo una gran inundación,
cuando me dirigí a sus verdes praderas,
los cabezos y los montículos se alzaron a mi voz».
....

[Después de la casi ininteligible descripción de los ritos de Enki, el dios procede a fijar los destinos de cierto número de ciudades. El de Ur es un ejemplo.]

El se dirigió el santuario Ur,
Enki, el rey del Abzu, determina sus destinos:
«Ciudad dotada de todo lo que conviene, bien regada de agua, toro bien afirmado,
estrado de abundancia de la meseta, rodillas abiertas, verde como una montaña,
progenie de Hashur, bien sombreada. El que señorea en virtud de su poder
ha encaminado tus *mes* perfectos,
Enlil, la 'gran montaña', ha pronunciado tu nombre encumbrado en el universo.
Ciudad cuyo destino ha sido fijado por Enlil,
Santuario Ur, que te eleves hasta el cielo».

....

[Enki llena luego la tierra con todos los elementos necesarios para la prosperidad, y pone a una divinidad al cargo de cada uno de ellos. Por ejemplo:]

El estableció el arado y el... yugo,
el gran príncipe Enki puso el «toro cornudo» en el...
abrió los surcos sagrados,
hizo crecer el cereal en el campo de cultivo.
El robusto, el labrador de Enlil,
Enkimdu, el hombre del caz y el dique,
al cargo de ellos le puso Enki.
El señor llamó al campo de cultivo, puso en él la variedad de los cereales,
amontonó su... cereal, la variedad de los cereales, el grano de *innuba* en montones,
Enki multiplicó los cabezos y montículos,
con Enlil repartió la abundancia por el País,
aquella que tiene la cabeza y el flanco moteados, cuyo rostro está cubierto de miel,
la Señora, la procreadora, el vigor de la tierra, la «vida» de los cabezas negras,
Ashnan, el pan nutricio, el pan de todos,
Enki la puso al cargo de todos ellos.

....

El construyó los establos, ordenó los ritos de purificación,
levantó apriscos, puso en ellos lo mejor de la gordura y de la leche,

llevó el gozo a los comedores de los dioses,
hizo prevalecer la prosperidad en la llanura cubierta de vegetación.
....
Llenó el Ekur, la casa de Enlil, de riquezas,
Enlil se alegró con Enki, Nippur está gozosa,
fijó los límites, los señaló con mojones,
Enki, para los Anunnaki,
erigió moradas en las ciudades,
señaló campos para ellos en el país,
el héroe, el toro que irrumpe fuera del *hashur* (bosque), que brama como un león,
el valeroso Utu, el toro que se afirma seguro, que muestra orgulloso su potencia,
el padre de la gran ciudad, el lugar en que se alza el sol, el gran heraldo del sagrado An,
el juez, el que toma decisiones entre los dioses,
el que lleva la barba de lapislázuli, que irrumpe desde el cielo santo, el cielo...,
Utu, el hijo nacido de Nergal,
Enki lo puso al cargo de todo el universo.
[El resto del poema está dedicado al desafío de Inanna y a la respuesta de Enki.]

S. N. Kramer, *The Sumerians. Their History, Culture and Character* (Chicago 1963) 174-183; de la misma obra (pp. 171-174) se han tomado los datos para el resumen introductorio.

Cf. también n.º 133.

17. EL DIOS SUPREMO EGIPCIO EN LA EPOCA DE LOS TEXTOS DE LOS SARCOFAGOS

(*Textos de los Sarcófagos,* 714)

Los llamados Textos de los Sarcófagos, *inscritos en el interior de los ataúdes egipcios, datan del Imperio Medio (2250-1580 a. C.).*

Yo era el [espíritu en ?] las aguas primordiales,
el que no tenía compañero cuando mi nombre empezó a existir.
La forma más antigua en que yo empecé a existir era la de un ahogado.

Yo era [también] el que empezó a existir como un círculo,
el que moraba en su huevo.
Yo era el que dio principio [a todas las cosas], el que moraba en las aguas primordiales.
Primero surgió de mi Hahu [1]
y entonces yo empecé a moverme.
Yo creé mis miembros en mi «gloria».
Yo fui mi hacedor, porque me formé conforme a mi deseo y de acuerdo con mi corazón.

R. T. Rundle Clark, *Myth and Symbol in Ancient Egypt* (Londres 1959) 74.

18. ATON, UN DIOS SUPREMO BISEXUADO

(*Texto de los Sarcófagos* I, 161ss)

Yo soy Atón, creador de los dioses más antiguos,
yo soy el que dio el ser a Shu,
yo soy el gran él y ella,
yo soy el que hizo todo lo que le pareció bien,
yo puse mi morada en el lugar que quise,
mío es el espacio de los que van pasando
como estos dos círculos serpentinos.

R. T. Rundle Clark, *Myth and Symbol in Ancient Egypt* (Londres 1959) 80.

19. DISCUSION ENTRE OSIRIS Y EL DIOS SUPREMO

(*Libro de los Muertos,* cap. 175)

Después de su muerte, Osiris se encuentra en el desolado mundo inferior y se lamenta de su suerte.

OSIRIS ¡Oh Atón! ¿Qué es este desierto al que he llegado?
No tiene agua, no tiene aire,
su profundidad es insondable, es negro como la noche más negra.
Ando desesperado y vagando por aquí.

[1] Hahu, el viento que inició la separación de las aguas y alzó el firmamento.

Aquí no se puede vivir en paz de corazón, ni los anhelos de amor pueden verse aquí satisfechos.

ATON En paz de corazón puedes vivir; yo ofrezco la iluminación en lugar del agua y del aire, y satisfacción y reposo en lugar del pan y la cerveza. Así habló Atón.

OSIRIS ¿Pero veré yo tu rostro?

ATON No permitiré yo que sufras tristeza.

OSIRIS Pero todos los demás dioses tienen su lugar en la Barca de millones de años.

ATON Tu puesto corresponde ahora a tu hijo Horus. Así habló Atón.

OSIRIS ¿Pero se le permitirá aniquilar a los Grandes?

ATON Le he permitido aniquilar a los Grandes, porque él heredará tu trono en la Isla de Fuego.

OSIRIS ¡Qué bueno sería que un dios pudiera ver a otro!

ATON Mi rostro se mostrará a tu rostro.

OSIRIS ¿Pero hasta cuándo viviré?, dice Osiris.

ATON Vivirás más de millones de años, una era de millones,
pero al final yo destruiré todas las cosas que he creado,
la tierra volverá de nuevo a ser parte del océano primordial,
como el abismo de las aguas en su estado original.
Sólo yo quedaré entonces, sólo yo y Osiris,
cuando yo me haya convertido otra vez en la Serpiente antigua
que no conoció ni hombre ni dios.
¡Qué bueno es cuanto yo he hecho por Osiris, un destino diferente del de todos los otros dioses!
Le he dado la región de los muertos, mientras que he puesto por heredero suyo en el Isla de Fuego sobre su trono a su hijo Horus;
Así le he dado un lugar en la Barca de millones de años, mientras que Horus queda en su trono para llevar adelante su obra.

OSIRIS ¿Pero no será también enviada el alma de Seth al Occidente, un destino distinto de todos los demás dioses?

ATON Yo mantendré su alma cautiva en la Barca del Sol, tal es mi voluntad,
De modo que ya no pueda aterrorizar al cortejo divino.

R. T. Rundle Clark, *Myth and Symbol in Ancient Egypt* (Londres 1959) 139-140.

20. AMENHOTEP IV Y EL HIMNO A ATON

Cuando Egipto se hallaba en la cumbre de su poderío como potencia mundial durante el Imperio Nuevo, el país se sintió conmovido por una nueva y revolucionaria doctrina religiosa que amenazaba con barrer los dogmas teológicos mantenidos durante siglos. Figura clave de este movimiento iconoclasta fue el faraón Amenhotep IV, que subió al trono en *ca.* 1370 a. C. como corregente de su padre Amenhotep III (*ca.* 1397-1360 a. C.). Este joven, de cuerpo frágil, con temperamento de soñador y animado del celo fanático de los reformadores, fue el inspirador de una descripción de su persona que lo presentaba como «el primer individualista de la historia» (J. H. Breasted). Tan romántica pareció esta figura a los historiadores que muchos le atribuyen la primera idea del culto del dios Aten, con el que se habría establecido la primera fe monoteísta.

Son, sin embargo, cada vez más numerosas las pruebas de que el culto de Atón se originó antes de la época de Amenhotep IV, probablemente ya durante el reinado de Tutmosis IV (*ca.* 1411-1397 a. C.). Es verosímil que el culto de Aten se desarrollara a partir del antiguo culto del dios sol heliopolitano, Ra. Al correr del tiempo, el carácter sincretista del pensamiento religioso egipcio condujo a la fusión de Ra con otras divinidades menores, como Atón, Horus y Amun, con la consiguiente asimilación de sus características y funciones. El nuevo culto rendía adoración al disco físico del sol (que en idioma egipcio se llamaba *aten),* despojado de sus adherencias mitológicas. De ahí que, excepto durante la primera época, no se usaran otras representaciones o imágenes de Atón que la del disco solar con sus rayos prolongándose hasta la tierra, cada uno de ellos terminado en una mano que empuñaba benéficamente el signo jeroglífico de la vida... En la nueva fe tenía importancia capital la idea de «vivir conforme a *ma'at*». Este importante término, *ma'at,* diversamente traducido por «justicia», «rectitud» o «verdad», significa básicamente el orden cósmico divinamente instituido. Durante el Imperio Medio había adquirido el matiz de la justicia social. Pero Akhenaton acentuó su significado de «verdad», entendiendo por tal la verdad subjetiva de los sentidos más que la verdad universal y objetiva, como se venía interpretando tradicionalmente. Esto concuerda con otra observación a propósito de la fe atenista, que su carácter era más intelectual que ético, cosa que se advierte en el Himno a Atón...

Por muy noble que desde diversos puntos de vista pueda juzgarse esta doctrina, lo cierto es que no logró el apoyo o la apro-

bación sino del círculo de cortesanos y partidarios que rodeaba a Akhenaton. Para el pueblo, el faraón era un dios, como se había creído siempre desde tiempo inmemorial, y el mismo Akhenaton nada hizo por cambiar esta fe. Sólo él y su familia estaban autorizados a ofrecer directamente el culto a Atón; el pueblo dedicaba sus oraciones al rey, y a través de éste le llegaban las bendiciones de Atón. Era lógico que una doctrina de carácter tan contemplativo e intelectual resultara incomprensible para el pueblo común, que la ignoró o asumió una postura hostil hacia ella. Este hecho, combinado con la falta de espíritu contemporizador, tan esencial a la mentalidad sincretista egipcia, acarreó el desastre al atonismo. Bajo el corregente y sucesor de Akhenaton, Smenkhkare, puede que incluso antes de la muerte del primero, se inició un movimiento de reconciliación con el culto de Amón-Ra. No pasaron muchos años y el atonismo ya había sido olvidado; el rey hereje Akhenaton fue anatematizado por las generaciones posteriores...

La primera estrofa exalta el esplendor de Atón cuando se alza en el cielo. Ra, el dios solar de Heliópolis, es identificado con Atón en el verso 7... En las dos estrofas siguientes se describe el terror de la oscuridad, cuando Atón se halla ausente del firmamento, en contraste con el gozo del día, cuando retorna para derramar sus rayos benéficos sobre la tierra... La cuarta estrofa habla de los poderes vitalizadores de Atón en el mundo de la naturaleza... Las estrofas quinta y sexta alaban a Atón como creador del universo... En la séptima estrofa se ensalza a Atón como dios universal que crea y da el sustento a todos los pueblos... La estrofa octava habla del cuidado que tiene Atón de los países extranjeros... En la siguiente estrofa se presenta a Atón como creador de las estaciones.

Tú apareces hermoso en el horizonte del cielo,
    oh Atón vivo, primero entre los vivientes.
Cuando te alzas por el horizonte de levante,
    llenas de hermosura todos los países.
Eres justo, grande, esplendoroso, y te elevas sobre todos los países;
    tus rayos abrazan los países hasta los confines de todo cuanto has hecho.
Eres Ra, y alcanzas hasta sus extremos
    y los subyugas [para] tu hijo amado;
Y aunque estés lejos, tus rayos caen sobre la tierra;
Tú estás en sus rostros, pero tus movimientos son desconocidos [?].

Cuando te pones por el horizonte occidental,
la tierra queda en tinieblas, semejante a la muerte.
Duermen los hombres en sus cámaras con la cabeza tapada,
los ojos del uno no ven los del otro.
Si alguien les quitara los bienes que están bajo sus cabezas,
ni siquiera se enterarían.
Salen de sus cubiles todos los leones,
todas las serpientes muerden.
Señorean las tinieblas, y la tierra quede en silencio,
Porque el que los hizo reposa en el horizonte.
Cuando rompe el día en el horizonte,
brillas como Atón diurno,
tú expulsas las tinieblas
y envías tus rayos.
Los dos Países ponen cara de fiesta,
despiertan y se ponen en pie,
porque tú los has levantado;
lavan sus cuerpos y toman sus vestidos;
sus brazos están [alzados] en adoración cuando apareces;
toda la tierra emprende sus tareas.
Todos los ganados se sacian en sus pastos;
verdean los árboles y las plantas.
Las aves que salen volando de sus nidos, sus alas están [extendidas] en adoración a tu alma;
brincan sobre sus patas todos los rebaños;
todo lo que vuela y se posa
vive cuando tú te alzas [para] ellos.
Remontan y descienden el río las barcas,
pues todos los caminos quedan patentes cuando tú apareces.
El pez salta en el río en tu presencia,
porque tus rayos están en medio del mar.
Tú creas el nacimiento en la mujer, y de la semilla haces seres humanos,
y sustentas al niño en el seno de la madre,
tú que le calmas con lo que enjuga sus lágrimas,
¡Tú le nutres aún en el vientre, dando aliento para sustentar a todos los que haces!
Cuando sale del vientre para respirar en el día de su nacimiento,
tú abres del todo su boca y satisfaces sus necesidades.

Cuando el pollito en el huevo picotea por dentro el cascarón,
tú le das aliento allí para que se mantenga vivo.
Tú le has señalado en el huevo el momento de romperlo,
para que salga del huevo a piar en el momento oportuno;
para que corra sobre sus patas cuando sale de él.
¡Cuántas son las cosas que tú has hecho, ocultas a la vista!
¡Tú solo dios, ninguno hay como tú!
Tú creaste la tierra conforme a tu voluntad, estando solo:
la humanidad, los ganados, todos los rebaños,
todo cuanto sobre la tierra camina sobre [sus] pies,
y cuantos hay allá arriba, volando con sus alas.
Los países extranjeros de Hurru y Nubia, el país de Egipto.
Tú pones a cada hombre en su sitio y satisfaces sus necesidades;
Cada cual tiene su alimento, y sus días de vida están contados.
Sus lenguas son diferentes en el habla, y lo mismo sus complexiones;
diversas son sus pieles, porque tú hiciste distintos a los extranjeros.
Tú creas el Nilo del mundo inferior,
y le haces discurrir porque quieres dar sustento a las gentes,
Porque las haces para ti,
Señor de todos, que te afanas por ellos,
Señor de todos los países, que te alzas para ellos,
tú, Atón diurno, grande en majestad.
En cuanto a todos los lejanos países extranjeros, tú les das vida,
porque has puesto un Nilo en el cielo,
que desde allí caiga para ellos,
formando oleadas en los montes como el mar,
para regar sus campos entre sus ciudades.
¡Qué magníficos son tus planes, señor de eternidad!
El Nilo del cielo es para los pueblos extranjeros,
para los ganados de todo país extranjero, que camina sobre sus patas,
mientras que el [verdadero] Nilo brota del mundo inferior para Egipto.
Tus rayos chupan todos los campos;
cuando tú te alzas, viven y florecen para ti.

Tú haces las estaciones para alimentar a todos los que hiciste:
el invierno para refrescarlos; el calor para que disfruten de ti.
Tú hiciste el cielo lejano para alzarte en él,
para ver todo cuanto hiciste.
Sólo estás, y te alzas en tu forma como el Atón viviente,
apareces y brillas, estás distante y cercano,
de ti solo sacas millones de formas:
ciudades, poblados, campos, el río...
Nadie te conoce
sino tu hijo Akhenaton,
porque le has dado el conocerte en tus planes y en tu poder.
La tierra empezó a existir por tu mano
del mismo modo que también los hiciste [a los hombres].
Cuando te has alzado, ellos viven;
cuando te pones, ellos mueren.
Porque tú eres la vida misma; por ti vivimos;
los ojos están fijos en [tu] hermosura hasta que te pones.
Toda tarea cesa cuando tú te pones por occidente;
cuando [tú] te alzas [tú] haces... florecer para el rey.
Como para todos los que corren sobre sus pies,
por siempre, desde que hiciste la tierra,
tú los suscitas para tu hijo, el que procede de ti,
el Rey del Alto y del Bajo Egipto, Akhenaton.

R. J. Williams, en D. Winton, Thomas (ed.), *Documents from Old Testament Times* (Londres 1958).

Cf. también n.os 54, 133, 272, 273.

21. VARUNA, EL DIOS OMNISCIENTE

«El conoce el sendero del viento...»

(*Rigveda* I, 25, 1-3.7-14)

1. Todas tus leyes, oh dios, oh Varuna, como somos hombres,
día tras día las violamos,

2. no nos entregues como presa a la muerte, para ser destruidos en tu ira,
a tu furor cuando estás enojado.
3. Para alcanzar de ti misericordia, Varuna, con himnos atamos tu corazón como ata
el auriga su caballo al poste...
7. El conoce la senda de los pájaros que vuelan en el cielo, y, soberano del mar,
conoce los barcos que hay en él.
8. Fiel a su ley santa, conoce las doce lunas con su progenie;
conoce la luna del último nacimiento [1].
9. El conoce el sendero del viento, del viento que se dilata, el viento alto y poderoso;
él conoce a los dioses que moran allá arriba.
10. Varuna, fiel a la ley santa, se sienta en medio de su pueblo, él,
el más sabio, se sienta para gobernarlos a todos.
11. Atento, desde allí, contempla todas las cosas estupendas, las que ya han sido
y las que después serán hechas.
12. Que el sapientísimo Aditya nos abra caminos justos todos nuestros días;
que nos prolongue nuestras vidas,
13. Varuna, el de la malla dorada, lo ha revestido de una vestidura esplendente;
en torno se sientan sus espías [2].
El dios a quien ningún enemigo amenaza, ni aun los que tiranizan a los hombres
ni los que inclinan su espíritu a la maldad.

R. T. H. Griffith, *The Hymns of the Rigveda* I (Benares 1889) 42-43.

22. «EL REY VARUNA ESTA ALLI...»

(*Atharvaveda* IV, 16, 1-6)

1. El gran guardián entre estos (dioses) lo mira todo de cerca. Si uno piensa que puede actuar en secreto, de todo se enteran los dioses.

[1] Los doce meses tienen por progenie a los días; la «luna del último nacimiento» podría ser un décimo tercer mes intercalar. No hay tiempo en que Varuna no actúe como testigo.

[2] Quizá los demás *adityas* (cf. *Rigveda* viii, 47, 11).

2. Si uno está en pie, camina o se desliza a escondidas, si merodea furtivamente, si se mete en su escondrijo, si dos se juntan para tramar sus planes, allí está el Rey Varuna como un tercero y se entera de todo.
3. Al Rey Varuna pertenece esta tierra y también el ancho cielo cuyos confines quedan tan lejos. Y estos dos océanos son los lomos de Varuna, que también se oculta en esta mínima (gota de) agua.
4. Si uno volara lejos, más allá del cielo, no podría librarse del Rey Varuna. Sus espías [1] vienen del cielo (a la tierra), y con miles de ojos escrutan la tierra.
5. Todo cuanto hay entre el cielo y la tierra observa el Rey Varuna, y todo cuanto se extiende más allá. Tiene contados los parpadeos de los hombres. Como un jugador (ganacioso) echa sus dados, así establece él estas (leyes) [2].
6. ¡Que tus redes fatídicas, siete a siete, triples, desplegadas atrapen al que dice falsedad; que dejen libre al que pronuncia la verdad!

M. Bloomfield, *Hymns of the Atharva-Veda,* en *Sacred Books of the East* XLII (Oxford 1897) 88-89.

23. VARUNA E INDRA

(Rigveda IV, 42, 1-7.10)

1. Como rey yo domino, mío es el imperio, y por dueño de toda vida, míos son también todos los inmortales.
   Los dioses acatan y cumplen la voluntad de Varuna. Soberano soy de la caterva que llena la más alta esfera.
2. Yo soy el Rey Varuna. A mí fueron otorgadas al principio las sublimes potestades celestes [1].
   Los dioses acatan y cumplen la voluntad de Varuna. Soberano soy de la caterva que llena la más alta esfera.
3. Yo, Varuna soy Indra, en su grandeza; estas dos dilatadas regiones, maravillosamente dispuestas,

[1] Los espías de Varuna son las estrellas, «los ojos de la noche» (RV x, 127, 1), los «escrutadores de los hombres» (AV xix, 47, 3ss).

[2] Del mismo modo que el jugador echa los dados que le dan la ganancia en el juego, así Varuna establece estas leyes.

[1] Varuna habla en las estrofas 1-4, insistiendo en la soberanía celeste que le corresponde como creador del universo y sustentador del orden cósmico (*rta*).

estas dos mitades del mundo poseo, aun como Tvashtar[2], y conozco todos los seres, los junté y mantengo unidos.

4. Yo hice fluir las aguas que la humedad difunden, y afirmé el cielo sobre el cimiento del Orden[3].
   Por Ley, hijo de Aditi[4], guardador de la ley, el mundo se desplegó conforme a las tres dimensiones.
5. Los héroes con sus nobles caballos, dispuestos para el combate, guerreros elegidos, me invocan en la pelea.
   Yo, Indra Maghavan[5], provoco el conflicto; yo agito la polvareda, señor de la fuerza incontenible.
6. Todo esto hice yo. Ni el poder avasallador de los dioses pudo nunca detenerme, porque nadie se me opone.
   Cuando las alabanzas y el jugo del Soma me llenan de gozo, se atemorizan ambas regiones ilimitadas.
7. Todos los seres conocen tus obras; todo esto comunicaste a Varuna, ¡oh gran ordenador!
   Famoso eres por haber dado muerte a los Vritras. Tú hiciste fluir las aguas represadas...
10. ¡Ojalá que, en medio de la abundancia, gocemos nosotros de la riqueza, los dioses de las ofrendas y el ganado de los pastos!
    Y esta vaca que nunca deja de dar su leche[6], oh Indra Varuna, dánosla cada día.

R. T. H. Griffith, *The Hymns of the Rigveda* II (Benares 1890) 163-165.

[2] Varuna, señor de *maya (mayin)*, se identifica aquí con el artífice divino, Tvashtar, que en los *Samhitas* tardíos aparece significativamente como padre de Indra y Varuna.

[3] *Rita*.

[4] Varuna, hijo de Aditi.

[5] Indra, el «Generoso», replica ahora en las estrofas 5 y 6. Sus alardes de poder físico, de éxito en el combate y de la «fuerza incontenible» de su potencia generativa son otras tantas ilustraciones de que, para este dios de la guerra, «la fuerza hace el derecho». Es rey por la fuerza, y en la siguiente estrofa (7) expresa el poeta su asombro por el hecho de que Indra haya logrado desafiar con éxito la soberanía de Varuna.

[6] Es decir, la riqueza.

24. «¿A QUE DIOS ADORAREMOS CON NUESTRA OFRENDA?»

(Rigveda X, 121, 1-10)

1. En el princípo surgió Hiranyagarbha [1] como señor único de todos los seres creados.
El fijó y afirmó la tierra y el cielo.
¿A qué dios adoraremos con nuestra ofrenda?
2. Dador del aliento vital, de la fuerza y el vigor, cuyos mandatos obedecen todos los dioses;
cuya sombra es muerte, cuyo esplendor hace inmortal.
¿A qué dios adoraremos con nuestra ofrenda?
3. El que en su grandeza se ha hecho ordenador único de todo el mundo animado que alienta y dormita;
el que es señor de los hombres y señor de los ganados.
¿A qué dios adoraremos con nuestra ofrenda?
4. Suyas, por su poder, son estas montañas cubiertas de nieve, y posesión suya llaman los hombres al mar y a Rasa [2];
éstos son sus poderes, suyas son las regiones celestes.
¿A qué dios adoraremos con nuestra ofrenda?
5. Por él están firmes los cielos, y la tierra bien cimentada; por él se sostienen el ámbito de la luz y la bóveda del cielo [3];
por él guardan su debida proporción las regiones medianeras del aire.
¿A qué dios adoraremos con nuestra ofrenda?
6. A él, sostenidos por su ayuda, dos ejércitos combatientes miran, al paso que sus espíritus se estremecen,
mientras sobre ellos brilla alto el sol.
¿A qué dios adoraremos con nuestra ofrenda?
7. Cuando surgieron las aguas poderosas [4], con el germen

[1] El «germen de oro». Compárese con la «semilla *(retas,* semen viril) primordial» de x, 12, 4. El estribillo con que concluye cada estrofa dice así: «¿A qué dios adoraremos?». El poeta trata de *señalar* con este himno al Uno que es la verdadera fuente del ser. Los recitadores posteriores, confundidos por la pregunta reiterada, imaginaron una divinidad llamada «Ka» («¿Quién?») a la que en adelante se dirigió este himno.

[2] El río mitológico que abarca la tierra y la atmósfera.

[3] Al igual que Varuna afirmó en su creación el cielo y la tierra (cf. vii, 1), aquí es Hiranyagarbha el que lleva a cabo esta misma obra de separación, creando de este modo un espacio intermedio *(antariksha).*

[4] Al igual que en x, 129, son ahora las aguas primordiales las que contiene sí el germen de la creación. Según el pasaje que ofrecemos, son el germen [illegible] y la forma ígnea de Agni los que son engendrados de las aguas. Tanto

universal, y produjeron a Agni,
de allí brotó el espíritu único[5] del dios.
¿A qué dios adoraremos con nuestra ofrenda?
8. En su poder determinó las inundaciones henchidas de fuerza productiva y el culto generativo[6].
El es dios de dioses y no tiene par.
¿A qué dios adoraremos con nuestra ofrenda?
9. Nunca nos herirá el que engendró la tierra, cuyas leyes son firmes, creador del cielo.
El que produjo las aguas grandes y brillantes.
¿A qué dios adoraremos con nuestra ofrenda?
10. ¡Prajapati![7]. Sólo tú abarcas todas las cosas creadas, y no tienes par.
Concédenos el deseo de nuestro corazón cuando te invocamos, y que gocemos de abundancia en la riqueza de nuestros bienes.

R. T. H. Griffith, *The Hymns of the Rigveda* IV (Benares 1892) 355-356.

25. «INDRA, EL QUE APENAS NACIDO SUPERO EN PODER A LOS DIOSES»

(*Rigveda* II, 12, 1-5.13)

1. El más sabio entre los dioses, que apenas nacido a todos superó en poder,
ante cuya vehemencia temblaron ambos mundos a causa de la enormidad de su coraje, ése, oh humanos, es Indra[1].
2. El que afirmó la tierra trémula,
el que aquietó las montañas agitadas;

Hiranyagarbha como Agni son los hijos áureos de las aguas, y reflejan esta coincidencia singular de la creación en el caos por la que el fuego resplandeciente brilla en el seno de las aguas tenebrosas y caóticas.

[5] El espíritu vivo *(asu)* de todos los dioses se manifiesta singularmente cuando Hiranyagarbha llega con las aguas de la inundación.

[6] O sacrificio generativo.

[7] Señor de las criaturas, respuesta a la pregunta del estribillo. Tenemos aquí un texto importante para los *Brahmanas* posteriores, en que Prajapati se identifica con el sacrificio y «crea de su sustancia todas las cosas».

[1] En contraste con Varuna y con los *asuras,* otro grupo de dioses, el de los *devas,* tiene por jefe a Indra, dios guerrero y también rey *(svaraj),* pero no como Varuna, que debe este título al hecho de haber desplegado el orden cósmico, sino en virtud de su propio ser dinámico.

el que abarca cual ninguno la inmensidad de los aires,
el que sujetó el cielo, ése, oh humanos, es Indra.
3. El que dio muerte a la serpiente y soltó los siete ríos,
el que sacó a las vacas después de abrir a Vala,
el que hizo brotar el fuego entre dos rocas,
victorioso en los combates, ése, oh humanos, es Indra[2].
4. El que hizo que todas las cosas perdieran aquí el sosiego[3],
el que sometió a la raza de los dasas[4] y la hizo desaparecer;
el que arrebató, como un jugador toma la apuesta, los
despojos del adversario, ése, oh humanos, es Indra.
5. El terrible del que se dice «¿dónde está?»
del que dicen también «no está».
El se apodera de los bienes del adversario como los jugadores
hacen con las apuestas. Creed en él; ése, oh humanos,
es Indra...
13. El cielo y la tierra se inclinan ante él[5];
ante su furor tiemblan hasta los montes.
Famoso bebedor de Soma, que con su brazo sujeta el rayo,
el que en su mano empuña el rayo, ése, oh humanos,
es Indra[6].

A. A. Macdonell, *A Vedic Reader for Students* (Oxford 1917) 45-54, *passim*, con ligeras modificaciones.

Cf. también n.os 56, 101, 115, 134-137.

[1] Se recuerdan aquí las famosas hazañas de Indra, que dio muerte a la serpiente Vritra, cercó las aguas cósmicas y soltó los siete ríos para bien de los hombres (cf. *Rigveda* i, 32). Vala, otro demonio, hermano de Vritra, también fue muerto a manos de Indra. El dios engendró de las nubes a Agni como un relámpago, del mismo modo que del pedernal se hace brotar el fuego. Todas las obras de Indra son consecuencia de su carácter generativo, que lo asemeja en potencia al toro.

[3] *Cyavana,* «sacudir»; el advenimiento del poderío de Indra sirvió para calmar los terremotos (estrofa 2), pero al mismo tiempo comunicó su agitación a los fenómenos naturales, que por ello adquieren un carácter transitorio.

[4] Las poblaciones no arias.

[5] Indra asume progresivamente en el *Rigveda* estas funciones que anteriormente habían correspondido a Varuna, hasta que llega un momento en que Indra se apodera de la soberanía (cf. *Rigveda* iv, 42, y x, 124).

[6] Indra es el mayor bebedor del *soma* que embriaga. Hace uso constantemente de su *vajra,* el rayo, contra sus adversarios.

26. UN HIMNO VEDICO A LA DIOSA TIERRA

(*Atharvaveda* XII, fragmentos)

1. Verdad, grandeza, orden universal *(rita)*, vigor, consagración, calor creador *(tapas)*, exaltación espiritual *(brahman)* y sacrificio sostienen la tierra. ¡Que esta tierra, señora de lo que fue y de lo que ha de ser, nos ofrezca un ancho espacio!
2. La tierra con sus alturas, sus laderas y sus llanuras verdes que llevan plantas de muchas virtudes, libre de la opresión que viene de entre los hombres, ¡que se dilate para nosotros, que nos ofrezca acomodo!
3. La tierra sobre la que han surgido el mar, los ríos y las aguas, los alimentos y las tribus de los hombres, sobre la que existen esta vida cambiante y el aliento, ¡que nos haga ser primeros en la bebida!
4. La tierra cuyas son las cuatro regiones del espacio en que han surgido el alimento y las tribus de los hombres, que lleva sobre sí tantas cosas que se mueven y respiran, ¡que nos ofrezca ganados y otros bienes!
5. La tierra sobre la que se extendieron antiguamente los primeros hombres [1], sobre la que vencieron los dioses a los *asuras* [2], ¡que nos dé toda suerte de ganados, caballos y caza, buena fortuna y gloria!
6. La tierra que todo lo lleva sobre sí, que procura riquezas, el cimiento, la de pechos dorados donde encuentran reposo todas las criaturas vivas, la que lleva sobre sí a Agni Vaishvarana [3], y con Indra, el toro [4], se empareja, ¡que nos otorgue sus bienes!
7. La ancha tierra, guardada atentamente por los dioses insomnes, ¡que destile para nosotros miel preciosa, y que más todavía nos rocíe de gloria!
8. Esta tierra que primero fue agua sobre el océano (del espacio), que los sabios (videntes) extrajeron con sus hábiles recursos [5]; cuyo corazón está en el cielo empíreo, inmortal,

[1] *Purvajana*, «hombres de los tiempos antiguos».

[2] Por la época en que se compuso el *Atharvaveda*, como ocurre también en el *Rigveda* tardío, los *asuras*, dioses soberanos bajo las órdenes de Varuna, se convierten en demonios; los *devas* son los dioses que los «vencieron».

[3] *Vaishvanara*, «que pertenece a todos los hombres», es epíteto frecuente de Agni, el fuego, y se refiere a su presencia ubicua.

[4] La potencia fecundante de Indra se caracteriza frecuentemente representándolo en forma de toro; aquí, «la tierra *(bhumi)* cuyo toro es Indra».

[5] *Maya*.

rodeada de verdad, ¡que nos otorgue su esplendor y su fuerza, (y que nos ponga) en la soberanía suprema!...

10. La tierra que midieron los *ashvins*[6], sobre la que caminó Visnú[7], que Indra, señor de la potencia, hizo amable para sí, ¡que como madre derrame su leche para mí, su hijo!

11. Tus altas montañas nevadas, y tus bosques, oh tierra, séannos propicios. Tierra parda, negra, roja, de muchos colores, tierra segura, protegida de Indra, en la que me he establecido, sin sofocar, sin matar, sin herir.

12. En medio de ti asiéntanos, oh tierra, en tu ombligo, en el vigor nutricio que ha brotado de tu cuerpo. ¡Purifícate para nosotros! La tierra es madre, y yo soy hijo de la tierra. Parjanya[8] es el padre. ¡También él nos guarde!

13. La tierra en que ellos (los sacerdotes) acotan el ara *(vedi)*, y, dedicados a toda obra (sagrada), practican el sacrificio, en la que, frente al sacrificio, están colocados los postes sacrificiales, erguidos y brillantes, ¡que esta tierra nos haga prosperar, prosperando ella misma!

14. Al que nos odia, oh tierra, al que nos combate, al que se nos muestra enemigo con su ánimo y con sus armas, ¡sométela a nosotros, anticipando con obras (nuestros deseos)!

15. En ti viven los mortales nacidos de ti misma, y llevas sobre ti a los bípedos y a los cuadrúpedos. Tuyas son, oh tierra, las cinco razas de los hombres, los mortales, sobre los que el alto sol esparce con sus rayos luz imperecedera...

22. Sobre la tierra ofrecen los hombres el sacrificio a los dioses, la oblación preparada. Sobre la tierra viven los hombres placenteramente por el alimento. ¡Que la tierra nos dé aliento y vida, y que nos conceda llegar a la ancianidad!

23. Con la fragancia, oh tierra, que se esparce sobre ti, que renuevan las plantas y las aguas, que gustan los *gandharvas* y los *apsaras*[9], hazme también fragante a mí. ¡Nadie más nos tendrá odio!...

[6] Los gemelos divinos, hermosos y médicos propicios entre los dioses, cuya carroza de oro recorre el cielo y la tierra en un día.

[7] Visnú, que en el *Atharvaveda* es todavía un dios menor, es exaltado aquí por sus grandes zancadas; con la primera cubrió el ancho espacio de la tierra, con la segunda abarcó todo el cielo y con la tercera recorrió todo el espacio trascendente.

[8] Una divinidad menor asociada con las lluvias y las nubes, así como con la fertilidad de la tierra. El verso 42 dice que la tierra es su esposa.

[9] Los *gandharvas* forman una clase de seres celestes de los que en ocasiones se dice que moran con sus ninfas, *apsarases,* en las aguas que cubren la tierra (cf. *infra,* n.º 116, el relato de Pururavas, Urvashi y el lago del loto).

40. Que la tierra nos muestre la riqueza que ansiamos, que Bhaga (fortuna) añada su ayuda, que venga aquí Indra como nuestro campeón.
41. La tierra sobre la que los mortales ruidosos cantan y danzan, sobre la que pelean, sobre la que resuena el bronco tambor, ¡que expulse a nuestros enemigos, que nos haga libres de nuestros adversarios!
42. Ante la tierra que lleva sobre sí el alimento, el arroz y la cebada, sobre la que viven las cinco razas de los hombres, ante la tierra, esposa de Parjanya, la que se fertiliza con la lluvia, nosotros nos postramos reverentes.
43. La tierra sobre la que se despliegan las ciudadelas construidas por los dioses, todas las regiones de esta tierra que es el vientre de todas las cosas. ¡Que Prajapati [10] nos la haga placentera!...
45. La tierra que lleva sobre sí gentes de múltiple y variada lengua, de costumbres diversas, conforme a sus moradas, como una vaca lechera que no cocea, ¡que haga correr para mí ríos a millares de abundancia!
46. La serpiente, el escorpión de veneno abrasador, que en tu seno invernan aletargados, el gusano y todo lo que bulle en la estación húmeda, oh tierra, no se acerquen reptando a nosotros. ¡Otórganos todo lo benéfico que hay sobre ti!...
48. La tierra sustenta al loco y al sabio, al malo y al bueno ofrece morada; acoge al jabalí y da espacio a los chacales...
52. La tierra que se reparten el día y la noche, las tinieblas y la luz, la ancha tierra cubierta y envuelta por la lluvia, ¡que nos dé a todos morada placentera!
53. Anchura me han dado el cielo y la tierra y el aire; Agni Surya [11], las aguas y todos los dioses juntos me otorgan sabiduría...
63. ¡Oh madre tierra, ponme con ternura en un lugar seguro! Con ayuda del (padre) cielo, tú que eres la más sabia, ¡hazme feliz y próspero! [12].

M. Bloomfield, *Hymns of the Atharva-Veda,* en *The Sacred Books of the East* xlii (Oxford 1891) 199-207.

Cf. también n.º 163.

[10] Señor de las criaturas y protector de la generación.
[11] El sol.
[12] *Vaitana-sutra,* 27, 8 prescribe que se recite este verso al descender de la plataforma sacrificial (cf. W. D. Whitney [trad.] y C. R. Lanman [ed.], *Atharva-Veda Samhita* [Cambridge, Mass. 1905] 672). Este himno es uno de

27. VISNU, EL DIOS COSMICO

(Vishnu Purana, 3, 17, 14-34)

Tú lo eres todo, tierra, agua, fuego, aire y espacio,
el mundo sutil, la naturaleza del todo *(pradhana),*
y la Persona *(pums)* que siempre permanece lejos.
¡Oh mismidad de todos los seres!
Desde el creador (Brahma) hasta la hoja de hierba
todo es tu cuerpo, visible e invisible,
dividido por el espacio y el tiempo.
Te adoramos como Brahma, Ser Inmenso, primera forma,
que surgió del loto de tu ombligo para crear los mundos.
Nosotros, los dioses, te adoramos en nuestro ser,
nosotros, el Rey del Cielo, el Sol, el Señor del Llanto,
el que vive dentro, los dioses gemelos de la agricultura,
el Señor del Viento, el Sacrificio, todos los que somos tus formas
mientras que tú eres nuestra mismidad.
Te adoramos en tus formas demoníacas, engañosas y estúpidas,
de pasiones salvajes, recelosas de la sabiduría.
Te adoramos en los genios, los *yakshas,*
con sus mentes obtusas, duras para el conocimiento,
sus facultades romas, codiciosos de los objetos de las palabras.
¡Hombre supremo! Nos postramos ante tus temibles formas maléficas
que merodean por la noche, crueles y engañosas.
¡Oh dador de recompensas *(Junardana)!*
Te adoramos como Ley eterna
por la que los hombres virtuosos, que moran en el cielo,
obtienen el fruto bienaventurado de sus obras justas.
Nos postramos ante los perfectos *(siddhas)* que son tus formas gozosas;
libres de contactos, penetran y se mueven dentro de todas las cosas.
¡Tú que apartas la tristeza *(Hari)!* Ante tus formas serpentinas nos postramos,
voluptuosas y crueles, cuyas lenguas hendidas no tienen piedad.
¡Tú omnipresente! Te veneramos como conocimiento

los pocos ejemplos de poesía inspirada y espontánea que encontramos en el *Atharvaveda.* «Se usa principalmente en las ceremonias *agrahayani,* con que concluyen los ritos dedicados a las serpientes y que tienen lugar durante la luna llena del mes Margashirsha». Se relaciona también con los ritos de fundación del hogar, la casa o la aldea (cf. Bloomfield, pp. 639-640).

en la forma pacífica de los videntes,
los sin culpa, los libres de pecado.
¡Tú que moras en el loto del corazón! Ante ti nos postramos
como entraña del tiempo que, al término de las edades,
devoras sin falta todos los seres.
Te adoramos como Señor del Llanto,
que danzas a la hora de la destrucción,
después de devorar a los dioses y a los hombres.
¡Oh dador de recompensas! Adoramos tu forma humana
atada por las veintiocho incapacidades *(badha)*,
dominada por las potencias de las tinieblas.
Ante ti nos postramos como vida vegetal *(mukhya rupa)*
por la que el mundo subsiste y que —en seis especies,
árboles, [rastreras, matorrales, plantas, hierbas y bambú]—
nutres los ritos sacrificiales.
¡Oh entidad del universo! Ante ti en tu forma elemental nos postramos,
de la que brotaron bestias y humanos,
dioses y seres vivos, éter y elementos,
sonido y todas las cualidades.
¡Oh entidad trascendente! Ante ti nos inclinamos como Causa de las causas,
forma capital más allá de toda comparación,
más allá de la Naturaleza *(pradhana)* y el Entendimiento.
¡Oh Todopoderoso *(Bhagavan)*! Nos postramos ante tu forma
que sólo los videntes captan, y en la que no hay
ni blanco ni otro color, ni anchura ni otra dimensión,
ni densidad ni otra cualidad.
Más puro que la pureza es
y está más allá de la esfera de la cualidad.
Ante ti nos inclinamos, el ingénito, el indestructible,
fuera del cual no hay sino la nada.
Eres el omnipresente dentro de todas las cosas,
como principio intrínseco de todas ellas.
¡Ante ti nos inclinamos, íntimo esplendor *(Vasudeva)*, semilla de todo cuanto existe!
Inmutable, inmaculado permaneces.
El ámbito supremo es tu centro, el Universo tu forma.
El Ingénito, Eterno, tú eres.

A. Daniélou, *Hindu Polytheism* (Nueva York 1964) 367-368.

28. EPIFANIA DE KRISHNA

(*Bhagavadgita* XI, fragmentos)

3. Así es, según te muestras,
   oh Señor supremo.
Yo deseo ver tu forma
   como Dios, oh Espíritu supremo.
4. Si piensas que puede
   ser visto por mí, oh Señor,
príncipe del poder místico, entonces
   muéstrame tu ser inmortal.
El Bendito dijo:
5. Contempla mis formas, hijo de Pritha,
   por centenares y por millares,
de diversas maneras, maravillosas,
   de colores y figuras diferentes...
8. Pero no podrás verme
   con tus propios ojos;
una mirada sobrenatural te concedo:
   contempla mi poder místico como Dios.
   Samjaya dijo:
9. Habiendo hablado así, oh rey,
   Hari (Visnú), el gran Señor del poder místico,
mostró al hijo de Pritha
   su forma sobrenatural como Dios...
12. Si mil soles en el cielo
   de repente ardieran
su luz se asemejaría
   a la luz del excelso...
14. Lleno entonces de asombro,
   sus cabellos erizados, Dhanamjaya
inclinó su cabeza ante el Dios,
   y dijo con un gesto de veneración:
   Dijo Arjuna:
15. Veo a los dioses en tu cuerpo, oh Dios,
   a todos ellos, y las huestes de muchas clases de seres,
a Brahma, el Señor, sentado en su trono, al loto,
   y a todos los videntes, y las serpientes divinas.
16. Con muchos brazos, vientres, bocas y ojos,
   te veo a ti, infinito en forma por todos lados;
sin fin, sin mitad y sin comienzo
   te veo, diviniísimo y omniforme.

17. Con diadema, maza y disco,
como una masa de esplendor, brillante por todos lados,
te contemplo, abrumado por tu vista, de todos lados,
con la gloria del fuego ardiente y el sol, inmenso.
18. Eres imperecedero, objeto supremo del conocimiento;
eres el reposo supremo de este universo;
eres el guardián inmortal del derecho eterno.
Espíritu imperecedero en quien creo.
19. Sin principio, mitad o término, de poder infinito,
de brazos infinitos, cuyos ojos son el sol y la luna,
te contemplo, con tu rostro de fuego llameante,
que abrasas el universo con tus rayos.
20. Porque esta región entre el cielo y la tierra.
de ti solo está transida, y todas las direcciones.
Y al ver esta tu forma terrible, maravillosa,
tiembla el triple orbe, oh excelso.
21. Porque hasta ti llegan multitudes de dioses;
muchos, aterrados, te alaban con gesto reverente,
y gritan «¡Salve!» las huestes de grandes videntes y perfectos
mientras te ensalzan con alabanzas copiosas...
24. Alto hasta el cielo, llameante, multicolor,
con bocas anhelantes y enormes ojos flamígeros,
viéndote (así) en verdad, me conmuevo hasta lo íntimo,
y no encuentro sosiego ni paz, oh Visnú.
25. Y tus bocas, terrible con enormes colmillos,
apenas las contemplo, como un fuego de disolución (del
universo),
ya no sé las direcciones del cielo, y no encuentro refugio;
¡ten piedad, Señor de los dioses, en cuyo seno mora el
31. ¿Quién eres tú, dime, con tu forma temible? [universo!...
Alabanza a ti, el mejor de los dioses, ¡ten piedad!
A ti quiero conocer, el primero,
porque no entiendo cuál es tu designio.
El Bendito dijo:
32. Yo soy Tiempo (muerte), causa de destrucción de los mundos,
y mi designio es juntar aquí los mundos. [maduro,
Aun sin ti (sin tu acción), todo dejará de existir,
los guerreros se disponen en filas enfrentadas.
33. Alzate, pues, y gana gloria,
desbarata a tus enemigos y hazte con un reino próspero;
por mí mismo fueron degollados hace mucho tiempo;
sé tú mero instrumento, arquero diestro.
34. Drona y Bhisma y Jayadratha,

también Karna, y todos los demás héroes guerreros
son muertos por ti, (puesto) que ya fueron muertos por mí,
¡no dudes!
¡Lucha! Vencerás a tus rivales en el combate...
Dijo Arjuna:
36. En tu alabanza, Hrisikesa,
el mundo se regocija y desborda de alegría;
los monstruos vuelan en todas direcciones,
y tributan su homenaje las huestes de los perfectos.
37. ¡Y cómo no habrían de tributarte homenaje, oh excelso!
Tú eres superior aún a Brahma; tú eres el primer creador.
¡Infinito Señor de los dioses, en quien mora el mundo,
imperecedero, existente, no existente y más allá de todo!
38. Eres tú el Dios primero, el Espíritu antiguo,
reposo supremo del universo.
Sabedor, objeto del saber y ámbito supremo,
de ti está transido el universo, tú el de forma infinita...
42. Y si te trato inconsideradamente, si juego contigo,
mientras me distraigo, descanso, me siento o como,
entonces, oh inconmovible, en presencia de estos (otros),
por ello te suplico perdón, oh inmenso.
43. Tú eres el padre de las cosas que se mueven y que no se
mueven.
Y por eso te veneran, a ti, el *guru* más venerable.
No hay nadie como tú. ¿Cómo habría otro mayor que tú?
Ni aun en los tres orbes, oh tú, el de grandeza inigualable.
44. Por eso, inclinado y postrado mi cuerpo,
de ti suplico gracia, Señor venerable;
como un padre con su hijo, como un amigo con su amigo,
como un amante con su amada, dígnate mostrarme piedad,
oh Dios.
45. Asombrado estoy por haber visto lo que nadie antes vio,
y mi corazón (al mismo tiempo) tiembla de temor.
¡Muéstrame, oh Dios, tu forma (como antes)!
¡Ten piedad, Señor de los dioses, morada del universo!

F. Edgerton, *Bhagavad Gita* I (Cambridge 1944).

29. A TODA GENERACION ANUNCIA EL TATHAGATA SU NOMBRE Y PROCLAMA QUE HA ENTRADO EN EL NIRVANA

(*Saddharmapundarika* XV, 268-272)

El Buda, considerado como un principio universal, no como un personaje histórico, es llamado «Tathagata». Se desconoce el significado original de este término.

El Señor dijo: Como consecuencia de mi poder indeficiente, este mundo con su dioses, hombres y *asuras* se hace a la idea de que el Señor Shakyamuni, después de abandonar su hogar entre los sakyas, ha despertado a la plena iluminación en la terraza de la iluminación, junto a la ciudad de Gaya.

Pero ninguno, oh hijos de buena famila, ha de entender así las cosas. De hecho, han pasado ya centenares de miles de millares de *kotis* de eones desde que yo desperté a la plena iluminación... Ya desde entonces, durante todo este tiempo, yo he mostrado el *Dharma* a los seres de este sistema cósmico *Saha,* y lo mismo he hecho durante cientos de miles de *nayutas* de *kotis* de otros sistemas cósmicos. Pero cuando he hablado de otros Tathagatas, empezando por el Tathagata Dipankara, así como del nirvana de estos Tathagatas, no he hecho más que evocar todo esto como una demostración de mi capacidad en medios para exponer el *Dharma.*

Más aún, el Tathagata tiene en cuenta la diversidad de capacidades y energía que poseen las sucesivas generaciones de seres. A cada generación anuncia su nombre, proclama que ha entrado en el nirvana y lleva la paz a los seres mediante los distintos discursos sobre el *Dharma.* A los seres de baja condición, que han acumulado escasos méritos, cuyas malicias son además muchas, les dice en este caso: «Yo soy joven por mis años, oh monjes; he abandonado la casa de mi familia y sólo más tarde he alcanzado la plena iluminación». Pero cuando el Tathagata, si bien ya ha sido iluminado desde hace mucho tiempo, afirma que ha sido iluminado tan sólo recientemente, es que esos discursos sobre el *Dharma* han sido pronunciados por la única razón de llevar a los seres a su madurez y para salvarlos. Todos estos discursos sobre el *Dharma* han sido pronunciados por el Tathagata a fin de disciplinar a los seres.

Y todo cuanto el Tathagata dice para educar a los seres, y todo cuanto pronuncia el Tathagata —mostrándose como él mismo o como otro, bajo su propia autoridad o bajo la de otro—, y todos

estos discursos sobre el *Dharma* son pronunciados como prácticamente ciertos por el Tathagata, y por su parte no hay en ellos falsedad alguna. Porque el Tathagata ha visto el triple mundo como realmente es: no nace ni muere; no hay decadencia ni renacimiento, no hay Samsara ni Nirvana; no es real ni irreal, no es existente ni no existente, no es así ni de otro modo, no es falso ni no falso. No ha visto el Tathagata el mundo triple como lo ve el insensato pueblo común. El Tathagata está frente a la realidad de los *dharmas;* no puede, por tanto, sufrir engaño alguno respecto a ellos. Todas las palabras que el Tathagata pueda pronunciar con respecto a ellos son verdaderas, no falsas, no de otro modo.

Sin embargo, pronuncia discursos varios sobre el *Dharma,* diversos en cuanto a su base objetiva, a unos seres que difieren entre sí en cuanto a su modo de vida y sus intenciones, y que vagan entre las discriminaciones y las percepciones, con el fin de crear en ellos las raíces del bien. Porque un Tathagata ha de realizar la obra que corresponde a un Tathagata. Plenamente iluminado desde siempre, el Tathagata tiene una vida infinita, permanece para siempre. Si bien el Tathagata no ha entrado en el nirvana, aparenta entrar en el nirvana para bien de aquellos que han de ser educados. Y a pesar de todo, todavía mi carrera como Bodhisattva está incompleta, y mi vida aún no ha terminado. A partir de ahora, mi vida ha de durar el doble de cientos de miles de *nayutas* de *kotis* para que llegue a su término. Y aunque, en consecuencia, por ahora no vaya a entrar yo en el nirvana (o extinción), con todo yo anuncio mi nirvana. Porque éste es el recurso de que me sirvo para llevar a los seres a su madurez. Porque podría ocurrir que si permaneciera yo aquí por mucho tiempo y me dejara ver con excesiva frecuencia, los seres que no han realizado acción alguna meritoria, que carecen de mérito, la pobre gente ávida de placeres sensuales, esos ciegos, atrapados en la red de las falsas opiniones, sabiendo que el Tathagata permanece (siempre aquí), podrían hacerse a la idea de que la vida es un simple entretenimiento, y no llegarían a entender que (la vista del) Tathagata no se obtiene fácilmente. Al convencerse de que el Tathagata está siempre cerca, no se esforzarían por escapar de este triple mundo, y no entenderían que es muy difícil llegar al Tathagata.

E. Conze, *Buddhist Texts through the Ages* (Oxford 1954).

30. LA COMPASION INFINITA DEL BODHISATTVA

(Shikshasamuccaya, 280-282 *[Vajradhvaha-sutra])*

Un Bodhisattva resuelve: Tomo sobre mí el peso de todo sufrimiento. Estoy resuelto a hacerlo así. Lo soportaré. No me volveré, ni me echaré atrás, ni temblaré, ni me asustaré, ni temeré, ni volveré la espalda, ni desistiré.

¿Y por qué? A cualquier precio habré de llevar las cargas de todos los seres. Con ello no sigo mis propias inclinaciones. He hecho el voto de salvar a todos los seres. He de liberar a todos los seres. He de redimir a todo el mundo de los seres vivos de los terrores del nacer, el envejecer, el enfermar, de la muerte y el renacimiento, de todas las formas de la culpa moral, de todos los estados desgraciados, de todo el ciclo del nacer y el morir, de la maraña de las opiniones falsas, de la pérdida de los *dharmas* benéficos, de las secuelas de la ignorancia. De todos estos terrores he de redimir a todos los seres... Me comportaré de tal modo que se edifique para todos los seres el reino del conocimiento insuperable. Mis esfuerzos no se encaminan meramente a mi propia liberación. Porque con la ayuda de la barca del pleno conocimiento salvaré a estos seres de la corriente de Samsara, tan difícil de cruzar, los apartaré del gran precipicio, los liberaré de toda calamidad, los llevaré a través de la corriente de Samsara. Lucharé con la masa de los dolores de todos los seres. Hasta los límites de capacidad de sufrimiento experimentaré todas las situaciones calamitosas que puedan darse en cualquier sistema cósmico, todas las moradas del dolor. Y no negaré a ninguno de los seres mi reserva de méritos, pues tengo resuelto vivir cada uno de los estados calamitosos por innumerables eones. De este modo ayudaré a todos los seres a liberarse, en todos los estados calamitosos que puedan darse en todos los sistemas cósmicos.

¿Y por qué? Porque ciertamente vale más que sufra yo solo y no que todos estos seres caigan en situaciones calamitosas. Por eso tengo que entregarme como prenda de redención para todo el mundo, para que sea redimido de los terrores de los infiernos, del nacimiento como animales, del mundo de Yama, y con mi propio cuerpo tengo que experimentar, para bien de todos los seres, la masa toda de los sentimientos penosos. Para bien y para seguridad de todos los seres lo hago, y hablo con sinceridad y con verdad, y no me vuelvo atrás de mi palabra. No abandonaré a todos los seres.

¿Y por qué? Porque en mí ha brotado la decisión de alcanzar

todo conocimiento, con todos los seres como su objeto, es decir, para liberar a todo el mundo de los seres. Y no me propongo alcanzar la iluminación suprema por deseo de gozar sus delicias, ni porque espere gustar las calidades de los cinco sentidos, ni porque desee entregarme a los placeres de los sentidos. No emprendo el camino de un Bodhisattva a fin de lograr el cúmulo de delicias que puede hallarse en los diversos mundos del deseo sensual.

¿Y por qué? Porque no hay placer en todos los placeres del mundo. Porque entregarse a los placeres de los sentidos es cosa que entra en la esfera de Mara.

E. Conze, *Buddhist Texts through the Ages* (Oxford 1954).

31. LA DIOSA DEL SOL, AMATERASU, Y EL DIOS DE LA TORMENTA, SUSA-NO-O

(*Nihongi* I, 40-45)

En la tradición japonesa, Amaterasu y Susa-no-o son los dioses más importantes entre toda la descendencia de la pareja primordial, Izanagi e Izanami.

Después de esto, Susa-no-o Mikoto empezó a comportarse de una manera brutal en extremo. ¿De qué manera? Amaterasu [la divinidad del cielo resplandeciente] había formado los augustos campos de arroz de estrechos bancales celestes de arroz y de largos bancales celestes de arroz. Entonces Susa-no-o, cuando se sembró la simiente en primavera, deshizo los linderos de las parcelas de arroz, y en otoño soltó los celestes potros manchados y los hizo caer en medio de los campos de arroz. Luego, cuando vio que Amaterasu se disponía a celebrar la fiesta de las primicias, arrojó secretamente excrementos en el Palacio Nuevo. Más aún, al ver a Amaterasu en su sagrada estancia de tejer, ocupada en tejer las vestiduras de los dioses, desolló un potro celeste manchado y, abriendo un agujero en el tejado de la sala, lo arrojó dentro. Entonces Amaterasu se sobresaltó y se hizo una herida con la lanzadera. Indignada por todo esto, se fue derecha a la caverna del cielo y, después de echar la puerta de piedra, permaneció allí recluida. Por todas partes se extendieron las tinieblas y se borró la sucesión del día y de la noche.

Entonces se reunieron las ocho miríadas de dioses a orillas del

Río Sereno del Cielo, y reflexionaron sobre la manera de dirigir a la diosa sus súplicas. En consecuencia, Omoi-kane [1] no Kami, el de habilidad extremada e ideas previsoras, juntó aves de prolongado canto [2] del País Eterno e hizo que se lanzaran unas a otras sus continuos gritos. También hizo que Ta-jikara-o [3] se colocase junto a la puerta de piedra. Entonces Ame no Koyame no Mikoto, antepasado de los caudillos de la deidad Nakatomi, y Futo-dama no Mikoto, antepasado de los caudillos Imibe, plantaron un verdadero árbol Sakaki de quinientas ramas del celeste Monte Kagu. De sus ramas más altas colgaron una augusta sarta de quinientas vueltas de joyas Yasaka. De las ramas medianeras colgaron un espejo [4] óctuple...

De las ramas más bajas colgaron suaves ofrendas azules y suaves ofrendas blancas. Entonces recitaron juntos su liturgia.

Por otra parte, Ama no Uzume [5] no Mikoto, antepasado del caudillo Sarume [6], tomó en sus manos una lanza adornada con festones de hierbas, y poniéndose delante de la puerta de la caverna del cielo ejecutó con destreza una danza mímica [7]. Tomó además el verdadero árbol Sakaki del celeste Monte Kagu y se hizo con él un tocado; también trenzó unos ceñidores con helechos, encendió hogueras, puso boca abajo una tinaja [8] y pronunció una sentencia divinamente inspirada.

Al oírla dijo Amaterasu: «Como me he encerrado en la caverna, en el País central de los fértiles cañaverales tiene que hacer necesariamente una noche continua. ¿Por qué estará entonces tan alegre Ama no Uzume no Mikoto?». Y así, con su mano augusta, abrió un poco la puerta y echó una mirada. Entonces Ta-jikara-o no Kami tomó en seguida a Amaterasu de la mano y la sacó fuera. Después de esto, los dioses Nakatomi no Kami e Imibe no Kami pusieron en seguida una barrera por medio de una cuerda y suplicaron a la diosa que no volviera al fondo de la caverna.

[1] Que combina o incluye el pensamiento.

[2] Se alude al gallo.

[3] La fuerza de la mano masculina.

[4] Se dice que este espejo se venera en Ise como símbolo de la diosa del sol.

[5] Mujer terrible del cielo.

[6] Mona.

[7] Se dice que éste es el origen de la danza *kagura,* que se ejecuta con motivo de las festividades sintoístas.

[8] Es extraño que el *Nihongi* omita, como sabemos por el *Kojiki,* que la diosa bailó encima y que hizo resonar de este modo la tinaja.

[9] También llamada «cuerda de la mano izquierda». Se trata de una maroma hecha de paja de arroz arrancada de raíz.

Después de todo esto, los dioses condenaron a Susa-no-o y le impusieron una multa de mil mesas [10], y de este modo le castigaron. También le hicieron arrancar el cabello, y de este modo le obligaron a expiar su culpa.

Adaptado de la traducción del *Nihongi* por Aston, en Wm. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Japanese Tradition* (Nueva York 1958) 29-31; notas de de Bary.

[10] Se trata de mesas sacrificiales.

C. *DIOSES Y HEROES GRIEGOS. AHURA-MAZDA, EL SER SUPREMO IRANIO*

32. A APOLO PITICO

(*Himnos Homéricos* III, 179ss)

Oh Señor, tuya es Licia y la amable Meonia y Mileto, ciudad encantadora junto al mar, pero es en Delos donde reinas como en tu propia morada.

El hijo glorioso de Leto marcha a la rocosa Pito, tocando su cóncava lira y cubierto de divinas vestiduras perfumadas y, al toque del áureo plectro, resuena melodiosamente su lira. Entonces, rápido como el pensamiento, vuela de la tierra al Olimpo, a la casa de Zeus, para reunirse con los demás dioses; apenas llegado, los dioses inmortales sólo atienden a la lira y al cántico y, unidas todas las musas, cantan a coro con hermosa voz los dones sin fin de que gozan los dioses y los dolores de los hombres, todo lo que sufren a manos de los dioses inmortales, y cómo viven sin sentido y sin esperanza, sin hallar remedio a la muerte o defensa contra la vejez.

Entre tanto, las Gracias, de hermosa cabellera, junto con las benévolas horas, danzan al compás con Armonía y Hebe y Afrodita, hija de Zeus, tomándose unas a otras de la mano. Y entre todas, esbelta y vigorosa, hermosa y de semblante admirable, canta Artemis, la que gusta de lanzar sus flechas, hermana de Apolo. Juegan con ellas Ares y el matador de Argos, el de aguda mirada, mientras Apolo hace resonar su lira diestramente y avanza con majestad, irradiando esplendor en torno suyo. Y todos, hasta Leto, la de cabellos dorados, y el prudente Zeus, se alegran en sus corazones augustos mientras observan a su hijo amado que toca entre los dioses inmortales.

¿Cómo podré yo cantarte, aunque nadie mejor que tú para ser tema de mi cántico? ¿Te cantaré como cortejador, insigne en los campos del amor? ¿Diré que cortejaste a la hija de Azán junto con el dorado Isquis, hijo de Elacio, jinete hábil, o con Forbas, nacido de Tríops, o con Ereuteo, o con Leucipo y la esposa de Leucipo... tú a pie, él con su carro, pese a lo cual no pudo alcanzar a Tríops? ¿Habré de cantar, por el contrario, cómo al principio recorriste la tierra buscando un lugar donde los hombres escucharían tu oráculo, oh Apolo, que lanzas a lo lejos tus flechas? Hasta Pieria descendiste primero del Olimpo y recorriste la arenosa Lecto y Enienas y el país de los Perrebos. Llegaste luego a Yolco y pusiste el pie en Ceneo de Eubea, famosa por sus barcos; te detuviste en la llanura lelan-

tina, pero no agradó a tu corazón poner allí un templo con su bosquecillo...

Y seguiste caminando, oh Apolo, que lanzas lejos tus flechas, y llegaste a Onquesto, hermosa arboleda de Poseidón. Allí el potro recién domado, exhausto después de arrastrar el carro, recobra el aliento, y el auriga diestro salta del carro y se va caminando...

Marchaste luego a Telfusa, lugar grato al parecer para levantar allí un templo y plantar un bosquecillo. Te acercaste y le dijiste: «Telfusa, aquí deseo hacer un templo glorioso y poner un oráculo para los hombres, y ellos traerán aquí espléndidas hecatombes perfectas, los que viven en el rico Peloponeso y los de las islas de Europa, circundadas de olas, cuando vengan en busca de oráculos. Y yo les daré todos los consejos que no pueden fallar, y les daré respuesta en mi templo espléndido».

Así habló Febo Apolo, y echó los cimientos, anchos y largos. Pero cuando Telfusa lo vio, se entristeció y dijo: «Febo, señor, que de lejos viniste para afanarte, una palabra de consejo quiero dirigir a tu corazón, ya que estás resuelto a levantar aquí un templo glorioso que sea un oráculo para los hombres, al que acudirán trayendo hecatombes perfectas en tu honor; hablaré, y tú acoge mis palabras de corazón. El trotar de los veloces caballos y el ruido de las mulas abrevando en mis manantiales sagrados terminarán por enojarte, mientras que los hombres gustan más de contemplar los carros bien hechos y la carrera de los veloces caballos que tu gran templo y los ricos tesoros guardados en él. Pero si te dejas convencer por mis palabras, pues tú, señor, eres más fuerte y poderoso que yo, y tu vigor es mucho, construye tu templo en Crisa, bajo los claros del Parnaso, donde ningún carro hará oír su estruendo ni se escuchará el ruido de los caballos de veloz carrera cerca de tu bien proporcionado altar. De este modo, las tribus gloriosas de los hombres te llevarán sus dones como Yepeón ('sanador') y recibirás complacido abundantes sacrificios de los pueblos que moran en torno». Así habló Telfusa, de forma que ella sola, y no el que dispara a lo lejos sus flechas, tuviera allí su sede famosa. Y logró persuadir al que dispara sus flechas a lo lejos.

Entonces marchaste, oh Apolo, que lanzas a lo lejos tus flechas, y llegaste a la ciudad de los orgullosos flegias, que moran sobre la tierra en un placentero claro junto al lago Cefiso, descuidados de Zeus. Y luego llegaste a Crisa, bajo el Parnaso nevado, colina vuelta hacia poniente. Sobre ella se deja caer desde lo alto un escarpe, mientras que por debajo se extiende un claro fragoso y cóncavo. Allí decidió el señor Febo Apolo erigir su maravilloso templo, y dijo:

«En este lugar estoy resuelto a levantar un templo glorioso que sea oráculo para los hombres, que traerán siempre aquí hecatombes perfectas, los que viven en el rico Peloponeso y los de Europa y de todas las islas rodeadas de olas, que vendrán a consultarme. Y yo les daré todo consejo que no puede fallar, respondiéndoles en mi templo suntuoso».

Cuando hubo dicho todo esto, Apolo echó los cimientos, anchos y largos, y sobre ellos pusieron los hijos de Ergino, Trofonio y Agamedes, amados de los dioses inmortales, un plinto de piedra. Y las tribus incontables de los hombres construyeron todo el templo de piedra labrada, cuya gloria se cantará por siempre.

Pero había cerca un manantial que fluía placentero; allí el señor, hijo de Zeus, con su fuerte arco dio muerte a la gran serpiente engreída, monstruo fiero acostumbrado a causar daño a los hombres en la tierra, a los mismos hombres y a sus ovejas de finas canillas, como un azote sanguinario. Fue ella la que en tiempos recibió de Hera, la que se sienta en trono dorado, y crió a Tifón, feroz y cruel, que habría de ser un azote para los hombres. Hera lo había incubado por enojo contra Zeus, cuando el hijo de Cronos incubaba a la gloriosísima Atenea en su cabeza...

Aquel Tifón solía causar grandes estragos entre las tribus famosas de los hombres. Todos cuantos iban a dar con la serpiente eran arrebatados y perecían desdichadamente, hasta que Apolo, el que maneja la muerte de lejos, le lanzó una fuerte flecha. La serpiente, desgarrada por agudos dolores, cayó dando grandes boqueadas y retorciéndose en aquel lugar. Un fragor horrísono, que no hay palabras para describir, retumbó mientras ella se revolcaba por todo el bosque. De este modo exhaló la vida con su sangre. Entonces Febo Apolo exclamó con orgullo:

«¡Púdrete ahora sobre la tierra que alimenta a los hombres! Ya no vivirás más para ser ruina mortal de los humanos que comen los frutos de la tierra nutricia, y que traerán aquí hecatombes perfectas. Contra la muerte cruel no te valdrán ni Tifón ni la tristemente famosa Quimera, sino que en este lugar te harán pudrir la Tierra y el brillante Hiperión».

Así habló Febo, orgulloso sobre su víctima, y la oscuridad cerró sus ojos. Y el sagrado vigor de Helios hizo que sus despojos allí se consumieran. Desde entonces se llama Pitón aquel lugar, y los hombres se dirigen a Apolo con un nuevo epíteto, el de Pítico, porque allí el poder de Helios y sus dardos hizo que el monstruo se consumiera.

Vio entonces Apolo que la fuente de suave manar le había en-

ganado, y se volvió lleno de ira contra Telfusa; se acercó a ella y le habló:

«No habrá de ser para ti este lugar amable porque hayas extraviado mi mente ni harás correr aquí tus claras aguas. También resonará aquí mi fama, no sólo la tuya».

Así habló el señor, Apolo, el de grandes obras, y lanzó sobre ella un risco con una lluvia de piedras que ocultaron sus corrientes, y levantó para sí un altar en medio de un bosque, muy cerca de las claras aguas. En este lugar imploran los hombres al excelso con el nombre de Telfusio, ya que humilló la corriente de la sagrada Telfusa.

Cf. también n.os 139, 304.

33. LA TIERRA, MADRE DE TODOS LOS SERES

(*Himnos Homéricos* XXX)

Cantaré a la tierra, la bien cimentada, madre de todos los seres, a los que nutre de cuanto existe. Porque alimenta a todas las criaturas que hay en el mundo, a todos los que caminan sobre la tierra firme, a los que recorren los caminos del mar y a los que vuelan. De sus bienes se alimentan todos ellos. Por ti, oh soberana, son bendecidos todos los hombres en sus hijos y bendecidos también en sus cosechas, y a ti corresponde dar vida a todos los mortales y quitársela al fin.

¡Afortunado el hombre al que te complaces en honrar! De todo tiene abundancia; sus campos fértiles se cubren de trigo, sus pastos están llenos de ganado y su casa rebosa de toda suerte de bienes. Hombres como éstos gobiernan con orden en sus ciudades de hermosas mujeres, y en torno suyo crecen la riqueza y la abundancia; sus hijos disfrutan de delicias sin fin, y sus hijas, con las manos cargadas de flores, juegan y saltan alegres entre las flores olorosas del campo. Así sucede al hombre que tú te complaces en honrar, ¡oh venerable diosa, generosa deidad!

¡Salve, Madre de los dioses, esposa del estrellado Cielo! ¡Concédeme, benévola, por este canto los bienes que alegran el corazón! Y así te recordaré siempre y te cantaré de nuevo.

Cf. también n.os 59, 148.

34. HERCULES: SUS TRABAJOS, SU MUERTE, SU APOTEOSIS

(Apolodoro, *Biblioteca* II; IV, 8-VII, 7)

... pero antes de que Anfitrión llegara a Tebas, se le adelantó Zeus de noche, e hizo que aquella noche durase tres veces más. Tomó entonces la apariencia de Anfitrión y se acostó con Alcmena y le relató cuanto había ocurrido en relación con los teleboanos. Pero cuando llegó Anfitrión, al ver que su esposa no salía a recibirle, indagó la causa; cuando ella le explicó que le había visto venir la noche anterior y que había dormido con ella, supo él por Tiresias que Zeus había gozado con ella. Y dio a luz Alcmena dos hijos, a saber: Hércules, al que tuvo de Zeus y que fue el mayor por una noche, e Ificles, al que tuvo de Anfitrión. Cuando el niño hubo cumplido los ocho meses de edad, Hera quiso perderlo e hizo que entraran en su lecho dos enormes serpientes. Alcmena pidió socorro a Anfitrión, pero Hércules se levantó y dio muerte a las serpientes estrangulándolas con sus propias manos. Ferecides, sin embargo, dice que fue Anfitrión el que puso las serpientes en el lecho, pues deseaba saber cuál de los dos hijos era el suyo, y que cuando Ificles huyó mientras Hércules hacía frente al peligro, supo que Ificles era el hijo engendrado de sus entrañas.

Anfitrión enseñó a Hércules el arte de conducir el carro, Autolico a luchar, Eurito a disparar el arco, Castor a defenderse y Lino a tocar la lira. Este Lino era hermano de Orfeo; llegó a Tebas y se hizo tebano, pero fue muerto por Hércules de un golpe con la lira, porque habiendo golpeado a Hércules, éste se irritó, se echó sobre él en un arrebato y le dio muerte. Al ser juzgado por asesinato, Hércules citó una ley de Radamante por la que se establecía que todo aquel que se defendiera contra un agresor injusto debía ser dejado libre, y en virtud de esto fue absuelto. Pero temiendo que volviera a hacer alguna cosa semejante, Anfitrión lo envió a cuidar ganado, y allí se desarrolló hasta superar a todos en estatura y vigor. Bastaba mirarle para caer en la cuenta de que era hijo de Zeus, pues su cuerpo medía cuatro codos, y su mirada era como fuego. Siempre acertaba el golpe, lo mismo con el arco que con la jabalina.

Mientras andaba con los rebaños, cumplidos los dieciocho años, dio muerte al león de Citerón, aquella fiera que salía de Citerón y asolaba los ganados de Anfitrión y Tespio. Este Tespio era rey de Tespias, y a su casa acudió Hércules cuando se propuso dar muerte al león. El rey lo entretuvo durante cinco días, y cada noche, cuando Hércules salía para dar caza al león, Tespio metía en su lecho a una de sus hijas (tenía cinco, que le nacieron de Magameda,

hija de Arneo), pues deseaba mucho que cada una concibiera un hijo de Hércules. De este modo, aunque Hércules creía yacer cada noche con la misma, tuvo trato carnal con todas ellas. Después de vencer al león, se vistió con su piel y se puso la melena de la fiera a modo de yelmo...

Hércules, que había aprendido de Eurito el arte de tensar el arco, recibió una espada de Hermes, un arco y flechas de Apolo, un escudo de oro de Efesto y una túnica de Atenea; él mismo se cortó una maza en Nemes.

Sucedió que, después de la batalla con los minianos, Hércules se volvió loco por envidias de Hera, y arrojó al fuego a sus hijos, habidos de Megara, y a dos hijos de Ificles. Luego se condenó a sí mismo al exilio y fue purificado por Tespio. Acudió a Delfos y preguntó al dios dónde habría de morar en adelante. La sacerdotisa pitia le dio entonces el nombre de Hércules, pues antes había llevado el de Alcides, y le mandó que viviera en Tirinto y que sirviera a Euristeo durante doce años, dando cima a los doce trabajos que le habían sido impuestos, y de este modo, le dijo, una vez cumplidos los trabajos sería inmortal.

Cuando Hércules oyó todo esto, marchó a Tirinto e hizo cuanto le mandó Euristeo. Primero le ordenó Euristeo traerle la piel del león de Nemea, que era una fiera invulnerable engendrada por Tifón... Llegó a Nemea y siguió el rastro del león y le lanzó una flecha, pero al darse cuenta de que la fiera era invulnerable, enarboló su maza y salió en su persecución. El león se guareció en una caverna de dos bocas, pero Hércules tapó con piedras una de ellas y entró en busca de la fiera por la otra, le echó el brazo alrededor del cuello y la ahogó. Se echó a los hombros el cuerpo y lo llevó a Cleonas...

Como segundo trabajo le ordenó matar a la hidra de Lerna. Aquel engendro, criado en el pantano de Lerna, acostumbraba recorrer la llanura causando estragos en los ganados y por todo el país. La hidra tenía un cuerpo descomunal con nueve cabezas, ocho mortales, pero inmortal la del medio. Hércules subió a un carro conducido por Yolao y marchó a Lerna, paró los caballos y vio a la hidra sobre una colina junto a las fuentes del Amimone, donde tenía su cubil. Acosándola con fieros golpes la obligó a salir, y entonces le echó las manos y la sujetó con fuerza. Pero la hidra se enroscó a uno de sus pies. Nada conseguía Hércules al machacar con la maza las cabezas del monstruo, pues en lugar de cada una de ellas nacían otras dos. En socorro de la hidra vino además un enorme cangrejo, que picó a Hércules en el pie. Este lo mató y dio voces a Yolao para que acudiera en su ayuda. Yolao prendió fuego

a un tronco del bosque vecino y lo iba aplicando al arranque de las cabezas, impidiendo de este modo que rebrotaran. Después de haber resuelto de este modo lo de las cabezas que rebrotaban, Hércules cortó al monstruo la cabeza inmortal y la enterró, poniendo encima una pesada roca, junto al camino que lleva de Lerna a Eleo. Abrió luego el cuerpo de la hidra y mojó sus flechas en la hiel. Pero Euristeo dijo que aquel trabajo no se le contaría como uno de los diez, ya que no había podido dar cuenta de la hidra por sí mismo, sino con ayuda de Yolao.

Como tercer trabajo le ordenó llevar vivo a Micenas el ciervo de Cerinea, que entonces estaba en Enoa. Tenía cuernos de oro y estaba consagrado a Artemis. Hércules, que no quería por ello ni darle muerte ni causarle herida alguna, lo estuvo siguiendo durante un año. Cuando el animal, cansado de la persecución, se refugió en un monte llamado Artemisio, de donde pasó luego junto al río Ladón, Hércules le disparó cuando se disponía a cruzar la corriente, y echándoselo a hombros, se apresuró a atravesar la Arcadia. Pero Artemis y Apolo le salieron al encuentro, y le hubieran disputado la posesión del ciervo, reprochándole además su intento de dar muerte al sagrado animal, de no haber sido porque Hércules alegó la necesidad en que se hallaba, culpando al mismo tiempo a Euristeo, con lo que logró calmar el enojo de la diosa y pudo llevar viva la bestia a Micenas.

Como cuarto trabajo le ordenó traer vivo el jabalí de Erimanto, un animal que asolaba Psofis, saliendo de una montaña que llaman allí Erimanto...

El quinto trabajo que le impuso fue limpiar en un solo día el estiércol de los ganados de Augeas. Este Augeas era rey de Elis; algunos dicen que era hijo del Sol, otros que de Poseidón y otros, finalmente, que de Forbas. Tenía muchos rebaños. Hércules se dirigió a él, y sin decirle nada del mandato de Euristeo, afirmó que podía limpiar en un solo día el estiércol con tal de que Augeas le diera la décima parte de sus ganados. No lo creyó Augeas, pero aceptó. Tomó Hércules como testigo a Fileo, hijo de Augeas, y abrió una brecha en los cimientos del establo; entonces, desviando el curso del Alfeo y del Peneo, que discurrían uno cerca del otro, los condujo hacia el establo, después de hacer otro hueco para que saliera el agua...

El sexto trabajo que le impuso consistió en espantar los pájaros de Estinfalia. Junto a la ciudad de Estinfalia, en la Arcadia, había un lago llamado Estinfalio, oculto en un espeso bosque. Allí habían buscado refugio innumerables pájaros para huir de la caza que les daban los lobos. Hércules se hallaba confuso, no sabiendo

cómo podría espantarlos del bosque, pero Atenea le dio unos crótalos de bronce que había recibido de Hefesto. Haciéndolos sonar desde lo alto de una montaña que se alzaba junto al lago, Hércules logró espantarlos. Los pájaros no pudieron soportar el sonido y se echaron a volar atemorizados. De este modo Hércules les pudo disparar.

El séptimo trabajo que le impuso consistió en traer el toro de Creta. Acusilao dice que éste fue el toro que arrebató a Europa y la llevó a Zeus, pero otros afirman que era el toro que Poseidón envió desde el mar cuando Minos prometió sacrificarle todo cuanto saliera del mar. Dicen también que cuando Minos vio la belleza de aquel toro lo mandó con sus ganados y sacrificó otro a Poseidón, con lo que el dios se enojó, e hizo que el toro se volviera salvaje. Para atacar a este toro, Hércules marchó a Creta, y cuando, en respuesta a su petición de ayuda, Minos le dijo que luchara con el toro y se quedase con él, Hércules lo sujetó y lo llevó a Euristeo, y después de mostrárselo, dio suelta al animal. El toro se dirigió a Esparta y recorrió toda la Arcadia y, atravesando el Itsmo, llegó a Maratón en el Atica, donde se convirtió en un azote para todos sus habitantes.

El octavo trabajo que le impuso consistió en llevar a Micenas las yeguas de Diomedes el Tracio...

El noveno trabajo que impuso a Hércules fue que se apoderase del cinturón de Hipólita. Era ésta la reina de las amazonas, que vivían junto al río Termodón, pueblo de extremado valor en la guerra, pues cultivaban las virtudes varoniles, y cuando tenían hijos por el trato con el otro sexo, criaban sólo a las niñas; se cortaban el pecho derecho para que no las estorbara al lanzar la jabalina, pero dejaban el izquierdo para amamantar a sus hijas. Hipólita tenía el cinturón de Ares como prenda de su superioridad sobre todas las demás. Hércules fue enviado a apoderarse de él porque Admeta, hija de Euristeo, deseaba hacerlo suyo. Tomando, pues, una banda de compañeros voluntarios consigo, embarcaron en un navío y navegaron hasta la isla de Paros, habitada por los hijos de Minos, es decir, Eurimedón, Crises, Nefalión y Filolao...

Después de atracar en el puerto de Temiscira, recibió la visita de Hipólita, que le preguntó por el motivo de su viaje y le prometió entregarle el cinturón. Pero Hera tomó la apariencia de una amazona y anduvo entre la multitud diciendo que los extranjeros recién llegados iban a raptar a la reina. Las amazonas entonces montaron a caballo y cargaron contra el navío. Pero cuando Hércules las vio empuñando las armas, sospechó alguna traición, dio

muerte a Hipólita y le quitó el cinturón. Después de luchar con las demás, se embarcó de nuevo y arribó a Troya...

Como décimo trabajo se le exigió que fuera en busca de los ganados de Gerión en Eritia, que era una isla cerca del Océano; hoy lleva el nombre de Gadira. En esta isla vivía Gerión, hijo de Crisaor y Calirroe, hija de Océano. Su cuerpo era como de tres hombres unidos por el pecho, pero separados a partir de las caderas y las piernas. Era dueño de rebaños de vacas rojas, que guardaba Euritión y que vigilaba Orto, el perro de dos cabezas, engendrado por Tifón de Equidna. Mientras recorría Europa en busca de las vacadas de Gerión, Hércules aniquiló muchas fieras y puso los pies en Libia, y llegado a Tartessos erigió en memoria de su viaje dos columnas una frente a otra en los confines de Europa y Libia. Pero en su viaje se sintió abrasado por el sol, y Hércules tensó su arco contra el dios, por lo que éste, admirado de su atrevimiento, le regaló una copa de oro en la que cruzó el Océano. Una vez llegado a Eritia, se quedó en el Monte Abas. Pero el perro, que lo había olido, le atacó. Hércules lo aplastó con su maza y también dio muerte al pastor Euritión que acudía en ayuda del perro. Pero Menoetes, que se hallaba por allí apacentando los ganados de Hades, contó a Gerión todo lo ocurrido. Gerión salió al encuentro de Hércules junto al río Antemo, cuando éste se llevaba ya el ganado, entabló batalla con él y también recibió la muerte. Hércules, embarcando el ganado en la copa y cruzando el mar hasta Tartessos, devolvió al Sol su regalo...

Acabados todos estos trabajos en ocho años y un mes, Euristeo ordenó a Hércules, como undécimo trabajo, pues no reconoció como tales el del ganado de Augeas ni el de la hidra, que le trajera las manzanas de oro de las Hespérides. Estas manzanas no estaban, como dicen algunos, en Libia, sino en el Atlas, entre los hiperbóreos. Fueron regaladas por la Tierra a Zeus cuando se casó con Hera, y se hallaban bajo la custodia de un dragón inmortal de cien cabezas, progenie de Tifón y Equidna, que era capaz de proferir voces de sonidos diversos. También montaban con él la guardia las Hespérides, es decir, Egle, Eritia, Hesperia y Aretusa...

Y atravesando Arabia dio muerte a Ematión, hijo de Titono; luego atravesó Libia hasta el mar exterior y recibió la copa del Sol. Y después de cruzar hasta el otro continente, disparó su flecha en el Cáucaso contra el águila, progenie de Equidna y Tifón, que devoraba el hígado de Prometeo, al que liberó; después de quedarse con el ramo de olivo, a Zeus hizo ofrenda de Quirón, que siendo inmortal consintió en morir en vez de él.

Prometeo dijo a Hércules que no fuese él mismo en busca de

las manzanas, sino que enviara a Atlas en su lugar, para lo cual debería sustituirle en la tarea de soportar a hombros la esfera. Así, cuando llegó junto a Atlas, en el país de los hiperbóreos, siguió el consejo recibido y sustituyó a Atlas. Pero cuando éste hubo recibido tres manzanas de las Hespérides, llegó junto a Hércules, y como no quería volver a sujetar la esfera, dijo a Hércules que él mismo se encargaría de llevarlas a Euristeo, y le pidió que siguiera cargando con el cielo en su lugar. Hércules prometió hacerlo así, pero se las ingenió para que de nuevo cargara Atlas con la esfera. Porque, aconsejado por Prometeo, pidió a Atlas que sujetara un momento el cielo mientras se ponía una almohada sobre la cabeza. Al oírlo Atlas, dejó en el suelo las manzanas y tomó la esfera de manos de Hércules, con lo que éste pudo recoger las manzanas y marcharse. Algunos, sin embargo, dicen que no las recibió de Atlas, sino que él mismo se apoderó de ellas después de dar muerte a la serpiente que las guardaba. Y después de conseguir las manzanas las llevó a Euristeo. Pero éste, al recibirlas, se las regaló a Hércules, de quien las recibió Atenea, que las hizo devolver, pues no era lícito dejarlas en ningún otro lugar.

El duodécimo trabajo impuesto a Hércules consistió en sacar del Hades al Cerbero. Este Cerbero tenía tres cabezas de perro, un dragón por cola y de su lomo salían serpientes de todas clases. Cuando Hércules se disponía a salir en su busca, se dirigió a Eumolpo en Eleusis, pues quería ser iniciado. Pero no estaba permitido conceder la iniciación a los extranjeros, y propuso recibirla como hijo adoptivo de Pilio. Pero no siendo apto para contemplar los misterios por no haberse purificado de la muerte de los centauros, fue purificado por Eumolpo y luego recibió del mismo la iniciación. Y llegado luego a Tenaro, donde se halla la boca para descender al Hades, bajó por ella. Cuando las almas lo vieron, emprendieron la huida todas ellas menos Meleagro y la Medusa Gorgona. Hércules dirigió su espada contra la Gorgona, como si estuviera viva, pero supo por Hermes que sólo era un fantasma vano. Y llegando cerca de las puertas de Hades encontró a Teseo y Piritoo, el que cortejó a Perséfone y por ello fue encadenado.

Cuando vieron venir a Hércules, alargaron hacia él sus brazos, en la confianza de que su fuerza sería capaz de resucitarlos de entre los muertos. A Teseo, ciertamente, lo tomó de la mano y lo sacó de allí, pero cuando quiso hacer lo mismo con Piritoo, tembló la tierra y hubo de soltarlo. También apartó la piedra de Ascalafo. Deseando ofrecer sangre a las almas, degolló una de las vacas de Hades. Pero Menoetes, hijo de Ceutónimo, que guardaba el ganado, desafió a Hércules, que lo sujetó por medio y le rompió las

costillas, aunque luego lo soltó a petición de Perséfone. Cuando Hércules preguntó a Plutón por Cerbero, Plutón le ordenó hacerse con el animal con tal de que lo dominara sin hacer uso de las armas que llevaba consigo. Hércules lo encontró a las puertas del Aqueronte y, protegido por su coraza y cubierto de la piel del león, rodeó la cabeza del monstruo con sus brazos, y a pesar de que le mordió el dragón de la cola, no soltó presa ni aflojó los brazos hasta que le hizo ceder. De este modo se lo llevó y subió con él a través de Trezena. Pero Deméter convirtió a Ascalafo en una lechuza, mientras que Hércules, después de mostrar el Cerbero a Euristeo, lo devolvió a Hades...

... Y habiendo llegado a Calidón, Hércules cortejó a Deyanira, hija de Eneo. Por su mano luchó con Aqueloo, que tomó la semejanza de un toro, pero Hércules le rompió un cuerno. De este modo se casó Hércules con Deyanira... Y llevándola consigo, llegó al río Eveno, junto al que se hallaba el centauro Neso, que cruzaba el río llevando a los pasajeros que le contrataban, alegando que había recibido de los dioses este derecho como recompensa a su honradez. Hércules cruzó por sus propios medios el río, pero confió Deyanira a Neso para que la pasara a la otra orilla mediante el pago del viaje. Pero el centauro, cuando estaba en medio de la corriente, trató de violarla. Gritó ella, la oyó Hércules y disparó a Neso en el corazón cuando salió del río. En medio de su agonía, llamó Neso a Deyanira y le dijo que si deseaba poseer un filtro amoroso para atraer a Hércules no tenía más que mezclar el semen que había derramado por tierra con la sangre que manaba de la herida causada por la flecha. Así lo hizo ella y guardó consigo la mixtura...

Cuando llegaron a Traquis, juntó un ejército para atacar Ecalia, deseoso de castigar a Eurito. Se le unieron los arcadios, los melios de Traquis y los locrios epienemidios, mató a Eurito junto con sus hijos y se apoderó de la ciudad. Después de dar tierra a los caídos de su bando, es decir, Hipaso, hijo de Ceix; Argio y Melas, hijos de Licino, saqueó la ciudad y llevó cautiva a Yola. Y dirigiéndose a Ceneo, promontorio de Eubea, erigió un altar a Zeus Ceneo. Pensó ofrecer un sacrificio, y para ello envió al heraldo Licas a Traquis para que trajera hermosos vestidos. Por éste supo Deyanira de Yola, y temiendo que Hércules se enamorase de la muchacha y la amase más que a ella, pensando que la sangre derramada de Neso era en verdad un filtro amoroso, roció con ella la túnica. Cuando Hércules se la puso y se disponía ya a ofrecer el sacrificio, la túnica se calentó y el veneno de la hidra empezó a roerle la piel; tomó entonces a Licas por los pies y lo arrojó desde lo alto del promontorio, desgarró la túnica, que se adhería a su cuerpo, y al mismo

tiempo se arrancaba las carnes. En tan lamentable estado lo llevaron por mar a Traquis, y Deyanira, al saber lo ocurrido, se ahorcó. Pero Hércules, después de encargar a Hilo, el hijo mayor habido de Deyanira, que se casara con Yola cuando ésta tuviera edad para ello, marchó al monte Eta, en territorio traquinio, y allí alzó una pira, subió a ella y dio órdenes de que le prendieran fuego. Nadie quiso hacerlo, pero Peas, que pasaba por allí para atender a su ganado, le puso fuego. A éste entregó Hércules su arco. Mientras ardía la pira, se dice que una nube envolvió a Hércules y que lo arrebató al cielo entre el fragor del trueno. Después se le concedió la inmortalidad, se reconcilió con Hera y tomó por esposa a Hebe, hija de ésta, de la que tuvo dos hijos, Alexiares y Aniceto.

35. DEMETER Y LA INSTITUCION DE LOS MISTERIOS ELEUSINOS

(*Himnos Homéricos: A Deméter* II, 185-299)

Hades ha arrebatado a Perséfone, hija de Deméter. Después de buscarla en vano, Deméter llega a Eleusis disfrazada de anciana, donde es acogida en casa del rey Celeo.

Corrieron entonces a la casa de Celso, engrandecido por el cielo, y acudieron al lugar en que su regia madre se hallaba sentada junto a uno de los pilares del bien trabado techo, sosteniendo en el regazo a su hijo, una tierna criatura. Hacia ella corrieron las muchachas. Pero la diosa avanzó hasta el umbral, y su cabeza tocaba el techo, y llenó el corredor de un celeste resplandor. Entonces se apoderaron de Mentanira el pavor y el respeto y el miedo pálido, y se alzó de su lecho ante Deméter, y rogó a ésta que tomara asiento. Pero Deméter, la que trae las estaciones y otorga dones perfectos, no quiso sentarse sobre el hermoso sitial, sino que permaneció en pie y silenciosa, bajos los ojos amables, hasta que Yambe le dispuso un escabel y lo cubrió con plateado vellón. Entonces tomó asiento la diosa y alzó de su rostro el velo con sus manos. Largo rato estuvo sentada sobre el escabel[1] sin pronunciar palabra a causa de su tristeza, y a nadie saludó con la voz o con el gesto, sino que estuvo quieta, sin sonreír ni probar el alimento o la bebida, pues

[1] Deméter elige el asiento más bajo como si fuera el más adecuado a la condición en que se presenta, pero realmente porque, entristecida, rechaza cualquier comodidad.

desfallecía de anhelo por encontrar a su hija florida, hasta que Yambe, que tanto habría de complacerla en adelante, movió a la sagrada señora, con sus ocurrencias y bromas sin cuento, a alegrar el rostro, a reír y a confortar el ánimo. Llenó entonces Metanira una copa de buen vino y se la ofreció, pero ella no lo quiso, pues, dijo, no le estaba permitido probar el rojo vino, y que en vez de éste le preparasen una papilla de harina y agua mezcladas con suave menta para beber. Preparó Metanira la mezcla y la dio a la diosa, tal como ella misma había pedido. La gran reina Deo, pues, la tomó para observar el sacramento [2].

De todas, fue Metanira, la bien ceñida, la que rompió primero a hablar: «¡Salve, señora! Pues pienso que no naciste en cuna humilde, sino noble. De verdad que en tus ojos brillan la dignidad y la gracia como en los ojos de los reyes que hacen justicia. Porque nosotros, los mortales, mal que nos pese, llevamos a cuestas lo que los dioses nos depararon, el yugo que pesa sobre nuestros cuellos. Pero, puesto que llegaste hasta aquí, tendrás cuanto yo pueda darte; críame este hijo que los dioses me concedieron en mi ancianidad, cuando ya no tenía yo esperanza alguna, un hijo por el que tanto he rogado. Pues si lo crías hasta que alcance la estatura juvenil, todas las mujeres te tendrán envidia; así será de grande la recompensa que por criarlo te daré».

Respondió entonces Deméter, la de abundante cabellera: «¡Salve tú también, señora! Y que los dioses te otorguen todo bien. Con placer acercaré yo al niño a mi pecho, como me pides, y lo criaré. Y pienso que nunca, por descuido de su nodriza, le hará ningún daño un hechizo, ni aun el Segador, pues conozco yo un encanto más poderoso que el Leñador, y una excelente defensa contra los temibles hechizos».

Así habló, y con sus manos divinas tomó en su regazo fragante al niño. La madre sintió que se le alegraba el corazón. Así crió la diosa a Demofón, el hermoso niño del sabio Celeo, el que diera a luz la bien ceñida Metanira. Y creció el niño como un inmortal, sin alimento y sin pecho, porque de día era ungido por Deméter, la de rica corona, con ambrosía como si fuera progenie de un dios, y recibiendo de ella su suave aliento mientras descansaba en su regazo. Pero al llegar la noche lo metía como una rama en medio del fuego sin que sus padres lo advirtieran. Y era maravilla verlo crecer más de lo que a su edad correspondía, porque iba adqui-

[2] Un acto de comunión, pues aquí se alude a la bebida del *kykeon,* era uno de los ritos más importantes en los misterios eleusinos, con el que se conmemoraba la tristeza de la diosa.

riendo la semejanza de un dios. Y lo hubiera hecho inmortal y eternamente joven de no haber sido porque Metanira, aprovechando un descuido, estuvo espiando a la diosa una noche desde su fragante estancia. Lanzó un grito y se golpeaba las caderas, temiendo por su hijo y con el corazón lleno de espanto, y se lamentaba lanzando palabras aladas:

«¡Demofón, hijo mío, esta extranjera te abraza en el fuego, causándome dolor y amarga tristeza!».

Así habló, con lágrimas. Y la diosa resplandeciente, la de hermosa corona, Deméter, la oyó y se llenó de enojo. Con sus manos divinas sacó del fuego al hijo querido que Metanira había dado a luz cuando ya no lo esperaba en el palacio, y lo soltó dejándolo caer al suelo, pues su corazón estaba lleno de ira terrible. Y dijo luego a Metanira, la bien ceñida:

«Necios sois, mortales, torpes para conocer la suerte, buena o mala, que os sobreviene. Porque en tu insensatez has cometido una locura sin remedio —testigos el juramento de los dioses y el agua inmisericorde de la Estigia—, porque yo hubiera hecho a tu hijo inmortal, y sus días hubieran sido una perenne juventud, y le hubiera otorgado honra imperecedera, pero ahora no podrá evitar la muerte y el destino. Pero su honor será indeficiente, pues se recostó en mis rodillas y durmió en mis brazos. Pero, al correr de los años, y cuando él llegue a la edad viril, los hijos de los eleusinos estarán siempre en guerra y en lucha terrible unos con otros. ¡Ved! Yo soy Deméter, la que con los dioses comparte el honor, la más grande valedora y causa de alegría para los inmortales y los mortales. Ahora, todo el pueblo me levantará un gran templo y un altar delante de él, bajo la ciudad y sus muros escarpados, sobre la roca que se alza encima del Calícoro. Y yo misma enseñaré mis ritos, que vosotros celebraréis con reverencia en adelante para así ganaros el favor de mi corazón».

Así habló la diosa, y mudó entonces su estatura y aspecto, borrándose los rasgos de vejez que ostentaba. Toda hermosa apareció, y de sus vestiduras emanaba una suave fragancia. El cuerpo de la diosa irradiaba luz, mientras por sus hombros se derramaban las doradas trenzas, de forma que la casa se llenó de resplandores como relámpagos. Y de este modo salió del palacio.

Temblando quedaron las rodillas de Metanira, que no pudo pronunciar palabra en un buen rato, sin acordarse de alzar del suelo a su hijo nacido en la ancianidad. Pero las hermanas del niño oyeron su llantos y saltaron de los lechos hermosamente compuestos; una de ellas tomó al niño en su brazos y lo apretó en su regazo, mientras otra avivaba el fuego y la tercera acudía con suave andar

para llamar a la madre, que se hallaba en su fragante estancia. Y se juntaron en torno al inquieto niño, lo lavaron y le abrazaban amorosamente, pero él no se dejaba consolar, porque ahora le tenían nodrizas y doncellas menos habilidosas.

Toda la noche estuvieron viendo el modo de aplacar a la deidad gloriosa. Pero, cuando empezó a despuntar la aurora, dijeron sin falta al poderoso Celeo todo lo ocurrido, tal como Deméter, la diosa coronada de hermosura, les había encomendado. Celeo, por su parte, convocó al pueblo incontable a una asamblea y les pidió que levantaran un hermoso templo en honor de Deméter, la de abundantes cabellos, y un altar sobre la eminencia rocosa. Todos le obedecieron con presteza y respondieron en conformidad con sus palabras, haciendo lo que les mandaba. El niño, por su parte, creció como un ser inmortal.

Cf. también n.os 148, 150, 155.

36. ZALMOXIS, EL DIOS DE LOS GETAS

(Herodoto, *Historia* IV, 93-96)

Zalmoxis (Salmoxis) era el dios supremo de los getas (o dacios), pueblo tracio que habitaba un territorio que incluía la Rumania actual, pero que se extendía más al este y al nordeste. Nuestras únicas noticias referentes a esta enigmática divinidad son las que recoge el texto de Herodoto citado a continuación. Los investigadores han interpretado la figura de Zalmoxis como un dios celeste, un dios de los muertos, una divinidad mistérica, etc.

93. Pero antes de llegar al Ister sometió a los getas, que pretenden ser inmortales. Los tracios de Salmideso y del país que se extiende más allá de las ciudades de Apolonia y Mesambria, llamados cirmainas y nipseos, se rindieron sin resistencia a Darío; pero los getas, que son los más valerosos y observantes de las leyes entre los tracios, le opusieron una obstinada resistencia, por lo que fueron hechos esclavos.

94. En cuanto a su pretensión de ser inmortales, esto es lo que afirman ellos mismos: creen que no mueren, sino que quien perece de entre ellos marcha a reunirse con el dios Salmoxis de Gebelexis, como algunos lo llaman. Cada cinco años eligen por suertes a uno de entre ellos y lo envían como mensajero a Salmoxis con el encargo de que le hable de sus necesidades.

Para enviarlo hacen de este modo. Tres hombres designados al efecto empuñan sus lanzas, mientras otros toman por los pies y las manos al que va a ser enviado a Salmoxis y lo balancean y arrojan al alto contra las puntas de las lanzas. Si se mata del golpe, creen que los dioses lo acogen favorablemente, pero si no resulta muerto, acusan de ello al mismo mensajero, juzgando que es un malvado, y eligen otro mensajero en lugar del indigno. Mientras aún alienta el hombre le confían el mensaje. Por otra parte, cuando hay rayos o truenos, estos mismos tracios disparan flechas contra el cielo como amenaza contra el dios, pues no creen en ningún otro dios más que en el suyo.

95. Por mi parte, he oído decir a los griegos que viven de la parte del Helesponto y el Ponto que este Salmoxis fue un hombre que en algún tiempo vivió como esclavo en Samos, y que fue su maestro Pitágoras, hijo de Mnesarco; fue manumitido y ganó grandes riquezas, y entonces retornó a su tierra. Los tracios eran por entonces gentes de vida sencilla y de pocas luces, pero este Salmoxis, que conocía las costumbres de los jonios y un género de vida más refinado que el de los tracios, pues había tratado con los griegos y, lo que es más, con uno de los grandes maestros helenos, Pitágoras, se mandó construir una gran sala en que acogía y festejaba a los principales de entre sus paisanos, a los que aseguraba que ni él ni sus huéspedes o sus descendientes habrían de morir nunca, sino que irían a un lugar donde vivirían para siempre disfrutando de toda clase de bienes. Mientras se portaba como decimos y enseñaba esta doctrina, se hacía construir una cámara subterránea. Cuando ésta fue acabada, desapareció de la vista de los tracios y descendió a la cámara subterránea, en la que vivió durante tres años, mientras los tracios, deseosos de que regresara, le lloraban por muerto; al cuarto año se presentó de nuevo ante los tracios, y éstos creyeron entonces cuanto Salmoxis les había dicho. Esto es lo que cuentan los griegos.

96. Por mi parte, ni creo ni niego estas historias sobre Salmoxis y su cámara subterránea, pues pienso que vivió muchos años antes de Pitágoras. Si hubo un hombre llamado Salmoxis o si éste es el nombre que entre los getas ostenta una divinidad de aquel país, pienso que ya he dicho suficiente.

37. ZARATUSTRA PRESENTA UN «COMPENDIO DE LA DOCTRINA»

(Gāthā: Yasna' 45)

Este Gāthā: Yasna' 45 *va dirigido al «gran público» o al menos a un auditorio poco versado en la doctrina. Como siempre, la cosmogonía se explica en función de la escatología, que es su fuente y origen. Así, ya la primera estrofa contiene una alusión a la «segunda existencia», o existencia renovada.*

1. Voy a hablar; escuchadme y atended,
los que de lejos o de cerca acudís para recibir instrucción,
haced de ella vuestra sabiduría, porque está patente.
Que el falso maestro no destruya la segunda existencia.
El que por su mala elección ha sido reconocido malvado,
por la lengua.
2. Voy a hablar de los dos espíritus
de los que el más santo dijo sobre el destructor al principio
de la existencia:
«Ni nuestros pensamientos ni nuestras doctrinas ni las energías
de nuestra mente,
ni nuestras decisiones ni nuestras palabras ni nuestras obras,
ni nuestras conciencias ni nuestras almas aceptan».
3. Voy a hablar de los comienzos de la existencia,
de cuanto el Señor Sabio me dijo, él que lo sabe.
Los que entre vosotros no cumplan la palabra
como yo la pienso y la pronuncio,
para éstos el fin de la existencia será el «¡ay!».
4. Voy a hablar de lo mejor que hay en esta existencia.
El que la creó conforme a la Justicia,
lo sé, oh Sabio, es el padre de la Buena Mente activa,
cuya hija es la Devoción benéfica.
No será engañado el Señor divinísimo.
5. Voy a hablar de la palabra que el Santísimo Señor Sabio
me ha comunicado para que, como bien sumo, la escuchen los
hombres:
«Los que por mí la escuchen y obedezcan
lograrán integridad e inmortalidad mediante las obras de
la Buena Mente».
6. Voy a hablar del más grande de todos,
y le alabaré como Justicia, benévolo para con los vivientes.
¡Escúcheme el Señor Sabio, el Espíritu Santo,

Al que alabo mientras tomo consejo con la Buena Mente!
Que con la fuerza de su pensamiento me enseñe el bien supremo.

7. El que reparte salvación o perdición
a los que viven, a los que han sido y a los que serán:
inmortalidad como premio al alma del justo,
tormentos sempiternos para el malvado.
(De estos tormentos también es creador el Señor Sabio, en virtud de su dominio).
(Oyentes):

8. «Haced que nos lo ganemos con alabanzas de veneración,
pues esto he contemplado con mis propios ojos,
y he conocido al Señor Sabio por la Justicia de su Espíritu Bueno,
de su buena acción y de su buena palabra,
¡Y que le ofrezcamos himnos de alabanzas en la casa del cántico!

9. «Haced que nos sea propicio con la Buena Mente,
pues él nos otorga a voluntad suerte y desgracia.
¡*Que el Señor Sabio, por su dominio sobre el pueblo,*
por la unión íntima de la Buena Mente y la Justicia,
haga prosperar a nuestros ganados y nuestros hombres!

10. «Por bien de todos, dadle gloria con himnos de Devoción,
al que es contemplado en el alma como Señor Sabio,
porque en su justicia y en su Buena Mente ha prometido
que poseeremos Integridad e Inmortalidad en su Dominio,
Fortaleza y largos días en su casa».
(Zaratustra):

11. Quienquiera que (¿por tanto?) reniegue de los falsos dioses
y de los que combaten al salvador
(es decir, a los que no se le quieren someter),
para ése la buena conciencia del salvador que viene, el dueño de su casa
será como un amigo fiel, un hermano y un padre, ¡oh Señor Sabio!

J. Duchesne-Guillemin, *The Hymns of Zarathustra* (Londres 1952) 90-97.

38. «GĀTHĀ» DE LA ELECCION: ZARATUSTRA REVELA LA ELECCION EJEMPLAR QUE TUVO LUGAR AL COMIENZO DEL MUNDO

(Gāthā: Yasna 30)

Este pasaje es uno de los más frecuentemente citados de los Gāthās. *Zaratustra pone de manifiesto su fuerte originalidad al reducir la historia de los orígenes a la de una decisión... Más aún, en el poema de Zoroastro este relato de la elección original se equilibra con el anuncio de las postrimerías, en que elección y premio se condicionan mutuamente. Todo el drama humano, reducido a su estructura esencial, queda expresado en unas pocas estrofas.*

1. Hablaré a los que quieran oírme
de las cosas que el iniciado habrá de recordar;
las alabanzas y la oración de la Buena Mente al Señor,
y el gozo que verá en la luz quien las recuerde bien.
2. Escuchad con vuestros oídos esto que es el bien soberano;
con clara conciencia observad a ambos lados
entre los que cada hombre ha de hacer su elección,
atento sobre todo a que la gran prueba se supere en favor nuestro.
3. Al principio los dos espíritus han manifestado su naturaleza
el bueno y el malo,
en pensamiento y en palabra y en obra. Y entre los dos
el prudente elige bien, no así el necio.
4. Y cuando estos dos espíritus se juntaron,
en el principio establecieron la vida y la muerte,
y que al final el malvado llevara la peor parte,
pero que la Buena Mente fuese para el justo.
5. De estos dos espíritus, el maligno eligió hacer lo peor;
pero el Espíritu Santísimo, revestido de los cielos firmísimos,
se puso de parte de la Justicia;
y lo mismo hicieron todos los que se gozan en agradar al Señor Sabio con obras decorosas.
6. Entre los dos, tampoco los dioses falsos eligieron rectamente,
pues mientras ponderaban fueron sorprendidos por el error,
de forma que eligieron la Mente Pésima.
Se apresuraron entonces a unirse al Furor,
con cuya ayuda podrían estragar la existencia del hombre.
7. Pero a él se acogió Devoción, junto con Dominio, Buena Mente y Justicia;

ella dio perpetuidad de cuerpo y aliento de vida,
para que fuera tuyo sin ellos,
como el primero por las retribuciones a través del metal.
8. Y cuando su castigo llegue a estos pecadores,
entonces, oh Sabio, tu dominio, junto con la Buena Mente,
se otorgará a los que entregaron el Mal en manos de la Justicia, oh Señor.
9. ¡Y que nos contemos nosotros entre los renovados por esta existencia!
Oh Sabio, y vosotros, los demás Señores, y Justicia, otorgadnos vuestra alianza,
de modo que los pensamientos se concentren donde la sabiduría flaquea.
10. Entonces dejará de florecer el Mal,
mientras los que hayan adquirido buena fama
recogerán el premio prometido
en la morada bendita de la Buena Mente, del Sabio, y de la Justicia.
11. Si vosotros, hombres, comprendéis los mandatos que ha dado el Sabio,
el bienestar y el dolor —tormento dilatado para los malvados y salvación para los justos—
todo en adelante será para bien.

J. Duchesne-Guillemin, *The Hymns of Zarathustra* (Londres 1952) 102-107.

39. EL SEGUNDO «GĀTHĀ» DE LA ELECCION

(Gāthā: Yasnā' 31)

El Yasna' 31 *se relaciona íntimamente con el anterior, el* Yasna' 30. *Añade algunas palabras complementarias, que van dirigidas a los creyentes, y que se juzgaron necesarias porque aún no aparecía suficientemente clara la elección que era preciso hacer.*

7. El primero que con su mente llenó de luz los espacios benditos
es también el que con su voluntad creó la Justicia,
con la que sostiene firmemente la Mente Optima.
Tú, Sabio, la has enriquecido por el Espíritu,
que es una misma cosa contigo, oh Señor.

8. Por la mente, oh Sabio, te he conocido como primero y último,
como padre de la Buena Mente,
cuando te vi con mis ojos como verdadero creador de la Justicia,
como Señor en las obras de la existencia...
11. Pues tú, oh Sabio, creaste para nosotros al principio con tu mente
seres y conciencias y voluntades,
puesto que diste un cuerpo al alma vital,
pues creaste obras y palabras, para que el hombre elija libremente.
12. Puesto que desde entonces alza su voz el hombre de falsas palabras lo mismo que lo de palabras sinceras,
el iniciado lo mismo que el no iniciado, cada uno conforme a su corazón y a su mente.
¡Ponga a prueba la Devoción, uno tras otro, a los espíritus aún vacilantes!...
17. ¿Quién llevará la mejor parte, el justo o el malvado?
¡Que pronuncie su saber el sabio, y que deje de engañar el ignorante!
¡Señor Sabio, sé tú nuestro maestro en la Buena Mente!...
20. Quien se pone de parte del justo verá la gloria futura.
Tinieblas sempiternas, bazofia y llanto,
a tal condición vuestra conciencia
os llevará por culpa de vuestras obras, malvados.

J. Duchesne-Guillemin, *The Hymns of Zarathustra* (Londres 1952) 108-117.

D. *EL ISLAM. ALA Y SU PROFETA*

40. MAHOMA HABLA DE ALA: «NO HAY MAS DIOS QUE ALA...»

(*Corán,* 2, 255-257; 6, 102-104)

¡Dios! No hay más dios que él,
el viviente, el subsistente.
Ni la somnolencia ni el sueño se apoderan de él.
Suyo es lo que hay en los cielos y en la tierra.
¿Quién podrá interceder ante él
si no es con su permiso?
Conoce su pasado y su futuro,
mientras que ellos no abarcan nada de su ciencia,
excepto lo que él quiere.
Su trono se extiende sobre los cielos y sobre la tierra
y su conservación no le resulta onerosa.
El es el altísimo, el grandioso.
No cabe coacción en religión.
La buena dirección se distingue claramente del descarrío.
Quien no cree en los *taguts* [1] y cree en Dios,
ese tal se ase del asidero más firme,
de un asidero irrompible.
Dios todo lo oye, todo lo sabe.
Dios es el amigo de los que creen,
les saca de las tinieblas a la luz.
Los que no creen, en cambio,
tienen como amigos a los *taguts*
que les sacan de la luz a las tinieblas.
Esos morarán en el fuego eternamente.

(2, 255-257)

Ese es Dios, vuestro Señor.
No hay más dios que él,
creador de todo.
¡Servidle, pues!
El cuida de todo.
La vista humana no le alcanza,
pero él sí que alcanza la vista humana.
Es el sutil, el bien informado.

[1] Demonios o ídolos.

Habéis recibido intuiciones de vuestro Señor.
Quien ve claro, ve en beneficio propio.
Quien está ciego, lo está en detrimento propio.
Yo no soy vuestro custodio.

(6, 102-104)

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

41. ALA ES OMNISCIENTE, TODOPODEROSO, EL CREADOR

(*Corán*, 27, 60-64; 30, 47-54; 35, 38-41)

El ha creado los cielos y la tierra
y hecho bajar para vosotros agua del cielo,
mediante la cual hacemos brotar primorosos jardines
allí donde vosotros no podríais hacer brotar árboles.
¿Hay un dios junto con Dios?
Pero es gente que equipara.
¿Quién, si no, ha estabilizado la tierra,
colocado por ella ríos,
fijado montañas y puesto una barrera
entre las dos grandes masas de agua?
¿Hay un dios junto con Dios?
Pero la mayoría de ellos no saben.
¿Quién, si no, escucha el ruego del necesitado,
quita el mal y hace de vosotros sucesores en la tierra?
¿Hay un dios junto con Dios?
¡Qué poco os dejáis amonestar!
¿Quién, si no, os guía
por entre las tinieblas de la tierra y del mar
y envía los vientos
como nuncios que preceden a su misericordia?
¿Hay un dios junto con Dios?
¡Dios está por encima de lo que le asocian!
¿Quién, si no, inicia la creación
y luego la repite?
¿Quién os sustenta
de los bienes del cielo y de la tierra?
¿Hay un dios junto con Dios?

Di: «¡Aportad vuestra prueba,
si es verdad lo que decís!».

(27, 60-64)

Entre sus signos está el envío de los vientos
como nuncios de la buena nueva,
para daros a gustar de su misericordia,
para que navegue la nave
siguiendo sus órdenes
y para que busquéis su favor
y quizá, así, seáis agradecidos.
Antes de ti hemos mandado a enviados a su pueblo.
Les aportaron las pruebas claras.
Nos vengamos de los que pecaron,
era deber nuestro auxiliar a los creyentes.
Dios es quien envía los vientos
y éstos levantan una nube.
Y él la extiende como quiere por el cielo,
la fragmenta y ves que sale de dentro de ella el chaparrón.
Cuando favorece con éste a los siervos que él quiere,
he aquí que éstos se regocijan,
mientras que, antes de haberles sido enviado desde arriba,
habían sido presa de la desesperación.
¡Y mira las huellas de la misericordia de Dios,
cómo vivifica la tierra después de muerta!
Tal es, en verdad, el vivificador de los muertos.
Es omnipotente.
Y si enviamos un viento
y ven que amarillea,
se obstinan, no obstante, en su incredulidad.
Tú no puedes hacer que los muertos oigan
ni que los sordos oigan el llamamiento,
si vuelven la espalda.
Ni puedes dirigir a los ciegos,
sacándoles de su extravío.
Tú no puedes hacer que oigan
sino quienes creen en nuestros signos
y están sometidos a nosotros.
Dios es quien os creó débiles;
luego, después de ser débiles, os fortaleció;
luego, después de fortaleceros,
os debilitó y os envejeció.

Crea lo que él quiere.
Es el omnisciente, el omnipotente.

(30, 47-54)

Dios es el conocedor
de lo oculto de los cielos y de la tierra.
Conoce bien los secretos del corazón.
El es quien os ha hecho sucesores en la tierra.
Quien no crea,
sufrirá las consecuencias de su incredulidad.
La incredulidad servirá sólo
para hacer a los infieles más aborrecibles ante su Señor.
La incredulidad servirá sólo
para perder más a los infieles.
Di: «¿Veis a los dioses que asociáis a Dios,
a los que invocáis en lugar de invocarle a él?
Mostradme qué han creado de la tierra
o si tienen participación en los cielos.
O ¿les hemos dado una *Escritura,*
en cuya prueba clara puedan basarse?».
¡No! Las promesas que los impíos se hacen mutuamente
no son sino falacias.
Dios sostiene los cielos y la tierra
para que no se desplomen.
Si se desplomaran no habría, fuera de él,
quien pudiera sostenerlos.
Es benigno e indulgente.

(35, 38-41)

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

42. ALA ES «EL PRIMERO Y EL ULTIMO», EL CREADOR, HACEDOR, FORMADOR... CONOCE TODAS LAS COSAS

(*Corán,* 57, 1-6; 58, 7-8; 59, 22-24)

¡En el nombre de Dios, el compasivo, el misericordioso!
Lo que hay en los cielos y en la tierra
glorifica a Dios. El es el poderoso, el sabio.

Suyo es el dominio de los cielos y de la tierra.
Él da la vida y da la muerte.
Y es omnipotente.
Él es el principio y el fin,
el visible y el escondido. Y es omnisciente.
Él es quien creó
los cielos y la tierra en seis días.
Luego, se instaló en el trono.
Sabe lo que penetra en la tierra
y lo que de ella sale,
lo que desciende del cielo y lo que a él asciende.
Está con vosotros dondequiera que os encontréis.
Dios ve bien lo que hacéis.
Suyo es el dominio de los cielos y de la tierra.
¡Y todo será devuelto a Dios!
Hace que la noche entre en el día
y que el día entre en la noche.
Y sabe lo que los corazones encierran.

(55, 1-6)

¿No ves que Dios sabe
lo que hay en los cielos y en la tierra?
No hay conciliábulo de tres personas
en que no sea él el cuarto;
ni de cinco personas
en que no sea él el sexto.
Lo mismo si son menos que si son más,
él siempre está presente, dondequiera que sea.
Luego, el día de la resurrección,
ya les informará de lo que hicieron.
Dios es omnisciente.

(58, 7-8)

Él es Dios —no hay más dios que él—,
el conocedor de lo oculto y de lo patente.
Es el compasivo, el misericordioso.
Es Dios —no hay más dios que él—,
el rey, el santo, la paz, el que da seguridad,
el custodio, el poderoso, el fuerte, el sumo.
¡Gloria a Dios!
¡Está por encima de lo que le asocian!
Es Dios, el creador, el hacedor, el formador.

Posee los nombres más bellos.
Lo que hay en los cielos y en la tierra le glorifica.
Es el poderoso, el sabio.

(59, 22-24)

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

43. ALA ES LUZ...

(Corán, 24, 34-45)

Os hemos revelado aleyas [1] aclaratorias,
un ejemplo sacado de vuestros antecesores
y una exhortación para los que temen a Dios.
Dios es la luz de los cielos y de la tierra.
Su luz es comparable a una hornacina
en la que hay un pabilo encendido.
El pabilo está en un recipiente de vidrio,
que es como si fuera un astro fulgurante.
Se enciende de un árbol bendito, un olivo,
que no es del Oriente ni del Occidente,
y cuyo aceite casi alumbra
aun sin haber sido tocado por el fuego.
¡Luz sobre luz!
Dios dirige a su luz a quien él quiere.
Dios propone parábolas a los hombres.
Dios es omnisciente.
En templos que Dios ha permitido erigir
y que se invoque en ellos su nombre.
En ellos le glorifican, mañana y tarde,
hombres a quienes ni los negocios
ni el comercio les distraen del recuerdo de Dios,
de hacer la azalá [2] y de dar el azaque [3].
Temen el día en que los corazones
y las miradas sean puestos del revés.
Para que Dios les recompense
por sus mejores obras y les dé más de su favor.
Dios provee sin medida a quien él quiere.
Las obras de los infieles

[1] Se llaman aleyas los versículos del *Corán.*
[2] Oración institucional obligatoria.
[3] Impuesto-limosna legal.

son como espejismo en una llanura:
el muy sediento cree que es agua,
hasta que, llegado allá,
no encuentra nada.
Sí encontrará, en cambio,
a Dios junto a sí y él le saldará su cuenta.
Dios es rápido en ajustar cuentas.
O como tinieblas en un mar profundo,
cubierto de olas, unas sobre otras,
con nubes por encima, tinieblas sobre tinieblas.
Si se saca la mano, apenas se la distingue.
No dispone de luz ninguna aquel a quien Dios se la niega.

[Omnipotencia divina]

¿No ves que glorifican a Dios
quienes están en los cielos y en la tierra
y las aves con las alas desplegadas?
Todos saben cómo orar
y cómo glorificarle.
Dios sabe bien lo que hacen.
El dominio de los cielos y de la tierra
pertenece a Dios.
¡Es Dios el fin de todo!
¿No ves que Dios
empuja las nubes y las agrupa
y luego forma nubarrones?
Ves, entonces, que el chaparrón sale de ellos.
Hace bajar del cielo montañas de granizo
y hiere o no con él según que quiera o no quiera.
El resplandor del relámpago que acompaña deja casi sin vista.
Dios hace que se sucedan la noche y el día.
Sí, hay en ello motivo de reflexión
para los que tienen ojos.
Dios ha creado a todos los animales de agua:
de ellos unos se arrastran,
otros caminan a dos patas, otros a cuatro.
Dios crea lo que quiere.
Dios es omnipotente.

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

Cf. también n.os 231-237, 252, 268-269.

SEGUNDA PARTE

MITOS DE LA CREACION Y DE LOS ORIGENES

A. *MITOS DE LA CREACION DEL MUNDO*

Hay una gran variedad de mitos cosmogónicos. Pueden, sin embargo, clasificarse como sigue: 1) creación ex nihilo *(un ser supremo crea el mundo con el pensamiento, por la palabra o calentándolo en una sauna, etc.); 2) el motivo del buceador de la tierra (un dios envía unas aves acuáticas o animales anfibios o se sumerge él mismo hasta el fondo del océano primordial para extraer una partícula de tierra de la que luego se forma todo el universo); 3) creación mediante el recurso de dividir en dos una unidad primordial [pueden distinguirse en este caso tres variantes:* a) *separación del cielo y la tierra, es decir, de los progenitores del mundo;* b) *separación de una masa amorfa original, el «caos»;* c) *la división en dos de un huevo cosmogónico]; 4) creación mediante el desmembramiento de un ser primordial, que puede ser una víctima antropomórfica voluntaria (Ymir en la mitología escandinava, el Purusha védico de la India, el chino P'an-ku) o un monstruo acuático derrotado después de una batalla terrorífica (la babilónica Tiamat). Los textos que a continuación se recogen abarcan casi todos estos tipos y variantes. Hemos añadido algunos ejemplos de textos cosmogónicos indios de carácter especulativo.*

44. CREACION POR EL PENSAMIENTO

Relato de los indios winnebagos de Wisconsin, recogido por Paul Radin.

«No sabemos en qué condición se hallaba nuestro padre cuando empezó a tomar conciencia. Movió su brazo derecho y luego su brazo izquierdo, su pierna derecha y luego su pierna izquierda. Empezó a pensar lo que tenía que hacer y por fin empezó a llorar, mientras las lágrimas fluían de sus ojos y caían delante de él. Al poco tiempo miró delante de sí y vio algo que brillaba. Aquello brillante eran sus lágrimas, que habían corrido hacia abajo y formaban las aguas que vemos... El hacedor de la tierra empezó a pensar de nuevo. Y pensó: 'Es así; cuando deseo una cosa, se hará como yo deseo, del mismo modo que mis lágrimas se han convertido en mares'. Así pensó. Y deseó la luz, y se hizo la luz. Y pensó luego: 'Es como me suponía; las cosas que he deseado han empezado a existir tal como yo quería'. Pensó entonces y deseó que existiera la tierra, y la tierra empezó a existir. El hacedor de la tierra la contempló y le gustó, pero la tierra no se estaba quieta... (Una

vez que la tierra se aquietó) pensó en tantas cosas como empezaban a existir según él deseaba. Entonces empezó a hablar por primera vez. Dijo: 'Puesto que las cosas son tal como yo quiero que sean, haré un ser semejante a mí'. Y tomó un poco de tierra y le dio su semejanza. Habló entonces a lo que acababa de crear, pero aquello no le respondió. Lo miró y vio que no tenía entendimiento o pensamiento. Y le hizo un entendimiento. De nuevo le habló, pero aquello no respondió. Lo volvió a mirar y vio que no tenía lengua. Le hizo entonces una lengua. Le habló otra vez y aquello no respondió. Lo volvió a mirar y vio que no tenía alma. Le hizo, pues, un alma. Le habló otra vez y aquello pareció querer decir algo. Pero no lograba hacerse entender. El hacedor de la tierra alentó en su boca, le habló, y aquello le respondió».

P. Radin, *The Winnebago Indians* (Washington 1923) 212-213.

45. COSMOGONIA DE LOS OMAHAS: AL PRINCIPIO EL MUNDO ESTABA EN LA MENTE DE DIOS

Un indio omaha explica la creencia de su pueblo acerca de la creación del mundo.

«Al principio —dijo el omaha— todas las cosas estaban en la mente de Wakonda. Todas las criaturas, el hombre también, eran espíritus. Se movían de un lado a otro en el espacio que media entre la tierra y las estrellas (el cielo). Buscaban un lugar en que pudieran empezar a existir corpóreamente. Subieron hasta el sol, pero el sol no les convenía como morada. Pasaron a la luna y vieron que tampoco era buena para vivir allí. Descendieron entonces a la tierra. Vieron que estaba cubierta de agua. Flotaron hacia el norte, el sur, el este y el oeste, pero no encontraron tierra seca. Estaban muy apesadumbrados. De repente, entre las aguas surgió una gran roca. Empezó a arder en llamas y las nubes flotaron en el aire en forma de nubes. Apareció la tierra seca; crecieron las plantas y los árboles. Las huestes de los espíritus descendieron y se hicieron carne y sangre. Se alimentaron de las semillas de las hierbas y de los frutos de los árboles, y la tierra vibró con sus expresiones de alegría y gratitud a Wakonda, el hacedor de todas las cosas».

Fletcher y La Flesche, *The Omaha Tribe* (Washington 1911) 570-571.

Cf. también n.os 8, 9, 10.

46. CREACION A PARTIR DE LA MERA APARIENCIA

Una creencia de los uitotos de Colombia, América del Sur.

Al principio no había nada más que una mera apariencia, nada existía realmente. Era un fantasma, una ilusión que tocó nuestro padre; algo misterioso fue lo que palpó. Nada existía. Mediante un sueño, nuestro padre, «el que es sólo apariencia», Nainema, apretó el fantasma contra su pecho y se sumió en sus pensamientos.

Ni siquiera existía un árbol para sostener a este fantasma, y sólo mediante su aliento mantuvo Nainema sujeta esta ilusión al hilo de un sueño. Trató de descubrir qué había en el fondo de ella, pero nada encontró. «Estoy sujetando algo que es un puro no existir», dijo. No había nada.

Lo intentó de nuevo nuestro padre y rebuscó en el fondo de aquello y sus dedos removieron el fantasma vacío. Ató el vacío al hilo del sueño y prensó sobre él la papilla mágica. Así, gracias al sueño, lo sostuvo como la pelusilla del algodón silvestre.

Tomó el fondo del fantasma y pisó sobre él repetidas veces, con lo que pudo finalmente descansar sobre la tierra en que había soñado.

Ya era suyo el fantasma de la tierra. Escupió entonces varias veces para que surgieran los bosques. Se acostó sobre la tierra y puso sobre ella la cubierta del cielo. De la tierra alzó los cielos blanco y azul y los puso encima».

P. Radin, *Monotheism among Primitive Peoples* (Basilea 1954) 13-14, parafraseando y resumiendo a K. T. Preuss, *Religion und Mythologie der Uitoto* I (Gotinga 1921) 166-168.

47. IO Y LA COSMOGONIA DE LOS MAORIES

Io (Iho), el ser supremo de los maoríes de Nueva Zelanda, es considerado eterno, omnisciente y creador del universo, de los dioses y del hombre. Como se verá por el texto que va a continuación, el mito cosmogónico es para los maoríes un modelo paradigmático de todo tipo de «creación»: la procreación de un niño, la inspiración de un poeta, etc.

(Cf. M. Eliade, *Mito y realidad* [Madrid 1968] 35ss).

Io moraba en el espacio palpitante de la inmensidad.
El universo yaçía en tinieblas, anegado por las aguas.

No había un destello de aurora, de claridad, de luz.
Y empezó por pronunciar estas palabras,
dejando de permanecer inactivo:
«Las tinieblas sean tinieblas dotadas de luz».
Y de pronto apareció la luz.
Y repitió las mismas palabras de este modo,
dejando de permanecer inactivo:
«Sea la luz una luz dotada de tinieblas».
Y de nuevo sobrevino una intensa oscuridad.
Por tercera vez habló diciendo:
«Haya unas tinieblas arriba,
haya unas tinieblas abajo.
....
Haya una luz arriba,
haya una luz abajo,
....
un dominio de la luz,
una luz resplandeciente».
Y prevaleció entonces una gran luz.
(Io) miró entonces a las aguas que le rodeaban,
y habló por cuarta vez, diciendo:
«Aguas de Tai-kama, separaos.
Fórmate, cielo». Quedó entonces suspendido el cielo.
«Produce tú, Tupua-horo-nuku».
Y de pronto se extendió la tierra.

Estas palabras (de Io) (el dios supremo) quedaron impresas en la mente de nuestros antepasados, que las transmitieron de una a otra generación. A ellas se refería con gozo nuestro sacerdote, diciendo que eran:

Las sentencias antiguas y originales.
Las palabras antiguas y originales.
La antigua y original sabiduría cosmogónica *(wananga)*.
Las que hicieron surgir del vacío,
el vacío inmenso que llenaba el espacio,
como atestiguan las aguas de la marea,
los cielos desplegados,
la tierra dilatada que recibe el ser.

Ahora bien, amigos míos, hay tres importantísimas aplicaciones de estas sentencias originales, según los usos de nuestros sagrados ritos. La primera tiene lugar en el rito para implantar un niño en

el vientre estéril. La siguiente tiene lugar en el rito para iluminar la mente y el cuerpo. La tercera y última tiene su momento en los ritos relativos al tema solemne de la muerte, de la guerra, del bautismo, de los recitales genealógicos y otras materias de importancia semejante, como saben los sacerdotes más especialmente dedicados a todo ello.

Las palabras con que Io modeló el universo, es decir, mediante las que éste fue establecido y se le hizo producir un mundo de luz, estas mismas palabras se usan en los ritos para implantar un niño en el vientre estéril. Las palabras por las que Io hizo brillar la luz en las tinieblas se usan en los ritos para consolar el corazón entristecido y abatido, al anciano débil, al decrépito; para hacer luz en los lugares o en los asuntos secretos, para obtener la inspiración y componer canciones, y en muchos otros asuntos que pueden causar desesperación al hombre en tiempos de una guerra adversa. En todos estos casos, el rito para iluminar y consolar incluye las palabras (usadas por Io) para vencer y dispersar las tinieblas. En tercer lugar están los ritos preparatorios que tratan de las formaciones sucesivas dentro del universo, así como la historia genealógica del hombre mismo.

Hare Hongi, *A Maori Cosmogony:* «Journal of the Polynesian Society» 16 (1907) 113-114.

Cf. también n.º 11.

48. TEOGONIA Y COSMOGONIA DE LOS POLINESIOS

(Islas de la Sociedad)

Ta'aroa (Tangararoa) es el ser supremo, el creador increado del universo. Surgió de una concha (Rumia) que después se convertiría en el universo.

Ta'aroa fue el antepasado de todos los dioses; él hizo todas las cosas. Desde tiempo inmemorial existió el gran Ta'aroa, Tahi-tumu («El origen»). Ta'aroa se desarrolló en la soledad; él fue su propio progenitor, sin padre ni madre...

Ta'aroa estaba sentado en su concha, en las tinieblas desde toda la eternidad. La concha era como un huevo que daba vueltas en el espacio infinito, sin cielo ni tierra ni mar ni luna ni sol ni estrellas. Todo era tinieblas, una espesa y continua oscuridad... El relato habla a continuación de cómo Ta'aroa rompe su concha,

que se convierte en el cielo, nada hacia el espacio vacío y se retira a una nueva concha de la que sale otra vez... convirtiéndola... en el gran cimiento del mundo, la roca y el asentamiento del mundo.

La concha Rumia, de la que salió la primera vez, se convierte en su casa, la cúpula del cielo de los dioses, que era un cielo cerrado en cuyo seno estaba el mundo entonces en formación.

E. S. Craighill, *Polynesian Religion* (Honolulú 1927) 11-12.

49. UN MITO DE LA CREACION POR EL BUCEADOR QUE SACA LA TIERRA DEL AGUA

Creencias de los indios maidus de California.

En el principio no había sol ni luna ni estrellas. Todo estaba oscuro, y no había más que agua por todas partes. Flotando sobre el agua llegó una balsa. Venía del norte, y en ella había dos personas, Tortuga (A'noshma) y Padre de la Sociedad Secreta (Pehe'ipe). La corriente era muy rápida. Cayó entonces del cielo una cuerda de plumas, llamada Po'kelma, y por ella bajó el Iniciado de la Tierra. Cuando llegó al final de la cuerda, ató su extremo al arco de la balsa, y se quedó allí. Su rostro estaba cubierto y nunca fue visto por nadie, pero su cuerpo brillaba como el sol. Se sentó y nada dijo durante un buen rato. Por fin dijo Tortuga: «¿De dónde vienes tú?». Y el Iniciado de la Tierra respondió: «Vengo de arriba». Dijo Tortuga entonces: «Hermano, ¿no podrías hacerme un poco de tierra seca, de manera que pueda salir alguna que otra vez del agua?». Y preguntó de nuevo: «¿Habrá alguna vez otras gentes en la tierra?». El Iniciado de la Tierra se quedó pensativo y dijo por fin: «Sí». Preguntó Tortuga: «¿Cuánto tiempo tardarás aún en hacer a la gente?». Replicó Iniciado de la Tierra: «No lo sé. Tú quieres un poco de tierra seca. Bien, ¿de dónde voy a sacar tierra para hacértela?». Tortuga respondió: «Si me sujetas una cuerda al brazo derecho, bucearé para buscarla». Iniciado de la Tierra hizo como Tortuga decía; buscando alrededor, sacó de algún sitio un cabo de cuerda y lo ató a Tortuga. Cuando Iniciado de la Tierra llegó a la balsa, allí no había ninguna cuerda, pero él rebuscó y encontró una. Tortuga dijo: «Si la cuerda no es bastante larga, yo daré un tirón y tú me sacarás; si es bastante larga, daré dos tirones y entonces tú tirarás de prisa, de forma que yo pueda sacar toda la tierra que pueda coger». Cuando Tortuga se acercó

al costado de la balsa, Padre de la Sociedad Secreta empezó a gritar sordamente.

Tortuga estuvo fuera mucho tiempo, durante seis años. Cuando regresó, estaba cubierta de cieno verde, de tanto tiempo que permaneció allá abajo. Cuando subió a la superficie del agua, la única tierra que traía era un poquito debajo de las uñas; el resto lo había perdido. Iniciado de la Tierra tomó en sus manos un cuchillo de piedra de debajo de su sobaco izquierdo y fue raspando cuidadosamente la tierra de debajo de las uñas de Tortuga. Puso la tierra en la palma de su mano y la amasó hasta que se formó una bola redonda; era pequeña como un guijarro pequeño. La depositó sobre la popa de la balsa. Una y otra vez se volvió a mirarla, pero no crecía nada en absoluto. La tercera vez que fue a mirarla había crecido de modo que se la podía rodear con los brazos. La cuarta vez que la miró era ya tan grande como el mundo, la balsa estaba varada y alrededor había montañas hasta perderse de vista. La balsa encalló en Taʿdoikö, y todavía hoy puede verse el sitio.

Cuando la balsa tocó tierra, dijo Tortuga: «No puedo estar siempre a oscuras. ¿No puedes hacer una luz para que yo vea?». Replicó Iniciado de la Tierra: «Vamos a sacar la balsa, y luego veremos qué se puede hacer». La sacaron entre los tres. Entonces dijo Iniciado de la Tierra: «¡Mirad allí, hacia el este! Voy a decir a mi hermana que venga». Entonces empezó a hacerse la luz y rompió por fin el día; entonces se puso a gritar sordamente Padre de la Sociedad Secreta, y salió el sol. Dijo Tortuga: «¿Por qué camino va a viajar el sol?». Respondió Iniciado de la Tierra: «Le diré que siga este camino y que se ponga por allí». Una vez que se hubo puesto el sol, Padre de la Sociedad Secreta empezó a llorar y a gritar de nuevo, y se hizo una gran oscuridad. Iniciado de la Tierra preguntó a Tortuga y a Padre de la Sociedad Secreta: «¿Os gusta mucho?». Y ellos respondieron a la vez: «Es muy bueno». Preguntó entonces Tortuga: «¿Es esto todo lo que piensas hacer por nosotros?». Y respondió Iniciado de la Tierra: «No, todavía voy a hacer mucho más». Entonces fue llamando una a una a las estrellas por su nombre, y fueron saliendo. Hecho esto, preguntó Tortuga: «¿Qué tenemos que hacer nosotros ahora?». Replicó Iniciado de la Tierra: «Esperad y os lo diré». Entonces hizo crecer un árbol en Taʿdoikö, el árbol llamado Huʿkimsta; Iniciado de la Tierra y Tortuga y Padre de la Sociedad Secreta se sentaron a su sombra durante dos días. El árbol era muy grande, y en él crecían doce clases distintas de bellotas.

R. B. Dixon, *Maidu Myths:* «Bull. of the Amer. Museum of Nat. Hist.» 17 (1902-1907) 39ss.

50. LOS COMIENZOS DEL MUNDO

Un mito de los yokutos yauelmanis de California.

Al principio no había más que agua por todas partes. Del agua se alzó hasta el cielo un madero (compuerta, palo, madero, árbol). En el árbol había un nido. Los que estaban dentro no veían tierra por ningún lado. Sólo se podía ver agua. El águila era su jefe. Con ella estaban el lobo, Coyote, la pantera, el halcón de las praderas, el gavilán llamado *po'yon* y el cóndor. El águila quería hacer la tierra. Y pensó: «Necesitamos la tierra». Entonces llamó a *k'uik'ui,* un pequeño pato. Y le dijo: «Bucea y saca tierra». El pato buceó, pero no llegó al fondo. Murió. El águila llamó a un pato de otra especie. Le dijo que bucease. Este pato llegó más profundo. Finalmente alcanzó el fondo. Apenas había tocado el limo, murió. Entonces subió a la superficie. El águila y los otros seis vieron un poco de lodo bajo sus uñas. Cuando vio esto el águila, recogió de sus uñas el lodo. Lo mezcló con las semillas *telis* y *pele* y lo apelmazó todo, mezcló agua e hizo barro. Esto ocurría por la mañana. Lo puso luego en el agua y aquello se hinchó y se extendió por todas partes, empezando desde su centro. (Estas semillas, al plantarlas y regarlas, se hinchan). Por la tarde dijo el águila a sus compañeros: «Tomad un poco de tierra». Bajaron y se volvieron a lo alto del árbol llevando consigo un poco de tierra. Muy de mañana, cuando salió el lucero de la mañana, dijo el águila al lobo: «¡Aúlla!». El lobo aulló y desapareció la tierra, y de nuevo sólo había agua. Dijo el águila: «La volveremos a hacer», pues con tal fin habían tomado consigo un poco de tierra, que conservaban en el nido. Tomaron de nuevo semillas *telis* y *pele,* y las amasaron con tierra, y pusieron la mezcla en agua, y se hincharon de nuevo. A la mañana siguiente, cuando apareció la estrella de la mañana, dijo el águila otra vez al lobo: «¡Aúlla!», y él aulló tres veces. La tierra fue sacudida por el terremoto, pero no desapareció. Dijo el Coyote: «También yo quiero aullar». Aulló y la tierra se movió sólo un poco. Ahora todo estaba bien. Bajaron entonces del árbol a tierra. Cerca de donde se hallaba el árbol había un lago. Dijo el águila: «Viviremos allí». Hicieron entonces una casa y vivieron en ella.

A. L. Kroeber, *Indian Myths of South Central California* (Universidad de California 1906-1907) 229-231.

51. UNA COSMOGONIA AFRICANA

Relato de los boshongos, tribu bantú central del Lunda Cluster.

Al principio, en la oscuridad, no había más que agua. Y Bumba estaba solo.

Un día estaba Bumba muy afligido. Sintió náuseas, hizo un esfuerzo y vomitó el sol. Después de esto se difundió la luz por todas partes. El calor del sol secó el agua hasta que empezaron a aparecer los confines oscuros del mundo. Podían verse bancos de arena y arrecifes negros. Pero no había seres vivientes.

Bumba vomitó la luna y después las estrellas, y después de esto también la noche tuvo su luz.

De nuevo se sintió afligido Bumba. Hizo otro esfuerzo y salieron nueve criaturas vivas: el leopardo, llamado Ganda Bumba, y Pongo Bumba, el águila moñuda; el cocodrilo, Ganda Bumba, y un pequeño pez llamado Yo; luego el viejo Kono Bumba, la tortuga, y Tsetse, el rayo, veloz, mortífero, hermoso como el leopardo; luego la garza blanca, Nyanyi Bumba; también un escarabajo y el cabrito llamado Budi.

Al final del todo salieron los hombres. Había muchos hombres, pero sólo uno era blanco como Bumba. Su nombre era Loko Yima.

Las criaturas crearon entonces a las demás criaturas. La garza creó todas las aves del cielo, excepto el milano. No hizo el milano. El cocodrilo creó serpientes y la iguana. El cabrito creó todos los animales que tienen cuernos. Yo, el pececillo, produjo todos los peces de todos los mares y de todas las aguas. El escarabajo creó los insectos.

Entonces las serpientes crearon a su vez los saltamontes, mientras que la iguana hizo las criaturas que no tienen cuernos.

Entonces dijeron los tres hijos de Bumba que ellos acabarían de hacer el mundo. El primero, Nyonye Ngana, hizo las hormigas blancas, pero la tarea resultó excesiva para él, y murió. Las hormigas, por su parte, agradecidas por haber recibido la vida y el ser, bajaron a lo más profundo del mundo en busca de tierra negra y con ella cubrieron las arenas estériles para enterrar y rendir homenaje a su creador.

Chonganda, el segundo hijo, produjo una maravillosa planta viva de la que surgieron luego todos los árboles, hierbas, flores y plantas del mundo. El tercer hijo, Chedi Bumba, quería hacer algo distinto, pero a pesar de todos sus esfuerzos sólo consiguió crear el milano.

De todas las criaturas, Tsetse, el rayo, era la única que causaba trastornos. Tanto daño hizo que Bumba lo atrapó y lo encerró en el cielo. Entonces la humanidad se quedó sin fuego, hasta que Bumba les enseñó cómo sacar fuego de los árboles. «En todos los árboles hay fuego», les dijo, y les enseñó a hacer fogones y a sacar el fuego. Todavía hoy cae algunas veces Tsetse del cielo, golpea la tierra y causa estragos.

Cuando por fin estuvo acabada la obra de la creación, Bumba se paseó por las pacíficas aldeas y dijo a la gente: «Mirad todas estas maravillas. Os pertenecen». De Bumba, pues, el Creador, el Primer Antepasado, proceden todas las maravillas que vemos, poseemos y usamos, y toda la hermandad de las bestias y de los hombres.

M. Leach, *The Beginnings* (Nueva York 1956) 145-146, adaptado de E. Torday y J. A. Joyce, *Les Boshongo,* 20ss.

52. EL GENESIS MAYA-QUICHE

(*Popol Vuh,* cap. I)

El Popol Vuh *es el texto más importante de la literatura maya que conocemos. Fue puesto por escrito después de la introducción del cristianismo.*

Admirable es el relato —así empieza la narración—, admirable es el relato del tiempo en que sucedió que todas las cosas fueron formadas en el cielo y en la tierra, el reparto de los signos en los cuatro cuarteles, su medida y disposición, y el establecimiento de paralelas en los cielos y sobre la tierra según los cuatro cuarteles, según fue dicho por el Creador y Hacedor, la Madre, el Padre de la vida y de toda existencia, por el que todo bulle y alienta, padre y sustentador de la paz de los pueblos, por cuya sabiduría se previó la excelencia de todo cuanto existe en los cielos, sobre la tierra, en el lago y en el mar.

Pero he aquí que todo estaba en suspenso, todo quieto y silencioso; todo estaba inmóvil, todo en calma, y era ancha la inmensidad de los cielos.

Pero he aquí la primera palabra y el primer discurso. Aún no había ningún hombre; no había aves ni peces ni cangrejos; no había leña ni piedra ni ciénaga ni barranco ni vegetación ni marisma. Sólo existía el cielo.

Aún no se veía la faz de la tierra; sólo el mar pacífico y la anchura de los cielos.

Aún no había sido formado nada a modo de un cuerpo; nada se unía aún a otra cosa; la nada se mantenía en equilibrio. No había un susurro ni sonido alguno bajo el cielo. Nada había aún erguido. Sólo estaban allí las aguas tranquilas del mar, solitario dentro de sus confines, porque aún no existía nada.

No había más que inmovilidad y silencio en las tinieblas y en la noche. Estaba solo el Creador, el Hacedor, Tepeu, el Señor, y Gucumatz, la Serpiente emplumada, los que engendran, los que dan vida, solos sobre las aguas como una luz henchida.

Envueltos están en verde y azul, de donde viene el nombre de Gucumatz, y su ser es gran sabiduría. He aquí que el cielo existía, que el Corazón del Cielo existía, pues tal es el nombre de Dios, y así es como él se llama.

Fue entonces cuando vino la palabra a Tepeu y a Gucumatz, en las sombras y en la noche, y habló con Tepeu y con Gucumatz. Y hablaron ellos y consultaron y meditaron, y unieron sus palabras y sus consejos.

Entonces apareció la luz mientras se aconsejaban; al momento de amanecer apareció el hombre mientras ellos hacían planes para producir y extender los bosques y las plantas rastreras, allí en la sombra y en la noche, por virtud del que es el Corazón del cielo, cuyo nombre es Huracán.

El Relámpago es el primer signo de Huracán; el segundo es el Rayo y el tercero es el Trueno que retumba, y estos tres son el Corazón del cielo.

Vinieron entonces a Tepeu, el Gucumatz, y deliberaron acerca de la vida civilizada, cómo producir la semilla, cómo hacer la luz, cómo asegurar sustento y nutrición a todas las cosas.

«Hágase de este modo. Que las aguas se retiren y dejen de estorbar, hasta que haya aquí tierra, que se endurezca y muestre su faz, para que sea sembrada, y que la luz del día brille en los cielos y sobre la tierra. Pues no recibiremos gloria y honor de todo lo que hemos creado y formado hasta que haya seres humanos dotados de sentido». Así hablaron mientras la tierra era formada. Así fue como en verdad tuvo lugar la creación, y existió la tierra. «Tierra», dijeron, e inmediatamente se formó.

Como una niebla o una nube fue su formación en estado material, cuando, como grandes langostas, las montañas aparecieron sobre las aguas, y en un instante hubo grandes montañas. Sólo en virtud de un gran poder maravilloso pudo ser llevada a cabo esta

su resolución cuando montañas y valles aparecieron instantáneamente, con bosques de cipreses y pinos sobre ellas.

Entonces se sintió Gucumatz lleno de gozo. «¡Bienvenido seas, Corazón del cielo, Huracán, Rayo, Trueno!».

«Todo lo que hemos creado y formado tendrá su fin», replicaron ellos.

H. B. Alexander, *Latin-American Mythology* (Boston 1920) 160-162.

53. COSMOGONIA JAPONESA

(Nihongi y Ko-ji-ki)

A comienzos del siglo VIII d. C. fueron recogidos los antiguos mitos japoneses en dos colecciones tituladas Nihongi *(«Crónicas del Japón») y* Ko-ji-ki *(«Noticias de las Antigüedades»).*

Antiguamente no estaban separados el cielo y la tierra, ni se habían dividido In y Yo, sino que formaban una masa caótica como un huevo de límites oscuramente definidos y que contenía gérmenes. La parte más pura y clara se extendía finamente y formaba el cielo, mientras que el elemento más pesado y espeso quedó sedimentado y formó la tierra. El elemento más sutil se unió fácilmente para formar un cuerpo, mientras que la consolidación del elemento más pesado y espeso se realizó con dificultad. El cielo, por consiguiente, se formó primero y la tierra se afirmó a continuación. Entre ambos fueron producidos después los seres divinos *(Nihongi,* 1-2).

Vienen después las llamadas «siete generaciones de dioses», que terminan con las deidades creadoras, Izanagi, «el macho que atrae», y su hermana Izanami, «la hembra que atrae».

Después de esto todas las divinidades celestes ordenaron a las dos deidades, el augusto «macho que atrae» y la augusta «hembra que atrae», mandándoles «hacer, consolidar y dar el ser a esta tierra fluctuante». Les dieron una celeste lanza enjoyada, y de este modo se dignaron hacerles aquel encargo. Las dos deidades, por tanto, puestas sobre el puente flotante del cielo, hundieron la lanza enjoyada y la removieron, y cuando hubieron removido el agua del mar hasta conseguir que se cuajara, sacando la lanza, el agua que caía de la punta de la lanza se cuajó y formó una isla. Esta es la isla de Onogoro *(Ko-ji-ki,* 19).

Las dos deidades descendieron a Onogoro-jima y erigieron allí

una casa de ocho brazas con un augusto pilar en el centro. Entonces Izanagi habló a Izanami, diciendo: «¿Cómo está formado tu cuerpo?». Replicó Izanami: «Mi cuerpo está completamente formado, excepto una parte que está incompleta». Entonces dijo Izanagi: «Mi cuerpo está completamente formado, pero hay una parte de sobra. Suponte que completamos lo que en ti está incompleto con lo que me sobra, y de este modo procreamos tierras». Izanami replicó: «Está bien». Entonces dijo Izanami: «Vamos a dar vueltas en torno al augusto pilar celeste, y cuando nos encontremos al otro lado, nos uniremos en matrimonio». Convinieron en ello, y entonces dijo él: «Da vueltas tú por la izquierda y yo iré por la derecha». Cuando dieron la vuelta, Izanami habló y exclamó: «¡Que delicioso! Me he encontrado con un hermoso joven». Izanagi dijo entonces: «¡Que delicioso! Me he encontrado con una hermosa doncella». Después dijo: «No trae buena suerte que la mujer hable primero». El niño que fue el primer fruto de su unión fue Hiruko («niño sanguijuela»), que a la edad de tres años aún no se tenía en pie, por lo que fue colocado en una barca de mimbres y dejado a la deriva (*Nihongi,* 13; cf. *Ko-ji-ki,* 20-21).

Las dos deidades procrearon después las islas del Japón y cierto número de divinidades. La última de ellas fue el dios del fuego, pero al darlo a luz quedó mortalmente abrasada Izanami. Después de morir descendió bajo tierra. Izanagi sale en su busca, lo mismo que Orfeo bajó hasta las sombras para recuperar a Eurídice. Bajo tierra hay una oscuridad total, pero Izanagi encuentra por fin a su esposa y le ofrece llevarla consigo de regreso. Izanami le pide que espere a las puertas del palacio subterráneo y que no encienda ninguna luz. Pero el esposo pierde la paciencia; enciende una púa de su peine y penetra en el palacio, donde, a la luz de la antorcha, ve a Izanami en proceso de descomposición. Arrebatado por el pánico, huye. Le sigue su esposa muerta, pero Izanagi se las arregla para escapar por el mismo camino que había seguido para penetrar bajo tierra y luego echa una gran roca sobre la abertura. Esposo y esposa hablan por última vez separados por aquella gran roca. Izanagi pronuncia la fórmula sacramental que consuma la separación entre ambos y a continuación asciende al cielo, mientras que Izanami marcha a las regiones inferiores en que morará para siempre. De este modo se convierte en diosa de los muertos, como ocurre generalmente con las diosas ctónicas y de la agricultura, que son divinidades de la fecundidad y de la muerte al mismo tiempo, del nacimiento y del retorno al seno materno.

W. G. Aston (trad.), *Nihongi* (Londres 1924);
B. H. Chamberlain (trad.), *Ko-ji-ki* (Tokio 1906).

El texto que va a continuación está tomado del «Libro de Apofis Vencedor», un escrito tardío, pero que recoge materiales de un período relativamente antiguo.

El Señor de todas las cosas, una vez que empezó a existir, dice: Yo soy el que empecé a existir como Khepri (es decir, «el que llega a ser»). Cuando empecé a existir, los seres empezaron a existir, todos los seres empezaron a existir después de que yo empecé a existir. Numerosos son los que llegaron a existir, que proceden de mi boca, antes de que el cielo existiera, cuando no había tierra ni gusanos ni serpientes en este lugar. Pero yo, sintiéndome hastiado, estaba unido a ellos en el abismo acuoso. No encontraba lugar en que ponerme en pie. Yo pensé en mi corazón, yo hice mis planes, yo realicé todas las formas estando a solas, antes de eyectar a Shu, antes de escupir a Tefnut [1], antes de que llegara a ser ninguno otro de los que estaban en mí. Entonces hice mis planes en mi corazón, y numerosas formas del ser empezaron a existir como formas de niños, como formas de sus hijos. Concebí en virtud de mi mano, me uní con mi mano, los derramé de mi boca. Yo eyecté a Shu, yo escupí a Tefnut. Fue mi padre, el abismo acuoso, el que los crió, y mi ojo los siguió (?) cuando se alejaban de mí. Después de haber sido un dios, ahora había tres dioses en mí. Cuando yo empecé a existir en este país, Shu y Tefnut exultaron en el abismo acuoso en que estaban. Entonces trajeron consigo mi ojo. Cuando hube juntado mis miembros, lloré sobre ellos, y los hombres se fueron formando de las lágrimas que caían de mis ojos [2]. Entonces ella (el ojo) se encolerizó [3] después de que se hubo marchado y vio que yo había puesto otra en su lugar, y que había sido sustituida por la Resplandeciente. Entonces le busqué un lugar más elevado sobre mi frente [4], y cuando empezó a gobernar sobre todo el país, su ira se abatió sobre la floración (?) y yo reemplacé lo que ella había asolado. Yo salí de la floración (?), yo creé todas las serpientes y todo lo que empezó a existir con

[1] Shu el aire, Tefnut la humedad.

[2] El mismo mito en el *Libro de las Puertas*, sección 4 (*The Tomb of Ramesses VI*, 169).

[3] Alusión al mito del ojo del sol divino que marcha a un país lejano y es traído de nuevo por Shu y Tefnut. Otro aspecto de este mismo mito se recoge en el *Libro de la Vaca divina.*

[4] La serpiente que escupe fuego, el úreo que aparece sobre la cabeza del dios.

ellas. Shu y Tefnut produjeron a Geb y Nut; Geb y Nut produjeron de un solo cuerpo a Osiris, Horus el Sin Ojos [5], Seth, Isis y Neftis, uno tras otro entre ellos. Sus hijos son numerosos en este país.

A. Piankoff, *The Shrines of Tut-ankh-amon* (Nueva York 1955) 24. Cf. la traducción de A. Wilson, ANET 6-7.

Cf. también n.º 17.

55. COSMOGONIA MESOPOTAMICA

(Enuma elish)

El extenso poema babilónico de la creación, o Enuma elish *(«Cuando en lo alto»), así llamado por sus primeras palabras, narra una serie de acontecimientos que empiezan con la primera separación del orden y del caos, culminando con la creación del cosmos específico conocido por los antiguos babilonios. Por haber nacido los dioses en el seno de las aguas mezcladas de sus progenitores primordiales, Apsu y Tiamat, su desasosiego perturba a Apsu. Al protestar Tiamat, Apsu se propone darles muerte, pero Ea advierte sus planes y se adelanta a dar muerte a Apsu. Tiamat se llena de furor y da el ser a una legión de monstruos para que venguen a su esposo y arrebaten el señorío a la generación más joven. Los dioses, aterrados, acuden a Marduk, hijo de Ea, en demanda de ayuda. Marduk se compromete a hacer frente a Tiamat, pero en compensación exige ser reconocido señor de todos los dioses. Estos se reúnen en seguida, le proclaman rey y lo envían armado de vientos y tormentas. La batalla es breve; los vientos hinchan el cuerpo de Tiamat y Marduk lanza una flecha que penetra por la boca abierta de Tiamat hasta el corazón. Luego descuartiza su cuerpo y con sus dos mitades forma el cielo y la tierra. Después de poner en orden los cielos, pide ayuda a Ea para crear con la sangre de Kingu, el demonio jefe de Tiamat, los hombres de Mesopotamia, los de negros cabellos. El poema termina contando cómo los dioses erigen un templo a Marduk y se reúnen en él para celebrar sus obras poderosas. El «Enuma elish» fue compuesto probablemente a comienzos del segundo milenio antes de Cristo.*

[5] El Horus Antiguo de Letópolis.

Cuando en lo alto el cielo no había sido nombrado,
no había sido llamada con un nombre abajo la tierra firme,
nada más había que el Apsu [1] primordial, su progenitor,
(y) Mummu [2]-Tiamat [3], la que parió a todos ellos,
mezcladas sus aguas [4] como un solo cuerpo.
No había sido trenzada ninguna choza de cañas, no había aparecido marisma alguna,
cuando ningún dios había recibido la existencia,
no llamados por un nombre, indeterminados sus destinos,
sucedió que los dioses fueron formados en su seno [5].
Lahmu y Lahamu [6] fueron hechos, por un nombre fueron llamados.
Durante eternidades crecieron en edad y estatura.
Anshar y Kishar [7] fueron formados, superando a los otros.
Prolongaron sus días, acumularon años.
Anu [8] fue su hijo, rival de sus propios padres,
sí, Anu, primogénito de Anshar, fue su igual.
Anu engendró a su imagen a Nudimmud [9].
Nudimmud se hizo de sus padres dueño,
sabio sin par, perspicaz, fuerte y poderoso,
mucho más fuerte que su abuelo Anshar.
No tenía rival entre los dioses sus hermanos.
Juntos iban y venían los hermanos divinos,
alteraban a Tiamat al agitarse de un lado para otro,
sí, alteraban el talante de Tiamat
con sus risas en la morada del cielo.
No podía acallar Apsu sus clamores
y Tiamat estaba sin habla ante su conducta.
Sus actos eran odiosos hasta [...].
Aborrecible era su conducta; se hacían insufribles.
Entonces Apsu, progenitor de los grandes dioses,
gritó, dirigiéndose a Mummu, su visir:
«Oh Mummu, mi visir, que alegras mi espíritu,
ven junto a mí y vayamos a Tiamat».

[1] Divinidad de las aguas subterráneas, el océano de las aguas dulces primordiales.
[2] Epíteto de Tiamat, cuyo significado probablemente es «madre».
[3] Divinidad del agua, el océano de las aguas dulces primordiales.
[4] Es decir, las aguas frescas de Apsu y las aguas marinas de Tiamat.
[5] Las aguas de Apsu y Tiamat.
[6] La primera generación de los dioses.
[7] Dioses.
[8] El dios del cielo.
[9] Uno de los nombres de Ea, dios de la tierra y del agua.

Fueron y se sentaron ante Tiamat,
deliberando acerca de los dioses, sus primogénitos.
Apsu, abriendo su boca,
dijo a la resplandeciente Tiamat:
«Su conducta me resulta muy odiosa.
De día no encuentro alivio ni reposo de noche.
Los destruiré, aniquilaré sus obras,
para restaurar la calma. ¡Tengamos descanso!».
Tan pronto como Tiamat lo oyó,
se sintió irritada y gritó a su esposo.
Gritó llena de enojo, sola en su furor,
poniendo amenaza en su tono:
«¿Qué? ¿Vamos a destruir lo que hemos edificado?
Su conducta, ciertamente, es enojosa, pero esperaremos con paciencia».
Entonces respondió Mummu y aconsejó a Apsu.
Malicioso y desgraciado fue el consejo de Mummu:
«Destruye, padre mío, la conducta rebelde.
Así tendrás quietud de día y reposo de noche».
Cuando Apsu lo oyó, su rostro se puso radiante,
por el mal que maquinaba contra los dioses sus hijos.
Mummu lo abrazó por el cuello,
sentándose en sus rodillas para besarle.
Pero cuanto habían tramado entre ellos
fue repetido entre los dioses, sus primogénitos.
Cuando los dioses oyeron todo aquello, se agitaron,
cayeron luego en silencio y quedaron sin habla.
Soberano en saber, perfecto, ingenioso,
Ea [10], sapientísimo, adivinó su conjura [11].
Un designio dominador formuló y envió,
capaz hizo su conjuro contrario, soberano y santo.
Lo recitó e hizo que subsistiera en lo profundo [12],
derramando el sueño sobre él, despierto del todo permanece.
Cuando a Apsu tuvo postrado, cargado de sueño,
Mummu, el consejero, ya no pudo excitarlo.
Aflojó su banda, se despojó de la tiara,
dejó su aura y se la puso él.
Después de encadenar a Apsu, lo mató.
Ató a Mummu y lo encadenó.

[10] Ea, el dios de la tierra y del agua.
[11] De Apsu y de su visir Mammu.
[12] Es decir, que lo situó en las aguas de Apsu.

Después de haber así establecido su morada sobre Apsu,
se apoderó de Mummu, anillándolo por la nariz.
Después de vencer y pisotear a sus enemigos,
Ea, asegurado su triunfo sobre los adversarios,
descansó en su cámara sagrada sumido en paz profunda.
«Apsu» [13] la llamó al asignar los santuarios.
Allí mismo su choza de culto estableció.
Ea y Damkina, su esposa, allí moraron en esplendor.
En la cámara de los destinos, morada de los hados,
un dios fue engendrado, poderoso y sabio más que los dioses.
En el corazón de Apsu [14] fue Marduk creado.
El que le engendró fue Ea, su padre,
la que lo concibió fue Damkina, su madre.
Al pecho de la diosa fue amamantado.
La nodriza que lo crió lo hizo terrible.
Seductora era su figura, la luz brillaba en sus ojos.
Señorial era su paso, soberano desde antiguo.
Cuando lo vio Ea, el padre que lo engendró,
exultó y se iluminó su rostro, su corazón lleno de gozo.
Perfecto lo hizo y doble divinidad le otorgó.
Exaltado fue entre todos ellos, en todo excelente.
Perfectos eran sus miembros sin medida,
imposible de comprender, difícil de percibir.
Cuatro eran sus ojos, cuatro eran sus oídos [15].
Cuando movía sus labios, fuego escapaba de ellos.
Grandes eran sus órganos para oír,
y los ojos, en número igual, escrutaban todo.
Era el más alto de los dioses, soberana era su estatura,
enormes sus miembros, era alto sobremanera.
«¡Hijito mío, hijito mío!
Mi hijo, el Sol, ¡Sol de los cielos!».
Revestido del halo de diez dioses, era fuerte
cual ninguno, con todos sus terribles destellos.
....
Turbada estaba Tiamat, desvelada noche y día.
Los dioses, maliciosos, aumentaban la tormenta.
Después de haber maquinado el mal en su intimidad,
a Tiamat dijeron los hermanos:
«Cuando dieron muerte a Apsu, tu consorte,
no le ayudaste, y te estuviste quieta.

[13] «Lo profundo».
[14] Cf. nota 13.
[15] Cf. Ez 1,6.

Aunque él creó el hacha terrible [16],
tus entrañas se han disuelto y no tenemos reposo.
¡Permanezca en tu ánimo Apsu, tu consorte,
y Mummu, que ha sido derrotado! Sola has quedado».
....

[Muchos de los versos precedentes se hallan en estado fragmentario. Los dioses incitan a Tiamat a vengar a Apsu y Mummu. Accede ella y se propone entablar batalla con los dioses enemigos. Pero antes cría una horrible camada de auxiliares, once monstruos «de dientes agudos, de colmillos despiadados. Con veneno por sangre llenó ella sus cuerpos»].

De entre los dioses [17], sus primogénitos, que formaban su asamblea,
elevó ella a Kingu, entre ellos lo hizo jefe.
Dirigir las huestes, presidir la asamblea,
alzar las armas para el encuentro, encabezar el combate,
ordenar como jefe la batalla,
todo esto puso en sus manos mientras ella lo entronizaba en el consejo:
«Para ti he pronunciado el conjuro, exaltándote en la asamblea de los dioses.
Todo poder te he dado para aconsejar a los dioses.
¡Tú eres el mayor de todos, mi consorte eres tú!
¡Tus sentencias serán firmes entre todos los Anunnaki!».
Le entregó las tablillas del destino, atadas a su pecho:
«Tu mandato será inmutable, tu palabra permanecerá».
Tan pronto como Kingu fue exaltado a la jerarquía de Anu,
sobre los dioses, hijos de ella, decretaron [19] el destino:
«Vuestra palabra hará remitir el fuego,
humillará al 'arma del poder', tan potente es su golpe».

[Ea recibe noticias de la conjura, pero esta vez no tiene poder para oponerse a ella. Acude a su abuelo Anshar y le informa sobre el furor de Tiamat y sus preparativos para la batalla. Anshar se siente profundamente alterado. Finalmente despide a Anu, diciendo: «Marcha y preséntate a Tiamat, a ver si se calma su ánimo, si se dilata su corazón». Pero cuando Anu ve las huestes de Tiamat, se descorazona y retorna junto a Anshar].

Humillado llegó ante su padre, Anshar,
y le habló de este modo, como si fuera Tiamat:
«No me basta mi mano para someterte».

[16] El arma del dios sol.
[17] Los dioses que se unieron a Tiamat en la lucha.
[18] Nombre colectivo para designar a los dioses del mundo inferior.
[19] Tiamat y Kingu.

Sin habla estaba Anshar, fija la mirada en el suelo,
ceñudo y moviendo la cabeza ante Ea.
Todos los Anunnaki allí se congregaron.
Apretando los labios, se sentaron en silencio.
«Ningún dios, pensaban, podrá darles batalla,
enfrentarse con Tiamat y salir con vida».
El Señor Anshar, padre de los dioses, se alzó majestuoso,
y después de meditar en su corazón, dijo a los Anunnaki:
«Aquel cuyo vigor es poderoso nos vengará,
el fuerte en la batalla, Marduk, el héroe».
[Ea advierte a Marduk de los planes de Anshar y le aconseja que acuda ante él abiertamente. Obedece Marduk, y Anshar, al verle, se siente tranquilo al instante].
«Anshar, no te inquietes; relaja tus labios.
Iré y lograré el deseo de tu corazón...
¿Es un varón el que se apresta a combatirte?
¡No es más que Tiamat, una mujer, quien te opone sus armas!
¡Oh padre mío y creador, alégrate y llénate de gozo;
pronto hollarás la cerviz de Tiamat!».
....
«Hijo mío, que posees toda sabiduría,
calma a Tiamat con tu sagrado conjuro.
Avanza pronto sobre la carroza de la tormenta.
¡De su presencia no te echarán! ¡Hazlos retroceder!».
El señor se alegró por las palabras de su padre.
Exultante su corazón, dijo a su padre:
«Creador de los dioses, destino de los grandes dioses,
si yo ciertamente, como vengador tuyo,
he de vencer a Tiamat y salvar vuestras vidas,
¡convoca la asamblea, fija para mí un destino supremo!
Cuando juntos en Ubshukinna[20], alegres os hayáis sentado,
que mi palabra en vez de la tuya fije los destinos.
Inmutable será cuanto yo haga existir.
Ni revocado ni cambiado habrá de ser el mandato de mis labios».
[Anshar se dispone a aceptar las condiciones de Marduk. Manda a su visir Gaga en comisión a una generación más antigua de dioses, Lahmu y Lahamu. Gaga recibe instrucciones de que les cuente todo lo que está ocurriendo, y que invite a estos dioses para que concurran a un banquete en que se fijarán los destinos de Marduk].

[20] La sala donde se celebra la asamblea de los dioses.

Cuando esto oyeron Lahmu y Lahamu, gritaron con fuerza,
todos los Igigi [21] se lamentaron descorazonados:
«¡Qué extraño que hayan tomado tal decisión!
No podemos comprender las obras de Tiamat».
Se dispusieron a emprender el viaje,
todos los grandes dioses que fijan los destinos.
Llegaron a presencia de Anshar, llenando Ubshukinna.
Se besaron unos a otros en la asamblea.
Hablaban entre sí mientras se acomodaban para el banquete.
Tomaron el pan festivo, compartieron el vino,
henchidos de suave licor.
Bebían y el fuerte brebaje embebía sus cuerpos.
Iban languideciendo al paso que sus ánimos se exaltaban.
Fijaron los decretos sobre Marduk, su vengador.
Le erigieron un trono principesco.
Frente a sus padres él se sentó, presidiendo.
«El más venerado eres entre los grandes dioses,
tu decreto no tiene rival, tu mandato es Anu [22].
Tú, Marduk, eres el más venerado de todos los dioses.
....
Sobre todo el universo te confiamos el reinado.
Cuando tomes asiento en la asamblea, prevalecerá tu palabra.
No fallarán tus armas, aniquilarán a tus enemigos.
¡Oh Señor, perdona la vida al que en ti confía,
pero quítasela al dios que eligió el mal!».
En medio pusieron un paño,
a Marduk, su primogénito, hablaron:
«Señor, en verdad tu decreto prevalece entre los dioses.
Si decides crear o destruir, así se hará.
Abre tu boca, desaparecerá este paño,
habla otra vez, y el paño estará entero».
A la palabra de su boca desapareció el paño.
Habló de nuevo y se rehizo el paño.
Cuando los dioses, sus padres, vieron el fruto de su palabra,
gozosos le rindieron homenaje: «¡Marduk es rey!».
Le entregaron cetro, trono y *palū;*
armas invencibles le dieron, para ahuyentar al adversario.
Fijado así el destino de Bel [23], los dioses, sus padres,
le pusieron en el camino del éxito y la victoria.

[21] Nombre colectivo de los dioses celestes.
[22] Es decir, que tiene la autoridad del dios celeste Anu.
[23] Es decir, el destino de Marduk.

El se hizo un arco, que marcó como arma suya,
añadió además la flecha, fijó la cuerda.
Alzó la maza, la empuñó con su diestra.
Arco y carcaj fijó a su costado.
Ante sí envió el relámpago,
de llama abrasadora llenó su cuerpo.
Hizo luego una red para envolver en ella a Tiamat.
Los cuatro vientos sujetó para que nada de ella escapara,
el viento sur, el viento norte, el viento este, el viento oeste.
Al costado apretó la red, regalo de su padre Anu.
Soltó a Imhullu, «el viento malo», el torbellino, el huracán,
el viento cuádruple, el viento séptuble, el ciclón, el viento incontenible;
luego soltó los vientos que había sujetado, los siete,
para remover las entrañas de Tiamat se alzaron a su zaga.
El señor agitó entonces la tempestad, su arma poderosa.
Montó en la carroza de la tormenta, terrible e irresistible.
Una cuadriga enjaezó y le unció,
Matador, Implacable, Hollador, Veloz.
Afilados, ponzoñosos eran sus dientes.
Diestros en asolar, hábiles en destruir.
....
Circundada de halo terrible aparecía su cabeza,
avanzó el señor y siguió su camino,
contra Tiamat furiosa dirigió su rostro.
En sus labios llevaba un... de pasta roja [24];
su mano empuñaba una planta para vencer al veneno.
Entonces en torno a él se arremolinaron los dioses.
El señor se dirigió a escrutar el costado de Tiamat,
(y) de Kingu, su consorte, para conocer la trama,
cuya [25] maldición, ante su mirada, queda deshecha,
su voluntad se dispersa y su acción se confunde.
Y cuando los dioses, sus auxiliares, que marchaban a su lado,
vieron al héroe valeroso, su vista se turbó.
Lanzó un grito Tiamat, sin volver el cuello,
con un brutal desafío en sus labios:
«¡Demasiado importante eres para el señor de los dioses como para alzarse contra ti!
¿Se han congregado en su lugar o en el tuyo?».

[24] El color rojo tiene poderes mágicos para alejar las malas influencias.
[25] Es decir, la maldición de Kingu.

Pero el señor, suscitando la tormenta, su arma poderosa,
a la furiosa Tiamat lanzó estas palabras:
«Con fuerza te alzaste, mucho te has exaltado;
en tu corazón te propusiste provocar la lucha,
de forma que los hijos rechacen a sus padres,
y tú misma que los engendraste, odias [...].
Engrandeciste a Kingu para que fuera (tu) consorte,
su mando, que en derecho no le pertenece, opusiste al de Anu.
Contra Anshar, rey de los dioses, maquinas el mal;
contra los dioses, mis padres, afirmaste tu maldad.
Por mucha que sea tu fuerza, por afiladas que sean tus armas,
¡Ponte en pie, para que tú y yo trabemos singular combate!».
Cuando esto oyó Tiamat,
se volvió como posesa, como si perdiera la razón.
Con fuerza gritó Tiamat furiosa.
Hasta las raíces temblaron sus piernas.
Recitó un conjuro, lanzó su encantamiento,
mientras los dioses guerreros aguzaban sus armas.
Entonces entablaron la lucha Tiamat y Marduk, el más sabio entre los dioses,
trabaron combate singular, se atenazaron en la pelea.
Desplegó su red el señor para atraparla,
el viento malo, que seguía detrás, le soltó en el rostro.
Cuando Tiamat abría su boca para devorarlo,
por ella le lanzó el viento malo para que no cerrara los labios.
Cuando los vientos salvajes llenaron su vientre,
su cuerpo quedó hinchado, la boca abierta.
Lanzó él su flecha, que atravesó su vientre,
le desgarró las entrañas, le destrozó el corazón.
Dominándola así, acabó con su vida.
Arrojó su carcaj para alzarse sobre ella.
Después de dar muerte a Tiamat, el señor,
su banda quedó destrozada, su tropa desbaratada.
[Huyen los aliados de Tiamat, arrebatados por el pánico, pero Marduk los captura y encadena a todos ellos].
Pero a Kingu, que había sido hecho su jefe,
lo ató y entregó a Uggae[26].
Las tablillas del destino, que en derecho no eran suyas,
le arrebató, las selló con un sello[27] y las apretó contra su pecho.

[26] Dios de la muerte.
[27] Mediante esta acción legaliza Marduk su posesión de las tablillas del destino.

Cuando hubo derrotado y sometido a sus adversarios,
....
Y se volvió a Tiamat, a la que había atado.
Holló el señor las piernas de Tiamat,
con su maza despiadada destrozó su cráneo.
Cortó las arterias de su sangre
que el viento norte llevó a lugares ignorados.
Al ver todo esto, sus padres se llenaron de gozo y exultaron,
y a él acudieron con presentes, para rendirle homenaje.
Se detuvo entonces el señor para ver el cuerpo muerto,
porque iba a desmembrar al monstruo y hacer obras estupendas.
La partió como una concha en dos partes;
una mitad alzó y la puso como un techo, el cielo,
fijó una barrera y puso guardianes
a los que mandó que no dejaran escapar las aguas.
Cruzó los cielos y revisó (sus) regiones.
Escuadró el cuartel de Apsu, la morada de Nudimmud,
según medía el señor las dimensiones de Apsu.
La Gran Morada, su semejanza, fijó como Esharra,
la Gran Morada, Esharra, que hizo como el firmamento.
Anu, Enlil [28] y Ea recibieron sus lugares.

[La tablilla V está rota en gran parte. Marduk pone en orden los cielos, estableciendo el zodíaco y diciendo a la luna cómo debe brillar].

Cuando oye Marduk las palabras de los dioses,
su corazón le impulsa a realizar obras estupendas.
Abre su boca y se dirige a Ea,
para comunicar sus planes habla a Ea,
para comunicar el plan que ha concebido en su corazón:
«Amasaré la sangre y haré que haya huesos.
Crearé una criatura salvaje, 'hombre' se llamará.
Cierto, crearé un hombre salvaje.
Tendrá que estar al servicio de los dioses,
para que ellos vivan sin cuidado.
Con maña cambiaré la vida de los dioses.
Venerados por igual, en dos grupos estarán divididos».
Ea respondió, y le dirigió una palabra,
para exponerle un plan en beneficio de los dioses:
«Que sea entregado uno sólo de sus hermanos;
sólo éste perecerá para que sea formada la humanidad [29].

[28] El dios del viento, es decir, de la tierra.
[29] De su sangre.

Que se junten aquí los grandes dioses en asamblea,
que el culpable sea entregado para que ellos permanezcan».
Convocó Marduk en asamblea a los grandes dioses;
graciosamente los presidía y daba instrucciones.
A sus sentencias prestaron atención los dioses.
El rey dirigió una palabra a los Anunnaki:
«Si vuestra declaración fue sincera,
decid ahora la verdad y por mí juradla.
¿Quién provocó la revuelta,
provocó a Tiamat a rebeldía y azuzó el combate?
Sea entregado el que maquinó la rebelión.
¡Con su culpa le haré cargar para que viváis en paz!».
Los Igigi, los grandes dioses, le replicaron,
a Lugaldimmerankia [30], consejero de los dioses, su señor:
«Fue Kingu quien maquinó la rebelión,
quien hizo rebelde a Tiamat, quien azuzó el combate».
Lo ataron y llevaron a presencia de Ea.
Le cargaron con su culpa y cortaron (los vasos de) su sangre.
De su sangre formaron la humanidad,
a la que *él* [31] *impuso la servidumbre, dejando libres a los dioses.*
[Después de crear la humanidad, Marduk divide a los Anunnaki y les asigna sus lugares respectivos, trescientos en el cielo y trescientos en la tierra].
Después de ordenar todas las normas,
a los Anunnaki del cielo y de la tierra asignó sus porciones,
los Anunnaki abrieron su boca
y dijeron a Marduk, su señor:
«Ahora, señor, ya que nos has liberado,
¿qué homenaje te rendiremos?
Edificaremos un santuario en tu honor, que se llamará
'La cámara de nuestro reposo nocturno'; ¡que en él reposemos!
¡Edifiquemos un santuario, un lugar para su morada!
El día en que lleguemos [32], reposaremos en él».
Cuando Marduk lo oyó,
sus facciones brillaron como el día:
«Como el de la alta Babilonia, cuya edificación solicitasteis,
su obra de ladrillo sea realizada. 'El Santuario' se llamará».
A la obra se pusieron los Anunnaki,
durante un año fabricaron ladrillos.

[30] Significa «el rey de los dioses del cielo y de la tierra».
[31] Ea.
[32] Para las fiestas de Año Nuevo.

Al llegar el segundo año,
levantaron el tope de Esagila[33] igual a Apsu[34].
Después de levantar una torre escalonada tan alta como Apsu,
pusieron allí una morada para Marduk, Enlil (y) Ea.
En su presencia la adornaron con esplendor.
Hacia abajo miran sus cuernos, a la base de Esharra.
Cuando concluyeron la obra de Esagila,
los mismos Anunnaki levantaron sus santuarios.
... todos se reunieron,
... edificaron para su morada.
A los dioses, sus padres, sentó en su banquete:
«Esta es Babilonia, lugar de vuestra casa.
Festejad en su recinto, llenad sus anchas plazas».
Ocuparon sus tronos los grandes dioses.
A beber y a banquetear se pusieron.
Después de festejar allí,
en Esagila, el espléndido, celebrados sus ritos,
habiendo establecido las leyes (y) sus portentos,
todos los dioses repartieron las estancias del cielo y de la tierra.
Los cinco grandes dioses ocuparon sus tronos.
Los siete dioses del destino pusieron a los trescientos en el cielo.
Enlil alzó el arco, su arma, y lo puso ante ellos.
Los dioses, sus padres, vieron la red que había hecho.
Cuando contemplaron el arco, y su forma tan hábil,
sus padres alabaron la obra que había realizado.
Empuñándolo, Anu habló en la asamblea de los dioses,
mientras besaba el arco:
[El resto del poema consiste en un largo himno de alabanza a Marduk. Culmina con una recitación de sus cinco nombres, atributos que reflejan su poder y sus obras poderosas].

E. A. Speiser, *Ancient Near Eastern Texts* (Princeton 1950), reproducido en I. Mendelsohn (ed.), *Religions of the Ancient Near East* (Nueva York 1955) 19-46.

[33] Nombre del templo de Marduk en Babilonia.
[34] Significa al parecer que la altura del Esagila corresponde a la profundidad de las aguas de Apsu.

56. «¿QUIEN PODRIA DECIR DE DONDE PROCEDEN TODAS LAS COSAS Y COMO SUCEDIO LA CREACION?»

(*Rigveda* X, 129)

Este himno de la creación es a la vez una sublime expresión poética y filosófica del «Rigveda» y un elocuente murmullo de duda, que infunde a las «Upanishads» su sentido de la profundidad, el misterio y sobre todo la unidad de la creación. En las «tinieblas ocultas en tinieblas» (tamas *en* tamas), *en estas «aguas no iluminadas» que no contienen ni «ser»* (sat) *ni «no ser»* (asat) *es engendrada por el calor cósmico* (tapas) *la fuerza unitaria primordial, Este Uno* (tad ekam). *Surge entonces «deseo»* (kāma) *como semilla primordial de la «mente»* (manas), *primogénito de* tad ekam, *y los* rishis, *que contemplan este momento original en que aún no existían los dioses, pretenden conocer ahora el vínculo de* sat *en* asat. *«Pero quien conoce verdaderamente», concluye el poeta, embargado aún de un sentimiento de veneración ante este misterio, es quizá el Uno «cuyos ojos rigen este mundo», pero también es posible que en verdad no sepa nada.*

No sólo la especulación upanishádica, sino también la filosofía evolucionista del Samkhya se mostró profundamente impresionada por este himno. Es importante examinar esta especulación sobre los orígenes del cosmos junto con otros relatos de la creación contenidos en el «Rigveda», tales como los de X, 90 (cf. pp. 240ss) y X, 121 (cf. pp. 47s) o I, 23.

1. Entonces [1] no había ni la nada ni la existencia [2].
No había aire entonces ni los cielos por encima.
¿Qué lo cubría? ¿Dónde estaba? ¿Quién lo guardaba?
¿Había acaso agua cósmica, informe en lo profundo?
2. Entonces no había ni muerte ni inmortalidad,
ni había entonces una antorcha ni de día ni de noche.
Alentaba el Uno [3] sin aire, de sí mismo sustentado [4].
Este Uno existía entonces y ninguno otro.
3. Al principio sólo había tinieblas envueltas en tinieblas.
Todo era tan sólo agua no iluminada [5].

[1] En el principio.
[2] *Asat* es no *sat.*
[3] *Tad ekam,* «este Uno» que «alienta sin aire».
[4] *Svadhā,* energía, potencia intrínseca que hace posible la autogeneración.
[5] Fluida *(salila)* e indiferenciable *(apraketa).*

El Uno que empezó a existir, envuelto en nada,
surgió al fin, nacido del poder del calor [6].
4. En el principio sobre él descendió el deseo,
semilla primordial, nacida de la mente.
Los sabios que han escrutado sus intimidades con prudencia
saben que lo que es, es afín [7] a lo que no es.
5. Y han lanzado su cuerda sobre el vacío,
y conocen lo que arriba existía y lo que existía abajo.
Las potencias seminales fecundaron las fuerzas poderosas.
Abajo estaba el vigor, y sobre él el impulso [8].
6. Pero, después de esto, ¿quién sabe y quién puede decir
de dónde todo esto procede y cómo sucedió la creación?
Los mismos dioses son posteriores a la creación,
¿quién puede en verdad saber de dónde ha surgido?
7. Cuáles son los orígenes de la creación,
él, si la modeló como si no la modeló,
él lo sabe, el que la vigila desde el sumo cielo,
él lo sabe. O quizá tampoco lo sepa.

A. L. Basham, *The Wonder That Was India* (Londres 1954) 247-248.

Cf. también n.os 101, 292-294, 300.

57. COSMOGONIA DE LA INDIA

(*Leyes de Manu* I, 5-16)

El «Manavadharmashastra», o «Manusmriti», conocido en Occidente como «Leyes de Manu», es el texto más importante referente al dharma, *es decir, los principios, leyes y normas por que se rigen el cosmos y la sociedad humana. Las fechas que los investigadores asignan a la composición de este texto varían desde el siglo II a. C. hasta el siglo II d. C. El fragmento que se recoge a continuación es con seguridad una interpolación tardía.*

[6] *Tapas,* término arcaico que define también las mortificaciones o técnicas humanas que, de manera semejante a este calor cósmico, generan potencia.

[7] De «vínculo» *(bandhu).*

[8] Estrofa oscura. A. A. Macdonell sugiere que la «cuerda» *(rashmi)* lleva implícito el sentido de «vínculo» de la estrofa anterior: el pensamiento salva la distancia entre lo no existente y lo existente, y separa los principios cosmogónicos masculino y femenino, es decir, el impulso *(prayati)* arriba y el vigor *(svadhā)* abajo (cf. *A Vedic Reader for Students* [Londres 1917] 210).

5. Este (universo) existía en forma de Tiniebla [1], incógnito, carente de notas distintivas, inasequible al razonamiento, incognoscible, totalmente inmerso, de hecho, en profundo sueño.
6. Entonces el divino Auto-existente [2], indiscernible, pero que hace (todo) esto, los grandes elementos y lo demás, apareció con irresistible poder (creador), dispersando las tinieblas.
7. El que sólo puede ser captado por el órgano interno [3], que es sutil, indiscernible y eterno, que contiene a todos los seres creados y es inconcebible, brilló por su propia (voluntad) [4].
8. Deseando producir de su propio cuerpo seres de muchas clases, con un pensamiento creó [5] primero las aguas y puso en ellas su semilla.
9. Esta semilla se convirtió en un huevo de oro [6], igual al sol en resplandor; en este mismo huevo nació él como Brahmán, progenitor de todo el mundo.
10. Las aguas fueron llamadas *nārās,* (ya que) las aguas son en verdad la progenie de Nara. Y como fueron su [7] primera morada *(ayana),* de ahí que él fuera llamado Nārāyana [8].
11. De esta causa primera, indiscernible, eterna y a la vez real e irreal [9], procede el ser masculino (Purusha) [10], famoso en este mundo (bajo el nombre de) Brahmán.
12. El divino residió en aquel huevo durante todo un año [11], y luego, por sí mismo, mediante su pensamiento [12] (sólo), lo separó en dos mitades.

[1] *Tamas,* una oscuridad tanto física como mental. El sistema del Samkhya encierra un rico sentido en esta estrofa: *tamas,* una de las tres hebras *(gunas)* que, trenzadas, constituyen la sustancia cósmica, representa la inercia.
[2] *Svayambhū,* un epíteto de Brahmán (masculino), que es el Absoluto impersonal (Brahman, neutro) personificado como dios manifiesto.
[3] *Atīndriya,* literalmente el espíritu o mente «más allá de los sentidos».
[4] Es decir, se automanifestó.
[5] O liberó.
[6] Como «la forma de las tinieblas» (v. 1) y las aguas circundantes recuerda el himno de la creación del *Rigveda* (x, 120), también este «huevo» *(anda)* de oro y su semilla *(bīja)* recuerdan el *hiranyagarbha* del *Rigveda* (x, 121).
[7] De Brahmán.
[8] Ejemplo de etimología popular; *nara* es el hombre primordial o espíritu eterno.
[9] Literalmente, que tiene como naturaleza propia la existencia *(sat)* y la no existencia *(asat).*
[10] Cf. el Purushasukta *(Rigveda* x, 90).
[11] Los primitivos comentaristas no están de acuerdo; unos dicen que es un «año de Brahmán», mientras que otros lo toman en el sentido de un año humano, como en la versión similar de esta selección, *Shatapathabrāhmana,* xi, 1, 6, 1ss.
[12] Meditación *(dhyāna).*

13. Y de estas dos mitades formó el cielo y la tierra, y entre ambos la esfera media, los ocho puntos del horizonte y la morada eterna de las aguas.
14. De sí mismo *(ātmanas)* produjo también la mente [13], que es a la vez real e irreal, y también el egoísmo [14] a partir de la mente, que posee la función de la conciencia (y es) soberano.
15. Y además, el gran uno [15], el alma [16] y todas las criaturas afectadas por las tres cualidades [17] y, por su orden, los cinco órganos que perciben los objetos de la sensación [18].
16. Y todavía, juntando partículas minúsculas de estos seis [19], que poseen un poder inmenso, con partículas de sí mismo, creó todos los seres.

G. Bühles, *Sacred Books of the East* XXV (Oxford 1886) 2-8.

58. LA CREACION DEL MUNDO SEGUN LAS «UPANISHADS»

1. En el principio no había absolutamente nada. Todo esto se hallaba ciertamente cubierto por la muerte, o por el hambre, porque el hambre es la muerte. Creó él la mente, pensando: «Tenga yo un yo» (mente). Entonces comenzó a moverse, adorando. De él, mientras adoraba, fue producida el agua...
2. ... La espuma del agua se solidificó y se hizo tierra. Sobre ella [sobre la muerte] reposaba. De él, reposado y calentado así (en virtud de la práctica de la mortificación), su esencia de resplandor brotó (como) fuego.

[13] *Manas,* mente o inteligencia, por contraposición a espíritu *(ātman).*
[14] *Ahamkāra,* literalmente, «lo que hace el 'yo' *(aham)*», el principio de individuación.
[15] *Mahat,* el «grande»; en el Samkhya se llama también *buddhi,* «conciencia».
[16] *Ātman.*
[17] *Gunas.*
[18] *Tanmātras,* elementos sutiles.
[19] También varían los comentaristas indios en sus interpretaciones de estos tres últimos versos. Es probable que «estos seis» se refiera a tipos de *tattvas* (elementos), mencionados en las dos estrofas anteriores por este orden: *manas, ahamkara, mahat, atman, tattvas* afectados por los *gunas* y *tanmatras.* Es interesante comparar esto con el desglose que el Samkhya atribuye a *prakriti;* allí los veinticinco *tattvas,* reordenación del «estos seis», se desglosan de manera más sistemática: 1) *purusha,* y de *prakriti,* 2) *mahat,* 3) *ahamkara,* 4) *manas,* 5) los cinco órganos sensoriales y los cinco órganos motores, 6) los cinco elementos sutiles *(tanmātras)* y los cinco elementos opacos *(mahābhūtas).*

3. Se dividió en tres tercios (el fuego es un tercio), el sol un tercio y el aire un tercio. También él es vida [literalmente, aliento] dividida en tres... (*Brihad-āranyaka Upanishad* i, 2, 1-3).
1. El Sol es *Brahman;* ésta es la doctrina. La explicación pertinente (es ésta). En el principio este (mundo) era no existente. Se hizo existente. Creció. Se convirtió en un huevo. Reposó durante el período de un año. Se abrió de pronto. Entonces salió del cascarón del huevo, dos partes, una de plata y la otra de oro.

La de plata es la tierra; la de oro es el cielo. La membrana exterior son las montañas; la membrana interior es la humedad con las nubes. Las venas son los ríos. Lo que era el fluido interior es el océano (*Chāndogya Upanishad* iii, 19, 1-2).
1. En el principio, mi amado, era el Ser solo, único y sin segundo. Algunos dicen: «En el principio era el no ser solo, únicamente, sin segundo. De este no ser fue creado el ser».
2. Pero ¿cómo, mi amado, pudo ser así? Dijo él [es decir, el sabio Uddalaka]: ¿Cómo pudo ser creado el ser del no ser? Por el contrario, mi amado, en el principio era el Ser solo, único y sin segundo.
3. Y pensó: sea yo muchos, aumente yo. Expulsó fuego. Este fuego pensó: sea yo muchos, aumente yo. Expulsó agua...
4. Este agua pensó: sea yo muchos, aumente yo. Expulsó alimento... (*Chāndogya Upanishad* vi, 2, 1-4).

S. Radhakrishnan (ed. y trad.), *The Principal Upanishads* (Nueva York 1953) 151-152, 399, 447-449.

59. TEOGONIA Y COSMOGONIA DE HESIODO

(*Teogonía,* 116-210)

Los temas principales de la «Teogonía» de Hesíodo son: 1) el acceso a la existencia de Caos (el vacío), la Tierra, Eros, el Cielo y la primera generación de los dioses (vv. 116-153); 2) la castración del Cielo por Cronos, su hijo, a instigación de su madre, la Tierra (vv. 154-210); 3) Zeus se libra de ser devorado por su padre Cronos (vv. 453-500); 4) la lucha victoriosa de Zeus y los dioses olímpicos contra los titanes (vv. 617-735). Sólo recogemos aquí los dos primeros episodios. Es imposible fijar la fecha de Hesíodo, pero ciertamente es posterior a Homero; probablemente vivió en el siglo VIII a. C. N. O. Brown, «Hesiod's Theogony (Nueva York 1953) 36ss, estudia las semejanzas y diferencias que hay entre la «Teogonía» de Hesíodo y las cosmogonías del Próximo Oriente antiguo.

Lo primero de todo existía el Abismo (Caos), luego la Tierra de ancho regazo, morada sólida y eterna de todas las cosas, y Eros, el más hermoso de todos los dioses inmortales, que de todo hombre y de todo dios afloja los tendones y doma los propósitos prudentes del corazón. Del Abismo surgieron las Tinieblas y la negra Noche, y de la noche brotaron la Luz y el Día, hijos que ella concibió después de unirse amorosamente a las Tinieblas. La Tierra produjo primero el Cielo estrellado, igual a ella misma en extensión, para que la cubriera por todas partes. Produjo luego las altas montañas, las plácidas moradas de los dioses, y dio también origen a las aguas estériles, el mar con sus olas rugientes, y todo esto sin la pasión del amor. Luego yació con el Cielo y dio a luz el Océano con sus aguas profundas. Ceo y Crío e Hiperión y Yapeto; Tea y Rea y Temia [«ley»] y Memoria; también Febe, coronada de oro, y Tetis amable. Al cabo de todos éstos vino Cronos, el de pensamientos aviesos, el más joven y audaz de sus hijos, que sintió odio hacia el padre que lo había engendrado.

También dio el ser la Tierra a los Cíclopes violentos, Brontes, Estérope y Arges, de alma brutal, que hicieron para Zeus el trueno y el rayo. Eran como los dioses en todo menos en que tenían un solo ojo en medio de la frente, mientras que su fuerza, su vigor y su habilidad residía en sus manos.

Tuvieron además el Cielo y la Tierra otros tres hijos, grandes, fuertes y horribles, Cotto y Briareo y Gíes. Esta feroz progenie tenía cien manos monstruosas que brotaban de sus hombros, y cinco cabezas sobre ellos, brotando de sus pesados cuerpos. Su fuerza era monstruosa, acorde con su tamaño descomunal.

De todos los hijos nacidos de la Tierra y el Cielo éstos eran los más atrevidos, y su padre les tuvo odio desde el principio. Cuando estaba a punto de nacer cualquiera de ellos, de buena gana su padre le hubiera impedido ver la luz del día, pero en vez de ello los fue ocultando a todos en el seno de la Tierra Madre. Agradó al Cielo cometer esta maldad. A pesar de su enorme tamaño, la Tierra se sentía angustiada y gemía. Finalmente discurrió una maligna y atrevida estratagema. Produjo al instante un nuevo metal, el hierro grisáceo, e hizo una gran hoz y la colocó a la vista de sus hijos; la angustia de su corazón hizo que hablara con coraje: «Hijos míos, tenéis un padre sin entrañas; escuchadme y tomaremos venganza de su ultraje vil, porque él fue el primero en usar la violencia».

Así habló, pero todos sus hijos estaban atenazados por el miedo, y ni uno solo se atrevió a responder palabra. El gran Cronos, artero y avieso, tomó aliento y respondió así a su madre: «Madre,

dispuesto estoy a emprender y llevar adelante tus planes. No tengo respeto a nuestro infame padre, puesto que él fue el primero en recurrir a la violencia».

Así habló, y la enorme Tierra se sintió muy complacida. Le preparó un escondrijo y puso en sus manos la hoz de afilados dientes, y le aleccionó bien en cuanto había tramado. El Cielo inmenso llegó arrastrando tras sí la noche y ansioso de amor; se tendió sobre la Tierra abrazándola por todas partes. Salió entonces de su escondite el hijo, alargando la mano izquierda, mientras que en la derecha empuñaba la enorme hoz con sus afilados y largos dientes, y de un golpe segó los órganos de su propio padre y los arrojó lejos. Las gotas de sangre que de ellos manaban fueron recogidas por la Madre Tierra, que al cabo de los años dio a luz a las fuertes Erinias [espíritus de la venganza] y a los enormes Gigantes, los de brillante armadura y largas lanzas. Mientras tanto, los órganos flotaron durante mucho tiempo en el mar, tal como Cronos los dejara cuando los cortó con el filo acerado y los arrojó desde la tierra a las olas del océano; luego, de la carne divina brotó una espuma blanca, y en la espuma se formó una doncella. Llegó primero a la divina Citera y luego a Chipre, la tierra rodeada de mares. Allí se detuvo la diosa, hermosa y lozana, y en torno a sus gráciles pies brotó la hierba verde. Afrodita es llamada por los dioses y por los hombres, porque creció en la espuma, y Citerea, porque se acercó a Citera, y Cipria, porque nació en Chipre, la cercada de agua. Eros [deseo] y Pasión hermosa fueron sus servidores cuando nació y cuando marchó a unirse a la familia de los dioses. Los derechos y privilegios que desde el principio le fueron asignados y que dioses y hombres le reconocen son éstos: presidir los susurros y las sonrisas y las argucias que usan las mujeres, así como la ternura y las suaves delicias del amor.

El gran Padre Cielo llamó Titanes a sus hijos, a causa de su enemistad con ellos, y proclamó que habían levantado ciegamente la mano y habían cometido una maldad por la que pagarían caro en su día.

60. COSMOGONIA DUALISTA DE ZARATUSTRA: OHRMAZD Y AHRIMAN

(*Bundahishn Mayor* I, 18-26)

En el capítulo primero del libro pahlevi del siglo IX, conocido bajo el título de *Bundahishn,* o «(Libro de) la Creación Primordial»,

se narra la historia de los dos Espíritus primordiales y de la creación del mundo. Poner límites al Tiempo es el primer acto creador de Ohrmazd, entendiendo que era necesario, para destruir a Ahrimán, echarlo fuera de la eternidad, situarlo en un tiempo finito y dejarlo al descubierto.

18. Ohrmazd, antes del acto creador, no era Señor; después del acto de la creación pasó a ser Señor, ávido de incremento, sabio, libre de adversidad, manifiesto, siempre justo en su mandato, liberal, escrutador de todas las cosas. 19. [Primero creó la esencia de los dioses, el movimiento ordenado, el genio por el que hizo aún mejor su cuerpo] porque había concebido el acto de la creación; de este acto creador procede su señorío.

20. Y en su clara visión entendió Ohrmazd que el Espíritu Destructor nunca cesaría en sus agresiones, y que estas agresiones sólo podrían quedar infructuosas mediante el acto de la creación, y que esta creación no podría desarrollarse sino en el Tiempo, y que cuando hubiera sido formado el Tiempo, también empezaría a agitarse la creación de Ahrimán. 21. Y a fin de reducir al Agresor a un estado de impotencia, no teniendo otra alternativa, formó el Tiempo. Y ésta fue la razón, que no podría ser reducido a la impotencia el Espíritu Destructor a menos que fuera inducido a presentar batalla...

22. Entonces, del Tiempo Infinito, formó e hizo el Tiempo del Dominio prolongado; algunos lo llaman Tiempo finito. Del Tiempo del Dominio prolongado produjo la permanencia, de modo que las obras de Ohrmazd nunca caducasen. Por el malestar de la permanencia se vio claramente que el bienestar no afectaría a las obras de los demonios. Por el malestar se vio claramente la maldición del destino, la idea de la inmutabilidad, de modo que las cosas creadas por Ohrmazd en la creación original no cambiasen. Por la idea de la inmutabilidad se manifestó una voluntad perfecta (de crear) la creación material, la concordia de la creación justa.

23. En su creación injusta procedió Ahrimán sin sentido, sin método. Y ésta es la razón y la imperfección de ello, que cuando Ahrimán trabó batalla con Ohrmazd, la sabiduría soberana, la fama, la perfección y la permanencia de Ohrmazd, y la impotencia, el egoísmo, la imperfección y la lentitud para entender del Espíritu Destructor se manifestaron cuando la creación fue creada.

24. Porque fue el Tiempo del Dominio prolongado la primera criatura que formó; porque era infinito antes de la contaminación de la totalidad de Ohrmazd. De lo infinito fue formado lo finito, porque desde la creación original cuando la creación fue creada hasta la consumación cuando el Espíritu Destructor queda redu-

cido a impotencia hay un término de doce mil años que es finito. Entonces se junta de nuevo y retorna al infinito, de modo que la creación de Ohrmazd permanezca para siempre con Ohrmazd en pureza. 25. Como se dice en la Religión, «el Tiempo es más fuerte que ambas creaciones, la creación de Ohrmazd y la del Espíritu Destructor. El Tiempo comprende toda acción y orden (la ley). El tiempo entiende más que los que entienden. El Tiempo está mejor informado que los bien informados; porque a través del tiempo se tomará la decisión. En el Tiempo son derribadas las casas —la catástrofe viene con el Tiempo— y son sacudidas las cosas esculpidas. De él no escapa ni un solo hombre mortal, ni aunque vuele hacia lo alto, ni aunque cave un pozo en lo hondo y allí se quede, ni aunque se esconda bajo un pozo de aguas frías». 26. De su propia esencia que es luz material plasmó Ohrmazd la forma de sus criaturas —una forma de fuego— brillante, blanca, redonda y del todo manifiesta. De la (forma) material de este Espíritu que repele la agresión en los dos mundos —sea Poder, sea Tiempo— plasmó la forma de Vāy, el Bueno, porque Vāy era necesario; algunos le llaman Vāy del Dominio prolongado. Con la ayuda de Vāy del Dominio prolongado plasmó la creación, porque cuando creó la creación, Vāy fue el instrumento que necesitaba para su obra.

R. C. Zaehner, *Zurvan: a Zoroastrian Dilemma* (Oxford 1955) 314-316.

Cf. también n.os 37-39, 290, 303.

B. *UN MITO DEL PRINCIPIO Y EL FIN*

61. LA HISTORIA ESCANDINAVA DE LA CREACION Y UNA PROFECIA DEL FIN DEL MUNDO

(Völuspá)

Nada puede encontrar tan fascinante el historiador de las religiones en el «Edda» antiguo o poético como la «Völuspá», la «Profecía de la Sibila». Este originalísimo poema sobre los dioses ofrece en sus concisas estrofas una visión del mundo que pasa, en un arranque poderoso, de la visión del caos primordial y de la creación, a través de la vida turbulenta de los dioses, hasta su condenación final en el ragnarök.

El poema es de un tono profundamente escandinavo. Negros pronósticos resuenan a cada paso conforme el poeta va desplegando su visión de la historia del mundo, contada por una völva *(una sibila o vidente), evocada de la tumba por el soberano dios Odín, señor de los muertos e inventor de la magia. La* völva, *tajante y dramática en su sombría visión, primero «ve» el abismo, Ginnungagap, en un tiempo en que el mar y la «tierra no estaban allí, ni el cielo encima». El caos da paso al cosmos gracias a los esfuerzos de los dioses. Muy pronto pueblan la tierra gigantes, enanos y hombres. Pero la edad de oro de los dioses jóvenes llega a su término cuando estalla fatalmente la primera guerra entre los Aesir y los Vanir.*

Al igual que las Norns (las tres diosas que abarcan el pasado, el presente y el futuro), también la sibila «ve» lo por venir, y describe a Odín el ragnarök, *el «destino de los dioses». La batalla tribal se ha convertido en un gran combate cósmico entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas, la armonía y el caos, la vida y la muerte. La tierra no puede soportar esta guerra, y las visiones apocalípticas de la* völva *prevén ahora su destrucción por el fuego y el agua. El árbol cósmico Yggdrasill es sacudido hasta sus raíces, son muertos el inocente dios Baldr y luego Odín, «el sol se vuelve negro, la tierra se hunde en el mar» y «el fuego se eleva hasta el mismo cielo».*

Pero antes de que la völva *vuelva a hundirse en la tierra, concluye su visión con una escena de renacimiento: «Pero veo ahora la tierra de nuevo/alzarse toda verde de las olas otra vez». Retorna Baldr, la tierra es fecunda y surge una nueva sala dorada de los dioses.*

La posibilidad de que, especialmente en las últimas estrofas, exista alguna influencia cristiana ha sugerido una fecha de composición: finales del siglo IX o principios del X, cuando el cristianismo comenzó a atravesar las últimas fronteras que se le oponían en el norte. Con todo, la «Völuspá» —concisa, mística, a veces oscura— presenta una perspectiva única. Para nosotros viene a ser como la última y magnífica expresión de una época heroica que agoniza.

1. Audiencia pido de las razas santas,
de los hijos de Heimdall, los altos y los bajos.
Tú quieres, Padre de los muertos, que yo te relate
viejas historias que sé de los hombres antiguos.
2. Sí que recuerdo a los viejos gigantes
que pan me dieron en los tiempos pasados.
Conocí nueve mundos los nueve en el árbol
de fuertes raíces hundidas en tierra.
3. Ya quedan muy lejos los tiempos de Ymir,
ni mar ni ondas frías ni arenas había,
la tierra no era ni el cielo allá arriba.
Tan sólo el abismo sin brizna de hierba.
4. Los hijos de Bur tendieron llanuras
el firme Mitgard pusieron allí.
El sol desde el sur caldeaba sus piedras,
verdeaba la tierra y los tallos crecían.
5. El sol, de la luna hermana, desde el sur,
su mano derecha tendía por la orilla del cielo,
sin saber aún dónde iba a morar,
la luna no conocía cuál era su poder,
ni las estrellas sabían aún su propio lugar.
6. Entonces tomaron asiento los dioses en su asamblea,
los dioses sagrados para deliberar.
Pusieron un nombre a la luz y al ocaso,
al amanecer nombraron y a la luna menguante,
al día y la noche para los años contar.
7. En Idavöll se juntaron los dioses poderosos,
santuarios y templos con maderos alzaron,
hicieron sus fraguas para forjar el metal,
armaron tenazas y demás herramientas.
8. En la paz de sus moradas jugaban en sus mesas.
No faltaba entonces el oro a los dioses,
hasta que allí llegaron tres doncellas gigantes
altas y fuertes desde Jötunheim.

9. Entonces tomaron asiento los dioses en su asamblea,
los dioses sagrados para deliberar
quién suscitaría una raza de enanos
de la sangre de Brímir y de las piernas de Blain...
17. Entonces de la multitud tres avanzaron,
de la casa de los dioses los fuertes y graciosos.
Dos sin destino hallaron en la tierra,
Ask y Embla, los dos sin vigor.
18. No tenían alma ni sentidos tenían,
sin calor ni movimiento, sin color saludable.
Alma les dio Odín, y sentido Hönir,
calor les dio Lodur y color saludable.
19. Un fresno conozco, Yggdrasill es su nombre,
de agua blanca regado el gran árbol está,
de él caen las escarchas que cubren los valles,
siempre verde crece junto al pozo de Urd.
20. De allí son las doncellas poderosas y sabias,
las tres que tienen morada debajo del árbol.
Urd se llama la una, Verdandi la otra
—sobre el madero llevan la cuenta— y Skuld la tercera.
Allí dictaron leyes y repartieron la vida
a los hijos de los hombres, y sus destinos fijaron.
21. La guerra recuerdo primera del mundo,
cuando con lanzas los dioses a Gullveig destrozaron.
Y en la sala de Har la entregaron al fuego.
Tres veces quemada, y tres veces renacida,
una tras otra, pero viva siempre está.
22. Heid la llamaron, la que buscó sus moradas,
la bruja que todo lo ve, experta en la magia.
Las almas hechizaba y a su conjuro movía.
De mujeres perversas en ella el gozo está.
23. Sobre la hueste su lanza Odín arrojó.
La guerra en el mundo por vez primera cundió.
El muro que alzaran los dioses fue roto,
los campos con paso guerrero los Vanir asolaron.
24. Entonces tomaron asiento los dioses en su asamblea,
los dioses sagrados para deliberar
si los mismos dioses tributo dar debían
o a todos por igual culto había que rendir.
25. Entonces tomaron asiento los dioses en su asamblea,
los dioses sagrados para deliberar
para ver quién el veneno en el aire había esparcido
o la novia de Od había entregado a la raza gigante.

26. Henchido de furia Thor en medio se alzó,
no puede estar quieto desde que esto oyó,
rotos quedan los juramentos, las palabras y alianzas.
las fuertes promesas que entre ellos hicieron.
27. Puedo hablar del cuerno de Heimdall, escondido
debajo del alto árbol sagrado.
Sobre él se derrama por designio del Padre
una poderosa corriente. ¿Quieres saber más?
28. A solas estaba sentada cuando el Anciano me vino a buscar,
el terror de los dioses, y me miró en los ojos.
«¿Qué me quieres preguntar, por qué has venido?
Odín, yo sé bien dónde tu ojo se oculta».
29. Yo sé muy bien dónde el ojo de Odín se oculta,
hundido en el famoso pozo de Mimir.
Aguamiel por designio de Odín cada mañana
bebe Mimir. ¿Quieres saber más?
30. Collares recibí y anillos del Padre de las huestes,
prudente fue mi palabra y mi magia sabia.
....
Muchas son las cosas que veo por todos los mundos.
31. Por todas partes veía reunirse las valkyrias
prontas a cabalgar hasta las filas de los dioses.
Skuld embrazaba el escudo y a su lado galopaba Skögul.
De las doncellas de Herjan ya escuché la lista,
valkyrias dispuestas a cabalgar sobre la tierra.
32. Yo vi cómo de Baldr, el dios ensangrentado,
los hijos de Odín fijaban el destino.
Famoso y bello en los campos empíreos,
en pleno vigor el muérdago se hallaba.
33. De la rama que parecía tan esbelta y hermosa
un dardo dañino se hizo que Höd iba a lanzar.
Pero el hermano de Baldr mucho antes había nacido.
Y el que de una noche sacaba ventaja, el hijo de Odín
combatió.
34. No lavó sus manos ni sus cabellos peinó
hasta que el adversario de Baldr el golpe pudo asestar.
Pero en Fensalir con dolor lloraba Frigg
por culpa del Valhalla. ¿Quieres saber más?
35. A uno he visto en bosques húmedos hundido,
deseoso de hacer daño, a Loki semejante.
A su lado se sienta Sigyn, infeliz
al ver a su consorte. ¿Quieres saber más?

36. Desde el este discurre por valles ponzoñosos
con espadas y puñales el río Slid.
....
....
37. Al norte una sala en Nidavellir
de oro se alzaba para la raza de Sindri,
y en Okolnir otra se hallaba,
donde el gigante Brimir su cervecería tiene.
38. Una sala vi muy lejos del sol,
en Naströnd se halla y al norte dan sus puertas.
Veneno destila por su chimenea abajo,
y en torno a sus muros se enroscan las serpientes.
39. Vi allí apiñados a lo largo de ríos salvajes
hombres traidores y también asesinos,
hacedores del mal con las mujeres de los hombres.
Allí Nidhögg lamía la sangre de los caídos,
y el lobo desgarraba sus carnes. ¿Quieres saber más?
40. La vieja gigante se sentaba en el bosque de hierro,
en el este, y daba a luz la progenie de Fenrir.
Uno de ellos, de aspecto monstruoso,
pronto robaría el sol del cielo.
41. A placer se hartaba de la carne de los muertos.
La casa de los dioses con sangre enrojece.
El sol se oscurece y con el verano muy pronto
llegan violentas tormentas. ¿Quieres saber más?
42. Sobre una colina sentado tocaba su arpa
el alegre Eggther, guardián de los gigantes.
Sobre él el gallo en el árbol cantaba,
bello y rojo, se erguía Fjalar.
43. A los dioses su canto dirigía Gollinkambi,
que despierta a los héroes en la sala de Odín.
Y debajo de tierra se escucha otro grito,
el del ave rojiza a las puertas del infierno.
44. Pero aúlla Garm ante Gnipahellir;
las cadenas rotas libre el lobo irá.
Mucho es lo que sé y aún puedo ver más
del destino de los dioses, los fuertes en la batalla.
45. Hermano contra hermano han de luchar y derribarse,
los hijos de hermanas mancharán el parentesco.
La vida en la tierra será dura y grande la prostitución.
Tiempo de hachas, tiempo de espadas, los escudos se rompen,
tiempo de huracán y de lobos antes de que el mundo se hunda.

Unos a otros los hombres no se perdonarán.
46. Con paso firme avanzan los hijos de Mim, y el destino
en las notas se escucha del Gjallarhorn.
Duro golpea Heimdall, el cuerno está en alto,
de miedo tiemblan todos los que a Hel se encaminan.
47. Tiembla Yggdrasill y en lo alto se agitan
las viejas ramas, languidece el gigante.
A la cabeza de Mim presta Odín oído,
pero el pariente de Surt muerte pronto le dará.
48. ¿Qué hacen los dioses, qué hacen los elfos?
Resuena Jötunheim, los dioses deliberan.
Braman los enanos a las puertas de piedra,
los dueños de las rocas. ¿Quieres saber más?
49. Pero Garm aúlla ante Gnipahellir,
se romperán las cadenas y libre el lobo irá.
Mucho es lo que sé y aún puedo ver más
del destino de los dioses los fuertes en la batalla.
50. Del este viene Hrym con su escudo en alto,
con furia de gigante se enrosca la serpiente.
Sobre las olas se retuerce, y el águila leonada
desgarra chillando los cuerpos. Suelto navega Naglfar.
51. Por el mar, desde el norte, navega un barco
con las gentes de Hel, y Loki va al timón.
Detrás del lobo vendrán los salvajes,
y con ellos el hermano de Byleist va también.
52. Del sur viene Surt con la maldición de las ramas,
el sol de los dioses guerreros brilla en su espada.
se hienden las peñas, las hembras-gigante se hunden,
se apiñan los muertos camino de Hel y los cielos se rasgan.
53. A Hlín sobreviene un nuevo daño,
cuando marcha Odín a luchar con el lobo,
y el hermoso matador de Beli se acerca a Surt,
pues allí caerá el gozo de Frigg.
54. Llega ya del Padre de Sig el hijo fuerte,
Vidar, para combatir al lobo furioso.
Al hijo del gigante clava su espada
hasta el corazón. Vengado su padre ya está.
55. Llega allí después el hijo de Hlöthyn,
la serpiente brillante al alto cielo amenaza.
....
Contra la serpiente marcha el hijo de Odín.
56. Con ira golpea el guardián de la tierra.
De sus hogares los hombres todos huirán.

Nueve pasos da el hijo de Fjörgyn,
muerto por la serpiente el intrépido cae.
57. El sol se oscurece en el mar se hunde la tierra,
las cálidas estrellas en tropel del alto cielo caen.
Con ímpetu el vapor se alza y la llama vivificante,
hasta que el fuego al mismo cielo llega.
58. Aúlla Garm con rabia ante Gnipahellir,
se romperán las cadenas y libre el lobo irá.
Mucho es lo que sé y aún puedo ver más
del destino de los dioses, los fuertes en la batalla.
59. Pero veo ahora la tierra de nuevo
alzarse toda verde de las olas otra vez.
Caen las cataratas y vuela el águila
que apresa el pez entre los escollos.
60. Los dioses en Idavöll de nuevo se reúnen.
Del ceñidor terrible de la tierra hablan.
Y el pasado violento vuelven a recordar,
con las antiguas runas del soberano de los dioses.
61. Con su belleza asombrosa una vez más
las mesas de oro en la hierba estarán
tal como antiguamente las poseían los dioses,
....
62. Entonces los campos, sin esfuerzo frutos maduros darán.
Mejor todo ha de ser y Baldr retornará.
Baldr y Höd su morada en la sala de guerra de Hropt harán,
y los dioses fuertes. ¿Quieres saber más?
63. Hönir ganará entonces la vara profética
....
y los hijos de los hermanos de Tveggi morarán
en Vindheim ya. ¿Quieres saber más?
64. Más bella que el sol una sala contemplo,
techada de oro, sobre Gimle está.
Allí morarán los justos soberanos,
felices por siempre allí se sentirán.
65. A lo alto sube para hacerse con todo el poder
un señor fuerte que las tierras todas rige.
....
....
66. De lo hondo sube el negro dragón,
Nidhögg volando desde Nidarfjöll.
Los cuerpos de los hombres sobre sus alas lleva
la serpiente brillante. Ahora debo hundirme.

Notas

(La numeración se refiere a las estrofas)

1. *Heimdall:* el vigía de los dioses, hijo de nueve gigantes-hembra y antepasado de la humanidad. *Padre de los muertos,* el dios soberano que recibe a los caídos en combate en su gran palacio el Valhalla *(Valhöll,* «Sala de los caídos en combate»).
2. La *völva* recuerda aquí el árbol cósmico Yggdrasill (el «corcel de Ygg [Odín]»), que abarca los «nueve mundos». Se alude aquí, lo mismo que en las estrofas 28-29, al modo en que Odín obtuvo la ciencia oculta *(seid):* se apoderó del secreto de las runas —nueve cantos mágicos— y del brebaje inmortal *(mjöd)* de la poesía, permaneciendo colgado nueve noches del árbol y sacrificándose a sí mismo. En el «Rúnatals Tháttr» del *Hávamál* (estrofa 138) se describe este episodio:

   Yo sé que estoy colgado
   del árbol agitado por el viento
   durante nueve noches enteras,
   herido por una lanza
   y entregado a Odín,
   yo a mí mismo...

   (E. O. G. Turville-Petre, *Myth and Religion of the North* [Londres 1964] 42).

3. *Ymir:* el gigante con cuyo cuerpo hicieron los dioses un mundo. No está claro por qué aparece en este relato de la creación.
4. *Bur:* padre de Odín y de los hermanos de éste, Vili y Ve. El padre de Bur, Buri, fue creado por el cuervo primordial, Audumla, según el *Edda* de Snorri.
   Midgard: el mundo de los hombres, la «región intermedia» sacada de las aguas por los dioses.
7. *Idavöll:* la fortaleza de los dioses; cf. estrofa 60, después del *ragnarök.*
8. *Jötunheim:* el mundo de los gigantes.
9. *Brimir* y *Blain:* dos gigantes o, posiblemente, nombres del gigante Ymir. Se omiten aquí las estrofas 10-16, que contienen una lista interpolada con nombres de enanos.
17. Los «tres» de que se habla no son las doncellas gigantes de la estrofa 8, sino los dioses Odín, Hönir y Lodur, que se disponen a crear al hombre y la mujer primordiales, Ask (= «fresno») y Embla (= «olmo»).
18. A estos «árboles», «los dos sin vigor», otorga Odín *önd* (aliento, alma, espíritu), sentidos Hönir y calor Lodur.
19. Yggdrasill, el árbol del destino, se alza desde el mundo inferior hasta los cielos. En el centro del mundo sirve de soporte al universo, mientras que bajo sus raíces se halla Urdarbrunnr, el pozo del destino.
20. Del pozo proceden las tres Norns, diosas del destino: Urd, el pasado; Verdandi, el presente; Skuld, el futuro. Los destinos de los hombres están grabados como signos mágicos (runas) sobre madera.
21. Comienza aquí la guerra entre los Aesir («dioses», singular *ass)* y una

tribu especial de dioses conocidos bajo el nombre de Vanir. Al parecer, un ataque contra la diosa principal de los Vanir, Freyja (llamada aquí Gullveig y Heid), precipitó las hostilidades entre los dioses. Gullveig fue alanceada y quemada en el palacio de Har (Odín), pero sobrevive como Heid en virtud de su magia negra *(seid)*.

23. Odín proclama la guerra por parte de los Aesir blandiendo ritualmente su lanza mágica. Los Vanir, que recurren también a su propia magia, rompen el muro de Asgard, la fortaleza de los Aesir.
24. Los dioses se reúnen en asamblea y determinan qué tributo han de pagar los Aesir por la ofensa inferida a Gullveig (Freyja).
25. *Od:* el esposo de Freyja.
26. *Thor:* hijo de Odín y Jörd, el dios guerrero que empuña su martillo Mjöllnir contra gigantes y demonios. Los oyentes de la *Völuspá* debían de conocer muy bien los motivos de los arrebatos de Thor, por lo que no se exponen aquí. El *Edda* de Snorri explica cómo un gigante, contratado por los Aesir para que reedificara los muros de Asgard, pide como pago el sol, la luna y además la diosa Freyja. Después de ser engañado por los Aesir, el gigante desafía a Thor, que le da muerte, con lo que surge un nuevo motivo de discordia.
27. El cuerno Gjallar («cuerno que resuena») de Heimdall, la trompeta de que se sirve (estrofa 46) para llamar a los dioses al combate, se encuentra bajo el árbol Yggdrasill. También está allí oculto uno de los ojos de Odín, entregado a Mimir, el más sabio de los Aesir, a cambio de la sabiduría.
28. El Anciano: Odín.
29. La *völva* sabe que Odín, cuyo más valioso sentido es la vista, ha sacrificado un ojo al pozo de Mimir, y que de ese ojo bebe Mimir el brebaje de la inmortalidad. «¿Quieres saber más?» es una expresión que se dirige repetidas veces a Odín, que, conocedor del futuro, espera conocer ahora cuál es su destino.
30. Padre de las huestes: Odín.
31. Valkyrias: «las que eligen a los caídos en la guerra», que conducen a los guerreros muertos ante Odín en el Valhalla. La lista de las doncellas guerreras es posiblemente una interpolación. *Herjan:* Odín, «jefe de las huestes».
32. La vidente predice el destino de Baldr. Al igual que la historia de Freyja y el gigante constructor, anteriormente narrada, el episodio de la muerte de Baldr era también conocido de los oyentes de la *Völuspá,* por lo que sólo era necesario un breve resumen. Frigg había pedido a todas las cosas creadas, con excepción del joven muérdago, que le jurasen no hacer daño a su hijo Baldr. Loki, el más «artero» entre los dioses, acudió con muérdago a un nuevo juego inventado por los dioses, que consistía en asestar golpes que no causaban ningún daño a Baldr, y dirigiendo la mano de Höd, el hermano ciego de Baldr, provocó la muerte del joven dios. Odín, lleno de dolor, pide a Vali («el hermano de Baldr» de la estrofa 33) que vengue a Baldr matando a Höd.
34. *Fensalir:* la morada de Frigg, que llora por los tiempos de cruel derramamiento de sangre.

35. La *völva* ve que Loki no podrá eludir el castigo por haber tomado parte en la muerte de Baldr. Sigyn está sentada al lado de su compañero herido.
36. *Slid:* un río del mundo de los gigantes.
37. *Nidavelir:* «campos negros», morada de los enanos. *Sindri:* el más experto en trabajar el oro entre los enanos. *Okolnir:* «nunca frío», posiblemente un volcán. *Brimir:* cf. estrofa 9.
38. *Naströnd:* «ribera de los cadáveres», el país de los muertos regido por la diosa Hel.
39. Ve la *völva* en Naströnd a los perjuros y asesinos condenados a sufrir terribles tormentos; Nidhöng, la serpiente devoradora que mora bajo Yggdrasill, y un enano, probablemente Fenrir, hijo de Loki, son los encargados de atormentarlos.
40. Fenrir y la gigante innominada tienen por hijos a los lobos Skoll y Hati; Skoll roba el sol, y Hati, la luna.
42. *Eggther:* se trata al parecer del vigía de los gigantes, como Heimdall lo es de los dioses. El gallo Fjalar despierta desde las ramas del árbol a los gigantes para que acudan a la gran batalla.
43. *Gollinkambi:* «cresta de oro», el gallo que despierta a los dioses en el Valhalla. También en el reino de la muerte hay un tercer heraldo del *ragnarök,* el «ave rojiza».
44. La *völva* contempla cómo Fenrir (Garm) romperá las ataduras que le tenían sujeto en su cubil, Gnipahellir, y correrá libre. La estrofa se repetirá como un estribillo.
46. *Mim:* Mimir.
47. El gigante: Fenrir. Esta estrofa recuerda cómo dos de los Aesir, Mimir y Hönir, fueron enviados como rehenes a los Vanir en un tratado de paz. Los Vanir decapitaron a Mimir y devolvieron la cabeza a Odín, que la conservaría para consultarla en su deseo de adquirir la sabiduría. *Surt:* el gigante de fuego que rige Muspell, un mundo situado en el sur; su «pariente» es Fenrir.
50. *Hrym:* un jefe de los gigantes que aparece como timonel del barco de aquéllos, Naglfar, hecho de las uñas de los muertos. La serpiente Midgardsorm, otra de las criaturas engendradas por Loki, agita el mar.
51. Después de romper sus cadenas (estrofas 35 y 44), Loki (hermano de Byleist) y Fenrir se dirigen al combate.
52. La maldición de las ramas: el fuego.
53. *Hlin:* Frigg, esposa de Odín. *Matador de Beli:* el dios Freyr, uno de los Vanir y hermano de Freyja, que dio muerte al gigante Beli con su puño. Odín, «el gozo de Frigg», caerá muerto ante el lobo Fenrir.
54. Padre de Sig: Odín, «padre de la victoria». Vidar, famoso por su gran escudo y por su fuerza semejante a la de Thor, sobrevive a la destrucción y venga a su padre desgarrando a Fenrir, «el hijo del gigante».
55. *Hlödyn:* Jörd («tierra»), la madre de Thor; su padre fue Odín. Midgardsorm es la serpiente.
56. Thor es «guardián de la tierra» e «hijo de Fjörgyn (Jörd)»; de momento vence a la serpiente, pero cae muerto él mismo «nueve pasos» más allá.
60. El ceñidor de la tierra: Midgardsorm, la serpiente de las aguas caóticas

que rodean el mundo. Odín es «soberano de los dioses» y dueño de las runas.

61. Cf. estrofa 8, donde los dioses juegan a algo parecido al ajedrez o las damas.
62. Baldr y Höd, el hermano que inocentemente le dio muerte, retornan ahora al mundo pacificado. *Hropt:* Odín, cuya «sala de guerra» es el Valhalla.
63. *Hönir:* cf. estrofa 18. En esta nueva era posee el don de predecir el futuro. *Tveggi:* Odín, «el doble», cuyos hermanos son Vili y Ve. *Vindheim:* el cielo, «la morada del viento».
64. *Gimle:* una sala techada de oro en que morarán los justos en la nueva era.
65. La estrofa resulta oscura. No se dice el nombre del nuevo soberano.
66. *Nidhögg:* El dragón de la estrofa 39. *Nidarfjöll:* los «negros peñascos».

H. A. Bellows, *The Poetic Edda* (Nueva York 1923) 3-6, 8-26, con notas de D. Knipe.

C. *LA CREACION DEL HOMBRE*

62. CREACION DE LA MUJER DE LA TIERRA MADRE

(maoríes)

Para producir al hombre, por consiguiente, fue necesario que el dios Tane, el Fecundador, modelara de tierra una figura de aspecto humano sobre el cuerpo de la Madre Tierra, y que luego la vivificara. Este acontecimiento ocurrió de la siguiente manera (según Best, este relato «se recoge tal como fue narrado por un viejo nativo»):

Tane se dirigió al *puke (mons veneris)* de Papa (la Tierra) y allí modeló en figura humana una forma sobre la tierra. Su siguiente tarea consistió en dotar de vida a la figura, una vida como la que conocen los seres humanos, y ha de notarse que en el relato de esta acción se habla de él como de *Tane te waiora.* Era la luz del sol que fecunda a la Madre Tierra. En la imagen inerte fueron implantados *wairua* (espíritu) y *manawa ora* (aliento vital), obtenidos de Io, el ser supremo. El aliento de Tane se dirigió a la imagen, y su calor la afectó. La figura absorbió la vida, un débil suspiro de vida se escuchó, el espíritu vital se manifestó, y Hine-ahu-one, la Doncella formada de la Tierra, estornudó, abrió los ojos y se levantó. Era una mujer.

Tal es el origen de la mujer, formada de la sustancia de la Tierra Madre, pero animada por el Espíritu divino emanado del ser supremo, Io el grande, Io el del rostro oculto, Io el padre, Io el ingénito.

E. S. Craighill Handy, *Polynesian Religion* (Honolulú 1927) 39, citando a E. Best, *Maori Personifications:* «Journal of the Polynesian Society» 32 (1923) 110-111.

63. EL GENESIS ZUÑI: CREACION Y APARICION DEL HOMBRE

Un mito de los indios zuñis de Nuevo México.

Antes de la nueva creación, sólo Awonawilona (el Hacedor de todas las cosas, el que todas las llevaba en sí, el Padre de toda paternidad) poseía el ser. No existía ninguna otra cosa en todo

el gran espacio de las edades sino unas negras tinieblas y desolación vacía por todas partes.

En el principio de la nueva creación, Awonawilona concibió dentro de sí mismo y pensó en alto en el espacio, por lo que se desarrollaron y se alzaron los vapores del crecimiento, las nieblas poderosas del desarrollo. Así, mediante su conocimiento innato, el que todo lo contiene se dio la forma y la persona del sol, del que nosotros aseguramos que es nuestro padre, y de este modo empezó a existir y a manifestarse. Con su aparición empezaron a brillar de luz los espacios, y con el brillar de los espacios se condensaron las nubes del agua y cayeron a tierra, de donde se desarrolló el agua en el agua, sí, y el mar que sostiene la tierra.

Con la sustancia de carne arrancada de la superficie de su persona, el Padre Sol formó el tejido seminal de los dos mundos, impregnando con ella las grandes aguas, y he aquí que con el calor de su luz, aquellas aguas del mar se volvieron verdes y sobre ellas apareció la espuma, que se ensanchó y adquirió peso hasta que se convirtió en Awitelin Tsita, la «Tierra Madre cuádruple que contiene (las cosas)» y Apoyan Tä'chu, el «Padre Cielo que todo lo abarca».

Formación de los hombres y de las restantes criaturas:

Al acostarse juntos estos dos sobre las aguas del mundo, con su efecto vitalizador fue concebida así la vida terrestre; de este modo empezaron a existir todos los seres de la tierra, los hombres y las restantes criaturas, en el vientre cuádruple del mundo.

Después de esto, la Madre Tierra rechazó al Padre Cielo, al aumentar de volumen y hundirse en el abrazo de las aguas inferiores, separándose de este modo del Padre Cielo en el abrazo de las aguas superiores. Como una madre procura evitar cualquier mal a su hijo primogénito aun antes de que nazca, lo mismo hizo la Madre Tierra, reteniendo la progenie de sus mil criaturas e impidiendo que nacieran; trató al mismo tiempo de aconsejarse con el Padre Cielo. «¿Cómo», se decían entre sí, «distinguirán nuestros hijos, cuando nazcan, un lugar de otros, aunque sea con ayuda de la luz blanca del Padre Sol?».

Pero la Madre Tierra y el Padre Cielo, como todos los seres superiores, eran *'hlimna* (cambiantes), como el humo en el aire, capaces de transmutarse como el pensamiento y de manifestarse en cualquier forma a su voluntad, como hacen los danzantes con sus máscaras.

Así se dijeron uno a otro como si fueran un hombre y una

mujer: «¡Mira!», dijo la Madre Tierra, y en ese momento apareció allí cerca un gran recipiente con terrazas y agua en su interior, «de este modo estarán dispuestos sobre mí los hogares de mis pequeños hijos. Sobre la superficie de cada comarca del mundo van de un lado a otro, y se alzarán las montañas como terrazas, muchas en cada comarca, con lo que una tierra se distinguirá de otra, y un lugar de otro dentro de cada comarca. ¡Mira otra vez!», dijo ella, al mismo tiempo que escupía en el agua y la movía y agitaba con sus dedos. Se formó una espuma, que se fue juntando al borde de la superficie con terrazas y fue creciendo cada vez más. «Sí», dijo ella, «y de mi seno sacarán el alimento, pues obtendrán la sustancia de la vida de lo mismo que nosotros fuimos sustentados». Sopló entonces con su cálido aliento a través de las terrazas; se desprendieron blancos copos de espuma y, flotando por encima del agua, fueron disgregados por el frío aliento del Padre Cielo que aguardaba, y en seguida se derramaron hacia abajo la fina lluvia y el rocío. «Además de esto se elevarán de las grandes aguas las blancas nubes en los confines del mundo y, apiñadas en torno a las terrazas montañosas de todos los horizontes, serán llevadas de un lado a otro por los alientos del exceso de las almas y de los niños, y se endurecerán y se desmenuzarán por el frío, y caerán en forma de lluvia y rocío, el agua de la vida, hasta llenar los huecos de mi regazo. Porque ahí buscarán resguardo contra tu frío los hombres y todas las demás criaturas, nuestros hijos».

Y he aquí que hasta los árboles de las altas montañas, cerca de las nubes, y el Padre Cielo se inclinan hacia abajo en busca del calor y la protección de la Madre Tierra. Cálida es la Madre Tierra, frío el Padre Cielo, del mismo modo que la mujer es cálida y el varón es un ser frío.

Y dijo el Padre Cielo: «¡Sea así, pero no contarán sólo con tu ayuda nuestros hijos! Mira», y extendió su mano con la palma hacia abajo, y en todos los surcos y hendiduras puso la semejanza de unos brillantes granos amarillos de cereal; en la sombra de la primera aurora del mundo brillaban como centellas de fuego, y se desparramaban según se movía su mano sobre el recipiente, brillando y agitándose en las profundidades del agua. «¡Mira!», dijo él, señalando los siete granos sujetos entre su pulgar y los otros cuatro dedos, «por éstos se guiarán nuestros hijos, porque mira, como el Padre Sol no sale de noche, y tus terrazas son entonces como la misma oscuridad (pues están ocultas en ella), nuestros hijos se guiarán entonces por unas luminarias —parecidas a estas luces de las seis regiones que giran en torno a la que está en el centro—, ya que todas las demás regiones del espacio están en la región del

centro y en torno a ella, en que vivirán nuestros hijos. ¡Sí! Y del mismo modo que estos granos brillan en el agua, también otros granos de semillas semejantes a ellos, pero innumerables, brotarán de tu seno cuando sean tocados por mis aguas, para alimentar a nuestros hijos». De este y de otros muchos modos previeron todo lo necesario para su progenie.

Luego, en lo más profundo de las cuatro cavernas-vientres del mundo, la simiente de los hombres y de las demás criaturas fue creciendo y tomando forma. Y como ocurre con los huevos colocados en lugares cálidos, que aparecen en seguida los gusanos, y crecen y rompen sus cáscaras y de ahí salen pájaros, renacuajos y serpientes, del mismo modo se desarrollaron los hombres y todas las demás criaturas, de muchas especies y en gran número. [Pero éstos eran aún seres imperfectos, amontonados y apiñados en la oscuridad, enroscándose unos sobre otros como reptiles, gruñendo y lamentándose, escupiendo y profiriendo palabras indecentes y ofensivas. Pero unos pocos trataron de escapar. Uno sobre todo, que se distingue de todos los demás como el más inteligente, es el señor sagrado, Poshaiyankya, que en cierto modo participa de la condición divina. Este sale a luz completamente solo después de haber atravesado una tras otra las cuatro cavernas-vientres de una gran isla húmeda e inestable, y se abre camino hacia el Padre Sol para implorarle que libere a la humanidad y a todas las demás criaturas que quedan allá abajo. El Sol repite entonces todo el proceso de la creación, pero esta vez se trata de una creación de otro tipo. El Sol quiere ahora producir seres inteligentes, libres y fuertes. Impregna de nuevo la espuma de la Tierra Madre, y de esta espuma nacen unos gemelos. El Sol les otorga toda clase de poderes mágicos y les ordena que sean antepasados y señores de los hombres]. Bien aleccionados por el Padre Sol, levantaron al Padre Cielo con su arco de nubes hasta la bóveda del cielo empíreo, para que la tierra adquiriese calor y de este modo resultara más conveniente para la vida de sus hijos, los hombres y las demás criaturas. Entonces, siguiendo el rastro de Poshaiyankya, el que buscó el sol, retrocedieron rápidamente sobre su flotante escudo de niebla, encaminándose hacia el oeste, a la Montaña de la Generación. Con los cuchillos mágicos del rayo abrieron las profundidades cerradas de la montaña, y, todavía sobre su escudo de niebla, del mismo modo que la araña baja por su tela, también ellos descendieron sin equivocarse hasta las tinieblas del mundo subterráneo. Allí se quedaron con los hombres y las demás criaturas, cuidando de ellos, conociéndolos y dándose a conocer de ellos como señores y padres, buscando de este modo la manera de sacarlos fuera.

Nacimiento y parto de los hombres y de las demás criaturas:

En las profundidades se estaban desarrollando cosas como hierbas y plantas trepadoras. Entonces los Gemelos Amados alentaron sobre los tallos de estas hierbas (que crecían altas, como ocurre siempre con las hierbas, que buscan la luz, bajo la abertura que habían practicado y por la que habían descendido), haciendo que se propagaran rápidamente, tirando de ellas y dando vueltas a su alrededor una y otra vez, estirándolas y enredándolas hacia arriba, hasta que lograron que salieran a la luz. Y cada vez que agarraban los tallos, se formaban costras y botones de donde brotaban ramas cubiertas de hojas. Luego hicieron entre los dos una gran escala por la que los hombres y las criaturas pudieron ascender hasta la segunda caverna, de forma que luego no fueran expulsados violentamente a causa de las convulsiones de la Madre Tierra, con lo que se convertirían en seres demoníacos y deformes.

Los hombres y las criaturas treparon por esta escala hasta la segunda caverna, siguiendo muy de cerca a los Gemelos pequeños pero poderosos. Pero muchos se cayeron y, perdidos en las tinieblas, poblaron el mundo subterráneo, de donde más tarde serían expulsados entre horribles convulsiones de la tierra, convirtiéndose en los monstruos y seres terribles de la antigüedad. Pero en aquel segundo vientre todo era oscuridad como en las noches de la estación de las tormentas, pero era más espaciosa y estaba más arriba, porque quedaba más cerca del ombligo de la Madre Tierra, y por eso se llama K'olin tebuli (el vientre umbilical o lugar de gestación). Allí aumentó aún más el número de los hombres y de los otros seres, y el fragor de sus lamentos se hizo más fuerte e implorante. De nuevo los Gemelos, aumentando la altura de la gran escala, los guiaron hacia arriba, pero esta vez no a todos de un golpe, sino por tandas sucesivas, de forma que, con el tiempo, se convirtieran en padres de las seis clases de hombres (los amarillos, los tostados, los rojos, los blancos, los mestizos y los negros), y con ellos los dioses y las criaturas de todos. Pero también esta vez, como la anterior, hubo muchos que se extraviaron o cayeron. La tercera gran caverna, a la que acababan de subir los hombres y las criaturas, era más espaciosa y estaba más alta que la segunda, y por ello tenía más luz, como un valle bajo el resplandor de las estrellas, y se llamaba Awisho tehuli (el vientre vaginal, o lugar de la generación sexual). Porque allí empezaron a multiplicarse los distintos pueblos y seres conforme a sus distintas clases. Y como las naciones y las tribus de los hombres, así como las criaturas por sus especies, se hacían cada vez más numerosas de nuevo, el lugar

se halló pronto superpoblado. Como las veces anteriores, las naciones de los hombres fueron sacadas de allí sucesivamente (y algunas también se perdieron, como antes ya había ocurrido) hasta la siguiente y última caverna del mundo, Tepahaian tehuli, el vientre del parto.

Había allí luz como cuando rompe el día, y los hombres empezaron a percibir y saber cosas conforme a sus distintas complexiones, después de lo cual los Gemelos les enseñaron a buscar lo primero de todo a nuestro Padre Sol, que les revelaría el saber y el conocimiento de las cosas de la vida, entre ellas el modo de procrear niños. Pero al igual que había ocurrido en las cavernas anteriores, también ésta quedó en seguida superpoblada de nuevos seres. Finalmente, por tandas, los Gemelos fueron sacando de allí a las naciones de los hombres y a las especies de las criaturas, hasta llevarlas a este espacioso mundo superior, que se llama Tek'ohaian ulahnane, o mundo de la luz diseminada y del conocimiento o visión.

F. H. Cushing, *Outlines of Zuñi Creation Myth* (Washington 1896) 379-383.

64. DIOS Y LAS CINCO MUJERES

Un mito de los orígenes de la tierra, el fuego, el agua y la mujer, de los indios Thompson de la Costa Norte del Pacífico.

El Anciano o Jefe bajó del mundo superior sobre una nube hasta la superficie del gran lago, o inmensidad acuosa que era todo cuanto existía. La nube se posó sobre el lago. El Anciano arrancó cinco cabellos de su cabeza y los arrojó abajo. Se convirtieron en cinco jóvenes mujeres perfectamente formadas. Les fue preguntando por turno qué querían ser.

La primera contestó: «Una mujer para criar hijos. Seré mala y loca, y no buscaré otra cosa que mi placer. Mis descendientes pelearán, robarán, matarán y cometerán adulterio». El Anciano replicó que esto le entristecía, pues a causa de la elección de la mujer entrarían en el mundo la muerte y el desorden.

La segunda contestó: «Una mujer para criar hijos. Seré buena y virtuosa. Mis descendientes serán sensatos, pacíficos, honrados, sinceros y castos». El Jefe la alabó, y dijo que su conducta triunfaría al final.

La tercera eligió ser Tierra. De ella, dijo el Anciano, brotarían todas las cosas, y a ella retornarían con la muerte.

La cuarta eligió ser fuego, en las hierbas, árboles y en los leños, para bien de los hombres. La quinta se convirtió en Agua, «para limpiar y hacer prudentes» a los hombres. «Yo ayudaré a todas las cosas sobre la tierra a mantener la vida».

Entonces el Jefe las transformó, primero la Tierra, luego el Agua y después el Fuego. Puso a las dos mujeres, la buena y la mala, sobre la tierra, y las hizo grávidas. Les dijo que serían progenitoras de todas las gentes. Los malos serían más numerosos al principio, pero prometió que los buenos terminarían por prevalecer. Entonces llegaría el final, y todos los vivos y los muertos serían congregados. Tierra, Fuego y Agua recuperarían su forma original, serían transformadas y hechas de nuevo.

J. A. Teit, *Mythology of the Thompson Indians* (Leiden y Nueva York 1912) 322-324.

65. MITO DE LA CREACION DEL HOMBRE

(indios Thompson)

Antes de que fuera hecho el mundo, las estrellas, la luna y el sol vivían juntos (como la gente). La tierra era una mujer, y el sol era su marido. Ella andaba siempre sacándole faltas, diciendo que era feo, repulsivo y demasiado cálido. El sol terminó por cansarse de sus improperios y la dejó. Con él se marcharon las estrellas y la luna. La tierra-mujer se quedó muy triste.

Apareció el Anciano y transformó a aquella gente, dándoles la forma que hoy tienen. Destinó al sol, las estrellas y la luna al cielo, ordenándoles que en adelante no abandonaran nunca a la tierra. La tierra-mujer se convirtió en suelo firme; sus cabellos se volvieron árboles y hierbas, su carne es el barro, sus huesos son las rocas y su sangre son los manantiales de agua. «Serás la madre de las gentes, pues de ti brotarán sus cuerpos y a ti retornarán de nuevo. Los hombres vivirán en tu regazo, y dormirán sobre tu piel. De ti sacarán su alimento y se servirán de todas las partes de tu cuerpo».

Después de esto dio el ser la tierra a unos hombres que, por su forma, eran muy semejantes a nosotros, pero que no sabían nada ni necesitaban comer ni beber. No tenían apetitos, deseos o pensamientos. El Anciano recorrió entonces el mundo y visitó a todos los pueblos, y les dio apetitos y deseos. Hizo aparecer toda clase de aves y pescados, a los que puso nombre y asignó funciones. Enseñó a las mujeres a hacer cestos de mimbre, esteras y chozas, y a buscar raíces, recolectar bayas y sazonarlas. Enseñó a los hombres

a hacer fuego, pescar peces, cazar animales con trampas y flechas, etc. Aleccionó a las parejas sobre cómo debían unirse y procrear niños.

Cuando hubo terminado de aleccionar a la gente, se despidió de todos, diciéndoles: «Ahora os dejo, pero si... necesitáis mi ayuda, de nuevo volveré a vosotros. El sol es vuestro padre, la tierra es el cuerpo de vuestra madre. Algún día os cubrirá como un cobertor, bajo el que reposarán en paz vuestros huesos».

J. A. Teit, *Mythology of the Thompson Indians* (Leiden y Nueva York 1912) 321-322.

66. MITO PAWNEE DE EXTRACCION

La Madre Cereal saca a los primeros hombres a la superficie de la tierra.

Relato ritual comunicado por Cuatro Anillos, indio pawnee, al doctor Melvin Gilmore.

Antes de que el mundo existiera, todos nosotros estábamos dentro de la tierra.
La Madre Cereal produjo un movimiento. Nos dio la vida.
Recibida la vida, nosotros nos movimos hacia la superficie:
¡Nos pondremos en pie como hombres!
¡El ser se ha hecho humano! ¡Es una persona!
A la forma personal se añadió el vigor:
Forma e inteligencia unidas, ya podemos avanzar.
Pero Madre Cereal nos advierte que la tierra aún está inundada.
Madre Cereal proclama luego que la inundación ha desaparecido, y que la tierra ya verdea.
Madre Cereal manda que la gente suba a la superficie.
Madre Cereal los ha juntado; recorren medio camino hacia la superficie;
Madre Cereal los guía hasta cerca de la superficie de la tierra;
Madre Cereal los lleva a la superficie. ¡Aparece la primera luz!
Madre Cereal los saca fuera. Ya han salido hasta el pecho.
Trepan hasta la superficie de la tierra.
Todos han salido ya, y Madre Cereal los lleva desde el este hacia el oeste.
Madre Cereal los lleva hasta el lugar de su morada...
¡Todo está hecho! ¡Todo es perfecto!

H. B. Alexander, *The World's Rim* (Lincoln, Neb. 1953) 89.

67. RELATO AFRICANO DE LA CREACION DEL HOMBRE

(shilluks)

Volviendo a Africa, hallamos allí la leyenda de la humanidad creada de barro entre los shilluks del Nilo Blanco, que explican ingeniosamente los colores de las distintas razas por el color del barro con que fueron creadas. Dicen que Juok, el creador, hizo a todos los hombres de barro, y que mientras llevaba a cabo la obra de la creación recorría todo el mundo. En el país de los blancos halló una tierra o arena completamente blanca, y de ella modeló los hombres blancos. Pasó luego a la tierra de Egipto, y del limo del Nilo hizo los hombres rojos o morenos. Finalmente llegó al país de los shilluks, y como allí encontró tierra negra, de ella hizo a los negros. La forma en que modeló a los hombres fue ésta: Tomó una pella de barro y le dijo: «Quiero hacer un hombre, pero ha de ser capaz de caminar y correr y salir a los campos; por eso le daré largas piernas, como el flamenco». Después de hacerlo así, pensó: «El hombre ha de ser capaz de cultivar su mijo, así que le daré dos brazos, uno para sujetar la azada y el otro para arrancar las malas hierbas». Así que le dio dos brazos. Y pensó luego: «El hombre tendrá que ver su mijo, así que voy a darle dos ojos». Y lo hizo como había pensado. Pensó después: «El hombre tiene que ser capaz de comer su mijo. Le daré una boca». Y le dio una boca. Después de todo esto volvió a pensar para sí: «El hombre ha de ser capaz de danzar y hablar, cantar y gritar, y para todo esto necesita tener una lengua». En consecuencia, le dio una lengua. Finalmente, el dios se dijo para sus adentros: «El hombre tiene que escuchar el sonido de la danza y las sentencias de los grandes hombres, y para eso necesita dos orejas». Le dio, por tanto, dos orejas, y lo mandó salir al mundo como hombre perfecto.

J. G. Frazer, *Folklore in the Old Testament* I (Londres 1919) 22-23.

D. *MITOS DEL ORIGEN DE LA MUERTE*

J. G. Frazer distinguía cuatro tipos de mitos acerca del origen de la muerte: 1) tipo de los dos mensajeros; 2) tipo de la luna menguante y oculta; 3) tipo de la serpiente que muda la piel; 4) tipo del banano. Recogemos aquí ejemplos de los tres últimos tipos (n.os 68-70). El mito aranda recogido a continuación pertenece a un tipo distinto, el de la muerte como consecuencia de la intervención arbitraria y cruel de un mítico ser teriomórfico.

El motivo de los dos mensajeros, o del «mensajero que fracasa», es muy común en Africa. Dios envía el camaleón a los antepasados míticos con el mensaje de que serán inmortales, pero envía al mismo tiempo al lagarto con el mensaje de que morirán. El camaleón se distrae en el camino y el lagarto llega primero. Una vez comunicado el mensaje, la muerte entra en el mundo. Otro motivo africano es el de «la muerte en un bulto». Dios permitió al primer hombre que eligiera entre dos bultos, uno que contenía la muerte y otro en que estaba la vida. Según un tercer motivo africano, la muerte es consecuencia de que el hombre quebrantó un mandato divino.

68. LA MUDA DE LA PIEL

(mito melanesio)

Al principio, los hombres no morían, sino que cuando eran de edad avanzada mudaban la piel, como las serpientes y los cangrejos, y quedaban rejuvenecidos de nuevo. Pasado algún tiempo, una mujer vieja se acercó a un río para mudar la piel. Arrojó su piel vieja en el agua y observó cómo se la llevaba la corriente hasta que quedó enredada en un palo. Volvió entonces a su casa, donde había dejado a su hijo. Pero el niño se negaba a reconocerla, gritando que su madre era más vieja y no como aquella extraña joven; para tranquilizar a su hijo, la mujer volvió al río donde había arrojado su piel y se la puso de nuevo. Desde entonces, los hombres dejaron de mudar la piel y murieron.

R. H. Codrington, *The Melanesians* (Oxford 1891) 265.

69. LA PIEDRA Y LA BANANA

(mito indonesio)

Los naturales de Poso, distrito de Célebes Centrales, dicen que en el principio el cielo estaba muy cerca de la tierra, y que el creador, que vivía en él, acostumbraba enviar sus dones a los hombres atados al extremo de una cuerda. Un día hizo descender de este modo una piedra, pero nuestros primeros padres no sabían qué hacer con ella, y llamaron a su Hacedor: «¿Qué hemos de hacer con esta piedra? Danos alguna otra cosa». El Creador accedió y tiró de la cuerda. La piedra fue subiendo y subiendo hasta perderse de vista. Entonces se vio cómo la cuerda bajaba nuevamente del cielo, pero esta vez en su extremo había una banana en vez de una piedra. Nuestros primeros padres corrieron hacia la banana y la tomaron. Entonces se oyó del cielo una voz que decía: «Por haber elegido la banana, vuestra vida será como su vida. Cuando el bananero da su fruto, el tronco muere; así moriréis vosotros y vuestros hijos ocuparán vuestro lugar. Si hubierais elegido la piedra, vuestra vida hubiera sido como la vida de la piedra, inmutable e inmortal». El hombre y su mujer se lamentaron de su elección fatal, pero ya era demasiado tarde. Así fue cómo por comer una banana entró la muerte en el mundo.

J. G. Frazer, *The Belief in Immortality* I (Londres 1913) 74-75.

70. LA LUNA Y LA RESURRECCION

(mito australiano)

En una leyenda wotjobaluk se dice que cuando todos los animales eran hombres y mujeres, algunos de ellos murieron, pero la luna solía decir: «¡Vosotros, arriba!», y volvían a la vida. Hubo entonces un viejo que dijo: «Que sigan muertos». Y ninguno más volvió a la vida, excepto la luna, que siguió haciéndolo.

A. W. Howitt, *The Native Tribes of South-East Australia* (Londres 1904) 429.

71. EL PAJARO CRUEL

(mito australiano de la tribu Aranda)

De una plataforma rocosa salieron, de un pequeño hoyo rocoso, al sur de Ilkanara. Primero hendió la roca una mujer perro, que perforó con su hocico la dura piedra. Le siguió una segunda mujer perro, y luego una tercera, una cuarta, una quinta y así sucesivamente. Luego apareció un hombre perro, al que siguió un segundo y luego un tercero, un cuarto, un quinto y así sucesivamente hasta que salió el último. Al cabo todos estuvieron fuera.

Los hombres que habían salido los últimos se enojaron con el que había salido el primero, quizá porque iba siguiendo muy de cerca a las mujeres. El hombre que nació primero encendió un gran fuego abrasador, pero los otros apuntaron contra él un hueso mágico. El hechizado se tendió a lo largo y así permaneció sin moverse durante dos noches. Luego murió, y los demás lo enterraron al este de la plataforma rocosa. Algunas mujeres, profundamente doloridas, acudieron a Tjolankuta; otras marcharon a Lkebalinja, y otras se sentaron a la entrada de la hendidura por donde la torrentera de Ilkaknara se desliza a través de la cordillera. Bailaron una danza de mujeres acompañadas por los gritos de los hombres: «¡bau, bau, bau, bau!».

Pero el hombre muerto agujereó el suelo desde abajo. Apareció entonces a través de la tierra su frente; luego salieron las sienes, y finalmente se hizo visible la cabeza hasta la garganta. Los dos hombros, sin embargo, se quedaron incrustados.

Llegó entonces de Urburakana Urbura, la urraca, que venía corriendo desde allí; desde una gran distancia vio lo que estaba ocurriendo. «Mira, ha empezado a salir de nuevo apenas hace un momento, pero sus hombros han quedado fuertemente incrustados y le empujan hacia abajo». El muerto se alzó todavía un poco más. Las mujeres perros se iban aproximando con sus pasos de danza, hasta que lo rodearon. La urraca se precipitó, llena de ira mortal, hacia una montaña que estaba allí cerca y que se llamaba Urburinka. Entonces tomó una pesada lanza de mulga, la hundió en la garganta del muerto, lo pisoteó con sus talones y le dijo: «¡Quédate ahí enraizado firmemente para siempre! ¡No trates de levantarte otra vez! ¡Estarás para siempre en la tumba!».

Entonces los perros se convirtieron todos en pájaros y volaron hacia las cataratas, todos ellos, hombres y mujeres. Sus lamentos suenan sin cesar, sus lágrimas caen sin interrupción. Todos estaban profundamente apenados.

También Urbura voló como un ave y volvió a su morada, donde permanece para siempre.

Mi comunicante añadió brevemente que de no haber sido por la crueldad de Urbura, el muerto habría vuelto a la vida por segunda vez, y que si hubiera logrado resucitar, todos los hombres que murieran a continuación habrían resucitado luego del mismo modo. Pero Urbura había matado definitivamente al infortunado hombre perro, hundiendo su cabeza por segunda vez en la sepultura. «Y ahora todos nosotros morimos y somos aniquilados para siempre. No podemos esperar la resurrección».

T. G. H. Strehlow, *Aranda Traditions* (Melbourne 1947) 44-45.

72. MAUI Y HINE-NUI-TE-PO

(mito polinesio)

Maui creyó entonces conveniente abandonar la aldea en que había vivido Irawaru, así que regresó junto a sus padres. Cuando ya llevaba algún tiempo con ellos, su padre le dijo: «Hijo mío, tu madre y otras personas me han dicho que eres muy valiente, y que has tenido éxito en todas las empresas que te has propuesto en tu país, en lo grande y en lo pequeño. Pero ahora que has llegado al país de tu padre, quizá quieras ser vencido».

Le preguntó entonces Maui: «¿Qué quieres decir? ¿Cuáles son las cosas por las que yo puedo ser vencido?». Su padre le respondió: «Por tu gran antepasada, por Hine-nui-te-po, que si la miras, la verás inflamada de fuego, abriéndose y cerrándose allí donde el horizonte se une con el cielo». Maui replicó: «Abandona esas ideas infundadas y vayamos los dos juntos sin miedo para saber de una vez si los hombres han de morir o vivir para siempre». Su padre dijo: «Hijo mío, sobre nosotros pesa un mal augurio. Cuando yo te estaba bautizando, omití una parte de la plegaria adecuada, y sé que por tal motivo perecerás».

Preguntó entonces Maui a su padre: «¿Qué aspecto tiene Hine-nui-te-po, mi antepasada?». Le respondió él: «Aquello que ves brillar con un rojo tan intenso son sus ojos. Y sus dientes son tan duros y afilados como trozos de cristal volcánico. Su cuerpo se parece al de un hombre. En cuanto a las pupilas de sus ojos, son de jaspe. Sus cabellos son como marañas de largas algas marinas. Su boca se parece a la del tiburón». Entonces le respondió su hijo: «¿Crees que su fuerza es tanta como la de Tama-nui-te-Ra,

que devora al hombre, y la tierra, y las mismas aguas, por la ferocidad de su calor? ¿No se salvó el mundo al principio y siguió vivo por la rapidez con que viajó? Si en los tiempos de su fuerza y poderío plenos hubiera caminado tan lentamente como lo hace ahora, no hubiera quedado vivo ni un resto de la humanidad sobre la tierra, nada en verdad hubiera sobrevivido. Pero yo me he apoderado de Tama-nui-te-Ra, y ahora marcha lentamente, porque le golpeé una y otra vez, de modo que ahora está débil y tarda mucho en recorrer su curso, y ahora produce poco calor, porque ha sido debilitado por los golpes de mi arma encantada. Y también lo rasgué en muchos lugares, y de las heridas que así le causé salen ahora muchos rayos que se esparcen en todas direcciones. También encontré que el mar era mucho más extenso que la tierra, pero por la fuerza del último de los hijos que te nacieron, parte de la tierra fue extraída de nuevo y se estableció la tierra seca». Y su padre le replicó: «Todo esto es muy cierto, ¡oh mi hijo más pequeño, y vigor de mi vejez! Bien está; sé valiente, y marcha a visitar a tu antepasada, que tan ferozmente brilla allí donde el confín del horizonte se junta con el cielo».

Apenas había terminado de hablar con su padre, el joven héroe marchó en busca de compañeros que le siguieran en esta empresa. Se ofrecieron para ir en su compañía el pequeño petirrojo, el tordo, el jilguero y toda clase pequeñas aves. Se reunieron todos aquellos pájaros y se pusieron en camino con Maui al caer la tarde. Llegaron adonde vivía Hine-nui-te-po y la hallaron profundamente dormida.

Maui se dirigió entonces a todos ellos: «Mis pequeños amigos, cuando veáis que me deslizo en este antiguo dominio, no se os ocurra reír por lo que podáis ver. No, no lo hagáis, os lo suplico, pero cuando ya haya penetrado en ella y cuando salga de su boca, entonces podréis gritar con risas, si así lo queréis». Sus pequeños amigos, aterrorizados por lo que estaban viendo, replicaron: «Señor, de seguro que vas a perecer». El les contestó: «Si os ponéis a cantar al verme entrar en ella, la despertaréis, y entonces, seguro que me matará, pero si estáis callados hasta que yo haya entrado por completo en ella, y cuando ya esté a punto de salir de su boca, viviré, mientras que Hine-nui-te-po morirá». Sus pequeños amigos contestaron: «Marcha entonces, valiente señor, pero te pedimos que tengas mucho cuidado».

Partió entonces el joven héroe. Ató firmemente los cabos de su arma en torno a su muñeca. Se despojó de sus vestidos y penetró en la casa. La piel de sus caderas aparecía cubierta de colores abigarrados y hermosa como la de una caballa por las marcas de los

tatuajes abiertos en ellas con el cuchillo de Uetonga [abuelo de Ru, dios de los terremotos; Uetonga enseñó el arte del tatuaje a Mataora, que a su vez lo comunicó a los hombres], y penetró en el viejo dominio.

Los pajarillos apretaban sus finas mejillas, tratando de aguantar sus cantos. Pero el pequeño Tiwakawaka no pudo resistir más, y lanzó un fuerte trino, con su tono dulce y melodioso, que despertó a la vieja. Abrió ésta los ojos, se movió y mató a Maui.

De este modo murió Maui, del que venimos hablando. Pero antes de morir había tenido hijos. Algunos de sus hijos viven aún en Hawaiki, otros en Aotearoa (o en estas islas). La mayor parte de sus descendientes permaneció en Hawaiki, pero algunos de ellos vinieron a Aotearoa. Según las tradiciones de los maoríes, ésta fue la causa de que entrara la muerte en el mundo (Hine-nui-te-po era la diosa de la muerte. Si Maui hubiera logrado atravesarla sin perecer, ya no hubiera muerto ningún ser humano, sino que la misma muerte hubiera sido destruida). Nosotros lo expresamos con nuestras sentencias: «La pajarita del agua que se echó a reír de Maui-tiki-tiki-o Taranga hizo que Hine-nui-te-po lo estrujara hasta matarlo». Y también tenemos este proverbio: «Los hombres hacen herederos, pero la muerte se los lleva».

G. Grey, *Polynesian Mythology* (Londres 1855) 56-58.

E. *MITOS DEL DILUVIO*

73. EL RELATO DEL DILUVIO DEL POEMA DE GUILGAMESH

Guilgamesh acaba de hacer un largo y accidentado viaje para saber cómo Utnapishtim adquirió la vida eterna. En respuesta a sus preguntas, Utnapishtim le cuenta el siguiente relato. Hace mucho tiempo, los dioses destruyeron la antigua ciudad de Shuruppak mediante una gran inundación. Pero Utnapishtim, advertido por Ea, logró sobrevivir construyendo un gran navío. Su inmortalidad fue un don otorgado por los dioses pesarosos de lo ocurrido y como una muestra de reconocimiento por su inocencia y su fidelidad en practicar el sacrificio.

Shuruppak, ciudad que tú conoces,
y que en las orillas del Eufrates está,
era ciudad antigua, como los dioses que en ella moraban,
cuando su corazón inclinó a los grandes dioses a producir el diluvio.
Allí estaban Anu, su padre,
el valiente Enlil, su consejero,
Ninurta, su heraldo,
Ennuge, su regante.
Con ellos se hallaba también presente Ninigiku-Ea,
sus palabras repite a la choza de cañas [1]:
«¡Choza de cañas, choza de cañas! ¡Muro! ¡Muro!
¡Choza de cañas, escucha! ¡Muro, reflexiona!
¡Hombre de Shuruppak [2], hijo de Ubar-Tutu,
arrasa esta choza, hazte un navío!
Renuncia a tus bienes, salva tu vida.
Desprecia lo que tienes, mira por tu vida.
A bordo del navío recoge simiente de todo ser vivo.
El navío que tú harás,
sus dimensiones serán conforme a medida.
Iguales serán su ancho y su largo.
Como el Apsu [3] lo techarás».
Yo entendí, y dije a Ea, mi señor:
«Mira, señor mío, cuanto has ordenado
me honraré en cumplirlo.

[1] Probablemente la morada de Utnapishtim. El dios Ea le habla (a través de las paredes), informándole de la decisión de los dioses que van a provocar el diluvio, y advirtiéndole que se construya un navío.

[2] Utnapishtim.

[3] Las aguas subterráneas.

¿Pero qué diré a la ciudad, al pueblo y los ancianos?».
Abrió Ea su boca para hablar,
y me dijo a mí, su siervo:
«De este modo les hablarás:
'He sabido que Enlil me es enemigo.
Por eso no puedo residir en vuestra ciudad,
ni poner mis pies en territorio de Enlil.
Me iré, por tanto, a lo profundo,
a vivir con Ea, mi señor.
Sobre vosotros, en cambio, derramará abundancia,
las aves selectas, los pescados más escogidos.
La tierra dará cosechas abundantes.
El que en el polvo hace nacer el verdor
derramará sobre vosotros una lluvia de trigo'» [4].
Al primer destello de la aurora
el país se reunió en torno a mí.
[El texto está tan fragmentado que no es posible traducirlo].
Los pequeños traían betún,
mientras que los mayores aportaban todo lo demás que era necesario.
Al quinto día puse el armazón.
El espacio de cuatro áreas ocupaba,
doce codos era la altura de sus costados,
doce codos medía por sus cuatro lados.
Formé sus costados y los uní.
Hice seis puentes,
dividiéndolo así en siete partes.
Dispuse además nueve compartimentos en planta.
Le aseguré los tapones de las bocas de agua.
Vigilé los puntales e hice provisiones.
Seis *sar* [5] de betún eché en el horno
y otros tres *sar* de asfalto puse dentro.
Tres *sar* de aceite trajeron los porteadores,
aparte de un *sar* que emplearon en calafatear
y los dos *sar* de aceite que el barquero apartó.
Degollé toros para el pueblo,
y maté ovejas cada día.
Mosto, vino tinto, aceite y vino blanco
a los obreros di a beber como ríos,
para que se alegraran como en Año Nuevo...

[4] La intención es engañar a los habitantes de Shuruppak acerca de la verdadera finalidad de aquella lluvia.

[5] Un *sar* equivale a unos 35.000 litros.

A los siete días el navío estaba terminado.
Muy difícil fue la botadura,
de modo que hubieron de mover arriba y abajo las planchas,
hasta que dos tercios de la obra estuvieron en el agua.
Cargué en él cuanto tenía,
la plata que tenía en él cargué,
el oro que tenía en él cargué,
los animales que tenía en él cargué.
Hice a mi familia y parentela subir al navío,
las bestias del campo, las fieras.
Hice bajar a los artesanos.
Shamash me había fijado un plazo:
«Cuando el que manda la inquietud de noche
haga caer una lluvia asoladora.
¡Sube al navío y asegura bien el portalón!».
El tiempo prefijado ya llegaba:
«El que manda la inquietud de noche hace caer una lluvia asoladora».
Yo escrutaba el aspecto del cielo.
El tiempo era espantoso de ver.
Subí a bordo del navío y aseguré el portalón,
para que asegurase todo el navío, a Puzur-Amurri, el barquero,
entregué toda la obra con cuanto contenía.
Con el primer destello del día,
una nube negra en el horizonte se alzó.
Dentro de ella tronaba Adad[6],
mientras que Shallat y Hanish[7] marchaban al frente,
avanzando como heraldos por llanos y colinas.
Erragal[8] derriba los puntales[9],
sigue Ninurta, reventando los diques.
Los Anunnaki encienden las antorchas,
abrasando la tierra con su fulgor.
La consternación por Adad alcanza a los cielos,
cambiando en tinieblas cuanto era luz.
¡La ancha tierra fue sacudida como una olla!
Durante un día sopló la tormenta del sur,
arreciando al avanzar, sumergiendo los montes,
arrollando a las gentes como en un combate.

[6] Dios de las tormentas y de la lluvia.
[7] Heraldos de Adad.
[8] Nergal, el dios del mundo inferior.
[9] Del dique del mundo.

Nadie puede ver a su compañero,
ni desde el cielo se reconoce a nadie.
Los dioses se asustaron del diluvio,
y retroceden hasta subir al cielo de Anu.
Arracimados como perros,
los dioses se apiñan contra el muro exterior.
Gritaba Ishtar como mujer con dolores de parto,
la señora de los dioses, la de voz suave, se lamenta:
«¡Los viejos tiempos son ahora como barro,
porque yo preferí el mal en la asamblea de los dioses!
¡Por qué elegiría yo el mal en la asamblea de los dioses,
ordenando la batalla para destrucción de mi pueblo,
si fui yo misma la que di el ser a mi pueblo!
¡Como las huevas del pescado llenan el mar!».
Con ella se lamentan los dioses Anunnaki,
los dioses, todos humillados, se sientan y gimen,
sus labios apretados... uno y todos.
Seis días y seis noches
sopla el viento de la inundación, mientras la tormenta del sur barre la tierra.
Cuando el día séptimo despuntó,
remitió en el combate la tormenta del sur (que trae la) inundación,
que había peleado como un ejército.
El mar se calmó, la tempestad remitió, cesó la inundación.
Observé el tiempo. Se había hecho la calma,
y toda la humanidad había retornado al barro.
El paisaje estaba tan liso como un techo plano.
Abrí una compuerta y la luz me dio en el rostro.
Inclinándome, me senté y me eché a llorar,
y las lágrimas corrían por mi rostro.
Miré buscando la costa en la inmensidad del mar.
En cada una de las catorce (regiones)
emergía una región (montañosa).
En el Monte Nisir se detuvo el navío.
El Monte Nisir detuvo el navío
y no le dejaba moverse.
....
[Durante seis días queda sujeto el navío en el Monte Nisir].
Cuando el séptimo día llegó,
envié y di suelta a una paloma.
La paloma se alejó, pero volvió luego;
no encontró lugar donde posarse, y dio vuelta.
Entonces envié y di suelta a una golondrina.

La golondrina se alejó, pero volvió luego;
no encontró lugar donde posarse, y dio vuelta.
Entonces envié y di suelta a un cuervo.
El cuervo se alejó y, viendo que el agua había bajado,
come, vuela en círculo, grazna y no vuelve.
Entonces solté (todo) a los cuatro vientos
y ofrecí un sacrificio.
Derramé una libación en la cumbre del monte,
siete y siete vasos de culto puse,
sobre las mesas de ofrenda amontoné cañas, cedro y mirto.
Los dioses olieron el aroma,
los dioses olieron el suave aroma,
los dioses se arracimaron como moscas en torno al sacrificador.
Tan pronto como llegó la gran diosa [10],
alzó las grandes joyas que Anu hiciera para su gusto:
«Vosotros, dioses, tan cierto como que este lapislázuli
sobre mi cuello nunca olvidaré,
que guardaré memoria de estos días, sin olvidarlos nunca.
Vengan los dioses al sacrificio,
pero que Enlil no acuda al sacrificio,
porque sin razón trajo el diluvio
y entregó mi pueblo a la destrucción».
Tan pronto como llegó Enlil
y vio el navío, Enlil se encolerizó,
se llenó de ira contra los dioses Igigi [11]:
«¿Ha escapado un solo ser vivo?
¡Ningún hombre debía salvarse de la destrucción!».
Ninurta abrió su boca para hablar,
diciendo al valiente Enlil:
«¿Quién sino Ea puede tramar estos planes?
Sólo Ea sabe de este asunto».
Ea abrió su boca para hablar,
diciendo al valiente Enlil:
«Tú, el más sabio de los dioses, tú, héroe,
¿cómo pudiste tú, sin razón, traer el diluvio?
¡Carga al pecador con su pecado,
impón al transgresor su transgresión!
Pero sé piadoso, que no perezca,
sé paciente, que no sea desarraigado!
En vez de traer el diluvio,

[10] Ishtar.
[11] Los dioses celestes.

¡Haber hecho que un león diezmara la humanidad!
En vez de traer el diluvio,
¡Haber hecho que un lobo diezmara la humanidad!
En vez de traer el diluvio,
¡Haber hecho que el hambre asolara la humanidad!
En vez de traer el diluvio,
¡Haber hecho que la peste diezmara la humanidad!
No fui yo el que reveló el secreto de los dioses grandes.
Hice que Atrahasis [12] tuviera un sueño,
y él percibió el secreto de los dioses.
Ahora, pues, ¡deliberad sobre él!».
Subió entonces Enlil a bordo del navío.
Tomándome de la mano me hizo subir a bordo.
Hizo subir a bordo a mi esposa y arrodillarse a mi lado.
Y puesto entre los dos, tocó nuestras frentes para bendecirnos:
«Hasta ahora Utnapishtim sólo ha sido humano.
En adelante Utnapishtim y su esposa serán como nosotros los dioses.
Morará Utnapishtim muy lejos, en la boca de los ríos».
Me tomó entonces y me hizo morar lejos,
en la boca de los ríos.

I. Mendelsohn (ed.), *Religions of the Ancient Near East* (Nueva York 1955) 100-106.

74. UN MITO DEL DILUVIO DE LA INDIA ANTIGUA

(*Shatapatha-Brahmana* I, 8, 1-6)

1. De mañana llevaron agua a Manu para lavarse, del mismo modo que ahora también (acostumbran) llevar (agua) para lavar las manos. Cuando se estaba lavando, cayó en sus manos un pez.
2. Le dijo estas palabras: «¡Críame, y yo te salvaré!». «¿De qué me vas a salvar tú?». «Una inundación hará perecer a todas estas criaturas. De eso es de lo que te voy a salvar». «¿Y cómo te voy a criar?».
3. Le dijo: Mientras somos pequeños, nos amenaza una gran destrucción: los peces devoran a otros peces. Primero me tendrás en una jarra. Cuando ya no quepa en ella, cavarás un pozo y me tendrás en él. Cuando ya no quepa en el pozo, me llevarás al mar, porque entonces ya estaré a salvo de ser destruido».
4. Pronto se convirtió en un *ghasha* (un pez grande), que es el

[12] «Sabio sobre toda medida», epíteto de Utnapishtim.

más grande de todos los peces. Entonces le dijo: «En tal año justo sobrevendrá el diluvio. Me esperarás para entonces construyendo un navío; y cuando suba la inundación, subirás al navío y yo te salvaré».

5. Después de haberlo criado de este modo, lo llevó al mar. Y en el mismo año que el pez le había señalado, estuvo esperando el aviso del pez, mientras construía el navío; y cuando empezó a subir la inundación, subió al navío. El pez nadó hacia él, y ató la maroma del navío a su cuerno, y de este modo pasó velozmente hacia aquellas montañas del norte.

6. Le dijo entonces: «Te he salvado. Asegura el navío a un árbol, pero ten cuidado que el agua no te aísle mientras estás en la montaña. Cuando se retire el agua, podrás descender poco a poco». En consecuencia, fue descendiendo poco a poco, y de ahí que esta (ladera) de la montaña del norte se llame «Descenso de Manu». La inundación hizo desaparecer todas las criaturas, y quedó solo Manu.

J. Eggeling, *Sacred Books of the East* XII (Oxford 1882) 216-218.

TERCERA PARTE

EL HOMBRE Y LO SAGRADO

A. *UNIVERSO SAGRADO, VIDA SAGRADA, TIEMPO SAGRADO*

Uno de los rasgos característicos de las sociedades tradicionales es la oposición que establecen entre el territorio en que viven y el espacio desconocido e indeterminado que lo rodea. El primero es el mundo (más exactamente, «nuestro mundo»), el cosmos; todo lo que queda fuera de él ya no es propiamente un cosmos, sino una especie de «otro mundo», un espacio, extraño, caótico, poblado de espíritus, demonios, «extranjeros» (que se asimilan a los demonios y a los espíritus de los muertos). El mundo es un universo en que se ha manifestado lo sagrado (cf. M. Eliade, «Lo sagrado y lo profano» [Madrid 1967] 26ss).

75. EL UNIVERSO SAGRADO

(dayaks de Borneo)

El texto que reproducimos a continuación describe las ideas religiosas de los dayaks ngajus de Borneo meridional. Concepciones semejantes aparecen en innumerables sociedades tradicionales y arcaicas.

La zona habitada por el pueblo sagrado es la tierra sagrada. Les fue dada por la divinidad, que la formó de los residuos del sol y la luna. Está situada en medio de las aguas primordiales, entre el mundo superior y el mundo inferior, y descansa sobre los lomos de la serpiente de las aguas. La sujetan la cola levantada y la cabeza de la divinidad del mundo inferior. También encontramos el mito de que el mundo está encerrado en el círculo que forma la serpiente de las aguas al morderse su propia cola. De este modo resulta que el mundo está sujeto y rodeado por la divinidad, y que el hombre vive bajo su protección, en paz y bienestar divinos. El hombre vive en la tierra divina y sagrada de Mahatala y Jata. Las montañas de la tierra sagrada llegan hasta el mundo superior. La divinidad desciende a ellas para establecer contactos con los hombres y otorgarles sus dones sagrados. El hombre que vive en la tierra sagrada entra en comunión con las divinidades supremas. Asciende a las montañas sagradas para practicar la mortificación *(batapa);* allí se le acerca Matahala y le contempla. En el silencio de la noche se deja llevar por una pequeña balsa sobre las aguas del río, y la serpiente de las aguas sale y le contempla. La divi-

nidad está en todas partes, y el hombre puede comparecer ante ella en cualquier lugar, porque está en la tierra de la divinidad y bajo su protección, y la divinidad ha creado para él un acceso al mundo superior y al mundo inferior.

El mundo que aquí describimos es la aldea privilegiada de Batu Nindan Tarong, cuyos orígenes se narran en el mito de la creación, y que también se ilustra en las pinturas sagradas. La cabeza y la cola de la serpiente de las aguas se representan normalmente en estas pinturas bajo la forma del árbol de la vida; esta representación tiene un sentido claro, ya que la serpiente y el árbol de la vida son una misma cosa. Los primeros seres humanos vivieron en esta aldea primordial, y allí les nacieron sus tres hijos. Cuando se habla sobre aquellos tiempos o se entonan los cánticos y se recitan las leyendas sagradas, se dice: «En aquellos tiempos, en el principio, cuando nuestros antepasados vivían aún en la boca de la serpiente de las aguas [que está enroscada en torno a la aldea], sucedieron tal y tal cosa», y en esta aldea se instituyeron por vez primera las ceremonias sagradas.

Con excepción de Maharaja Sangen, los tres hermanos no se quedaron en Batu Nindan Tarong. Se marcharon de allí y se establecieron en el mundo superior y en nuestro mundo. Pero el pueblo sagrado tampoco permaneció junto en este mundo. La organización tribal se debilitó, sus miembros se marcharon a otros ríos y se establecieron entre extranjeros, y se fue olvidando la idea de la tierra sagrada. En vez de una comarca tribal, ahora hay una aldea con sus aldeas vecinas río arriba y río abajo. El mundo y la humanidad *(kalunen)* o el hombre como parte de la humanidad son sinónimos, y para ambos se emplea el mismo término, *kalunen.* El mundo se reduce a la tierra sagrada, en la que sólo habita el pueblo sagrado. Los ngajus designan a su mundo (actualmente, su aldea) con varios nombres, por ejemplo, *batu lewu,* aldea familiar; *lewu danumku,* mi aldea y mi río nativos. El nombre usado en los mitos y cánticos es siempre *lewu injam tingang,* la aldea sostenida por la serpiente de las aguas, o es descrita como la aldea en que el cálao gozó de la serpiente del agua. La verdadera aldea nativa de la humanidad no está en este mundo, sino que es Batu Nindan Tarong, y se halla situada en el mundo superior. El hombre mora en este mundo sólo durante un cierto espacio de tiempo, que le es «otorgado», y cuando ese plazo termina y el hombre se hace viejo, retorna para siempre a su lugar de origen. Morir no significa quedar muerto, sino *buli,* volver a casa. Esta idea nada tiene que ver con influencia cristiana alguna, sino que se trata de una antigua concepción dayak que puede percibirse en los re-

latos de los acontecimientos sagrados primordiales y en la forma de pensar conectada con ellos.

El dayak ama el mundo en que ha nacido y en el que se desarrolla. Su aldea es el lugar más grande y bello de todo el mundo, y no lo cambiaría por otro. Cuando tiene que salir de su aldea, se lleva consigo medicinas sagradas que le garantizan su retorno feliz, y si no le es posible retornar nunca en vida, sus cenizas o sus huesos serán llevados allá para que repose definitivamente en tierra sagrada. La descripción de la aldea y del mundo en los mitos y en los cánticos sacerdotales está llena de belleza y fuerza poética. Hay personas ancianas, sobre todo mujeres, que nunca salieron de su aldea, pero no porque les faltara ocasión, sino sencillamente porque no han sentido necesidad de hacerlo. ¿Para qué marchar de la aldea propia? ¿Por qué andar vagando entre extranjeros? La paz, la seguridad, la felicidad y la buena vida se encuentran únicamente en la propia aldea, en el mundo al que se pertenece, donde se tiene asegurada la protección de la divinidad, el mundo rodeado por la materna serpiente de las aguas primordial, donde es posible descansar sobre su cuerpo en el abrazo de su cola y su cabeza.

El amor hacia el propio mundo se expresa en la canción de despedida con que se acompaña al muerto que abandona su aldea definitivamente para entrar en la aldea de los muertos. A su encuentro sale Tempon Telon, y viaja hasta el mundo superior. Su barca se detiene a la entrada. El muerto contempla desde allá arriba por última vez el mundo, y canta en honor de la aldea, su río y de todas las cosas que amó:

«No puedo expresar con propiedad mis sentimientos íntimos
ni me es posible decir lo que llena mi corazón.
He dejado mi aldea sostenida por Cálao, como se tira un plato inútil,
he abandonado el lugar en que viven los cálaos esparcidos por doquier como se desecha un cuenco que no sirve,
y yo mismo soy como una piedra arrojada, que nunca vuelve,
me he vuelto como un terrón que se tira, que ya no regresa».

No hay en estas palabras ningún sentimiento de desesperación; se trata simplemente de la despedida del muerto. Con estas palabras sigue su viaje la barca hacia la verdadera y eterna morada a la que retornan los muertos y en la que serán gozosamente acogidos por los antepasados y por todos los que antes siguieron el mismo camino.

El mundo que surgió sobre la espalda de la serpiente de las aguas y que se halla encerrado en sus anillos es la buena tierra sagrada. Los alrededores de la aldea, es decir, la zona que no abarca el cuerpo de la serpiente de las aguas, es una tierra extraña, temible, espantosa donde ya nadie puede sentirse a gusto, en que nadie está dispuesto a construir una casa, a la que nadie marcha sin antes haber tomado serias precauciones y sin proveerse de hechizos protectores. Las personas que han perecido de muerte desastrosa y los cuerpos de los criminales son enterrados allí, es decir, los individuos que la comunidad o la divinidad han excluido del pueblo sagrado. No reposan en medio del pueblo sagrado, en la tierra sagrada, ni la serpiente los acoge en sus anillos al morir. Por eso son enterrados en tierra extraña. Ni Dios ni los hombres tienen ya nada que ver con ellos, sino que permanecen separados para siempre, son entregados a la soledad y al desamparo, son desterrados en un triste alejamiento. Allí viven juntos los que murieron desastrosamente, es decir, que perdieron la vida de modo no natural, por accidente o a resultas de una enfermedad particularmente temible (lepra, viruela), como castigo por algún crimen o pecado ignorados. La divinidad ha hecho que mueran de «muerte inmadura» *(matei manta)*, los ha señalado con una marca y los ha arrojado para siempre fuera de la comunidad de los vivos y de los antepasados. Esta caterva de las almas desdichadas y desamparadas sigue viviendo la vida de los malos espíritus en el bosque y en los matorrales que rodean el poblado. Desde allí lanzan sus ataques contra los vivos, provocan enfermedades o les causan la muerte...

El propio mundo es el punto central de todos los mundos, el foco de todo el orden cósmico y de la armonía divina. Todo esto puede decirse también de la aldea, que después de debilitarse la organización tribal ha adquirido todos los rasgos propios de la tierra sagrada de que antes hemos hablado. La aldea representa asimismo la totalidad social y cósmica; la aldea posee también la división dual. La parte superior de la aldea, es decir, la situada aguas arriba, *ngayu,* está habitada por el grupo superior, mientras que la parte situada aguas abajo, *ngawa,* es la porción destinada para vivienda del grupo inferior o de los esclavos (cuando los hay).

La tierra sagrada es la tierra de la divinidad. No sólo fue creada y es sustentada por la divinidad, sino que es la divinidad misma y representa la totalidad del mundo superior y del mundo inferior, de Mahatala y Jata. El hombre no vive únicamente en esta tierra divina ni tan sólo en la paz de la divinidad, porque la tierra sagrada es una parte del árbol de la vida, fue creada con los residuos del sol y de la luna, que flanquean el árbol, y que surgió de la

Montaña de Oro y de la Montaña Enjoyada, y este conjunto constituye la divinidad total.

H. Schärer, *Ngaju Religion: The Conception of God among a South Borneo People* (La Haya 1963) 59-62, 65, 66.

76. UNIVERSO SAGRADO Y VIDA SAGRADA

(lenapes)

Los indios delawares (o como ellos mismos se llaman, lenapes) ocupaban una extensa zona de América del Norte oriental, especialmente Ontario, Canadá y Oklahoma. Su ceremonia pública más importante, llamada «ceremonia de la gran casa del Año Nuevo», tenía lugar en otoño, después de las cosechas. Una gran choza rectangular, que simbolizaba el universo, era levantada en un claro del bosque. La erección de la «gran casa» representaba una recreación ritual del mundo y señalaba el comienzo del nuevo año. La fiesta empezaba por la tarde, se encendía el fuego, y los asistentes, llevando sus mejores prendas de vestir, ocupaban los lugares que les correspondían junto a las paredes. El jefe iniciaba la ceremonia con una plegaria al creador como la que se recoge a continuación.

«Te damos gracias porque tantos de nosotros estamos aún vivos, y porque nos disponemos a celebrar nuestras ceremonias con buena fe. Nos disponemos a reunirnos aquí durante doce noches seguidas para orar a Gicelemuʿkaong, que nos ha guiado de este modo a darle culto. Y estos doce rostros de Misiʿng [tallados sobre los postes de la casa] están aquí para vigilar y llevar nuestras plegarias a Gicelemuʿkaong en el cielo empíreo. Si ahora danzamos es para elevar hasta él nuestras plegarias.

Cuando acudimos a esta nuestra casa, estamos alegres, dando gracias porque estamos bien, y por todas las cosas que nos hacen sentirnos bien, que el Creador ha puesto aquí para nuestro uso. Acudimos aquí para pedirle que tenga piedad de nosotros durante el año que viene y que nos conceda cuanto pueda hacernos felices; que tengamos buenas cosechas, que no haya tormentas dañinas ni inundaciones ni terremotos. Sabemos que él nos lo otorga todo a lo largo de la vida, y que nos ha enseñado a rogarle y darle gracias. Estamos agradecidos al este porque todos se sienten bien por la mañana cuando se despiertan y ven la luz brillante que sale por

el este, y cuando el sol se pone por el oeste, nos sentimos bien y contentos de encontrarnos buenos; entonces nos sentimos agradecidos al oeste. Y también damos gracias al norte, porque cuando llegan los vientos fríos nos sentimos contentos de estar vivos para ver cómo caen las hojas. Y al sur, porque cuando sopla el viento sur y todo brota de nuevo en primavera estamos contentos de encontrarnos vivos para ver crecer la hierba y contemplar cómo todo reverdece de nuevo. Damos gracias a los truenos porque son ellos los *manĭtowuk* que traen la lluvia que el Creador les ha encomendado gobernar. Y damos gracias a nuestra madre la tierra, a la que consideramos madre porque la tierra nos sustenta y nos da cuanto necesitamos. Cuando comemos y bebemos y miramos a nuestro alrededor, nos damos cuenta de que es Gicelemuʿkaong el que así nos hace sentirnos bien. Le rezaremos por ello todas las mañanas.

El hombre tiene un espíritu, y el cuerpo parece como una cubierta para este espíritu. Por eso deben cuidar todos de su espíritu, para ganar el cielo y ser admitidos en la morada de su Creador. Se nos da un cierto espacio de tiempo para vivir en la tierra, y luego debe partir nuestro espíritu. Cuando a uno le llega el momento de abandonar esta tierra, tiene que ir a Gicelemuʿkaong, y se siente feliz en su camino. Todos tenemos que pedirle que estemos preparados para los días por venir, de modo que después de abandonar la tierra podamos permanecer junto a él.

Todos tenemos que dirigir nuestros pensamientos a ese encuentro, para que Gicelemuʿkaong vele por nosotros y nos conceda lo que le pedimos. Venid todos a rezar aquí; todos tenéis que permanecer junto a él durante toda la vida. No penséis nada malo; esforzaos siempre por pensar en lo bueno que él nos ha dado.

Cuando lleguemos a ese lugar, no tendremos que hacer nada ni preocuparnos de nada, sino llevar una vida feliz. Sabemos que muchos de nuestros padres dejaron esta tierra y viven ahora en aquel lugar feliz en la tierra de los espíritus. Cuando lleguemos nosotros allá, veremos a nuestros padres, madres, hijos y hermanas. Y si nos preparamos para ir adonde están nuestros padres y nuestros hijos, seremos felices.

Allí todo es más hermoso que aquí, todo es nuevo, y es muy hermoso cuanto hay allí, las aguas, los frutos y todo lo demás.

Allí no brilla el sol, sino que hay una luz más resplandeciente que la del sol, y el Creador la hace resplandecer mucho más con su poder. Todos los que aquí mueren, viejos o jóvenes, serán allí de la misma edad, y los que sufrieron heridas, los que resultaron lisiados o ciegos quedarán tan bien como los demás. Todo lo que

hagáis por ellos tendrá su premio. Todo lo que hagáis por quien quiera que sea, se os tendrá en cuenta allí. Siempre que pensemos como Gicelemuʿkaong nos ha enseñado a pensar, nos hará bien».

M. R. Harrington, *Religion and Ceremonies of the Lenape* (Nueva York 1921) 87-92.

77. EL SIMBOLISMO COSMICO DEL LUGAR DEL CULTO

(delawares)

La gran casa significa el universo. Su piso es la tierra; sus cuatro paredes aluden a los cuatro puntos cardinales; su techumbre es la bóveda celeste sobre la que reside el Creador en su inefable soberanía. Por decirlo con la expresión de los mismos delawares, la gran casa es el universo, y su poste central es el bastón del Gran Espíritu, con su pie sobre la tierra y su extremo superior que llega hasta la mano de la divinidad suprema. El piso de la gran casa es la superficie de la tierra sobre la que se asientan las tres divisiones agrupadas de la humanidad, los grupos sociales humanos en sus lugares adecuados; la puerta que mira al este es el punto que marca la salida del sol, donde comienza el día, pero al mismo tiempo es símbolo de la terminación. Las paredes que dan al norte y al sur significan los respectivos horizontes; el techado del templo es la bóveda celeste visible. La tierra que está debajo del piso es el mundo inferior, mientras que por encima del techado se escalonan los doce niveles que hay hasta la morada del «Gran Espíritu, el Creador», como dice la expresión de los delawares. Podemos hablar de los rostros esculpidos sobre los postes... Las representaciones que aparecen sobre el poste central son los símbolos visibles del poder supremo. Las de los postes derechos, las tres de la pared norte y las otras tres de la pared sur representan a los manitúes de las zonas respectivas; las de los postes de las puertas del este y del oeste son los manitúes de las zonas respectivas... Pero la más pregnante de todas las alegorías ha de verse en la idea del «sendero blanco», símbolo del paso por la vida, que se plasma en el sendero de la danza marcado sobre el piso de la gran casa, formando una figura oval de tierra apisonada; empieza en la puerta este, gira a la derecha hacia el norte y, pasado el segundo fuego, avanza hacia la puerta oeste, para dirigirse hacia el costado sur del edificio, girando en torno al fuego del este, para enlazar con el mismo punto en que se inició. Este es el camino de la vida que sigue el hombre hacia la puerta del oeste, en que todo

termina. Simboliza, a mi modo de ver, la Vía Láctea, por donde pasan las almas después de la muerte en su viaje hacia el mundo de los espíritus. Cuando los que toman parte en la danza ritual de la gran casa van recorriendo ordenadamente el «sendero blanco», se dice que «van avanzando a lo largo de algo», es decir, el curso de la existencia, con sus pasos rítmicos. En esta ceremonia se representa simbólicamente no sólo el paso de la vida, sino también el viaje del alma después de la muerte.

F. G. Speck, *A Study of the Delaware Indians Big House Ceremony* (Harrisburg 1931) 22-23.

78. EL CICLO DE LA VIDA

(aborígenes australianos)

Para los aborígenes, la vida es un ciclo, aunque no se atreven a decir si es continuo o no. El hombre, que fue encontrado por su padre en una experiencia espiritual, es concebido luego por su madre, y de este modo entra en la vida profana. Pero pocos años más tarde, a través de la puerta de la iniciación, penetra de nuevo parcialmente en el tiempo sagrado del sueño o mundo celeste que abandonó temporalmente. Después de adentrarse en él cada vez un poco más, en la medida en que lo permiten las exigencias de la vida profana, muere, y a través de otra puerta, el rito funerario de transición, retorna por completo a su sagrado estado de espíritu en el cielo, la mansión espiritual o centro totémico, quizá para repetir otra vez el mismo ciclo o quizá para permanecer allí indefinidamente. En el caso de las mujeres, no existe la parte central del ciclo, excepto en la medida en que son el medio de que los espíritus preexistentes se encarnen.

Hay ciertos símbolos interesantes de este retorno a la existencia espiritual. En Australia noroccidental, el espíritu de cada individuo llega al mundo por un estanque asociado al espíritu de la fecundidad de la vida; la iniciación le hace consciente del origen de su vida, y después de las ceremonias funerarias que seguirán a la muerte, sus huesos serán depositados en un lugar próximo. En algunas zonas desérticas se acostumbra hacer una trenza con el cabello del muerto, que contiene parte de su espíritu, y que se deposita finalmente en la caverna o en el estanque de la serpiente mítica, de donde el espíritu había salido para encarnarse. En la Tierra de Arnhem noroccidental, los huesos son finalmente depositados en un ataúd totémico, de modo que se identifican con el tótem, es

decir, con la fuente de toda vida en el hombre y en la naturaleza. Finalmente, en algunas zonas de Australia oriental, el muchacho pasa, a través de la iniciación, al mundo celeste simbolizado en el terreno de las iniciaciones por las marcas de los árboles, y cuando muere, también el lugar en que es enterrado queda marcado del mismo modo para simbolizar el mundo celeste del que se cree que procede toda vida, al que con la muerte ha retornado.

A. P. Elkin, *The Australian Aborigines* (Garden City, N. Y. [3]1964) 336-337.

Cf. también n.º 86.

79. EL SENTIDO DE LA EXISTENCIA HUMANA

(aborígenes australianos)

Casi nunca caemos en la cuenta del poco sentido que tiene nuestro modo de vivir a los ojos de los aborígenes, incluso si se trata de los que pueden considerarse civilizados a todos los efectos. Puedo hablar de algunas zonas en que han permanecido en contacto con nosotros durante sesenta años, en que a lo largo de seis meses cada año, lo que dura la estación seca del norte, desempeñan un papel muy importante en la vida de nuestra región, sobre todo en las granjas. Durante esta temporada visten como nosotros, se afeitan y se lavan, gustan de nuestras comidas y parecen perfectamente presentables. Pero cuando finalizan esos meses, reciben la pequeña parte de su salario que se les permite gastar libremente, compran algunos objetos menudos (muchas veces a un precio exorbitante), casi siempre de un tipo que nosotros consideraríamos ridículo para un ser adulto, y marchan luego con sus familias al desierto, quitándose la ropa y todo cuanto pertenece a nuestra civilización. Se pintan, se instalan en sus campamentos, cazan, celebran sus asambleas y toman parte en las ceremonias secretas, y ello muchas veces a pesar de que su vida social se ha visto degradada y desmoralizada por el contacto con los blancos durante los últimos cincuenta años aproximadamente. Nosotros, por supuesto, podemos pensar que su conducta, al regresar a la vida del desierto cada año, es cosa ininteligible y que supone una falta de apreciación hacia una forma superior de vida a la que tan fácilmente se adaptan durante seis meses al año. Pero hemos de recordar dos cosas. En primer lugar, la única parte de nuestra vida con la que se familiarizan estos nativos temporeros son sus aspectos

económicos y materiales, y por este camino no adquieren la impresión de que nuestro modo de vivir sea más valioso que el suyo; reviste, ciertamente, algún interés para ellos, sobre todo porque les ofrece la oportunidad de darnos una satisfacción y conseguir a cambio unos pocos objetos materiales que ellos encuentran útiles o fascinantes. En segundo lugar, nuestra vida económica no es su vida; es únicamente un medio externo, un instrumento que les permite hacer algo que para ellos resulta conveniente, pero que nada tiene que ver con su vida, hecha de ritos y creencias. El tiempo que pasan en el desierto, con sus pinturas, sus cacerías y sus ceremonias es su verdadera vida, que para ellos tiene perfecto sentido. Lo que allí hacen es para ellos solos; mediante sus ritos entran en contacto con los antepasados y los héroes antiguos, viven comunitariamente y adquieren esperanza para el futuro.

Esto nos ayuda a entender que los jóvenes se sientan atraídos por la iniciación y la vida secreta a pesar de los atractivos e influencias contrarias que despliegan los misioneros y otros agentes de la civilización. Pero este hecho significa al mismo tiempo que se sienten arrastrados en dos direcciones distintas que parecen incompatibles. ¿Cuál es el resultado? Hay dos alternativas. El misionero o el agente civilizador pueden poner término a la iniciación y a otros ritos secretos o pueden adquirir tal ascendiente sobre la nueva generación que obligue a los ancianos a hacer de la iniciación una mera formalidad, pero sin dar acceso a la plena vida secreta de la tribu. Esto implica una ruptura de la autoridad tribal y una pérdida del conocimiento y del respeto a los ideales, sentimientos y sanciones que son esenciales para la cohesión tribal. Y en Australia esto significa y produce al mismo tiempo la extinción de la tribu. La otra alternativa es, al menos durante algún tiempo, el fracaso del misionero o de los otros agentes de la civilización. Ganan la partida los ancianos y el atractivo de la vida secreta. Puede ocurrir que el misionero ni siquiera llegue a enterarse de lo que ocurre, porque se conforma con la aceptación externa de sus doctrinas y de sus exigencias. No puede ser de otro modo cuando no está familiarizado con el lenguaje y las costumbres de la tribu. Pero el hecho es que lenta y firmemente, paso a paso, el muchacho avanza por el sendero secreto, y en su corazón se siente cada día más lejos de las doctrinas y de las ideas sobre la vida que trata de inculcarle el hombre blanco. Vedle por la mañana desempeñando su trabajo en la granja, en los terrenos de la misión o en la iglesia. Pero vedle también al atardecer sumido por completo en la celebración de un rito secreto o escuchando la recitación de los mitos sagrados por los ancianos, quizá a sólo un kilómetro de la misión o la granja,

pero con sus pensamientos a distancia de siglos. Vedle allí y entenderéis dónde encuentra él sentido a su vida, sanción a su conducta y esperanza para el futuro. Y a menos que se interrumpa la vida de su tribu, más pronto o más tarde empleará la mayor parte de su tiempo recorriendo los senderos y lugares santificados por las correrías y hazañas de los antiguos héroes, celebrando los ritos de que depende la vida de la tribu y de la naturaleza.

¿En qué consiste, pues, la vida secreta de los aborígenes? Es una vida distinta, una vida ritual y mitológica, una vida llena de ceremonias y objetos sagrados. Es la vida que permite al hombre situarse en la vida y en la naturaleza, entrar en contacto con las cosas invisibles del mundo del pasado, del presente y del futuro. Una y otra vez contemplamos cómo una tribu o un grupo de tribus se apartan de pronto de la vida y el trabajo cotidianos. Se dispone un campamento secundario en que permanecen las mujeres, a menos que alguna de ellas sea llamada a desempeñar un papel auxiliar en la ceremonia. Los hombres se alejan entonces dos o más kilómetros en busca de un lugar secreto en el que pasarán varias horas o quizá días, semanas y aun meses, cantando y celebrando sus ritos, comiendo y durmiendo muchas veces en aquel mismo lugar. Cuando más tarde retornan al mundo de los negocios seculares, vuelven renovados de mente y espíritu. Se sienten entonces capaces de hacer frente a las vicisitudes de la vida diaria con nuevo valor y con una fortaleza que les ha conferido la participación común en los ritos, con una valoración renovada de sus ideales sociales y morales, de su estilo de vida, con la seguridad de que el hecho de haber celebrado debidamente los ritos sagrados les servirá para que todo les vaya bien personalmente y en sus relaciones con aquella parte de la naturaleza con la que tan íntimamente está unida su vida.

A. P. Elkin, *The Australian Aborigines* (Garden City, N. Y. [3]1964) 168-171.

80. LAS FASES DE LA VIDA SAGRADA

(dayaks ngajus de Borneo del Sur)

La vida no se entiende como un proceso que discurre suavemente, sino que se divide en varias etapas. Hay vida y muerte, aparecer y desaparecer, y en esta alternancia el hombre está retornando constantemente al período primordial, convertido de este modo en objeto de la intervención divina creadora que le

permite iniciar una etapa nueva en la vida como hombre renovado, hasta que llega a la condición suprema de hombre perfecto y auténtico, ciertamente, hasta que por etapas llega a una situación en que no sólo se asemeja a la divinidad, sino que se diviniza. Todos los ritos de transición, tales como los relacionados con el nacimiento, la iniciación, el matrimonio y los funerales, se corresponden unos a otros muy estrictamente, en el sentido de que en cada una de estas ocasiones se repite el drama de la creación primordial. El hombre muere y retorna a la divinidad total y al árbol de la vida; la divinidad repite entonces la creación y el hombre surge nuevamente del árbol de la vida como una nueva criatura...

Matrimonio. La ceremonia del matrimonio, que con todos sus ritos dura mucho tiempo, está dirigida por los ancianos, que de tiempo en tiempo dicen a la pareja lo que tiene que hacer. La novia tiene que palpar el árbol de la vida con la mano derecha y el índice levantado. Luego el novio toca al mismo tiempo el índice de su novia y el árbol de la vida con la mano derecha y el índice levantado...

¿Qué significa realmente esta ceremonia? Por lo que ya llevamos dicho se advierte que todo ello tiene un profundo significado, y que se relaciona de algún modo con las ideas acerca de Dios y la creación. No se trata simplemente de un acontecimiento social; tampoco se orienta únicamente a unir a la pareja, sino que es una de las más importantes acciones religiosas. Casarse significa iniciar una nueva etapa de la vida sagrada. Significa que algo viejo queda irrevocablemente atrás y que sucede algo nuevo, es muerte y vida, tránsito y comienzo del ser. Es un acontecimiento del mismo orden que el nacimiento, la iniciación o la muerte. La joven pareja muere. Se sufre la muerte a través de un representante, es decir, una cabeza cobrada en una expedición guerrera o cortada a un esclavo sacrificado, en cuyo cuerpo se ha hundido la lanza, es decir, un brote del árbol de la vida. Según las antiguas noticias recogidas por Schwaner, ocurría a veces que la joven pareja era conducida hasta el río, con cuyas aguas se mezclaba la sangre de un esclavo sacrificado, y era sumergida en ellas. La inmersión en el río significa la muerte, que además era experimentada por delegación en la persona del esclavo. Hoy se utiliza como sustitutivo un coco... De este modo se hace que la pareja retorne al mítico tiempo primordial. Regresan al árbol de la vida. Este retorno queda indicado cuando la pareja palpa el árbol. Palpar el árbol significa volver, formar con él una misma cosa. En

el rito actualiza la divinidad una nueva creación, y aunque la pareja se retire del árbol y vuelva a la vida, gracias al rito empezará una nueva existencia en un mundo nuevo, en un nuevo estado, en una nueva vida. La ceremonia nupcial es una actualización del acto creador por el que comenzó a existir la primera pareja humana brotada del árbol de la vida. La pareja de novios es la primera pareja humana, y en su unión marital, con sus funciones, sus derechos y sus deberes, son la divinidad total... El matrimonio contraído ritualmente es monógamo de por sí, como lo fue el de la primera pareja de los antepasados. Pero ¿qué es un matrimonio conforme a los mandatos divinos? Con el matrimonio se produce la unión de los cuerpos, el trato carnal, la procreación de los hijos. Y cuando estas consecuencias no se cumplen, el matrimonio no tiene semejanza alguna con el árbol de la vida del que proceden los hijos, es como un árbol seco, no hay tal matrimonio. Y un matrimonio que no es tal matrimonio puede disolverse (de acuerdo con las leyes) o puede tomarse una segunda esposa además de la primera sin que ello suponga culpa alguna contra *hadat*[1], como lo sería el hecho de repudiar a una esposa simplemente porque ha envejecido o porque el marido se ha enamorado de otra más joven o porque quiera poseer más de dos esposas. También en este sentido puede decirse que hay una concepción muy elevada del matrimonio. El reparto del trabajo entre el hombre y la mujer, así como los deberes y derechos mutuos, y las normas por las que todo ello se rige son de un nivel notablemente elevado. La mujer dayak está protegida por las leyes en muchos sentidos mejor que sus hermanas europeas.

Nacimiento. No nos detendremos ahora a describir todas las ceremonias que preceden, acompañan y siguen al nacimiento. Nos limitaremos únicamente a preguntarnos qué significan en relación con la idea de Dios. El tiempo que dura el embarazo se considera sagrado. Se multiplican los *pali*[2], en relación no sólo con la futura madre, sino también con el futuro padre; en todas estas prescripciones se evidencia la inquebrantable unidad religiosa y orgánica del hombre y la mujer. Ambos constituyen la divinidad total y son el árbol de la vida, en su conjunción y en la llegada de una nueva vida, que es un fruto del árbol de la vida. Todo lo que suponga ruptura de esta unidad, toda transgresión de los *pali* que protegen esta unidad como un cerco defensivo provoca la destrucción del árbol de la vida y la ruina de su fruto. El niño

[1] Ley, costumbre, norma consuetudinaria.
[2] Tabú.

procede del árbol de la vida... Esta unidad y totalidad no persiste únicamente durante el embarazo, sino también en el parto, y dura hasta cuarenta días después del mismo.

Iniciación. Los dos ritos que acabamos de describir tienen carácter iniciático, pues entrañan el paso de una a otra etapa de la vida sagrada. Pero con ellos no se agota el número de las ceremonias sagradas. Hay también el baño ritual del niño, que tiene lugar en un río o en la casa, pocos días o semanas después de su nacimiento. El niño es llevado al centro de la corriente en una barca cuya forma recuerda a la serpiente de las aguas, espléndidamente adornada con telas y gallardetes, y en aquel punto, que señala la entrada al mundo inferior, es sumergido. El significado de este rito está claro. La comunidad total retorna en la divinidad (la barca) al mundo inferior y entrega el niño a la divinidad, que confiere a éste una nueva vida para que regrese al mundo como un nuevo ser humano. Aunque todo esto tiene que ver primariamente con Jata [3], también la divinidad del mundo superior interviene de algún modo en el baño ritual. Antes de que se inicie el rito, el sacerdote invoca a las dos divinidades supremas y les ruega que abran las fuentes del agua de la vida y que fluya por el río, de forma que el niño se sumerja en el agua de la vida que brota del mundo superior y del mundo inferior. El agua del río de nada serviría, y todo el rito resultaría vano de no estar confirmado y consagrado por el consentimiento, la presencia, el agua de la vida y la intervención de la misma divinidad. El baño sagrado significa aquí (cuando y donde se ejecute) un retorno a la divinidad y una renovación de la vida en y por la divinidad.

Otros ritos de iniciación consisten en que el niño ponga pie en tierra o en que toque un árbol frutal por primera vez, etc.

Las verdaderas ceremonias de iniciación, que se celebran cuando llega el final de la pubertad y poco después, se consideran muy importantes. Antiguamente, los jóvenes pasaban las noches de este período en el *balai* (casa de reuniones y de huéspedes), no en sus viviendas familiares. Allí permanecían bajo la vigilancia de un anciano, responsable de instruirles en los derechos y deberes de los adultos, en cuyo número habrían de contarse dentro de poco tiempo. Durante ese tiempo iban conociendo las leyes, los secretos de la caza de cabezas y de la guerra, las tareas masculinas, los juegos y danzas guerreras. También se afilaban entonces sus dientes (cosa que también se hacía con las muchachas) y se

[3] La divinidad del mundo inferior o de las aguas primordiales.

circuncidaban a sí mismos en secreto. Apenas sabemos nada sobre el significado de estas dos acciones. No puede mantenerse la interpretación animista y dinamista; probablemente hemos de considerarlas, al menos en parte, como un autosacrificio relacionado con la renovación total del hombre, ya que no son dos acciones aisladas, sino que forman todo un conjunto unitario con todas las demás. Un muchacho se convierte en miembro pleno de la comunidad al pasar por los ritos de iniciación, al tomar parte por vez primera en los sacrificios humanos y en la caza de cabezas, así como por la adquisición de ciertas posesiones costosas pertenecientes al *pusaka* (jarros sagrados, gongos, armas...).

Las niñas que se iban acercando a la pubertad eran encerradas antiguamente *(bakowo)*, a veces durante dos o tres años, en una estancia aparte, situada encima o al lado de la que servía de dormitorio a sus padres. Esta estancia *(kowo)* se identifica con el *rahan* mencionado en los mitos y representado en los mapas de los sacerdotes, y significaba las aguas primordiales. Todos los ritos relacionados con este período nos indican que la muchacha era transferida al mundo inferior. Allí permanecería durante algún tiempo, al cabo del cual asumía la condición de serpiente de las aguas. Las ceremonias con que finalizaba el período de *kowo* eran una ocasión en que se hallaba representada toda la comunidad. Las gentes acudían de las aldeas vecinas, y todos los participantes demolían ritualmente la estancia. La muchacha era llevada a continuación hasta el río para que tomara un baño ritual. Después de éste, volvía del mundo inferior a la tierra. Como persona nueva empezaba una vida renovada en calidad de miembro pleno, religiosa y socialmente, de la comunidad. Durante el período del *kowo* era costumbre que la muchacha estuviera bajo la vigilancia de una anciana y respetable esclava que la instruía en los derechos, deberes y tareas propias de una mujer. Hay muchos mitos relacionados con el *bakowo* en la literatura dayak, en que se nos dice que después de la destrucción de todo el cosmos (que usualmente se atribuye a un pecado de los humanos); sólo una doncella siguió viva, encerrada en un árbol alto o en una roca. Era posible comunicarse con ella a través de una pequeña hendidura, pero no se la podía ver. Se le entregaron los materiales necesarios para ejecutar diversos trabajos, tales como tejer telas o hacer labores de cestería, y pasado algún tiempo ella devolvía los objetos bellamente fabricados. No se puede tocar a la muchacha durante el período del *bakowo*. Con ello se provocaría no sólo su muerte, pues quedaría para siempre en el mundo inferior, sino también la ruina de todo el cosmos; esta catástrofe sólo podría evitarse

mediante sacrificios humanos. De esto se habla también claramente en los mitos. Habitualmente hay un joven que se abrasa de amor por la muchacha prisionera. Tratará de liberarla del árbol o de la roca, y al no conseguirlo, desesperado, arranca el brazo de su enamorada. Cuando tal cosa sucede, la hendidura se cierra para siempre y desaparece la muchacha. El período de *kowo* es sagrado. La muchacha vive con la divinidad. No está ni en este mundo ni en el tiempo presente, sino en las aguas y en el tiempo primordiales, y en ella se realizan las actividades benéficas y creadoras de aquel tiempo, que nada puede perturbar o echar a perder, pues ello significaría interferir en el otro mundo, cosa que el juez divino, vengador y airado, castigaría con la destrucción del cosmos. Tan pronto como termina el período de *kowo,* la muchacha vuelve a estar sometida a las leyes de este mundo...

Muerte. El paso más importante, la etapa final de la vida humana, es la muerte, que no significa la extinción de la vida, sino un retorno al mundo divino para sumirse de nuevo en la unidad social y divina de los míticos tiempos primordiales. La muerte es el paso a una nueva existencia, el tránsito a una vida nueva y verdadera. Es, por consiguiente, un acontecimiento del mismo orden que el nacimiento, la iniciación o el matrimonio, y no sólo es la más importante de todas estas etapas de la vida, sino que recibe la más rica y completa expresión ceremonial, porque en ésta tienen su culminación y su final decisivo todas las demás.

El difunto ha sido separado del tiempo secular y de las leyes de este mundo, para ser devuelto a la antigüedad mítica. Así lo hacen ver los ritos practicados con ocasión de la muerte y la preparación del ataúd, que tiene la forma de una barca. Pero en realidad no se trata primariamente de una barca, ni su fin es ante todo servir para el viaje del difunto a la aldea de los muertos a través del lago y por el río. Con esto no se explica su forma. El ataúd es no sólo una barca, sino también el cálao o la serpiente de las aguas. El ataúd-cálao es para las mujeres, y el ataúd-serpiente de las aguas, para los hombres. Los costados del ataúd están decorados con una liana tallada o pintada, que representa el árbol de la vida y de él recibe su nombre. Todo el ataúd está pintado de puntos de color, que representan oro y joyas, y que reciben nombre de la Montaña de Oro o de la Montaña Enjoyada de la antigüedad mítica. El ataúd va provisto además de emblemas totémicos: telas en el caso de las mujeres, cervatana y espada para los hombres.

¿Qué significa el ataúd? Es una barca, es el árbol de la vida, la divinidad y la montaña mítica. Podríamos decir que es una representación material del mito de la creación. Ambos ataúdes se identifican con las dos barcas sobre las que iba la primera pareja humana cuando navegó por las aguas de la vida. Llevan además los nombres de aquellas dos barcas (*banama hintan* y *banama bulau*). Por otra parte, se identifican con el árbol de la vida (la liana), pues en él tuvieron su origen y, en consecuencia, son el mismo árbol. Son también la divinidad, pues la divinidad total es realmente el árbol de la vida. Finalmente, se identifican con las dos montañas primordiales, pues de su contacto trae su origen el tocado de Mahatala, del que surgió el árbol de la vida. El ataúd viene a ser, por consiguiente, la totalidad cósmico-divina de los tiempos primordiales, y esta totalidad está estrechamente relacionada, lógica y teológicamente, con el mito de la creación. Los muertos retornan a la divinidad total y a la salvación de los tiempos primordiales, y se sumen en ambas a la vez.

Los ataúdes, así como muchos de los ritos, nos muestran que los muertos se distribuyen en dos categorías, una asociada al mundo superior y otra al mundo inferior. Esta dicotomía, sin embargo, no puede reducirse a mera cuestión de sexos, como ya hemos visto, sino que se relaciona con la dicotomía divina y social. No podemos hablar simplemente, en consecuencia, de ataúd masculino y ataúd femenino, pues ambos tipos de ataúd han tenido que pertenecer antes a los dos grupos, de los que uno estaba relacionado con el mundo superior, y por ello utiliza el ataúd-cálao, mientras que el otro se relacionaba con el mundo inferior, por lo que le correspondía el ataúd-serpiente de las aguas...

A pesar de esta dicotomía, que además influye mucho en la forma de tratar al difunto durante las ceremonias mortuorias, hoy se insiste sobre todo en la idea de la unidad. El muerto retorna a la mítica antigüedad primordial, a la divinidad total y a la aldea primigenia, Batu Nindan Tarong. Al acceder al tiempo primordial retorna también al árbol de la vida, a la divinidad, que cumplirá en él un nuevo acto de creación. El muerto se convierte en el primer hombre que flotaba sobre las aguas, que viene a ser precisamente la misma divinidad, hasta que llega a la aldea de los muertos, donde se unirá a sus antepasados para siempre. El hombre brotó de la divinidad. La divinidad le ha guiado a través de las diversas etapas de la vida hasta la muerte, hasta su retorno a la misma divinidad, cuando recibe una nueva vida y una nueva

existencia en el mundo superior, del que partió un día y del que ya nunca volverá a apartarse.

H. Schärer, *Ngaju Religion: The Conception of God among a South Borneo People* (La Haya 1963) 81-94.

81. LA ERA SAGRADA

(dayaks ngayus de Borneo del Sur)

La era sagrada de este mundo, creada y otorgada por la divinidad, tiene un comienzo y un final. El comienzo fue la creación, el final llegará con el paso del tiempo. Estrictamente hablando, esta era dura tan sólo un año. El comienzo tiene lugar con la aparición del *patendo* (la constelación de Orión) y con el inicio de las labores en los campos. El curso del año viene determinado por las diversas faenas en los bancales de arroz, que se inician hacia la segunda mitad del mes de mayo. En este momento, los hombres, bajo la dirección de los notables de la aldea, buscan lugares aptos en los bosques para plantar sus bancales. Cada familia se encarga del suyo, y señala como posesión propia el terreno desbrozado. Se cortan los matorrales y las lianas y se talan los grandes árboles. Desde mediados de agosto hasta mediados de septiembre, los árboles talados, que entre tanto se han secado, se queman y luego se abona la tierra con las cenizas. El arroz se planta entre mediados de septiembre y mediados de octubre. La cosecha se recoge de febrero a marzo. Durante el año sagrado, la vida, el trabajo y el reparto de las faenas entre hombres y mujeres quedan bajo las divinas normas reguladoras. Todo se realiza conforme a la voluntad de la divinidad total.

Las tareas más duras del campo —talar árboles, quemarlos, abrir surcos y construir las chozas en los campos— son realizadas por los hombres. Las mujeres toman parte con los hombres en la sementera y la recolección. Las mujeres solas se encargan de vigilar los campos contra las depredaciones de ciertos animales (monos, ciervos, jabalíes) y de la escarda. Durante este tiempo, los hombres emprenden expediciones comerciales o buscan productos del bosque.

No está permitido alterar durante el año sagrado el orden de los trabajos. La comunidad entera constituye una unidad, y el quebrantamiento arbitrario e intencionado de esta unidad sería

causa de daño no sólo para los culpables, sino para la futura cosecha.

El año sagrado (y con él la era cósmica) finaliza con las cosechas. Los dos o tres meses que transcurren entre éstas y la reanudación de las faenas agrícolas se llaman *helat nyelo,* el tiempo entre años. Durante este intervalo se celebra a lo largo de varias semanas la fiesta de las cosechas o del Año Nuevo. Pero las ceremonias que entonces tienen lugar demuestran que su significado es mucho más profundo. No es simplemente que se ha recogido una cosecha o que ha transcurrido otro año. Hay algo más, y es que ha finalizado toda una era del mundo, que ha terminado un período de creación, y que el pueblo no sólo retorna de los campos a la aldea, sino que a la vez vuelve al tiempo primordial de los mitos y al comienzo de todas las cosas. Las gentes retornan al árbol de la vida y a la totalidad divina, en la que viven y actúan de nuevo. Así se evidencia en el hecho de que se suspenden todas las regulaciones seculares y en el sometimiento a los preceptos de la antigüedad mítica y de la divinidad total-ambivalente.

Hemos de prestar atención especial a este período de *helat nyelo.* Como ya hemos dicho, es la época del año en que todos los que permanecían en los campos retornan a la aldea. Es entonces cuando se reúnen todos los representantes de la comunidad, cuando los habitantes de las aldeas diseminadas en una zona determinada (que son el equivalente de la antigua unidad de toda la tribu) celebran juntos las fiestas, ejecutan los ritos, compiten en juegos deportivos y organizan expediciones de caza y pesca, para lo cual decoran sus lanzas y todo su equipo con adornos rituales (las lanzas con flecos o cintas entretejidas, el equipo de pesca con colores de significación cósmica). Esta costumbre demuestra la importancia que se atribuye a la totalidad en su alcance cósmico-divino. Es una época sublime y gozosa, en la que se ofrecen los mayores sacrificios, en que, una vez consumida la era universal (el año viejo), se renueva la creación y se rejuvenece todo el cosmos. Es el tiempo en que Jata [1] emerge de las aguas primordiales, en que Mahatala [2] desciende de la montaña primordial, en que ambos se unen, personalmente y en sus emblemas totémicos, en el árbol de la vida, del que brota la nueva creación. (La erección de un árbol de la vida es la acción más importante de toda la ceremonia). Es el tiempo de caducar y resurgir, de la totalidad cósmico-divina y social. Se disuelven la vida y las leyes,

[1] La deidad del mundo inferior, las aguas primordiales.
[2] La deidad del mundo superior.

porque pasa lo viejo y empieza a existir lo nuevo. No hay en todo ello ningún desorden (aunque a nosotros pueda parecernos que lo hay), sino un nuevo orden. Durante este período se realiza un retorno a la unidad y totalidad cósmico-divina, social y sexual. El pueblo vive y actúa en la divinidad total-ambivalente y en el árbol de la vida. Todos constituyen en esos momentos la divinidad ambivalente y el árbol de la vida también ambivalente, y así permanecen hasta que es renovada la creación, hasta que es hecho de nuevo el mundo, hasta que los grupos se separan del árbol de la vida y hasta la reinstauración de todo el orden secular, cósmico-divino y social. Cuando la fiesta llega a su punto culminante se produce el intercambio sexual entre los participantes. Este trato carnal masivo y total no es adulterino ni contrario a *hadat* [3], ni quebranta o destruye el orden cósmico-divino, sino que es la unión del mundo superior y el mundo inferior, Mahatala y Jata, en una totalidad y unidad personales y sexuales. Todo ello sucede de acuerdo con los mandatos de la divinidad total-ambivalente, y quienes lo realizan son en esta misma acción la divinidad total. Calificar estos actos de desorden o libertinaje, interpretarlos como supervivencia de una promiscuidad anterior es tanto como considerarlos con una mirada europea y desde un punto de vista europeo. Todo ello ocurre estrictamente de acuerdo con las leyes que rigen el período «entre los años», y ha de entenderse en relación con las ideas acerca de Dios y el mito de la creación. Ahí está su fundamento y su significado religioso.

H. Schärer, *Ngaju Religion: The Conception of God among a South Borneo People* (La Haya 1963) 94-97.

82. LA CAZA COMO OCUPACION SAGRADA

(indios naskapis de la Península del Labrador)

Para los naskapis de las montañas, que forman un pueblo de cazadores cuyo nivel de vida se sitúa en la mera subsistencia, los animales del bosque, la tundra y las aguas marinas y del interior están unidos por una relación específica. A todos ellos se refieren ciertas actividades mágico-religiosas que tienen por objeto asegurar su renovación. Para aquellas gentes, la caza es una ocupación sagrada. Los animales llevan una existencia semejante a la del

[3] Ley, costumbre, conducta recta.

hombre en lo que se refiere a las emociones y a la lucha por la vida. La diferencia que hay entre hombres y animales, a su entender, consiste esencialmente en la forma externa. En el principio del mundo, antes de que fueran hechos los seres humanos, existían ya todos los animales agrupados en «tribus» según sus especies, y podían hablar como los hombres y se resguardaban con el mismo tipo de protección. Cuando el hechicero se dirige a los animales, en sentido espiritual, en sus cánticos o cuando usa el tambor, se sirve de una expresión que, traducida libremente, viene a significar: «Tú y yo llevamos la misma protección y tenemos la misma alma y la misma fuerza espiritual». Esta sentencia se explica en el sentido no de que el hombre tenga piel o el animal lleve vestidos, sino referida a que son iguales en lo espiritual, que abarca o eclipsa lo meramente físico.

No se aprecian cambios en las doctrinas de estos nativos desde que fueron recogidas en el siglo XVII por los misioneros franceses. «Creen que muchas especies de animales poseen alma inteligente. Entre ellos se dan supersticiones relativas a que no se deben profanar determinados huesos de alce, castor y otros animales, ni permiten que los perros los roan. Los guardan cuidadosamente o los arrojan a los ríos. Pretenden que estos animales vienen para observar cómo son tratados sus huesos, y que van a relatar a los animales vivos y a los que ya murieron cómo se tratan sus cuerpos, de forma que si no están conformes con el trato recibido, los animales de la misma especie ya no se dejarán atrapar ni en este mundo ni en el otro» (padre Le Clerq, 1691).

William Jones recoge sucintamente una creencia similar de los algonkinos centrales: «Creían que todo ser vivo posee un alma y que si se llegaba a dominar ésta era también posible dominar a su poseedor. Así pensaban los ojibwas cuando salían de caza».

Dar muerte a los animales, por consiguiente, es algo que implica una seria responsabilidad espiritual. Los espíritus de los animales se reúnen después de la muerte en sus dominios propios para reencarnarse más tarde, por lo que el cazador, teóricamente, se ha hecho su enemigo. Pero esto no ha de entenderse en el sentido habitual, ya que tal es la forma de actuar establecida, a la que todos han de someterse. Pero el comportamiento con los animales está regido por ciertas normas, que el cazador debe conocer y cumplir. El éxito en la caza dependerá de ese conocimiento, pero como nadie puede saberlo todo y ponerlo todo en práctica, razonan estas gentes, el tema de la ciencia mágico-religiosa, incluso desde el punto de vista de los nativos, es inagotable. En consecuencia, el fracaso en la caza, la desaparición

de las especies del distrito a que pertenece el cazador, con el hambre consiguiente, la inanición, la debilidad, la enfermedad y la muerte se atribuyen siempre a la ignorancia del cazador, que no ha tenido en cuenta algún principio de conducta con respecto a los animales, o a su desprecio deliberado de tales normas. Esto último se considera un pecado. Lo primero es simple ignorancia. Ambas cosas son objeto de la actividad educativa entre los naskapis de las montañas, una enseñanza que puede resultar muy dura, aunque los hombres civilizados se imaginen que es un remedo de la verdadera formación intelectual.

F. G. Speck, *Naskapi, The Savage Hunters of the Labrador Peninsula* (Norman, Okla. 1935).

83. EL CARACTER SAGRADO DE LA AGRICULTURA: AHURA MAZDA INSTRUYE A ZARATUSTRA

(*Vidēvdāt, Fargard* III)

«Infeliz es la tierra que lleva mucho tiempo sin ser sembrada con la semilla del sembrador, necesitada de un buen amo, como una bien formada doncella que lleva estéril mucho tiempo, necesitada de un buen esposo.

Al que are la tierra, oh Zaratustra Spitama, con el brazo izquierdo y con el derecho, con el brazo derecho y con el izquierdo, dará ella frutos copiosos. Como si fuera un enamorado que yace con su enamorada en el lecho de ella, que su enamorada le dará hijos, así la tierra le dará copiosos frutos.

Al que are la tierra, oh Zaratustra Spitama, con el brazo izquierdo y con el derecho, con el brazo derecho y con el izquierdo, así dice la tierra: 'Oh tú, hombre, que me aras con el brazo izquierdo y con el derecho, con el brazo derecho y con el izquierdo, siempre te daré, siempre te produciré toda clase de alimentos, trigo primero te daré'.

Al que no ara la tierra, oh Zaratustra Spitama, con el brazo izquierdo y con el derecho, con el brazo derecho y con el izquierdo, así dice la tierra: 'Oh tú, hombre, que no me aras con el brazo izquierdo y con el derecho, con el brazo derecho y con el izquierdo, siempre estarás a la puerta de los extraños, entre los que mendigan el pan, a ti la repulsa y los mendrugos de pan, que te darán los que tienen abundantes riquezas'».

[Preguntó Zaratustra:] ¡Oh hacedor del mundo material! ¡Sólo tú eres santo! ¿Cuál es el alimento que cumple la religión de Mazda?

Respondió Ahura Mazda: «Es sembrar trigo una y otra vez, oh Zaratustra Spitama.

El que siembra trigo, siembra justicia. Hace caminar la religión de Mazda, mama la religión de Mazda, tanto como podría hacer con los pies de mil hombres, con los pechos de mil mujeres, con diez mil fórmulas sacrificiales.

Cuando la cebada fue creada, los Devas se alzaron; cuando creció, entonces desfallecieron los corazones de los Devas; cuando los nudos salieron, gimieron los Devas; cuando apareció la espiga, huyeron los Devas. Los Devas se quedan en la casa en que falta el trigo. Es como si en sus gargantas se revolviera un rojo hierro candente cuando hay abundancia de trigo».

J. Darmester, *The Zen-Avesta* I, en *Sacred Books of the East* IV (Oxford [2]1895) 29-31.

84. EL RESPETO A LA VIDA ENTRE LOS JAINISTAS

(Achārānga-sūtra I, 1)

La tierra sufre y está afligida, es duro enseñarlo, no tiene discriminación. Hombres no iluminados, que pagan las consecuencias de sus pasadas obras, causan un gran dolor en un mundo que ya está lleno de dolores, porque en la tierra las almas están individualmente encarnadas. Pensando ganar alabanza, honor o respeto... o alcanzar un buen renacimiento... o adquirir la salvación, o evitar el dolor, un hombre peca contra la tierra o permite que otros lo hagan..., pero no logrará ni el gozo ni la sabiduría... Hacer daño a la tierra es como golpear, herir, mutilar o dar muerte a un ciego... Ha de saberlo el hombre, y así no pecará contra la tierra ni permitirá ni hará que otros pequen. Quien conoce la naturaleza del pecado contra la tierra se llamará verdadero sabio, hombre conocedor del *karma*...

Y hay también muchas almas encarnadas en el agua. Ciertamente, el agua está viva... Quien daña a las almas que hay en el agua es que no conoce la naturaleza del pecado o renuncia a ello... Ha de saberlo el hombre, y así no pecará contra el agua ni permitirá ni hará que otros pequen. Quien conoce la naturaleza del pecado contra el agua se llamará verdadero sabio, hombre conocedor del *karma*...

Por sus acciones malvadas o descuidadas puede un hombre causar la destrucción de los seres del fuego o también hacer daño a otros seres por medio del fuego... Porque hay criaturas que viven

en la tierra, en la hierba, en las hojas, en la madera, en el estiércol o en el polvo, también criaturas saltadoras que pueden caer en el fuego si se acercan a él. Si las toca el fuego, se encogen..., pierden el sentido y perecen... Quien conoce la naturaleza del pecado relacionado con el fuego se llamará verdadero sabio, hombre conocedor del *karma*...

Tal como es la naturaleza de un hombre, que nace y crece, así es también la naturaleza de una planta, que nace y crece... El uno está dotado de razón, y también la otra; el uno enferma cuando sufre un daño, y también la otra; el uno crece, y también la otra; el uno cambia con el tiempo, y también la otra... Quien conoce la naturaleza del pecado contra las plantas se llamará verdadero sabio, hombre conocedor del *karma*...

Todos los seres dotados de dos, tres, cuatro o cinco sentidos..., de hecho, toda la creación, conocen personalmente el placer y el dolor, el miedo y la tristeza. A todos acosan temores por todas partes. Y aún hay gentes capaces de aumentarles el dolor... Algunos dan muerte a los animales para ofrecerlos en sacrificio, otros para aprovechar su piel, su carne, su sangre..., sus plumas, sus dientes o sus colmillos. Otros les dan muerte porque antes recibieron de ellos algún daño... y otros para prevenirse y no sufrir por su causa. Quien hiere a los animales es que no ha entendido ni ha renunciado a las obras del pecado... Quien conoce la naturaleza del pecado contra los animales se llamará verdadero sabio, hombre conocedor del *karma*...

El hombre que renuncia a causar daño tan siquiera al viento es que conoce la tristeza de todos los seres vivos... El que sabe lo que le es dañino sabe también lo que perjudica a los demás, y el que sabe lo que daña a los demás sabe también lo que le perjudica. Hay que tener siempre en cuenta esta reciprocidad. Los que tienen su mente en paz y los que están libres de las pasiones no desean vivir [a expensas de otros seres]... Quien conoce la naturaleza del pecado contra el viento se llamará verdadero sabio, hombre conocedor del *karma*.

En resumen, quien conoce la naturaleza del pecado en relación con los seis tipos de seres vivos se llamará verdadero sabio, hombre conocedor del *karma*.

Th. de Bary, *Sources of Indian Tradition* (Nueva York 1958) 62-63.

B. *ORIGEN Y DESTINO DEL ALMA. LOS PODERES DEL MANA*

85. ALMAS, SUEÑOS, MUERTE, EXTASIS

(teoría del animismo de E. B. Tylor)

Para entender las ideas populares acerca del alma o espíritu es instructivo pararse a considerar las palabras que se han elegido como más aptas para expresar tal concepto. El fantasma o ánima que contempla el que sueña o el visionario son como una sombra o reflejo en forma sustancial, y de ahí que para designar al alma se haya recurrido al término familiar de *sombra.* Así, la palabra que entre los tasmanios sirve para designar la sombra, se emplea también para nombrar el alma; los algonquinos describen el alma de un hombre como *otahchuk,* «su sombra»; en quiché, *natub* significa «sombra, alma»; el término arawak *ueja* quiere decir «sombra, alma, imagen», mientras que los abipones expresan con el término *loákal* las ideas de «sombra, alma, eco, imagen». Los zulúes no sólo usan la palabra *tunzi* para designar «alma, espíritu, fantasma», sino que además creen que cuando muere un hombre puede decirse que su sombra se separa del cadáver para convertirse en espíritu ancestral. Los basutos no sólo llaman *seriti,* «sombra», al espíritu que queda después de la muerte, sino que creen también que cuando un hombre camina por la orilla del río, un cocodrilo puede apoderarse de su sombra desde el agua y sumergirla. También en el antiguo Calabar aparece la misma identificación del espíritu con su *ukpon,* o «sombra», de modo que perder ésta resulta fatal.

Parece, por consiguiente, que entre las razas inferiores se usan términos tan familiares para nosotros por la lectura de los clásicos, donde hallamos *skia* y *umbra,* y que además se dan entre aquellas gentes las ideas básicas acerca de hombres que han perdido su sombra, tal como ocurre en relatos del folklore europeo, y que conocen asimismo los modernos lectores del cuento de Chamisso sobre Peter Schlemihl. Los muertos del Purgatorio entendieron que Dante aún estaba vivo al ver que su cuerpo, a diferencia del de ellos, producía sombra. En la noción de alma o espíritu entran otros rasgos que aluden a su cualidad de ser causa de la vida. Así, los caribes, que relacionan el pulso con los seres espirituales, y que creen que en el corazón reside el espíritu principal del hombre, destinado a una futura vida celeste, usan un sólo término, *iouanni,* para designar el «alma», la «vida», el «corazón». Los toganes

suponían que el alma está presente en toda la extensión del cuerpo, pero especialmente en el corazón...

La respiración, tan característica de los animales superiores durante la vida, y que desaparece justamente cuando también se extingue la vida, ha sido naturalmente y repetidas veces identificada con la misma vida o el alma... De ahí que los habitantes de Australia occidental usen un mismo término, *waug,* con el significado de «aliento, espíritu, alma», y que en el idioma netela, de California, *piuts* signifique «alma, aliento, vida», mientras que ciertos habitantes de Groenlandia admiten que hay en el hombre dos almas, que son su aliento y su sombra. Los malayos dicen que el alma del moribundo se escapa por su nariz, y en Java se emplea la misma palabra, *nawa,* para significar «aliento, vida, alma». Hasta qué punto las nociones de vida, corazón, aliento y fantasma se unen en una misma concepción del alma o espíritu, y hasta qué punto tales ideas permanecen vagas e inconcretas entre las razas bárbaras es algo que aparece perfectamente ilustrado en las respuestas a ciertas indagaciones sobre creencias religiosas de los naturales de Nicaragua, llevadas a cabo en el año 1528. «Cuando mueren, de su boca sale algo que se parece a una persona, y que se llama *julio* [azteca *yuli* = «vivir»]. Este ser marcha al lugar en que están el hombre y la mujer. Es como una persona, pero no muere, mientras que el cuerpo se queda aquí».

... La concepción del alma como aliento puede rastrearse en las etimologías arias y semíticas, es decir, a lo largo de las principales corrientes filosóficas del mundo. En hebreo hallamos *nephesh,* «aliento», que adquiere todos los significados de «vida, alma, espíritu, animal», mientras que con *ruach* y *neshamah* se opera la misma transición de «aliento» a «espíritu»; a éstos corresponden los términos árabes *nefs* y *ruh.* La misma historia se repite con los términos sánscritos *ātman* y *prāna,* con los griegos *psyche* y *pneuma,* con los latinos *animus, anima* y *spiritus.* También el idioma eslavo tiene *duch,* «aliento», que ha adquirido los significados de alma o espíritu; en los dialectos de los gitanos hallamos este mismo término, *duk,* con la significación de «aliento, espíritu, fantasma»; estos parias pudieron tomar esta palabra de la India, como parte de su herencia lingüística aria, o adquirirlo en su migración a través de los países eslavos. También los términos *geist,* alemán, y *ghost,* inglés, pueden tener el mismo sentido original de «aliento». Y si alguien cree que tales expresiones se deben a una metáfora, piense en la fuerza de la conexión implícita entre aliento y espíritu a partir de algunos casos de la más inequívoca significación. Entre los seminoles de Florida, cuando una mujer moría

de parto, se colocaba al niño sobre su rostro para que recibiera el espíritu a punto de partir, con lo que adquiría fuerza y saber que más adelante le servirían. Estos indios hubieran entendido perfectamente por qué, cuando moría un romano antiguo, el pariente más próximo se inclinaba sobre él para inhalar el último aliento del difunto *(et excipiens hanc animam ore pio)*. Esta misma mentalidad se ha mantenido hasta nuestros días entre los campesinos tiroleses, que se imaginan que el alma de un hombre honrado sale a la hora de su muerte por la boca en forma de nubecilla blanca.

Se puede demostrar que los hombres, en sus ideas artificiosas y confusas acerca del alma, han puesto en conexión una serie de manifestaciones de la vida y del pensamiento que van más allá de cuanto hemos expuesto. Pero al mismo tiempo, tratando de evitar unas combinaciones tan dudosas, han querido a veces establecer una clasificación y unas definiciones más claras, especialmente con la teoría de que el hombre posee una combinación de diversos tipos de espíritu, alma o imagen, a los que corresponden diversas funciones. También entre los bárbaros se han adoptado o inventado tales clasificaciones. Así, los fijianos distinguen entre el «espíritu negro» del hombre, que marcha al Hades, y el «espíritu brillante», que es su reflejo en el agua o en un espejo, y que permanece cerca del lugar en que muere. Los malagasis dicen que el *saina,* o mente, se desvanece con la muerte, el *aina,* que es la simple vida, se convierte en aire, pero que el *matoatoa,* o fantasma, ronda la tumba. En Norteamérica, la dualidad de almas es una creencia firmemente arraigada entre los algonquinos; un alma sale del cuerpo y contempla los sueños, mientras que la otra permanece en su sitio; al morir, una de ellas permanece con el cuerpo, por lo que los supervivientes le hacen ofrendas de alimentos, mientras que la otra marcha al país de los muertos. También se conoce una división de tres almas, y los dakotas dicen que el hombre posee cuatro almas, una que queda con el cuerpo, otra que permanece en la aldea, otra que va al aire y la última que marcha al país de los espíritus. Los karens distinguen entre el *la* o *kelah,* el fantasma vital de la persona, y el *thah,* el alma con responsabilidad moral...

La primitiva teoría animista de la vitalidad, que considera al alma causa de la función vital, ofrece al pensamiento salvaje una explicación de numerosos fenómenos corporales y mentales, que se consideran consecuencia de la partida del alma o de alguno de sus espíritus constitutivos. Esta teoría tiene importancia capital en la biología de los salvajes. Así lo manifiestan los australianos del Sur cuando dicen de un individuo insensible o inconsciente que

está *wilyamarraba,* es decir, «sin alma». Sabemos que entre los indios algonquinos de Norteamérica se explica la enfermedad diciendo que la «sombra» del paciente se ha apartado de su cuerpo o que se halla incómoda en él, mientras que al convaleciente se le reprocha haber corrido un riesgo antes de que su alma se haya asentado y esté ya segura en él. Nosotros diríamos que un hombre se ha puesto enfermo y que se ha recuperado, pero ellos entienden que en realidad ha estado muerto y ha retornado. Otro relato sobre esta misma raza explica la situación de los hombres aletargados o en trance; es que sus almas han viajado hasta las orillas del Río de la Muerte, pero han regresado de allí para reanimar sus cuerpos. Entre los fijianos, «cuando alguien desfallece o muere, se dice que es posible lograr que su espíritu retorne, y en ocasiones puede contemplarse la ridícula escena de un robusto individuo tendido todo a lo largo y vociferando con todas sus fuerzas para conseguir el regreso de su alma»... De ahí que en muchos países sea práctica habitual de los hechiceros o sacerdotes el conseguir que retornen las almas perdidas. Los indios salises de Oregón consideran el espíritu como cosa distinta del principio vital, capaz de abandonar el cuerpo durante un breve espacio de tiempo sin que el paciente llegue a tomar conciencia de su falta. Sin embargo, para evitar consecuencias fatales, ha de ser recuperado tan pronto como sea posible; en consecuencia, el hechicero lo restituye solemnemente a través de la cabeza del paciente... Los karens de Birmania corren alrededor del enfermo tratando de atrapar su alma que se escapa; al igual que los griegos y eslavos, le atribuyen forma de mariposa *(leip-pya),* y al final la hacen posarse de nuevo sobre su cabeza. La doctrina de los karens sobre el *la* constituye en definitiva un perfecto y bien definido sistema vitalista; este *la,* alma, fantasma o genio puede ser separado del cuerpo al que pertenece, por lo que los karens están siempre al cuidado de guardarlo consigo, llamándolo, haciéndole ofrendas de alimentos, etc. Sobre todo cuando el cuerpo está dormido, el alma sale fuera y va de un lado a otro; si se queda fuera durante algún tiempo, sobreviene la enfermedad, y si ya no regresa, la consecuencia es la muerte. Cuando se emplean los servicios de un *wee,* o «médicos del espíritu», para que haga retornar la sombra o vida de un karen, si no es capaz de recuperarla de la región de los muertos, tratará a veces de capturar la sombra de otro hombre vivo y transferirla al muerto, pero el poseedor de esta última, cuya alma se había marchado de su cuerpo durante el sueño, enfermará y morirá finalmente. Otras veces, cuando un karen se pone enfermo, languidece y queda inmovilizado porque su *la* le ha abandonado, sus amigos suelen ejecutar una

ceremonia con una prenda de vestir del inválido y una lechuza, que es cocida y presentada con arroz, invocando al espíritu con plegarias en toda regla e incitándolo a retornar al paciente...

Esta misma doctrina constituye uno de los aspectos de la teoría de los sueños que hallamos entre las razas inferiores. Según Cranz, algunos habitantes de Groenlandia creen que el alma abandona el cuerpo durante el sueño y marcha de caza, a bailar y a corretear; sus sueños, frecuentes y muy vívidos, les han llevado a pensar así. Entre los indios norteamericanos se habla de almas que, durante el sueño, abandonan el cuerpo y van en busca de cosas que les resultan atractivas, y que, una vez despierto, el hombre tratará de conseguir a fin de que su alma se tranquilice y no le abandone. Los habitantes de Nueva Zelanda creen que el alma abandona durante el sueño su cuerpo y que luego regresa, y que puede hasta ir a la región de los muertos para conversar con sus amigos. Los tagalos de Luzón procuran no despertar a quien duerme porque en esos momentos está ausente su alma. Los karens, de cuya teoría del alma que va de un lado a otro ya hemos hablado, explican los sueños diciendo que son lo que el *la* ve y experimenta en sus correrías cuando abandona el cuerpo dormido. Incluso explican con gran agudeza por qué soñamos con lugares y personas que hemos conocido antes; el *leip-pya,* dicen, sólo puede visitar los sitios en que ya estuvo antes el cuerpo a que pertenece...

Los indios norteamericanos aceptaban la alternativa de que un sueño podía ser una visita de la persona o el objeto soñados, o la visión que el alma racional tenía durante una de sus excursiones mientras el alma sensitiva permanece en el cuerpo. También los zulúes creen que pueden recibir en sueños la vista de la sombra de un antepasado, el *itongo,* que acude para advertirles de un peligro, o que pueden ser arrebatados por el *itongo* en sueños para visitar a gentes lejanas y de este modo enterarse de que están en un apuro. En cuanto al hombre que adquiere la condición morbosa de vidente profesional, continuamente recibe en sueños la visita de los fantasmas que acuden a hablarle, hasta convertirse, conforme a la expresiva frase de los naturales, en una «casa de sueños». En los estratos culturales inferiores es donde quizá se admite con mayor facilidad que la aparición de un individuo en sueños es una visita de su espíritu desencarnado, al que el soñador, según una expresión de los ojibwas, «contempla cuando duerme». Tal es asimismo la opinión que se manifiesta claramente cuando los fijianos dicen que el espíritu viviente de un hombre puede abandonar el cuerpo para molestar a otros en su sueño, y lo mismo se advierte en la explicación que recientemente daba una india de la Co-

lumbia Británica, que mandó llamar al hechicero para que alejara a los muertos que acudían a molestarle todas las noches. Sumamente expresiva e instructiva es la descripción que un moderno observador hacía a propósito de las ideas que sobre este tema recogió entre los negros de Africa occidental. «Todos sus sueños vienen a ser otras tantas visitas de los espíritus de sus amigos difuntos. Las advertencias, observaciones y cautelas que por este conducto reciben son acogidas con la más seria y deferente atención, y siempre son tenidas muy en cuenta para actuar a lo largo del día. La costumbre de relatar sus sueños, que es universal, contribuye en gran medida a que esos sueños sean más frecuentes, y de ahí que las horas del sueño estén dedicadas al trato con los difuntos tanto como las del día lo están a las relaciones con los vivos. Esta es sin duda una de las razones de que sean tan supersticiosos. Se vuelven tan vivas sus imaginaciones que apenas saben distinguir entre lo que sueñan y lo que piensan despiertos, entre lo real y lo ficticio, y en consecuencia afirman cualquier falsedad sin proponérselo, al mismo tiempo que aseguran haber visto cosas que nunca han existido».

El alma de los sueños era para los antiguos griegos lo mismo que es hoy para los actuales salvajes. Cuando Aquiles se hallaba junto al mar sonoro, cayó sobre él el sueño que libera de las inquietudes del espíritu, y así se le apareció el alma de Patroclo, con la misma estatura, los ojos bellos, la voz y las vestiduras que cubrían en vida su piel; habló, y Aquiles alargó los brazos para abrazarle, pero sólo encontró el vacío; como humo se desvaneció el alma, hundiéndose en la tierra mientras daba chillidos. A lo largo de los siglos que nos separan de las edades homéricas, la aparición en sueños de hombres vivos o muertos ha sido pábulo de la especulación filosófica o de los temores supersticiosos. En el típico relato de Cicerón figuran los fantasmas de los vivos y los espectros de los muertos. Dos arcadianos llegaron juntos a Megara y se hospedaron el uno en casa de un amigo y el otro en la posada. De noche se apareció el segundo a su compañero de viaje, pidiéndole ayuda, porque el posadero tramaba matarlo; el otro se levantó alarmado del sueño, pero pensando que tal cosa no tenía sentido, volvió a dormirse de nuevo. Segunda vez se le apareció el compañero, pidiéndole que, pues no le había prestado ayuda, al menos le vengara, porque el posadero le había dado muerte y ocultado después su cuerpo en un carro de estiércol, por lo que encomendaba al compañero de viaje que acudiera temprano a la puertas de la ciudad, antes de que el carro saliera por ellas. Intrigado por este segundo sueño, el viajero hizo como se le pedía, y encontró el

carro; en él se hallaba el cuerpo del hombre asesinado, y el posadero hubo de comparecer ante la justicia...

Del mismo modo que los sueños, también las visiones tienen importancia capital en las primitivas teorías acerca del alma; ambos tipos de fenómenos se apoyan y complementan entre sí... Los espectros humanos se cuentan entre las principales de estas figuras fantasmagóricas. No cabe duda de que los visionarios honrados describen los fantasmas tal como realmente se manifiestan en sus percepciones, mientras que los impostores que pretenden tener las mismas visiones se acomodan a la descripción anteriormente establecida. Así, en Africa occidental, el *kla,* o alma, de un individuo se convierte al morir éste en *sisa,* o fantasma, y puede permanecer en la casa junto al cadáver, pero sólo es visible para el hechicero. A veces ocurre que el fantasma tiene la propiedad de que no puede ser visto por todos los individuos que forman un grupo. Así, los nativos de las Antillas creían que los muertos se aparecen por los caminos al hombre que va caminando solo, pero no cuando son varios los que marchan juntos, mientras que entre los fineses son los chamanes los que tienen la capacidad de ver los espectros de los muertos, pero no el resto de los hombres, como no sea en sueños. Tal es posiblemente la descripción del espectro de Samuel, visible para la bruja de Endor, pero no para Saúl, que ha de preguntar a aquélla qué es lo que ve...

Todos los que creen que el alma desencarnada se hace real y objetivamente presente en los sueños y visiones parecen aceptar implícitamente el principio de que conserva la semejanza de su cuerpo carnal. Mi punto de vista es que han sido los sueños y visiones, y no otra cosa, los que han inducido a los hombres a creer que las almas y los espíritus son imágenes etéreas de los cuerpos. Así, en la filosofía animista, salvaje o civilizada, se da por supuesto que las almas, una vez liberadas de su cuerpo terreno, pueden ser reconocidas por la semejanza que con él guardan, bien como espectros errabundos sobre la tierra, bien como moradores de un mundo situado más allá de la tumba... Esta idea universal, que se nos manifiesta a través de una multiplicidad de casos pertenecientes a todos los grados de la cultura, no necesita ser ilustrada mediante una acumulación de ejemplos ordinarios. Pero hay un grupo especial de raras creencias que nos servirá para demostrar hasta qué punto está extendida la idea de que el alma viene a ser una imagen del cuerpo. Corolario consecuente con tal concepción es la creencia en que la mutilación del cuerpo tiene un efecto correspondiente en el alma, y las razas salvajes inferiores tienen una capacidad filosófica suficiente para elaborar esta idea. Uno de los primeros

europeos que establecieron contacto con los indios del Brasil aseguraba que éstos «creen que los muertos llegan al otro mundo heridos o descuartizados, es decir, en la misma condición en que abandonaron éste». También, cuando un australiano da muerte a su enemigo corta el pulgar de la mano derecha al cadáver, de forma que aunque el espíritu se convierta en un espectro hostil, no pueda lanzar con su mano mutilada la lanza fantasmal, con lo que se le puede dejar que ande vagando libremente, maligno, pero innocuo...

Hay otros detalles que podemos advertir al estudiar la naturaleza del alma tal como la conciben las razas inferiores o al rastrear la pervivencia de tales concepciones entre las superiores. Toda la humanidad reconoce que las almas tienen voz al mismo tiempo que poseen una forma visible, y los datos aducidos al respecto son de la misma naturaleza. Los individuos para quienes resulta evidente que las almas pueden caminar cuando se presentan en el sueño o en la visión, naturalmente dan por supuesta al mismo tiempo la realidad objetiva de la voz fantasmal, así como la forma del espectro de que ésta procede. Es lo que dan a entender todos los relatos de comunicaciones espirituales, lo mismo entre los salvajes que entre los civilizados, pero la doctrina más moderna acerca de la subjetividad de tales fenómenos admite éstos al mismo tiempo que los explica de manera distinta. Hay una concepción especial, sin embargo, que exige atención más detenida, y es la que define la voz de los espíritus como un leve murmullo, un chirrido o un silbido, como si se tratara del fantasma de una voz. Los indios algonquinos de Norteamérica aseguran que pueden oír cómo las almas fantasmales de los muertos chirrían igual que grillos. Los espíritus divinos de los muertos, según la creencia de los neozelandeses, vienen a conversar con los vivos y pronuncian sus palabras en tonos sibilantes; por toda Polinesia se habla de estos mensajes transmitidos mediante chirridos. Los espíritus familiares del adivino zulú son los manes de sus antepasados que le hablan en un tono muy parecido a un silbido, de donde les viene el nombre por el que se les conoce, *imilozi,* o «silbadores». Estas ideas tienen su paralelo en la concepción clásica que describe la voz fantasmal como un «chillido» o «suave murmullo»...

La idea de que los sueños y visiones son causados por la presencia de unas figuras objetivas, así como la identificación de estas almas fantasmales con la sombra y el aliento han hecho que se imaginen las almas como seres materiales consistentes. De ahí la costumbre de abrir boquetes en los materiales duros para permitir el paso de las almas. Los iroqueses acostumbraban dejar una abertura en la tumba para que el alma anhelante pudiera visitar su cuerpo, y

algunos de ellos aún acostumbran practicar agujeros en los ataúdes con el mismo fin... Los chinos practican un agujero en el tejado para permitir el paso del alma cuando alguien muere en la casa. Finalmente, la costumbre de abrir una puerta o una ventana para que pase el alma cuando abandona el cuerpo es una superstición muy difundida aún hoy en Francia, Alemania e Inglaterra. También se cree en la posibilidad de golpear, herir o llevar de un sitio a otro las almas como se puede hacer con otras criaturas vivas. Así, los aborígenes de Queensland golpean el aire en el curso de una ceremonia burlesca anual cuyo objeto es espantar a las almas que los muertos han dejado sueltas entre los vivos durante el último año. También los indios norteamericanos, cuando han torturado a un enemigo hasta darle muerte, corren en torno al cadáver gritando y golpeando el aire con bastones para alejar al alma...

Hay una instructiva serie de definiciones en que las razas inferiores y las superiores afirman explícitamente cómo es la sustancia de las almas. Los tonganes imaginaban que el alma humana es la parte más sutil o aeriforme del cuerpo, que lo abandona repentinamente a la hora de la muerte, y que vendría a ser como el perfume o esencia de la flor en comparación con las fibras vegetales más sólidas. Los videntes groenlandeses describían el alma tal como habitualmente se les manifestaba en sus visiones, y afirmaban que era pálida y blanda, de forma que quien trata de sujetarla no toca nada, pues no tiene ni carne ni huesos. Los caribes no se imaginaban el alma como algo tan inmaterial que resultara invisible, pero la creían sutil y fina como un cuerpo purificado. Si nos volvemos a las razas superiores, podemos poner a los siameses como ejemplo de un pueblo que imagina las almas como constituidas por una materia sutil que no se puede ver ni tocar, o unidas a un cuerpo aéreo que se desplaza con gran ligereza. En el mundo clásico se consigna como opinión de Epicuro la convicción de que «los que dicen que el alma es incorpórea hablan neciamente, pues no podría hacer ni sufrir nada si tal fuera su condición». Entre los Padres, Ireneo describe las almas como incorpóreas en comparación con los cuerpos mortales, mientras que Tertuliano refiere una visión o revelación que tuvo cierta profetisa montanista, y habla del alma que vio corporalmente, fina y esplendente, aérea y con forma y color humanos...

Entre las razas más rudas, el alma se concibió como un ser etéreo, hecho de materia vaporosa, y esta idea ha tenido gran fuerza en el pensamiento humano desde entonces. Lo cierto es que la noción metafísica posterior hubiera significado apenas nada para un salvaje. Más bien ha de advertirse que, por cuanto se refiere

a toda la naturaleza y actividad de las almas fantasmales, la filosofía inferior elude ciertas dificultades que hasta la época moderna han mantenido perplejos a los teólogos y metafísicos del mundo civilizado. Estimando que el sutil cuerpo etéreo del alma basta de por sí para ser visible, para poseer movimiento y habla, el primitivo animista no necesitaba otras hipótesis para explicar aquellas manifestaciones...

Una vez que el alma o espíritu sale del cuerpo a la hora de la muerte, se considera que es libre para permanecer cerca de la tumba, para vagar por la tierra o volar por los aires, o para marchar a la región de los espíritus, el mundo de más allá de la tumba... Los hombres no se detienen en la persuasión de que la muerte libera al alma y le permite una existencia libre y activa, sino que con toda lógica tratan de ayudar a la naturaleza y dan muerte a algunos hombres para liberar sus almas y que desarrollen ciertas actividades fantasmales. De ahí surge uno de los más difundidos, característicos y comprensibles ritos de la religión animista, el de los sacrificios humanos con sentido funeral en servicio de los muertos. Cuando muere un individuo de categoría elevada, y su alma marcha al lugar que le corresponde, sea el que fuere y como fuere este lugar, la primitiva filosofía deduce con toda lógica que las almas de sus asistentes, esclavos y mujeres, que reciben la muerte en el curso de los funerales, harán el mismo viaje y proseguirán prestando sus servicios al muerto en la vida ulterior. Esta manera de pensar se lleva a veces aún más lejos, hasta el punto de incluir las almas de nuevas víctimas sacrificadas para que vayan a engrosar las filas de los servidores espectrales. La etnografía de este rito nos da a entender que no resulta muy frecuente en los niveles culturales más bajos, pero que, surgiendo en la etapa inferior más bárbara, se sigue desarrollando en las superiores, y que luego sobrevive hasta irse extinguiendo poco a poco.

E. B. Tylor, *Religion in Primitive Culture* (Nueva York 1958) 14-42.

86. UNA CONCEPCION AUSTRALIANA DEL ALMA EN LA VIDA Y EN LA MUERTE

(murngins)

Cada hombre o mujer murngin tiene dos almas. Una es considerada fundamental y real, y se cree que es la verdadera alma, el alma del corazón, mientras que la otra es una especie de engaño, que apenas

vale nada, y que sólo vagamente se relaciona con el «hombre verdadero». La primera se llama *birimbir* o *warro,* mientras que la segunda es el *mokoi,* o alma fantasmal, y es el espíritu del pozo totémico, que puede verse reflejado en el agua cuando alguien se mira en ella. También se hace presente al individuo durante los sueños buenos. Cuando muere un hombre, el *warro* se vuelve «igual que un pez», y vive en los emblemas totémicos y a su alrededor...

El alma engañosa se llama también alma fantasmal o de sombra antes de la muerte, y *mokoi* cuando abandona el cuerpo y marcha a la jungla o al terreno cubierto de matorrales. «Nuestros ancianos cuentan que el alma de sombra es como un espíritu malo. Es lo que me hace ser malo. Mi sombra siempre viene conmigo. Las sombras de las demás cosas y criaturas no son almas, sino sombras». Se supone que el *mokoi* sobrevive más o menos al hombre, y viene a ser una especie de doble nebuloso del mismo. A veces se oye decir que sólo la cabeza de un hombre se ha convertido en *mokoi* al morir, y que ese *mokoi* no tiene cuerpo. Cuando se pinta el *mokoi* o se le representa en las danzas, siempre tiene cuerpo, pero se le hace aparecer contrahecho, feo y repugnante.

El *warro* pasa por constantes cambios de condición. Tiene su origen en el pozo totémico, llega hasta su padre humano en sueños y bajo circunstancias milagrosas, para luego pasar al seno de la madre, donde permanece alojado el número normal de meses, para vivir luego en el corazón del nuevo organismo humano durante el período de vida que normalmente le corresponde, a menos que sea arrebatado por la magia negra de un hechicero. Después de la muerte transcurre un período de indecisión entre el país de los vivos y el de los muertos, pero al final retorna al pozo totémico del que un día saliera. En el símbolo del alma y en sus relaciones con los elementos sagrados y profanos de la civilización murngin vemos reflejados los valores y la estructura de la sociedad. El alma aporta el elemento eterno de la vida cultural al individuo entre los murngins. Eleva al hombre del nivel meramente animal y profano, permitiéndole participar plenamente en los eternos valores sagrados de la civilización que fue, es y será. Liga definitiva y eternamente al hombre en cuyo corazón reside a su tótem, símbolo de toda unidad clánica en la cultura murngin, ya que el alma, a la hora de la muerte, pasa a ser uno de los elementos que se asocian con el agua totémica del clan, el agua que es la esencia de la vida. Allí viven los grandes antepasados totémicos que existieron en los tiempos de las hermanas creadoras Wawilak, cuando los Wongar totémicos recorrían la tierra, cuyos nombres sagrados sólo pronun-

cian los vivos profanos cuando han sido purificados mediante los grandes ritos, cuando entran a formar parte de los elementos sagrados y eternos de la cultura, cuando el hombre y su tótem se unen para participar en los rituales totémicos.

También están en el pozo los antepasados totémicos, que murieron al comienzo del tiempo, y los muertos más recientes, que aún permanecen unidos a los vivos por fuertes vínculos sentimentales. Los antepasados más recientes que han pasado por los largos ritos funerarios y purificatorios, con los que se suprimió todo elemento profano de sus personas, y cuyo espíritu *mokoi* ha marchado a los matorrales a unirse a todos sus maléficos compañeros, han adquirido una naturaleza tan sagrada que pueden ser ya absorbidos en el cuerpo del mismo tótem. Y cuando se transfiere al emblema la esencia totémica de los animales totémicos, también éstos penetran en la vida espiritual de los murngins y participan de ella durante la celebración de los grandes ritos, para regresar después al estanque sagrado. Después de estas celebraciones se entierra el tótem en el cieno del pozo sagrado y se le deja pudrirse allí; entonces retornan a las profundidades subterráneas los espíritus ancestrales y el espíritu totémico. El hombre pasa por el mismo ciclo existencial que el espíritu totémico. El espíritu totémico entra en el estanque sagrado, pasa a través del agua ordinaria y una vez llegado al fondo del pozo penetra en las profundidades subterráneas, llegando finalmente a las aguas totémicas inferiores en que viven los Wongar, antepasados totémicos, hasta formar parte de la constelación sagrada. Exactamente lo mismo puede decirse del alma.

El alma, el espíritu totémico, los sagrados antepasados Wongar son otras tantas expresiones de la esencia sagrada fundamental, cuyo símbolo último es el pozo totémico en que están contenidos todos los elementos individuales que se han encarnado o que habrán de encarnarse en el hombre o en sus objetos sagrados.

W. Ll. Warner, *A Black Civilization* (Nueva York 1964) 435-437.

87. PREEXISTENCIA Y ENCARNACION SEGUN LOS INDIOS NORTEAMERICANOS

Es muy frecuente y ocurre en diversos lugares que se conciba el aliento vital como algo que procede del Creador y que a él retorna después de la muerte. Aun cuando no se especifique la conexión con el aliento, se atribuye el origen del alma al Creador o al héroe cultural. Los bella coolas y los shoshones del río Wind creen que

el ser supremo es el dador de la vida y el alma vital. Los indios sauks se refieren al Creador con una expresión que significa «el que nos da la vida». También los indios zorros, emparentados con los sauks, creen que el alma vital es un don del Gran Espíritu.

En la mayor parte de los casos hablan nuestras fuentes de la creación del alma vital —o mejor, de la vida simplemente—, pero también poseemos datos acerca del origen del alma libre. El ser supremo de los bella coolas «hizo un alma para cada uno de los que habrían de nacer; uno de los dioses menores modeló su rostro, y una diosa lo acuñó, y la mandó aquí abajo para que naciera». Entre los sinkaietks se afirma que el alma de los sueños procede de Dios, a diferencia del poder sobrenatural, que se adquiere a partir de los animales. Los indios zorros creen que del mismo modo que el ser supremo otorgó el alma vital, es al héroe cultural al que se debe el alma libre... El dios celeste de los oglalas, Skan, ha otorgado al hombre todas sus facultades psíquicas, incluidas el alma vital y el alma libre. Los shoshones del río Wind describen el alma libre como un don del dios supremo...

Cuando no tenemos datos directos podemos recurrir con ventaja a las observaciones de la tradición mitológica referente a la creación de los primeros seres humanos; los acontecimientos de la era cósmica primordial se repiten después en la sucesión de las épocas posteriores; se supone que el alma del primer hombre y las de los hombres actuales tienen el mismo origen. Así, en el mito de los navajos acerca de los primeros seres humanos se nos dice que «fue el viento el que les comunicó la vida. Y es el viento que sale de nuestras bocas el que nos da ahora la vida...».

Cuando se atribuye la creación del mundo a un dios supremo, lo natural es que también se crea que fue él quien dio a los hombres su(s) alma(s), aunque tal cosa no se diga expresamente. Pero no hemos de perder de vista los peligros que entraña todo intento de reconstruir una creencia a partir de sus premisas lógicas, pero sobre cuya vigencia nada se nos ha dicho. Ciertamente, el origen del alma se refiere muchas veces al dios que se considera al mismo tiempo creador de la tierra. Pero incluso las divinidades subordinadas pueden colaborar en el acto creador al que debe su origen el alma. Así ocurre entre los navajos.

Parece, sin embargo, que en un par de casos está justificado, y sólo en determinadas circunstancias, deducir de los rasgos del ser supremo su significación en cuanto al origen del alma. A veces se le designa como el «hacedor del aliento» o «dueño de la vida». El primero de estos términos, que ha sido utilizado por algunos pueblos muskhoges (los creeks, chickasaws y seminoles), tiene induda-

blemente este sentido. El segundo término, «dueño de la vida», que ha sido atribuido principalmente al Creador de los indios algonquinos (y que aparece en la literatura como designación más frecuente del dios supremo de los indios lenapes), se refiere presumiblemente a la capacidad del dios como dador y guardián del alma. En algunos casos se llama a la divinidad suprema «dueño de la vida y de la muerte». Con ello se quiere significar, entre otras cosas, que es el señor de la región de los muertos, función que también se le atribuye cuando es designado únicamente como «señor de la vida»...

Como norma, por consiguiente, los indios norteamericanos creen que el espíritu del hombre tiene su origen último en la misma divinidad, bien por creación, bien por emanación parcial. Es cierto que en un par de casos se afirma que el padre de un niño ha engendrado el alma exactamente igual que el embrión físico. Pero estas excepciones son raras, y probablemente se deben a una especulación que ha intentado llenar el vacío existente en los conocimientos relativos al alma o las almas.

Un alma cuyos orígenes se sitúan en los dioses deja de ser *ipso facto* una creación ordinaria y profana. Puede ser concebida como un don de los dioses o como una emanación de su sustancia; en cualquier caso, debido a sus orígenes, pertenece al mundo sobrenatural, aunque en cuanto a sus efectos no es necesariamente sobrenatural del mismo modo que lo es el poder místico.

El origen sobrenatural del alma humana tiene una expresión particularmente clara en la idea de la preexistencia. No nos referimos ahora a la preexistencia del individuo reencarnado en una vida anterior como ser humano o como animal, sino a una existencia preencarnativa, a su vida como ser humano antes de que se encarnara en la tierra. «Ser humano» se refiere aquí a la realidad individual que desde el punto de vista psicológico es el alma extrafísica, el alma libre, y que, por consiguiente, representa la individualidad del hombre en su estado anterior a la encarnación...

Cuando se afirma la creencia en la preexistencia según la entendemos aquí (y hay noticias de que así ocurre prácticamente en todas las zonas de Norteamérica), se imaginan los más diversos lugares para situar esa existencia anterior a la encarnación. Según los indios pueblos del Sudeste, el reino de los muertos es también el lugar en que moran los que aún no han nacido. Se puede suponer, por consiguiente, que los recién nacidos son personas difuntas que se reencarnan. Pero no siempre es éste el caso, pues, conforme a la mentalidad agraria de los indios pueblos, el mundo inferior es también el lugar en que se renueva la vida, la patria original de

la humanidad. También fuera de los indios pueblos encontramos esta idea de que el mundo inferior es el lugar donde se opera una generación continua. Tal es el caso, por ejemplo, entre los hidatsas, que posiblemente distinguen entre este lugar y el reino de los muertos...

Cuando la patria original anterior al nacimiento no coincide con el reino de los muertos, aquélla no deja de situarse en lugares que de algún modo recuerdan la morada de los muertos. Los ingaliks creen que «hay un lugar lleno de espíritus de niños, todos ellos impacientes por ser 'llamados', es decir, por nacer a esta vida». Según los kwakiutls, en lo más espeso de la selva hay una casa misteriosa. «Puesto que una de las actividades a que está destinada esa casa es la de dar a luz, es probable que existiera la creencia en que de ella traen su origen todos los seres, hombres, animales y plantas por igual». Los indios de los parajes más lejanos del noroeste de Norteamérica creen en un «país de los niños», en que éstos, antes de nacer, viven y juegan esperando el momento de partir hacia la tierra. Según los chinooks, sus niños llevan una «tranquila existencia» antes de nacer en el sol, en la luz del día. Por otra parte, la creencia de los indios montañeses en que los niños descienden de las nubes es evidentemente una ficción pedagógica. Según los shawnees orientales, los niños que aún no han nacido viven en las pequeñas estrellas de la Vía Láctea. Pero también hallamos la creencia en que moran junto al Creador, «Nuestra Abuela»...

En muchos lugares de Norteamérica se han recogido relatos sobre hechiceros que antes de su encarnación humana habían sido seres espirituales. Le Mercier habla de un hechicero hurón que afirmaba haber vivido como un *oki* (espíritu) bajo tierra junto con un espíritu femenino. Ambos se sintieron arrebatados por el deseo de ser humanos, y terminaron por esconderse junto a un sendero, acechando el paso de una mujer. Esta los dio a luz en un plazo muy breve; el hechicero vivió, pero su compañera, con la que se había peleado en el seno materno, retornó al mundo de los no nacidos.

Los algonquinos centrales y sus vecinos los sioux creían que sus hechiceros habían sido seres relacionados con el trueno antes de nacer. Así, los menominis creen que «algunos niños recién nacidos son en realidad manitúes en forma humana, como ocurre con los niños-trueno, que son nada menos que poderosos seres divinos venidos a la tierra para permanecer en ella durante algún tiempo o muchachas que personifican a una de las hermanas sagradas del cielo oriental». En tales circunstancias, también se considera preexistente el nombre de la persona en cuestión, y no se

puede reemplazar por otro nombre durante su existencia terrena. El carácter reservado y taciturno de un niño se considera criterio decisivo para asegurar que es de origen sobrenatural...

Las especulaciones acerca de la preexistencia de los hechiceros alcanzan su mayor grado de sutileza y sublimidad entre las tribus dakotas. Merece citarse el espléndido relato de Pond sobre sus ideas acerca de este tema. Escribe el autor: «La esencia original de estos hombres y mujeres, pues se manifiestan en ambos sexos, comienza a existir flotando en el éter. Del mismo modo que la semilla alada del cardo o del algodonero flota en el aire, también se dejan ellos mecer suavemente por los 'cuatro vientos' —*taku-skan-skan*— por las regiones del espacio, hasta que, en su debido momento, penetran en la morada de una de las familias de los dioses superiores, en cuyo trato íntimo son admitidos. Allí permanece el hechicero embrionario hasta que se familiariza con los caracteres, habilidades, deseos, caprichos y competencias de los dioses. Se asimila esencialmente a ellos, se impregna de su espíritu y llega a conocer perfectamente los cánticos, las fiestas, las danzas y los ritos sacrificiales que es necesario imponer a los hombres...».

Encontramos entre los mohaves un eco de estas mismas ideas en la creencia de que sus chamanes «estaban presentes en forma espiritual en los orígenes del mundo, cuando se distribuyeron todas las fuerzas, chamánicas y de todo otro orden...».

El futuro ser humano conoce muchas veces las gentes entre las que ha de vivir y hasta la madre de la que nacerá. Un chamán iowa «inspeccionó muchas tribus antes de decidirse a nacer como chamán iowa. No quiso a los winnebagos porque olían a pescado, y por eso pasó de largo hasta que descubrió a los iowas. Estos le parecieron buenos porque eran limpios, mantenían bien barridos sus campamentos y enviaban lejos a sus mujeres para la menstruación. Descendió y penetró en un recinto oscuro que tenía una puerta de piel de oso, y después de permanecer allí un poco tiempo, salió (es decir, nació). También el punto de vista etnocéntrico decide la elección de sus futuros padres por parte del chamán dakota, que no quiere nacer de una mujer blanca en parte porque desea «tener costumbres y vestidos como los dakotas», y en parte porque sus parientes, los seres que hacen el trueno, le darían muerte si le vieran nacer blanco e ignorante de sus instrucciones...

En cuanto a la entrada del alma en el embrión y su comportamiento mientras éste se desarrolla, hay diversas opiniones entre los indios norteamericanos...

Los datos que recogemos a continuación demuestran hasta qué punto varían las ideas sobre la encarnación del alma (o de las almas).

Algunos esquimales imaginan que los niños, al igual que los huevos, viven en la nieve y se arrastran hasta el seno materno. Los esquimales del Mackenzie tienen muchas ideas mutuamente incompatibles acerca de la encarnación. Unos creen que el alma (*nappan*) penetra con el agua cuando bebe la madre o que trepa desde el suelo cuando orina. Otros piensan que los niños reciben el alma en el momento de nacer. Y no faltan algunos que creen que el alma se infunde durante el embarazo, «sin que ella sepa cómo o cuándo». El aliento del futuro hijo de una mujer tanaina penetra en ella como un golpe de aire frío. El alma (libre) de un indio tinglit no se reencarna hasta que ya ha nacido el cuerpo al que debe unirse. El alma del indio hisla es frecuentemente el espíritu de un tío, que se posesiona del cuerpo antes de que nazca el individuo. El alma unitaria de los sanpoils se une ya al embrión. Entre los crees de las llanuras, el alma penetra en el cuerpo cuando se produce el nacimiento. Los indios naskapis reciben su «hombre grande» ya en estado embrionario. Según los shawnees, «el alma desciende a tierra y salta hasta la vagina de la madre y penetra en el cuerpo del niño inmediatamente antes de nacer». Jones escribe que, según la creencia de los ojibwas, «el manitú del otro lado del mundo» reparte sus almas a los hombres antes de nacer. Los indios zorros se imaginan que el alma vital permanece con el embrión mientras dura el desarrollo de éste, al paso que el alma libre queda fuera de la madre durante este mismo período, sin penetrar en el cuerpo del niño hasta que nace...

Se cree también que el niño tiene actividad anímica durante el estado embrionario, y así lo confirma la idea que tienen los indios acerca de la conciencia fetal. El niño siente y piensa durante el tiempo que pasa dentro del cuerpo de su madre. A veces esa conciencia se intensifica hasta el punto de la premonición y la clarividencia profética.

Entre los bella coolas se cree que cuando un niño grita en el claustro materno es señal de que poseerá una notable inteligencia. Un chamán del distrito del Lago del Oso Grande afirmaba que antes de nacer había visto una estrella, y que ésta le había revelado todas las medicinas para ejercer poder sobre los hombres. Entre los chipews se cree que el embrión advierte a la madre cuando se aproxima un espíritu maligno. Los indios lummis dicen que son capaces de escuchar antes de nacer lo que sus futuros parientes dicen, y que saben también lo que piensan; si en su mente albergan malos pensamientos, los abandona antes de nacer. Un astuto lenape afirmaba haber adquirido conocimientos sobrenaturales antes de haber nacido... Los indios saulteaux refieren que en la antigüedad

los indios tenían conciencia durante el estado embrionario, y que conocían todas las cosas referentes a la vida terrena, una capacidad profética que era uno de los signos del poder mágico, pero que tales cosas eran ya raras. Uno de ellos, sin embargo, explicó lo siguiente a Hallowell: «Supe que iba a nacer cuatro noches antes de que esto ocurriera. Mi mente estaba tan clara al nacer como lo está ahora. Vi a mi padre y a mi madre, y supe quiénes eran. Supe las cosas que un indio usa, sus nombres y para qué servían...». Se afirma que esta certeza se debe a que la persona ha vivido anteriormente entre seres humanos. Entre los indios zorros se cree que el niño escucha antes de nacer lo que dice su madre, y que la abandona si averigua que es una mujer pendenciera. Los hechiceros de los winnebagos, que son enviados al seno de las mujeres desde su preexistencia, mantienen su conciencia despierta ya en el momento de la concepción y mientras dura el período embrionario. Los chamanes de los wahpetones conocen todo lo relativo a su futura existencia ya antes de nacer...

Un chamán winnebago relataba dramáticamente todo lo que le había sucedido después de nacer: «Fui depositado entonces en tierra. No entré en el vientre de una mujer, sino que fui llevado a una habitación. Allí permanecí consciente todo el tiempo. Un día escuché el ruido que hacían fuera algunos niños pequeños y otros sonidos, y pensé salir fuera. Me pareció entonces que pasaba por una puerta, pero lo que realmente ocurría es que estaba naciendo de nuevo del vientre de una mujer. Cuando estaba saliendo, me dio de pronto una corriente de aire frío y empecé a gritar».

A. Hultkrantz, *Conceptions of the Soul among North American Indians* (Estocolmo 1954) 412-426.

88. EL ALMA HUMANA IDENTIFICADA CON OSIRIS Y CON LA NATURALEZA

(Textos de los Sarcófagos, 330)

Este pasaje contiene la más clara identificación del alma con la naturaleza que nos han legado los antiguos.

Si vivo o muero, soy Osiris,
a través de ti entro y reaparezco,
en ti me marchito y en ti crezco,
en ti perezco y caigo de costado.

Viven los dioses en mí porque vivo y crezco en el grano que sustenta a los Venerables.
Cubro la tierra,
si vivo o muero soy yo la cebada.
No soy destruido.
He penetrado en el Orden,
me apoyo en el Orden,
me hago señor del Orden,
surjo en el Orden,
hago definida mi forma,
soy el Señor del *Chennet* (¿granero de Menfis?).
He penetrado en el Orden,
he alcanzado sus confines...

R. T. Rundle Clark, *Myth and Symbol in Ancient Egypt* (Londres 1959) 142.

89. MANA: UNA CATEGORIA RELIGIOSA DE LOS MELANESIOS

La mentalidad melanesia está totalmente poseída por la creencia en una influencia o poder sobrenatural, llamada casi universalmente *mana.* Es la fuerza que produce todo cuanto está más allá de la capacidad humana o fuera de los procesos ordinarios de la naturaleza; se halla presente en la atmósfera de la vida, se adhiere a ciertas personas y cosas y se manifiesta en operaciones que sólo pueden atribuirse a su intervención. Cuando alguien lo adquiere lo puede dirigir y utilizar, pero su fuerza puede manifestarse en cualquier otro punto; su presencia se averigua experimentalmente. Un hombre encuentra casualmente una piedra que llama su atención porque presenta una forma extraña, porque se parece a cualquier otra cosa. Es una piedra singular, y en ella tiene que haber *mana.* El hombre discurre de este modo, y entonces hace la prueba. La entierra junto a las raíces de un árbol con cuyos frutos tiene alguna semejanza o la siembra en el suelo de su huerto. Si el árbol o el huerto producen una cosecha copiosa, eso demuestra que estaba en lo cierto, la piedra es *mana,* posee ese poder. Y si tiene ese poder, también podrá comunicarlo a otras piedras. Hay del mismo modo ciertas palabras, especialmente si se cantan, que tienen fuerza para lograr determinados fines; un conjuro recibe también el nombre de *mana.*

Pero este poder, que de por sí es impersonal, está siempre relacionado con alguna persona que lo dirige; lo poseen todos los espíritus y generalmente también los espectros. En cuanto a los

hombres, sólo unos pocos lo detentan. Si resulta que lo tiene también una piedra, es porque se lo ha comunicado algún espíritu; un hueso de un muerto tiene *mana,* porque su espectro permanece ligado al hueso. Un hombre puede tener relaciones tan estrechas con un espíritu o fantasma como para encontrarse dotado de *mana,* que podrá dirigir para obtener lo que desee; un conjuro es poderoso porque el nombre de un espíritu o fantasma expresado en forma de palabras le confiere el poder que el fantasma o el espíritu ejercen a través de él.

Todo éxito extraordinario es prueba de que el individuo posee *mana;* su influjo dependerá de que haya causado a los demás la impresión de que lo posee, y en virtud de ello puede ser aceptado como jefe. De ahí que el poder de un hombre, aunque se ejerza en el terreno político o social, se considere que es su *mana.* El término, lógicamente, se usa conforme a la idea que tienen los nativos del carácter sobrenatural de todo poder y todo influjo. Si un hombre tiene éxito en el combate, no lo debe al vigor natural de su brazo, a su vista aguda o a la inventiva que aseguran el éxito, sino que todo ello será debido a que ha logrado hacerse con el *mana* de un espíritu o de un guerrero muerto, que le confiere su fuerza a través de algún amuleto o una piedra que lleve pendiente al cuello, a través de un puñado de hierbas atado a su cinturón, que reside en un diente que lleva colgado de un dedo de la mano con que maneja el arco o en la forma de las palabras con que logra atraer a su lado la ayuda sobrenatural. Si los cerdos que posee un hombre se multiplican, si sus huertos producen mucho, no es porque sea trabajador y cuide de sus posesiones, sino a causa de las piedras cargadas de *mana* para los cerdos y los ñames que posee. Por supuesto, cuando se planta un ñame, éste crece naturalmente, la cosa es bien sabida, pero no se hará muy alto a menos que entre en juego el *mana;* una canoa no resultará rápida, una red no atrapará muchos peces, una flecha no será capaz de causar heridas mortales a menos que se consiga dotar de *mana* a todos estos objetos.

R. H. Codrington, *The Melanesians* (Oxford 1891) 118-120.

90. EL «MANA» POLINESIO

Mana y *tupu*[1] son conceptos que tienen mucho en común, pero que difieren radicalmente en un punto significativo. Ambos se re-

[1] Literalmente, «desplegar la propia naturaleza», honor.

fieren a un despliegue de la actividad y la vida, pero mientras que *tupu* denota una expresión de la naturaleza de las cosas y los seres humanos como desarrollada desde dentro, *mana* expresa algo de que se participa, una conjunción activa que por su propia naturaleza nunca está inextricablemente unida a una cosa o a un ser humano en concreto...

Mana, por consiguiente, es algo que puede darse tanto en el jefe como en la tribu o en la tierra, en una palabra: algo común a un grupo. Pero hay una diferencia en cuanto a la participación en el *mana,* y es que el jefe posee el *mana* de los demás. Este es el motivo de que su *mana* sea superior al de todos los otros, pues se «prolonga» en la tierra y en sus gentes.

Esta participación en el *mana* tiene una cierta dimensión impersonal por el hecho de que puede ser arrebatado al jefe y detentado luego por otro individuo. La impersonalidad, sin embargo, es sólo uno de los aspectos del *mana,* debido precisamente a que abarca el *mana* de la tribu y el de la tierra, y quizá podríamos añadir, también del jefe. Por otra parte, el *mana* tiene un aspecto personal con relación a la tribu, el jefe o la tierra, por el hecho de que cada cual participa de él. Esto se advierte con más claridad si atendemos a la relación del *mana* con el *tupu.*

El *tupu* y el *mana* de un individuo están íntimamente relacionados. Podemos afirmar que su *tupu* es el que le confiere su *mana,* o mejor, que se prolonga en su *mana,* de forma que *tupu* y *mana* se identifican en parte. De ambos depende la reputación del individuo. Los obsequios que el grupo de sus parientes entrega a un hombre con motivo de su boda son luego distribuidos por él entre los familiares de su esposa, pues «el *mana* es suficiente para ellos (es decir, para los nuevos esposos)»; en otras palabras: lo que les queda es el esplendor de los obsequios recibidos... Del mismo modo que la conjunción de *tupu* y *mana* demuestra que ambas cosas suelen darse juntas, pero no se identifican, hay otras asociaciones con el *mana* que, sin embargo, tampoco suponen identificación. Así, «el *mana* de Tane, su fuerza y su saber fijaron el cielo en lo alto». «El *mana* y la fuerza de la divinidad del lugar sagrado». «Estas cabezas (las de los enemigos) que fueron preparadas como trofeos, lo fueron como señal de que la tribu posee *mana* y el don de la victoria». «Su nombre (es decir, su fama) y su *mana* eran (ambos) muy grandes». «Es duro huir ante el enemigo, porque es señal de que el *mana* y el nombre (la fama) de la tribu han sido destruidos por los golpes de las armas de la tribu victoriosa». «En consecuencia, el temor que inspiraba su nombre, la grandeza de su *mana* y su nobleza superaban a los de todos los demás antepasa-

dos». «Tú tienes el *mana,* así que te corresponde pronunciar las palabras (es decir, tú tienes la autoridad)».

El saber, el valor que gracias al *mana* obtiene la victoria, la fuerza, el nombre (la fama) y el temor que ese gran nombre es capaz de inspirar, así como la autoridad que todo ello confiere son otras tantas realidades conexas con el *mana* como algo íntimamente unido a él. Estas realidades no son *mana,* sino que acompañan al *mana,* de modo que el *mana* dilata la vitalidad íntima del *tupu* en fortaleza, el coraje en valor victorioso, el honor en nombre (fama) y autoridad...

El *mana* se relaciona únicamente con el impulso a actuar, pero este impulso se concreta en la acción misma. «Si Maui no hubiera sido muerto por este dios (Hine-nui-te-po), el impulso de Maui hubiera conseguido el *mana,* y los hombres hubieran vivido para siempre»; el impulso de Maui se hubiera concretado como una consecuencia de su *mana.* Lo mismo advertimos en el siguiente pasaje: «Sólo entonces repitieron un *karakia* (conjuro) a Rangi para que el tapón de los manantiales fuera quitado y brotara el agua. Su deseo tuvo realmente *mana,* y el agua brotó».

El elemento dinámico del mana, su despliegue, irrumpe con fuerza cuando se utiliza la palabra como verbo. El carácter verbal hace que la dimensión del mana como comunión o hermandad pase a segundo término, cosa que sólo se justifica si tenemos siempre en cuenta que el elemento dinámico sólo puede entrar en juego cuando está respaldado por ese trasfondo...

El jefe es el que posee ese *mana* común a él mismo, al grupo o parentela y a la tierra, y de ahí el puesto singular que le corresponde. Ello significa además que su *tupu* se extiende a un campo más amplio que el de los restantes mortales. Traducido a lenguaje europeo, podríamos decir que su personalidad actúa sobre un ámbito más extenso. Podríamos también decir que el *mana* es el elemento que le asigna ese campo de actividad, pero que el grado de su despliegue vendrá determinado por su propia personalidad. Un jefe que posea carácter firme, valor, fuerza, en una palabra: un gran *tupu,* también hará fluir de su persona el *mana* del grupo y de la tierra a través de su personalidad, de su *mana.* De Kupe, un jefe de Hawaiki, se pudo decir que «su *mana* impregnó a la población de las islas».

Este *mana,* que impregna a todo el grupo parental, es la base de la autoridad del jefe. Su demostración práctica está en el hecho de que otros hacen lo que él quiere que hagan. Algunos maoríes escribieron en una carta de despedida al gobernador Grey: «Fue vuestro *mana* el que puso fin a los disturbios en este país». Por

supuesto, los maoríes consideraban a Grey como una especie de gran jefe y experimentaron su *mana* en la autoridad que ejerció para pacificar el país...

Este *mana* que se extiende al pueblo y a la tierra, en el jefe se encuentra, por consiguiente, matizado por su propia personalidad. No se trata de una sustancia misteriosa, sino de una comunidad sobre la que él deja su impronta y a la que domina por su propia condición personal. No hay, por tanto, paradoja alguna al afirmar que cuanto mayor es el *mana* del jefe, más ampliamente se extiende y más concentrado está al mismo tiempo en su persona. Puede llegar a constituir una parte tan esencial de la personalidad del jefe que los maoríes dicen en pocas palabras: «El jefe es *mana*». «Adiós, tú, el *mana* del país», cantan en sus endechas al jefe difunto...

De ahí que evidentemente el grupo parental haya de honrar *(manaaki)* a su jefe para que su *mana* permanezca. «En él es honrado al mismo tiempo el *mana* capital», se dice simplemente. A la naturaleza de esta comunidad, sin embargo, pertenece que el jefe comunique a los demás algo de su propia vida, y ello nos ilustra sobre la obligación que tiene de honrar a su propia gente, pues de este modo crea *mana* y al mismo tiempo hace que su pueblo se le adhiera al impregnar toda la comunidad con su propia valía personal. El medio mejor para conseguirlo es hacer regalos. «Esto es *mana* de Rehua», dicen admirados los maoríes al contemplar la liberalidad de su jefe, y como Rehua era de naturaleza divina, se entiende que el jefe adquiere también mucho *mana* al hacer regalos.

De la conexión directa entre *mana* y *manaaki* podemos deducir también por qué resultaba imposible averiguar si una persona honraba a los demás por su propia conveniencia o por hacerles algún beneficio. Y es imposible porque se honra a la comunidad con vistas al incremento del *mana*...

El *mana* nos ofrece una imagen plástica de la comunidad maorí porque sintetiza su vida. Todos los hombres libres poseen *mana,* es decir, participan de la misma comunidad. En consecuencia, todos tienen algo que decir conforme a su *mana,* es decir, en la medida en que participan de la comunidad. De ahí que el jefe no sea en absoluto un autócrata, sino que influirá en la medida en que él mismo contribuya a aumentar el *mana.* Añádase a esto que ocupa una posición singular como jefe, y que tal hecho se expresa mediante la fórmula de que el *mana* de toda la parentela está con él. Esto significa que se le da la posibilidad de afirmarse como a nadie más. El grupo parental nunca actuará sin antes consultarle...

Este punto importante, a saber: que el *mana* es la vida comuni-

taria, no parece haber sido advertido antes, a menos que esto fuera lo que quería decir Best cuando escribía: «Cuando alguien estudia el término *mana,* se advertirá que *mana* y *ora* (vida) son términos casi sinónimos en el caso de los antiguos maoríes».

El secreto del *mana* está en que la vida comunitaria, la «hermandad», penetra a todos hasta sus profundidades íntimas: podríamos decir que viven el *mana.* Una fuerte personalidad singular puede conferir su estilo a toda la comunidad, pero tal cosa no sucederá nunca por la fuerza de una imposición desde el exterior, sino por el hecho mismo de que la comunidad está de tal modo configurada que todos sus miembros tienen un «ser», una «naturaleza» conforme al elemento dominante del *mana*...

El *mana* del jefe no es sólo el del grupo parental, sino también el de la tierra. «El gran *mana* de este terreno está en él solo», se dice por todas partes acerca de Te Rauparaha. El *mana* del país es parte del *mana* del grupo parental, y como éste se halla en una relación determinativa con respecto al país semejante a la que une al jefe con el grupo, los maoríes pueden decir, sin que en ello haya inconsecuencia alguna, que el *mana* del país actúa también a través del grupo parental.

Cuando estos pueblos emigraron, se llevaron consigo el *mana* del país, y desde aquella época todos los jefes y todas las tribus se han esforzado por conservarlo. Según lo que en el fondo implica el *mana,* esto se consigue únicamente viviendo en contacto estrecho con la tierra. «Es una costumbre que nos viene de nuestros antepasados la de vivir en un lugar de nuestro país. Más tarde, la tribu marchó a otro sitio, vivió allí y cultivó allí la tierra, de forma que el *mana* de nuestro país se mantuviera con nosotros, para que nuestras hogueras ardieran siempre sobre la ancha extensión de nuestro país y que el país no fuera ocupado por otras tribus».

Los maoríes son capaces, desde luego, de hacer valer sus derechos sobre una tierra por la fuerza de las armas, pero un pasaje como el que acabamos de citar demuestra que si la posesión de la tierra se identifica prácticamente con la posesión de su *mana,* ello se debe al hecho de que la posesión hace posible vivir en contacto con el país, del mismo modo que se vive en contacto con la tierra, habitándola, cultivándola y, en general, utilizándola. Este último factor que hemos mencionado no es el menos importante. La posesión del *mana* de la tierra ha de manifestarse en una cierta comunidad con el país, es decir, demostrando que se conoce el medio de hacer que sea productivo...

El *mana,* en general, es tan necesario a los maoríes porque no pueden influir eficazmente en su entorno sin establecer con éste

una cierta comunidad, es decir, sin poseer su *mana* o, en otras palabras, sin impregnar su *mana* de la propia personalidad. Hay que poseer el *mana* del *kumara*[2] para que su mano pueda hacerlo medrar, y si le ha sido quitado el *mana* por medio de los *mauri*[3], será preciso restituírselo de algún modo.

El *mana* es tan necesario en su aspecto de comunidad que un maorí deberá poseerlo incluso en relación con un enemigo al que se opone en el combate. En relación con esta idea hemos de decir también que al enemigo se le llama *hoa-riri* o, más raramente, *hoa-whawhai* y *hoa-ngangare;* los tres términos vienen a significar lo mismo, «camarada de lucha», ya que *hoa* tiene el significado de «camarada, compañero», y se aplica a la esposa o al compañero de viaje. No es de extrañar, por tanto, que se hable en este terreno de compañerismo, aunque la idea tiene aquí un sentido completamente distinto de cuando se aplica al grupo parental. El compañerismo quiere decir aquí que los maoríes no pueden emprender un combate en sentido puramente material, sino que han de hallarse en una cierta relación interior con su enemigo. Las manifestaciones externas de la lucha sólo tienen importancia desde el punto de vista de quién posee un *mana* más fuerte, es decir, que importa ante todo saber quién es capaz de vencer desde dentro a su enemigo, haciendo que desfallezcan de este modo la voluntad y la fiereza del antagonista, de modo que las armas puedan lograr la victoria.

Lo característico del «compañerismo» de combate en contraste con la «comunidad» de paz es el hecho de que en la lucha cada contendiente tratará de dominar por completo la «compañía»; este hecho se expresará diciendo que se ha arrebatado al enemigo su *mana* o que se le ha dominado con el propio *mana.* Son dos aspectos de la misma cosa. Desde este punto de vista sólo hay una diferencia de grado, pero muy importante, entre el compañerismo de guerra y el compañerismo de paz...

Teniendo en cuenta estos ejemplos, en que se demuestra cómo el *mana* vence y es vencido, entenderemos que pueda decirse de un *tangata haere,* un vagabundo, que posee *mana.* No tendrá, a semejanza del jefe, el *mana* de su pueblo y de su país, pero es evidente que con ello se quiere dar a entender que se trata de una fuerte personalidad capaz de someter, dondequiera que esté, a las personas y a las cosas bajo su voluntad, y que lo consigue —nótese bien— tomando posesión de su vida, creando a su alrededor un

[2] Batata.
[3] Objetos sagrados.

ambiente que es su *mana,* que es también una forma de comunidad, ya que logra incluir a los demás en él. El hombre en cuestión fue de hecho uno de los grandes antepasados de una tribu waitako, hasta el punto de que una de estas tribus, la Ngatimahuta, recibió su nombre de uno de sus hijos...

Finalmente, ya tenemos una base para entender del todo cómo el *mana* es algo personal e impersonal al mismo tiempo. El aspecto personal se manifiesta en el hecho de que quien posee un *mana* más intenso, es decir, quien lleva una vida más intensa dentro de la comunidad, por ello mismo logra marcar su impronta en ella. El aspecto impersonal se sitúa en el polo opuesto, y significa que el *mana* es una comunidad, y que puede apropiárselo quien sea capaz de ello. La comunidad, por consiguiente, viene a ser una potencia impersonal que puede ser utilizada por el individuo que acierta a encontrar el medio de conseguirlo.

J. Prytz Johansen, *The Maori and His Religion* (Copenhague 1954) 85-99.

C. *TIPOS DE SACRIFICIO*

91. EL SACRIFICIO ENTRE LOS NUERS

Los nuers son un pueblo ganadero que habita en el Sudán Nilótico. Sus prácticas y creencias religiosas han sido atentamente estudiadas con gran conocimiento por E. E. Evans-Pritchard. Los resultados de sus veinticinco años de investigación han sido publicados con el título de «Nuer Religion»; de esta publicación tomamos los siguientes textos.

Los nuers ofrecen sacrificios en numerosas ocasiones: cuando un hombre cae enfermo, cuando se ha cometido un pecado, cuando la esposa es estéril, a veces con motivo del nacimiento del primogénito, cuando nacen gemelos, al celebrarse la iniciación de los hijos, el matrimonio, los funerales y demás ceremonias mortuorias, en las fiestas periódicas en honor de uno u otro de los muchos espíritus de los antepasados difuntos, antes de ir a la guerra, cuando una persona o una propiedad ha sido herida por el rayo, cuando surge una amenaza o se sufren las consecuencias de una plaga o del hambre, cuando se prepara una gran expedición de pesca, cuando se experimenta el acoso de un espectro, etc.

Si examinamos atentamente todas estas ocasiones, veremos que los sacrificios ofrecidos por los nuers se dividen en dos grandes apartados. La mayor parte de los sacrificios se ofrece para prevenir un peligro que amenaza al pueblo, por ejemplo, a causa de algún pecado, para aplacar un espíritu enojado o cuando nacen gemelos, aunque también el motivo puede ser el deseo de aminorar o alejar del todo un mal que ya ha sobrevenido, como una plaga o una enfermedad grave. En todas esas ocasiones interviene el Espíritu, unas veces para bien, pero la mayor parte de ellas para mal, en los asuntos humanos, y esa intervención siempre es peligrosa. Toda desgracia o peligro grave es señal de que están actuando los espíritus. Los sacrificios se ofrecen en estos casos por una o varias personas, no por todo el grupo social, e implican una idea de propiciación, expiación o similares intenciones. Por tratarse de los sacrificios más comunes y, por consiguiente, los más específicamente religiosos, les dedicaré atención especial. Hay otros sacrificios que acompañan a las diversas actividades sociales, especialmente las consistentes en «ritos de transición», tales como la iniciación, el matrimonio y la muerte.

No podemos establecer una distinción absoluta entre ambos tipos de sacrificio. El sacrificio que acompaña a los «ritos de tran-

sición» puede contener elementos significativos característicos del otro tipo. Los sacrificios que se ofrecen con ocasión del matrimonio —los esponsales, la boda, la consumación— son el mejor ejemplo del segundo tipo. El sacrificio que tiene por objeto impedir las consecuencias de un incesto grave lo es del primer tipo. En el sacrificio que pone fin al luto tenemos un caso en que se mezclan elementos de ambos tipos. Se trata de un sacrificio rutinario en el contexto de unos «ritos de transición», pero su objeto es al mismo tiempo suprimir la contaminación que trae consigo la muerte y cualquier mal que pueda haber en el corazón del hombre. Para analizar el significado o los significados del sacrificio es necesario hacer esa distinción, a pesar de las coincidencias. Hablaré de un tipo como sacrificio personal, mientras que llamaremos sacrificio colectivo al otro. Con estos términos tratamos de fijar la atención en la distinción formal que hay entre sacrificios ofrecidos por las personas y los otros que tienen por objeto beneficiar a los grupos sociales, pero veremos que también se diferencian en cuanto a la intención, ya que los primeros tienen una finalidad eminentemente piacular, mientras que los segundos poseen un valor confirmatorio, o para decirlo con palabras de Hubery y Mauss, los primeros son sacrificios de «desacralización» (hacen que lo sagrado se vuelva profano, apartan al Espíritu del hombre), mientras que los segundos son sacrificios de «sacralización» (hacen sagrado lo profano, traen el Espíritu al hombre).

La finalidad primaria de los sacrificios colectivos, y también su función principial, es la de confirmar, establecer o corroborar un cambio que se ha producido en la condición social del individuo, que pasa de muchacho a hombre, de doncella a esposa, de hombre vivo a espectro; el paso de una a otra etapa de la vida del individuo, la unión de los grupos emparentados al establecer nuevos vínculos de afinidad, el término de una venganza de sangre, y todo ello haciendo intervenir como testigos a Dios y a los espíritus, que están directamente interesados en el cambio que se produce. Las ceremonias estarían incompletas y resultarían ineficaces sin el sacrificio, pero éste no es más que un elemento dentro de un conjunto de ceremonias, danzas y ritos de distintas clases, que por sí mismos carecen de significado religioso. Su importancia radica en el hecho de que sacraliza el acontecimiento social y las nuevas relaciones que en su virtud se establecen. Solemniza el cambio de condición o las relaciones, otorgándoles una sanción religiosa. En tales ocasiones suele tener el sacrificio un carácter destacadamente festivo y eucarístico...

Es rasgo característico del pensamiento religioso de los nuers

el hecho de que estos sacrificios ofrecidos como parte de ciertas actividades sociales se refieran a las relaciones que se establecen en el orden social, no a las que existen entre el hombre y su entorno natural. En los relatos sobre los pueblos africanos se dice muchas veces que sus sacrificios están relacionados con el agua, la lluvia, la fertilidad del suelo, la sementera, la fructificación, la cosecha, la caza y la pesca. Generalmente, los nuers no practican nunca sus sacrificios en relación con estos procesos, y ciertamente no hay entre ellos ningún rito regular y obligatorio en este sentido. Si algún rito se celebra en alguna circunstancia de éstas, como cuando se prepara una expedición de pesca en gran escala, rara vez se trata de un sacrificio, y cuando lo es, no se considera ni necesario ni importante. Todo esto podrá deberse a una falta de interés hacia la agricultura y la caza, pero el motivo es también que los nuers entienden que la naturaleza es una realidad dada ante la que adoptan una actitud pasiva y resignada. No creen que sea posible influir en ella para su propio provecho, pues no son más que un pueblo ignorante..

Todo lo que sucede en ese ámbito obedece a la voluntad de Dios, que ha de ser aceptada. De ahí que los nuers muestren escaso interés por los ritos para hacer llover y que incluso crean que la idea de pedir a Dios que envíe la lluvia antes de la sementera es pura presunción. Esta mentalidad queda bien ilustrada en uno de sus relatos en que se cuenta cómo sobrevino la muerte a una muchacha por haber pedido que el sol se detuviera hasta que ella terminara su trabajo. Los nuers miran más bien hacia su interior, al cerrado y reducido mundo social en que viven ellos y sus ganados. Sus sacrificios están relacionados con sus crisis morales y espirituales, no con las naturales.

Ahora hemos de preguntarnos ante todo a quién se ofrecen estos sacrificios. Con esto nos enfrentamos de nuevo al problema de lo uno y lo múltiple. Cuando se trata de expiar un pecado o de limpiarse de una impureza, el sacrificio se ofrece sólo a Dios. También en las calamidades más graves, como las epidemias y pestes. También cuando alguien es herido por el rayo, en relación con la muerte y en casos de enfermedad no atribuida a una causa específica. Nos hallamos aquí ante circunstancias comunes a todos los hombres y ante realidades universales, la ley moral que es idéntica para todos, situaciones que afectan al interés común, peligros y desgracias que recaen sobre todos y cada uno por igual. Pero los sacrificios pueden ofrecerse también, en determinadas circunstancias, a uno u otro de los espíritus, por ejemplo, a un espíritu del aire antes del combate o cuando se cree que es el responsable de la enferme-

dad que padece un individuo o se teme que pueda causarla; también se ofrecen sacrificios, como hemos dicho en capítulos anteriores, a un espíritu totémico o del mundo inferior. Nos hallamos aquí ante situaciones más particulares y específicas, ante las relaciones que unen a unos individuos determinados con el Espíritu, pero no a otros, en una o en otra de las formas específicas de lo espiritual. Sin embargo, como anteriormente he explicado, estos espíritus pueden ser considerados como hipóstasis, representaciones o desdoblamientos de Dios, y en la medida en que ello sea así, podría afirmarse que el sacrificio que se les ofrece es también un sacrificio que va dirigido a Dios...

La víctima sacrificial por excelencia es el buey, y en determinadas ceremonias importantes, como las bodas o las que se celebran para poner término a la venganza de sangre, la víctima obligada es el buey. También se sacrifican bueyes en tiempos de calamidad general, a veces cuando enferman de peligro las personas, y ocasionalmente a los espíritus. El buey puede sustituirse por una vaca estéril. Los toros son sacrificados únicamente en uno de los ritos para zanjar venganzas de sangre, y ocasionalmente, aunque sólo reses viejas, en honor del padre difunto. Excepto en los casos dichos, la víctima ha de ser del género masculino, pero castrada. En todo caso se castrará inmediatamente antes del rito. Las vacas fecundas sólo son sacrificadas con ocasión de las ceremonias mortuorias, y entonces sólo por personas ancianas, como un tributo a la dignidad que ostentaban en el grupo. No importa el color de la víctima, aunque en determinadas ceremonias se prefieran animales que ostentan ciertas marcas...

Hemos hablado de a quién se ofrece el sacrificio y qué es lo que se sacrifica. Ahora hemos de preguntarnos por la persona que sacrifica, cuándo y dónde. Ante todo hemos de distinguir entre la persona (o el grupo social) en cuyo beneficio se hace, a quienes llamaremos sacrificadores, aunque ello entrañe algún peligro de malentendernos, ya que no toman parte activa en el rito que se ejecuta en su beneficio, y quienes actúan en su nombre, los actores del drama, que pueden ser varios al mismo tiempo. Hay individuos que toman parte en las invocaciones y otros en el acto de la consagración. Puede ser un individuo el que presenta la víctima, otro el que la consagra y pronuncia sobre ella las invocaciones y otro distinto el que la degüella. Sin embargo, hay siempre uno o más actores principales, los que se encargan de las consagraciones e invocaciones, más bien que de la degollación de la víctima, pues entre los actores son aquéllas las acciones más importantes en la serie de ritos que integran el sacrificio. En consecuencia, llamare-

mos oficiante a cada uno de los que, después de consagrada la víctima, hacen una invocación sobre ella; pueden ser varios. En algunos sacrificios, especialmente los de tipo colectivo, cualquier persona está autorizada a invocar a Dios; algunos funcionarios en concreto deberán hacerlo o en todo caso se estima muy conveniente que lo hagan. Normalmente cualquier anciano, habitualmente el jefe de la familia a que pertenece el sacrificador, puede oficiar en los sacrificios de carácter personal. Generalmente será uno de los parientes por línea paterna del sacrificador, pero no importa que no lo sea. El sacrificio se ofrece a Dios, no a los espíritus, y por ello no importa quién sea el oficiante. Un joven no podrá ser oficiante si hay una persona mayor presente, pero se trata de pura conveniencia social; no hay impedimento ritual para que actúe. Las mujeres no sacrifican. Pueden asistir al acto de la consagración con cenizas y pueden orar, pero no hacen invocaciones sobre la víctima ni la degüellan. Ni el sacrificador ni el oficiante han de hallarse en estado de pureza ritual. Es ésta una idea completamente ajena a los nuers...

Casi todos los sacrificios, sean personales o colectivos, presentan los mismos rasgos generales. Si prescindimos de los detalles, la descripción de uno de ellos nos dará idea de casi todos. La víctima es conducida al lugar del sacrificio y allí se ejecutan sucesivamente los cuatro actos de que se compone el drama sacrificial: presentación, consagración, invocación e inmolación. Pueden añadirse otras ceremonias, como libaciones y aspersiones, junto con himnos, que se entonan especialmente en los sacrificios a los espíritus, aunque no necesariamente. Los cuatro ritos esenciales del sacrificio son los que hemos mencionado, y forman lo que podríamos llamar el canon del sacrificio...

Dios toma el *yiegh,* la vida. Para el hombre queda el *ring,* la carne, lo que resta después de realizado el sacrificio. El cuerpo del animal se despelleja y descuartiza apenas ha caído muerto. En la mayor parte de los sacrificios la carne es consumida por los miembros de la familia y los parientes de la persona por la que se ofreció la víctima. En los matrimonios y en casi todos los demás sacrificios colectivos se reparte en porciones conforme a la tradición entre los parientes por línea paterna y materna; también tienen derecho a una parte los compañeros de edad del dueño de la víctima y los parientes por línea colateral. Si el oficiante principal no es miembro de la familia o pariente cercano, sino un maestro de ceremonias de la familia, un sacerdote o un profeta, también recibe su porción.

Esta parte del ritual suele despertar el interés de muchos asistentes y no sólo de los directamente interesados en el rito. Como

se trata de una acción pública, los asistentes, lo mismo si están directamente interesados en el asunto que si no les concierne, se congregan para observar cómo se hace la distribución de las porciones, y suele haber mucho griterío y discusiones mientras que los interesados, no sin cierto buen humor, se disputan los trozos de carne, tiran de la canal para llevársela, se disputa y reclaman las porciones. Incluso los extraños que aciertan a pasar por allí, si reclaman con insistencia, recibirán también una parte. Según las circunstancias, cada cual se lleva la carne que le ha correspondido a su casa, quizá situada en otra aldea, para cocinarla y comerla, o se encargan de este menester las mujeres de la familia que ha ofrecido el sacrificio, y luego se come la carne en grupos por edades, sexo y parentesco.

La carne se guisa, se sirve y se come como si se tratara de los despojos de un animal salvaje muerto en una cacería. Habitualmente se cuece, aunque algunos bocados se asan al rescoldo de un fuego. Pero hemos de señalar que el despiece de la víctima, la preparación de la carne y el acto de comerla no forman parte del sacrificio. Considerar la comida de la víctima sacrificial como parte del rito sería tanto como tomar la fiesta de bodas como parte del rito matrimonial en nuestros países. Pero si bien es cierto que no forma parte del rito y que carece de significado sacramental, es un elemento de la ceremonia en sentido amplio y posee un alcance social. Hemos de tener en cuenta que un sacrificio, aunque sea de carácter expiatorio, es ocasión para celebrar una fiesta, y que en las circunstancias en que viven los nuers, y habida cuenta de las convenciones sociales, lo más verosímil es que todos los vecinos participen en él de una o de otra forma.

E. E. Evans-Pritchard, *Nuer Religion* (Oxford 1956) 197-215.

Cf. también n.º 299.

92. EL SACRIFICIO DEL OSO ENTRE LOS AINUS

Los ainus viven actualmente en Hokkaido (norte del Japón), Sakhalin y las islas Kuriles. Descienden de un grupo étnico arcaico originario probablemente del centro o el norte de Siberia. La fiesta del oso, «Iyomante» o «Kamui Omante» (literalmente, «despedir» o «enviar fuera» al «kamui», es decir, «al dios») es la ceremonia más importante que se celebra entre los ainus.

Los ainus, cazadores de osos, se sienten muy felices cuando pueden llevar a sus casas uno o dos cachorros de este animal para celebrar una gran fiesta. Se sabe de muchos individuos que han arriesgado su vida para conseguir uno, y cuando se han apoderado de un cachorro, lo llevan a su casa con mucha alegría, y, por supuesto, se embriagan para festejar la ocasión. A veces es posible ver cachorros muy pequeños viviendo en la misma choza con las personas, jugando con los niños y tratados con toda clase de cuidados. De hecho, a veces están mejor atendidos que los mismos niños, y he conocido casos en que la gente lloraba amargamente cuando moría uno de estos cachorros. Pero cuando crecen lo suficiente como para resultar peligrosos y causar el más leve daño a las personas con su abrazo, o cuando sus zarpas son tan fuertes que ya no resultan agradables sus golpes, se les encierra en una fuerte jaula hecha de troncos, donde se les deja generalmente hasta que alcanzan la edad de dos o tres años, y entonces se les da muerte para celebrar la fiesta...

Cuando ha llegado el momento de sacrificar el joven oso, el día anterior a esta fiesta, que para nosotros resulta cruel y bárbara, el dueño manda recado a todos los habitantes de la aldea y los invita a que acudan y tomen parte en la celebración... La última forma de invitación que escuché decía así: «Yo, fulano de tal, me dispongo a sacrificar la querida cosita divina que vive en las montañas. Mis dueños y amigos, acudid a la fiesta; nos uniremos en el gran placer de despedir al dios. Venid»...

Cuando los invitados llegan al lugar del sacrificio, penetran en la choza y se sientan en torno al hogar, los hombres en primera fila y las mujeres detrás. Se cuecen y tuestan tortas de mijo, y se prepara una especie de espesa cerveza blanca de mijo. Las mujeres beben lo que les dejan sus maridos; según mis noticias, es una cantidad muy pequeña si la bebida en cuestión es *sake,* que resulta muy caro, en lugar de la cerveza. Pero aún no ha comenzado la verdadera fiesta; todo lo anterior no es otra cosa que los preliminares.

Cuando ya están reunidos todos los invitados, hacen cierto número de *inao* [1], y los hincan en el hogar. Se invoca entonces a todos los dioses y se les invita a que tomen parte en la fiesta con todos ellos. Una vez finalizado este acto de culto, se toman con reverencia casi todos los *inao* y se sacan al lugar del *nusa* [2], donde se hincan de nuevo, y se tienden al pie de los mismos dos largos y fuertes

[1] Tiras de madera usadas con fines religiosos y rituales.
[2] Un conjunto de *inao.*

postes. Salen luego los hombres de la choza, adornados con sus coronas totémicas, y se acercan solemnemente a la jaula en que está encerrado el oso. Les siguen las mujeres y los niños cantando, bailando y dando palmadas. A un lado y otro del lugar del *nusa* se van colocando todos ordenadamente, y se sientan formando un amplio círculo, los ancianos en primera fila. Después de esto se designa a un individuo para que se acerque al oso y se siente frente a él, con objeto de explicar al animal que se disponen a enviarlo junto a sus antepasados. Le pide perdón por lo que van a hacer, le ruega que no se enoje y le explica el gran honor de que va a ser objeto, consolándole además con el gran número de *inao* y la abundancia de licor, pasteles y otras golosinas que con él van a enviar. Le explica asimismo que si es un oso bueno y agradecido, volverá a aparecer para recibir el mismo trato. La última de estas alocuciones que escuché decía así: «Oh tú, divino, tú fuiste enviado al mundo para que nosotros te cazásemos. Oh tú, preciosa y pequeña divinidad, te adoramos y te pedimos que escuches nuestra plegaria. Te hemos alimentado y te hemos criado con muchas fatigas y preocupaciones, y todo porque te queremos. Ahora ya te has hecho grande y te vamos a enviar junto a tu padre y tu madre. Cuando llegues junto a ellos, ten la bondad de hablarles bien de nosotros y explicarles lo buenos que hemos sido contigo. Ten la bondad de volver junto a nosotros y te sacrificaremos».

Una vez pronunciada esta plegaria, otro de los ainus se acerca a la jaula del oso y sujeta la cabeza de la víctima con una maroma con la que se ha hecho un lazo para tal propósito. Se pasa el lazo por el cuello y la pata delantera de tal forma que no pueda ahogarse el animal al debatirse. Se le echa luego un segundo lazo del mismo modo por el lado opuesto. De este modo, cuando el animal sale de la jaula va sujeto por los dos individuos, uno a cada lado. Cuando el animal es demasiado corpulento, se le ata una tercera soga a los cuartos traseros, y un hombre la sujeta desde atrás, preparado para tirar fuerte de ella en caso necesario.

Tan pronto como el pobre animal está fuera de la jaula, todo el círculo de los asistentes prorrumpe en gritos y palmadas mientras el oso es llevado hasta el centro. Una vez situado allí el animal, todos le disparan flechas romas, llamadas *hepere-ai,* «flechas de cachorro», para excitarlo. Los gritos se hacen ensordecedores y el oso se suele enfurecer. Cuanto mayor es la rabia del animal, más contentos se muestran los asistentes. Pero si el animal se niega a moverse, se le excita con un palo, al que se da el nombre de *takusa,* y que en uno de sus extremos lleva un penacho hecho de *Arundinaria.* Cuando la fiera, excitada y debatiéndose, da señales

de agotamiento, se coloca en el centro un poste al que se ata el oso, mientras los asistentes permanecen formando un círculo a su alrededor. El poste se adorna con virutas *inao* y hojas de *Arundinaria,* y se le da el nombre de *tushop-ni,* es decir, «árbol que sujeta la soga».

Cuando el oso queda firmemente atado, se le disparan flechas romas con renovada energía; la fiera gruñe y se revuelve hasta quedar completamente exhausta. Llega entonces el momento de mayor emoción, que además constituye para los actores una verdadera prueba de valor. Unos jóvenes ainus se abalanzan sobre el oso y lo agarran por las orejas y el pelaje de la cara, mientras otro lo sujeta por los cuartos traseros. Ambos forcejean con el animal, que abre sus fauces. Entonces otro individuo se adelanta con un tronco de madera de unos sesenta centímetros de largo, y lo incrusta entre las fauces del animal. La pobre fiera, enfurecida, lo muerde con rabia, y de este modo lo sujeta fuertemente con sus dientes. Avanzan a continuación otros dos hombres, uno por cada lado del oso, y asiendo las patas delanteras tiran de ellas con todas sus fuerzas, mientras otros dos hacen lo mismo con las patas traseras. Cuando el animal queda bien sujeto, se traen los dos largos postes que habían sido colocados junto al *nusa,* y que reciben el nombre de *ok numba ni,* es decir, «postes de estrangular». Uno se coloca bajo el gaznate del animal, y el otro sobre la cerviz.

Un buen arquero, que ha sido elegido por los hombres, se acerca entonces y dispara una flecha en el corazón de la fiera, con lo que se pone fin a sus tormentos. Es necesario disparar de modo que no brote la sangre, pues por las razones que sea, se considera una desgracia si la sangre llega a caer en tierra...

Tan pronto como el oso ha recibido el disparo, es conducido hasta dos postes que previamente se han colocado en tierra a tal fin; la cabeza del animal se apoya sobre uno de ellos, y el otro se pone sobre la cerviz. Todos gritan entonces y se acercan corriendo y acosan al animal hasta que su vida se extingue. Según dicen, es necesario evitar que la fiera lance ningún bramido durante la agonía, pues tal cosa traería muy mala suerte; no pude enterarme del motivo. Los asistentes se muestran muy excitados mientras la bestia perece estrangulada, hasta el punto de que a veces se atropellan unos a otros en su ansiedad por tomar parte en la muerte del oso. De este modo perece la fiera, con lo que se da por finalizada la primera parte del sacrificio.

Una vez que el animal ya está muerto, es despellejado y se le corta la cabeza, pero de forma que la piel quede sujeta a ésta, y se lleva hasta la ventana orientada al este, donde se coloca sobre

una estera llamada *inao-so,* y es adornada con virutas *inao,* pendientes, collares y otras cosas; en una ocasión pude ver entre estos adornos unas viejas empuñaduras de espada y un espejo japonés. Después se corta un pedazo de su propia carne, que se coloca bajo el morro; se le da el nombre de *not-pok-omap,* que significa «lo de debajo de la mandíbula».

Luego se hace un paquete cuidadosamente envuelto con un trozo de pescado seco y un alzador de bigote, y se coloca delante de la cabeza del oso, junto con pasteles de mijo, un cuenco que contiene carne del mismo oso cocida y un poco de *sake.* El pescado seco recibe el nombre de *sat-chep shike,* «el paquete de pescado seco». El cuenco de carne cocida se llama *marapto itangi,* «la copa de la fiesta». Hecho todo esto, un hombre pronuncia esta oración: «Oh cachorro, te ofrecemos estos pastelillos *inao* y este pescado seco; llévalos a tus padres y diles: 'He sido criado durante mucho tiempo por un padre y una madre ainus, y he estado a cubierto de toda pena y de todo daño. Como ya he crecido, vuelvo con vosotros. También os traigo estos *inao,* pasteles y pescado seco. Alegraos, os lo ruego'. Si tú les dices todo esto, se alegrarán mucho».

Otra plegaria dice así: «Mi querido cachorro, te ruego que me escuches. Te he cuidado durante mucho tiempo, y ahora te obsequio con *inao,* además de otras cosas buenas que te han sido ofrecidas aquí. Tómalo todo y marcha a tu padre y a tu madre. Marcha felizmente y haz que se regocijen. Cuando llegues allá, convoca a una multitud de divinos invitados y prepara una gran fiesta. Vuelve de nuevo a este mundo para que yo, que te he criado, te vuelva a encontrar y pueda criarte otra vez para el sacrificio. Te saludo, mi querido cachorro; marcha en paz».

Una vez concluida la plegaria, se ensartan en palos los pastelillos de mijo y se colocan junto a la cabeza. Se dice que son para la fiesta que se celebrará en el mundo nuevo, pues no sería decoroso comparecer ante los propios antepasados sin llevarles provisiones suficientes para celebrar un banquete. Se les llama *imoka-shike,* es decir, «los restos de la fiesta». Los hombres se colocan de nuevo sus coronas, que durante la lucha con el oso se les han caído o desajustado. Hecho esto, todos se ponen a danzar... Una vez terminada la danza, regresan a la choza y confeccionan muchos *inao,* que colocan luego sobre la cabeza del oso. Entre tanto se ha cocido parte de la carne del oso, y se prepara un nuevo cuenco que se coloca ante el morro del oso, diciendo que se le hace participar en el *marapto itangi,* es decir, «el cuenco de la fiesta».

Pasado un corto intervalo de tiempo, el individuo que preside

la fiesta dice: «La pequeña divinidad ha terminado de comer; vamos, amigos, sigamos con la ceremonia». Toma entonces el cuenco, lo reverencia y reparte su contenido —una pequeñísima porción para cada uno— entre todos los invitados, pues parece absolutamente esencial que todos, jóvenes y viejos, reciban algo. Se llama a este cuenco, además de «cuenco de la fiesta», *ipuni itangi,* es decir, «el cuenco de la ofrenda», aludiendo al hecho de que ha sido ofrecido a la divinidad que acaba de ser sacrificada.

Una vez que todos han participado de este cuenco, se confeccionan más *inao,* mientras el resto de la carne se cuece en los calderos. Se cortan entonces las entrañas en trocitos menudos y se salan, para comerlas crudas. Se dice que ello, lo mismo que el beber la sangre, se hace para apropiarse el valor y las restantes virtudes del oso. He de mencionar asimismo que algunos hombres se rocían y embadurnan los vestidos con la sangre, a fin, según dicen, de asegurarse el éxito en la caza. A esta bárbara costumbre se da el nombre de *yai-isho-ushi,* «rociarse con buen esfuerzo» o «caza con éxito»...

Tan pronto como la carne está suficientemente cocida, se distribuye entre todos los presentes, de forma que cada uno tenga su parte, por pequeña que sea. De este modo entran en comunión con su pequeña divinidad, como llaman a la víctima. Creo que así hacen patente su comunión social y religiosa con su divinidad totémica y con todo su pueblo. No participar en esta fiesta y en la confección de los *inao* sería tanto como admitir que no se pertenece a la comunidad de los ainus. Antiguamente había que comer todo el oso, a excepción de los huesos, incluso las entrañas, aunque esta norma se ha mitigado actualmente...

Por fin se separa la cabeza de la piel del oso y se lleva al montón *nusa,* donde se coloca entre los demás cráneos. Hay allí colocado un alto poste rematado en una horquilla, cuyos brazos se adornan con *inao.* A este poste se da el nombre de *keomande-ni,* es decir, «el poste de la despedida».

J. Batchelor, *The Ainu and Their Folk-Lore* (Londres 1901) 483-495. Puede verse otra descripción más minuciosa de este rito en J. M. Kitagawa, *Ainu Bear Festival,* en *History of Religion* I (1961) 95-151.

93. EL SACRIFICIO DEL CABALLO Y LA ASCENSION DEL CHAMAN AL CIELO

(Altaicos)

La clásica descripción que hace Radlov del ritual altaico se basa no sólo en sus propias observaciones, sino también en los textos de las canciones e invocaciones recogidos a comienzos del siglo XIX por los misioneros del Altai y publicados más tarde por el sacerdote V. L. Verbitsky. Cada familia celebra este sacrificio de tiempo en tiempo, y la ceremonia se prolonga durante dos o tres tardes consecutivas.

La primera tarde se dedica a los preparativos de la ceremonia. El *kam* (chamán) señala un lugar en medio de una pradera, levanta allí una nueva yurta y coloca dentro un abedul joven despojado de sus ramas inferiores y con nueve escalones *(tapty)* tallados en el tronco. Las ramas altas del abedul, con una banderola en lo más alto, salen por la abertura superior de la yurta, en torno a la cual se levanta además una pequeña empalizada con palos de la misma madera; a la puerta se clava también una vara de abedul con un penacho de crines de caballo. Se elige entonces un caballo de pelo claro, y después de asegurarse de que el animal ha de resultar grato a la divinidad, el chamán encarga de sujetarlo a uno de los concurrentes, que por ello recibe el nombre de *bas-tut-kan-kisi,* «el que sujeta la cabeza». El chamán golpea con una rama de abedul los lomos del animal para obligar a que salga de él su alma y disponerla así para el vuelo hacia Bai Ülgän. Repite el mismo gesto sobre el individuo que sujeta al animal, pues su «alma» ha de acompañar a la del caballo en su viaje celeste, por lo que deberá estar a las órdenes del *kam.*

El chamán penetra de nuevo en la yurta, echa ramas al fuego y fumiga su tambor. Empieza a invocar a los espíritus, obligándolos a penetrar en su tambor, pues necesitará la ayuda de todos ellos en su ascensión. Cada uno de los espíritus, convocado por su nombre, va respondiendo: «¡Aquí estoy, *kam!*», y el chamán mueve su tambor como si tratara de atrapar al espíritu. Una vez que ha reunido a sus espíritus auxiliares (espíritus celestiales todos ellos), el chamán sale de la yurta. A pocos pasos de distancia se ha colocado un muñeco en forma de oca, sobre el que monta el chamán a horcajadas, al tiempo que agita con rapidez los brazos como para volar. Mientras tanto canta:

Bajo el cielo blanco,
sobre la nube blanca;
bajo el cielo azul,
sobre la nube azul,
¡sube, pájaro, hasta el cielo!

A esta invocación responde la oca graznando: «Ungaigakgak, ungaigak, kaigaigakgak, kaigakgak». Por supuesto, es el mismo chamán el que imita el graznido del ave. Mientras cabalga sobre la oca, el *kam* persigue al alma del caballo *(pūra)*, que se supone haber echado a volar, y relincha como un corcel.

Con ayuda de los presentes conduce el alma del animal hasta la empalizada, mientras con gran esfuerzo mima su captura; gime, grita y hace como si se le enrollara a la garganta el lazo con que se intenta sujetar al animal. A veces deja caer al suelo su tambor para significar que el alma del caballo se ha escapado. Finalmente, se la vuelve a capturar, el chamán la fumiga con enebro y despide a la oca. Bendice entonces al caballo y, con ayuda de algunos de los asistentes, da muerte cruel al animal, rompiéndole el espinazo de forma que ni una gota de sangre caiga al suelo o toque a uno de los asistentes al sacrificio. La piel y los huesos se exponen colgados de un largo poste. Se hacen ofrendas a los antepasados y a los espíritus tutelares de la yurta, después de lo cual se prepara y consume ritualmente la carne. El chamán recibe las mejores tajadas.

La segunda parte, la más importante de toda la ceremonia, tiene lugar a la tarde siguiente. Es ahora cuando el chamán demuestra todas sus capacidades durante el viaje extático a la morada celeste de Bai Ülgän. En la yurta arde el fuego. El chamán ofrece carne de caballo a los Dueños del Tambor, es decir, a los espíritus que personifican los poderes chamánicos de su familia, y canta:

¡Tómalo, oh Kaira Kan,
huésped del tambor de seis picos!
¡Ven hasta mí tintineando!
Si grito *¡cok!* inclínate,
si grito *¡mä!* llévatelo...

Semejante invocación dirige al Dueño del Fuego, que simboliza el poder espiritual del dueño de la yurta, organizador de la fiesta. Alzando una copa, el chamán imita con los labios el ruido de una invisible reunión de invitados que se apresuran a beber. Luego corta porciones del caballo muerto y las distribuye entre

los asistentes (que representan a los espíritus), y éstos las consumen ruidosamente. Luego fumiga nueve prendas de vestir, que se hallan colgadas de una cuerda como ofrenda del dueño de la casa a Bai Ülgän, y canta:

Dones que ningún caballo puede llevar,
¡Ay, ay, ay!
que ningún hombre puede alzar,
¡Ay, ay, ay!
vestidos con cuellos triples,
con lazos triples sobre ellos,
sean cobijas del que maldice,
¡Ay, ay, ay!
Príncipe Ülgän, el alegre,
¡Ay, ay, ay!

El chamán se reviste de sus vestiduras rituales, se sienta en un banco y, mientras fumiga su tambor, empieza a invocar a una multitud de espíritus, grandes y pequeños, que le van respondiendo por turno: «¡Aquí estoy, *kam!*». De este modo invoca a Yaik Kan, al Señor del Mar, a Kaira Kan, Paisyn Kan, luego a la familia de Bai Ülgän (la Madre Tasygan con nueve hijas a su derecha y siete hijas a su izquierda) y finalmente a los Dueños de los Héroes del Abakán y del Altai (Mordo Kan, Altai Kan, Oktu Kan, etc.). Una vez finalizada esta larga invocación, el chamán se dirige a los Märküt, los Pájaros del Cielo:

Pájaros del cielo, los cinco Märküt,
los de fuertes espolones de cobre,
de cobre es el espolón de la luna,
y de hielo el pico de la luna.
Anchas son tus alas, de poderoso vuelo,
como un abanico es tu larga cola.
La luna oculta tu ala izquierda,
y el sol tu ala derecha.
Tú, madre de las nueve águilas,
que no te pierdes volando por el Yaik,
que no te cansas en torno a Edil,
¡Ven a mí cantando!
¡Ven tocando a mi ojo derecho,
pósate sobre mi hombro izquierdo!...

El chamán imita el graznido del ave para anunciar su presencia: «Kazak, kak, kak, ¡aquí estoy, *kam!*».

Prosiguen las invocaciones a los espíritus, de modo que el tambor resulta cada vez más pesado; con la ayuda de tan poderosos auxiliares, el chamán da repetidas vueltas en torno al abedul colocado en el centro de la yurta [1], y se arrodilla luego delante de la puerta para rogar al Espíritu Portero que le guíe. Recibida respuesta favorable, regresa al centro de la yurta, tocando el tambor, con el cuerpo agitado por convulsiones y profiriendo palabras ininteligibles. Purifica entonces a toda la congregación con su tambor, empezando por el dueño de la casa. Es ésta una larga y prolija ceremonia, al final de la cual se halla el chamán en un estado de exaltación. Este es asimismo el momento en que ha de realizar la ascensión propiamente dicha, pues al momento se encarama el primer peldaño *(tapty)* del abedul, tocando fuertemente su tambor y gritando «¡cok, cok!». Sus movimientos indican que está subiendo el cielo. En estado de «éxtasis» (?!) da vueltas en torno al abedul y al fuego, imitando el sonido del trueno, y se abalanza luego hacia una banqueta cubierta con una piel de caballo, que representa el alma del *pūra,* el animal sacrificado. El chamán monta encima mientras grita:

He subido un escalón,
¡Aihai, aihai!
He alcanzado un plano,
¡Sagarbata!
He subido al tope del *tapty,*
¡Sagarbata!
He subido hasta la luna llena,
¡Sagarbata! [2].

El chamán está cada vez más excitado y, tocando sin cesar su tambor, ordena al *bas-tut-kan-kisi* que se apresure. Porque el alma «del que sujeta la cabeza» abandona su cuerpo al mismo tiempo que la del caballo sacrificado. El *bas-tut-kan-kisi* se queja de las dificultades del camino, y el chamán le da ánimos. Subiendo a

[1] Este abedul simboliza el árbol de la vida, que se alza en el centro del universo, el eje cósmico que une el cielo, la tierra y el mundo inferior; los siete, nueve o doce escalones *(tapty)* representan otros tantos «cielos», los planos celestes. Nótese que el viaje extático del chamán tiene siempre lugar junto al «centro del mundo».

[2] Todo esto es una evidente exageración debida al estado alucinatorio que produce el hecho de haber atravesado el primer plano cósmico. Efectivamente, el chamán tan sólo ha ascendido al primer cielo, y aún no ha alcanzado los *tapty* de más arriba; ni siquiera ha llegado aún a la luna llena, que se encuentra en el sexto cielo.

continuación al segundo *tapty,* el chamán penetra simbólicamente en el segundo cielo, y grita:

He traspasado el segundo suelo,
he ascendido al segundo plano,
mirad, el suelo está hecho astillas.

Y proclama de nuevo, mientras imita el trueno y el rayo:

¡Sagarbata! ¡Sagarbata!
Ahora he subido dos planos...

Al llegar al tercer cielo, el *pūra* ya está muy cansado, y para aliviarlo, el chamán llama a la oca. Se presenta el ave: «¡Kagak, kagak! ¡Aquí estoy, *kam!*». Monta sobre ella el chamán y prosigue de este modo su viaje celeste. Describe la ascensión e imita los chasquidos que profiere la oca, que, a su vez, se queja de las dificultades del viaje. Se hace un alto en el tercer cielo. El chamán explica que su cabalgadura y él mismo están muy fatigados. También comunica noticias sobre el tiempo que va a hacer, las epidemias y otras desgracias que puedan amenazar, y los sacrificios que debe hacer la comunidad. Prosigue el viaje una vez que el *bas-tut-kan-kisi* ha descansado. El chamán pasa uno tras otro los escalones del abedul, de forma que va penetrando sucesivamente en las regiones celestes. Para dar más viveza a la representación, se introducen diversos episodios, algunos de los cuales resultan verdaderamente grotecos. Así, el *kam* ofrece tabaco a Karakus, el Pájaro Negro que tiene a su servicio, y Karakus echa fuera al cuclillo; da de beber al *pūra,* imitando los sonidos de un caballo en el abrevadero; el sexto cielo es el lugar del último episodio cómico, la cacería de una liebre. En el quinto cielo mantiene el chamán una larga conversación con el poderoso Yayutsi (el «Creador Supremo»), que le revela diversos secretos relacionados con el futuro, algunos de los cuales comunica a su vez el chamán en alta voz, mientras que se limita a murmurar en voz baja otros. En el sexto cielo se inclina el chamán ante la luna, y ante el sol en el séptimo. Uno tras otro va atravesando todos los cielos hasta llegar al noveno y, si realmente es un chamán poderoso, hasta el duodécimo y aún más arriba; la ascensión depende por completo de la capacidad del chamán. Cuando ya ha llegado al tope que le permiten sus poderes, se detiene e invoca humildemente a Bai Ülgän en los siguientes términos:

¡Príncipe, a quien las tres escalas conducen,
Bai Ülgän el de los tres rebaños,
ladera azul que ha aparecido,
cielo azul que se ha mostrado!
Nube azul que se aleja,
cielo azul inasequible,
cielo blanco inasequible,
regando lugares a un año de distancia.
Padre Ülgän, tres veces alto,
al que no toca el filo de hacha de la luna,
el que se sirve del casco del caballo.
Tú creaste a todos los hombres, Ülgän,
todo cuanto suena a nuestro alrededor.
De todo el ganado te olvidaste, Ülgän.
No nos entregues a la desdicha,
que podamos evitar al Maligno.
No nos muestres a Körmös [el espíritu malo],
no nos pongas en sus manos,
tú que el cielo estrellado
hiciste girar mil y mil veces,
¡no condenes mis pecados!

El chamán averigua si el sacrificio ha sido aceptable a Bai Ülgän, que además le anuncia cómo van a ser el tiempo y la cosecha. Averigua asimismo si la divinidad espera algún otro sacrificio. Este episodio marca la culminación del «éxtasis», y el chamán queda postrado y exhausto. El *bas-tut-kan-kisi* se aproxima y toma de sus manos el tambor y los palillos. El chamán permanece inmóvil y sin habla. Pasado algún tiempo, se restriega los ojos, da muestras de despertar de un profundo sueño y saluda a todos los presentes como si regresara de una larga ausencia.

W. Radlov, *Lose Blätter aus dem Tagebuche eines reisenden Linguisten* II (Leipzig 1884) 20-50.

94. SACRIFICIO MAZDEISTA (ZOROASTRISTA) AL SOL

(*Khōrshēd Yasht,* 1-5)

1. Sacrificamos al inmortal, brillante Sol, el de caballos veloces.

Cuando la luz del sol se vuelve más cálida, cuando el resplandor del sol se vuelve más cálido, entonces se alzan los celestes Yazatas por centenares y millares; se reúnen en torno a su Gloria, hacen

su Gloria, hacen descender su Gloria, derraman su Gloria sobre la tierra hecha por Ahura, para incremento del mundo de santidad, para incremento de las criaturas de santidad, para incremento del inmortal, brillante Sol, el de caballos veloces.

2. Y cuando el sol se eleva, entonces la tierra, hecha por Ahura, se ilumina; brillan las corrientes de agua, brillan las aguas de los pozos, brilla el agua del mar, las aguas quietas brillan; todas las criaturas, las criaturas del Espíritu Bueno, brillan.

3. Si el sol no se alzara, los Daevas destruirían todas las cosas que hay en los siete Karshvares, y los celestes Yazatas no podrían de ningún modo evitarlos o repelerlos al mundo material.

4. Todo el que ofrece un sacrificio al inmortal, brillante Sol, el de caballos veloces —para repeler las tinieblas, para repeler a los Daevas nacidos de las tinieblas, para repeler a los ladrones y bandidos, para repeler a los Yãtus y Pairikas, para repeler a la muerte que repta en lo invisible—, lo ofrece a Ahura Mazda, lo ofrece a los Amesha-Spentas, lo ofrece a su propia alma. Alegra a todos los Yazatas celestes y terrenos, el que ofrece un sacrificio al inmortal, brillante Sol, el de caballos veloces.

5. Sacrificaré a Mithra, señor de los pastos, el de mil oídos, el de diez mil ojos.

Sacrificaré a la clava de Mithra, señor de los anchos pastos, que cae con fuerza sobre los cráneos de los Daevas.

Sacrificaré a la amistad, la mejor de todas las amistades, que reina entre la luna y el sol.

J. Darmesteter, *The Zend-Avesta* II, en *Sacred Books of the East* XXIII (Oxford 1883) 85-87.

95. SACRIFICIO HOMERICO POR LOS MUERTOS

(Homero, *Odisea* XI, 18-50)

Habla Ulises:

Llegados allá, pusimos en seco nuestro navío, sacamos las ovejas y nos echamos a andar junto a las aguas del océano, hasta llegar al sitio que Circe nos había indicado.

Sujetaron allí Perimedes y Euriloco las víctimas, y yo desenvainé entre tanto la afilada espada que al muslo llevaba sujeta, y cavé un hoyo de un codo por cada lado, derramando en torno una libación para todos los muertos, primero de leche y miel, luego de dulce vino y en tercer lugar de agua, y lo espolvoreé

todo después con blanca harina de cebada. Invoqué luego con ahínco a las cabezas impotentes de los muertos, haciendo votos de sacrificarles en mi casa, cuando volviera a Itaca, una novilla, la mejor que hubiera, y cargar el ara de suntuosos presentes, y que a Tiresias en particular ofrecería un carnero negro del todo, el mejor de mis ganados. Y cuando con votos y plegarias hube suplicado a las tribus de los muertos, tomé las ovejas y las degollé sobre el hoyo, y corrió la espesa sangre. De Erebo salieron entonces las almas y se apiñaron, los espíritus de los muertos, las novias y los jóvenes que nunca se casaron, los viejos cargados de fatigas, las tiernas doncellas doloridas por recientes pesares, y muchos también que cayeron al golpe de las broncíneas lanzas, los hombres muertos en el combate, portando sus armaduras manchadas de sangre. Todos se apiñaron en derredor con bronco murmullo, con gritos espantosos, y el pálido temor se apoderó de mí. Llamé entonces a mis camaradas y les ordené desollar y quemar las ovejas que yacían allí degolladas por el bronce cruel, y que elevaran preces a los dioses, al poderoso Hades y a la temible Perséfone. Y yo mismo, desenvainando la espada que al muslo llevaba sujeta, me *senté, sin permitir que las cabezas impotentes de los muertos se* acercaran a la sangre hasta que hube interrogado a Tiresias.

96. SACRIFICIO A RHEA, LA DIOSA MADRE FRIGIA

(Apolonio de Rodas, *Argonautica,* 1078-1150)

Después de esto, bravas tormentas se desataron durante doce días y doce noches, sin parar, que les impidieron echarse a la mar. Pero a la siguiente noche, el resto de los capitanes, vencidos por el sueño, descansaba durante la última vela, mientras Acasto y Mopso, el hijo de Ampico, velaban sus pesados sueños. Y sobre la dorada cabeza del hijo de Esón viose planear un alción que, con sus agudos chillidos, anunciaba la calma de los vientos tempestuosos. Oyó Mopso y entendió lo que significaba el chillido del ave en la orilla, el buen presagio que traía. Y algún dios le hizo girar, y alzando el vuelo vino a posarse sobre la popa adornada del navío. Y el vidente tocó a Jasón, que yacía envuelto en tibias pieles de oveja, y lo despertó para decirle:

«Hijo de Esón, tienes que subir a ese templo sobre el fragoso Dindimum y propiciar a la madre (es decir, Rhea) de todos los dioses venerados sobre su hermoso trono, y cesarán las ráfagas de la tormenta. Pues tal es el aviso que acabo de escuchar en la voz

del alción, ave marina, que mientras sobre ti volaba cuando dormías, todo esto me dijo. Pues a su poder se deben los vientos y el mar, y toda la tierra acá abajo y el trono nevado del Olimpo; a ella, cuando desde las montañas asciende al poderoso cielo, el mismo Zeus, hijo de Cronos, cede el puesto. Y de igual modo el resto de los inmortales dichosos reverencia a la diosa temible».

Así habló, y sus palabras fueron bien acogidas por Jasón, que con alegría se levantó de su lecho y apresuradamente llamó a todos sus camaradas y les expuso la profecía de Mopso, hijo de Ampico. Y los más jóvenes sacaron aprisa toros de sus establos y los fueron conduciendo hacia la elevada cumbre de la montaña. Soltaron, pues, las amarras de la roca sagrada y se pusieron a remar hacia el puerto de Tracia. Los héroes subieron montaña arriba, dejando en el navío a algunos de sus camaradas. A su vista, como si pudieran tocarlas con la mano, se ofrecían las cumbres macrianas y toda la costa tracia al otro lado. Aparecieron allí la boca brumosa del Bósforo y las colinas de Misia, con la corriente del río Esepo al otro lado y la ciudad y la llanura Nepiana de Adrastea. Había allí una gran cepa que había crecido en el bosque, una planta viejísima, que cortaron para que les sirviera como imagen sagrada de la diosa de la montaña. Argos la labró con habilidad, y la erigieron sobre la áspera colina bajo un dosel de altas encinas, el que más hondas tiene las raíces entre todos los árboles. Y a su lado levantaron un altar de pequeñas piedras, y coronaron sus frentes con hojas de encina, atentos al sacrificio e invocando a la madre de Dindimum, digna de toda veneración, la que mora en Frigia, y a Titas y Cileno, que entre muchos son los únicos llamados dispensadores del destino y consejeros de la Madre del Ida, los Dactilos del Ida en Creta, que la ninfa Anquiale, mientras se aferraba con ambas manos a la tierra de Oaxo, parió en la caverna dictea. Y con muchos ruegos suplicaba el hijo de Esón a la diosa que apartara de su camino las ráfagas tormentosas, mientras derramaba libaciones sobre el sacrificio consumido por el fuego. Y por orden de Orfeo, los jóvenes trenzaron una danza sin despojarse de sus armaduras, chocando espadas con escudos, de forma que el grito ominoso, el llanto que el pueblo aún derramaba dolorido por su rey, se perdiera en el aire. Por eso desde entonces propician los frigios a Rhea con la rueda y el tambor. Y la diosa, enternecida, creo, inclinó su corazón al sacrificio piadoso, y aparecieron signos favorables. Los árboles dieron fruto abundante, y en torno a sus pies produjo espontáneamente la tierra flores entre la tierna hierba. Y las fieras de las selvas abandonaron sus cubiles y espesuras y se acercaron a ellos moviendo la cola en gesto halagador. Y mostró aún la diosa otra maravilla,

porque hasta entonces no corría el agua por Dindimum, pero hizo que de su cumbre sedienta brotara en adelante un manantial perenne, al que los habitantes de los parajes vecinos llaman desde entonces la fuente de Jasón. Celebraron entonces una fiesta en honor de la diosa en el Monte de los Osos, entonando las alabanzas de Rhea, venerable entre todos los dioses. A la mañana habían cesado los vientos y ellos pudieron empuñar los remos para alejarse de la isla.

97. EXPIACION DE UNA CIUDAD UMBRA. UN SACRIFICIO ROMANO ARCAICO

Sigue una traducción de los textos en dialecto umbro consignados en las tablas de bronce aparecidas en Gubbio, la antigua Iguvium, ciudad situada a unos trescientos cincuenta kilómetros al norte de Roma. El rito que aquí se describe era probablemente común en la religión primitiva de Italia.

Este sacrificio ha de empezar con la observación de las aves, cuando la lechuza y el cuervo son propicios, y cuando los pájaros carpinteros, macho y hembra, aparecen a la mano derecha. El que vaya a observar a los pájaros deberá quedarse en una hendidura y advertirá al sacerdote: «Te aviso que estoy observando lechuzas favorables, cuervos favorables, un pájaro carpintero macho a la derecha, un pájaro carpintero hembra a la derecha, pájaros a la derecha, gritos de pájaros a la derecha, enviados por el dios». El sacerdote le avisará en consecuencia: «Observa ahí lechuzas favorables, cuervos favorables, un pájaro carpintero macho a la derecha, un pájaro carpintero hembra a la derecha, pájaros a la derecha, gritos de pájaros a la derecha, enviados por los dioses para mí, para la comunidad de Iguvium, en esta ocasión». Mientras permanece en su sitio —el que marcha a escuchar los gritos de los pájaros— ningún ruido se hará y nadie se interpondrá hasta que él regrese, es decir, el que marchó a escuchar los gritos de los pájaros. Si se hace algún grito o si alguien se interpone, no valdrá...

Cuando se hayan dejado oír los gritos de los pájaros, el que estaba en la hendidura lo anunciará, llamando por su nombre al sacerdote: «Lechuzas favorables, cuervos favorables, un pájaro carpintero macho a la derecha y un pájaro carpintero hembra a la derecha, gritos de pájaros a la derecha para ti, para la comunidad de Iguvium, en esta ocasión». Para todas estas acciones sagradas, para la procesión en torno al pueblo, para la expiación de la ciudad, llevará el báculo sagrado. El fuego sacrificial de la puerta Treblania,

que se encenderá para la expiación de la ciudad, de tal modo lo dispondrás que de un fuego se encienda el fuego. Del mismo modo en las otras dos puertas, la de Tesenaca y la de Veyes.

Ante la puerta Treblania se sacrificarán tres bueyes a Júpiter Grabovio. Al hacer la ofrenda se dirá: «A ti ofrezco plegarias, oh Júpiter Grabovio, por la ciudad fisia, por la villa de Iguvium, por los nombres de la ciudad, por los nombres de la villa; sé propicio, sé favorable a la ciudad fisia, a la villa de Iguvium, al nombre de la ciudad, al nombre de la villa, oh Santo, a ti invoco con súplicas, oh Júpiter Grabovio, confiado en el sagrado rito, te invoco con súplicas, oh Júpiter Grabovio. Oh Júpiter Grabovio, a ti estos bueyes cebados por la ciudad fisia, por la villa de Iguvium, por los nombres de la ciudad, por los nombres de la villa.

Oh Júpiter Grabovio, por el efecto de este (sacrificio), si en la ciudad fisia prende un fuego, si en la villa de Iguvium se descuidan los ritos obligados, mira como si todo ello hubiera sido sin intención. Oh Júpiter Grabovio, si en tu ofrenda hay cosa de menos, se descuida, se omite o se quita algo fraudulentamente, o si en tu ofrenda hay fallo o mancha, notoria u oculta, oh Júpiter Grabovio, que todo ello sea expiado por estos bueyes cebados ofrecidos en expiación, como es justo. Oh Júpiter Grabovio, expía la ciudad fisia, la villa de Iguvium. Oh Júpiter Grabovio, expía el nombre de la ciudad fisia, la villa de Iguvium; los ciudadanos de pleno derecho, los ritos sagrados, esclavos, ganados, los frutos de la tierra, expía. Sé compasivo, sé propicio con tu favor hacia la ciudad fisia, la villa de Iguvium, el nombre de la ciudad, el nombre de la villa. Oh Júpiter Grabovio, preserva a la ciudad fisia, a la villa de Iguvium. Oh Júpiter Grabovio, preserva a la ciudad fisia, a la villa de Iguvium; los ciudadanos de pleno derecho, los ritos sagrados, esclavos, ganados, los frutos de la tierra, preserva. Sé compasivo, sé propicio con tu favor hacia la ciudad fisia, la villa de Iguvium, el nombre de la ciudad, el nombre de la villa. Oh Júpiter Grabovio, con estos bueyes cebados como expiación por la ciudad fisia, por la villa de Iguvium, por los nombres de la ciudad, por los nombres de la villa, oh Júpiter Grabovio, te invoco».

98. OFRENDA A JUPITER ANTES DE LA SEMENTERA

(Catón, *Sobre la Agricultura,* 132)

Marco Porcio Catón escribió su tratado sobre la agricultura hacia el año 160 a. C., y en él recoge numerosas noticias relativas a ritos,

costumbres y creencias religiosas tradicionales de una gran antigüedad.

El sacrificio se hará de este modo: ofrece a Júpiter Dapalis una copa de vino del tamaño que gustes. Guarda ese día como festivo para los bueyes, sus boyeros y todos cuantos participan en la ofrenda. Cuando hagas el sacrificio, di como sigue: «Júpiter Dapalis, como conviene y se te debe *(oportet)* ofrecer una copa de vino, en mi casa en medio de mi familia, en tu fiesta sagrada, por tal motivo seas honrado por esta fiesta que se hace en tu honor». Lava tus manos, y luego toma el vino y dí: «Júpiter Dapalis, seas honrado con esta fiesta que se te ofrece y seas honrado por el vino que se te presenta». Si así lo deseas, haz una ofrenda a Vesta. La fiesta de Júpiter consiste en carne asada y una urna de vino. Ofrécelo a Júpiter con espíritu religioso, en la forma prescrita. Una vez hecha la ofrenda, planta mijo, hierba pánica, ajos y lentejas.

99. SACRIFICIO ROMANO POR LAS COSECHAS

(Catón, *Sobre la Agricultura,* 134)

El sacrificio de un cerdo antes de proceder a la recolección quizá tuviera originalmente la finalidad de aplacar a los «Di Manes», ofendidos por haber turbado la tranquilidad de la tierra al cultivarla o por alguna falta cometida accidentalmente o sin intención durante la sementera, el crecimiento o maduración de las mieses. Con el tiempo se llegaría a relacionar este sacrificio únicamente con la cosecha.

Antes de la cosecha ha de ofrecerse el sacrificio de la *porca praecidanea* del modo siguiente: ofrece a Ceres una cerda como *porca praecidanea* antes de recoger la espelta, el trigo, la cebada, las habichuelas y la colza. Ofrece una plegaria con incienso y vino a Jano, Júpiter y Juno antes de sacrificar la cerda. Ofrece una pila de pasteles *(strues)* a Jano, diciendo: «Padre Jano, al ofrecerte estos pasteles, te ruego que seas propicio y misericordioso para conmigo y mis hijos, mi casa y mi familia». Haz entonces una ofrenda de pastel *(fertum)* a Júpiter, con estas palabras: «Al ofrecerte este pastel, oh Júpiter, te ruego humildemente que tú, complacido con esta ofrenda, seas propicio y misericordioso conmigo y con mis hijos, con mi casa y mi familia». Presenta entonces el vino a Jano, diciendo: «Padre Jano, según te he suplicado humildemente al

ofrecerte los pasteles, seas también honrado con este vino que te presento». Ora luego a Júpiter de este modo: «Júpiter, dígnate aceptar este pastel, dígnate aceptar este vino que te presento». Sacrifica después la *porca praecidanea.* Cuando hayan sido retiradas las entrañas, haz una ofrenda de pasteles a Jano, y ora del mismo modo que lo hiciste antes. Ofrece un pastel a Júpiter, orando del mismo modo que antes. Del mismo modo ofrece vino a Jano y a Júpiter, como hiciste antes con la pila de pasteles y en la consagración del pastel *(fertum),* después de lo cual ofrecerás las entrañas con vino a Ceres.

100. *Devotio.* LA MUERTE SACRIFICIAL DE DECIO

(Livio, *Historia de Roma* VIII, 9,1-11; 10,3)

Este episodio legendario tuvo lugar, presumiblemente, durante las Guerras Samníticas, hacia el año 340 a. C.

Los cónsules romanos, antes de conducir sus tropas al combate, ofrecieron sacrificios. Se dice que el adivino *(haruspex)* indicó a Decio que la cabeza del hígado aparecía del lado favorable (el derecho), que la víctima era por lo demás aceptable a los dioses y que el sacrificio de Manlio había sido favorabilísimo. «Todo irá bien», dijo Decio, «si mi colega ha recibido augurios favorables». Avanzaron hacia el campo de batalla en la formación que antes hemos descrito. Manlio mandaba el ala derecha, Decio la izquierda. Al principio se peleó con igual ardor y bravura por ambos bandos, pero poco después los *hastati* (lanceros) romanos del ala izquierda, incapaces de resistir la presión de los latinos, se replegaron sobre los *principes* (las tropas dotadas de armamento pesado). Se produjo la alarma, y el cónsul Decio gritó con voz fuerte a Marco Valerio: «¡Necesitamos la ayuda de los dioses, Marco Valerio! Vé, pontífice oficial (o público) del pueblo romano, pronuncia las palabras, de forma que pueda yo consagrarme por (es decir, salvar a) las legiones». El pontífice le ordenó ponerse la toga ribeteada de púrpura y velar su cabeza, con una mano fuera, por debajo de la toga, y tocando su mejilla, y que, puesto en pie sobre una lanza colocada a sus pies, dijera como sigue: «Jano, Júpiter, Padre Marte, Quirino, Belona, Lares, Dioses Novensiles, Dioses Indigetes, dioses en cuyo poder estamos nosotros y nuestros enemigos, y vosotros también, Dioses Manes: os invoco e imploro, pido y suplico vuestro favor, que favorezcáis el poder y la victoria del pueblo romano de

los Quirites, y que enviéis sobre los enemigos del pueblo romano de los Quirites el terror, el espanto y la muerte. Y tal como he pronunciado estas palabras en favor (o en nombre) de la república del pueblo romano de los Quirites, del ejército, las legiones y los auxiliares del pueblo romano de los Quirites, consagro así las legiones y los auxiliares del enemigo, juntamente conmigo mismo, a los Dioses Manes y a la Tierra *(Tellus)*».

Después de pronunciar esta plegaria, ordenó a los lictores que corrieran junto a Tito Manlio y que anunciaran a su colega que se había consagrado por el bien del ejército. Ciñéndose entonces el cinturón gabinio y montando, con todas sus armas, sobre el caballo, bien a la vista de los dos ejércitos y rodeado de un aura más augusta que humana, como si hubiera sido enviado del cielo para aplacar toda la ira de los dioses, y para apartar la destrucción de su propio pueblo y hacerla recaer sobre los enemigos, se lanzó en medio de los contrarios. Le acompañaban el terror y el espanto más fuertes, y, sembrando el desorden en las filas de los latinos, llevó el espanto a todo su ejército. Bien claro pudo verse por el hecho de que a cualquier parte que acudiera, los hombres temblaban como heridos por una estrella fatídica, y cuando al fin cayó ante una granizada de proyectiles, ya no quedaba la menor duda acerca de la consternación de las cohortes latinas, que por todas partes abandonaban el campo de batalla y se entregaban a la huida. Al mismo tiempo, los romanos, cuyos ánimos se veían ya libres de temores religiosos, arremetieron como si sólo entonces hubieran recibido la señal de avanzar, descargando sobre el enemigo sus golpes a un tiempo. Los hombres de armamento ligero corrían entre las dos primeras filas de los de a pie y sumaban su fuerza a la de los lanceros y las tropas dotadas de armamento pesado, mientras que los de la tercera fila, la rodilla derecha en tierra, aguardaban la señal del cónsul para ponerse en pie (y avanzar)...

Por lo demás, entre los ciudadanos y los aliados todos afirmaban que la mayor honra en esta guerra pertenece a los cónsules, uno de los cuales (Decio) cargó sobre sí todas las amenazas y peligros procedentes de los dioses superiores e inferiores, mientras que el otro mostró tal coraje y habilidad en la batalla que cuantos entre los romanos y los latinos nos han legado noticias de este conflicto están todos de acuerdo en que cualquiera de los dos bandos que hubiera tenido al frente a Tito Manlio habría ganado con seguridad la contienda. Los latinos huyeron a Minturnas. Después del combate fue capturado su campamento, y muchos hombres, la mayor parte campanos, fueron hechos prisioneros y muertos allí mismo. No pudo encontrarse aquel día el cuerpo de Decio, y cuando cayó

la noche aún proseguía la búsqueda. Al día siguiente fue hallado en un gran montón de enemigos muertos, acribillado de flechas, y sus compañeros le dieron sepultura del modo que convenía a la muerte que había tenido.

Parece conveniente añadir en este punto que el cónsul, dictador o pretor que consagra las legiones enemigas no tiene por qué consagrarse él mismo, sino que en lugar de ello puede consagrar a cualquier ciudadano que le parezca de una legión romana alistada. Si ese hombre muere, es señal de que todo marcha bien; si no muere, se entierra a una profundidad de siete pies una imagen (*signum*) del mismo y se ofrece un sacrificio expiatorio (*piaculum*). Ningún magistrado romano está autorizado a subir al lugar en que la imagen fue enterrada (es decir, al túmulo).

Pero si prefiere consagrarse él mismo, como hizo Decio, y no muere, ya no está autorizado a ofrecer sacrificios por sí mismo o por el pueblo, trátese de una víctima sacrificial o de cualquier otra cosa que quiera ofrecer. El que se consagra ha de dedicar sus armas a Vulcano o a otro dios que prefiera (como norma, las armas de los enemigos eran dedicadas a Vulcano). No se debe permitir que la lanza sobre la que apoyó sus pies y pronunció su plegaria caiga en manos del enemigo. Si tal cosa llegara a ocurrir, habría que hacer una expiación a Marte, con un cerdo, una oveja y un toro (*Marti suovetaurilibus piaculum fieri*). Estos pormenores, aunque ya la memoria de los usos humanos y divinos se ha desvanecido ante la preferencia por costumbres nuevas y extrañas en vez de las antiguas y de nuestros antepasados, he creído que merecía la pena referirlos con las mismas palabras con que fueron consignados y transmitidos.

101. EL SACRIFICIO COSMICO

(*Rigveda* X, 90)

Muy distinto de la fuerza creativa impersonal tad ekam *del «Rigveda» X, 129 (cf. n.º 56), o del Himno de Prajāpati («Rigveda» X, 121; cf. n.º 24), se nos muestra el* Purusha-sūkta. *Purusha es a la vez el ser supremo, el cosmos y (literalmente) el «hombre», cuyo sacrificio en el tiempo primordial se identifica con el acto de la creación. En su calidad de ser cósmico, sólo una cuarta parte de Purusha se ha manifestado, mientras que las restantes tres cuartas partes permanecen eternamente no manifestadas, al igual que ocurre con Brahman (neutro), el poder creador absoluto.*

Su autoinmolación, en que consiste su acción creadora, adquiere valor de prototipo. En adelante, todos los sacrificios son meras repeticiones, reproducciones de la víctima, el altar y hasta las consecuencias de aquel sacrificio primordial. En otras palabras: la obra humana microcósmica, en correspondencia con el original macrocósmico, recrea el mundo con cada nuevo sacrificio, produciendo como in illo tempore *no sólo la totalidad de los seres vivos, los cuerpos celestes, los tres mundos y hasta los mismos dioses, sino también la sustancia de los tres Vedas.*

Especial interés (por tratarse de la única referencia védica a las cuatro clases sociales) posee la doctrina de que el desmembrado Purusha produce los brahmanes, los rajanyas (o kshatriyas), los vaishyas y los shudras de su boca, brazos, piernas y pies respectivamente. De este modo explica el himno védico de la creación el origen de los siervos no arios (los shudras), así como la arcaica división tripartita en sacerdotes, dedicados a la sabiduría sagrada (brahmanes), guerreros y la fuerza (kshatra) de su brazo, y vaishyas, surgidos de los lomos de Purusha, que conoce los secretos de la fecundidad de los animales y las plantas, así como de la riqueza.

1. Mil cabezas tenía Purusha, mil ojos, mil pies.
 La tierra cubría por todas partes, y la anchura de diez dedos más allá se extendía.
2. Este Purusha es la totalidad de lo que ha sido y la totalidad de lo que ha de ser,
 el Señor de la inmortalidad que con el alimento crece aún más [1].
3. Tan poderosa es su grandeza. Sí, mayor que todo esto es Purusha.
 Todas las criaturas son de él una cuarta parte, tres cuartas partes son vida eterna en el cielo.
4. Con tres cuartas partes subió Purusha. Una cuarta parte de él aún estaba aquí.
 Después se estiró por todas partes sobre lo que come y lo que no come.
5. De él nació Virāj, y también de Virāj nació Purusha [2].

[1] Si bien el Purusha es «todo cuanto existe», las ofrendas sacrificiales promueven su incremento.

[2] *Virāj* es término oscuro. Al igual que en otros himnos relativos a la creación (X, 129; X, 121), se presupone la existencia de alguna materia primordial. Aquí es básico un «hombre» cósmico, en lugar de las aguas informes o una acumulación indiferenciada de cielo y tierra, pero, al parecer, se

Tan pronto como nació, se extendió al este y al oeste [3] por toda la tierra.

6. Cuando los dioses preparaban su sacrificio con Purusha como ofrenda,
su óleo fue la primavera, el don sagrado fue el otoño, el verano fue la leña.
7. Ungieron con bálsamo como víctima sobre la hierba [4] a Purusha nacido en tiempos remotos.
Con él sacrificaron las deidades y todos los Sadhyas [5] y rishis.
8. De este gran sacrificio general se recogió la grasa que chorreaba,
que formó las criaturas del aire y los animales salvajes y mansos.
9. De este gran sacrificio general nacieron los himnos Ric y Sama;
de él se formaron los metros, los Yajus nacieron de él [6].
10. De él nacieron los caballos, de él todas las criaturas con dos filas de dientes.
De él se engendraron las vacadas, las cabras y ovejas nacieron de él.
11. Cuando desmembraron a Purusha, ¿cuántas porciones hicieron?
¿Cómo llamaron a su boca, sus brazos? ¿Cómo llamaron a sus piernas y pies?
12. El brahmán fue su boca, de sus dos brazos fue hecho el rajanya.
De sus piernas salió el vaishya, de sus pies se produjo el shudra.
13. De su mente fue engendrada la luna, y de su ojo nació el sol.
Indra y Agni de su boca nacieron, y Vayu de su aliento.
14. De su ombligo surgió el aire intermedio; el cielo fue formado de su cabeza,
la tierra de sus pies, y de su oreja las regiones. Así modelaron los mundos.
15. Siete maderos [7] lo cercaban, siete capas triples de combustible fueron preparadas,

presupone implícitamente también un estadio intermedio en la creación. «De él» (la cuarta parte no manifiesta de Purusha) procede esta fuente cósmica secundaria, que a su vez da origen a (la cuarta parte manifiesta de) Purusha. En *Aitareya-brahmana* I, 4 se asocia místicamente *Virāj* al alimento, quizá reflexionando sobre este pasaje y las estrofas 2 y 4, *supra*.

[3] De un confín de la tierra *(bhūmi)* a otro.

[4] La hierba sacrificial.

[5] Los *Sadhyās* constituyen una antigua categoría de seres celestes; son los dignos de propiciación.

[6] Los tres Vedas *(Rigveda, Samaveda y Yajurveda)* son producidos en este momento. Este himno es, por consiguiente, uno de los últimos que entraron a formar parte del *Rigveda*.

[7] Los límites del fuego sacrificial; normalmente se marcan con tres maderos verdes, pero aquí se emplea una cifra sagrada, el número siete.

cuando los dioses, para ofrecer el sacrificio, ataron a Purusha como víctima.

16. Para sacrificar, los dioses sacrificaron la víctima; tales fueron las primitivas rúbricas sagradas.
Los poderosos escalaron la altura del cielo. Allí estaban los Sadhyas, dioses antiguos, sus moradores.

T. H. Griffith, *The Hymns of the Rigveda* IV (Benares 1892) 289-293.

D. *RITUALES, ORACULOS, PRESCRIPCIONES, DEVOCION*

102. PRODUCCION DE LA LLUVIA

(Australia)

Es creencia general de las tribus que integran el pueblo Karamundi, que viven en los confines del río Darling, que es posible provocar la lluvia mediante la siguiente ceremonia. Se abre una vena del brazo de un hombre y se deja correr la sangre sobre un trozo de corteza hueca hasta que se forma un charquito. Se le añade un poco de yeso molido muy finamente y se remueve hasta que se forma una pasta espesa y consistente. Se le arrancan al mismo individuo algunos pelos de la barba y se mezclan con la pasta, que se coloca entre dos piezas de corteza y se sumerge bajo el agua de un río o charca, haciendo que descienda hasta el fondo con ayuda de palos aguzados. Cuando toda la mezcla se ha disuelto, los indígenas afirman que se formará una gran nube que traerá las lluvias. Desde el momento en que tiene lugar esta ceremonia hasta que aparece la lluvia, los hombres son tabú para sus mujeres, pues de lo contrario se perderá la fuerza del conjuro. Los ancianos afirman que si se respeta debidamente esta prohibición, la lluvia aparecerá siempre que se ejecute la ceremonia. En épocas de sequía, cuando se hace sentir la falta de agua, toda la tribu se reúne para celebrar esta ceremonia.

A. W. Howitt, *The Native Tribes of South-East Australia* (Londres 1904) 396-397.

Cf. también n.os 198-201, 210.

103. LA RESURRECCION DE OSIRIS

*(Textos de las Pirámides, 258*ss)

Uno de los más antiguos himnos de los rituales osiríacos, conservado en la Pirámide de Wenis.

Gloria a ti, oh Sapiente!
Geb te ha creado de nuevo,
a Divina Coyunda te ha producido de nuevo.

Horus se alegra por su padre,
se goza Atón de su progenie.
Contentos están los dioses de Oriente y Occidente por este gran suceso
que ha ocurrido en virtud de la acción de la Progenie Divina.
¡Ah! ¡Osiris! ¡Mira! ¡Atiende!
¡Osiris! ¡Escucha! ¡Advierte!
¡Ah! ¡Osiris! ¡Alzate sobre tu costado! ¡Haz lo que te ordeno!
¡Tú, que odias el sueño! ¡Tú, sumido en sopor!
¡Levántate, tú, que fuiste hundido en Nedit!
¡Toma con felicidad tu pan en Pē!
¡Recibe tu cetro en Heliópolis!
Este [que habla] es Horus, que actúa por su padre,
dueño de la tormenta se ha mostrado,
ha detenido los arrebatos de Seth,
para que éste haya de llevarte,
pues a él toca cargar con el que de nuevo está completo.

R. T. Rundle Clark, *Myth and Symbol in Ancient Egypt* (Londres 1959) 111.

104. CONJURO PARA RESUCITAR A OSIRIS

(*Textos de los Sarcófagos,* 74)

¡Ay, desamparado!
¡Ay, desamparado y dormido!
He aquí que te he encontrado [caído] sobre tu costado, grande, pero insensible.
«Ay, hermana», dice Isis a Neftis,
«Este es nuestro hermano,
ven, levantemos su cabeza,
ven, juntemos sus huesos,
ven, reunamos sus miembros,
ven, pongamos término a su desdicha,
y en lo que podamos nosotras, que cese su aflicción.
Sienta este espíritu cómo crece la humedad,
que los canales a través de ti se llenen,
que por ti sean creados los nombres de los ríos.
¡Osiris, vive!
¡Osiris, levántate, el gran insensible!
Yo soy Isis».
«Yo soy Neftis.

Porque Horus te vengará,
porque Toth te guardará,
tus dos grandes hijos de la Gran Corona Blanca.
Irás contra el que fue contra ti,
Porque Geb lo verá,
porque la Compañía lo oirá.
Entonces será notorio tu poder en el cielo
y causarás estragos entre los dioses [hostiles],
porque Horus, tu hijo, se adueñó de la Gran Corona Blanca,
arrebatándola al que fue contra ti.
¡Entonces dirá tu padre Atón «Ven»!
¡Osiris, vive!
¡Osiris, levántate, el gran insensible!

R. T. Rundle Clark, *Mith and Symbol in Ancient Egypt* (Londres 1959) 125-126.

Cf. también n.^{os} 88, 167, 168.

105. LA PIPA SAGRADA

(dakotas)

La pipa sagrada desempeña un cometido ritual de primerísima importancia entre muchas tribus indias norteamericanas. Se ofrece el humo como si fuera incienso a los seres celestes, a la tierra y a los cuatro puntos cardinales.

Dos jóvenes recorrían una vez la pradera en busca de caza, porque era aquélla una época de hambre. Se encontraron con una bella y solitaria mujer. Uno de los jóvenes, encendido de pasión al verla, fue envuelto por una nube que, al disiparse, dejó sólo los huesos. El otro, de ánimo respetuoso, recibió instrucciones de acudir corriendo a los de su tribu y prepararlos para recibir a la extranjera. Se erigió la casa ceremonial, y al salir el sol al día siguiente se apareció a los hombres de la tribu la misteriosa doncella, llevando consigo el sagrado calumet, que entregó, como don precioso, a los guardianes de la tribu, explicando al mismo tiempo a todos los miembros de la tribu cuáles eran sus deberes mutuos. La versión de Hombre Solitario, un teton, es la que parece más completa. Su relato fue recogido por Frances Densmore.

En un cuerno de búfalo que contenía agua de lluvia se puso hierba dulce trenzada, y se ofreció a la doncella. El jefe dijo: «Her-

mana, ahora estamos dispuestos a escuchar el buen mensaje que nos traes». La pipa, que se veía en manos de la doncella, fue colocada abajo, sobre el caballete. Entonces la doncella sorbió el agua de la hierba dulce.

Tomando luego de nuevo la pipa, se puso en pie y dijo: «Parientes míos, hermanos y hermanas: Wakantanka nos ha mirado y sonríe hoy sobre nosotros porque nos ha visto como una sola familia. Lo mejor que hay en una familia son los buenos sentimientos para cualquiera de sus miembros. Me enorgullezco de entrar a formar parte de vuestra familia, como hermana de todos vosotros. El sol es vuestro abuelo, y también lo es mío. Vuestra tribu tiene el honor de haber sido siempre fiel a sus promesas y de haber mostrado gran respeto y reverencia hacia las cosas sagradas; también es sabido que en la tribu sólo se advierten buenos sentimientos, y que siempre que uno de sus miembros ha resultado culpable de cualquier falta o error, ése ha sido arrojado fuera y no se le ha permitido tratar con los demás miembros de la tribu. Por todas estas buenas cualidades de la tribu, vosotros habéis sido elegidos como dignos y merecedores de todos los dones excelentes. Yo represento a la tribu del búfalo, que os envía esta pipa. Vosotros vais a recibir esta pipa en nombre de todo el pueblo común (los indios). Tomadla y usadla conforme a mis instrucciones. La cazoleta de la pipa es de piedra roja, una piedra que no hay en todas partes, y que sólo se encuentra en determinados lugares. Esta pipa se usará como un medio para instaurar la paz. Tiempo vendrá en que renunciaréis a las hostilidades contra los demás pueblos. Siempre que entre dos tribus o dos bandos se establezca la paz, esta pipa será instrumento de concordia. Con esta pipa serán llamados los hechiceros a administrar su ayuda a los enfermos».

Y volviéndose a las mujeres, dijo:

«Mis queridas hermanas, las mujeres. A vosotras ha correspondido llevar una vida dura en este mundo, pero sin vosotras no sería lo que es esta vida. Wakantanka tiene previsto que habréis de soportar muchas amarguras, pero que habréis de aliviar a los demás en los tiempos difíciles. Gracias a vosotras prospera la familia. Porque habéis recibido el conocimiento de cómo se hacen los vestidos y cómo hay que alimentar a la familia. Wakantanka está con vosotras en vuestras penas y se une a vosotras en vuestros dolores. El os ha dado el don de la ternura para con todos los seres que viven sobre la tierra. El os ha elegido para que mantengáis el sentimiento hacia los que murieron y ya no son. El sabe que vosotras recordáis a los muertos mucho más tiempo que los hombres. El sabe que vosotras amáis a vuestros hijos tiernamente».

Volviéndose luego a los niños, dijo:

«Hermanitos y hermanitas míos: Vuestros padres fueron en otros tiempos niños pequeños como vosotros, pero con el paso del tiempo se hicieron hombres y mujeres. Todos los seres vivos fueron pequeños alguna vez, pero si alguien no hubiera cuidado de ellos, nunca se hubiesen hecho mayores. Vuestros padres os quieren y han hecho muchos sacrificios por vosotros, para que Wakantanka los escuche y para que no os sucedan sino cosas buenas mientras vais creciendo. Para ellos he traído esta pipa, y de ella obtendréis beneficios también vosotros. Aprended a respetar y reverenciar esta pipa, pero sobre todo llevad una vida pura. Wakantanka es vuestro gran abuelo».

Y volviéndose a los hombres:

«Y ahora vosotros, mis queridos hermanos. Al entregaros esta pipa se espera que la usaréis únicamente con buenos fines. Toda la tribu dependerá de ella en cuanto a sus necesidades perentorias. Vosotros sabéis que cuanto necesitáis para vuestra vida viene de la tierra, del cielo y de los cuatro vientos. Siempre que hagáis algo malo contra estos elementos, ellos se vengarán de vosotros. Debéis respetarlos. Ofreced sacrificios mediante esta pipa. Cuando necesitéis carne de búfalo, fumad esta pipa y pedid lo que necesitéis, y os será otorgado. De vosotros depende ser una gran ayuda para las mujeres en la crianza de los hijos. Compartid las penas de las mujeres. Wakantanka sonríe ante el hombre que tiene sentimientos de ternura para con la mujer, porque la mujer es débil. Tomad esta pipa y ofrecedla todos los días a Wakantanka. Sed buenos y cariñosos con los niños».

Y volviéndose al jefe:

«Mi viejo hermano: tú has sido elegido por este pueblo para recibir la pipa en nombre de toda la tribu de los sioux. Wakantanka se alegra y está complacido en este día porque tú has hecho todo lo que se supone que ha de hacer todo buen jefe. Por esta pipa vivirá la tribu. Deber tuyo será hacer que esta pipa sea respetada y venerada. Estoy orgullosa de llamarme tu hermana. Que Wakantanka nos mire y tenga piedad de nosotros y nos provea de todo cuanto necesitamos. Ahora fumaremos la pipa».

Tomó entonces del suelo una astilla, escendió la pipa y, apuntando al cielo con el vástago de la pipa, dijo: «Lo ofrezco a Wakantanka por todo lo bueno que procede de arriba». Y señalando a la tierra: «Lo ofrezco a la tierra, de la que proceden todos los dones excelentes». Y señalando a los cuatro puntos cardinales: «Lo ofrezco a los cuatro vientos, de donde proceden todas las cosas buenas». Entonces tomó una bocanada de la pipa, la pasó al jefe

y dijo: «Mis queridos hermanos y hermanas, he cumplido la tarea para la que fui enviada aquí, y ahora debo marchar, pero no quiero ninguna escolta. Sólo pido que me despejéis el camino que he de seguir».

Se puso entonces en pie y echó a andar, dejando la pipa en manos del jefe, que ordenó a todos estarse quietos hasta que su hermana se hubiera perdido de vista. Ella salió de la tienda por el lado izquierdo, caminando muy lentamente. Tan pronto como estuvo fuera, se convirtió en una ternera blanca de búfalo.

H. B. Alexander, *The World's Rim* (Lincoln, Neb. 1953) 155-157.

106. SIGNIFICADO Y VALOR DE LOS RITOS. CONCEPCION CONFUCIANISTA

(Hsün Tzu, cap. 19, *Sobre los ritos [Li]*)

Hsün Tzu, junto con Confucio y Mencio, fue una de las figuras más destacadas en la filosofía durante la era de la dinastía Chou. No se conocen exactamente las fechas en que vivió, pero debió de florecer aproximadamente en los años 298-238 a. C.

Los ritos *[Li]* se apoyan en tres bases: cielo y tierra, que son fuente de toda vida; los antepasados, que son fuente de la raza humana; soberanos y maestros, que son fuente del gobierno. Si no hubiera cielo y tierra, ¿de dónde procedería la vida? Si no hubiera antepasados, ¿de donde procedería la raza? Si no hubiera soberanos y maestros, ¿de dónde procedería el gobierno? Si faltara cualquiera de los tres, no habría hombres o éstos no podrían vivir en paz. De ahí que los ritos son para servir al cielo en lo alto y a la tierra aquí abajo, y para honrar a los antepasados y para ensalzar a los soberanos y maestros. Esta es la triple base de los ritos...

En general, los ritos se inician con las prácticas primitivas, adoptan formas cultas y aseguran finalmente belleza y felicidad. Cuando los ritos alcanzan su perfección, se expresan plenamente las emociones y el sentido de la belleza de los hombres. Cuando alcanzan el siguiente nivel, la emoción o el sentido de la belleza se sobreponen a todo lo demás. Y cuando se sitúan en el nivel siguiente, la emoción retrocede al estado de primitivismo.

Por los ritos se mantienen en armonía cielo y tierra, brillan el sol y la luna, siguen el orden debido las cuatro estaciones y las estrellas se mantienen en su curso, fluyen los ríos y prosperan las

cosas, se templan el amor y el odio, gozo y tristeza guardan equilibrio. Hacen obedientes a los humildes e ilustres a los altos. Quien guarda los ritos nunca se ve confundido en medio de múltiples cambios; quien de ellos se aparta termina por perderse. ¿No son acaso los ritos la cumbre de toda cultura?...

Los ritos nos exigen tratar con atención la vida y la muerte. La vida es el comienzo del hombre, y la muerte es su final. Cuando el hombre se comporta debidamente al principio y al final, ha alcanzado su perfección. De ahí que el hombre correcto respete el principio y esté atento al final. Prestar igual atención al principio y al final es lo que conviene al hombre correcto, y ahí está la belleza de los ritos y de la equidad...

Los ritos sirven para acortar lo que resulta excesivamente largo y para alargar lo que es excesivamente breve, reducen lo desmedido y aumentan lo pequeño, expresan la belleza del amor y el respeto, y cultivan la elegancia de una conducta recta. Por consiguiente, en los ritos se utilizan por igual y se hacen entrar en juego alternativamente los bellos ornamentos y el burdo sayal, la música y el lamento, la alegría y la tristeza, aunque se trate de elementos opuestos. El bello ornamento, la música y el regocijo son adecuados para las ocasiones felices; el burdo sayal, el lamento y la tristeza van bien con las situaciones desdichadas. Los ritos dan ocasión para lucir el bello ornamento, pero no hasta el extremo de que resulte fascinante; al burdo sayal, pero no hasta el punto de que suponga privación o desdoro personal; a la música y al regocijo, pero no hasta el punto de incurrir en lascivia o indolencia; al lamento y la tristeza, pero no hasta el punto de que resulten deprimentes o dañinos. Tal es la vía media de los ritos...

Los ritos fúnebres sirven para que los vivos adornen la muerte. Se da a los muertos una despedida como si estuvieran vivos. De este modo se atiende a los muertos del mismo modo que a los vivos, a los ausentes del mismo modo que a los presentes. De esta manera se presta atención igual al comienzo y al final de la vida...

Los ritos que se aplican al nacimiento sirven para embellecer la alegría, los que se aplican a la muerte sirven para embellecer la tristeza, los que se aplican al sacrificio sirven para embellecer la reverencia, los que se aplican a la milicia sirven para embellecer la dignidad. En este sentido, todos los ritos son iguales, y en ello están de acuerdo la antigüedad y la era presente, y nadie sabe de dónde proceden...

El sacrificio es para que la persona exprese sus sentimientos de añoranza y anhelo, pues no es posible alejar en todo momento de la conciencia el dolor y la aflicción. Cuando los hombres disfrutan

del placer de una buena compañía, un ministro leal o un hijo lleno de amor filial pueden sentir dolor y aflicción. Una vez que este sentimiento surge, se excita y conmueve intensamente. Si no se da expresión adecuada a tales sentimientos, sus emociones y nostalgias causan disgusto e insatisfacción, porque falta el rito adecuado. De ahí que los monarcas antiguos instituyeran los ritos, y desde entonces se cumple plenamente el principio de expresar honor a quien merece ser honrado y amor a quien merece ser amado. Por eso digo: el sacrificio sirve para expresar los sentimientos de añoranza y anhelo de una persona. En cuanto a la plenitud del sentimiento de lealtad y afecto, sólo los sabios son capaces de apreciar la riqueza y la belleza del ritual. El sacrificio es algo que el sabio entiende claramente, que realiza con gusto el hombre ilustrado y elegante, que los funcionarios consideran un deber, y que el pueblo común mira como una costumbre establecida. Entre los hombres educados se estima como la acción digna del hombre, mientras que el pueblo común lo relaciona con los espíritus.

Y. P. Mei, en W. Th. de Bary (ed.), *Sources of Chinese Tradition* (Nueva York 1960) 123-124.

107. CONSTRUCCION DE UN SANTUARIO PARA AMATERASU

(*Nihongi* I, 175-176)

La siguiente sección del «Nihongi» (cf. n.º 53), correspondiente al año veinticinco del reinado del Emperador Suinin (el 5 a. C. conforme a la cronología tradicional, pero más probablemente el 260 d. C.), describe la fundación del gran santuario de Amaterasu en Ise. Se alude sin duda al traslado del espejo que se tenía por encarnación de la diosa solar.

Tercer mes, día décimo. La Gran Diosa Amaterasu fue tomada de [la princesa] Toyo-suki-iri-hime y confiada a [la princesa] Yamato-hime no Mikoto. Entonces buscó Yamato-hime un lugar para albergar a la Gran Diosa. Marchó, por tanto, a Sasahata en Uda. Después, volviendo atrás de allí, penetró en el país de Omi, y giró luego hacia el este, en dirección a Mino, de donde marchó a la provincia de Ise.

Entonces dio instrucciones la Gran Diosa Amaterasu a Yamato-hime, diciendo: «La provincia de Ise, del viento divino, es el país en que se remansan las olas del mundo eterno, las olas sucesivas». De acuerdo, por tanto, con la instrucción dada por la Gran Diosa,

se le erigió un santuario en la provincia de Ise. En Kawakami de Isuzu, por tanto, se construyó un palacio de abstinencia [1]. Se le dio el nombre de palacio de Ise. Fue allí donde primero había descendido del cielo la Gran Diosa Amaterasu.

W. Th. de Bary (ed.), *Sources of Japanese Tradition* (Nueva York 1958) 34-35.

108. UN RITUAL SHINTOISTA DE LAS COSECHAS

(*Norito*)

La plegaria por las cosechas, o *Toshigohi no Matsuri,* se celebraba el cuarto día del segundo mes de cada año, en la capital, en el Zhingikuwan, la oficina para el culto de las divinidades shintoístas; en las provincias corría a cargo de los jefes de administración local. En el Zhingikuwan se reunían los ministros, los funcionarios de aquella oficina, los sacerdotes y sacerdotisas de 573 templos, en los que había 737 santuarios, y que eran mantenidos a expensas del tesoro del Mikado, mientras que los gobernadores de las provincias cuidaban en los distritos asignados a su administración todo lo relativo a los ritos en honor de otros 2.395 santuarios.

El servicio empezaba a las seis y veinte de la mañana. Los funcionarios del Zhingikuwan disponían la ofrenda sobre las mesas y debajo de ellas, conforme al rango de los santuarios a que estaban destinadas. Una vez terminados los preparativos, los ministros, las sacerdotisas vírgenes y los sacerdotes de los santuarios a que el Mikado enviaba las ofrendas entraban por orden y ocupaban los puestos que les estaban asignados conforme a unas normas estrictas. Los caballos que formaban una parte de las ofrendas eran traídos del establo del Mikado, y toda la congregación se acercaba, mientras el lector recitaba o leía el *norito.* Este lector pertenecía a la familia sacerdotal o tribu de Nakatomi, que descendía de Amenokoyane, uno de los principales consejeros al servicio del nieto de la diosa solar cuando descendió a la tierra.

Las primeras noticias sobre el ceremonial observado en tales ocasiones están contenidas en una crónica del año 871. El ritual de las cosechas traducido por Satow contiene trece plegarias e invocaciones. El texto que recogemos a continuación es el de la tercera plegaria de esta serie.

[1] Palacio de abstinencia o palacio de culto.

El[1] dice: «Yo declaro en presencia de los dioses soberanos de la cosecha[2]. Si los dioses soberanos conceden en muchos haces de espigas y en espigas exuberantes la cosecha recién madurada que otorguen, la cosecha recién madurada que será producida por el chorreo de espuma de los brazos y por el amasado del cieno entre los muslos alternantes[3], entonces yo cumpliré sus alabanzas presentando las primicias en mil espigas y en muchos centenares de espigas[4], alzando las jarras de cerveza, llenando y alineando los vientres de las jarras de cerveza, yo las presentaré (las primicias) en zumo y en espiga. En cuanto a las cosas que crecen en la llanura del campo abierto —hierbas dulces y hierbas amargas— y en cuanto a las cosas que moran en la azul llanura del mar —cosas de aleta fina y cosas de aleta ancha— hasta las hierbas del mar abierto y las hierbas de la orilla, y en cuanto a los vestidos —vestidos claros y vestidos brillantes, vestidos suaves y vestidos burdos— yo cumpliré las alabanzas. Y después de ofrecer un caballo blanco, un oso blanco y un gallo blanco[5], y una diversidad de cosas en la presencia del dios soberano de la cosecha, cumplo su alabanza presentando las grandes ofrendas de la majestad augusta del nieto soberano»[6].

E. Satow, *Ancient Japanese Rituals: n.º 1, The Praying for Harvest* (Transactions of the Asiatic Society of Japan 7, 1; 1879) 97-132.

[1] «El» es el lector del ritual. La palabra traducida por «dice» significa que el lector se supone pronunciar las palabras del Mikado.

[2] No se sabe quiénes eran los dioses de la cosecha. Según el *Kojiki,* Susa-no-o engendró al gran dios de la cosecha, Ohotoshi no Kami, que engendró al dios de la cosecha, Mi-toshi no Kami; éstos y otros nombres de dioses, de los que se afirman que proporcionaron a los hombres los cereales, aparecen en diversos mitos. Entre todos ellos destaca como la más famosa la diosa venerada en el Templo Exterior *(Gekuu)* de Watarahi en Ise, así como la deidad, Uka no mitama, o Espíritu del Alimento, a que está dedicado el templo de Inari.

[3] Se describe de este modo el proceso de preparar una tierra semilíquida para plantar los tallos recién brotados.

[4] *Kahi,* que se traduce aquí por «espiga», se refiere más exactamente a la semilla del arroz encerrada en su cápsula.

[5] El caballo como montura del dios, el gallo para que le marque el tiempo y el oso (un animal domesticado, no el oso salvaje) para que se alimente el dios.

[6] El nieto de Amaterasu, diosa solar. El epíteto «nieto soberano» se aplicó por vez primera al fundador en la tierra de la dinastía del Mikado, pero luego se aplicó a todos y cada uno de los que le sucedieron en el trono.

109. EL BAÑO CEREMONIAL DEL RECIEN NACIDO ENTRE LOS AZTECAS

(Según Bernardino de Sahagún)

La comadrona invoca a la diosa de las aguas vivas:

«Piadosísima señora nuestra que os llamáis *Chalchiuhtlícue* o *Chalchiuhtlatónac,* aquí ha venido a este mundo este vuestro siervo, al cual ha enviado acá nuestra madre y nuestro padre, que se llama *Ometecutli* y *Omecíhuatl,* que viven sobre los nueve cielos, que es el lugar de la habitación de estos dioses; no sabemos qué fueron los dones que trae; no sabemos que les fue dado antes del principio del mundo; no sabemos qué es su ventura con que viene revuelta, no sabemos si es buena, ni si es mala, qué tal es su mala fortuna, no sabemos qué daño o qué vicio trae consigo esta criatura, tomado de su padre y madre; ya está en vuestras manos, lavadla y limpiadla, como sabéis que conviene, porque en vuestras manos se deja; purificadla de la suciedad que ha sacado de su padre y madre, y las mancillas y suciedades llévelas el agua, y deshágalas, y limpie toda la suciedad que en ella hay. Tened por bien, señora, que sea purificado y limpiado su corazón, y su vida, para que viva pacíficamente y sosegadamente en este mundo; lleve el agua toda la suciedad, que en él está, porque esta criatura se deja en vuestras manos, que sois *Chalchiuhcíhuatl* y *Chalchiuhtlícue* y *Chalchiuhtlatónac,* que sois madre y hermana de los dioses; en vuestras manos se deja esta criatura, porque vos sola merecéis y sois digna del don que tenéis, señora, de hacer lo que os rogamos, pues ha venido a vuestra presencia».

Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de Nueva España,* lib. VI, cap. XXXII.

110. LA «CONFESION NEGATIVA» DE LOS EGIPCIOS

(*Libro de los Muertos,* cap. 125)

Cuando el difunto penetra en la mansión de la Verdad, dice:

«Honor a ti, oh gran dios, tú, Señor de la Verdad. A ti he venido, mi Señor, y hasta aquí me he llegado para contemplar tus bellezas (es decir, para experimentar tu clemencia graciosa)». «Te conozco y conozco tu nombre. Conozco los nombres de los Cuarenta y dos

dioses que viven contigo en esta mansión de Maati, que vigilan a los que han hecho el mal, que se alimentan de su sangre en el día en que las vidas de los hombres son juzgadas en presencia de Un-Nefer (Osiris). En la verdad he llegado hasta ti. La Verdad te traigo. Por ti he destruido la maldad».

(A estas palabras sigue la enumeración de las maldades que el difunto no ha cometido).

1. No he pecado contra los hombres.
2. No he oprimido (o hecho daño) a mis parientes.
3. No he cometido maldad en lugar de la verdad.
4. No he conocido a los hombres indignos.
5. No he cometido actos abominables.
6. No he realizado actos diarios de superorganización (?).
7. No he presentado mi nombre en busca de honores.
8. No he sido dominante con los esclavos.
9. No he pensado despectivamente del dios (o Dios).
10. No he defraudado de lo suyo al pobre.
11. No he hecho lo que abominan los dioses.
12. No he hecho que el amo causara daño al esclavo.
13. No he hecho sufrir a nadie.
14. No he consentido que nadie pase hambre.
15. No he hecho llorar a nadie.
16. No he matado a nadie.
17. No he dado orden de matar a nadie.
18. No he causado dolor a la multitud.
19. No he robado las ofrendas de los templos.
20. No he hurtado los pasteles de los dioses.
21. No he robado las ofrendas de los espíritus.
22. No he tenido tratos con pederastas.
23. No me he manchado en los lugares puros del dios de mi ciudad.
24. No he engañado al medir el grano.
25. No he robado tierra ni he añadido nada.
26. No he invadido los campos ajenos.
27. No he recargado el peso de la balanza.
28. No he falseado el fiel de la balanza.
29. No he quitado la leche de la boca de los niños.
30. No he sacado los animales de sus pastos.
31. No he echado la red a las ocas de los recintos de los dioses.
32. No he pescado con cebo del cuerpo de los peces.
33. No he impedido que corriera el agua como debía.
34. No he cortado un canal cuando corría el agua.

35. No he apagado la llama que debía arder.
36. No he suprimido los días de hacer ofrendas elegidas.
37. No he sacado ganado de las propiedades de los dioses.
38. No he rechazado al dios en sus manifestaciones. Soy puro. Soy puro. Soy puro. Soy puro.

E. A. Wallis Budge, *Osiris, the Egyptian Religion of Resurrection* I (1911) 337-339; cf. también E. A. Wallis Budge, *The Book of the Dead* II (1901) 365-371.

111. PENITENCIA Y CONFESION ENTRE LOS AZTECAS

(Según Bernardino de Sahagún)

Aquí habla el sátrapa al penitente, diciendo: «¡Oh hermano! Has venido a un lugar de mucho peligro y de mucho trabajo y espanto... has venido asimismo al lugar donde los lazos y redes están asidos, los unos con los otros, y sobrepuestos los unos a los otros, de manera que nadie puede pasar sin caer en alguno de ellos... Estos son tus pecados, que no solamente son lazos y redes y pozos en que has caído, pero también son bestias fieras que matan y despedazan el cuerpo y el ánima... Cuando fuiste criado y enviado a este mundo, limpio y bueno fuiste criado y enviado, y tu padre y madre *Quetzalcóatl* te formó como una piedra preciosa y como una cuenta de oro, de mucho precio; y cuando naciste eras como una piedra preciosa y como una joya de oro muy resplandeciente y muy pulida. Pero por tu propia voluntad y albedrío te ensuciaste y te mancillaste, y te revolcaste en el estiércol y en las suciedades de los pecados y maldades que cometiste y ahora has confesado. Hicístete como un niño sin juicio y sin entendimiento que con el estiércol y suciedad, burlando y jugando, se ensucia, así te has ensuciado y hecho aborrecible con los pecados con que te has deleitado. Y ahora has descubierto, y manifestado todos tus pecados a nuestro señor, que es amparador de todos, y perdonador y purificador de todos los pecadores; y esto no lo tengas por cosa de burla, porque de verdad has entrado en la fuente de la misericordia, que es como agua clarísima con que lava las suciedades del alma nuestro señor dios, amparador y favorecedor de todos los que a él se convierten; habíaste arrojado al infierno, y ahora ya has vuelto a resucitar en este mundo, como quien viene del otro; ahora nuevamente has tornado a nacer, ahora nuevamente comienzas a vivir, ahora nuevamente te da lumbre y nuevo sol nuestro señor dios; ahora nueva-

mente comienzas a florecer y a brotar, como una piedra preciosa muy limpia que sale del vientre.

Y también conviene que hagas penitencia trabajando un año, o más, en la casa de dios, y allí te sacarás sangre, y punzarte has el cuerpo con puntas de maguey, sacándote la sangre; y para que hagas penitencia de los adulterios y otras suciedades que hiciste, pasarás cada día dos veces, mimbres, una vez por las orejas, y otra vez por la lengua, y no solamente en penitencia de las carnalidades anteriormente dichas, pero también en penitencia de las palabras malas e injuriosas con que injuriaste y afrentaste a tus prójimos con tu mala lengua. Y por la ingratitud que tuviste cerca de las mercedes que te hizo nuestro señor, y por la inhumanidad que tuviste cerca de los prójimos, en no hacer ofrendas de los bienes que te fueron dados de dios, ni en comunicar a los pobres de los bienes temporales que te fueron comunicados de nuestro señor, tendrás cargo de ofrecer papel y copal, y también de hacer limosnas a los hambrientos menesterosos que no tienen que comer, ni que beber, ni que vestir, aunque sepas quitártelo de tu comida para se lo dar; y procura de vestir a los que andan desnudos y desarrapados; mira que su carne es como la tuya, y que son hombres como tú, mayormente a los enfermos, porque son imagen de dios. No hay más que te decir; vete en paz, y ruega a dios que te ayude a cumplir lo que eres obligado a hacer, pues que él es favorecedor y ayudador de todos».

Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de Nueva España,* lib. VI, cap. VII.

112. TEORIA CHINA SOBRE LOS PORTENTOS

(Tung Chung-shu, *Ch'un-ch'iu fan-lu,* 30)

Tung Chung-shu vivió por los años de 179?-104? a. C. El título de esta extensa obra, de la que se toman los siguientes fragmentos, podría traducirse en castellano por «Significado profundo de los Anales de primavera y otoño».

Las criaturas del Cielo y de la Tierra muestran en ocasiones cambios desacostumbrados a los que se llama portentos. Los menores se consideran prodigios ominosos. Muchas veces se presentan primero los prodigios y luego vienen los portentos. Los prodigios son advertencias del Cielo, mientras que los portentos son amenazas del Cielo. El Cielo envía primero los prodigios, y si no se presta

atención a éstos, trata de infundir temor por medio de los portentos. Esto es lo que da a entender el *Libro de las Odas* cuando dice: «¡Temblamos ante el terror y el espanto del Cielo!». La génesis de todos estos prodigios y portentos es el resultado directo de los errores del Estado. Cuando en el Estado comienzan a manifestarse los primeros indicios del error, el Cielo envía prodigios ominosos y calamidades para advertir a los hombres y poner de manifiesto el hecho. Si, a pesar de estas advertencias y anuncios, los hombres no caen en la cuenta de su error, entonces el Cielo envía portentos y espantos para aterrorizarlos. Si, después de estos terrores, los hombres aún no sienten temor o espanto, cae sobre ellos la desgracia y la calamidad. Por todo esto podemos entender que la voluntad del Cielo es benévola, pues no es su deseo poner trampas a la humanidad o engañarla.

Si examinamos cuidadosamente estos prodigios y portentos, acertaremos a discernir la voluntad del Cielo. La voluntad del Cielo es que hagamos determinadas cosas y que no hagamos otras. En cuanto a las cosas que el Cielo desea o no desea, si un hombre busca en su interior, seguro que encontrará advertencias al respecto en su corazón, y si observa a su alrededor en los negocios diarios, hallará en el Estado una verificación de tales advertencias. Podemos, por consiguiente, discernir la voluntad del cielo en estos prodigios y portentos. No hemos de odiar tales signos, sino guardar el temor ante ellos, considerando que el Cielo quiere reparar nuestras faltas y salvarnos de nuestros errores. En consecuencia, elige este modo de advertirnos.

W. Th. de Bary (ed.), *Sources of Chinese Tradition* (Nueva York 1960) 187.

113. LA APARICION DE UN FAISAN BLANCO, PRESAGIO FAVORABLE (ANTIGUO JAPON)

(*Nihongi* II, 237-239)

Dijo el Emperador: «Cuando aparece en el mundo un prudente gobernante para regir el Imperio, el Cielo así lo da a entender y manifiesta presagios favorables. En tiempos antiguos, durante el reinado de Chʻeng-wang, de la dinastía Chou, un gobernante del País Occidental (es decir, China), y también en tiempos de Ming Ti, de la dinastía Han, se vieron faisanes blancos. En este nuestro país del Japón, durante el reinado del Emperador Homuda, hizo su nido en el palacio un cuervo blanco. En tiempos del Emperador

O-sazaki apareció en Occidente un caballo-dragón. Esto demuestra que desde los tiempos antiguos hasta nuestros días se han producido numerosos casos de prodigios auspiciosos en respuesta a los gobernantes virtuosos. Lo que nosotros llamamos aves fénix, unicornios, faisanes blancos, cuervos blancos y otras aves y animales semejantes, además de ciertas plantas y árboles, en una palabra: todas las cosas que tienen la propiedad de significar una respuesta son otros tantos augurios favorables y signos auspiciosos producidos por el Cielo y la Tierra. Y no deja de ser cosa propia y adecuada que los soberanos prudentes e ilustrados obtengan tales augurios auspiciosos. Pero ¿por qué habríamos de tener Nos, que somos tan vacío y sin valor, tan buena fortuna? Ello se debe sin duda alguna a nuestros asistentes, los ministros, comandantes imperiales, comandantes de lo divino, comandantes de la corte y comandantes locales, cada uno de los cuales, con suma lealtad, se ajusta a las normas dadas. Por esta causa, todos nosotros, desde los ministros hasta los funcionarios, con corazones puros reverenciemos a los dioses del Cielo y de la Tierra, y que todos y cada uno, aceptando el alegre presagio, hagamos florecer el Imperio».

Y también dio órdenes, diciendo:

«Habiendo sido puestos a nuestro cargo por el Cielo las provincias y los distritos de los cuatro puntos cardinales, ejercemos el dominio supremo sobre el Imperio. Pero este augurio favorable ha aparecido en la provincia de Anato, regida por nuestros divinos antepasados. Por esta causa proclamamos una amnistía general en todo el Imperio, y que se inicie un nuevo período de años, al que se llamará del Faisán Blanco. Prohibimos además el vuelo de los halcones dentro de los límites de la provincia de Anato».

W. Th. de Bary (ed.), *Sources of Chinese Tradition* (Nueva York 1958) 80.

114. EL ORACULO DE TROFONIO DE LEBADIA

(Pausanias, *Descripción de Grecia* IX, 39)

Trofonio, según Pausanias, es una figura semejante a Asclepio, pues en la gruta de Herkina, donde se halla el manantial que da origen al río del mismo nombre (Herkina es en realidad la ninfa fluvial de aquellos parajes), «se han erigido unas estatuas con serpientes enroscadas en torno a sus cetros. Se puede conjeturar que representan a Asclepio y Higieia, pero también podrían ser Trofo-

nio y Herkinia, pues se afirma que las serpientes están consagradas a Trofonio no menos que a Asclepio... Lo más famoso que hay en la gruta es el templo y la estatua de Trofonio; ésta, que es obra de Praxíteles, guarda cierta semejanza con Asclepio». Prosigue luego Pausanias:

En cuanto al oráculo, su práctica es como sigue. Cuando alguien decide acudir a visitar a Trofonio, recibe alojamiento durante un determinado número de días en un edificio que está consagrado al *Agathos Daimon* y a *Agathe Tyche* («Buen Demonio» y «Buena Fortuna»). Mientras permanece allí, se atiene a ciertas normas de pureza; se le prohíben en especial los baños calientes; ha de bañarse en el río Herkina. Recibe mucha carne de los sacrificios, pues todo el que se dispone a hacer el descenso sacrifica al mismo Trofonio y a los hijos de Trofonio, y también a Apolo y Cronos y Zeus, por sobrenombre *Basileus* («Rey») y a Hera Auriga y a Deméter, a la que dan el sobrenombre de Europa y de la que dicen que crió a Trofonio. En cada uno de estos sacrificios está presente un adivino para inspeccionar las entrañas de la víctima, y después de observarlas predice al individuo que se dispone a descender si Trofonio le recibirá amistosa y graciosamente. Los primeros sacrificios no revelan con mucha claridad las intenciones de Trofonio. Pero la noche en que el individuo tiene el propósito de descender, sacrifica un carnero en una zanja, invocando a Agamedes. Aunque todos los sacrificios anteriores hayan sido favorables, no seguirá adelante en modo alguno si las entrañas de este carnero no le indican lo mismo; pero en caso de que todo esté concorde, el hombre emprende el descenso con la mejor esperanza. El descenso se realiza del siguiente modo. Ante todo, cuando ha caído la noche, dos jóvenes de familias de ciudadanos, de unos trece años, lo llevan a la orilla del río Herkina y lo ungen con aceite de oliva y lo lavan. Se llama *Hermai* a estos jóvenes, y son ellos los que lavan al que se dispone a visitar a Trofonio y le prestan todos los servicios necesarios. Después de esto es guiado por los sacerdotes, pero no directamente hacia el oráculo, sino a dos manantiales de agua que hay cerca uno de otro. Allí ha de beber el agua llamada *Lethe*, para que se olvide de cuanto había estado pensando hasta entonces; luego bebe del otro manantial el agua llamada *Mnemosyne*, que le asegura recordar cuanto vea al descender. Contempla después una estatua que se dice obra de Dédalo, y que los sacerdotes no muestran a nadie sino a los que se disponen a descender a la morada de Trofonio. Una vez que ha contemplado esta estatua, a la que adora y dirige sus plegarias, se acerca al oráculo, llevando

un jitón de hilo adornado de galones, y calzando las botas típicas del país.

El oráculo está situado por encima de la gruta en la falda de la montaña. Se halla en mitad de un pavimento circular de mármol blanco, casi igual en circunferencia a una era pequeña. Sobre el pavimento hay púas con barras circulares uniéndolas, todo ello de bronce, con pasos abiertos entre las barras. Dentro de este recinto hay una abertura practicada en la tierra, pero no se trata de una hendidura natural, sino de una construcción hecha con gran proporción y habilidad. Por su forma se parece esta cámara a un horno. Según todas las apariencias, su anchura por la parte del medio es de seis pies, mientras que la profundidad no debe de ser mayor de los doce pies. No hay en ella ningún medio para descender al fondo, sino que cuando alguien baja para visitar a Trofonio, le ponen una escala ligera y estrecha. Cuando ya ha descendido, encuentra una abertura entre el piso y el muro, de unos dos palmos de anchura al parecer y de un palmo de altura. Se acuesta en el suelo, y llevando en las manos pastelillos untados de miel, introduce los pies por la abertura y se arrastra hacia adelante, tratando de introducir las rodillas por la abertura. El resto de su cuerpo parece como si fuera succionado hacia adentro detrás de sus rodillas, del mismo modo que la corriente rápida de un río puede atrapar a un hombre en sus remolinos y sumergirlo. A partir de este momento, y una vez que se ha penetrado en el *adyton,* no todos los individuos reciben las mismas instrucciones acerca de lo que ha de sucederles después; algunos han escuchado, mientras que otros han visto además. El regreso se hace por la misma abertura, con los pies hacia adelante.

Dicen que nadie ha muerto por haber descendido, con la única excepción de un hombre de la escolta de Demitrios, y aun éste no había pasado por ninguno de los ritos que obligadamente tienen lugar en el santuario, ni bajó para consultar al dios, sino con la esperanza de recoger oro y plata en el *adyton*... Cuando un individuo sale de la morada de Trofonio, los sacerdotes lo recogen de nuevo y lo colocan en un asiento que llaman la sede de *Mnemosyne,* que se halla no lejos del *adyton,* y mientras permanece allí sentado le preguntan por todo lo que haya visto y oído. Una vez que lo han oído todo, lo encomiendan de nuevo al cuidado de sus amigos, que lo recogen y se lo llevan a la casa de *Agathe Tyche* y *Agathos Daimon,* donde estaba antes alojado, pues todavía se halla aterrorizado y sin conciencia de sí mismo o de los que le rodean. Pero luego le va volviendo el conocimiento como antes, y recupera sobre todo la capacidad de reír. No escribo de oídas, pues yo mismo

he consultado a Trofonio y conozco a otros muchos que también lo han hecho.

Cf. el comentario de J. G. Frazer en *Pausanias's Description of Greece* V (Londres 1898) 196-204.

115. «HEMOS BEBIDO EL SOMA, YA SOMOS INMORTALES...»

(*Rigveda* VIII, 48, fragmentos)

1. Del dulce alimento con prudencia he participado,
que buenos pensamientos suscita y mejor la inquietud aleja,
al que festivos los dioses y mortales todos acuden,
y el nombre de «miel»[1] le dan por su dulzura...
3. El soma hemos bebido, ya somos inmortales[2],
a la luz hemos llegado, y a los dioses hemos visto.
¿Qué fuerza hostil podrá combatirnos?
¿Qué maldad de hombre mortal, oh Inmortal?[3].
4. Gozo de nuestro corazón embriagado sé tú, oh Indu[4]
como un padre con su hijo, tiernísimo, oh Soma.
Solícito, como amigo con amigo, oh tú, famoso,
prolonga, oh Soma, nuestros años y vivamos.
5. Estas gotas gloriosas, liberadoras, que absorbo
cual correas de carroza unen mis junturas.
De rotura de mis miembros me guarden las gotas de Soma,
y de mí alejen toda enfermedad...

[1] *Madhu,* el «dulce» jugo extraído en la prensa, conocido por *soma.* Términos emparentados con *madhu* son el griego *méthy,* el eslavo antiguo *medu,* el islandés *mjöd (mjoär),* el anglosajón *meodu.* Todos ellos sugieren la idea de una especie de miel de origen divino a la que se atribuyen las virtudes religiosas de la embriaguez y la fuerza generativa. Todo ello forma parte de la religiosidad de los pueblos indo-europeos. Lo cierto es que el *soma* (el *haoma* avéstico) desempeñaba una función esencial en el culto de los indo-iranios. La importancia del sacrificio del *soma* en el ritual védico dio ocasión a que el dios Soma aparezca en los himnos de forma tan destacada que sólo es superado por Indra y Agni, que a su vez están íntimamente relacionados con la planta divina y su jugo. Los 114 himnos del libro noveno del *Rigveda* están dirigidos en su conjunto a la divinidad Soma.

[2] En el momento culminante del *Vajapeya,* una de las siete formas que adopta el sacrificio del *soma,* el oficiante anuncia que ha ascendido «al cielo» por el poste sacrificial, y así lo proclama desde su estribo más alto (cf. *Taittiriya-samhita,* 1.7.9.).

[3] *Amrita,* literalmente, «no muerto»; al igual que la ambrosía (de *ambrotos),* el *soma* es la bebida de los inmortales.

[4] La «gota brillante», Soma.

8. Sé con nosotros generoso, Rey Soma.
Tus devotos somos, de esto está seguro.
Cuando ira y furor se despliegan, oh Indu,
no nos abandones, como quiere el enemigo.
9. Tú, oh Soma, proteges nuestros cuerpos,
y en cada miembro velas por el hombre.
Si tus mandatos rompemos, sé indulgente
como el mejor amigo, oh dios, para bien nuestro...
11. Enfermedad y aflicción se han desvanecido,
espantados huyen los poderes tenebrosos,
y dentro de nosotros con fuerza se alza Soma.
La aurora hemos visto, que a los hombres da nueva existencia...
13. Tú con los Padres unido, oh Soma,
por tierra y cielo te dilatas.
A ti, Indu, con ofrendas adoramos,
y señores de toda riqueza nos hacemos.
14. Y vosotros, dioses protectores, defendednos.
Ni sueño ni hablar vano nos venzan [5].
El amor tengamos siempre de Soma
y con sus hijos heroicos le rindamos culto.
15. Por todos lados eres tú nuestra fortaleza, Soma,
nuestra luz. Penetra en nosotros, tú que moras en el hombre.
Sé tú con tu ayuda constante
vanguardia y retaguardia de nuestra protección.

H. D. Griswold, *The Religion of the Rigveda* (Londres 1923) 210-211.

116. MITO Y RITO. COMO CONVERTIRSE EN UN GANDHARVA

(*Shatapatha Brāhmana* XI, 5)

Esta selección de uno de los últimos y más conocidos brahmanas *viene a amplificar una historia de amor empezada, pero no concluida, en el famosísimo himno «dialogado»* (samvada) *de «Rigveda» X, 95. Esta leyenda aparece en el «Mahābhārata» y en los*

[5] La vigilia y el silencio pueden hacer referencia a los votos propios del *dīkshā* (rito de iniciación) relacionados con el sacrificio del soma (cf. A. A. Macdonell, *A Vedic Reader for Students* [Londres 1917] 163).

«Purānas», y fue utilizada por Kalidasa en su drama «Vikramorvashī».

Los gandharvas y los apsarases —antiguas categorías de seres celestes que en los samhitas tardíos aparecen relacionados con las aguas y los árboles— se muestran, como muchas de las criaturas selváticas, amistosos unas veces y hostiles otras. El rey Pururavas se enamora de la ninfa Urvashi, y vive feliz con ella hasta que los gandharvas separan con un ardid a los enamorados. El solitario rey buscará los medios rituales de convertirse en una criatura de la selva, en un verdadero gandharva.

La ninfa Urvashi amaba a Pururavas, el hijo de Idā [1]. Cuando lo aceptó por esposo, le dijo: «Me abrazarás tres veces al día, pero nunca yacerás conmigo en contra de mi voluntad. Además, nunca deberé verte desnudo, pues tal es la forma decorosa de portarse con nosotras las mujeres».

Vivió con él mucho tiempo, y quedó embarazada, tanto tiempo vivió con él. Entonces se dijeron uno a otro los gandharvas: «Esta Urvashi ha vivido ya demasiado tiempo entre los hombres. Tenemos que encontrar el medio de hacerla regresar».

Guardaba ella una oveja con dos corderos atados a su cama, y los gandharvas se llevaron uno de los corderos. «¡Me quitan una de mis criaturitas», gritó ella, «como si aquí no hubiera ningún guerrero, ningún hombre!». Entonces ellos le quitaron el segundo, y ella volvió a gritar del mismo modo.

Entonces se dijo él para sus adentros: «¿Cómo es que en el lugar en que yo estoy no hay un guerrero, un hombre?». Y desnudo, tal como estaba, echó a correr tras ellos, pues pensó que no tenía tiempo para echarse encima su vestido.

Entonces produjeron los gandharvas un relámpago, y ella lo vio tan claramente como si fuera de día, y desapareció...

Llorando amargamente, recorrió él todo Kurukshetra [2]. Hay allí un lago cuajado de flores de loto, llamado Anyatahplakshā. Recorrió sus orillas; había allí nadando unas ninfas bajo la forma de cisnes [3].

Lo vio ella, y dijo: «¡Este es el hombre con el que yo estuve

[1] Y de Buddha, hijo de Soma. Es interesante advertir que Pururavas pertenece a la raza lunar de los reyes, frecuentemente relacionada, como los mismos gandharvas, con el soma celeste. Es el antepasado de Puru, Bharata, Kuru, Pandu y los demás protagonistas del *Mahābhārata.*

[2] El campo sagrado de los Kurus, la gran llanura del norte de la India en que se libró la batalla cantada por el poema.

[3] Cierta especie de ave acuática *(āti).*

viviendo!». «Vamos a dejarnos ver de él», dijeron ellas. «Muy bien», replicó ella, y se le mostraron en sus verdaderas formas [4].

El la reconoció entonces y le habló:
«¡Esposa mía, para mí tan cruel!
¡Espera, hablemos los dos,
pues si nuestros secretos callamos
nunca más tendremos alegría!».
Le replicó ella:
«¡De qué me sirve que hablemos!
Ya pasé como la primera aurora.
Pururavas, vuelve a tu casa.
Soy como el viento, que no se puede sujetar»...
Con llanto respondió Pururavas:
«Hoy tu enamorado morirá,
marchará muy lejos para no volver.
Yacerá en el regazo de la desdicha [5],
y por fieros lobos será devorado»...
Replicó ella:
«¡Nunca mueras, Pururavas, no te alejes!
¡No permitas que fieros lobos te devoren!
No hallarás amistad entre las mujeres,
pues como de chacales a medio domar es su corazón» [6].
Y prosiguió diciendo:
«Cuando disfrazada vivía entre los mortales,
y pasaron así las noches de cuatro otoños [7],
un poquito de *ghee* [8] probé un día,
¡Y ahora tengo de sobra!».

Pero su corazón se apiadó de él, y le dijo: «Vuelve aquí la última noche del año; entonces, cuando haya nacido tu hijo, podrás yacer conmigo una noche».

Volvió la última noche del año, y vio cómo allí se alzaba un palacio de oro. Le dijeron que entrase y se la presentaron.

[4] Las siguientes cinco estrofas están tomadas del *Rigveda* X, 95, 1, 2, 14-16, el «diálogo» conservado por los sacerdotes que recitan el *Rigveda*. Nuestro *Rigveda* contiene 18 estrofas, de las que, al parecer, el *Satapatha-brāhmana* conocía las 15 primeras.

[5] Nirriti, «Destrucción», esposa de Adharma y madre de la muerte (cf. E. W. Hopkins, *Epic Mythology* [Estrasburgo 1915] 41).

[6] *Sālāvrika,* de significado incierto. J. Eggeling lo traduce por «hiena», mientras que A. Weber sugiere que podría tratarse de «hombre-lobo» (cf. J. Eggeling, *Satapatha-brāhmana* [SBE XLIV; Oxford 1900] 71, n. 4).

[7] Es decir, cuatro años.

[8] Manteca refinada.

Ella le dijo: «Mañana te harán un don los gandharvas y podrás elegir». Replicó él: «¡Elige tú por mí!». Ella replicó: «Les dirás: 'Hacedme como uno de vosotros'».

Por la mañana le hicieron un presente los gandharvas, y él les dijo: «Hacedme como uno de vosotros».

«No hay entre los hombres un fuego», le replicaron, «tan santo que pueda un hombre sacrificar con él para convertirse en uno de nosotros». Pusieron entonces fuego en un cuenco, y le dijeron: «Sacrificando con este fuego te convertirás en uno de nosotros».

Tomó el fuego y a su hijo y regresó a su casa. Yendo de camino, dejó el fuego en la selva y marchó a una aldea con el niño. Al regresar se encontró con que el fuego había desaparecido. En lugar del fuego había un pipal, y en lugar del cuenco, una mimosa. Regresó entonces adonde estaban los gandharvas.

Ellos le dijeron: «Durante un año habrás de cocer arroz suficiente para cuatro [cada día]. Cada vez [que lo cuezas] pondrás en el fuego tres leños de pipal ungidos con *ghee*... y el fuego que se habrá formado [al final del año] será el fuego [que te convertirá en uno de nosotros]. Pero esto resulta más bien difícil», añadieron, «así que podrás hacer dos tablas para producir fuego, la de arriba de pipal y la de abajo de mimosa, y el fuego que obtengas de ellas será el fuego [que te convertirá en uno de nosotros]. Pero también esto resulta más bien difícil», añadieron, «así que harás las dos tablas, la de arriba y la de abajo, de madera de pipal, y el fuego que obtengas de ellas será el fuego».

Hizo, por tanto, las dos tablas para producir fuego de madera de pipal, y el fuego que de ellas obtuvo fue el fuego [que podría convertirle en uno de ellos]. Sacrificó con él y se convirtió en un gandharva.

A. L. Basham, *The Wonder That Was India* (Londres 1954) 405-407.

117. EJECUTAR LA ACCION SIN APEGO A SUS FRUTOS...

(*Bhagavadgita* III, 8-9, 19-24, 31, 35)

8. Cumple el acto que se te exige,
pues la acción es mejor que la inactividad.
Hasta el mismo sustento de tu cuerpo
no puedes asegurar sin la acción.

9. Quitando la acción que tiene el culto por fin,
este mundo está atado por acciones.
Actúa, por tanto, oh hijo de Kunti,
pero libre de apego (a sus frutos)...
19. Siempre, por tanto, desapegado,
realiza la acción que debes,
pues actuando sin apego,
alcanza el hombre las alturas.
20. Pues sólo actuando, la perfección
Janaka y otros alcanzaron.
También si al dominio del mundo
aspiras, habrás de actuar.
21. Lo que al más noble ven hacer
también hacen los demás siempre,
lo que él se impone como norma,
a eso se atienen los demás.
22. Y yo mismo, hijo de Pritha, nada tengo
en los tres mundos que hacer,
nada aún por conseguir me queda,
pero persisto en la acción.
23. Pues si no prosiguiera
incansable en mi actuar,
mi camino seguirían lo mismo
los hombres, hijo de Pritha.
24. Perecerían las gentes
si yo no actuara,
y agente de confusión me haría,
estas criaturas así destruyendo...
31. Quienes esta mi doctrina con constancia
sigan, como hombres
llenos de fe, sin murmurar,
libres se verán de (los efectos de) la acción...
35. Mejor es el deber propio (aunque) imperfecto
que el deber ajeno bien cumplido;
mejor la muerte cumpliendo el deber propio,
que el riesgo del deber ajeno...

F. Edgerton, *Bhagavad Gita* I (Cambridge 1944)

Cf. también n.os 28, 264, 295-296.

Purificación y consagración del cuerpo

La consagración del cuerpo a la divinidad es el preludio obligado para todo el que se dispone a rendirle culto. En este rito, el adorador purifica y consagra cada parte de su persona, de modo que pueda comparecer dignamente ante su dios.

«Ningún hombre debe adorar a una divinidad hasta que él mismo se haya convertido en un ser divino. Si se realiza la repetición de las fórmulas sagradas sin previamente consagrar las diversas partes del cuerpo a las diferentes deidades, esa repetición de los *mantras* será demoníaca y carente de efectos positivos. Antes de adorar a una divinidad, el hombre debe transformarse en el Yo de la misma divinidad a través de la consagración, el dominio de la respiración y la concentración, hasta que su cuerpo se convierta en morada de la divinidad» *(Gandharva Tantra).*

1. El primer paso es la purificación del adorador y de los instrumentos del culto.

«La purificación personal del adorador se obtiene mediante el baño. La purificación de los elementos sutiles del cuerpo *(bhuta shuddhi)* se consigue mediante el dominio de la respiración y la consagración de las seis partes principales del cuerpo a las seis divinidades a que corresponden. Después de esto se realizan las restantes formas de purificación.

2. La purificación del lugar del culto se consigue limpiándolo cuidadosamente, adornándolo con los ornamentos favorables hechos con polvo de los cinco colores, colocando un asiento y un dosel, usando incienso, luces, flores, guirnaldas, etc. Todo esto ha de ser realizado por el adorador en persona.

3. La purificación de las fórmulas sagradas *(mantras)* se obtiene repitiendo las sílabas que las componen por su orden normal y después a la inversa.

4. La purificación de los instrumentos del culto se obtiene rociándolos con agua consagrada, y con ayuda del *mantra* básico y del *mantra* de ataque y defensa *(astra-mantra,* es decir, el adecuado *phat),* haciendo al mismo tiempo el gesto de la vaca *(dhenu-mudrā).*

5. La purificación de la divinidad se realiza colocando la imagen sobre un altar e invocando la presencia de la deidad mediante su *mantra* secreto y el *mantra* vivificador del aliento *(prāna-mantra),* bañando la imagen tres veces al mismo tiempo que se recita el *mantra* básico, y adornándola luego con ornamentos y

joyas. Después de esto debe hacerse una ofrenda de incienso y luces» *(Kularnava Tantra).*

Supresión de obstáculos

«El adorador debe inclinarse respetuosamente ante las deidades de las puertas, primero hacia la puerta oriental de la sala de culto y luego sucesivamente hacia la puerta sur, la puerta oeste y la puerta norte. Después de esto deberá hacer reverencia a su deidad elegida, presente en la forma de su *yantra» (Nigama-kalpalatā,* 14).

Si el santuario sólo tiene una puerta, ha de hacerse mentalmente la adoración de las divinidades de las otras tres direcciones. «Hay que entrar en la casa sacrificial con el pie derecho *(Shivārchana Chandrikā),* y con el pie izquierdo si se trata de un sacrificio de la mano izquierda.

El adorador suprimirá los obstáculos de origen celeste mediante la mirada correcta (mirar con ojos bien abiertos y sin pestañear). Los obstáculos del mundo intermedio se suprimen con ayuda del agua consagrada con el *astra-mantra.* Los obstáculos terrenos se suprimen dando tres golpes con el talón del pie derecho» *(Shāmbavī Tantra).*

Alabanza de la divinidad

«Del mismo modo que el oro se purifica de su escoria mediante el fuego, y del calor recibe su aspecto brillante, así la mente del ser vivo, purificada de la impureza de sus acciones y deseos mediante su amor hacia mí, se transforma en mi semejanza trascendente. La mente se purifica oyendo y pronunciando los himnos sagrados en alabanza mía» *(Bhāgavata Purāna,* 11, 14, 25).

La glorificación de una divinidad es cosa distinta de una alabanza vacía. Dice el *Brihad-devatā* (1, 6): «La alabanza de algo consiste en pronunciar su nombre, describir su forma, proclamar sus obras y enumerar su familia».

«No podemos conocer una cosa sin saber cuáles son sus méritos, sus cualidades. Todo conocimiento o ciencia se basa en una forma de alabanza. Un diccionario no es más que la alabanza de las palabras. Las obras de ciencia están llenas de glorificación. Todo lo que es objeto de conocimiento es por ello mismo una deidad, y es glorificado en las escrituras que de ello tratan» (Vijayananda Tripathi, «Devata tattva», *Sanmārga* III, 1942).

Meditación

«La meditación es de dos tipos: burda y sutil. En la forma sutil, la meditación se hace sobre el «cuerpo del sonido», es decir, el *mantra* de la divinidad. En la forma burda, la meditación versa sobre una imagen con manos y pies... Lo que está más allá de los sentidos sólo puede ser captado por la mente, y de ahí que sea preciso concentrarse sobre la forma burda» *(Yāmala Tantra).*

«El adorador debe avanzar en la meditación, centrando gradualmente su mente sobre todas las partes del cuerpo de su deidad elegida, una tras otra, desde los pies hasta la cabeza. De este modo llegará a adquirir un estado tal de concentración que en el curso de su meditación imperturbada se manifestará todo el cuerpo de su deidad elegida a su vista mental como una forma indivisible. De este modo, la meditación sobre la deidad en su aspecto formal se irá haciendo gradualmente más profunda y estable» (Siva Chandra Vidyarnava Bhattacharya, *Principles of Tantra* II [1916] 134).

Japa, la repetición de los mantras

«Se ha comparado la práctica del *japa* —la repetición de los *mantras*— a la acción de quien trata de despertar a alguien que está dormido zarandeándolo» (Woodroffe, *The Garland of Letters,* 211).

«Una vez que la imagen de la deidad elegida se ha formado en la mente gracias a la concentración, ha de repetirse el *mantra* seminal, apartando la mente de todos los demás pensamientos... El *japa* es de tres tipos: audible, articulado pero inaudible y mental... De este modo se perfecciona la concentración de *japa,* y la conciencia del adorador se transfiere a la deidad representada por la fórmula, de manera que aquél deja de tener una individualidad distinta de la de su deidad» (Barada Kantha Majumdar, *Principles of Tantra* II [1916] 77-78).

A. Daniélou, *Hindu Polytheism* (Nueva York 1964) 377-379.

119. «PŪJĀ» A VISNU Y A OTROS DIOSES

(Agni-purāna XXIII, 1-23)

Dijo Narada: Describiré ahora el modo de [ofrecer] *pūjā,* que es el medio por el que los *vipras* [sabios] alcanzan todos los fines de la vida. Lavada la cabeza, enjuagada la boca y regulando la res-

piración, ya se puede sentar bien protegido uno en una postura *svastika, padma* o cualquier otra, con el rostro vuelto hacia el este. Meditará entonces en medio de su ombligo sobre el *mantra yam,* del color del humo e idéntico con el viento aterrador, y purificar todas las impurezas del cuerpo. Meditando después sobre el *mantra kshoum,* el océano de la luz, situado en el corazón del loto, podrá abrasar, con llamas que se elevan y que bajan y que brotan en direcciones contrarias, todas las impurezas. Meditará luego en el *mantra van,* de forma lunar, situado en el cielo. Luego el adorador rociará su propio cuerpo con gotas de néctar, pasando desde el corazón del loto a través del órgano tubular *sushumna,* a través del órgano generativo y otros conductos.

Después de purificar los ingredientes del culto *(tattvas),* deberá ordenarlos. Purificará entonces su mano y los instrumentos. Primero, empezando por el pulgar de la mano derecha, deberá ordenar los dedos de las dos manos conforme a los miembros principales. Luego, con ayuda de sesenta y dos *mantras,* ordenará los doce miembros del cuerpo, es decir, el corazón, la cabeza, el pelo de la cabeza, la piel, los dos ojos, el vientre, la espalda, los brazos, los muslos, las rodillas y los pies. Luego, después de haber ofrecido el *mudrā,* y habiendo recitado su nombre ochocientas ocho veces, meditará en Visnú y le adorará. Colocará luego una jarra de agua a su izquierda y los instrumentos de culto a la derecha, los lavará con ayuda de los elementos auxiliares y pondrá luego flores y aromas. Después de recitar ocho veces la luz adorable de la omnipresencia y la conciencia, tomará agua en la palma de la mano, con el *mantra phat,* y meditará en Hari [Visnú-Krishna]. Con el rostro vuelto hacia el sudeste (la dirección que preside Agni), rogará que se le concedan la virtud, el conocimiento, la disociación de los objetos mundanos y los poderes señoriales. Podrá desprenderse de sus pecados e impurezas físicas adoptando las posturas del Yoga, empezando por el este. En la postura de *kurma* (tortuga) adorará a Ananta [Visnú], Yama, el sol y los restantes cuerpos luminosos. Después de haber meditado sobre ellos en su corazón, y después de invocarlos, y adorarlos en círculo, pondrá nuevamente ofrendas, agua para lavar los pies, agua para enjuagar la boca y *madhuparka* [ofrenda de leche y miel]. Entonces, aplicando el conocimiento del arte de adorar a la deidad de ojos de loto [Visnú], pondrá agua para el baño, vestidos, el cíngulo sagrado, adornos, aromas, flores, incienso, lámparas y cosas de comer.

Adorará primero los miembros en la puerta este, y luego a Brahma. Ordenará luego el disco y la maza hacia el sector del sur, y la concha y el arco hacia la esquina que preside la luna. Ordenará

luego las flechas y el carcaj al costado izquierdo y al derecho de la deidad. Ordenará después una guarda de cuero y la prosperidad a la izquierda, y el alimento a la derecha. Venerará con *mantras* la guirnalda de flores silvestres, la marca mística *Shrīvatsa* [Visnú] y la joya *koustava* y todas las divinidades de los cuarteles exteriores. Todo esto son los atributos y los asistentes de Visnú. Parcial o totalmente recitará los *mantras* para adorar los miembros, y los adorará, caminará en torno a ellos y luego les hará ofrendas. Y meditará en su mente: «Yo soy Brahma, Hari», y pronunciará la palabra «ven» en la ceremonia de *āhvāna*[1], y «perdóname» en el rito de *visarjana*[2]. Los que buscan la salvación, por consiguiente, practicarán el *pūjā* con el *mantra* de las ocho letras. Ya he descrito el culto de una forma. Escucha, y te describiré el de los nueve *vyūhas* [partes del cuerpo].

Asignará Vasudeva, Bala y los demás primero a sus dos pulgares y luego otros muchos a su cabeza, frente, boca, corazón, ombligo, nalgas, rodillas y cabeza, y los adorará a continuación. Adorará luego a un *pitha* [trono de una divinidad] y a nueve *vyūhas*. Igual que antes, también ahora adorará en nueve lotos a las nueve formas y las nueve partes del cuerpo. Y en medio de todo ello, adorará a Vasudeva.

Manmatha Nath Dutt, *A Prose English Translation of Agni Purana* I (Calcuta 1903) 96-98.

120. MERITOS DE LA CONSTRUCCION DE UN TEMPLO

(*Agni-purāna* XXXVIII, 1-50)

Dijo Agni: Expondré ahora los frutos de erigir templos para morada de Vasudeva y otras divinidades. Los que propongan en su corazón edificar un templo, quedan libres de los pecados de un centenar de nacimientos. Los que aprueban la determinación de edificar un templo para Krishna marchan a la región de Achyuta [Visnú] libres de pecado. Al desear construir un templo para Hari, un hombre lleva inmediatamente un millón de sus generaciones pasadas y futuras a la región de Visnú. Los manes de la persona que construye un templo a Krishna viven en la región de Visnú, adornadas y libres de las penas del infierno. La construcción

[1] «Invocación» de una divinidad; parte del rito en que la deidad se instala en su imagen.

[2] «Evacuación», rito de conclusión en que la imagen es retirada.

de un templo para una divinidad disipa hasta el pecado del brahmanicidio. Edificando un templo se obtiene el fruto que no podría conseguirse con la ofrenda del sacrificio. Edificando un templo se adquieren los méritos de bañarse en todos los santuarios. La construcción de un templo, que asegura el cielo, por un hombre religioso o irreligioso produce los frutos que alcanzan los que caen en el combate emprendido en favor de los celestiales. Haciendo un templo se va al cielo; haciendo tres se va a la región de Brahma; haciendo cinco se va a la región de Shambhu; haciendo ocho se va a la región de Hari. Haciendo dieciséis se consiguen todos los objetos de gozo y emancipación. Un pobre, construyendo el más pequeño de los templos, consigue el mismo fruto que un rico que construyera el más grandioso templo para Visnú. Adquirir riquezas y construir un templo con una pequeña porción de ellas sirve para ganar en piedad y obtener el favor de Hari. Haciendo un templo con un *lakh* de rupias o con mil o con cien o con cincuenta, el hombre va al lugar en que reside la divinidad del emblema de Garuda. Hasta el que siendo niño hace con arena y por juego un templo a Vasudeva va a su región. El que edifica templos de Visnú en lugares sagrados, santuarios y eremitorios consigue un triple fruto. Los que adornan el templo de Visnú con aromas, flores y barro sagrado van a la ciudad del Señor. Un hombre caído, que va a caer o que ya ha caído a medias, si erige un templo a Hari, consigue frutos doblados. El que provoca la caída de un hombre es el protector del que ha caído. Haciendo un templo para Visnú se llega a su región. Mientras existe el conjunto de ladrillos de un templo de Hari, el fundador de su familia vive glorioso en la región de Visnú. Se vuelve piadoso y digno de adoración en este y en el otro mundo.

Quien edifica un templo para Krishna, el hijo de Vasudeva, nace como hombre de buenas obras y su familia queda purificada. Quien edifica templos para Visnú, Rudra, el dios sol y otras divinidades adquiere fama. ¿De qué sirven las riquezas que acumulan los hombres ignorantes? Inútil es adquirir riquezas si no se emplea el dinero trabajosamente reunido en construir un templo para Krishna, o si no disfrutan de ellas los pitris, brahmanas, celestiales y amigos. Tan cierta como para los hombres la muerte es también su destrucción. El hombre que no gasta su dinero para disfrutar de él o para hacer caridad y lo mantiene guardado es estúpido y está encadenado en vida. ¿Qué mérito tiene quien, habiendo conseguido sus riquezas por suerte o por propio esfuerzo, no las gasta para realizar una obra gloriosa o en favor de la religión? ¿[Qué mérito tiene] el que ha renunciado a su riqueza en favor del dos

veces nacido más importante, si no cesa de hablar de su dádiva o exagera lo que realmente ha gastado en obras de caridad? Lo mejor, por tanto, es que el hombre construya templos para Visnú y otras divinidades. Una vez que penetre en la región de Hari, adquirirá una fe reverencial en Narottama [Visnú]. Abarcará los tres mundos que contienen lo móvil y lo inmóvil, lo pasado y lo futuro y lo presente, lo grosero y lo sutil y todos los objetos inferiores. Desde Brahma hasta un pilar, todo tiene su origen en Visnú. Obtenido el acceso a la región del Gran Espíritu, Visnú, el dios omnipresente de todos los dioses, un hombre ya no vuelve a nacer sobre la tierra.

Edificando templos para otros dioses recoge el hombre el mismo fruto que por edificar un templo a Visnú. Edificando templos para Siva, Brahma, el sol, Candi y Lakshmi se adquiere mérito religioso. Mayor mérito se logra erigiendo imágenes. En el sacrificio que acompaña a la erección de un ídolo hay frutos sin fin. Uno hecho de madera tiene mayor mérito que uno hecho de barro; uno hecho de ladrillos produce más frutos que otro hecho de madera. Uno hecho de piedra produce más que otro hecho de ladrillos. Las imágenes hechas de oro y otros metales proporcionan el mayor mérito religioso. Los pecados que se hayan venido acumulando durante siete nacimientos quedan disipados apenas comenzar. Quien edifica un templo va al cielo; nunca va al infierno. Salva a un centenar de sus familiares y los lleva a la región de Visnú. Yama dijo a sus emisarios: «No llevéis al infierno a las personas que han edificado templos y han adorado a los ídolos. Traed ante mi vista a los que no han construido templos. Ordenadlos, pues, debidamente y seguid mis mandatos.

«Nadie puede despreciar vuestros mandatos, excepto los que están bajo la protección del padre infinito del universo. Pasad de largo junto a los que tienen sus pensamientos fijos en el Señor. Estos nunca vivirán aquí. Dejaréis una distancia entre vosotros y los que adoran a Visnú. Los que cantan las glorias de Govinda y los que adoran a Janardana [Visnú o Krishna] con ritos diarios y ocasionales habrán de ser respetados a distancia por vosotros. Ni siquiera miraréis a los que llegan a esa etapa. Los que le adoran con flores, incienso, ornamentos y otros adornos elegidos no serán marcados por vosotros. Estos son los que van al reino de Krishna. Incluso el hijo o cualquier otro miembro de la familia de quien ha edificado un templo a Visnú no será tocado por vosotros. No miraréis con mala intención a los cientos de personas que han edificado templos de Visnú con madera o piedra».

Edificando un templo dorado se libra el hombre de todos los pecados. Quien construye un templo a Visnú adquiere mayor fruto

que si celebrara sacrificios todos los días. Edificando un templo para el Señor lleva a su familia, cien generaciones pasadas y otras cien futuras, a la región de Acyuta. Visnú es idéntico a los siete mundos. El que le edifica un templo salva los mundos infinitos y se asegura la inmortalidad. Tanto como duren sus ladrillos, el que edificó [el templo] vivirá por otros tantos miles de años en el cielo. El que erige un ídolo llega a la región de Visnú, y el que consagra su instalación queda inmerso en Hari. La persona que erige un templo y una imagen, así como quien los consagra, llega a su presencia.

Este rito de *pratishthā* [instalación] de Hari fue referido por Yama. Para la erección de templos e imágenes de las divinidades, Hayashirsha lo describió a Brahma.

Manmatha Nath Dutt, *A Prose English Translation of Agni Purana* I (Calcuta 1903) 142-146.

121. ACTOS DE DEVOCION A BUDA Y SUS PREMIOS

(Shikshasamuccaya, 299-301 *[Avalokana-sutra])*

Ciertamente, por incontables eones no renace ciego o cojo, si, después de proponerse adquirir la iluminación, venera un *Stupa* del Maestro.
Firme, con energía y vigor, un héroe, firme en su coraje, alcanza velozmente la fortuna después de rodear con sus pasos un *stupa.*
Mayor es el mérito de quien venera un *stupa* en esta última edad, esta edad terrible,
que si por cientos de miles de *nayutas* de *kotis* de eones honrara a un número semejante de Budas.
Porque el Buda es preeminente, inigualable, merecedor cual ninguno de ofrendas, él que recorrió el más noble y preeminente camino.
El que rinde culto a éste, el mayor entre los hombres, obtiene el más alto e inigualable premio.
Muerto aquí entre los hombres, marcha al cielo de los Treinta y Tres,
y obtiene allí un brillante palacio hecho de joyas.
Si aquí dona una torre puntiaguda, será allí servido por los Apsaras.
Si coloca una guirnalda sobre un *stupa,* renacerá entre los Treinta y Tres.
Y obtiene allí un estanque de lotos lleno de agua excelente, con el fondo de arena dorada, cubierto de *vaidurya* y cristal.

Y después de gozar de tan celestial placer, completado allí el curso de su vida, el sabio,
muerto al mundo de los devas, se convierte en hombre rico.
Por cientos de miles de *nayutas* de *kotis* de nacimientos será honrado después de colocar una guirnalda sobre un santuario.
Y si ha donado aunque sólo sea una tira de tela al Salvador del mundo, al Protector,
todas sus empresas prosperarán, tanto entre los dioses como entre los hombres.
Queda a salvo de las formas inferiores y desdichadas de vida, y no renace en ellas.
Y si ha hecho una enramada de guirnaldas sobre las reliquias del Salvador del mundo,
se convierte en un poderoso rey con un séquito leal.
Es amado y querido, honrado y alabado,
por dioses y *nagas,* y por los sabios de este mundo.
Dondequiera que nazca este héroe, glorioso con la gloria de sus méritos,
allí es honrada su familia, su país y su ciudad.
Escuchadme cuando os hablo de sus ventajas si toma una partícula de incienso más diminuta que un grano de mostaza,
y la quema en los santuarios del Señor. Con corazón sereno aparta todos los obstáculos y todas las manchas.
En cualquier región que esté, allí se encuentra lleno de mérito,
y colmado también de salud, firme en su entendimiento y alerta.
Aparta la tristeza, y sigue su camino querido por muchos y grato al pueblo.
Y si gana un reino, honra al Jina supremo, monarca universal de gran poderío;
dorado su color, adornado de señales, su cuerpo exhala grata fragancia en todos los mundos.
Ya al nacer recibe las mejores galas, vestidos de seda celestes, espléndidos, bien tejidos.
Es bendecido con un hermoso cuerpo si ha revestido los santuarios del Salvador con telas.
Y por haber venerado y honrado con telas los santuarios de los Salvadores inigualables,
aquí, en este mundo, su cuerpo tampoco tiene igual y aparece armado con las treinta y dos marcas.

E. Conze (ed.), *Buddhist Texts through the Ages* (Oxford 1954).

122. MAHOMA PROCLAMA LOS PRECEPTOS DEL ISLAM

(*Corán,* 2, 168-179; 183-187; 190-196)

¡Hombres! ¡Comed de los alimentos lícitos y buenos que hay en la tierra y no sigáis los pasos del Demonio! Es para vosotros un enemigo declarado.
Os ordena lo malo y lo deshonesto y que digáis contra Dios lo que no sabéis.
Y cuando se les dice: «¡Seguid lo que Dios ha revelado!», dicen: «¡No! Seguiremos las tradiciones de nuestros padres». Pero ¿y si sus padres eran incapaces de razonar y no estaban bien dirigidos?
Los incrédulos son como cuando uno grita al ganado, que no percibe más que una llamada, un grito: son sordos, mudos, ciegos, no razonan.
¡Creyentes! ¡Comed de las cosas buenas de que os hemos proveído y dad gracias a Dios, si es a él sólo a quien servís!
Os ha prohibido sólo la carne mortecina, la sangre, la carne de cerdo y la de todo animal sobre el que se ha invocado un nombre diferente del de Dios. Pero quien se vea compelido por la necesidad —y no por deseo o por afán de contravenir— no peca. Dios es indulgente, misericordioso.
Quienes ocultan algo de la *Escritura* que Dios ha revelado y lo malvenden, sólo fuego ingerirán en sus entrañas y Dios no les dirigirá la palabra el día de la resurrección ni les declarará puros. Tendrán un castigo doloroso.
Esos son los que han trocado la dirección por el extravío, el perdón por el castigo. ¿Cómo pueden permanecer imperturbables ante el fuego?
Esto es así porque Dios ha revelado la *Escritura* con la verdad. Y quienes discrepan sobre la *Escritura* están en marcada oposición.
La piedad no estriba en que volváis vuestro rostro hacia el Oriente o hacia el Occidente, sino en creer en Dios y en el último Día, en los ángeles, en la *Escritura* y en los profetas, en dar de la hacienda, por mucho amor que se le tenga, a los parientes, huérfanos, necesitados, viajero, mendigos y esclavos, en hacer la oración y dar limosna, en cumplir con los compromisos contraídos, en ser pacientes en el infortunio, en la aflicción y en tiempo de peligro. ¡Esos son los hombres sinceros y temerosos de Dios!
¡Creyentes! Se os ha prescrito la ley del talión en casos de homicidio: libre por libre, esclavo por esclavo, hembra por hembra. Pero, si a alguien le rebaja su hermano la pena, que la demanda sea conforme al uso y la indemnización apropiada. Esto es un alivio,

por parte de vuestro Señor, una misericordia. Quien, después de esto, viole la ley, tendrá un castigo doloroso.
En la ley del talión tenéis vida, ¡hombres de intelecto! Quizá, así, temáis a Dios.
¡Creyentes! Se os ha prescrito el ayuno, al igual que se prescribió a los que os precedieron. Quizá, así, temáis a Dios.
Durará cierto número de días. Pero, si alguno de vosotros está enfermo o de viaje, ayunará un número igual de días. Los que, pudiendo, no ayunen podrán redimirse dando de comer a un pobre. Y si uno hace el bien espontáneamente, tanto mejor para él. Pero os conviene más ayunar. Si supierais...
Es el mes de ramadán, en que fue revelado el *Corán* como dirección para los hombres y como pruebas claras de la dirección y del criterio. Quien esté presente ese mes, que ayune en él. Quien esté enfermo o de viaje, ayunará un número igual de días. Dios quiere hacéroslo fácil y no difícil. ¡Completad el número señalado de días y ensalzad a Dios por haberos dirigido! Quizá, así, seáis agradecidos.
Durante el mes del ayuno os es lícito por la noche uniros con vuestras mujeres: son vestidura para vosotros y vosotros lo sois para ellas. Dios sabe que os engañabais a vosotros mismos. Se ha vuelto a vosotros y os ha perdonado. Ahora, pues, yaced con ellas y buscad lo que Dios os ha prescrito. Comed y bebed hasta que, a la alborada, pueda distinguirse un hilo blanco de un hilo negro. Luego, observad un ayuno riguroso hasta la caída de la noche. Y no las toquéis mientras estéis de retiro en la mezquita. Estas son las leyes de Dios, no os acerquéis a ellas. Así explica Dios su doctrina a los hombres. Quizá, así, le teman.
Combatid por Dios contra quienes combatan contra vosotros, pero no seáis vosotros los agresores. Dios no ama a los agresores.
Matadles donde les halléis y expulsadles de donde os hayan expulsado. La tentación es peor que el homicidio. No combatáis contra ellos junto a la Mezquita Sagrada, a no ser que os ataquen allí. Así que, si combaten contra vosotros, matadles: ésa es la retribución de los infieles.
Pero, si cesan, Dios es indulgente, misericordioso.
Combatid contra ellos hasta que dejen de induciros a apostatar y se rinda culto a Dios. Si cesan, no haya más hostilidades que contra los impíos.
El mes sagrado es para el mes sagrado. Las cosas sagradas caen bajo la ley de talión. Si alguien os agrediera, agredidle en la medida con que os agredió.
Temed a Dios y sabed que él está con los que le temen.

Gastad por la causa de Dios y no os entreguéis a la perdición. Haced el bien. Dios ama a los que hacen el bien.
Llevad a cabo la peregrinación mayor y la menor por amor de Dios. Pero, si os veis impedidos, ofreced una víctima conforme a vuestros medios. No os afeitéis la cabeza hasta que la víctima llegue al lugar del sacrificio.
Si uno de vosotros está enfermo o tiene una dolencia en la cabeza, puede redimirse ayunando, dando limosna u ofreciendo un sacrificio.
Cuando estéis en seguridad, quien haya hecho la peregrinación menor, mientras llega el tiempo de la mayor, que ofrezca una víctima según sus posibilidades.
Pero, si no encuentra qué ofrecer, deberá ayunar tres días durante la peregrinación mayor y siete días a su regreso, esto es, diez días completos.
Esto atañe a aquel cuya familia no reside en las cercanías de la Mezquita Sagrada.
¡Temed a Dios! ¡Sabed que Dios es severo en castigar!

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

123. «LOS QUE SE ARREPIENTAN DESPUES Y SE ENMIENDEN...»

(*Corán,* 3, 84-91)

Di: «Creemos en Dios y en lo que se nos ha revelado,
en lo que se ha revelado
a Abrahán, Ismael, Isaac, Jacob y las tribus,
en lo que Moisés, Jesús y los profetas han recibido de su Señor.
No hacemos distinción entre ninguno de ellos y nos sometemos a él».
Si alguien desea una religión diferente del Islam,
no se le aceptará
y en la otra vida será de los que pierdan.
¿Cómo va Dios a dirigir a un pueblo
que ha dejado de creer después de haber creído,
de haber sido testigo de la veracidad del Enviado
y de haber recibido las pruebas claras?
Dios no dirige al pueblo impío.
Esos tales incurrirán, como retribución,
en la maldición de Dios,

de los ángeles y de los hombres,
en la de todos juntos.
Eternos en ella,
no se les mitigará el castigo, ni les será dado esperar.
Serán exceptuados quienes, después de eso,
se arrepientan y se enmienden.
Dios es indulgente, misericordioso.
A quienes dejen de creer, después de haber creído,
y luego se obstinen en su incredulidad,
no se les aceptará el arrepentimiento.
Esos son los extraviados.
Si uno que no cree muere siendo infiel, aunque ofrezca como precio de rescate la tierra llena de oro, no se le aceptará. Esos tales tendrán un castigo doloroso, y no encontrarán quienes les auxilien.

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

124. LA PEREGRINACION EN EL CORAN

(*Corán,* 22, 26-37)

Y [no olvides] cuando preparamos para Abrahán el emplazamiento de la casa [1]
[diciéndole]: «¡No me asocies nada!
¡Purifica mi Casa para los que dan las vueltas
y para los que están de pie,
para los que se inclinan y prosternan!».
¡Llama a los hombres a la peregrinación
para que vengan a ti,
a pie o montados en todo flaco camello,
venido de todo paso ancho y profundo,
para atestiguar los beneficios recibidos
y para invocar el nombre de Dios en días determinados
sobre las reses de que él les ha proveído!:
«¡Comed de ellas y alimentad al desgraciado, al pobre!».
Luego, ¡que den fin a sus prohibiciones,
que cumplan sus votos y que den las vueltas rituales
alrededor de la casa antigua!

[1] Es decir, la Caaba de La Meca, donde se encuentra el santuario principal.

¡Así es!
Quien respete las cosas sagradas de Dios,
será mejor para él ante su Señor.
Se os han declarado lícitos los rebaños,
excepto lo que se os recita.
¡Evitad la contaminación que viene de los ídolos!
¡Evitad el decir falsedades!
¡Como *hanifes* [2] para con Dios y no como asociadores!
Quien asocia a Dios otros dioses
es como si cayera del cielo:
las aves se lo llevarán
o el viento lo arrastrará a un lugar lejano.
Así es. Pero quien respete las cosas sagradas de Dios,
dará prueba de tener un corazón temeroso de él.
Os aprovecharéis de ello [el ganado] hasta un día determinado.
Luego, la inmolación tendrá lugar en la casa antigua.
Y hemos establecido un ritual para cada comunidad,
a fin de que invoquen el nombre de Dios
sobre las reses de que él les ha proveído.
Vuestro Dios es un Dios único. ¡Someteos, pues, a él! ¡Anuncia
la buena nueva a los humildes,
cuyo corazón tiembla al invocar el nombre de Dios,
a los que tienen paciencia ante la adversidad,
a los que hacen la oración,
a los que dan limosna de lo que les hemos concedido!
Entre las cosas sagradas de Dios
os hemos incluido los camellos de sacrificio.
Tenéis en ellos bien.
Invocad, pues, el nombre de Dios sobre ellos
cuando están en fila.
Y, cuando yazcan sin vida,
comed de ellos y alimentad al mendigo y al necesitado.
Así los hemos sujetado a vuestro servicio.
Quizá, así, seáis agradecidos.
Dios no presta atención a su carne ni a su sangre,
sino a vuestro temor de él.
Así os los ha sujetado a vuestro servicio,
para que ensalcéis a Dios por haberos dirigido.
¡Anuncia la buena nueva a los que obran bien!

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

[2] Monoteísta inflexible preislámico, ni judío ni cristiano.

E. *PLEGARIAS E HIMNOS*

125. UN BOSQUIMANO SUPLICA LA AYUDA DE SU DIOS

(Sudáfrica)

Gauwa ha de ayudarnos a matar un animal.
Gauwa, ayúdanos. Estamos muertos de hambre.
Gauwa no nos ayuda.
Nos engaña. Se burla.
Gauwa nos enviará algo para matar mañana
después de que él haya cazado y comido carne,
cuando esté harto y se sienta bien.

L. Marshall, *Kung Bushman Religious Beliefs:* «Africa» 32 (1962) 247.

126. PLEGARIA A IMANA, EL GRAN CREADOR DE RUANDA-URUNDI

Imana es el gran Creador, la causa primera de todo bien. No interviene para nada en los asuntos de la vida diaria, en un sentido práctico, pero no por eso deja de estar constantemente en el pensamiento de estas gentes. Todo cuanto hace depende de su exclusiva voluntad, y ningún hombre puede influir en él. Se le honra, pero no se le teme, pues no tiene poder para hacer daño. No se le rinde culto, como se hace, por ejemplo, en el caso de Ryangombe...

Son muy escasas las oraciones dirigidas a Imana. Todo el culto se dedica a Ryangombe. Hay, sin embargo, una invocación que se le hace en demanda de auxilio, y que recibe el nombre de *kwambaza*. Cuando alguien se encuentra en un gravísimo apuro, dirige esta invocación a Imana, dondequiera que esté. Como esta invocación se parece mucho en ambos países [Ruanda y Urundi], la recojo aquí prescindiendo de los términos indígenas, ya que las diferencias idiomáticas son muy pronunciadas y no servirían para ambos.

¡Oh Imana de Urundi (Ruanda), dígnate ayudarme! ¡Oh Imana de piedad, Imana de la casa de mi padre (o país), dígnate ayudarme! ¡Oh Imana del país de los hutus y los tutsi, dígnate ayudarme esta vez! ¡Oh Imana, dígnate darme un *rugo* [1] e hijos! Me postro

[1] El *rugo* es la zanja que rodea la casa, y, por metonimia, la casa misma.

ante ti, Imana de Urundi (Ruanda). Grito ante ti: dame descendencia, dámela como se la das a otros. Imana, ¿qué haré yo, adónde iré? Estoy en desgracia, ¿dónde hay lugar para mí? ¡Oh Misericordioso, oh Imana de misericordia, ayúdame esta vez!

R. Guilleband, *The Idea of God in Ruanda-Urundi,* en E. W. Smith (ed.), *African Ideas of God: A Symposium* (Londres 1950) 186, 192-193.

127. HIMNO A MWARI, DIOS DE LOS MASHONAS

(Zimbabue)

¡Gran Espíritu!
¡Tú que amontonas rocas en montañas señeras!
Cuando tú trituras las piedras,
se levanta el polvo y llena la tierra.
Aspereza del precipicio;
aguas del estanque que se vuelven
lluvia en polvo al ser agitadas.
¡Cuenco que rebosa de aceite!
Padre de Runji,
que cose los cielos como un lienzo,
que él junte lo que está aquí abajo.
Tú que produces los árboles enramados,
tú que haces brotar los renuevos
para que crezcan derechos.
Tú has llenado la tierra de hombres,
y el polvo se eleva a lo alto, ¡oh Señor!
Portentoso, tú vives
en medio de abrigos rocosos,
tú das la lluvia a la humanidad.
Te alabamos,
escúchanos, Señor.
Muéstranos misericordia cuando te invocamos, Señor.
Tú moras en lo alto con los espíritus de los grandes.
Tú levantas las colinas cubiertas de hierba
sobre la tierra, y creas los ríos,
tú único bondadoso.

Según F. W. T. Posselt, citado por E. W. Smith, *African Ideas of God: A Simposium* (Londres 1950) 127.

128. PLEGARIA DE LOS ARAPAHOS

Los arapahos son una tribu algonquina establecida actualmente en Oklahoma. Esta plegaria, pronunciada por un sacerdote, sirve para consagrar a una mujer que personifica la Madre de la creación.

¡Padre mío, ten piedad de nosotros! Acuérdate de que somos tus hijos desde el tiempo en que creaste los cielos y la tierra, con un hombre y una mujer.

¡Abuelo nuestro, gran Cuerpo Central Móvil, que das la luz, míranos pintando el cinturón que ordenó nuestro Padre, tal como está ante nosotros. Ahora di a tu siervo quién ha de llevar el cinturón. Cuida de ella con buenos dones, y que ella pueda hacer esto en beneficio de la nueva gente (los hijos), para que esta tribu tenga fuerza y poder en el futuro...

No podemos dejar de invocarte, Padre mío, Hombre de Arriba, porque queremos vivir en esta tierra, que ahora nos disponemos a pintar en esta ocasión. Hemos entregado este cinturón al suave humo por nuestra pureza en adelante. Que nuestros pensamientos alcancen al cielo donde hay santidad. Danos agua buena y abundancia de alimentos.

G. A. Dorsey, *The Arapaho Sun Dance* (Field Columbian Museum Anthropology Series IV; 1903) 74.

129. «DAD GRACIAS A LA MADRE TIERRA...»

(tribu de los pawnees, Oklahoma)

¡Mirad! Aquí se extiende nuestra Madre Tierra.
¡Mirad! Ella despliega su fertilidad.
Cierto, ella nos da su poder.
Dad gracias a la Madre Tierra que aquí se extiende.

¡Ved sobre la Madre Tierra los campos fecundos!
¡Ved la promesa de su fertilidad!
Cierto, ella nos da su poder.
Dad gracias a la Madre Tierra que aquí se extiende.

¡Ved sobre la Madre Tierra los árboles enramados!
¡Ved la promesa de su fertilidad!
Cierto, ella nos da su poder.
Dad gracias a la Madre Tierra que aquí se extiende.

Sobre la Madre Tierra vemos las aguas que corren.
Vemos la promesa de su fertilidad.
Cierto, ella nos da su poder.
¡Damos gracias a la Madre Tierra que aquí se extiende!

A. C. Fletcher, *The Hako, a Pawnee Ceremony* (Washington D. C. 1904) 334.

130. ORACION FAMILIAR DE LOS TAHITIANOS

Esta antigua plegaria se repetía cada noche en otros tiempos.

¡Sálvame, sálvame! Es la noche de los dioses. Vela junto a mí, mi Dios *(atua)*. Cerca de mí, oh mi Señor *(fatu)*. Protégeme de hechizos, de la muerte repentina, de la mala conducta, de calumniar o ser calumniado, de la intriga y de las querellas acerca de los linderos de la tierra. Que sobre nosotros reine la paz, mi Dios. Guárdame del guerrero furioso, que difunde el terror, el de cabellos erizados. Que yo y mi espíritu vivamos y descansemos en paz esta noche, oh mi Dios.

J. A. Moerenhout, *Voyages aux îles du Grand Ocean* II (París 1837) 83.

131. LAMENTACION HAWAIANA

¿Cuál es mi gran culpa, oh Dios?
Quizá he comido de pie
o sin dar gracias,
o los míos han comido indebidamente.
Sí, ésta es mi culpa, ¡oh Kane del agua de vida!
Perdóname. Déjame vivir, que soy tu devoto,
no me mires con indiferencia.
Yo te invoco, respóndeme tú,
¡oh Dios de mi cuerpo que estás en el cielo!
¡Oh Kane! Brille el relámpago, retumbe el trueno,
cruja la tierra.
Estoy salvado, mi dios me ha mirado.
Me estoy lavando. Se acabó para mí el peligro.

E. S. Craighill Handy, *Polynesian Religion* (Honolulú 1927) 242.

132. PLEGARIA SUMERO-ACCADICA A TODOS LOS DIOSES

Es ésta, en efecto, una plegaria general, en que se pide a todos los dioses el perdón por las culpas cometidas. El autor, en medio de sus sufrimientos, admite que ha podido quebrantar algún precepto divino. Pero no sabe qué es exactamente lo que ha hecho o a cuál de los dioses ha ofendido. Aún más, afirma que toda la raza humana está sumida en la ignorancia acerca de la voluntad divina, por lo que comete continuos pecados. Los dioses, en consecuencia, deben ser misericordiosos y perdonar sus transgresiones.

Que se aquiete para mí el furor del corazón de mi señor.
Que el dios desconocido deje de estar enojado conmigo,
que la diosa desconocida deje de estar enojada conmigo,
que el dios al que conozco o no conozco deje de estar enojado conmigo,
que la diosa a la que conozco o no conozco deje de estar enojada conmigo,
que el corazón de mi dios deje de estar enojado conmigo.
Que mi dios y mi diosa dejen de estar enojados conmigo.
Que el dios que se ha enojado conmigo se aplaque.
Que la diosa que se ha enojado conmigo se aplaque.

(los vv. 11-18 no pueden ser restituidos con seguridad)

Sin saberlo he comido lo que prohíbe mi dios,
sin saberlo he tomado el alimento prohibido por mi diosa.
¡Oh Señor, son muchas mis transgresiones, grandes son mis pecados!
¡Oh mi dios, muchas son mis transgresiones, grandes son mis pecados!
¡Oh mi diosa, muchas son mis transgresiones, grandes son mis pecados!
¡Oh dios al que conozco o no conozco, muchas son mis transgresiones, grandes son mis pecados!
¡Oh diosa a la que conozco o no conozco, muchas son mis transgresiones, grandes son mis pecados!
La transgresión que he cometido, de verdad no la conozco,
el pecado que he hecho, de verdad no lo conozco.
La cosa prohibida que he comido, de verdad no la conozco,
el lugar prohibido en que he puesto el pie, de verdad no lo conozco.
El señor, en el enojo de su corazón, me miró,
el dios, en el furor de su corazón, me hizo frente,
cuando la diosa estaba enojada conmigo, me hizo enfermar.

El dios al que conozco o no conozco me ha oprimido,
la diosa a la que conozco o no conozco me envió el dolor.
Y aunque no dejo de buscar ayuda, nadie me toma por la mano,
cuando lloro no acuden a mi lado.
Estoy turbado, estoy abrumado. No puedo ver.
¡Oh mi dios, misericordioso, te dirijo esta plegaria: «Inclínate siempre hacia mí!».
Beso los pies de mi diosa, en tu presencia me arrastro.

(los vv. 41-49 están perdidos en su mayor parte y no pueden restituirse con seguridad)

¿Hasta cuándo, mi diosa, a la que conozco o no conozco, no se aquietará tu corazón hostil?
El hombre es mudo, no sabe nada.
Los hombres, y todo cuanto existe, ¿qué es lo que saben?
Lo mismo si peca que si hace el bien, ni siquiera lo sabe.
Oh mi señor, no hundas a tu siervo,
que se ahoga en las aguas de una ciénaga. Tómalo de la mano.
Convierte en bondad el pecado que he cometido,
que el viento se lleve mi transgresión,
despójame de mis muchas maldades como de un vestido.
¡Oh mi dios! Siete veces siete son mis transgresiones. Aparta mis malas obras.
¡Oh mi diosa! Siete veces siete son mis transgresiones. Aparta mis malas obras.
¡Oh dios al que conozco o no conozco! Siete veces siete son mis transgresiones. Aparta mis malas obras.
¡Oh diosa a la que conozco o no conozco! Siete veces siete son mis transgresiones. Aparta mis malas obras.
Aparta mis malas obras y cantaré tus alabanzas.
Que tu corazón, como el corazón de una madre verdadera, deje de estar enojado conmigo.
Como una madre verdadera, como un padre verdadero, deje de estar enojado conmigo.

F. J. Stephens, *Ancient Near Eastern Texts* (Princeton 1950) 391-392.

133. GRAN HIMNO A SHAMASH

Entre los más extensos y bellos himnos que han llegado hasta nosotros en los textos cuneiformes, el que ofrecemos a continuación

puede considerarse una de las mejores creaciones de la literatura religiosa de Mesopotamia.

21. Tú te inclinas sobre las montañas, vigilando la tierra,
22. Tú suspendes de los cielos el orbe de las tierras.
23. Tú cuidas de todas las gentes de la tierra,
24. Y todo lo que Ea, rey de los consejeros, creó, a ti ha sido confiado.
25. Cuanto alienta tú pastoreas sin excepción,
26. Tú los guardas en la región superior e inferior.
27. Continuamente y sin cesar atraviesas los cielos,
28. Cada día pasas sobre la ancha tierra...
33. Pastor de lo de abajo, guardador de lo de arriba,
34. Tú, Shamash, riges y eres la luz de todos.
35. Nunca dejas de cruzar la anchura del mar,
36. Cuya profundidad no conocen los Igigi.
37. Shamash, tu resplandor alcanza hasta el abismo
38. De forma que los monstruos de lo hondo contemplan tu luz...
45. Entre todos los Igigi sólo tú te afanas,
46. Ninguno te iguala en todo el panteón de los dioses.
47. Cuando te alzas se congregan los dioses de la tierra,
48. Tus bravos rayos cubren la tierra.
49. De todos los países de lenguas diferentes,
50. Tú conoces sus planes, tú escrutas su camino.
51. Toda la humanidad se inclina ante ti,
52. Shamash, el universo anhela tu luz...
88. El hombre que codicia la esposa de su prójimo
89. Será... antes del día señalado.
90. Una trampa aviesa le está preparada. [...]
91. Tu arma le herirá, y nadie habrá que le socorra.
92. No comparecerá a defenderle su padre,
93. Ni abogarán por él sus hermanos a la orden del juez.
94. Será atrapado en trampa de bronce que no podrá evitar.
95. Tú destruyes los cuernos del que urde maldades,
96. Un envidioso [...], sus cimientos son socavados.
97. Haces sentir las cadenas al juez inicuo,
98. Al que acepta sobornos y extravía la justicia tú haces cargar con su castigo.
99. Pero el que rechaza el soborno y se pone de parte del débil,
100. Agrada a Shamash, y él prolongará su vida...
124. Fracasará la progenie de los malvados.
125. Los que su boca dice «no», su causa está ante ti.
126. En un momento disciernes lo que dicen

127. Los escuchas y examinas, resuelves el pleito del ofendido.
128. Todos han sido puestos en tus manos,
129. Tú manejas sus destinos, y lo dudoso haces seguro.
130. Tú observas, Shamash, oración, súplica y bendición,
131. Obediencia, postración, murmullo ritual y reverencia.
132. El débil te invoca desde el hueco de su boca,
133. El humilde, el enfermo, el afligido, el pobre,
134. El que tiene un hijo cautivo, constante y sin cesar a ti acude,
135. El que tiene lejos su familia, cuya ciudad está lejos,
136. El pastor en medio de la estepa aterradora te mira,
137. El boyero en medio del combate, el pastor de ovejas entre enemigos.
138. Shamash, allí se vuelve a ti la caravana, los que viajan con temor,
139. El mercader en los caminos, el agente que transporta un capital.
140. Shamash, a ti se vuelve el pescador con su red,
141. El cazador, el arquero que sigue la caza,
142. Con su red para pájaros a ti mira el pajarero.
143. El ladrón que acecha, el enemigo de Shamash,
144. El merodeador que sigue los rastros en la estepa, contigo se enfrentan.
145. El muerto errante, el espíritu vagabundo,
146. A ti se vuelven, Shamash, y tú les escuchas.
147. No detienes a los que se vuelven a ti...
148. ¡Por mi alma, Shamash, no los maldigas!
149. Tú otorgas revelaciones, Shamash, a las familias de los hombres,
150. Tu rostro implacable, y tu luz terrible les das...
154. Los cielos no bastan como vaso en que brillas,
155. Ni todos los países juntos son suficientes como la caja de un vidente...
159. Tú liberas al pueblo rodeado de fuertes olas,
160. Y en retorno recibes sus limpias y claras libaciones...
165. Y con veneración ellos ensalzan tu nombre,
166. Y adoran siempre tu majestad...
174. ¿Qué montañas no se visten con tus cuentas?
175. ¿Qué regiones no se calientan con el resplandor de tu luz?
176. Iluminador de resplandores, luz de las tinieblas,
177. Tú que alejas la oscuridad, que brillas sobre la ancha tierra.

W. G. Lambert, *Babylonian Wisdom Literature* (Oxford 1960) 127ss.

Cf. también n.º 20.

134. «LIBRAME DEL PECADO». HIMNO A VARUNA

(Rigveda II, 28)

1. Esta loa del autorradiante sabio Aditya [1] ha de encumbrarse sobre toda grandeza.
   La fama pido a Varuna el poderoso, el dios que amor desbordante otorga al que le adora.
2. Y al ensalzarte, Varuna, con todos mis sentidos, tenga yo fortuna elevada en tu servicio,
   cantando tu alabanza, como hogueras de los amaneceres, día tras día, ricos en ganado.
3. En tu guarda estemos, oh Señor, Varuna dominador, señor de los muchos héroes.
   Oh hijos de Aditi [2], los siempre leales, perdonadnos; dioses, admitidnos en vuestra amistad.
4. El los hizo fluir, Aditya, sustentador, y al mandato de Varuna siguen su curso los ríos [3].
   No sienten pereza, no cesan de fluir. Rápidos corren como las aves a nuestro alrededor.
5. Líbrame del pecado como de un lazo que me ata [4], y acrezcamos, Varuna, tu manantial del Orden [5].
   Que mi hilo, mientras trenzo mi canto, no sea cortado, ni antes de tiempo rota la suma de mi obra.
6. Lejos de mí aparta, Varuna, todo peligro. Acógeme en tu gracia, sagrado soberano.
   Como sogas que atan a un novillo, mis penas desata. Sin ti ni aun de mis párpados soy dueño.
7. No nos hieras, Varuna, con tus armas temibles que, Asura, a tu voz hieren al pecador.

[1] Los Ādityas, seres soberanos, marchan a las órdenes de Varuna, que es rey universal *(samrāj)*, guardián del orden cósmico *(rita)* y *asura* por excelencia. Como sustentador de la verdad y del orden moral, Varuna se encargará también de castigar el pecado. Con esta «loa encumbrada sobre toda grandeza», el poeta busca no sólo obtener los favores materiales de Varuna, sino verse también libre de la temida retribución por el mal cometido.

[2] La madre de los Ādityas, una diosa que es frecuentemente invocada por los que desean verse libres del pecado.

[3] Varuna, como ser celeste, ordena simplemente que fluyan las corrientes del agua, mientras que Indra (cf. *Rigveda* II, 12, 3) se encargará de desbaratar las fuerzas que se oponen a la liberación de las aguas cósmicas.

[4] Si Varuna es el dios que «ata» a los pecadores, no menos importante es saber que también perdona y libera de sus cadenas *(pāsha)* a los penitentes.

[5] *Rita.*

No nos lleves de la luz al destierro. Dispersa, para que vivamos, a cuantos nos odian.

8. Oh Varuna poderoso, que ahora y luego, como siempre, alcemos nuestra voz en tu alabanza.
Porque en ti, dios infalible, tus mandatos inconmovibles fijos están como sobre un monte.

9. Borra mis deudas contraídas, y que no me aprovechen, oh rey, ganancias ajenas.
Aún muchas auroras sobre nosotros brillarán. Siempre, mientras vivamos, oh Varuna, guíanos.

10. Oh rey, quienquiera, amigo o pariente, que en mi sueño angustiado me amenace,
si lobo o ladrón nos acecha, de todos, oh Varuna, protégenos tú.

11. No viva yo, oh Varuna, para ver la caída de mi amigo rico, dadivoso, querido.
Nunca me falten, oh rey, bienes suficientes. Que la voz alcemos, con los héroes, en la asamblea.

R. T. H. Griffith, *The Hymns of the Rigveda* I (Benares 1889) 379-380.

135. «¿COMO PODRIAMOS UNIRNOS VARUNA Y YO?»

(*Rigveda* VII, 86)

1. Las tribus de los hombres adquieren el saber gracias al que separó los anchos cielos y la tierra [1],
que puso en marcha el alto y poderoso cielo, las estrellas antiquísimas, y la tierra ante sí desplegó.

2. De todo corazón me pregunto cómo podremos unirnos Varuna y yo.
¿Cuál de mis dones aceptado será? ¿Cuándo serenamente podré mirarle y alcanzar su gracia?

3. Por conocer mi pecado, a otros pregunto. Busco a los sabios, oh Varuna, y les interrogo.
Esta sola respuesta me dieron los sabios: Varuna, de seguro, contigo está enojado [2].

[1] Los cielos y la tierra estaban al principio unidos, pero fueron separados y afirmados por Varuna, sustentador del orden cósmico *(rita)*.

[2] Varuna «ata» con cadenas a los que quebrantan, moral o ritualmente, su ley universal. El poeta, que quizá se halla enfermo, trata de confesar el pecado por el que sufre castigo, para que Varuna le perdone y «libere». Su

4. ¿En qué, Varuna, he pecado, para que tú quieras matar al amigo que canta tu alabanza?
Dime, señor invencible, y libre de pecado me acercaré pronto a ti con mi homenaje.
5. Líbranos de los pecados de nuestros padres, de las ofensas que nosotros hemos cometido.
Oh rey, libra, como ladrón que apacienta el ganado [3], como a un novillo de la soga, libra a Vasishtha [4].
6. No fue nuestro querer el que nos extravió, sino la seducción, la insensatez, oh Varuna, el vino, el juego, la ira.
El viejo puede extraviar al joven, y hasta el sueño hace a los hombres malhechores.
7. Como esclavo serviré al orgulloso, y, libre de pecado, al dios que se inclina a la ira.
Pero como dueño suave, él otorga sabiduría al sencillo, y el más sabio entre los dioses al prudente guía a la riqueza.
8. Oh Señor, oh Varuna, llegue a ti esta alabanza, y en tu espíritu penetre.
Que hayamos bien en el reposo y la tarea. Y vosotros, dioses, con bendiciones guardadnos siempre.

R. T. H. Griffith, *The Hymns of the Rigveda* III (Benares 1891) 106-107.

136. «HAZME INMORTAL». HIMNO A SOMA PAVAMĀNA

(*Rigveda* IX, 113, 7-11)

7. Oh Pavamāna [1], llévame al mundo inmortal, indeficiente
en que brilla la luz del cielo y hay resplandor eterno.
Fluye, Indu [2], fluye en ayuda de Indra.
8. Hazme inmortal allí donde mora el rey [3], el hijo de Vivasván,

culpa es como una carga insoportable mientras no pueda dar un nombre a su pecado. Al cantar las alabanzas de Varuna trata tan sólo de restaurar la adecuada relación con el dios.

[3] O «como un ladrón que mata ganado» (cf. A. A. Macdonell, *A Vedic Reader for Students* [Londres 1917] 138).

[4] Un famoso «vidente» (*rishi*).

[1] «El que fluye claro», epíteto del *soma*, el elixir de la vida, derivado de la raíz *pū*, «limpiar, purificar». El jugo *soma* se recoge de la prensa a través de un filtro de lana y se guarda en jarros o tinajas.

[2] La «gota brillante», *soma*, embriaga al guerrero Indra, que se dispone a emprender su batalla cósmica con el demonio Vritra.

[3] Yama, señor de las almas, hijo de Vivasván.

en el santuario secreto del cielo, donde hay aguas recientes y frescas.
Fluye, Indu, fluye en ayuda de Indra.
9. Hazme inmortal allí donde moran cuantos ellos eligen,
en la tercera esfera del cielo interior [4], donde mundos espléndidos desbordan de luz.
Fluye, Indu, fluye en ayuda de Indra.
10. Hazme inmortal en el reino del querer ardiente y el deseo intenso,
región del sol dorado, donde hay alimento [5] y placer cumplido.
Fluye, Indu, fluye en ayuda de Indra.
11. Hazme inmortal en la región de la felicidad y el éxtasis,
donde gozo y felicidad se juntan, y todo anhelo se cumple.
Fluye, Indu, fluye en ayuda de Indra.

R. T. H. Griffith, *The Hymns of the Rigveda* IV (Benares 1892) 105-106.

137. HIMNOS A AGNI

(*Rigveda* I, II, III, VII, fragmentos)

1. Canto a Agni, sacerdote doméstico, ministro divino del sacrificio,
Invocador, dador máximo de riquezas [1].
2. Digno es Agni de ser alabado por los vivos y los antiguos videntes,
él traerá hasta aquí a los dioses [2].
7. A ti, que ahuyentas la noche, oh Agni, día tras día con alabanzas
acudimos a rendirte veneración.

[4] En el cielo empíreo, que Visnú abarcó con su tercera zancada, viven Yama y los Padres. *Soma* se halla en los tres mundos, del mismo modo que el *soma* ritual, prensado tres veces al día, se guarda en tres recipientes.

[5] Se sigue aquí a Sayana. El término original, *svadhā,* es de significado oscuro.

[1] Este es el primero de los 1.028 himnos dedicados a Agni, el dios que sólo cede en popularidad a Indra en el *Rigveda.* Unos 200 himnos tienen por tema la producción, o más bien la perpetua regeneración del fuego cósmico o ritual. Es típica esta alabanza que se le dirige en la primera estrofa como sacerdote doméstico *(purohita)* oficiante *(ritvij)* del sacrificio *(yajña),* sacerdote invocador y recitador *(hotar),* que concede riquezas a sus adoradores.

[2] Agni no sólo lleva los sacrificios a los dioses, sino que también atrae a los dioses al sacrificio.

8. Ordenador de sacrificios, guardián de la Ley[3] eterna, radiante,
que creces en tu propia morada.
9. Danos fácil acogida, como un padre a su hijo,
quédate con nosotros, Agni, para nuestro bien.

(I, 1, 1-2, 7-9).

1. Tú, Agni, que en tu gloria brillas a través de los días,
a la vida has surgido de las aguas, de la piedra.
De los árboles de la selva, de las hierbas de la tierra,
tú, señor soberano de los hombres, puro has sido engendrado[4].
2. Heraldo tú eres, Purificador en el tiempo debido.
Guía eres y fuente de luz para el piadoso.
Tú eres Ordenador y sacerdote oficiante,
Brahman tú eres, señor y dueño en nuestro hogar[5].
9. Agni, como a un padre te buscan los hombres con sus plegarias, y te traen,
en tu forma radiante, a su hermandad con acciones santas.
Un hijo eres para el que te venera, y como amigo fiel
lo guardas de todo ataque.
14. Por ti, oh Agni, todos los ingenuos dioses inmortales comen
con tu boca la oblación que se les ofrece.
Por ti dan suavidad a su bebida los mortales.
Puro naciste, embrión[6] de las plantas de la tierra.

(II, 1, 1-2, 9, 14).

[3] *Rita.*

[4] Agni tiene su morada en los tres mundos. De hecho, sus características se expresan siempre conforme a un esquema triple. Aquí se dice de él que es el calor vital de las aguas, la tierra y las plantas del mundo terreno. Del mismo modo, puede afirmarse también que es hijo de las aguas celestes; bajo este aspecto es una divinidad distinta, Apam Napat. También es engendrado en el aire mediante dos piedras, del mismo modo que Indra le hace brotar en el cielo mediante dos nubes (cf. *Rigveda* II, 12, 3). Sobre la tierra, finalmente, es el fuego que prende en la madera.

[5] Se enumeran, con mayor detalle que en I, 1, 1, las funciones sacerdotales de Agni, con lo que se ilustra no sólo la complejidad del ritual védico antiguo, sino también la manera de entender que Agni penetra con su presencia toda la acción sacrificial. Agni es aquí *hotar, potar* («purificador»), *neshtar* (el que «lleva» adelante a la esposa del sacrificador), *agnīdh* (el auxiliar del *adhvaryu* que hace brotar el fuego por fricción), *prashāstar* (el primer auxiliar del *hotar), adhvaryu* (el encargado de los aspectos materiales del sacrificio, como la construcción del altar y la preparación del *soma), brahman* (que en el ritual tardío actúa como inspector del sacrificio, pero que antiguamente pudo ser uno de los auxiliares). Finalmente, Agni se identifica con el mismo cabeza de familia.

[6] *Garbha.* Agni es el calor vital, el germen de la vida.

2. Esta tu luz en el cielo y en la tierra,
oh Agni, en las plantas,
oh Santo, y en las aguas,
por doquier que te difundes
en la región intermedia del aire,
que brille este esplendor, en oleadas,
benéfico para los hombres.

(III, 22, 2).

4. He compuesto este nuevo himno a Agni, halcón de los cielos [7],
¿No nos otorgará él sus riquezas?
8. Brilla por la noche y a la mañana, por ti
de luminarias estamos bien provistos.
Tú, rico de héroes, eres nuestro amigo.
10. Brillante, purificador, digno de alabanza,
inmortal con esplendor refulgente,
Agni expulsa a los Rakshasas [8].
13. Guárdanos, Agni, de toda desgracia,
consume a nuestros enemigos, oh dios,
eterno, con tus más abrasadoras llamas.
14. Escudo de hierro irresistible sé para nosotros,
con cien murallas para defender al hombre.
15. Guárdanos, día y noche, de tristezas,
de hombres malvados,
¡Tú, infalible!, de día y de noche.

(VII, 15, 4, 8, 10, 13-15).

R. T. H. Griffith, *The Hymns of the Rigveda* I-III (Benares 1889-1891).

[7] Como mediador entre los ámbitos de los hombres y de los dioses, Agni asume muchas veces las características del vuelo. En el *Agnichayana (Yajurveda),* la erección ritual de un altar del fuego hecho con 10.800 ladrillos, que tenía la forma de un ave en vuelo, se le describe como un águila divina o halcón. El escudo o defensa de cien muros de hierro, de que se habla en la estrofa 14, posiblemente recuerda el robo del *soma* por el águila (cf. *Rigveda* IV, 26 y 27).

[8] Demonios terrestres que atacan y devoran a los hombres.

138. PLEGARIA DE ESCIPION EL AFRICANO

(Tito Livio, *Historia de Roma* XXIX, 27, 1-4)

El año 204 a. C. se preparaba una gran expedición a Sicilia para atacar a los cartagineses. A su frente iba Escipión el Africano, que, a punto de hacerse a la mar, ofreció la siguiente plegaria pidiendo que el viaje tuviera éxito.

Dioses y diosas que moráis en los mares y en las tierras: os ruego y suplico que cuanto se ha hecho, se está haciendo o se haya de hacer bajo mi mandato redunde en mi propio bien y en el bien del pueblo y de los ciudadanos de Roma, los aliados y los latinos que por mar, por tierra o por los ríos me siguen [aceptando] la autoridad y los auspicios del pueblo romano. Os ruego que los apoyéis y ayudéis con vuestro socorro, que les concedáis volver conmigo triunfantes a nuestros hogares, sanos y salvos, y victoriosos sobre el enemigo, ricos en botín y cargados de despojos, que nos otorguéis la fuerza que necesitamos para tomar venganza de nuestros enemigos y adversarios, y que nos concedáis a mí y al pueblo romano descargar sobre los cartagineses el mal que ellos planean contra nuestra ciudad, como un ejemplo de castigo [divino].

139. HIMNO DE CLEANTES A ZEUS

(Stobeo, *Eglogas* I, 1, 12)

Cleantes de Assos (331-233 a. C.) fue discípulo y sucesor de Zenón al frente de la escuela estoica. Fue realmente el creador de la teología estoica.

Gloriosísimo entre los inmortales, Zeus,
el de nombres sin cuento, poderosísimo,
gran señor de la naturaleza, que a todo impones ley,
¡Salve a ti! Cimiento eres de la justicia
al que todos los mortales pueden invocar.
De ti hemos sido engendrados, sólo nuestra,
entre todo cuanto vive y se agita en la tierra,
es la suerte de llevar la semejanza de Dios.
¡Siempre te alabaré, tu poder ensalzaré!

A ti todo este ancho cosmos, que en torno
a la tierra gira, obedece, y a donde lo llevas

se deja conducir, contento de que lo guíes.
Tú sostienes en tus manos invencibles,
siempre a punto, el doble rayo flameante,
el trueno siempre prolongado.
Con sus golpes la naturaleza a todo pone fin.
Por ella guías tú el instinto certero
que todo lo penetra, y aún embebe
las estrellas del cielo, grandes y pequeñas.
¡Porque rey soberano tú eres por siempre!

Nada en la tierra en tu contra se hace, oh Dios,
ni en la alta esfera etérea que gira
sobre su polo, ni en el mar, sino sólo
cuanto el malvado maquina en su extraña locura,
y aun así, sabes tú lo torcido enderezar.
Corta todo exceso, ordena el desorden,
pues contigo aun lo no amado es amable.
Y así, todas las cosas se armonizan unidas,
el mal con el bien, de modo que una sola Palabra
en todas las cosas permanezca por siempre.

¡Una Palabra que eternamente huyen los malvados!
Atroz es su destino, y ansiosos de poseer el bien
en verdad ignoran la ley universal de Dios, y
no le prestan oídos, mas si obedecieran,
llevar podrían una vida noble, la verdadera riqueza.
Pero en vez de ello corren insensatos tras la maldad,
unos con celo vergonzoso de alcanzar la fama,
otros ansiosos de riquezas desordenadas
y los más locos tras los placeres de la carne.
Pero el mal da su fruto, y con el tiempo
llegará la cosecha que no deseaban.
¡Sus anhelos les darán resultados contrarios!

Pero tú, Zeus, dador de todos los dones,
que moras en oscuras nubes, blandiendo
el rayo aniquilador, salva, te pedimos,
a tus hijos de esta miseria infinita.
Dispersa, Padre, las tinieblas de sus almas
y dales el verdadero conocimiento,
el mismo con que justamente riges todo,
y así nosotros, honrados de este modo, te honraremos,
cantando por siempre tus obras, cual conviene

a los mortales, pues nada más justo
para los mismos dioses que por siempre
cantar debidamente la ley universal.

Cf. también n.º 304.

140. MAHOMA ORDENA A LOS MUSULMANES LA ORACION DIARIA

(*Corán,* 17, 78-80)

Haz la oración al ocaso hasta la caída de la noche,
y la recitación del alba,
que la recitación del alba tiene testigos.
Durante la noche, vela en recitación:
será para ti una obra supererogatoria.
Quizá tu Señor te resucite
a un estado digno de encomio.
Y di: «¡Señor! ¡Hazme entrar bien, hazme salir bien!
¡Concédeme, de ti, una autoridad que me auxilie!».
Y di: «Ha venido la verdad y se ha disipado lo falso.
¡Lo falso tiene que disiparse!

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

141. PLEGARIAS DE LOS DERVICHES

Nada tengo sino mi indigencia
para invocarte en mi favor.
Y en mi pobreza te presento esta indigencia
en mi defensa.
Nada puedo sino llamar a tu puerta.
Si me rechazas tú, ¿a qué puerta acudiré?
¿A quien llamaré, gritando su nombre,
si tu generosidad es negada a este miserable?
¡Lejos de tu generosidad llevar al desobediente
a la desesperación!
Al que es generoso cumple esta liberalidad.
Humilde, desdichado, a tu puerta llamo,
pues sé que la miseria en ti encuentra ayuda.
En tus manos me abandono y confío,
y hacia ti extiendo mis manos, mendigo suplicante.

Atribuida a ʿAbd al-Qādir al-Jīlānī o a Abuyad al-Tijāni.

¡Oh Señor, envía una bendición sobre Mahoma en el arrullo de las palomas, en el trino de los pájaros, en el pastar de los ganados, en la excelencia de los fuertes, en el poder de los robustos, en el sueño de los dormidos... en el esplendor de la mañana, en el murmullo de los vientos y en los pasos de los ganados, en el ceñirse las espadas, en el blandir las lanzas, y en la salud de los cuerpos de los espíritus.

al-Salāt li-al-Busīri

C. C. Padwick, *Muslim Devotions* (Londres 1961) 218, 257.

F. *MODELOS DE INICIACION*

142. UNA INICIACION TRIBAL AUSTRALIANA

Con los términos «iniciación tribal», «ritos de la pubertad» o «iniciación en un grupo generacional» se designan unas ceremonias colectivas cuya función es efectuar el tránsito de la infancia o la adolescencia a la condición adulta, y que se consideran obligatorias para todos los miembros de una sociedad determinada. La iniciación que tiene lugar al llegar la pubertad representa ante todo la revelación de las cosas sagradas, teniendo en cuenta que para los primitivos es sagrado no sólo aquello que nosotros entendemos como relaciones con la religión, sino todo el conjunto de las tradiciones mitológicas y culturales de la tribu. En virtud de la iniciación, el candidato pasa del estado natural —la condición infantil— al estado cultural, es decir, que entra en el mundo de los valores espirituales (cf. M. Eliade, «Iniciaciones místicas», Madrid 1975).

La ceremonia australiana de iniciación comprende en general las siguientes fases: primera, la preparación del «terreno sagrado», en que permanecerán aislados los varones mientras dure la fiesta; segunda, la separación de los novicios de sus madres y, en general, de todas las mujeres; tercera, su retiro en la selva o en un campamento especial, en que serán instruidos acerca de las tradiciones religiosas de la tribu; cuarta, ciertas operaciones a que se someten los novicios, habitualmente la circuncisión, la ablación de un diente, o la subincisión, y que a veces incluyen también el tatuaje o arrancarles el cabello. Mientras dura la iniciación, los novicios han de observar un comportamiento especial, han de someterse a cierto número de pruebas y respetar diversos tabúes y prohibiciones en relación con los alimentos. Cada uno de los elementos que integran este complejo iniciático tiene un significado religioso.

El acto de separar a los novicios de sus madres adopta rasgos más o menos dramáticos, según las costumbres de las distintas tribus. Donde menos intenso resulta este tono dramático es entre los kurnais, cuya ceremonia de iniciación resulta además muy sencilla. Las madres permanecen sentadas detrás de los novicios, mientras que los hombres pasan en fila entre los dos grupos para separarlos. Los instructores lanzan al aire a los novicios varias veces, mientras que éstos levantan sus armas apuntando al cielo tanto como les es posible. El significado de este gesto aparece claro: se trata de consagrar a los novicios al Cielo Divino. Luego

son llevados al recinto sagrado, donde permanecen tumbados de espaldas con los brazos cruzados sobre el pecho y se les cubre con esterillas. Después de entonar un cántico monótono, se duermen; luego se retiran las mujeres. Un jefe kurnai explicaba a A. W. Howitt —al que citamos a continuación— que «si una mujer llegara a ver estas cosas, o si escuchara lo que explicamos a los muchachos, yo la mataría». Al despertarse los novicios, son revestidos con un «cíngulo de virilidad» y se da comienzo a su instrucción.

El misterio principal de la iniciación entre los kurnais consiste en lo que se llama «mostrar al Abuelo».

«Mostrar al abuelo». Esta es la frase misteriosa utilizada para designar el misterio más importante. En realidad se trata de mostrar a los neófitos el *tundun* y en revelarles las creencias heredadas de los antepasados. Se sirven de ella, por ejemplo, los *bullawangs* para dirigirse a sus pupilos, como cuando les dicen: «Esta noche os llevaremos para mostraros a vuestro gran abuelo».

Los kurnais tienen dos bramaderas, una más grande, a la que llaman *tundun,* «el hombre», y otra más pequeña, que recibe el nombre de *rukat-tundun,* «la mujer», «la esposa de *tundun*». También se llama *wehntwin* o *mukbrogan,* «abuelo», a la mayor. En esto difieren los kurnais de los murrings, que sólo poseen una bramadera, pero coinciden con otras muchas tribus australianas. Pienso, aunque no estoy del todo seguro, que donde se utilizan dos bramaderas, ello es indicio de que las mujeres tienen algún papel en las ceremonias, mientras que en las tribus en que sólo se utiliza una es porque las mujeres quedan totalmente excluidas.

Los novicios permanecen vigilados durante el día que sigue a la ceremonia del sueño; la mayor parte de los hombres emprende una expedición de caza. Mientras tanto, los jefes y algunos otros hombres marchan a preparar la gran ceremonia del abuelo. El lugar elegido, como supe más tarde, se halla situado a unos dos mil pasos del campamento de *tutnurring.* Estando allí sentado y conversando con los *bullawangs* pude escuchar muchas veces el sonido peculiar de la «mujer *tundun*», cuando los individuos que lo producían preguntaban a los demás si era satisfactorio. Cuando todo estaba dispuesto, mandaban recado a los *bullawangs,* que conducían a sus pupilos hasta el lugar convenido con un pretexto: «Vamos a dar un paseo, porque estaréis cansados de haber permanecido aquí sentados todo el día».

Cuando llegan al lugar elegido, que se encuentra al otro lado de un extenso y enmarañado matorral de árbol *ti (Melaleuca),* en un claro de unos cincuenta acres, se da el alto a los novicios y se

les hace arrodillarse formando una fila, con sus mantas cubriéndoles por completo la cabeza, de forma que nada puedan ver. Uno de los *bullawangs* se arrodilla delante de cada novicio, y otro permanece en pie a sus espaldas. El jefe más importante se sitúa cerca, sosteniendo en la mano su propulsor. Una vez todo en orden, comienza la ceremonia. El segundo jefe sale de los matorrales, a unos ciento cincuenta metros de distancia, sosteniendo en sus manos la bramadera llamada «hombre *tundun*», que empieza a hacer girar, con lo que se produce un sonido bronco. Detrás sigue inmediatamente otro individuo que lleva la «mujer *tundun*». Del mismo modo van saliendo de la espesura otros individuos, hasta un total de dieciséis, avanzando lentamente y haciendo sonar sus bramaderas, con lo que producen un sonido cada vez más intenso y agudo. Cuando el último de ellos ha salido ya al claro, el jefe se encuentra situado al lado opuesto de los *tutnurrings* arrodillados, y los demás forman en semicírculo, produciendo un fuerte y discordante ruido con sus instrumentos como final. Cuando cesa el ruido, el jefe ordena a los novicios ponerse en pie y que levanten los rostros hacia el cielo. Entonces, señalando hacia arriba con su propulsor, cada uno de los *bullawangs* retira la manta de la cabeza de su pupilo. Los neófitos fijan la mirada en el propulsor alzado en alto, y el jefe les dice: «¡Mirad aquí, mirad aquí, mirad aquí!», señalando sucesivamente al cielo, a la tierra y hacia los hombres *tundun*. Dos ancianos van pasando luego junto a los novicios y les dicen a cada uno de ellos: «Nunca contarás esto. No lo contarás a tu madre ni a tu hermana ni a nadie que no sea *jeraeil*». En tiempos antiguos se acostumbraba apuntar las lanzas contra los neófitos mientras se les daba este aviso, a fin de subrayar la amenaza que pesaba sobre ellos para evitar que revelaran sacrílegamente los misterios. Después de esto, el jefe, adoptando una actitud impresionante, revela a los neófitos las creencias ancestrales, que se pueden condensar del modo siguiente:

Hace mucho tiempo existía un gran Ser, llamado Mungan-ngaua, que vivía sobre la tierra, y que enseñó a los kurnais de entonces a hacer instrumentos, redes, canoas y armas, en realidad, todas las artes que conocen. También les dio sus nombres personale, tales como Tulaba. Mungan-ngaua tenía un hijo llamado Tundun, que se casó y fue el antepasado directo (el *wehnwin,* o padre del padre) de los kurnais. Mungan-ngaua instituyó el *Jeraeil,* que se encargó de dirigir Tundun, que a su vez confeccionó los instrumentos que llevan su nombre y el de su esposa.

Un traidor reveló en cierta ocasión los misterios del *Jeraeil* a las mujeres, por lo que sobre los kurnais cayó la ira de Mungan,

que envió el fuego (la *Aurora Australis)* para que llenara todo el espacio que media entre el cielo y la tierra. Los hombres enloquecieron de terror y se alancearon unos a otros. Los padres daban muerte a sus hijos, los maridos a sus mujeres y los hermanos se mataban entre sí. El mar se desbordó sobre la tierra y casi toda la humanidad pereció ahogada. Los que sobrevivieron fueron los antepasados de los kurnais. Algunos de ellos se convirtieron en animales, aves, reptiles y peces. Tundun y su esposa se convirtieron en marsopas. Mungan abandonó la tierra y subió al cielo, donde permanece.

Desde entonces, aseguran los kurnais, el conocimiento del *Jeraeil* y sus misterios se ha transmitido de padres a hijos, junto con las penas para quien cometa el sacrilegio de revelarlos, quebrantando de este modo el mandato de Mungan, y que será condenado a perecer por su fuego o a manos de los hombres a quienes han sido encomendado vigilar el cumplimiento de sus leyes.

Los neófitos, una vez que han recibido la adecuada instrucción a través de las ceremonias de iniciación, toman en sus manos el *tundun* y lo hacen sonar. Es notorio que ejecutan esta orden con temor y como a la fuerza.

A. W. Howitt, *The Native Tribes of South-East Australia* (Londres 1904) 628-631.

Cf. también n.º 1.

143. DUKDUK, UNA SOCIEDAD SECRETA MELANESIA

Hay una institución curiosísima y muy interesante, en la que se conciertan los más viejos de la tribu para de este modo, aprovechándose de la superstición de los demás, asegurarse una vejez cómoda y una influencia ilimitada...

El Dukduk es un espíritu que adopta una forma visible y hasta quizá tangible, y que se aparece en determinados momentos. Su llegada se fija invariablemente para el día en que se hace visible la luna nueva. Los ancianos la anuncian con un mes de anticipación, y afirman que pertenece a uno de ellos. Durante todo ese mes se hace gran acopio de alimentos, y si ocurre que algún hombre más joven dejó de aportar la debida provisión cuando el Dukduk se apareció por última vez, se le hace una severa advertencia de que el espíritu está enojado con él, con lo que no hay miedo de que vuelva a incurrir otra vez en la misma falta. Si se tiene en cuenta que los ancianos, que son los únicos dotados del

poder de evocar al Dukduk y hacerle salir de su morada en el fondo del mar, ya no tienen energías suficientes para el trabajo y para proveerse de alimentos y *dewarra,* creo que se comprenderá fácilmente la razón de tales advertencias.

El día que precede a la prevista llegada del Dukduk, las mujeres suelen desaparecer o permanecen encerradas en sus casas. Mirar a este inquieto espíritu es algo que una mujer pagaría nada menos que con la vida. Antes de la salida del sol ya están todos los hombres reunidos en la playa; los más jóvenes aparecen notoriamente atemorizados. Les esperan muchas experiencias desagradables a lo largo de la siguiente quincena, y todos saben que el Dukduk está perfectamente al tanto de todas las faltas que han cometido durante el mes que acaba de transcurrir. A la primera luz del día se escucha, procedente del mar, el eco de unos cánticos y el sonido de tambores, y cuando apenas hay ya luz suficiente para ver, se divisan cinco o seis canoas, unidas por una plataforma que se apoya sobre ellas, avanzando lentamente hacia la playa. En la plataforma se ven dos extraordinarias figuras danzando, profiriendo agudos chillidos, como ladridos de un perro pequeño. Parecen tener una altura de tres metros, pero sus movimientos son tan rápidos que resulta difícil observarlas con detenimiento. Se nota, sin embargo, que su forma visible pretende adoptar la semejanza de un enorme casuario con un rostro humano horrible y grotesco. Sus atavíos, hechos de hojas de *draconaena,* poseen ciertamente la semejanza del cuerpo de esa ave, pero la cabeza es simplemente la que se supone que corresponde al Dukduk. Se trata de una protuberancia en forma de cono, de casi un metro y medio de altura, y está hecha de fina obra de cestería, que luego ha sido emplastecida para pintar sobre ella unos rasgos diabólicos. No se advierten brazos o manos, y los atavíos bajan hasta las rodillas. Los más viejos están indudablemente en el secreto, pero viendo los rostros aterrorizados de los demás es fácil comprender que no se imaginan ni por lo más remoto que haya nada humano en la presencia de tan aterradores visitantes.

Tan pronto como las canoas tocan en la playa, saltan a tierra los dos Dukduks, y los nativos se echan atrás, como si temieran tocarlos. Si alguien toca a un Dukduk, aunque sea accidentalmente, es muy frecuente que el espíritu descargue allí mismo sobre el desdichado su hacha de guerra. Después de pisar tierra, los Dukduks danzan el uno en torno al otro, imitando los movimientos de los casuarios y lanzando agudos chillidos. Mientras permanecen en tierra no profieren otro sonido más que éste. Nunca pronuncian palabra, pues podrían ser reconocidos por su voz. No se hace otra

cosa hasta que cae la tarde, y los aparecidos se limitan a recorrer la playa de un lado a otro, llegan hasta la aldea y la atraviesan, penetran en la selva, y parece que les agrada dar vueltas de un lado a otro sin que se pueda prever adónde se van a dirigir después, aterrorizando continuamente a los nativos. Durante el día se construye para los Dukduks una casita en la selva. Nadie más que los ancianos saben dónde está situada, y este secreto se guarda celosamente. Podemos suponer que los espíritus inquietos descansan en ella un momento y aprovechan la pausa para comer algo. Lo cierto es que nadie se atrevería a molestarles.

Por la tarde se acumula una gran cantidad de alimentos, que los ancianos se encargan de llevar a la selva. Todos los hombres hacen su aportación. El Dukduk, si se siente satisfecho, guarda un completo silencio, pero si piensa que la cantidad recogida no es suficiente, muestra su desaprobación con gruñidos y saltos. Cuando los alimentos han sido retirados, los jóvenes se ven sometidos a una prueba muy desagradable, que se supone tener por finalidad disponer sus espíritus para comprender los misterios relacionados con el Dukduk, cuando en un momento lejano les sean expuestos. Se colocan en filas de seis o siete en fondo, sosteniendo sus armas por encima de la cabeza. Cuando los Dukduks salen de su refugio de la selva, uno de ellos lleva un haz de fuertes cañas, de casi dos metros de largas, y el otro una gran maza. El Dukduk que lleva las cañas elige una de ellas y se acerca danzando hasta un joven, sobre el que descarga un tremendo golpe que hace brotar la sangre de su cuerpo. Pero el joven no pestañea ni da muestra alguna de sentir el dolor. Después de recibir el golpe, tiene que agacharse, adoptando una postura que debe de resultar muy desagradable. Cada uno de los jóvenes pasa por esta experiencia unas veinte veces a lo largo de la tarde, y luego marcha cojeando a su casa para acostarse. Durante toda la quincena habrá de estar preparado para sufrir el mismo castigo cada noche.

La iniciación de un individuo puede durar, y de hecho dura muchas veces, unos veinte años. Como el Dukduk aparece en cada poblado unas seis veces al año, el novicio tendrá que recibir muchos golpes antes de verse libre de sus culpas. Aunque nunca he presenciado tal cosa, el Dukduk tiene derecho, y lo ejerce frecuentemente, a matar a un hombre. Simplemente se le acerca danzando y descarga sobre él su hacha de guerra o la maza que empuña. Nadie se atrevería a discutir este derecho ni a tocar después el cuerpo. En estos casos, los Dukduks toman el cadáver y lo llevan a la selva, donde se deshacen de él; la forma en que lo hacen sólo se puede conjeturar. Si una mujer es sorprendida, los espíritus se

la llevan a la selva y nunca más se vuelve a saber de ella, y nadie trata de hacer averiguaciones. No cabe duda de que este poder de matar impunemente a cualquier hombre o mujer es lo que hace tan temibles a los Dukduks. Se trata ante todo de una medida necesaria para mantener el secreto, y no cabe duda de que esto se consigue de una manera muy eficaz. El individuo que personifica al Dukduk se retira a su casa, se quita el disfraz y se mezcla con el resto de la tribu para tomar parte en la ofrenda general de alimentos, con lo que se hace un obsequio a sí mismo. El último día en que la luna es visible, los Dukduks desaparecen, aunque nadie presencia su partida. Se prende fuego a la casa que se les preparó en la selva y se destruyen los atavíos que portaban. Se pone un gran cuidado en que desaparezca todo lo que tocaron, y los ancianos queman cada día las cañas y la maza que han utilizado.

H. Romilly, *The Western Pacific and New Guinea* (Londres 1886) 27-33.

144. «DĪKSHĀ», UN RITUAL DE INICIACION HINDU

El rito del *dīkshā* ha de ser ejecutado por todo aquel que se disponga a preparar el sacrificio del *soma.* El *Rigveda* parece ignorarlo, pero está documentado en el *Atharvaveda,* donde se llama *dīkshita* («el que practica el *dīkshā»)* al *brahmachārin,* o novicio que pasa por el rito iniciático de la pubertad. Herman Lommel ha subrayado justamente la importancia de este pasaje *(Atharvaveda* XI, 5, 6), en que se equipara al novicio a un ser que está a punto de nacer de nuevo para hacerse digno de llevar a cabo el sacrificio del *soma,* un sacrificio que implica la santificación previa del oficiante, que para obtenerla ha de retornar al seno materno.

Los textos resultan perfectamente claros. Según el *Aitareya Brāhmana* (1, 3), «Al que confieren el *dīkshā,* los sacerdotes lo convierten de nuevo en un embrión. Lo rocían con agua; el agua es el esperma del hombre... Lo llevan al cobertizo especial; el cobertizo especial es el seno materno del *dīkshita;* de este modo le hacen penetrar en el seno que le conviene... Lo cubren con una vestidura; la vestidura es la membrana que cubre al recién nacido. Encima le ponen la piel negra de antílope, porque ciertamente la placenta está encima de la membrana... El cierra sus manos; ciertamente, el embrión tiene las manos cerradas mientras está dentro, el niño nace con las manos cerradas... Se quita la piel negra de antílope para entrar en el baño final, porque los embriones penetran en el mundo desprendidos de la placenta. Toma su vestido

para entrar en él, y es que el niño nace cubierto por una membrana».

Los textos paralelos insisten en el carácter embriológico y obstétrico del rito con desbordada imaginación. «El *dīkshita* es un embrión, su vestido es la membrana», etc., dice el *Taittirīya Sambhitā,* y en este mismo texto se repite la imagen del *dīkshita* como embrión (VI, 2, 5, 5), completada con la del cobertizo que simboliza el seno materno, una imagen muy antigua y difundida; cuando el *dīkshita* sale del cobertizo es como el embrión que abandona el seno materno. El *Maitrāyanī-Samhiṭā* (III, 6, 1) dice que el iniciado abandona este mundo y nace al «mundo de los dioses»; la cabaña es para el *dīkshita* como el seno materno, y la piel de antílope es la placenta. Más de una vez se insiste en las razones a favor de este retorno al seno materno. «En realidad, el hombre es un ser aún no nacido. Nace precisamente a través del sacrificio» (III, 6, 7). Y se insiste en que el verdadero nacimiento del hombre es de carácter espiritual: «El *dīkshita* es semen», añade el *Maitrāyanī-Samhitā* (III, 6, 1), precisamente para que pueda alcanzar aquel estado espiritual que le permita renacer entre los dioses, y por ello el *dīkshita* ha de retornar simbólicamente a la condición que le correspondía desde el principio. Renuncia a su existencia biológica, a los años que ya pasaron de su vida humana, a fin de retornar a una condición a la vez embrionaria y primordial; retorna al estado de semen, es decir, de la pura virtualidad.

M. Eliade, *Iniciaciones místicas* (Madrid 1975) 93-97.

145. INICIACION DE UN GUERRERO. MODO DE CONVERTIRSE EN BERSERK

(Volsunga Saga, caps. 7-8)

En un pasaje que se ha hecho famoso, el *Ynglingasaga* nos presenta a los camaradas de Odín: «Llegaron sin escudos, y estaban tan locos como perros o lobos, y mordían sus escudos, y eran tan fuertes como osos o toros; mataban a los hombres, y no podían con ellos ni el fuego ni el acero. A esto se llamaba la furia de los berserkers». Esta descripción mitológica ha sido justamente interpretada como un cuadro de las asociaciones de hombres de la antigua civilización germánica, los famosos *Männerbünde.* Los berserkers eran, literalmente, los «guerreros vestidos con camisas *(serkr)* de oso». Esto equivale a decir que se identificaban mágicamente con este animal y que además podían transmutarse a veces en lobos y

osos. Un hombre podía hacerse berserker mediante una iniciación que incluía ciertas pruebas específicas de carácter marcial. Así, por ejemplo, Tácito nos dice que entre los chattos, el candidato no podía cortarse el cabello o la barba hasta que daba muerte a un enemigo. Entre los taifalis, el joven tenía que cazar un jabalí o un oso; entre los hérulos, tenía que pelear sin armas. Mediante la superación de estas pruebas, el candidato adquiría un modo de ser que lo identificaba con las fieras; se convertía en un temible guerrero en la medida en que era capaz de comportarse como un animal de presa. Se metamorfoseaba en un superhombre porque lograba asimilarse la fuerza mágico-religiosa propia de los carnívoros.

El *Volsunga Saga* nos ha conservado el recuerdo de ciertas pruebas típicas de la iniciación de los berserkers. Mediante una traición, el Rey Siggeir se apodera de sus nueve yernos, los Volsungs. Atados a una viga, van siendo devorados por una loba, excepto Sigmund, salvado gracias a una estratagema de su hermana Signy. Escondido en una choza en las profundidades de la selva, a la que Signy le lleva comida, aguarda la hora de la venganza. Cuando cumplen los diez años de edad, Signy envía a sus dos hijos a Sigmund para que éste los ponga a prueba. Sigmund encuentra que son cobardes, y por su consejo, Signy los mata. Como fruto de sus relaciones incestuosas con su hermano, Signy tiene un tercer hijo, Sinfjotli. Cuando va a cumplir los diez años, la madre lo somete a una primera prueba: le cose la camisa al brazo por la piel. Los hijos de Siggeir, sometidos a la misma prueba, habían aullado de dolor, pero Sinfjotli permanece imperturbable. Su madre le arranca entonces la camisa, y con ella jirones de piel, y le pregunta si siente algo. El muchacho responde que un Volsung no se deja turbar por tal insignificancia. Su madre lo envía entonces a Sigmund, que lo somete a la misma prueba que los dos hijos de Siggeir habían sido incapaces de superar: le manda amasar el pan tomando la harina de un saco en que hay además una serpiente. Cuando Sigmund regresa a su casa por la noche, se encuentra el pan cocido, y pregunta a Sinfjotli si no ha encontrado nada extraño entre la harina. El muchacho contesta que recuerda haber visto algo, pero que no se fijó bien, y que amasó de una vez todo lo que había en el saco.

Tras esta prueba de valor, Sigmund toma al muchacho y lo lleva consigo a la selva. Un día encuentran dos pieles de lobo colgadas de la pared de una choza. Los dos hijos de un rey han sido transformados en lobos y sólo pueden salir de sus pieles una vez cada diez días. Sigmund y Sinfjotli se ponen las pieles, pero ya no pueden quitárselas. Aúllan como lobos y entienden el lenguaje de

estos animales. Se separan entonces, poniéndose de acuerdo en que ninguno de los dos llamará al otro en demanda de ayuda a menos que hayan de enfrentarse con más de siete hombres. Un día recibe Sinfjotli la llamada de auxilio y da muerte a todos los hombres que han atacado a Sigmund. Otra vez es atacado Sinfjotli por once hombres, pero los mata sin pedir ayuda a Sigmund. Este se abalanza entonces sobre él y le muerde en el gaznate, pero poco después encuentra el modo de curar la herida. Finalmente regresan a su guarida a esperar el momento en que podrán desprenderse de sus pieles de lobo. Cuando llega este momento, arrojan las pieles al fuego. Con este episodio se completa la iniciación de Sinfjotli, y puede vengar la muerte de los Volsungs.

Los temas de la iniciación están claros. La prueba del valor, la resistencia al dolor físico y la subsiguiente transformación en lobo son los más destacados. Pero el compilador del *Volsunga Saga* ya no tenía conciencia del significado original de aquella transformación. Sigmund y Sinfjotli encuentran las pieles por casualidad y no conocen luego el modo de quitárselas. Ahora bien, la transformación en lobo —es decir, el rito de revestirse con la piel de este animal— constituía el momento cumbre de la iniciación por la que se entraba a formar parte de una sociedad secreta de varones. Al ponerse aquella piel, el iniciando asimilaba el talante propio de un lobo. En otras palabras: se convertía en un guerrero tan temible como una fiera, irresistible e invulnerable. «Lobo» era el apelativo de los miembros que integraban las asociaciones militares indoeuropeas.

M. Eliade, *Iniciaciones místicas* (Madrid 1975) 141-143.

146. LA INICIACION DE CUCHULAINN

(Tain Bo Cualnge)

Según el antiguo poema irlandés *Tain Bo Cualnge,* Cuchulainn, sobrino de Conchobar, rey del Ulster, oyó casualmente a su maestro, el druida Cathba, que decía: «El muchacho que tome hoy las armas será magnífico y famoso por sus hazañas de guerra..., pero vivirá poco tiempo y desaparecerá en seguida». Salió corriendo Cuchulainn, pidió armas y un carro a su tío y se encaminó al castillo donde vivían los tres hijos de Necht, los peores enemigos del reino del Ulster. Aunque se suponía que aquellos tres héroes eran invencibles, el muchacho los derrotó y les cortó la cabeza. Pero su

hazaña le enardeció hasta tal extremo que una bruja advirtió al rey que, de no tomarse las debidas precauciones, el muchacho daría muerte a todos los guerreros del Ulster. El rey decidió enviar una banda de mujeres desnudas al encuentro de Cuchulainn. Y prosigue el texto: «Entonces todas las mujeres jóvenes se pusieron en marcha... y descubrieron su desnudez y toda su vergüenza ante él. Ocultó de su vista el muchacho la cabeza y volvió la mirada sobre el carro, para no ver la desnudez o la vergüenza de las mujeres. Entonces el muchacho fue bajado del carro. Fue puesto en tres calderos de agua fría para apagar su ardor. Y las duelas y aros del primer caldero en que lo metieron se quemaron con un crujido como de nueces partidas todo alrededor. El siguiente caldero en que entró empezó a hervir con borbotones tan grandes como puños. El tercer caldero en que entró, unos hombres podían resistirlo y otros no. Entonces se aplacó el ardor *(ferg)* del muchacho... y se le pusieron sus vestidos de fiesta».

J. Dunn, *Tain Bo Cualnge* (Londres 1914) 60ss; cf. M. Eliade, *Iniciaciones místicas* (Madrid 1975) 147-150.

147. DIONISO Y LAS BACANTES

(Eurípides, *Las Bacantes,* 677-775)

Según las autoridades antiguas, el culto de Dióniso fue introducido en Grecia desde Tracia o Frigia (los frigios eran una tribu tracia). Era un culto de carácter frenético o extático, del modo que tan vivamente queda ilustrado por el siguiente pasaje de «Las Bacantes» de Eurípides. Uno de sus pastores describe a Penteo, rey de Tebas, la forma en que las ménades, o bacantes, han atacado los ganados reales.

Hacia la hora
en que el sol deja de calentar con su luz la tierra,
nuestras vacas que andaban pastando empezaron a bajar
por el sendero que discurre montaña abajo. De pronto
pude ver tres cuadrillas de mujeres que danzaban,
guiada una por Autonoe, capitaneada la segunda
por tu madre Agave, mientras que Ino conducía la tercera.
Cayeron entonces en el profundo sueño del agotamiento,
descansando unas sobre ramas de abetos, dormidas otras
donde caían, aquí y allá, sobre las hojas de las encinas,

pero todas modestas y sobrias, no como creerías,
ebrias de vino o dispersas, extraviadas
por la música de la flauta, buscando a Afrodita
a través de los bosques.
Pero tu madre oyó el mugido
de nuestras vacadas, y de un salto se puso en pie,
dando un fuerte grito para despertarlas.
Y ellas, apartando la niebla del sueño de sus ojos,
se alzaron ligeras y erguidas,
hermosas de ver, todas como una sola,
las viejas, las jóvenes y las doncellas.
Primero soltaron sus cabellos, dejándolos
caer sobre sus hombros, y las que sus cintas dejaron sueltas,
sujetaron las pieles de cabrito con sierpes enroscadas
que lamían sus mejillas. Con pechos turgentes de leche,
las madres recientes que sus hijos en casa dejaran,
acunaban en sus brazos gacelas y lobatos
y los amamantaban. Coronaron sus cabellos de hojas,
yedra y encina y florida brionia. Una mujer
golpeó la roca con el tirso, y una fuente
de agua fresca saltó a borbotones. Hincó otra
la caña en el suelo, y donde golpeara la tierra,
como al toque de un dios, brotó un chorro de vino.
Y las que apetecían leche, arañaban la tierra
con sus dedos desnudos, y brotaba la blanca leche.
Pura miel destilaban sus varas.
Si allí hubieras visto por ti mismo tales portentos,
hincado de rodillas invocaras
al dios que ahora niegas.
Estábamos boyeros y pastores
reunidos en grupos, admirados y hablando
entre nosotros de cosas tan fantásticas,
de los portentos terribles que hacían las mujeres.
Pero un conciudadano, de palabra fácil,
se puso en pie y dijo: «Vosotros que vivís
en los pastizales de la montaña, ¿qué decís?
Quizá ganemos el favor del rey Penteo
si sacamos a su madre de esta orgía».
De acuerdo con esta sugerencia, nos retiramos
y tendimos una emboscada, ocultos entre las hojas
del matorral. Entonces, a una señal,
recogieron las bacantes sus varas
para iniciar la orgía. A una voz gritaron:

«¡Oh Yacco, hijo de Zeus! ¡Oh Bromio!»,
hasta que las fieras y el monte todo
arrebatado parecía por la divinidad. Y cuando corrían ellas,
todo parecía echarse a correr al tiempo.
Pero sucedió
que Agave pasó corriendo junto al sitio
en que yo me había ocultado.
Saltando entonces traté de sujetarla,
pero ella gritó: «¡Perros que corréis conmigo,
hombres nos dan caza! ¡Seguidme, seguidme!
Usad como armas vuestras manos».
Huimos nosotros entonces
y apenas pudimos evitar ser despedazados por ellas.
Desarmadas, sobre los ganados cayeron
que allí pastaban la hierba de la pradera.
Hubieras visto a una sola mujer con sus manos
partir en dos un novillo, bramando de terror,
mientras otras despedazaban los becerros.
Pezuñas y costillas arrancadas por doquier se veían,
y de las higueras colgaban despojos sangrientos.
Los toros, toda su furia en los cuernos,
bajaban el testuz para acometer, pero caían
en tierra, abatidos por hordas de mujeres,
sus carnes y pieles arrancadas más aprisa,
señor, que tú puedes mover los reales ojos.
Llevadas luego de su propio ímpetu, como pájaros
huyeron por los campos que ciñe el Asopo,
donde las tierras son buenas para las cosechas.
Como invasoras se abatieron sobre Hisias
y sobre Eritras, al pie del Citerón.
Cuanto veían pillaban y destruían.
Del hogar arrancaban a los niños, y cuando
el botín a las espaldas cargaban, no caía
aun sin sujetarlo. Nada, ni bronce o hierro,
a tierra caía. Llamas brotaban
de sus cabellos, pero no las quemaban. Furiosos
entonces los labriegos por el desmán de las mujeres
llamaron a las armas. Y algo terrible, señor, ocurrió.
Pues las lanzas de los hombres, agudas y afiladas,
no hacían brotar la sangre, mientras que las cañas
de las mujeres abrían heridas. Y corrieron los varones
derrotados por las hembras. Un dios, te lo digo,
estaba con ellas. Volvieron las bacantes al lugar

en que el dios hizo brotar los manantiales, y lavaron
sus manos, mientras las serpientes lamían la sangre
que manchaba sus mejillas.
Quienquiera que este dios sea,
señor, recíbelo en Tebas, pues es grande
también por muchas otras cosas. Fue él,
así dicen, el que a los mortales dio
el don del vino amable que a nuestras penas
pone fin. Y si no hay un dios del vino,
tampoco hay amor, ni Afrodita,
ni otro placer para los hombres.

148. LOS MISTERIOS ELEUSINOS

Entre los hombres feliz es sobre la tierra el que ha contemplado estos misterios. Pero el no iniciado y que en ellos no tiene parte, nunca tendrá la suerte de poseer tales bienes después de muerto, hundido en las tinieblas y en la sombra.

Himno a Deméter, 480-482.

Tres veces felices son los mortales que, habiendo contemplado estos ritos, parten para el Hades. Pues sólo a ellos es dado poseer allí una vida verdadera. Para los demás todo irá mal.

Sófocles, *Frag.* 719 (Dindorf).

Feliz el que, habiendo contemplado estos ritos, desciende a la tierra hueca, porque él conoce el fin de la vida y conoce también su comienzo divino.

Píndaro, *Frag.* 102 (Oxford).

Bello es, ciertamente, el Misterio que nos han otorgado los dioses benditos. La muerte ya no es una maldición para los mortales, sino una bendición.

Inscripción hallada en Eleusis; cf. S. Angus, *The Mystery Religion and Christianity* (Londres 1925) 140.

Era creencia común en Atenas que quienquiera que hubiera sido iniciado en los Misterios, a la hora de la muerte se hacía digno de la gloria divina. De ahí que todos ansiaran ser iniciados.

Escoliasta sobre Aristófanes (*Las Ranas,* 158).

Pausanias evitaba dar explicaciones sobre los Misterios y se abstiene de describir los edificios que se veían en el recinto sagrado de Deméter, tanto en Eleusis como en Atenas.

Me propuse seguir adelante con esta materia y describir todos los objetos que admiten ser descritos en el santuario de Atenas llamado el Eleusinion, pero se me advirtió en una visión que tuve en sueños que no hiciera tal cosa. Me fijaré, por tanto, sólo en lo que legítimamente puede ser dicho a todos.

Pausanias, I, 14, 3.

Mi sueño me prohibió describir lo que hay dentro de los muros del santuario. Ciertamente está claro que los no iniciados no pueden oír hablar legítimamente de cosas cuya vista les está vedada.

Pausanias, I, 38, 7.

Y el *synthema* (santo y seña) de los misterios eleusinos es como sigue: «He ayunado, he bebido el *kykeon;* he tomado del cestillo. Cumplida mi tarea, pongo de nuevo en el cestillo, y del cestillo, a su vez, en el cofre».

Clemente de Alejandría, *Protreptikos* II, 21. Sobre la interpretación de esta fórmula sagrada, cf. G. E. Mylonas, *Eleusis and the Eleusinian Mysteries* (Princeton 1961) 294-305.

Según los naasenos, los frigios afirman que dios es una espiga tierna de trigo, y, siguiendo a los frigios, los atenienses, cuando celebran la iniciación en los misterios eleusinos, muestran en silencio a los *epoptai* el maravilloso y fuerte y más completo de los misterios epópticos, una espiga de trigo.

Hipólito, *Philosophoumena* V, 8.

Según Walter Otto, «no puede caber duda acerca del carácter milagroso del acontecimiento. La espiga de trigo que crece y madura con rapidez sobrenatural forma parte de los misterios de Deméter, igual que la cepa que crece en pocas horas es también parte de las orgías de Dióniso» (cf. W. Otto, «Meaning of the Eleusinian Mysteries», en «The Mysteries» [Nueva York 1955] 14-31; cf. también G. E. Mylonas, op. cit., *305-310).*

Afirma Aristóteles que el iniciado no tiene que aprender nada, sino sólo recibir impresiones y situarse en una cierta condición mental al hacerse candidato digno.

Sinesio, *De Dione,* 10; cf. J. Groissant, *Aristotle et les Mystères* (París 1932).

Cf. también n.º 35.

149. MUERTE E INICIACION EN LOS MISTERIOS

(Plutarco, *Sobre el alma)*

El alma [a la hora de la muerte] tiene la misma experiencia que los iniciados en los grandes misterios... Al principio uno anda errante y se agita fatigado de un lado para otro, y avanza con sobresalto a través de la oscuridad como un no iniciado. Vienen luego los grandes terrores antes de la iniciación final, temblor, estremecimiento, sudores, espanto. Uno se siente luego sorprendido por una luz maravillosa, es recibido en regiones y praderas puras, con las voces y las danzas y la majestad de las formas y los sonidos sagrados. Entre todo esto se mueve libremente el que ha recibido la iniciación; descansado y portando su corona, se une a la comunión divina, se junta con hombres puros y santos, contemplando a los que viven aquí no iniciados, horda impura, hollados por los pies de aquél y formando montón confuso en el barro y la niebla, sujetos en sus miserias por el temor de la muerte y la desconfianza de aquellas bendiciones.

Plutarco, *Sobre el alma,* citado por Stobeo, IV.

150. INICIACION EN LOS MISTERIOS DE CIBELES: EL TAUROBOLIO

(Prudencio, *Peristephanon* X, 1011-1050)

Cuando se disponen a consagrar al sumo sacerdote, lo llevan a un pozo profundo excavado bajo el suelo, maravillosamente adornado con una banda, sus sienes festivas ceñidas por guirnaldas, recogido el cabello bajo una corona de oro y portando una toga de seda recogida con un cíngulo gabinio.

Ponen encima una tarima con anchos espacios, hecha de planchas con un entramado abierto. Dividen entonces o taladran la superficie, haciendo muchos agujeros con una herramienta puntiaguda, de forma que toda la tarima aparece picada de pequeños agujeros.

Luego es conducido hasta allí un enorme toro, bravo y sin domar en apariencia, con los flancos cubiertos de guirnaldas entretejidas y con los cuernos envainados, de forma que el testuz del animal brilla con reflejos dorados y la pelambre se ve engalanada con el brillo de las placas metálicas.

Luego, tal como está ordenado, se dará muerte en aquel lugar

a la bestia, y para ello hincan una espada sagrada en su pecho. De la herida abierta mana un chorro de sangre caliente, y el humeante manantial se derrama sobre la tarima y la inunda, cayendo luego debajo.

Luego, por las mil aberturas de la celosía, se abre camino y gotea como un repugnante rocío la lluvia de sangre, que el sacerdote enterrado debajo trata de recoger adelantando la cabeza para que no se pierda ni una gota, manchándose vergonzosamente los vestidos y todo el cuerpo.

Echa hacia atrás el rostro, pone bajo los chorros de sangre las mejillas, las orejas y los labios, acerca a ellos la nariz y hasta deja bañar sus ojos en el líquido, y ni siquiera perdona su garganta, pues saca la lengua, de modo que llega a beber la espesa sangre.

Luego retiran los sacerdotes de la celosía el cuerpo del toro, que, por la pérdida de la sangre, empieza a ponerse rígido, y sale el pontífice, con su horrible aspecto, mostrando su cabeza manchada, la barba cuajada de sangre, sus bandas chorreantes y sus sucios atavíos.

Y al verlo así manchado e infecto, sucio de la sangre del reciente sacrificio, todos le saludan y veneran [1] desde cierta distancia, porque la sangre impía [2] y un toro muerto lo han bañado mientras permanecía oculto en la repugnante cueva.

151. LA EPIFANIA DEL DIOS MISTERICO

Arístides consigna una experiencia en que «brotó de Isis una luz y otras cosas inefables que conducen a la salvación. En la misma noche se aparecieron Serapis y Esculapio, ambos maravillosos en su belleza y semejantes en algunos aspectos el uno al otro» (*Orat. sac.* III, 500). En todas las antiguas epifanías se habla de una luz deslumbradora. Porfirio advierte que «el ojo del cuerpo no puede soportar» el fulgor de las apariciones divinas (*De mysteriis* II, 8).

La experiencia de Apuleyo, «vi el sol brillar a media noche»

[1] *Saludan y veneran.* El sacerdote recién consagrado, que sale del baño sagrado de sangre enriquecido por el don de la vida divina (que ha brotado del toro sacrificado), se ha convertido en un ser divino, y por ello es objeto de veneración. Los que recibían el taurobolio eran considerados «renacidos para la eternidad» (*renatus in aeternum,* CIL VI, 510; hay otras muchas inscripciones relativas al taurobolio, y prueban que este rito se practicaba ya a comienzos del siglo II d. C.).

[2] *Sangre impía.* Téngase en cuenta que Prudencio era cristiano, y que para él, aquella sangre era cosa execrable (*vilis*). Todo el rito era no sólo repugnante, sino más aún, blasfemo.

y «adoravi de proxumo», se refiere a una de estas epifanías. En el culto de Attis, el grito «Salve, esposo, salve, nueva luz» anunciaba la epifanía. En la *Liturgia de Mitra* (Dieterich, 10) leemos: «Verás a un joven dios, de forma amable, con bucles rojos, portando una túnica blanca y un manto escarlata, y con una corona resplandeciente».

S. Angus, *The Mystery Religions and Christianity* (Londres 1925) 135-136.

152. IDENTIFICACION CON EL DIOS MISTERICO

En virtud de la identificación mística, Lucio, después de recibido el sacramento de la iniciación, fue «engalanado como el sol y entronizado como una imagen del dios» ante los espectadores (Apuleyo, *Metamorfosis* XI, 24). El *mystes* de Attis se convertía en el mismo Attis...

Un papiro griego nos ha conservado una plegaria mágica basada en la teología homérica; en él leemos las siguientes palabras: «Penetra en mi espíritu y en mis pensamientos para toda mi vida, porque tú eres yo y yo soy tú; en mi corazón guardo tu nombre como un conjuro». Y en otra plegaria semejante leemos: «Te he conocido, Hermes, y tú me conoces; yo soy tú y tú eres yo».

S. Angus, *The Mystery Religions and Christianity* (Londres 1925) 109-110.

153. «DEMORTALIZACION» (APATHANATISMOS)

«Soy un hombre... nacido de seno mortal... que he sido engendrado hoy por ti, entre tantas miríadas hecho inmortal en esta hora por el beneplácito de Dios en su enorme bondad» (de la llamada *Liturgia de Mitra*). «Este es el buen fin que aguarda a los que han alcanzado el conocimiento, es decir, la deificación», leemos en los escritos herméticos (*Poimandres* I, 26); esto nos recuerda la famosa afirmación de Clemente de Alejandría: el verdadero gnóstico «se ejercita en ser Dios».

En la acción de gracias de la *Palabra Perfecta* aparece la expresión «Salvado por ti... me alegro de que aun en nuestros cuerpos mortales tú nos has deificado por la visión de ti mismo» (texto griego en R. Reitzenstein, *Die Hellenistische Mysterienreligionen*, 2.ª ed., 114).

S. Angus, *The Mystery Religions and Christianity* (Londres 1925) 110-111.

154. LA INICIACION SEGUN PLATON

(*Fedón,* 69 c)

El neoplatónico Olimpiodoro comenta sobre este pasaje: «hace la adaptación de un himno órfico».

Parece también que quienes establecieron en beneficio nuestro los ritos de iniciación no estaban locos, sino que hay un sentido oculto en sus enseñanzas cuando se afirma que cuantos llegan al Hades sin haber sido iniciados yacen en el fango, mientras que los purificados e iniciados, cuando allí llegan, moran con los dioses. Porque, ciertamente, como dicen los que conocen bien los misterios, «hay muchos que llevan la vara, pero pocos los que se hacen *bakchoi*». Estos últimos son, en mi opinión, los que han entregado toda su vida a la verdadera filosofía.

Cf. F. C. Grant, *Hellenistic Philosophy* (Nueva York 1953) 136-144.

155. INICIACION EN LOS MISTERIOS DE ISIS

(Apuleyo, *Metamorfosis* XI, 1-26)

Apuleyo de Madaura, en el norte de Africa, vivió en el siglo II d. C. Fue jurista, novelista y orador. Sus famosas «Metamorfosis», obra conocida también por «El Asno de Oro», es una apenas velada apología autobiográfica, repleta de encantadores relatos (por ejemplo, «Cupido y Psique», en IV, 28 MVI, 24). El protagonista, Lucio, por un exceso de curiosidad acerca de la magia, se ve accidentalmente convertido en asno. La recuperación de la forma humana por misericordia de Isis y la iniciación en los misterios de esta diosa constituyen el punto culminante de toda la obra. Se supone que este relato se basa en un conocimiento directo de los misterios isíacos.

[El libro XI se inicia con una prometedora nota de misterio. Lucio pasa la noche dormido sobre la cálida arena de la playa].

(1) Hacia la primera vela de la noche, me desperté súbitamente aterrorizado. La luna llena acababa de salir y brillaba con inusitado resplandor como si emergiera de las olas. A mi alrededor se extendía el misterioso silencio de la noche. Supe que aquella era la hora en que la diosa [Isis] ejercía su máximo poder y gober-

naba todas las cosas por su providencia; no sólo los animales, salvajes y domésticos, sino las mismas cosas inanimadas se renuevan por su iluminación y su poder divinos, y hasta los cuerpos celestes, toda la tierra y el ancho mar crecen o menguan conforme a su voluntad.

La epifanía de Isis

[Lucio decide invocar a Isis para que le libere de su apariencia asnal, y la diosa le responde. Su plegaria recoge en el § 2 los títulos de la diosa como Reina del Cielo, Ceres, Proserpina, Venus celestial].

(3) Derramaba yo mis plegarias y súplicas, añadiéndoles un lastimoso llanto, cuando de nuevo me quedé completamente dormido sobre el mismo lecho de arena. Apenas había cerrado los ojos, cuando he aquí que de en medio de la profundidad surgió aquel rostro divino al que los mismos dioses deben reverencia. Y en seguida, lentamente, salió del mar todo su cuerpo esplendente y se dejó ver por completo. Me gustaría relataros toda la maravilla de esta visión si no me lo impidiera la pobreza del lenguaje humano, o si la fuerza divina que mora dentro de esta forma se concediera elocuencia suficiente.

Primero, las trenzas de su cabello eran largas y apretadas, y caían blandamente ondulantes y rizadas en torno a su cuello divino. Por corona llevaba sobre su cabeza muchas guirnaldas de flores, y en medio de su frente brillaba, blanco y resplandeciente, un disco como un espejo, o más bien como una luna; a derecha e izquierda la ceñían con sus anillos víboras enroscadas, mientras que por encima sobresalían espigas de trigo. Su túnica era de varios colores, tejida del más suave lino, deslumbrante unas veces con el albor de la nieve, otras de color azafrán o purpúrea como las llamas. Pero lo que mayor asombro causó a mis ojos fue su manto, porque era negrísimo, centelleante como el pelo de marta. Lo llevaba recogido alrededor, por debajo del hombro derecho y sujeto sobre el izquierdo. En parte caía como un escudo, en muchos pliegues, y llegaba hasta el borde inferior de su vestidura, rematando en un fleco de borlas. (4) Esparcidas por su bordada franja y por la superficie había lentejuelas de brillantes estrellas, y en su mitad, como una llama de fuego, refulgía la luna llena en plenitud. Todo a lo largo de la franja de esta maravillosa vestidura corría ininterrumpida una guirnalda de toda clases de flores y frutos.

En las manos llevaba emblemas de diverso género. En la derecha tenía un sonajero de bronce [el sistro] hecho de una fina tira

de metal curvada como un lazo, atravesada por pequeñas varillas; al moverlo la diosa con una ágil pulsación triple produjo un sonido tintineante. Llevaba en la mano derecha una copa de oro, de lo alto de cuya fina asa se alzaba un áspid con la cabeza erguida y la garganta hinchada por ambos lados. Sus perfumados pies se calzaban con sandalias tejidas de la palma de la victoria.

Tal y tan majestuosa era la visión. Entonces, exhalando toda la bienaventurada fragancia de la Arabia feliz, se dignó hablarme con voz divina. (5) «He aquí, Lucio, que he venido conmovida por tus plegarias. Yo, madre de la naturaleza, señora de todos los elementos, progenie primera de las edades, la más fuerte de las potencias divinas, Reina de los muertos, Señora de los que moran en los cielos, en cuyos rasgos se conjugan los de todos los dioses y diosas. Con un gesto gobierno las brillantes alturas del cielo, todos los vientos del mar y los luctuosos silencios del mundo inferior. Todo el universo rinde honor a mi deidad única *[numen unicum]* bajo formas diversas, con ritos distintos y por nombres sin cuento... y los egipcios, fuertes en el saber antiguo, que me honran con ritos peculiares, me invocan por mi nombre verdadero, el de Isis Reina.

Apiadada de tus lamentos he venido. Aquí estoy propicia y dispuesta a ayudarte. Deja ya de llorar y lamentarte, y aparta tu pena. ¡Ya amanece para ti, por mi providencia, el día de salvación! Vuelve, pues, tu afligido espíritu y presta atención a cuanto te ordeno. El día, el mismo día que seguirá a esta noche, me está consagrado de por siempre, porque en este día, cuando yo haya calmado las tormentas del invierno y haya dado reposo a las olas tempestuosas del mar, mis sacerdotes consagrarán a la alta mar, que de nuevo será navegable, un barco nuevo, y lo ofrecerán en mi honor como primicia de las navegaciones del año. Esperarás la celebración de esta fiesta con el corazón sereno y sin albergar pensamientos profanos».

[La diosa explica a Lucio que deberá mezclarse con la multitud durante las Ploiafesias, y que se abrirá paso hasta llegar junto al sacerdote que vea portando una guirnalda de rosas, el cual, advertido previamente por la diosa en una visión, estará preparado para todo lo que haya de ocurrir, en concreto, que Lucio (todavía en figura de asno) se apoderará de la guirnalda y la comerá, después de lo cual recuperará la forma humana. Todo ocurre luego de este modo. Transformado una vez más en hombre, Lucio es exhortado por uno de los sacerdotes, «cuyo rostro sonriente parecía más que humano»]:

(15) «Oh Lucio, después de soportar tantos trabajos y escapar de tantas tempestades de la Fortuna, por fin has llegado al

puerto seguro del reposo y la misericordia. Ni tu noble linaje ni tu alto rango ni tu mucha ciencia te sirvieron de nada, sino que por haberte entregado a placeres serviles, movido por la locura juvenil, tuviste la recompensa lamentable de tu infeliz curiosidad. Y a pesar de todo, mientras la ciega Fortuna te atormentaba con peligros varios, por su misma malicia te ha traído el estado presente de bienaventuranza religiosa. Deja que pase esta Fortuna, rabiosa con su salvaje furia, y que atormente a otros. Porque la Fortuna no tiene poder alguno sobre aquellos que se han consagrado al servicio de la majestad de nuestra diosa. Porque todas tus aflicciones —ladrones, fieras salvajes, esclavitud, trabajos y jornadas vanas que terminaban donde habían comenzado, y el cotidiano temor de la muerte— nada aprovecharon a la malvada Fortuna. Ahora estás a salvo, bajo la protección de otra Fortuna no ciega, sino capaz de ver, que con su clara luz ilumina a los demás dioses. Alégrate, por tanto, y muestra mejor semblante, más en consonancia con tu vestidura blanca, y sigue con pasos alegres la procesión de esta diosa salvadora, para que todos los que aún no son devotos seguidores de la diosa vean y reconozcan su error [diciendo]: 'Ved, aquí está Lucio, libre ya de sus antiguas miserias por la providencia de la gran diosa Isis, alegre de su triunfo sobre la Fortuna'. Y para que puedas vivir más seguro y a resguardo, da tu nombre a esta sagrada milicia [es decir, únete al orden isíaco] —pues hace muy poco que fuiste llamado a prestar el juramento— y conságrate a obedecer a nuestra religión y toma sobre ti el yugo voluntario del ministerio. Pues cuando hayas empezado a servir a la diosa, entonces conocerás mucho mejor cuáles son los frutos de tu liberación».

La iniciación de Lucio

[Así profetizó el sacerdote y dirigió su llamada a Lucio, que asintió y se unió a la procesión, entre las burlas de los no creyentes. Pero su conversión, como la de otros muchos, consistió en un proceso lento, y sólo paso a paso llegó a identificarse con los sacerdotes de Isis. Pues, como sucede a tantos otros, creía que la profesión religiosa estricta habría de resultarle excesivamente dura. «No son fáciles de obedecer las leyes de la castidad y de la abstinencia» (19). Sin embargo, continuó frecuentando los servicios de culto (21), hasta que llegó el momento en que deseó vivamente ser admitido en los misterios de Isis. Tal cosa tuvo lugar «en la noche que está consagrada a la diosa»].

(22) Terminó de hablar el sacerdote, y yo no quise estropear

mi obediencia mostrándome impaciente, sino que en silencio, quieto, mesurado y edificante presté mi servicio atento a la diaria observancia de los ritos sagrados. Tampoco la gracia salvadora de la diosa me decepcionó o torturó en modo alguno con largas esperas, sino que en la oscuridad de la noche, mediante órdenes que no eran al fin oscuras, me dio a entender que el día tan deseado en que habría de concederme ella el cumplimiento de mis más ardientes súplicas había llegado por fin. Fijó también ella la cantidad que debería tener dispuesta para las suplicaciones, y designó al mismo Mitras, su sumo sacerdote, para que me administrara los ritos, pues su destino, afirmó ella misma, estaba estrechamente unido al mío por la divina conjunción de los astros.

Estas y otras graciosas advertencias de la diosa confortaron mi espíritu, de forma que ya antes de que clarease el día sacudí el sueño y corrí presuroso hacia el aposento del sacerdote. Lo encontré apenas acababa de salir de su dormitorio, y le saludé. Tenía pensado requerirle con mayor insistencia que nunca para que me concediera la iniciación, ahora que ya la veía como cosa que se me debía. Pero apenas me vio él, se anticipó a mis palabras, diciendo: «¡Lucio, hombre feliz y sobremanera bendecido, al que la deidad augusta con tanta bondad se digna favorecer! Pero ¿qué haces ahí aturdido —me preguntó— y por qué te estás parado? El día por el que tanto has suplicado con plegarias incansables ya llegó, cuando por los mandatos de la diosa de muchos nombres has de ser admitido por mis manos en los sacratísimos secretos de los misterios». Tomando entonces mi mano derecha en la suya, el amable anciano me llevó hasta las mismas puertas del gran templo, y después de celebrar con solemnes ritos la apertura de las puertas, y una vez terminado el sacrificio matutino, sacó de cierto lugar oculto del templo unos libros cuyos títulos estaban escritos con signos indescifrables. Algunos de ellos tenían forma de animales y parecían como si quisieran sugerir compendiosamente las palabras; otros tenían sus extremos anudados o enrollados como ruedas, o ensartados como los sarmientos de una cepa, con lo que se procuraba salvar su contenido de la curiosidad de los lectores profanos. Al mismo tiempo me advirtió sobre los preparativos necesarios para mi iniciación.

(23) No perdí el tiempo, sino que con prontitud y aún mayor liberalidad de lo que se me exigía compré yo mismo las cosas o hice que mis amigos fueran a comprarlas. Y cuando se aproximó el momento y todo parecía exigirlo, como él dijo, el sacerdote me guió con un cortejo formado por hombres piadosos hasta el baño más cercano. Cuando entré en el baño en que acostumbran ba-

ñarse los neófitos, oró primero a los dioses para que se me mostraran propicios y luego me roció con agua purísima y me limpió. De nuevo me condujo de regreso al templo, y como ya había pasado más de la mitad del día, me puso a los pies de la misma diosa; entonces, después de comunicarme ciertas órdenes secretas, que son demasiado santas como para referirlas, ante todos los presentes me ordenó abstenerme durante diez días seguidos de todos los placeres de la mesa, no comer carne ni beber vino. Observé escrupulosamente todos estos mandatos. Por fin llegó el día señalado por el mandato divino. El sol declinaba y se acercaba la noche cuando he aquí que de todos lados fueron llegando multitudes de iniciados que me rodearon, y cada uno de ellos, conforme al antiguo rito, me ofreció diversos dones. Finalmente, una vez retirados todos los no iniciados, me pusieron un vestido nuevo de lino, y el sacerdote, tomándome de la mano, me llevó a lo más recóndito del lugar sagrado...

... Escuchad, pues, y creed, porque todo cuanto os digo es la verdad. Estuve cerca de los confines de la muerte, hasta pisar el mismo umbral de Proserpina. Fui llevado a través de todos los elementos y devuelto nuevamente a la tierra. Cuando moría la noche, contemplé el sol, que brillaba en todo su esplendor. Me acerqué a los dioses superiores e inferiores y les rendí honor cara a cara. Ved, os he contado cosas que ya habéis oído narrar, pero de las que nada sabéis todavía. Sólo os referiré, por consiguiente, lo que es posible, sin que ello suponga cometer pecado alguno, comunicar a los no iniciados.

(24) Tan pronto como llegó el día y finalizaron los ritos sagrados, salí revestido de las doce prendas que llevan los iniciados, atavíos sacratísimos, pero de los que ninguna prohibición sagrada impide hablar, pues entonces hubo muchos que pudieron verme llevándolos. Porque justamente en mitad del santuario, ante la imagen de la diosa, había una plataforma de madera en la que fui instalado, ataviado con una vestidura que, si bien estaba hecha sólo de lino, iba tan ricamente bordada que era todo un espectáculo contemplarme. La preciosa capa que colgaba de mis hombros hasta el suelo estaba adornada por todas partes que se la mirase con figuras de animales de diversos colores. Había allí dragones indios, grifos de las regiones hiperbóreas, alados como aves, pero como de otro mundo. A esta capa llaman «olímpica» los iniciados. En la mano derecha llevaba yo una antorcha encendida, y tenía la cabeza adornada con una corona hecha de hojas blancas de palma, dispuestas en círculo como rayos. Después de haber sido de tal modo adornado, y cuando me hubieron instalado como si fuera la imagen

de un dios, se corrieron de pronto las cortinas y el pueblo se apiñó alrededor para contemplarme...

[Siguen después fiestas y reuniones, y al tercer día tiene lugar una solemne ceremonia para romper el ayuno. Incapaz al principio de dejar ya la imagen de la diosa, Lucio se dirige a ella por última vez con sollozos]:

(25) ¡Oh guardadora santa y eterna de la raza humana, que cuidas siempre de los mortales y los bendices! Tú te apiadas de los males que sufren los miserables con suave amor de madre. Ni el día ni la noche, ni un solo instante pasan sin tus bendiciones, sino que en todo momento, en mar y tierra, velas por los hombres. Tú apartas de ellos las tormentas de la vida y extiendes para guardarlos tu diestra salvadora, con la que deshaces hasta la madeja inextricable de los hados. Aquietas las tempestades de la Fortuna y frenas los perniciosos movimientos de los astros. A ti en lo alto adoran los dioses y te rinden su veneración. Haces tú girar la esfera de los cielos, das luz al sol, gobiernas el universo y hollaste el Tártaro. A ti responden las estrellas, por ti retornan las estaciones, en ti se alegran los dioses y los elementos te sirven. A un gesto tuyo soplan los vientos, las nubes nutren [la tierra], brotan las semillas y se abren los brotes. Ante tu majestad se estremecen las aves cuando vuelan de un lado a otro en el cielo, las fieras cuando merodean por los montes, las serpientes ocultas en la tierra y los monstruos que pululan en el abismo. Pero no soy hábil para cantar tus alabanzas y mis bienes son pocos para hacerte las ofrendas que mereces... Lo único que un hombre puede hacer cuando es tu devoto, pero pobre, eso haré yo. Tu rostro divino y tu deidad santísima guardaré muy en lo hondo de mi corazón. Para siempre llevaré en lo íntimo tu imagen.

Después de invocar así a la divinidad poderosa, abracé al sacerdote Mitras, ahora mi padre espiritual, y colgado de su cuello supliqué con muchos besos su perdón, ya que no estaba en mis manos compensarle dignamente por todos los beneficios que él me había otorgado. (26) Entonces, después de muchas y prolongadas muestras de gratitud, marché al fin a mi casa por el camino más corto... Pocos días después, guiado por la diosa poderosa, llegué a Roma la víspera de los Idus de diciembre.

Cf. F. C. Grant, *Hellenistic Religions* (Nueva York 1953) 136-144.

156. PIEDAD PERSONAL EN ROMA

—Siglo II d. C.—

(Apuleyo, *Apología,* 55-56)

Apuleyo se defiende de la acusación de que practica la magia, y en especial de que lleva consigo objetos mágicos envueltos en un pañuelo.

Tú me preguntas, Emiliano [el acusador], qué llevo en este pañuelo. Y aunque podría negar que haya dejado ningún pañuelo de mi propiedad en la biblioteca de Ponciano —o aun suponiendo que en última instancia admitiera haberlo depositado allí—, todavía puedo negar que hubiera cosa alguna envuelta en él. Y si adoptara yo este proceder, no tendrías prueba o argumento de ninguna clase para refutarme. Pues no hay nadie que lo haya tocado, y sólo se ha presentado un hombre libre, según tu misma afirmación, que lo ha visto. Pero, a pesar de todo esto, diré que el paño estaba lleno de cosas. Pero imagínate, si te place, que estás a punto de hacer un gran descubrimiento, como cuando los camaradas de Ulises creían haber encontrado un gran tesoro mientras corrían con el odre en que estaban encerrados todos los vientos. ¿Quieres que te explique qué había envuelto yo en el pañuelo para encomendarlo al cuidado de los dioses domésticos de Ponciano? Verás cumplido tu deseo.

Yo he sido iniciado en casi todos los misterios griegos, y he guardado con el mayor celo todos los emblemas y documentos *(signa et monumenta)* de mis iniciaciones, que me fueron entregados por los sacerdotes. No te hablo de nada extraño o inaudito. Hasta el único iniciado *(mystes)* en los misterios de Liber Pater que se halla aquí presente sabe muy bien que guarda oculto en su casa, a cubierto de todo contacto profano, el objeto de su veneración silenciosa. Como ya dije, yo mismo, movido de celo religioso y del deseo de conocer la verdad, me he consagrado a muy diversos misterios *(sacra),* numerosos ritos y ceremonias varias en relación con los dioses. No lo hice por antojo pasajero. Hace casi tres años, mientras estuve en Oea, en un discurso que pronuncié sobre la majestad de Esculapio, afirmé esto mismo y enumeré el número de los misterios con que me he familiarizado. Aquel discurso se pronunció ante una multitud, ha sido leído en todas partes, está en manos de todos y se ha ganado la aprobación de los piadosos habitantes de Oea, pero no por mi elocuencia, sino por el hecho de que en él se habla de Esculapio. Si hay aquí alguien que lo re-

cuerde, ¿querrá repetir el comienzo de aquel pasaje de mi discurso? ¿No oyes, Máximo [el magistrado juez], cuántas voces repiten sus palabras? ¡Lo están recitando espontáneamente! Permíteme que ordene leer este mismo pasaje en voz alta, pues el gesto benévolo de tu rostro me indica que no te disgustará escucharlo. [Se lee entonces el pasaje en alta voz].

Si alguien tiene el menor conocimiento de los ritos religiosos, ¿se asombrará de que un hombre que ha participado en tantos misterios divinos guarde en su casa ciertos recuerdos de aquellas sagradas ceremonias, o que los tenga envueltos en un lienzo de lino, que es el más puro envoltorio de las cosas sagradas? Porque la lana, que es producida por el más letárgico de los animales y que se corta de las espaldas de las ovejas, fue considerada por los seguidores de Orfeo y Pitágoras como una tela profana. El lino, sin embargo, la más pura entre todas las plantas y uno de los mejores frutos de la tierra, es usado por los sacerdotes santísimos de Egipto, no sólo como vestido y ornamento, sino como velo para ocultar las cosas sagradas.

Pero conozco a ciertas personas, y sobre todo a este tal Emiliano, que juzgan entretenimiento digno el burlarse de las cosas divinas. Pues por ciertas personas de Oea que le conocen supe que hasta ahora no ha invocado a ninguno de los dioses ni ha frecuentado alguno de sus templos. Si le sucede pasar junto a un santuario, no le gusta llevarse la mano a los labios en un gesto de veneración. Nunca ha consagrado las primicias de sus cosechas, sus viñedos o sus ganados a ninguno de los dioses rurales que le alimentan y le visten; en su alquería no hay santuario alguno ni lugar santo ni bosquecillo sagrado. Pero ¿por qué hablo ahora de bosquecillos sagrados o santuarios? Los que en tal lugar han estado afirman que no han visto allí ni tan siquiera una piedra sobre la que se haya derramado una ofrenda de aceite o un matorral en que se hayan colgado guirnaldas *(ramum coronatum)*. De ahí que se le hayan puesto dos motes, pues le llaman *Caronte,* a causa de lo desaforado de su lengua y maneras, pero también, y éste es el nombre que él prefiere, *Mezencio,* porque desprecia a los dioses. Por eso entiendo bien que considere la lista de mis muchas iniciaciones como un buen motivo de burla. Y hasta es posible que, a causa de su contumacia con respecto a las cosas de los dioses, nunca le entre en la cabeza que cuanto digo es la verdad, es decir, que guardo con veneración sagrada las insignias y recuerdos de tantos ritos sagrados. En cuanto a mí mismo, no pienso mover una mano por cuanto sobre mí piense este «Mezencio», sino que proclamaré con voz clarísima a los demás: si alguno de los aquí presentes ha participado

como yo de los mismos ritos sagrados, haga la seña y veréis qué es lo que yo trato de defender. Pues ninguna mira de seguridad personal me inducirá a manifestar a los no iniciados *(ad profanos)* qué cosas he aceptado mantener en secreto.

Cf. F. C. Grant, *Roman Religion* (Nueva York 1957) 226-228.

157. INICIACION DE KŪKAI EN EL BUDISMO ESOTERICO

(Kōbō Daishi Zenshū I, 98ss)

Kūkai (774-835) conoció en China y luego introdujo en el Japón la forma del budismo conocida por «Palabras Verdaderas» (Mantrayāna *en sánscrito,* Shingon *en japonés). En el budismo Shingon, los misterios se transmiten oralmente de maestro a discípulo. Esta forma esotérica del budismo se convirtió en el movimiento religioso más importante del Japón en el período Heian.*

El pasaje que reproducimos a continuación está tomado del «Memorial con una lista de Sūtras recién importados», que Kūkai presentó al emperador a su regreso de estudiar en China. Kūkai compuso diversos informes sobre sus estudios y habla cautelosamente de su iniciación.

Durante la sexta luna del 804, yo, Kūkai, me embarqué con destino a China en el Navío Número Uno, formando parte del séquito del Señor Fujiwara, embajador ante la corte T'ang. Arribamos a la costa de Fukien durante la octava luna, y cuatro meses más tarde llegamos a Ch'ang-an, la capital, donde fuimos hospedados en la residencia de los huéspedes oficiales. La delegación diplomática partió de regreso al Jajón el 15 de marzo del 805, pero en obediencia a un edicto imperial quedé yo solo en el Templo Hsi-ming, en que anteriormente había residido el abad Yung-chung.

Cierto día, mientras trataba de entrar en contacto con eminentes maestros budistas de la capital, casualmente pude conocer al abad de la Pagoda Oriental del Templo del Dragón Verde. Este gran sacerdote, cuyo nombre budista era Hui-kuo, era el discípulo preferido del maestro indio Amoghavajra. Su virtud se ganó la veneración de su época; sus enseñanzas fueron tan elevadas como para servir de guía a emperadores. Tres soberanos lo veneraron como maestro y fueron ordenados por sus manos. Las cuatro clases de creyentes acudían a él para recibir instrucción en las doctrinas esotéricas.

Pedí audiencia al abad en compañía de cinco o seis monjes del

Templo Hsi-ming. Tan pronto como me vio, sonrió complacido, y dijo con tono gozoso: «Sabía que ibas a venir. Por mucho tiempo estuve esperando este momento. ¡Qué gran placer me causa verte hoy por fin! Mi vida se aproxima a su término, y hasta que tú has llegado no he tenido a nadie a quien transmitir mis doctrinas. Acércate sin tardanza al altar de la ordenación con incienso y una flor». Retorné al templo en que había residido y recogí las cosas necesarias para la ceremonia. Era a comienzos de la sexta luna cuando penetré en la estancia de la ordenación. Me quedé ante el Mandala del Vientre *(Garbha mandala)* y deposité mi flor de la manera prescrita [1]. Por casualidad cayó sobre el cuerpo del Buddha Vairochana, en el centro. El maestro exclamó complacido: «¡Qué asombroso! ¡Qué perfectamente asombroso!». Y repitió las mismas palabras tres o cuatro veces con admiración y gozo. Recibí entonces el quíntuple bautismo y la instrucción en los Tres Misterios que aseguran la divina intercesión. Luego fui instruido en las fórmulas sánscritas correspondientes al Mandala del Vientre y aprendí la contemplación yóguica sobre todos los Honorables.

A comienzos de la séptima luna penetré en la estancia de la ordenación del Mandala del Diamante *(Vajra)* para recibir un segundo bautismo. Cuando arrojé mi flor, fue a caer nuevamente sobre Vairochana, y el abad se maravilló tanto como la otra vez. Recibí también la ordenación de *āchārya* a comienzos del mes siguiente. El día de mi ordenación ofrecí una fiesta a quinientos monjes. Asistieron a la fiesta todos los dignatarios del Templo del Dragón Verde, y todos se regocijaron.

Más tarde estudié el Yoga de la Corona Diamantina y las cinco secciones de las doctrinas de las Palabras Verdaderas, y pasé algún tiempo aprendiendo sánscrito y los himnos sánscritos. El abad me informó de que las escrituras esotéricas son tan abstractas que su significado no puede transmitirse sino mediante el arte. Por este motivo ordenó al artista de la corte, Li Chen, y a otros doce pintores que ejecutaran diez rollos de los Mandalas del Vientre y del Diamante y otras importantes escrituras esotéricas. También ordenó al broncista Chao Wu que fundiera quince instrumentos rituales.

[1] El mandala es una composición pictórica más bien complicada. Comprende un marco circular y uno o más círculos concéntricos que encierran un cuadrado dividido en cuatro triángulos; en el centro del mismo mandala hay imágenes de ciertas divinidades o sus emblemas. Durante la iniciación, el maestro pone una venda sobre los ojos del discípulo y coloca una flor en sus manos; el discípulo la tira sobre el mandala, y la sección sobre la que cae revela qué divinidad le será especialmente favorable. Sobre el simbolismo y los rituales del mandala, cf. M. Eliade, *Yoga* (Nueva York 1958) 219ss; G. Tucci, *The Theory and Practice of the Mandala* (Londres 1961).

Estas órdenes de que se pintaran imágenes religiosas y se copiaran los *sūtras* fueron dadas en diversos momentos.

Un día me dijo el abad: «Hace mucho tiempo, cuando era yo aún joven, conocí al gran maestro Amoghavajra. Desde el primer momento en que me miró, me trató como a un hijo, y cuando visitó la corte y luego al regresar al templo me hice tan inseparable de él como su propia sombra. El me confió: 'Tú serás el receptáculo de las doctrinas esotéricas. ¡Esfuérzate, esfuérzate!'. Fui iniciado entonces en las doctrinas tanto del Vientre como del Diamante, así como en los *mudrās* secretos. Sus demás discípulos, monjes y laicos, estudiaban sólo uno de los mandalas o uno de los Honorables o un ritual, pero no todos, como hice yo. Nunca seré capaz de explicar la gran deuda que con él tengo contraída.

Ya mi existencia sobre la tierra se aproxima a su término, y no puedo quedarme más tiempo. Te apremio, por tanto, a que tomes los dos mandalas y los cien volúmenes de las doctrinas esotéricas, junto con los instrumentos rituales y estos regalos que me hizo mi maestro. Retorna a tu país y difunde allí las doctrinas.

Cuando llegaste aquí por vez primera, temí no disponer de tiempo suficiente para enseñártelo todo, pero ahora mi instrucción ya está completa, y también se ha completado la obra de copiar los *sūtras* y hacer las imágenes. Apresúrate a regresar a tu país, ofrece todas estas cosas a la corte y difunde las doctrinas por todo tu país para acrecer la felicidad del pueblo. Entonces conocerá la paz tu tierra y todos se sentirán contentos. De este modo darás gracias a Buda y a tu maestro. Este es también el modo en que demostrarás tu devoción a tu país y a tu familia. Mi discípulo I-ming se encargará de transmitir aquí las doctrinas. Tu labor consistirá en llevarlas al País Oriental. ¡Esfuérzate, esfuérzate!». Estas fueron las instrucciones finales que me dio, con ternura y paciencia, como siempre. La noche de la última luna llena del año se purificó con un baño ritual y, recostado sobre el lado derecho, haciendo al mismo tiempo el *mudrā* de Vairochana, expiró.

Aquella noche, mientras permanecía yo meditando en la Sala, se me apareció el abad en su forma habitual y me dijo: «Tú y yo nos hemos entregado hace mucho a la propagación de las doctrinas esotéricas. Si renazco en el Japón, esta vez seré yo tu discípulo».

No he entrado en detalles acerca de todo lo que me dijo, pero he recogido la sustancia de las instrucciones del Maestro. [Fechado en 5 de diciembre del 806].

W. Th. de Bary, *Sources of Japanese Tradition* (Nueva York 1958) 144-146.

Cf. también n.os 193, 216, 217, 243-246.

CUARTA PARTE

MUERTE, ULTRATUMBA Y ESCATOLOGIA

A. *DIOSES, HEROES Y MUERTE*

158. DESCENSO DE ISHTAR AL MUNDO INFERIOR

Ishtar, diosa de la vida y de la fecundidad, decide visitar a su hermana Ereshkigal, diosa de la muerte y de la esterilidad. Cuando Ishtar logra abrirse camino a través de las puertas del mundo inferior, es despojada de sus vestiduras y adornos. Desnuda y desamparada, llega finalmente junto a Ereshkigal, que la entrega inmediatamente a la muerte. Sin Ishtar, ya no hay fecundidad sobre la tierra, y los dioses advierten en seguida su pérdida. Ea crea el bello eunuco Asushunamir, que induce con sus artimañas a Ereshkigal a resucitar a Ishtar con el agua de la vida y a liberarla. El final de este mito resulta oscuro; es posible que junto con Ishtar sea liberado su amante Tammuz. Al igual que el «Poema de Guilgamesh», el mito del descenso de Ishtar al mundo inferior tiene su equivalente sumerio (cf. S. N. Kramer, «Inanna's Descent to the Nether World»: ANET 52-77). Sin embargo, la versión accádica difiere sustancialmente de su prototipo sumerio, del que no puede considerarse en modo alguno una traducción servil. La versión sumeria del mito data del segundo milenio antes de Cristo; la versión semítica no es anterior al final del segundo milenio antes de Cristo.

Al País sin retorno, al reino de Ereshkigal,
Ishtar, hija de Sin, volvió el pensamiento.
Sí, la hija de Sin se puso a pensar
en la casa oscura, la morada de Irkalla [1],
en la casa de que no vuelve quien allí entró,
en el camino que no tiene vuelta,
en la casa cuyos moradores están privados de luz,
cuyo viático es polvo y barro su alimento,
(donde) no ven la luz, envueltos en tinieblas,
(donde) se visten como pájaros, con alas por ropas,
(y donde) sobre puerta y cerrojo sólo hay polvo.
Cuando Ishtar llegó a la puerta del País sin Retorno,
al portero dijo (estas) palabras:
«Portero, abre tu puerta,
abre tu puerta, que pueda pasar yo.
Si tu puerta no abres y no puedo entrar,
romperé la puerta, saltaré el cerrojo,

[1] Otro nombre de Ereshkigal, reina del mundo inferior.

romperé los postes, arrancaré las puertas,
sacaré a los muertos, que devoran a los vivos,
y serán más los muertos que los vivos».
Abrió su boca el portero para hablar,
y dijo a la exaltada Ishtar:
«¡Alto, señora mía, no la[2] derribes!
Iré a anunciar tu nombre a la Reina Ereshkigal».
Entró el portero, y dijo a Ereshkigal:
«Mira, tu hermana Ishtar aguarda a la puerta,
la que hace celebrar las grandes fiestas,
la que levanta el abismo ante Ea, el rey».
Cuando esto oyó Ereshkigal,
su rostro empalideció como tamarisco cortado,
mientras sus labios se ennegrecían como caña *kunīnu* machacada.
«¿Qué inclinó a mí su corazón, qué trajo hasta aquí su espíritu?
¿Acaso beberé yo agua con los Anunnaki?
¿Comeré barro por pan, beberé agua cenagosa por cerveza?
¿Lloraré a los hombres que sus esposas dejaron atrás?
¿Lloraré a las doncellas arrancadas de los brazos de sus enamorados?
¿Lloraré al niño que partió antes de tiempo[3]?
Anda, portero, y ábrele la puerta,
trátala de acuerdo con las viejas normas».
Llegó veloz el portero para abrirle la puerta:
«Entra, señora mía, que Cutha[4] se alegre contigo,
que se goce el palacio del País sin Retorno con tu presencia».
Cuando por la primera puerta le habían hecho entrar,
la despojó y le quitó la gran corona de su cabeza.
«¿Por qué, portero, de mi cabeza arrancas la gran corona?».
«Entra, señora mía, éstas son las leyes de la Señora del Mundo Inferior».

[Atraviesa Ishtar las siete puertas del mundo inferior. En cada una de ellas le arranca el portero uno de sus ornamentos. En la segunda le quita los pendientes de sus orejas; en la tercera, los collares que ciñen su cuello; luego le va quitando los adornos del pecho, el ceñidor de sus caderas, las ajorcas de las mueñecas y los tobillos y la túnica que cubre su cuerpo. Cada vez hace ella la misma pregunta y recibe la misma respuesta].

[2] La puerta.
[3] Es decir, Ereshkigal tendría motivos para llorar si todos los moradores del mundo inferior fueran liberados por Ishtar.
[4] Otro nombre del mundo inferior.

Tan pronto como Ishtar descendió al País sin Retorno,
la vio Ereshkigal y se irritó con su presencia.
Ishtar, sin pensarlo, voló hacia ella.
Abrió Ereshkigal su boca para hablar,
diciendo a Namtar, su visir, (estas) palabras:
«Ve, Namtar, enciérrala en mi palacio,
desata contra ella, contra Ishtar, las sesenta miserias:
miseria de los ojos contra sus ojos,
miseria de los costados contra sus costados,
miseria de los pies contra sus pies,
miseria de la cabeza contra su cabeza.
Contra toda parte de ella, contra todo su cuerpo».
Después que la Señora Ishtar descendió al País sin Retorno,
el toro ya no saltó sobre la vaca, el asno no fecundó a la asna,
en la calle el varón no fecunda a la doncella.
El varón yace en su cámara, la doncella yace en la suya.
....
Decae el aspecto de Papsukkal, visir de los dioses, su rostro se anubla.
Cubierto de luto, el cabello llevaba largo.
Ante Sin, su padre, acudió Papsukkal llorando.
Sus lágrimas se derraman ante Ea, el rey:
«Al mundo inferior descendió Ishtar, y no ha vuelto.
Como Ishtar ha marchado al País sin Retorno,
el toro no salta sobre la vaca, el asno no fecunda a la asna,
en la calle el varón no fecunda a la doncella.
El varón yace en su cámara,
la doncella yace en la suya».
En su corazón sabio concibió Ea una figura,
y creó a Asushunamir, un eunuco:
«Arriba, Asushunamir, vuelve el rostro a las puertas del País sin Retorno;
las siete puertas del País sin Retorno se te abrirán.
Te verá Ereshkigal y se regocijará de tu presencia.
Cuando su corazón se haya calmado, su talante esté feliz,
que pronuncie el juramento de los grandes dioses.
Alza (entonces) tu cabeza, atento al odre del agua de la vida:
«Te ruego, Señora, manda que me den el odre del agua de la vida
y que de éste agua pueda beber yo» [5].

[5] La estratagema tiene éxito evidentemente, ya que Ereshkigal, distraída por la belleza de Asushunamir (que significa «Su apariencia es brillante»), no se recupera hasta que ya es demasiado tarde.

Así que lo oyó Ereshkigal,
golpeó su muslo, mordió su dedo:
«Me pides una cosa que no se debe pedir.
¡Acércate, Asushunamir, te maldeciré con fuerte maldición!
El alimento de los arados de la ciudad será tu alimento [6],
los sumideros de la ciudad serán tu bebida,
la sombra del muro será tu lugar,
el umbral será tu morada,
los tontos y los sedientos herirán tu mejilla».
Ereshkigal abrió su boca para hablar,
diciendo (estas) palabras a Namtar, su visir:
«Ea, Namtar, llama a Egalgina [7],
adorna el umbral con corales,
lleva a los Anunnaki y siéntalos en tronos de oro,
rocía a Ishtar con el agua de la vida y sácala de mi presencia».
Acudió Namtar, llamó a Egalgina.
Adornó el umbral con corales,
llevó a los Anunnaki y los sentó en tronos de oro,
roció a Ishtar con el agua de la vida y la sacó de su presencia.
Cuando a través de la primera puerta la condujo,
le devolvió la túnica con que cubría su cuerpo.

[Pasa Ishtar por cada una de las siete puertas y le son devueltos uno a uno sus ornamentos].

«Si el precio de su rescate no te entrega, tráela de nuevo [8].
En cuanto a Tammuz, el amante de su juventud,
lávalo con agua pura, úngelo con suave aceite,
vístele con rojo manto, que toque una flauta de lapislázuli.
Que los cortesanos cambien de ánimo».
Cuando Belili [9] hubo... sus joyas,
y su regazo estuvo lleno de «piedras de ojo» [10],
al escuchar el sonido de su hermano, Belili arrojó sus joyas...
de modo que su cámara se llenó de «piedras de ojo».
«¡Hermano mío único, no me hieras!
El día en que Tammuz me recibe,
cuando con él la flauta de lapislázuli (y) el anillo de cornalina me saludan,

[6] Probablemente se quiere significar el polvo.
[7] «Palacio de justicia».
[8] La parte final del mito, y sobre todo sus alusiones a Tammuz, resultan oscuras.
[9] Al parecer se refiere a Ishtar.
[10] ¿«Cuentas»?

cuando con él los hombres llorosos y las mujeres llorosas me saludan,
que los muertos se alcen y huelan el incienso».

E. A. Speiser, *Ancient Near Eastern Texts* (Princeton 1950) 106-109.

159. GUILGAMESH EN BUSCA DE LA INMORTALIDAD

Aunque originalmente escrito en accádico, el «Poema de Guilgamesh» fue traducido a diversos idiomas del Próximo Oriente, y llegó a ser la más famosa creación literaria de los antiguos babilonios. Guilgamesh, rey de Uruk, es dios en dos terceras partes y hombre en una tercera parte, y «semejante a un toro salvaje». Al comienzo del relato, los nobles de Uruk se lamentan ante los dioses de que el fuerte Guilgamesh, en su desasosiego y arrogancia, está causando la destrucción de la ciudad. Su madre, la diosa Aruru, crea para él un compañero, el salvaje Enkidu, que corre entre los animales del desierto. Enkidu es amansado y se vuelve humano gracias a las artes de una prostituta del templo. Luego es conducido a Uruk, donde lucha con Guilgamesh. El combate queda en tablas y ambos se hacen compañeros inseparables.

Cierto día, Guilgamesh, que siempre está ansioso de aventuras, propone a Enkidu viajar juntos hasta el lejano bosque de cedros para dar muerte a Huwawa, su maligno guardián. Enkidu protesta de que el viaje es demasiado peligroso y que Huwawa es un ser feroz, pero Guilgamesh ya está resuelto, y al final parten los dos. La empresa es coronada por el éxito y ambos se cubren de gloria.

Pero Enkidu tiene ya premoniciones de un inminente desastre. A su regreso a Uruk, la diosa Ishtar se fija en la hermosura de Guilgamesh y le hace proposiciones. El rechaza a la diosa, recordándole cuál ha sido el destino de sus anteriores amantes. Ella se enfurece y logra que Anu envíe el toro sagrado de los cielos para que acometa a Guilgamesh. Cuando éste y Enkidu dan muerte al toro, los dioses se sienten muy enojados, pues la hazaña supone un excesivo atrevimiento. Enkidu deberá morir en castigo.

La muerte de Enkidu sirve de punto de partida al pasaje que incluimos aquí, en el que además tiene su culminación el poema. Por primera vez ha de enfrentarse Guilgamesh con la realidad de la muerte, que le deja confuso y aterrorizado. Con la esperanza de conocer el secreto de la inmortalidad, hace un largo y difícil viaje en busca de Utnapishtim, el único ser humano que la ha conseguido. Utnapishtim le narra su historia, el famoso relato del diluvio.

Pero Guilgamesh, en última instancia, es humano y se halla muy fatigado. Cae dormido. Utnapishtim está a punto de despedirlo, pero su esposa interviene conmovida. Explica a Guilgamesh que hay una planta maravillosa, que crece en el fondo del mar, y que puede comunicar la inmortalidad. Guilgamesh la consigue, pero se detiene a refrescarse en un estanque y una serpiente se la arrebata. Guilgamesh, fracasado por completo, retorna a Uruk. El texto concluye en el momento en que muestra orgulloso su ciudad al barquero.

Por Enkidu, su amigo, Guilgamesh
llora amargamente, mientras corre por la estepa:
«Cuando muera yo, ¿no seré igual que Enkidu?
El dolor llena mi vientre.
Ante la muerte, voy vagando por la estepa.
De Utnapishtim [1], hijo de Ubar-Tutu,
he tomado el camino, para llegar con prisa.
Al llegar de noche a los pasos de la montaña,
vi los leones y me sentí aterrado.
Alcé mi cabeza hacia Sin [2] en oración.

[El resto de la columna está fragmentado o se ha perdido. Cuando vuelve a aparecer Guilgamesh, ha llegado ante una montaña].

El nombre de la montaña es Mashu,
cuando llegó a la cadena montañosa de Mashu,
que día a día vela sobre el anochecer y la aurora,
cuyos picos se alzan hasta la bóveda del cielo
(y) cuyos pechos se hunden hasta el mundo inferior,
hombres-escorpiones guardan su puerta,
cuyo terror es espantoso y cuya mirada era mortal.
Su halo trémulo cubre las montañas
que al anochecer y a la aurora atalayan el sol.
Cuando Guilgamesh los vio, aterrado
y con espanto, negro se volvió su rostro.
Contuvo el aliento y ante ellos se inclinó.
Un hombre-escorpión llama a su esposa:
«¡El que a nosotros ha venido, su cuerpo es la carne de los dioses!».
Su esposa al hombre-escorpión responde:
«Dos tercios son divinos, y un tercio es humano».

[1] El héroe babilónico del diluvio. En sumerio se llama Ziusudra.
[2] El dios lunar.

El hombre-escorpión hace señas
y dirige estas palabras a la progenie de dioses:
«¿Por qué hiciste tan largo viaje?
¿Por qué llegaste hasta aquí,
atravesando mares difíciles de cruzar?
Quiero saber a qué has venido».

[Falta el resto de la columna. En la continuación del texto replica Guilgamesh]:

«Buscando a Utnapishtim, mi padre, he venido,
al que se unió a la asamblea de los dioses, buscando la vida.
Sobre la vida y la muerte quiero interrogarle».
Abrió su boca el hombre-escorpión para hablar,
diciendo a Guilgamesh:
«Nunca hubo un mortal, Guilgamesh, que lo lograra.
La montaña nadie pudo atravesar.
Doce leguas se extiende hacia adentro.
Densa es la oscuridad y no hay luz alguna».

[El resto está fragmentado o perdido. Insiste Guilgamesh, y el hombre-escorpión termina por franquearle el paso de la montaña].

Cuando esto oyó Guilgamesh,
atención prestó a las palabras del hombre-escorpión.
El camino del sol fue siguiendo [3].
Cuando una legua había recorrido,
densa es la oscuridad y no hay luz alguna,
nada puede ver hacia adelante o atrás.

[Guilgamesh recorre ocho leguas en absoluta oscuridad. Al comienzo de la novena legua nota cómo el viento norte le da en el rostro. Poco a poco sale de la caverna].

Cuando once leguas había recorrido, rompe la aurora.
Y cuando doce lleva recorridas, ya brilla la luz.
Al ver el bosque de piedras, escucha...
Cuentas de cornalina sus frutos;
se entrelaza con cepas hermosas de ver.
Es de lapislázuli el follaje,
y también lleva frutos hermosos de ver.

[3] Al parecer, del este al oeste.

[El resto de la tablilla está mutilado o perdido. Hay dos versiones bastante completas de los episodios de la tablilla siguiente —las recensiones babilónica antigua y asiria—, así como otras dos versiones en estado más fragmentario. Empezaremos por la versión babilónica antigua. La parte superior de la tablilla está rota].

Shamash se distrajo cuando se encomendó a él.
Dice a Guilgamesh:
«Guilgamesh, ¿por qué andas errante?
No hallarás la vida que persigues».
Dice Guilgamesh al valiente Shamash:
«Después de caminar y vagar por la estepa,
¿habré de reposar la cabeza sobre el corazón de la tierra
y dormirme para todos los años?
Deja que mis ojos contemplen el sol,
que me inunde de luz.
La oscuridad se retira cuando viene la luz.
¡Vea los rayos del sol el que sufrió la muerte!».

[Nueva interrupción del texto. Guilgamesh habla a Saduri [4], personificación de la cerveza, que, según el texto asirio, «mora junto a las profundidades del mar»].

«El que conmigo soportó toda fatiga,
Enkidu, al que amaba tiernamente,
que conmigo soportó toda fatiga,
¡Ha sufrido el destino de la humanidad!
Día y noche le he llorado.
No quise enterrarlo siquiera,
por si mi amigo a mis lágrimas resucitara.
Siete días y siete noches,
hasta que un gusano salió de su nariz.
Ya no vivo desde que él murió,
y vagabundo recorría la estepa como un cazador.
Señora de la cerveza, ahora que he visto tu rostro,
no consientas que conozca yo la muerte tan temida».
La señora de la cerveza le dijo a Guilgamesh:
«¿Por qué, Guilgamesh, andas errante?
No hallarás la vida que persigues.
Cuando los dioses crearon a los hombres,
la muerte destinaron a la humanidad,
reteniendo la vida en sus manos.

[4] La divina azafata.

Tú, Guilgamesh, llena tu vientre,
goza de día y de noche.
Haz de cada día una fiesta alegre,
diviértete y danza día y noche.
Viste lucientes atavíos,
lava tu cabeza, báñate en agua,
mira al pequeño que se cuelga de tu mano,
y que tu esposa disfrute en tu regazo.
¡Esta es la tarea de la humanidad!».

[Se ha perdido el resto de la conversación. El texto asirio da una versión distinta de la respuesta de Saduri].

También dijo Guilgamesh a la señora de la cerveza:
«¿Cuál es, señora de la cerveza, el camino hacia Utnapishtim?
¿Cuáles son sus jalones? ¡Dame, sí, dame sus señas!
Si ello es posible, el mar cruzaré,
si no es posible, sobre el desierto caminaré».
La señora de la cerveza dijo a Guilgamesh:
«Nunca, Guilgamesh, hubo camino hacia allá,
y desde el comienzo de los días nadie pudo cruzar el mar.
Sólo el valiente Shamash cruza el mar.
Si no es Shamash, ¿quién podría cruzarlo?
Fatigoso es el lugar del cruce,
muy fatigoso el camino que lleva allá,
y son profundas las Aguas de la Muerte que defienden sus accesos.
¿Por dónde, Guilgamesh, cruzarías tú el mar?
Llegado a las Aguas de la Muerte, ¿qué harías tú?
Guilgamesh, aquí está Urshanabi, barquero hacia Utnapishtim.
Con él están las cosas de piedra [5]. En los bosques caza serpientes *urnu* [6].
Dirige hacia él tu rostro.
Si es posible, cruza con él.
Si no es posible, vuélvete atrás».
Cuando esto oyó Guilgamesh,
alzó el hacha en sus manos,
la daga sacó de junto a su costado, se deslizó (en el bosque)
y a ellas se acercó [7].
Entre ellas como una flecha cayó.

[5] Al parecer, unas figuras de piedra dotadas de propiedades excepcionales.

[6] No está claro el sentido. Es posible que se trate de unos símbolos mágicos cuyas propiedades serían semejantes a las que poseen las «cosas de piedra».

[7] A las «cosas de piedra».

[El texto se halla muy fragmentado, hasta el extremo de resultar intraducible. Cuando vuelve a ser legible, aparece Guilgamesh respondiendo a las preguntas de Urshanabi. Narra de nuevo la muerte de Enkidu, su propia búsqueda y sus indagaciones para dar con Utnapishtim. Urshanabi le advierte que, por haber roto las «cosas de piedra», él mismo se ha cerrado el paso. Pero consiente en guiar a Guilgamesh, y le manda que vaya a cortar unas pértigas. Se echan a navegar y llegan pronto a las Aguas de la Muerte, donde Urshanabi instruye a Guilgamesh: «Empuja, Guilgamesh, empuña una pértiga, / ¡(pero) no consientas que tu mano toque las Aguas de la Muerte...!». Finalmente llegan a la isla en que vive Utnapishtim. Este pregunta a Guilgamesh, que repite una vez más su larga historia, y concluye como sigue].

A él dijo también Guilgamesh, a Utnapishtim:
«¡Para llegar por fin y ver a Utnapishtim,
al que llaman el Lejano,
cabalgué y recorrí todas las tierras,
atravesé montañas difíciles,
crucé todos los mares!
Nunca se sació mi rostro de dulce sueño,
yo mismo me irritaba con vigilias.
Mis junturas llené de dolores.
No había llegado a la mansión de la señora de la cerveza
cuando ya mis vestidos estaban gastados.
Maté osos, hienas, leones, panteras,
tigres, ciervos, íbices,
fieras y reptiles del desierto.
Sus carnes comí y con sus pieles me vestí».

[El resto de la tablilla aparece fragmentado y roto, excepto la respuesta de Utnapishtim].

«¿Construimos casas para siempre?
¿Sellamos contratos para siempre?
¿Reparten las porciones los hermanos para siempre?
¿Dura para siempre en la tierra el odiado?
¿Se desbordan los ríos e inundan para siempre?
¿Deja la libélula su cáscara para algo más
que cegarse un momento ante el rostro del sol?
Nada perdura desde los días antiguos.
Los muertos y los dormidos, ¡cómo se parecen!
¿No presentan acaso un cuadro de muerte

los humildes y los nobles
cuando se acercan al fin de su destino?
Los Anunnaki, los grandes dioses, se reúnen;
Mammetum, hacedor del destino, con ellos fija su decreto,
muerte y vida ellos determinan.
Pero el día de su muerte no es revelado».
A él dijo Guilgamesh, a Utnapishtim el Lejano:
«Cuando te miro, Utnapishtim,
no me parecen extraños tus rasgos, como yo a ti.
Mi corazón te ha visto como resuelto a combatir,
¡pero tú, indolente, pesas sobre mí!
Dime, ¿cómo te uniste a la asamblea de los dioses,
al buscar la vida?».
A él dijo Utnapishtim, a Guilgamesh:
«Una cosa oculta te revelaré, Guilgamesh,
y un secreto de los dioses te comunicaré...».

[La revelación de Utnapishtim no es otra cosa que el relato del diluvio, que recogíamos en el n.º 73. Explica que logró la inmortalidad por intervención de los dioses y después de que hubo logrado sobrevivir al gran diluvio que destruyó Shurippak].

«Pero ¿quién convocará en bien tuyo a los dioses en asamblea
para que puedas encontrar la vida que buscas?
Bien. Duerme ahora acostado
durante seis días y siete noches».
Mientras queda allí encorvado,
el sueño lo envuelve como una niebla.
A ella, a su esposa, dice Utnapishtim:
«¡Mira este héroe que busca la vida!
El sueño lo envuelve como una niebla».
A él dice su esposa, a Utnapishtim el Lejano:
«Toca a este hombre para que despierte,
para que regrese sano y salvo al lugar de donde vino,
para que atraviese de nuevo la puerta hacia su tierra».
A ella, a su esposa, dice Utnapishtim:
«Humano es mentir, y tratará de mentirte [8].
Anda, cuécele unas tortas y ponlas junto a su cabeza,
y marca sobre el muro los días que pase dormido».
Coció tortas para él, las puso junto a su cabeza,
y marcó sobre el muro los días que pasó dormido.

[8] Afirmando que no se ha dormido en absoluto.

Su primera torta se ha secado,
la segunda está correosa, la tercera se reblandece,
la costra de la cuarta se vuelve blanca,
la quinta se cubre de moho,
la sexta tiene aún un color fresco,
y apenas tocó la séptima, despertó el hombre.
A él dice Guilgamesh, a Utnapishtim el Lejano:
«¡Apenas me tomó el sueño,
cuando me has tocado y despertado!».
A él dice Utnapishtim, a Guilgamesh:
«Anda, Guilgamesh, cuenta tus tortas,
para que sepas los días que llevas dormido.
Tu primera torta se ha secado,
la segunda está correosa; la tercera, reblandecida;
la costra de la cuarta está blanca,
la quinta se ha cubierto de moho,
la sexta aún tiene color fresco,
y en cuanto a la séptima, en este momento te has despertado».
A él dice Guilgamesh, a Utnapishtim el Lejano:
«¿Qué haré, Utnapishtim, adónde iré,
pues el Despojador se apoderó de mis miembros?
¡La muerte acecha en mi dormitorio,
y dondequiera que pongo el pie sólo hay muerte!».
A él dice Utnapishtim, a Urshanabi, el barquero:
«Urshanabi, no se alegre contigo el embarcadero,
que te desprecie el lugar del vado.
Al que por su orilla vaga, ¡niégale su orilla!
Al hombre que trajiste, cuyo cuerpo se cubre de suciedad,
la gracia de cuyos miembros los pellejos desfiguran,
tómalo, Urshanabi, y llévalo a lavarse.
Que limpie su suciedad en agua pura como nieve,
que arroje sus pellejos y el mar se los lleve,
de modo que aparezca la belleza de su cuerpo.
Que renueve la banda en torno a su cabeza,
que se ponga un manto para vestir su desnudez,
para que pueda llegar a su ciudad,
para que pueda dar cima a su viaje,
que su manto no se vea cubierto de moho,
que sea completamente nuevo».
Lo tomó Urshanabi y lo llevó a lavarse.
Limpió su suciedad en agua pura como nieve.
Arrojó sus pellejos y el mar los llevó,
de modo que se viera la belleza de su cuerpo.

Renovó la banda en torno a su cabeza,
se puso un manto para vestir su desnudez,
para poder llegar a su ciudad,
para poder dar cima a su viaje.
El manto no estaba cubierto de moho, sino que era nuevo.
Subieron al barco Guilgamesh y Urshanabi,
lanzaron el barco a las olas y navegaron.
A él dijo su esposa, a Utnapishtim el Lejano:
«Aquí llegó Guilgamesh con trabajo y esfuerzo,
¿Qué le darás para cuando regrese a su tierra?».
Alzaba entonces Guilgamesh su pértiga,
para acercar el barco a la orilla.
A él dice Utnapishtim, a Guilgamesh:
«Aquí llegaste, Guilgamesh, con trabajo y esfuerzo,
¿qué te daré para cuando vuelvas a tu tierra?
Una cosa oculta te revelaré, oh Guilgamesh,
y... sobre una planta te hablaré:
Esta planta, como el cambrón es su...
Sus espinas pincharán tu mano como la rosa.
Si tus manos se hacen con la planta, lograrás la vida».
Tan pronto como esto oyó Guilgamesh,
abrió la válvula del agua,
ató pesadas piedras a sus pies,
que le arrastraron al fondo, y allí vio la planta.
Tomó la planta, aunque pinchaba sus manos.
Cortó las pesadas piedras de sus pies.
El mar lo arrojó fuera, junto a la orilla.
A él dice Guilgamesh, al barquero Urshanabi:
«Urshanabi, esta planta es una planta distinta
por la que el hombre podrá recuperar el aliento vital.
La llevaré a la amurallada Uruk,
¡haré... que coma la planta...!
Su nombre será 'el hombre se rejuvenece en la ancianidad'.
Yo mismo la comeré, para volver así a mi condición juvenil».
Después de veinte leguas comieron un bocado,
después de (otras) treinta leguas se prepararon para pasar la noche.
Vio Guilgamesh un pozo de agua fresca,
y a él se acercó para bañarse en el agua.
Olió una serpiente la fragancia de la planta,
salió del agua y arrebató la planta.
Por eso muda su piel.
Guilgamesh se sienta y llora,
y las lágrimas le corren por el rostro.

Tomó la mano de Urshanabi, el barquero:
«¿Para qué, Urshanabi, mis manos se han esforzado?
¿Para qué se ha gastado la sangre de mi corazón?
Ningún bien para mí he conseguido.
¡Para el león de la tierra[9] he conseguido un bien!
Y ahora la corriente la alejará veinte leguas.
Cuando abrí la válvula y esparcí los aparejos,
encontré lo que había sido puesto como un signo para mí.
¡Me retiraré,
y dejaré la barca junto a la orilla!».
Después de veinte leguas tomaron un bocado,
después de (otras) treinta se prepararon a pasar la noche.
Cuando llegaron a la amurallada Uruk,
a él dice Guilgamesh, a Urshanabi, el barquero:
«Ve allá, Urshanabi, camina sobre los muros de Uruk.
Revisa la terraza de la base, examina sus ladrillos,
si la obra no es de ladrillos cocidos,
y si los Siete Sabios no tienden su cimiento.
Un *sar*[10] la ciudad, un *sar* los huertos,
un *sar* la tierra restante, (más allá) el templo de Ishtar.
Tres *sar* y el recinto del templo abarca Uruk».

E. A. Speiser, *Ancient Near Eastern Texts* (Princeton 1950) 72-99.

Cf. también n.º 73.

[9] ¿Alusión a la serpiente?
[10] Un *sar* equivale a unos 36.000 litros.

B. *MUERTE Y ESTADO INTERMEDIO*

160. EL MOMENTO DE LA MUERTE DESCRITO POR LAS UPANISHADS

Cuando este yo se debilita y queda confuso, como suele ocurrir, los alientos se reúnen en torno a él. Toma consigo estas partículas de luz y desciende al corazón. Cuando la persona va declinando, empieza a no conocer las formas.

[Cuando su cuerpo se debilita y da señales de perder el conocimiento, el moribundo recoge sus sentidos, reúne todas sus fuerzas por completo y se centra en su corazón. *Radhakrishnan*].

Se unifica, no ve nada, dicen; se unifica, no huele nada, dicen; se unifica, no saborea nada, dicen; se unifica, no habla nada, dicen; se unifica, no escucha nada, dicen; se unifica, no piensa nada, dicen; se unifica, no conoce nada, dicen. Se ilumina el punto de su corazón, y en virtud de esa luz, el yo parte bien a través de la boca, bien a través de la cabeza o por otras aberturas de su cuerpo. Y cuando así parte, la vida también le sigue. Y cuando la vida así parte, todos los alientos vitales le siguen. Se hace una misma cosa con la inteligencia. Todo lo que es inteligencia parte con él. Su saber y su obra se apegan a él, y lo mismo su experiencia pasada. (*Brihad-āranyaka Upanishad* IV, 4, 1-2).

Lo cierto es que, cuando una persona parte de este mundo, va al aire. Se le abre allí un agujero como la rueda de un carro, y por él asciende. Va al sol. Se le abre allí un agujero como de un *lambara,* y por él asciende. Llega a la luna. Se le abre allí un agujero como de un tambor, y por él asciende. Marcha al mundo libre de dolor, libre de nieve. Allí mora por eternidad de años (*ibíd.* V, 11, 1).

S. Radhakrishnan, *The Principal Upanishads* (Nueva York 1953) 269-270, 296.

161. CONCEPCION BUDISTA DEL ESTADO INTERMEDIO

(*Saddharma-smrityupasthana Sūtra,* cap. XXXIV, fragmentos)

La traducción china de este pasaje, de la que tomamos el párrafo siguiente, data del año 542 d. C.

Cuando un ser humano muere y marcha a reencarnarse como ser humano... al acercarse el momento de su muerte ve estas señales:

contempla una gran montaña rocosa que cae sobre él como una sombra. Y piensa para sus adentros: «La montaña podría caerme encima», y hace un gesto con la mano como para defenderse de esta montaña. Sus hermanos y parientes y vecinos le ven hacerlo, pero ellos piensan simplemente que está agitando su mano en el espacio. De hecho, la montaña parece ser de tela blanca, y él trata de encaramarse por esta tela. Finalmente, cuando ya está próximo el instante de la muerte, contempla una luz brillante, y como no está acostumbrado a ella, en el momento de morir se siente perplejo y confuso. Ve toda suerte de cosas como las que suelen verse en sueños, porque su mente está confusa. Ve a su padre y su madre futuros haciendo el amor, y al verlos, un pensamiento cruza su mente, una perversidad *(viparyāsa)* surge en él. Si va a renacer como un hombre, se ve a sí mismo haciendo el amor con su madre, y a su padre que trata de impedírselo; pero si va a renacer como una mujer, se ve haciendo el amor con su padre, y a su madre que trata de impedírselo. En este momento es destruida la existencia intermedia, y surgen la vida y la conciencia, y la causalidad inicia una vez más su labor. Es como la impronta dejada por un cuño; el cuño es entonces destruido, pero la marca queda impresa.

A. Waley, en E. Conze (ed.), *Buddhist Texts through the Ages* (Oxford 1954).

162. EL LIBRO TIBETANO DE LOS MUERTOS. MUERTE Y ESTADOS INTERMEDIOS

El «Bardo Thödol», o «Libro Tibetano de los Muertos», es una guía para muertos y moribundos. En su primera parte, llamada «Chikhai Bardo», se describe el momento de la muerte. La segunda, «Chönyid Bardo», trata de los estados subsiguientes a la misma muerte. La tercera, «Sidpa Bardo», se refiere a la aparición del instinto del nacimiento y a los acontecimientos prenatales.

Cuando la expiración ha cesado, la fuerza vital se habrá hundido hasta el centro nervioso de la Sabiduría [1], y el Sabedor [2] experimentará la Luz Clara de la condición natural [3]. Entonces, cuando las fuerzas vitales son arrojadas atrás y vuelan hacia abajo a

[1] Los «centros nerviosos» son los «centros psíquicos» *(chakra)*. El «centro nervioso de la Sabiduría» se localiza en el centro del corazón *(anāhata-chakra)*.
[2] «Sabedor», es decir, la mente en sus funciones cognoscitivas.
[3] La mente en su estado natural o primario.

través de los nervios derecho e izquierdo [4], aparece momentáneamente el estado intermedio *(bardo).*

Las [direcciones] superiores deben aplicarse antes de que [la fuerza vital] sea arrojada hacia el nervio izquierdo [después de haber atravesado primero el centro nervioso del ombligo].

El tiempo [necesario ordinariamente para este desplazamiento de la fuerza vital] dura mientras aún hay inspiración, o equivale al necesario para tomar una comida.

La manera, pues, de aplicar [la instrucción] es ésta:

Cuando la respiración está a punto de cesar, lo mejor es que la Transferencia se haya aplicado eficazmente; si [la aplicación] ha sido ineficaz, entonces [habrá que hablar al difunto] así:

Oh tú que naciste noble [se dice su nombre], ahora es realmente llegado el momento en que has de buscar el Sendero. Tu respiración se acaba. Tu *guru* te ha puesto cara a cara ante la Luz Clara, y ahora tú vas a experimentar su realidad en el estado de *bardo,* en que todas las cosas son como un vacío y un cielo sin nubes, y el entendimiento, desnudo y sin mancha, se vuelve como un vacío transparente sin circunferencia o centro. En este momento, conócete a ti mismo, y permanece en tal estado. Yo también, en este momento, estoy cara a cara ante ti.

Después de leer estas palabras, habrá que repetirlas muchas veces al oído del moribundo, aun antes de que haya cesado la expiración, de forma que queden impresas en su mente.

Si hay indicios de que la expiración está a punto de cesar, se colocará al moribundo sobre su costado derecho, en la postura llamada «del león acostado». Habrá que presionar los pulsos de las arterias [de los lados derecho e izquierdo de la garganta].

Si el moribundo da muestras de quererse dormir o si se prolonga el estado de sueño, habrá que detenerlo, presionando al mismo tiempo las arterias, suave pero insistentemente. Con ello se evitará que la fuerza vital retorne desde el nervio medio, asegurando así que se deslice a través de la abertura brahmánica [5]. En este momento habrá de aplicarse la verdadera colocación cara a cara.

En este instante todos los seres sensitivos experimentan el primer [destello] del *bardo* de la Luz Clara de la Realidad, que es la Mente infalible del *Dharma-kāya.*

Una vez que la expiración ha cesado por completo, se presio-

[4] Es decir, los «nervios psíquicos», *pingāla nādī* y *idā-nālī.*

[5] *Brāhmarandhra,* la fisura que hay en lo alto del cráneo, identificada con la *sutura frontalis.*

nará enérgicamente el nervio del sueño. Un lama, o una persona superior a ti o más ilustrada que tú, [hablará] así:

Reverendo Señor: ahora que estás experimentando la Luz Clara Fundamental, trata de permanecer en este estado que estás experimentando.

Y también en el caso de que sea otra persona, el lector se colocará cara a cara y [dirá] así:

Oh nacido noble [se dirá el nombre], escucha: ahora estás experimentando la irradiación de la Luz Clara de la Realidad Pura. Reconócela. Oh nacido noble, tu entendimiento presente, vacío en su real naturaleza, no conformado con nada por lo que respecta a las características o el color, naturalmente vacío, es la mismísima Realidad, la divinidad total.

Tu entendimiento, que ahora es un vacío, pero que no ha de considerarse como el vacío de la nada, sino como que es el entendimiento esencial, sin impedimento, brillante, entusiástico y bienaventurado, es la plena conciencia, el Buda todo divino.

Tu conciencia, no conformada a ninguna otra cosa, vacía en realidad, y el entendimiento, brillante y bienaventurado —los dos—, son inseparables. Su unión es el *Dharma-kāya,* el estado de la Perfecta Iluminación [6].

Tu conciencia, brillante, vacía, inseparable del Gran Cuerpo de Esplendor, no ha tenido nacimiento ni muerte, y es la Luz Inmutable, Buda Amitabha.

Saber esto es suficiente. Reconociendo el vacío de tu propio entendimiento ante la condición búdica, y reconociendo que tal es tu propia conciencia, te mantendrás en [el estado de] la mente divina de Buda.

Repítelo claramente tres o [incluso] siete veces. Con ello se recordará a la mente [del moribundo] cuando anteriormente [es decir, mientras vivía] se sentaba cara a cara ante el *guru.* En segundo lugar se logrará así que la conciencia desnuda sea reconocida como Luz Clara, y en tercer lugar, al reconocer de este modo el propio yo, se logra la unión permanente con el *Dharma-kāya,* de manera que se hace cierta la liberación.

[Si a la hora de la muerte la persona se ha familiarizado con tal situación, se detiene la rueda del renacer y se logra instantáneamente la liberación. Pero tal eficacia espiritual es muy rara, hasta

[6] De la unión de los dos estados mentales, o conciencia, surge el estado de Iluminación Perfecta, la condición búdica. El *Dharma-kāya* («Cuerpo de Verdad») simboliza el más elevado y puro estado del ser, un estado de conciencia supramundana.

el punto de que la ordinaria condición mental del moribundo no está a la altura de la proeza suprema que supondría alcanzar el estado en que brilla la Luz Clara. Sigue luego un descenso progresivo hacia niveles cada vez más bajos de la existencia de *bardo*, hasta llegar finalmente al renacimiento. Inmediatamente después del estado de *Chikhai Bardo* viene el segundo nivel, cuando el principio de la conciencia abandona el cuerpo y se dice: «¿Estoy o no estoy muerto?», sin que la persona sea capaz de determinarlo].

Pero aun cuando no haya sido posible reconocer la Luz Clara Primordial, si se reconoce la Luz Clara del segundo *bardo,* todavía es posible lograr la Liberación. Si tampoco se consigue esta liberación, entonces se produce el tercer *bardo,* el *Chönyid Bardo.*

En este tercer estado del *bardo* empiezan a brillar las ilusiones kármicas. Es importantísimo leer esta alocución cara a cara del *Chönyid Bardo,* porque es muy poderosa y con ella se puede conseguir un bien enorme.

En estos momentos, [el difunto] puede ver que su porción de alimentos es retirada, que su cuerpo es despojado de sus vestidos, que barren el lugar de su yacija[7]. Oye los llantos y lamentos de sus parientes y amigos, y aunque puede verlo y puede oír que le llaman por su nombre, ellos no pueden escuchar cómo él los llama, por lo que se retira disgustado.

En esos momentos se sienten sonidos, luces e irradiaciones que espantan, atemorizan y causan miedo y mucha fatiga. En esos momentos hay que aplicar, mientras se experimente la Realidad, esta alocución cara a cara con el *bardo.* Se llamará por su nombre al difunto, y se le explicará, correcta y claramente, como sigue:

Oh nacido noble, escucha con toda atención, sin distraerte: hay seis estados de *bardo,* a saber: el estado natural de *bardo,* mientras se está aún en el seno materno; el *bardo* del estado de sueño; el *bardo* del equilibrio extático, mientras se permanece en meditación profunda; el *bardo* del momento de la muerte; el *bardo* del momento en que se experimenta la Realidad; el *bardo* del proceso inverso de la existencia samsárica. Estos son los seis.

Oh nacido noble, tú experimentarás tres estados de *bardo:* el *bardo* del momento de la muerte, el *bardo* del momento en que se experimenta la realidad y el *bardo* del momento en que se busca el renacimiento. De los tres, hasta ayer conociste el *bardo* del mo-

[7] Se alude a 1) la porción de alimentos que se aparta para el difunto durante los funerales; 2) la preparación del cadáver para envolverlo en el sudario; 3) su lecho o lugar en que dormía.

mento de la muerte. Aunque la Luz Clara de la Realidad brilló sobre ti, fuiste incapaz de fijarte en ella, por lo que tendrás que venir hasta aquí. En adelante experimentarás los otros dos, el *Chönyid Bardo* y el *Sidpa Bardo* [8].

Prestarás atención sin distraerte a esto con lo que me dispongo a ponerte cara a cara, y procura retenerlo:

Oh nacido noble, lo que llamamos muerte ya ha sobrevenido. Estás alejándote de este mundo, pero no eres el único, pues [la muerte] llega a todos. No te aferres, en apego y debilidad, a esta vida. Aunque te aferraras a ella por debilidad, nunca podrías permanecer aquí. Sólo conseguirías andar errante en este *samsāra* [9]. No te apegues [a este mundo]; no seas débil. Acuérdate de la Trinidad Preciosa [10].

Oh nacido noble, sean cuales fueren el miedo y el terror que te asalten en el *Chönyid Bardo,* no olvides estas palabras, sino que, guardando su significado en el corazón, sigue adelante; en ellas está el secreto vital del recuerdo:

¡Ay! Cuando la Experiencia Incierta de la Realidad alumbra sobre mí aquí,
desechados todo pensamiento o temor o espanto de todas [las apariencias fantasmales],
que pueda yo reconocer toda [visión] que se manifieste, como reflejos de mi propia conciencia,
que pueda yo reconocerlos como pertenecientes a la naturaleza de las apariciones del *bardo.*
Cuando llegue este momento importante [de la oportunidad] de alcanzar un final grandioso,
que no tema yo las bandas de los dioses Pacíficos y Enojados, mis propias formas mentales.

Repite claramente estos versos, y recordando su significado al repetirlos, avanza, [oh nacido noble]. Por ellos, sean cuales fueren las visiones de espanto o terror, está seguro su reconocimiento, y no olvides que en ellos se contiene este secreto vital.

Oh nacido noble, cuando tu cuerpo y tu entendimiento se estén separando, habrás experimentado un destello de la Verdad Pura,

[8] El *Chönyid Bardo* es el estado intermedio durante la experiencia de la Realidad. El *Sidpa Bardo* representa el estado en cuyo curso el difunto trata de renacer.

[9] *Samsāra,* el devenir universal.

[10] El decir, el Buda, el Dharma (= Ley, Doctrina), la Samgha (= toda la comunidad de los monjes y eremitas).

sutil, brillante, de luz cegadora, glorioso y radiantemente terrible, de apariencia como de espejismo que avanza por un paisaje de primavera en una corriente ininterrumpida de vibraciones. No te acobardes ni te asustes ni te aterrorices por ello. Este es el esplendor de tu propia naturaleza. Reconócelo.

De en medio de este resplandor, el sonido natural de la Realidad, rebotando como mil truenos que estallaran al mismo tiempo, surgirá. Este es el sonido natural de tu propio yo real. No te acobardes, no te aterrorices, no te espantes por ello.

El cuerpo que tienes ahora es llamado el cuerpo inteligente de las inclinaciones [11]. Como no tienes un cuerpo material de carne y sangre, todo lo que suceda —sonidos, luces o radiaciones— es incapaz de hacerte daño; ya no puedes morir. Te basta saber que todas estas apariciones no son más que tus propias formas mentales. Reconoce que en esto consiste el *bardo*.

Oh nacido noble, si no reconoces tus propias formas mentales, a pesar de todo cuanto en el orden de la meditación o de la devoción hubieras podido realizar mientras estabas en el mundo humano —si no has establecido contacto con la presente enseñanza—, las luces te acobardarán, los sonidos te aterrorizarán y las irradiaciones te espantarán. Si no conoces esta importantísima clave de la doctrina —al ser incapaz de reconocer los sonidos, las luces y las irradiaciones— tendrás que vagar por el *samsāra*.

W. Y. Evans-Wentz, *The Tibetan Book of the Dead* (Oxford [3]1957) 90-92, 95-97, 101-104.

[11] «Cuerpo intelectivo», «cuerpo mental» nacido de las anteriores experiencias mundanas.

C. *RITOS FUNERARIOS*

163. «CONCEDELES FACIL ACCESO, TIERRA». HIMNO FUNERARIO VEDICO

(*Rigveda* X, 18)

1. Sigue, oh Muerte [1], tu propio camino,
que los dioses no pueden recorrer.
A ti, que ves y escuchas, te digo:
no toques a nuestra progenie, nuestros héroes.
2. Borrando las huellas de Mrityus hemos venido [2]
dilatando el tiempo de nuestra existencia.
Seamos, pues, ricos en hijos y bienes, limpios,
puros y bien dispuestos para el sacrificio.
3. Separados de los muertos están los vivos, ahora
nuestra invocación a los dioses se logra.
Para danzar y para reír aquí estamos,
dilatando el tiempo de nuestra existencia.
4. Este muro levanté para los vivos; nadie
entre éstos, ninguno otro toque este límite.
Por cien otoños prolongados vivan
y bajo este monte a la muerte entierren [3].
5. Como los días a los días siguen, como
las estaciones puntuales siguen a las estaciones,
como cada sucesor atiende a su antecesor, así
ajusta sus vidas, oh gran Ordenador [4].
6. Vivid en plenitud, placentera sea la ancianidad
a todos los que, unos tras otros, os fatigáis [5].

[1] Mrityu, personificación de la muerte, mientras que Yama (cf. estrofa 3.ª) es el dios que gobierna los espíritus de los muertos.

[2] Se trata de «extraviar» a la muerte borrando sus huellas y poniendo obstáculos en su camino. La estrofa va dirigida a los que se han reunido para celebrar los funerales.

[3] Después de absolver a los vivos de toda impureza (estrofa 2.ª), el sacerdote *adhvaryu* erige ahora una estela o un túmulo de tierra, que presenta la semejanza de una «montaña», para poner nuevos obstáculos al paso de la muerte y límites a sus dominios.

[4] Dhātar, una divinidad que tiene los oficios de creador, ordenador y sustentador de todas las cosas, pero que se relaciona especialmente con el matrimonio y la fecundidad.

[5] Las vidas humanas han de sucederse unas a otras, cada una alcanzando la duración ideal de los «cien otoños», del modo ordenado en que se suceden las estaciones.

Propicio os sea Tvashtar[6], creador de placeres,
y prolongue los días de vuestra existencia.
7. Nunca viudas, estas damas con nobles esposos
se adornen con bálsamo y ungüento fragantes.
Adornadas de hermosas joyas, libres de lágrimas y dolor,
suban primero las esposas a este lugar[7].
8. Arriba, sube al mundo de la vida, oh mujer,
sin vida yace aquel a cuyo costado yacías.
Fue tu suerte ser esposa junto a este tu marido,
que te tomó de la mano y como amante te cortejó[8].
9. De su mano muerta el arco tomo que empuñaba, que
sea nuestra fuerza, vigor y gloria.
Ahí estás tú, ahí. Y aquí nosotros, con los nobles héroes
venzamos a las huestes todas que nos combaten.
10. Acógete[9] al regazo de la tierra madre,
de la ancha tierra, tierna y dadivosa.
Novia joven, cual lana blanda para el dadivoso,
ella te guarde del seno de la Destrucción.
11. Sé blanda, Tierra, no le oprimas con tu peso,
dale fácil acceso, recógelo suavemente.
Como una madre envuelve al niño en su manto,
cúbrelo tú también.
12. Aquiétese ya la pesada tierra, sí,
que mil terrones queden sobre él.
Que le sean como hogar de abundancia, que
por siempre le presten un refugio.
13. Tu tierra aseguro, mientras sobre ti pongo
esta porción de tierra. Quede yo libre de daño.
Mantengan firme para ti los Padres este pilar
y que Yama te otorgue aquí una morada[10].

[6] El divino artífice, creador de las formas. Es un dios célebre por su capacidad generativa.

[7] Las mujeres suben en este momento al «lugar» elevado (*yoni*, un término que significa también «seno materno», «lugar de origen») en que yace el cadáver con la viuda junto a él.

[8] Esta estrofa va dirigida a la viuda, y la pronuncia el sacerdote o el hermano del esposo muerto; se le dice que retorne al reino de los vivos (en el *Rigveda* hay pasajes en que se alude a la ley del levirato; por ejemplo, X, 40, 2).

[9] El muerto.

[10] Después de depositar el cadáver en tierra, el sacerdote quizá haya colocado un madero o una cubierta sobre la tumba para «asegurar la tierra» y lograr de este modo que el lugar en que reposa el cuerpo resulte tan seguro como el que Yama proporciona a los espíritus en el otro mundo. La acción del sacerdote, sin embargo, ha de ir acompañada de ciertas precauciones,

14. Como las plumas de una flecha, me han dejado
al declinar el día.
Mi despedida he recogido, como si fuera
un auriga con la rienda.

R. T. H. Griffith, *The Hymns of the Rigveda* IV (Benares 1892) 137-139, adaptado por M. Eliade.

164. EL RITO FUNERARIO AZTECA

(Según Bernardino de Sahagún)

Las ánimas de los difuntos que iban al infierno son los que morían de enfermedad, ahora fuesen señores o principales o gente baja, y el día que alguno se moría, varón o mujer o muchacho, decían al difunto echado en la cama, antes que lo enterrasen: «¡Oh hijo!, ya habéis pasado y padecido los trabajos de esta vida; ya ha sido servido nuestro señor de os llevar, porque no tenemos vida permanente en este mundo, y brevemente, como quien se calienta al sol, es nuestra vida; hízonos merced nuestro señor que nos conociésemos y conversásemos los unos a los otros en esta vida, y ahora, al presente, ya os llevó el dios que se llama *Mictlantecutli*, y por otro nombre *Aculnahuácatl* o *Tzontémoc*, y la diosa que se dice *Mictecacíhuatl*, ya os puso por su asiento, porque todos nosotros iremos allá, y aquel lugar es para todos y es muy ancho, y no habrá más memoria de vos; y ya os fuisteis al lugar oscurísimo que no tiene luz, ni ventanas, ni habéis más de volver ni salir de allí, ni tampoco más habéis de tener cuidado y solicitud de vuestra vuelta. Después de os haber ausentado para siempre jamás, habéis ya dejado (a) vuestros hijos, pobres y huérfanos y nietos, ni sabéis como han de acabar, ni pasar los trabajos de esta vida presente; y nosotros allá iremos adonde vos estuviéredes antes (de) mucho tiempo».

Después de esto hablaban y decían al pariente del difunto diciéndole: «¡Oh hijo, esforzaos y tomad ánimo, y no dejéis de comer y beber, y (a)quiétese vuestro corazón. ¿Qué podemos decir nosotros a lo que dios hace? ¿Por ventura esta muerte aconteció porque alguno nos quiere mal, o hace burla de nosotros? Es por cierto porque así lo quiso nuestro señor, que este fuese su fin. ¿Quién puede hacer que una hora o un día sea alargado

pues de otro modo podría sufrir el «daño» que acarrea el contacto con la impureza de la muerte. La estrofa 14.ª es evidentemente una adición posterior.

a nuestra vida presente, en este mundo? Pues que esto es así, tened paciencia para sufrir los trabajos de esta vida presente y (que) la casa donde éste vivía esperando la voluntad de dios, yerma y oscura de aquí adelante, y no tengáis más esperanza de ver a vuestro difunto. No conviene que os fatiguéis mucho por la orfanidad y pobreza que os queda; esforzaos, hijo, no os mate la tristeza! Nosotros hemos venido aquí a os visitar y a consolar con estas pocas palabras, como nos conviene hacer a nosotros, que somos padres viejos, porque ya nuestro señor llevó a los otros, que eran más viejos y antiguos, los cuales sabían mejor decir palabras consolatorias a los tristes. Y con esto ponemos fin a nuestra plática, los que somos vuestros padres y madres; quedaos a dios».

Y luego los viejos ancianos y oficiales de tajar papeles cortaban y aderezaban y ataban los papeles de su oficio, para el difunto y después de haber hecho y aparejado los papeles tomaban al difunto y encogíanle las piernas y vestíanle con los papeles y lo ataban; y tomaban un poco de agua y derramábanla sobre su cabeza, diciendo al difunto: Esta es la de que gozasteis viviendo en el mundo; y tomaban un jarrillo lleno de agua, y dánselo diciendo: Veis aquí con que habéis de caminar; y poníansele entre las mortajas, y así amortajaban el difunto con sus mantas y papeles, y atábanle reciamente; y más daban al difunto todos los papeles que estaban aparejados, poniéndolos ordenadamente ante él, diciendo: Veis aquí con que habéis de pasar en medio de dos sierras que están encontrándose una con otra; y más le daban al difunto otros papeles, diciéndole: Veis aquí con que habéis de pasar el camino donde está una culebra guardando el camino. Y más daban otros papeles diciendo: Veis aquí con que habéis de pasar a donde está la lagartija verde, que se dice *xochitónal;* y más decían al difunto: Veis aquí con que habéis de pasar ocho páramos; y más daban otros papeles diciendo: Veis aquí con que habéis de pasar ocho collados; y más decían al difunto: Veis aquí con que habéis de pasar el viento de navajas, que se llama *itzehecayan,* porque el viento era tan recio que llevaba las piedras y pedazos de navajas.

Por razón de estos vientos y frialdad quemaban todas las petacas y armas y todos los despojos de los cautivos, que habían tomado en la guerra, y todos sus vestidos que usaban; decían que estas cosas iban con aquel difunto y en aquel paso le abrigaban para que no recibiese gran pena. Lo mismo hacían con las mujeres que morían, que quemaban todas las alhajas con que tejían e hilaban, y toda la ropa que usaban para que en aquel paso las abriga-

sen de frío y viento grande que allí había, al cual llamaban *itzehecayan,* y el que ningún hato tenía sentía gran trabajo con el viento de este paso. Y más, hacían al difunto llevar consigo un perrito de pelo bermejo, y al pescuezo le ponían hilo flojo de algodón; decían que los difuntos nadaban encima del perrillo cuando pasaban un río del infierno que se nombra *Chiconahuapan;* y en llegando los difuntos ante el diablo que se dice *Mictlantecutli* ofrecíanle y presentábanle los papeles que llevaban, y manojos de teas y cañas de perfumes, e hilo flojo de algodón y otro hilo colorado, y una manta y un *maxtli* y las naguas y camisas y todo hato de mujer difunta que dejaba en el mundo todo lo tenían envuelto desde que se moría. A los ochenta días lo quemaban, y lo mismo hacían al cabo del año, y a los dos años, y a los tres años, y a los cuatro años; entonces se acababan y cumplían las obsequias, según tenían costumbre, porque decían que todas las ofrendas que hacían por los difuntos en este mundo, iban delante el diablo que se decía *Mictlantecutli;* y después de pasados cuatro años el difunto se sale y se va a los nueve infiernos, donde está y pasa un río muy ancho y allí viven y andan perros en la ribera del río por donde pasan los difuntos nadando, encima de los perritos. Dicen que el difunto que llega a la ribera del río arriba dicho, luego mira el perro (y) si conoce a su amo luego se echa nadando al río, hacia la otra parte donde está su amo, y le pasa a cuestas. Por esta causa los naturales solían tener y criar los perritos, para este efecto; y más decían, que los perros de pelo blanco y negro no podían nadar y pasar el río, porque dizque decía el perro de pelo blanco: yo me lavé; y el perro de pelo negro decía: yo me he manchado de color prieto, y por eso no puedo pasaros. Solamente el perro de pelo bermejo podía bien pasar a cuestas a los difuntos, y así en este lugar del infierno que se llama *Chiconamictlan* se acababan y fenecían los difuntos: Y más dicen que después de haber amortajado al difunto con los dichos aparejos de papeles y otras cosas, luego mataban al perro del difunto, y entrambos los llevaban a un lugar donde había de ser quemado con el perro juntamente.

Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España,* lib. III, apénd., cap. I.

165. RITOS FUNERARIOS DE LOS TORADJAS

(Célebes Centrales)

Los toradjas celebraban dos funerales, separados por un considerable lapso. Durante el primero, los cadáveres eran depositados en chozas provisionales fuera de la aldea; durante el segundo, se recogían y lavaban los huesos, para enterrarlos definitivamente en cuevas.

En el momento de la expiración comienzan los lamentos por el difunto. Siempre eran improvisados, pero conforme a un esquema fijo: se decía lo mucho que se le echaba de menos, se le preguntaba por qué los integrantes del duelo no podían haber marchado en su lugar y se recordaban sus virtudes. Para muchos, todo este duelo era un asunto puramente formulario, sin relación alguna con sus sentimientos o afecto hacia la persona del muerto. Parece que muchas jóvenes participaban únicamente para hacer alarde de sus voces. Los hombres se abstenían de estas demostraciones de duelo y hasta parecían sentirse molestos por ellas.

El cadáver era amortajado inmediatamente después de producirse el óbito, preferentemente por la persona que se encargaría de recoger luego los huesos para el segundo funeral *(tonggola)* o por un miembro anciano de la familia. No se lavaba ni se le quitaban sus vestidos ordinarios, sino que se le ponía encima una ropa nueva y hermosa o se depositaba simplemente sobre el cuerpo. Se ataban las ropas en torno a las rodillas, los brazos y en torno a la cabeza, sujetando el mentón, para que resultara más fácil transportar el cuerpo e impedir que se le abriera la boca. Antes se procedía a depositar en ésta polvo de oro, un trozo del mismo metal o unas cuentas, blancas de preferencia, que se suponían ser el alimento necesario para su *angga*[1]. En Pu'u-mboto solían decir entonces: «Tan blanco como estas cuentas será el grano de arroz que tú nos darás. No regreses a nosotros bajo la forma de los cerdos, ratones o pájaros del arroz. Danos el grano *(po'oe)*». A veces se colocaban también unas cuentas sobre los ojos, un pequeño espejo sobre el pecho y algunas monedas sobre las mejillas y la frente.

Se cortaban un mechón de cabello y las uñas al muerto, y todo ello, junto con el cuchillo que había servido para esta operación, se envolvía en un paquete, que luego llevaban siempre consigo y guardaban en la casa. Es de suponer que este privilegio

[1] Espíritu, personalidad del difunto.

correspondía al pariente más próximo, aunque otras informaciones dan a entender que eran objeto de gran demanda los cabellos y las uñas de ciertas personas muy queridas o admiradas. Estos recuerdos se guardaban durante mucho tiempo; a veces pasaban de una a otra durante seis generaciones. Mientras se celebraba el primer funeral, desde el momento en que el cadáver era retirado de la casa hasta que tenía lugar el *moombe ue,* este paquete servía como sustituto del muerto, y ante él se depositaba un bocado de cuanto comía o mascaba su poseedor. Se afirmaba que la costumbre de guardar el cabello y las uñas del difunto tenía por objeto «que su *tanoana*[2] se nos transfiera». Muchos aseguraban que estos despojos aliviaban su añoranza del muerto, mientras que otros decían: «Guardamos los cabellos y las uñas para no olvidarnos del muerto, y para que así él nos bendiga». Se utilizaban también como amuleto para asegurar las cosechas, y algunos afirmaban que «si no cortamos las uñas a los muertos, ellos podrían arrancar las espigas del arroz con ellas o arrancar las raíces de las plantas». Las viudas guardaban los cabellos de sus esposos muertos «para que su *tanoana* no las abandonara», pero se deshacían de ellos si volvían a casarse.

Una vez que el cadáver ya estaba amortajado, se le depositaba sobre un colchón en el lugar más apropiado de la casa, y sobre él se levantaba una especie de baldaquino *(batuwali).* Este *batuwali* (palabra que probablemente significa «habitación») consistía en cuatro postes de bambú con sus barras cruzadas, sobre las que se extendía una tela de algodón o una manta de las que se usaban para dormir, que formaba el techo, y con cortinas colgando por los lados. De los postes y barras más próximos a la cabeza del muerto se colgaban flores de *pinang.* Junto al cadáver se ponía un cestillo con *sirih-pinang* y un huevo, y se decía que éste era su alimento. Luego se adornaba aún más el *batuwali* con telas de algodón, algunas de las cuales acompañarían más tarde al cadáver en calidad de ofrendas.

Mientras el cadáver permanecía en la casa era alimentado. Se colocaban los alimentos junto a él y, al cabo de un hora, se retiraban y eran entregados a un esclavo para que los comiera. En un momento determinado se degollaban un búfalo o varios cerdos; el primero de ellos habría de servir de vehículo para su amo en el viaje al mundo inferior. La casa estaba siempre llena de gente, sobre todo por la noche. En torno al *batuwali,* se trazaba

[2] La porción espiritual del hombre.

un círculo que no se podía traspasar, a fin de proteger al muerto contra hechiceros y otras almas. Había que mantener siempre encendidos el fuego del hogar y una antorcha. Los encargados de velar el cadáver no podían dormirse ni por un momento, pues tal cosa podría causar perjuicios al cadáver y ser ocasión para que su *tanoana* fuera arrebatado y llevado fácilmente al mundo inferior. Durante aquellas noches estaban prohibidas las danzas en círculo *(kajori, raego)* y lo mismo ciertos juegos cantados, aunque había otros especialmente indicados para tal ocasión. Entre éstos destacaban el *djondjo awa* y el *lina,* que constituían grandes atracciones para la gente joven. El primero consistía en recitar coplillas improvisadas, que alternaban con un estribillo que empezaba con las palabras *djondjo awa.* Kruyt pensaba que estas palabras procedían probablemente de *ndjo'u-ndjo'u wawa,* que significa «ve, ve, acompáñale» o «llévatelo», referidas al muerto. El *lina* era un cántico de tono quejumbroso, cada uno de cuyos versos terminaba con la palabra, que no tiene significado alguno, *lina.* Kruyt pensaba que procedía de *linga,* «cantar», pero que los toradjas identificaban como *ine,* «madre». Se alternaban ambos juegos. Se afirmaba que eran para consolar y distraer el *angga,* obligado ahora a abandonar la tierra, y que mediante estos juegos se conducía al *angga* de una a otra región y, finalmente, al mundo inferior o, al menos en un caso, a Buju mpotumangi, «la montaña del llanto», donde era entregado a otras almas de los muertos que habían acudido a recibirle. Al despedirse del *angga,* se le suplicaba que no se llevase consigo al mundo inferior el *tanoana* del arroz y de las restantes plantas, lo que haría perecer las cosechas. Durante el *djondjo awa* y el *lina,* un hombre y una muchacha mantenían una conversación picante...

El ataúd recibía el nombre indistintamente de *banjka* o *jumu.* El segundo término tenía un sentido más genérico para designar todo tipo de «cubierta»; el primero significa «bote», y con este significado se usaba todavía en Pu'u-mboto. Que el ataúd era considerado como un bote queda claro por el hecho de que si alguien soñaba en otra persona y la veía remando en un bote durante el sueño, se daba por seguro que ésta moriría pronto. El ataúd se fabricaba ahuecando un tronco cortado a lo largo para formar la cubierta, llamada *lakinja,* «el hombre», y el receptáculo, llamado *tinanja,* «la mujer». Aparte de las asas, situadas a cada uno de los extremos, y que se labraban en forma de cabezas de animal (Kruyt habla de cabezas de cerdo y de cabrito), y a las que no se atribuía un significado especial, los ataúdes no se decoraban...

Antes de retirar el ataúd de la casa, la hechicera ejecutaba

el *mowurake mpo'onto tanoana,* «rito chamánico para sujetar el *tanoana»,* sobre los parientes más próximos; tenía por objeto impedir que sus almas siguieran al ataúd. Se sentaban todos en torno del ataúd y se cubrían con una valiosa prenda antigua de vestir, el *bana.* La hechicera tocaba entonces todas las cabezas cubiertas por el *bana* y luego el ataúd con un *rare,* que consistía en una hoja fresca de palmera, una campanilla y un cestillo en que había una rama de cierta planta. Repetía la ceremonia siete veces y luego tocaba el ataúd otras siete, de los pies a la cabeza, al tiempo que recitaba una letanía...

Desgraciadamente, Kruyt no consigna las letanías que se recitaban en tales ocasiones, por lo que no podemos estar seguros acerca de su significado; pero, al parecer, en todos los casos la intención era preparar a la gente para un viaje lleno de peligros. La ceremonia de los funerales, según Kruyt, tenía por objeto impedir que el *tanoana* de los parientes más cercanos del difunto siguiera a éste; pero, como veremos, se suponía al mismo tiempo que permanecían en el mundo inferior mientras duraba el luto, por lo que cabe pensar que la ceremonia tenía precisamente por objeto prepararlos para este viaje. Y como también se empleaba el *rare* en las ceremonias ejecutadas sobre el muerto, la intención podía ser la misma. Esta fue en todo caso la explicación dada por los toradjas acerca del *montende rare* ejecutado sobre el cadáver de un hechicero.

Cuando se llevaba a cabo el traslado del ataúd hacia su nuevo refugio provisional fuera de la aldea, se tomaba toda clase de medidas para impedir que el alma del muerto encontrara el camino de regreso a su casa, excepto en el caso de individuos que no habían dejado parientes de su misma generación. Era sacado por la ventana, o si ésta era demasiado pequeña, se derribaba una pared para esta ocasión, y a veces, generalmente en el caso de los niños, se le sacaba a través del piso...

La pequeña choza que servía de refugio provisional en que descansaría el cadáver *(tambea)* era una construcción sobre pilotes erigida a corta distancia y al norte, sur u oeste de la aldea, nunca al este, ya que entonces ésta quedaría justamente en el camino que sigue el *angga* hacia el oeste. También se tenían en cuenta los vientos reinantes, para reducir al mínimo el hedor del cuerpo en descomposición. La construcción era sólida, sin paredes y con un techo bajo, dispuesto de manera distinta que el de las casas de los vivos, y el tronco con entalladuras que servía de escalera se colocaba de forma que los peldaños mirasen hacia abajo, ya que el muerto veía todas las cosas invertidas. En torno a la

choza se hincaban largas pértigas de bambú, cada una de ellas con un lienzo de algodón blanco atado...

Una vez llegado el cortejo a la choza, el ataúd era depositado en ella con los pies mirando hacia el oeste. En el fondo se practicaba un agujero y en él se insertaba una caña hueca de bambú, que descendía hasta el suelo, para dar salida a los humores de la descomposición. A continuación (en Lage con seguridad, y Kruyt suponía que también en todos los demás lugares), la hechicera ejecutaba una ceremonia para impedir que se quedara allí el *tanoana* de los familiares, y que podría haberse introducido en el ataúd; con ello se trataba de impedir que el *angga* del muerto se lo llevara consigo al mundo inferior. Se colocaba entonces la cubierta sobre el ataúd, que se aseguraba con ratan, dando nueve vueltas para los varones y ocho para las mujeres. Finalmente, las rendijas que quedaban entre las dos partes se cerraban con musgo y se cubría todo con tiras de paño negro. Se colgaban del techo o se depositaban sobre él una colchoneta, un cestillo de llevar provisiones, una olla, la bolsa de *sirih* del muerto, su espada, algunos otros objetos y alimentos.

Cuando se trataba del cadáver de un hechicero, había ciertas variantes en todo este proceso; según Kruyt, se explican por el hecho de que el alma *(angga)* del hechicero no va al mundo inferior *(Torate),* sino a *Mungku mpe'anta-anta,* «la Montaña que sirve como lugar de descanso», «en el país de los espíritus *wurake* del cielo». Se suponía que tal era el punto en que se juntaban los caminos del mundo superior y del inferior. Desgraciadamente, sin embargo, en la letanía que Kruyt cita en relación con estas creencias se decía que el alma va a *Nanggi* o *Linduju,* nombres ambos del mundo inferior. Se supone que para demostrar que el alma del hechicero va al cielo, en la boca del cadáver se colocaba una fina caña de bambú por la que podía «expirar» su aliento en dirección al cielo. Pero, como ya hemos visto, por *inosa* se entiende la «fuerza vital», un concepto muy semejante al de *tanoana* y muy diferente, por tanto, de lo que se entiende por *angga.* La ceremonia mediante la cual, según Kruyt, se enviaba al cielo el alma del hechicero recibía el nombre de *montende rare,* «lanzar hacia arriba el *rare*». Según los toradjas, servía para «equipar al *angga* del muerto (para su viaje)»...

También se ataba al ataúd o a la choza una gallina o un gallo, según que el difunto fuera hombre o mujer, respectivamente...

Cuando el muerto era personaje importante se asignaba a su cadáver un esclavo encargado de ejercer las funciones de *tandojae;* tal era la costumbre al menos en Onda'e, Lage y Lamusa, según

la primera edición de Kruyt y Adriani. Dormía de noche en la choza y tenía que mantener encendida una antorcha. Durante el día espantaba las moscas y daba salida a los líquidos del cadáver. Pero su obligación principal era impedir que las brujas «devorasen» el cadáver. No podía hablar con nadie y se procuraba su alimento donde podía...

Una vez depositado el ataúd en la choza, venía la despedida del duelo. No había fórmula fija en este caso, aunque en tales ocasiones se expresaban siempre sentimientos muy parecidos. Así, por ejemplo: «Oh padre (madre), aquí hemos puesto todo lo necesario para ti. Quédate aquí. Tus parientes difuntos vienen ya para hacerte compañía, y entre ellos están también fulano y zutano, que te dirán lo que tienes que hacer y lo que no tienes que hacer. En cuanto a nosotros, los que has abandonado, también nosotros tenemos a quién obedecer. Así termina nuestra relación. Hasta ahora has tenido autoridad sobre nosotros como hijos tuyos. Ahora estamos pintando de negro los peldaños de tu casa. No regreses a nosotros». «Aquí tienes tu alimento. Danos lluvia para que nuestro arroz se logre, y danos también tiempo seco para que podamos quemar la madera de nuestros bosques. No permitas que nos causen daño los pájaros del arroz, ni los ratones ni los cerdos». Más adelante, los parientes visitaban la choza de cuando en cuando, para llevar alimentos al *angga (melo'a),* por ejemplo, cuando se llamaba a todos los habitantes del poblado a trabajar en los campos *(mesale);* de otro modo, se exponían a que el muerto saliera en su búsqueda.

Aunque había tenido lugar la despedida oficial del muerto, su alma, según se creía, estaba en condiciones de retornar nuevamente para visitar a los vivos, especialmente durante la primera noche después de haberse depositado el ataúd en la choza; por este motivo se dejaba sin desarmar el *batuwali* durante ocho noches (para un varón) y durante nueve en el caso de las mujeres. Si era preciso desarmarlo antes de transcurrir este plazo, al menos la colchoneta se dejaba en su sitio durante todos los días prescritos. Se mantenían encendidos el fuego del hogar y una antorcha, al mismo tiempo que se colocaban junto a aquél alimentos y *wirih.* La hechicera podía prestar su ayuda para impedir tales visitas, ya que estaba en condiciones de ver al *angga.* Además, durante la primera noche después del traslado del cadáver, la hechicera descendía al mundo inferior en busca del *tanoana* de los parientes que hubiera podido seguir hasta allí al alma del difunto; ocho días después del traslado (en el caso de un varón; nueve en el de una mujer) ejecutaba una ceremonia con ayuda del *wurake* para

rescatar al alma de los humores del cadáver en descomposición (*moombe ue*)...

Aparte de las prescripciones generales del luto, había prohibiciones especiales para las viudas y los viudos. Hasta que el cuerpo era trasladado, la viuda (mientras no se diga lo contrario, lo que sigue valía también para el viudo) permanecía junto a su cabeza acompañada de una mujer de la familia que, a los pies del cuerpo, lloraba al difunto en su nombre. Del mismo modo, los varones compartían el duelo con otro varón de la familia (junto al Lago, el viudo tenía ocho acompañantes y la viuda nueve). Cuando era trasladado el cadáver, la viuda era rodeada de cobertores para la lluvia y paños negros, formando un pequeño cubículo en el que normalmente permanecía durante tres días, a veces menos, pero «en todo caso hasta que la hechicera hubiese terminado su tarea»...

Cuando el muerto era un personaje importante, sin embargo, el duelo no finalizaba hasta que se conseguía una cabeza para él. Hasta entonces, los partícipes del duelo no podían ponerse ropas limpias o tomar *sirih* de la bolsa de otros, ni coger cocos de las palmeras. Si la aldea estaba en guerra, se arrancaba la cabeza de un enemigo; en caso contrario, se buscaba en otra aldea a una persona sospechosa de brujería o magia negra, o a un esclavo, se le llevaba a la casa del muerto y allí se le descuartizaba. La persona que más se había distinguido en cazar a la víctima tenía el privilegio de asestarle el primer golpe, sujetando a la víctima por los cabellos, y era también quien se encargaba de arrancarle la cabeza. Al duelo se podía poner fin consiguiendo una cabeza arrebatada por otra tribu, en caso necesario. Los parientes del muerto eran los responsables de conseguir la cabeza o la víctima sacrificial. Un viudo nunca se atrevía a volver hasta que la había conseguido por el medio que fuera, y a veces esta tarea le llevaba tres o más días...

Cuando terminaban las ceremonias se advertía a la viuda que no se quedara en el mundo inferior, ya que la victoria la había liberado de las restricciones impuestas por el luto. Se cortaban los postes que habían sido plantados alrededor de la choza en que reposaba el ataúd, y se ataba a uno de los asideros de éste una parte del cuero cabelludo de la víctima. Se calmaba entonces al muerto cantándole: «Yace aquí, muerto, en la morada de los muertos (*Nanggi*), en el lugar del descanso de tu alma». Entonces regresaban todos a la aldea, donde se hacían jirones los vestidos del viudo o de la viuda y se declaraba finalizado el luto. El jefe de la banda formada por los cazadores de cabezas hacía una

muesca en el poste del caballete al lado este de la casa e insertaba en ella otra porción de cuero cabelludo. Entonces acudían todos al templo, donde un anciano se dirigía al difunto cuyo duelo acababa de finalizar: «No vuelvas a nosotros en forma de ratones o cerdos, pues hemos lamentado tu muerte. De ahora en adelante viviremos felices; tocaremos los tambores y cantaremos. Tú procura que nuestro arroz se logre». Después de dar algunos golpes sobre el tambor, proseguía: «Todo el que tenga alguna reclamación que hacer a los demás debe exigir el pago de la deuda al deudor; el que piense ir contra el enemigo o casarse, que siga adelante, porque el período del luto ha terminado».

Pasado algún tiempo se celebraba un segundo funeral en honor de los huesos del difunto. El plazo que debía transcurrir venía determinado por diversas circunstancias. En primer lugar era necesario contar con una abundante cosecha, a causa de las grandes cantidades de alimentos que se consumían en tales ocasiones, por lo que solía celebrarse poco después de aquélla. Ello suponía además otra ventaja: la de contar con suficiente tiempo libre para la celebración. Estos funerales no se celebraban todos los años en cada aldea a causa de su elevado coste, de forma que en cada poblado se dejaban transcurrir varios años hasta que se contaba con un número suficiente de difuntos, o se juntaban varias aldeas para celebrar sus correspondientes funerales. Si no se presentaba oportunidad de celebrar un funeral conforme a las prácticas habituales, o si urgía su celebración a causa de circunstancias especiales, como una enfermedad o una plaga de ratones, se organizaba una fiesta de urgencia, que duraba un solo día, y a la que no se convocaban invitados...

Hacia las once de la mañana del primer día los huesos eran recogidos por los encargados de este cometido *(tonggola)*, que los separaban y envolvían formando varios paquetes. Cuando regresaban a la aldea, una de las mujeres *tonggolas* tocaba con una calavera a todos los que sintieran el menor síntoma de enfermedad. Después de esto, los varones *tonggolas* llevaban todos los huesos al lugar señalado para la celebración, donde luego degollaban un búfalo...

Las hechiceras mandaban salir del mundo inferior a las almas de las personas cuyos huesos habían sido reunidos. No había un número fijo de hechiceras en el *mompemate*, pero en el *motengke* debían ser cinco, además de dos auxiliares varones. La letanía iba contando cómo se despertaban los muertos, se vestían y eran conducidos a través del mundo inferior hasta el árbol *pinang*, por el que ascendían hasta la tierra, a la que llegaban por Mori (al

este de Toradja), para ser conducidos finalmente hasta el templo o choza de la fiesta. Allí eran saludados por sus parientes, que los festejaban, junto con los invitados, mediante sus cánticos y danzas. En aquellos cánticos se explicaba a los muertos cómo habían ido las cosas a los vivos en el tiempo transcurrido. Durante esta parte de las ceremonias, que duraban toda una noche, desde el atardecer hasta la aurora, estaba permitido a los hombres pedir a una muchacha que fuera su compañera. El hombre apoyaba su codo sobre el hombro de la muchacha, que le permitía luego tocarle el rostro y el pecho, a cambio de lo cual él le entregaba un sarong o cualquier otro regalo. Cuando ella se sentía ya satisfecha, echaba un sarong de algodón blanco o de piel sobre su hombro, con lo que se daban por finalizadas aquellas relaciones. Mientras estaban juntos eran considerados esposo y mujer.

Al siguiente día eran conducidas las almas (*angga*) por las hechiceras a su lugar de reposo definitivo.

R. E. Downs, *The Religion of the Bare'e Speaking Toradja of Central Celebes* (La Haya 1956) 77-89.

D. *IDEAS EGIPCIAS SOBRE LA MUERTE*

166. EL FARAON MUERTO SUBE AL CIELO

(Textos de las Pirámides)

Los llamados «Textos de las Pirámides», documentos de valor religioso, están inscritos en los muros interiores de las pirámides en que fueron sepultados algunos faraones de las Dinastías V y VI (ca. *2425-2300 a. C.). Los «Textos de las Pirámides» contienen las más antiguas referencias a la cosmología y la teología egipcias, pero se refieren ante todo al paso victorioso del faraón difunto a su nueva morada celeste.*

Tus dos alas están desplegadas como un halcón con espeso plumaje, como el halcón que por la tarde se ve atravesando el cielo (1048).

Vuela el que vuela. Este rey Pepi vuela alejándose de vosotros, mortales. El no es de la tierra, es del cielo... Este rey Pepi vuela como una nube hacia el cielo, como un pájaro vigía. Este rey Pepi besa el cielo como un halcón, este rey Pepi llega al cielo como el dios del horizonte (Harakhte) (890-891).

Tú subes al cielo como un halcón, tus plumas son (las del) ánade (913).

¡El rey Unis sube al cielo, el rey Unis sube al cielo! ¡Sobre el viento! ¡Sobre el viento! (309).

Le han puesto estrellas hasta el cielo, para que pueda subir por ellas al cielo (365).

El rey Unis sube por la escala que su padre Ra (el dios solar) hizo para él (390).

Atón ha hecho lo que dijo que haría por este rey Pepi II, atando para él la cuerda de la escala, uniendo los peldaños de la escala de madera para este rey Pepi II; de este modo, el rey se aleja de la abominación de los hombres (2083).

«¡Qué hermoso de ver, qué grato de contemplar!», dicen los dioses, «cuando este dios [se refiere al rey] sube al cielo. Su terror está sobre su cabeza, su terror está a su costado, sus encanto mágicos están ante él». Geb ha hecho por él lo que habría hecho por sí mismo. Los dioses y almas de Buto, los dioses y almas de Hieracómpolis, los dioses del cielo y los dioses de la tierra le salen al encuentro. Hacen un soporte para el rey Unis con sus propios brazos. Tú subes, oh rey Unis, al cielo. Sube a él en este su nombre «Escala» (476-479).

[Una y otra vez encontramos la afirmación de que las puertas dobles del cielo se abren al paso del faraón].

Abiertas están las dobles puertas del horizonte; sueltos están sus cerrojos (194; es éste un estribillo constante en los *Textos de las Pirámides;* cf. 603, 604, 1408, etc.).

[Los heraldos del rey se apresuran a anunciar su llegada al dios solar].

Marchan tus mensajeros, corren tus veloces mensajeros, se apresuran tus heraldos. Anuncian a Ra que has llegado, este rey Pepi (1539-1540).

Este rey Pepi halló a los dioses en pie, revestidos de sus ornamentos, con blancas sandalias en los pies. Ellos dejan caer en tierra sus blancas sandalias, se despojan de sus ornamentos. «Nuestro corazón no tuvo alegría hasta que tú llegaste», le dicen ellos (1197).

[Muchas más veces son los mismos dioses los que proclaman la llegada del faraón].

¡Oh Ra Atón! Este rey Unis llega hasta ti, imperecedero, glorioso, señor de los asuntos del lugar de los cuatro pilares [el cielo]. Tu hijo llega hasta ti. Este rey Unis llega hasta ti (217).

[El faraón difunto se dirige sin miedo al dios solar y le habla de este modo]:

Yo, oh Ra, soy aquel de quien tú mismo dijiste: «¡Hijo mío!». Tú eres mi padre, oh Ra... Mira al rey Pepi, oh Ra. Este rey Pepi es tu hijo... Este rey Pepi brilla en Oriente como Ra, marcha por Occidente como Kheprer. Este rey Pepi vive allí mismo donde Horus (hijo de Ra), señor del cielo, vive, por mandato de Horus, señor del cielo (886-888).

El rey asciende al cielo entre los dioses que moran en el cielo. Está en pie sobre el gran (dado), oye (en sesión judicial) los asuntos (legales) de los hombres. Ra te sale al encuentro a las orillas del cielo en este lago que hay en Nut [la diosa del cielo]. «¡Viene el que llega!», dicen los dioses. El [Ra] te da su brazo en la escala que sube al cielo. «El que conoce su lugar ya llega», dicen los dioses. «Oh tú, puro, toma tu trono en la barca de Ra y navega por el cielo... Navega con las estrellas imperecederas, navega con las estrellas infatigables. Recibe el tributo de la barca de la noche, sé un espíritu que mora en Dewat. Vive esta vida placentera que vive el señor del horizonte» (1169-1172).

J. H. Breasted, *Development of Religion and Thought in Ancient Egypt* (Chicago 1912) 109-115, 118-120, 122, 136.

167. EL FARAON MUERTO SE CONVIERTE EN OSIRIS

(Textos de las Pirámides)

Un gran número de «Textos de las Pirámides» describe las diversas fases de la asimilación ritual del faraón muerto a Osiris.

Del mismo modo que él [Osiris] vive, vive también este rey Unis; del mismo modo que él no muere, tampoco muere este rey Unis; del mismo modo que él no perece, tampoco perece este rey Unis (219).

[El faraón muerto recibe el trono de Osiris, y como el dios, se convierte en rey de los muertos].

¡Ah, el rey Neferkere [Pepi II]! ¡Qué bello es! ¡Qué bello es esto que tu padre Osiris ha hecho por ti! Te ha dado su trono, tú gobiernas a los de los lugares ocultos [los muertos], tú guías a sus augustos, todos los gloriosos te siguen (2022-2023).

J. H. Breasted, *Development of Religion and Thought in Ancient Egypt* (Chicago 1912) 145-146.

168. OSIRIS, PROTOTIPO DE TODA ALMA QUE ESPERA VENCER LA MUERTE

(Textos de los Sarcófagos I, 197)

Los llamados «Textos de los Sarcófagos», inscritos en el interior de los ataúdes egipcios, datan del Imperio Medio (2250-1580 a. C.). Atestiguan una marcada «democratización» del antiguo ritual funerario de los faraones. Del mismo modo que los faraones de épocas anteriores pretendían ser partícipes del destino de Osiris, ahora todas las almas esperaban alcanzar una asimilación ritual a este dios.

Ahora eres un hijo de rey, un príncipe.
Mientras exista tu alma, contigo estará tu corazón.
Anubis te recuerda en Busiris,
tu alma se alegra en Abydos, donde tu cuerpo se siente feliz sobre la Alta Colina.
Tu embalsamador se alegra en todo lugar.
¡Sí, en verdad, tú eres el elegido!

Integro estás en esta tu dignidad que está ante mí,
el corazón de Anubis está contento de la obra de sus manos
y se ha conmovido el corazón del Señor de la Sala Divina
al ver a este buen dios,
señor de los que han sido y dueño de los que han de venir.

R. T. Rundle Clark, *Myth and Symbol in Ancient Egypt* (Londres 1960) 134.

Cf. también n.os 88, 109.

169. LA SUPERVIVENCIA COMO «BA» Y LA SUPERVIVENCIA EN LA TUMBA SON COMPLEMENTARIAS

Tú entrarás y saldrás, mientras se alegrará tu corazón, con el favor del Señor de los Dioses, y en virtud de tu funeral propicio después de una venerable ancianidad, una vez llegado el momento, tomando tu lugar en el ataúd y reposando en tierra sobre la meseta de Occidente.

Tú te volverás *ba*[1] viviente, que en verdad tendrá fuerza para obtener pan y agua y aire, y tomarás la forma de una garza o una golondrina, de un halcón o un avetoro, siempre que lo desees.

Cruzarás en la barca y no retornarás, navegarás sobre las aguas de la inundación, y tu vida se mantendrá joven. Tu *ba* no se apartará de tu cuerpo y tu *ba* llegará a ser divino junto con los muertos bienaventurados. Los *bas* perfectos te hablarán, y tú serás su igual entre ellos al recibir lo que se ofrece en la tierra. Tendrás poder sobre el agua, respirarás el aire, y te hartarás con los deseos de tu corazón. Se te darán tus ojos para ver, y tus oídos para oír, tu boca hablará y tus pies caminarán. Se te moverán tus brazos y tus hombros, tu carne estará firme, tus músculos estarán ágiles y tú exultarás en todos tus miembros. Examinarás tu cuerpo y lo hallarás completo y sano, y ninguna enfermedad se te apegará. Tu verdadero corazón estará contigo, sí, tendrás tu primer corazón. Subirás al cielo y penetrarás en el mundo inferior bajo todas las formas que quieras.

A. Gardiner, *The Attitude of the Ancient Egyptians to Death and the Dead* (Cambridge 1935) 29-30.

[1] El ser humano, concebido como vivo y animado después de la muerte, era llamado *ba;* este término significa «animación, manifestación».

170. EL PAIS DEL SILENCIO Y LAS TINIEBLAS SEGUN LOS EGIPCIOS

Una mujer lamenta con este cántico la muerte de su esposo.

¡Qué triste es el descenso al País del Silencio! Duerme el que estaba despierto, y el que no podía descansar por la noche, reposa ahora para siempre. Dicen los escarnecedores: la morada de los que habitan a Occidente es profunda y oscura. En ella no hay puertas, no hay ventanas, ni luz que la ilumine, ni viento norte que refresque el corazón. No se alza allí el sol, sino que cada día viven en tinieblas... El guardián ha sido arrebatado al País del Infinito.

Desgajados han sido los que están en Occidente, y miseria es su vivir. Aborrecible es tener que marchar a unirse a ellos. No puede contar nadie sus experiencias, sino quedarse en un lugar de eternidad entre tinieblas.

H. Frankfort, *Ancient Egyptian Religion* (Nueva York 1948).

E. *LOS CAMINOS DEL MUNDO INFERIOR*

171. LOS INICIADOS EN LA FRATERNIDAD ORFICO-PITAGORICA APRENDEN EL CAMINO QUE LLEVA AL MUNDO INFERIOR

(Láminas de oro funerarias)

[Lámina de Petelia, sur de Italia, del siglo IV-III a. C.].

A la izquerda de la Casa de Hades hallarás una fuente,
y erguido a su lado un ciprés blanco.
No te acerques a esta fuente,
sino que otra hallarás, que del Lago de la Memoria
brota con aguas frescas, ante la cual hay guardianes.
Dirás: «Hijo soy de la tierra y del cielo estrellado,
pero mi raza del cielo sólo procede. Bien lo sabéis.
Pero me abraso de sed y perezco. Dadme pronto
el agua fresca que corre desde el Lago de la Memoria».
Y con gusto te dejarán beber de la fuente santa,
y luego tendrás señorío entre los demás héroes.

[Lámina de Eleuthernai, Creta, del siglo II a. C.].

Me abraso de sed y muero. Dadme de beber
de la fuente perenne de la derecha, donde está el ciprés.
¿Quién eres tú?
¿De dónde vienes? Hijo soy de la tierra y del cielo estrellado.

[Lámina de Thurii, sur de Italia, del siglo IV-III a. C.].

Pero tan pronto como el espíritu ha abandonado la luz del sol,
marcha a la derecha cuanto puedas, cauteloso en todas las cosas.
¡Salve, tú que sufriste el dolor! Nunca antes sufriste nada como esto.
De hombre te has vuelto dios.
Como un cabrito la leche has encontrado.
¡Salve, tú que vas por el camino de la derecha!
Por las praderas santas y los bosques de Perséfone.

[Otras tres láminas de Thurii, aproximadamente de la misma fecha que las anteriores].

Vengo de la pura, de la pura Reina de los de aquí abajo,
de Eukles y Euboleo y otros dioses y demonios,
pues declaro que también yo soy de vuestra raza bendita.
Y la pena he pagado por mis obras injustas,
sea lo que el Hado me impuso o los dioses inmortales
O... con trueno arrojado desde las estrellas.
Salí del triste y penoso círculo.
A la diadema anhelada pasé con pie veloz.
En el seno he caído de la Señora, la Reina del mundo inferior.
Y como suplicante ahora estoy ante la sagrada Persefonea;
por su gracia a los hombres envíe a los tronos de los santificados.
Feliz tú y bienaventurado, ya no mortal, sino dios serás.
Como un cabrito la leche he encontrado.

W. K. C. Guthrie, *Orpheus and Greek Religion* (Londres 1935) 172-173.

Cf. también n.os 148-155.

172. EL MAS ALLA SEGUN LOS IRANIOS. EL CRUCE DEL PUENTE CHINVAT Y LOS CAMINOS DEL CIELO Y DEL INFIERNO

(*Menok i Khrat* I, 71-122)

Según las creencias zoroástricas, el alma del difunto anda rondando en torno al cuerpo muerto durante tres días. Al cuarto comparece en juicio sobre el «Puente de la Retribución» (el Puente «Chinvat»), donde Rashn, «el justiciero», pesa imparcialmente sus buenas y malas obras. Si las buenas acciones pesan más que las malas, se permite al alma subir a los cielos. En caso contrario, es arrojada al infierno. Para los zoroástricos, sin embargo, el infierno no es eterno. Cuando llegue el Juicio Final, una vez que pase el tiempo, los cuerpos resucitarán para reunirse de nuevo con sus almas. Entonces tendrá lugar una purificación definitiva y universal, de la que todos los hombres sin excepción saldrán limpios, y entrarán en el Paraíso.

(71) No pongas tu confianza en la vida, porque al final te arrebatará la muerte, (72) y aves y perros desgarrarán tu cadáver, y tus huesos se esparcirán por la tierra. (73) Durante tres días y tres

noches ronda el alma a la cabecera del cadáver. (74) Y al amanecer el cuarto día, (el alma) acompañada del bienaventurado Srosh, el buen Vay y el poderoso Vahrán, y combatida por Astvihat (el demonio de la muerte), el mal Vay, el demonio Frehzisht y el demonio Vizisht, y perseguida por la mala voluntad de Ira, el malhechor que lleva espada sangrienta, (alcanzará) el alto y temible Puente de la Retribución al que tiene que llegar todo hombre cuya alma se salva y todo hombre cuya alma se condena. Allí aguardan muchos enemigos. (75) Allí (sufrirá el alma) a causa de la mala voluntad de la Ira que empuña una espada sangrienta y de Astvihat, que devora toda la creación y nunca se sacia, (76) y (se beneficiará) de la mediación de Hihr, Srosh y Rashn y (someterá sus obras) al peso del justo Rashn que no deja inclinarse a ningún lado las balanzas de los dioses espirituales, ni a favor de los que se salvan ni a favor de los que se condenan, ni a favor de los reyes ni de los príncipes; (77) ni tanto como un cabello permite que fallen (las balanzas), y no tiene acepción (de personas), (78) porque hace imparcialmente justicia a los reyes y príncipes y al más humilde de los hombres.

(79) Y cuando el alma del que se salva atraviesa el puente, la anchura del puente parece que es de una parasanga. (80) Y cuando el alma del que se salva pasa, va acompañada del bienaventurado Srosh. (81) Y sus buenas obras le salen al encuentro en forma de una doncella, más hermosa y bella que cualquier mujer de la tierra. (82) Y el alma del que se salva dice: «¿Quién eres tú? Pues sobre la tierra nunca vi una doncella más bella y hermosa que tú». (83) En respuesta, replica la forma de la doncella: «No soy una doncella, sino tus buenas obras, oh joven cuyos pensamientos y palabras, obras y devoción fueron buenos. (84) Porque cuando en la tierra viste a alguien que ofrecía sacrificios a los demonios, tú te apartabas y ofrecías sacrificios a los dioses. (85) Y cuando veías a un hombre cometer violencias y rapiñas, afligir a los hombres honrados y tratarlos con desprecio, y amontonar bienes mal adquiridos, tú te abstuviste de afligir a las criaturas con violencia y rapiña por tu parte, (86) (y en vez de esto) fuiste considerado con los hombres honrados, los respetaste y diste hospitalidad, y dabas limosna tanto al que acudía de lejos como al que acudía de cerca, (87) y juntaste tu riqueza honradamente. (88) Y cuando veías que alguien pronunciaba sentencia injusta o aceptaba soborno o daba falso testimonio, tú te sentaste allí y pronunciaste un testimonio justo y verdadero. (89) Yo soy tus buenos pensamientos, buenas palabras y buenas obras que tú pensaste, pronunciaste e hiciste...».

(91) Y cuando el alma parte de allí, flota hacia ella un aura fragante, más fragante que cualquier perfume. (92) Entonces dice el alma del que se salva y pregunta a Srosh: «¿Qué aura es ésta, semejante a cuya fragancia nunca olí en la tierra?». (93) Entonces el bienaventurado Srosh responde al alma del que se salva, diciendo: «Este es un viento que viene del cielo; por eso es tan fragante».

(94) Entonces, con su primer paso sube (al cielo de) los buenos pensamientos; con el segundo, (al cielo de) las buenas palabras, y con el tercero, (al cielo de) las buenas obras; y con su cuarto paso alcanza la Luz Infinita en que está toda bienaventuranza. (95) Y todos los dioses y Amahraspands salen a saludarle y le preguntan cómo ha hecho su viaje, diciendo: «¿Cómo has pasado de aquellos mundos transitorios, temibles, en que hay mucho mal, a estos mundos que no perecen, en que no hay adversario, oh joven cuyos pensamientos, palabras, obras y devoción son buenos!».

(96) Entonces Ohrmazd, el Señor, habla, diciendo: «No le preguntéis cómo ha hecho su viaje, porque ha sido separado de su amado cuerpo, y ha seguido un camino terrible». (97) Y le sirven con los más suaves manjares y hasta con la manteca de la fuente primera, de forma que su alma pueda reponerse después de las tres noches de terror del Puente, que le fueron infligidas por Astvihat y los demás demonios, (98) y le sientan en un trono todo enjoyado... (100) y por siempre ya mora con los dioses espirituales en toda felicidad eternamente.

(101) Pero cuando muere el hombre que es condenado, durante tres días y tres noches ronda junto a su cabeza y se lamenta, diciendo: «¿Adónde iré y con quién me refugiaré ahora?». (102) Y durante esos tres días y tres noches ve con sus propios ojos todos los pecados y maldades que cometió sobre la tierra. (103) Al cuarto día, el demonio Vizarsh llega y ata al alma del condenado del modo más vergonzoso, y a pesar de la oposición del bienaventurado Srosh, la arrastra hasta el Puente de la Retribución. (104) Entonces el justo Rashn hace entender al alma del condenado que (ciertamente) está condenada.

(105) Entonces el demonio Vizarsh se apodera del alma del condenado, la golpea y maltrata sin piedad, urgido por Ira. (106) Y el alma del condenado grita con voz fuerte, lanza gemidos y suplica con alegatos lamentables; se esfuerza mucho, aunque su aliento vital ya no subsiste. (107) Cuando está claro que sus debates y lamentos de nada sirven, que ninguno de los dioses ni los demonios le presta ayuda alguna, el demonio Vizarsh la arrastra en contra de su voluntad al más profundo de los infiernos.

(108) Entonces le sale al encuentro una doncella que no tiene ninguno de los rasgos de una doncella. (109) Y el alma del condenado dice a tan desgraciada moza: «¿Quién eres tú? Porque en la tierra nunca vi una criatura tan espantosa y contrahecha como tú». (110) Y en respuesta le dice la horrible moza: «No soy ninguna moza, sino que soy tus obras, tus horribles obras, tus malos pensamientos, tus malas palabras, tus malas obras y tu mala devoción. (111) Porque cuando en la tierra veías a uno que ofrecía sacrificios a los dioses, te apartabas de él para ofrecer sacrificios a los demonios. (112) Y cuando veías a uno que respetaba a los hombres honrados y les daba hospitalidad, y que daba limosnas tanto a los que venían de cerca como a los que venían de lejos, tú tratabas a los hombres honrados con desprecio y les mostrabas falta de respeto, no les dabas limosna y cerrabas sobre ellos tu puerta. (113) Y cuando veías a uno que pronunciaba sentencia justa o que no aceptaba sobornos o que daba testimonio verdadero o hablaba con justicia, entonces te sentabas tú y pronunciabas sentencia injusta, dabas falso testimonio y hablabas injustamente»...

(116) Entonces, con su primer paso llega a (el infierno de) los malos pensamientos; con el segundo, a (el infierno de) las malas palabras, y con el tercero, a (el infierno de) las malas obras. Y con el cuarto paso es arrojado en la presencia del maldito Espíritu de Destrucción y otros demonios. (117) Y los demonios se burlan de él y le escarnecen, diciendo: «¿Qué tenías contra Ohrmazd, el Señor, y los Amahraspands, y el cielo fragante y delicioso, qué quejas o resentimientos tenías contra ellos, para preferir a Ahrimán y a los demonios y el infierno sombrío? Porque te vamos a atormentar y no tendremos piedad de ti, y durante mucho tiempo vas a sufrir tormentos».

(118) Y el Espíritu de Destrucción grita a los demonios, diciendo: «No le preguntéis nada, pues ha sido separado de su cuerpo querido, y ha llegado a través de esta puerta pésima; (119) en vez de ello, servidle el alimento más repugnante y asqueroso que el infierno pueda producir».

(120) Entonces le llevan ponzoña y veneno, serpientes y escorpiones y otros reptiles dañinos que pululan en el infierno, para que los coma. (121) Y hasta la resurrección y el cuerpo final permanecerá en el infierno, sufriendo muchos tormentos y todo género de castigos. (122) Y el alimento que allí habrá de comer será en su mayor parte podredumbre y sanguinolencia.

R. C. Zaehner, *The Teachings of the Magi* (Londres 1956) 133-138.

173. CEREMONIA FUNERARIA SIBERIANA (GOLDI). EL CHAMAN GUIA AL ALMA HACIA EL MUNDO INFERIOR

Los goldis celebran dos ceremonias funerarias, el *nimgan,* que tiene lugar siete días o aún más tarde (dos meses) después de la muerte, y el *kazatauri,* la gran ceremonia celebrada algún tiempo después de la segunda y al final de la cual el alma es conducida al mundo inferior. Durante el *nimgan,* el chamán entra en la casa mortuoria con su tambor, busca el alma, la captura y la obliga a instalarse en una especie de cojín *(fanya).* Sigue el banquete, en el que participan todos los parientes y amigos del difunto, que está presente en el cojín, al que el chamán ofrece licor. El *kazatauri* comienza del mismo modo. El chamán se viste sus ornamentos, toma el tambor y busca al alma por las inmediaciones de la yurta. Durante todo este tiempo danza y va contando las dificultades que encuentra en su camino al mundo inferior. Finalmente logra capturar el alma y la lleva a la casa, donde la obliga a entrar en el *fanya.* El banquete se prolonga hasta muy entrada la noche; el chamán arroja al fuego los restos de los alimentos que hayan sobrado. Las mujeres ponen un lecho en la yurta, el chamán coloca sobre sí el *fanya,* lo cubre con una manta y dice al muerto que se duerma. Se acuesta también él en la yurta y se dispone a dormir.

Al día siguiente se pone sus ornamentos y despierta al difunto con su tambor. Sigue otro banquete, y por la noche (ya que la ceremonia se prolongará durante varios días) vuelve a poner el *fanya* en la cama y lo tapa con la manta. Finalmente, una mañana el chamán comienza su canto y, dirigiéndose al alma, le advierte que coma bien, pero que beba poco, pues el viaje al mundo inferior resulta muy penoso a los que están ebrios. A la caída del sol se hacen los preparativos para emprender el viaje. El chamán canta, danza y embadurna su rostro con hollín. Invoca a sus espíritus auxiliares y les ruega que le guíen junto con el muerto hacia el más allá. Sale de la yurta durante algunos minutos y sube a un poste con escotaduras que ha sido preparado de antemano; desde allí contempla el camino que va al otro mundo. En realidad, se ha subido al Arbol del Mundo y se encuentra en la cúspide de éste. Pero al mismo tiempo ve otras muchas cosas: mucha nieve, éxitos en la caza y en la pesca, etc.

Vuelve a la yurta, llama a dos poderosos espíritus tutelares para que le ayuden; son éstos *Butchu,* una especie de monstruo con una sola pierna, rostro humano y plumas, y *Koori,* un pájaro de pico muy largo. Sin la ayuda de estos dos espíritus, el chamán

no podría regresar del mundo inferior. Hará la parte más dificultosa del recorrido a lomos de *Koori.*

Sigue con sus contorsiones chamánicas hasta quedar exhausto, y se sienta luego, vuelto hacia el oeste, sobre un estrado que representa un trineo siberiano. A su lado lleva el *fanya* con el alma del muerto y un cestillo con alimentos. El chamán pide a los espíritus que unzan los perros al trineo y que uno de sus «servidores» le acompañe durante el viaje. Pocos instantes después «parte» hacia el país de los muertos.

Se puede seguir su ruta gracias a los cánticos que entona y las palabras que intercambia con el «servidor». Al principio, el camino resulta fácil, pero las dificultades aumentan al aproximarse al país de los muertos. Un gran río le cierra el paso, y sólo un buen chamán es capaz de guiar el trineo hasta la otra orilla, llevando consigo a su acompañamiento. Poco después ve signos de actividad humana: huellas de pisadas, cenizas, trozos de madera, lo que significa que la aldea de los muertos no está muy lejos. Se escucha el ladrido de los perros a poca distancia, se ve ya el humo de las yurtas y aparece el primer reno. El chamán y el muerto ya han llegado al mundo inferior. Los muertos se congregan entonces en torno al chamán y le preguntan cómo se llama y quién es el recién llegado. El chamán tiene buen cuidado de no decir su verdadero nombre; entre los muertos busca a los parientes más cercanos del espíritu que acaba de conducir hasta allí, con idea de confiárselo. Una vez hecho esto, se apresura a regresar a la tierra, y a su llegada hace un largo relato de todo lo que ha visto en el país de los muertos y de las impresiones del difunto al que ha acompañado. Saluda de parte de sus parientes difuntos a todos los presentes y a veces hasta les entrega pequeños obsequios que trae de su parte. Al final de la ceremonia, el chamán arroja el *fanya* al fuego. Con esto se pone fin a las obligaciones estrictas que los vivos tenían para con el difunto.

M. Eliade, *Le Chamanisme et les Techniques Archaïques de l'Extase* (París 1951).

Cf. también n.os 204, 205, 208, 209.

174. EL CAMINO HACIA EL PAIS DE LOS MUERTOS SEGUN LOS INDIOS WINNEBAGOS

Antes de que el espíritu del muerto emprenda su viaje al mundo inferior, se le informa cuidadosamente de las sorpresas y peligros del recorrido, y es instruido sobre la forma de superarlos.

Supongo que no estás aún lejos, que estás aquí, a mi derecha. Aquí está el tabaco y aquí la pipa que deberás llevar delante de ti cuando partas. Están también el fuego y el alimento que tus parientes te han preparado para el viaje.

Tendrás que partir temprano, cuando sale el sol. No habrás caminado mucho cuando llegarás a una ancha calzada, que deberás seguir. Según vayas marchando, notarás algo en tu camino. Toma tu maza de guerra, golpéalo y arrójalo detrás de ti. Sigue luego adelante sin volver la vista. Según vayas caminando, encontrarás un nuevo obstáculo. Golpéalo y arrójalo detrás de ti y no vuelvas la vista. Más adelante te encontrarás con algunos animales, a los que también golpearás y arrojarás detrás de ti. Sigue entonces adelante y no vuelvas la vista. Los objetos que arrojes detrás de ti llegarán hasta los parientes que has dejado en la tierra. Representarán la victoria en la guerra, riquezas y animales para comer.

Cuando hayas llegado a cierta distancia del lugar en que arrojaste tras de ti aquellos objetos, te encontrarás en una habitación redonda en la que habrá una mujer anciana. Es la única que podrá darte más información. Te preguntará: «Nieto, ¿cómo te llamas?». Tú se lo dirás. Y dirás luego: «Abuela, cuando yo estaba a punto de abandonar la tierra, me dieron estas cosas para que actuara como mediador entre ti y los seres humanos [se refiere a la pipa, el tabaco y los alimentos]». Entonces pondrás la boquilla de la pipa en la boca de la anciana, y dirás: «Abuela, he dejado desolados a mis parientes, a mi familia, mis hermanos y a todos los demás. Por eso quiero que consigan la victoria en la guerra y muchos honores. Tal era mi deseo cuando les dejé desfallecidos de pena en la tierra. Yo quiero que tengan ellos toda la vida que yo dejé atrás en la tierra. Esto es lo que me pidieron. Y creo que me lo pidieron para que no tengan que seguir este mismo camino hasta que haya pasado mucho tiempo. También me pidieron ser bendecidos con todas las cosas que la gente está acostumbrada a tener en la tierra. Todo esto me dijeron que te pidiese cuando partí de la tierra. Me dijeron que diera los cuatro pasos que viera marcados con señales azules, abuela». «Bien, nieto, eres joven pero sabio. Está bien. Ahora te voy a cocinar un poco de comida».

Te hablará entonces y pondrá al fuego un puchero y cocerá para ti un poco de arroz. Si lo comes, tendrás dolor de cabeza. Entonces dirá ella: «Nieto, tienes dolor de cabeza, te lo voy a quitar». Entonces te abrirá el cráneo y te quitará los sesos y te olvidarás de todo lo relacionado con tu gente que quedó en la tierra y del lugar de donde viniste. Ya no te preocuparás de tus parientes. Serás como un espíritu sagrado. Tus pensamientos ya no llegarán a la tierra, y ya no tendrás nada que ver con las cosas carnales.

El arroz que cocerá la mujer será en realidad un puñado de piojos. Por ese motivo habrás terminado con todo lo malo. Entonces avanzarás por las cuatro huellas de pasos antes mencionadas y que estaban marcadas de azul. Tendrás que seguir estas marcas, porque el camino se divide allí. Todos tus parientes muertos antes que tú estarán allí. Cuando prosigas el viaje, llegarás a un fuego que avanza desde un extremo a otro de la tierra; habrá un puente que lo cruzará, pero te resultará difícil atravesarlo porque está siempre balanceándose. Sin embargo, podrás cruzarlo a salvo, pues tendrás junto a ti a todos los guías a los que habrán hablado en tu favor los guerreros. Ellos te pasarán y se cuidarán de ti.

Bien, te hemos indicado un buen camino para que lo sigas. Si alguien dice falsedad al hablar del camino de los espíritus, tú te caerás del puente y arderás. Pero no tienes que preocuparte, porque pasarás sano y salvo al otro lado. Cuando estés allí, los espíritus te saldrán al encuentro para llevarte a la aldea en que vive el jefe. Una vez llegado allí, le darás el tabaco y le pedirás las mismas cosas que te hemos dicho, las mismas de que hablaste con la anciana. Allí te encontrarás con todos tus parientes que murieron antes que tú. Vivirán en una gran casa, en la que entrarás tú también.

P. Radin, *The Winnebago Tribe* (Washington 1923) 143-144.

175. EL CAMINO HACIA EL MUNDO DEL ALMA SEGUN LAS TRIBUS DEL RIO THOMPSON

(Columbia Británica)

La casa de las almas está debajo de nosotros, hacia la caída del sol; el sendero lleva allá a través de una tenue luz crepuscular. Son visibles las huellas de los últimos que lo recorrieron, así como de sus perros. El sendero da vueltas hasta que desemboca en otro

camino que es un atajo usado por los chamanes cuando tratan de cortar el paso al alma de un difunto. El sendero se hace entonces mucho más recto y suave, y está pintado de rojo con ocre. Después de un poco, gira hacia el oeste, baja por una suave ladera un buen trecho y termina junto a una corriente de poco fondo, de aguas muy limpias. La cruza un largo y delgado madero sobre el que se advierten las huellas de las almas.

Después de cruzar, el viajero se encuentra de nuevo la senda, que ahora asciende hasta un lugar en que aparece un gran montón de prendas de vestir, que son las que llevaban consigo las almas cuando salieron del país de los vivos y que ahora han de abandonar. A partir de este momento, la senda es llana y cada vez más fácil de recorrer. A su lado hay tres guardianes, uno a cada lado del río y el tercero al final de la senda; su obligación es hacer que vuelvan atrás las almas para las que aún no ha llegado el momento de entrar en el país de los muertos. Algunas almas pasan los dos primeros puestos de guardia, pero son rechazadas en el tercero, que es el jefe de los tres guardianes y un gran orador, que a veces envía mensajes a los vivos por medio de las almas que regresan. Los tres guardianes son muy viejos, de cabellos grises, sabios y venerables. Al final del sendero hay una gran casa en forma de montículo, con puertas a los costados, que dan al este y al oeste, y con una doble fila de hogueras todo a lo largo. Cuando los amigos difuntos de una persona esperan la llegada de su alma, se reúnen allí y hablan de su muerte. Cuando el difunto llega a la entrada, escucha la conversación de los que hay dentro, que ríen, cantan y tocan el tambor. Algunos están a la puerta para recibirle, y le llaman por su nombre. Al entrar, a su vista se ofrece un amplio paisaje con accidentes diversos. Se nota el suave perfume de las flores y hay hierba abundante. Todo alrededor hay plantas cargadas de frutos maduros. El aire es agradable y tranquilo, y siempre hay allí luz y una temperatura cálida. Más de la mitad de los que allí se ven están danzando con acompañamiento de tambores. Todos están desnudos, pero nadie parece reparar en ello. Todos se sienten contentos al ver al recién llegado, lo toman sobre sus hombros y lo llevan de este modo por todos lados, haciendo mucho ruido.

H. B. Alexander, *North American Mythology* (Boston 1916) 147-149.

176. EL VIAJE AL PAIS DEL ABUELO

(creencia guarayú, Bolivia oriental)

Poco después de los funerales, el alma ya liberada del difunto emprendía un largo y peligroso viaje hacia el país del antepasado mítico, Tamoi, o el Abuelo, que vivía en algún lugar situado hacia el oeste. Lo primero que el alma debía hacer era elegir entre dos caminos. Uno era ancho y fácil. El otro era estrecho y estaba obstruido por yerbajos y plantas del tabaco, pero era el que seguía el alma si era magnánima y valiente, que llegaba en seguida a un río a cuya orilla frontera había de pasar a lomos de un feroz aligátor, que transportaba al alma únicamente si ésta era capaz de acompañarle en sus cánticos llevando el ritmo con los golpes de su caña de bambú. Luego llegaba el alma a la orilla de otro río que sólo se podía cruzar saltando sobre un tronco que flotaba a gran velocidad entre ambas márgenes. Si el alma se caía, era devorada por los peces carnívoros.

Poco después de cruzar el río, llegaba a la morada de Izoitamoi, Abuelo de los Gusanos, que parecía enorme desde lejos, pero que se iba empequeñeciendo poco a poco según se acortaba la distancia. Pero si el difunto había sido mal hombre, ocurría todo lo contrario; el Abuelo de los Gusanos adquiría unas proporciones gigantescas y partía en dos al pecador. Después tenía que viajar el alma a través de una región sumida en la oscuridad, por la que tenía que buscar su camino encendiendo una antorcha de paja que sus parientes colocaban en la tumba. Pero tenía que llevarla a la espalda, pues de otro modo se la apagarían unos enormes murciélagos. Luego llegaba el alma junto a una hermosa ceiba en cuyas ramas cantaba una multitud de pájaros. Se lavaba entonces en un arroyo y capturaba algunos de aquellos pájaros, pero sin causarles herida alguna, y les arrancaba algunas plumas para el tocado de Tamoi.

El alma golpeaba luego varias veces el tronco de árbol, para dar a entender a sus parientes que ya había llegado a aquel lugar. El siguiente obstáculo era el Itacaru, consistente en dos rocas que chocaban y retrocedían en un lugar del camino. Las rocas dejaban de chocar un momento para dar paso al alma, pero ésta debía hablarles del modo adecuado.

En una encrucijada era examinada el alma por un gallinazo, para ver si, como debe todo buen guarayú, se había perforado los labios y las orejas. Quien no ostentara las marcas de esta operación era extraviado por el ave. Dos pruebas aguardaban aún al alma en

su viaje; tenía que aguantar que un mono le hiciera cosquillas sin reírse, y pasar de largo junto a un árbol mágico sin prestar oído a las voces que salían de él y sin ni siquiera mirarlo. Este árbol tenía conocimiento completo de la vida anterior del alma. Para resistir a estas tentaciones, el alma golpeaba el suelo con su bastón de bambú. Otro peligro estaba representado por unas hierbas de colores que cegaban el alma y le hacían desorientarse. Finalmente, el alma llegaba a una ancha avenida bordeada de árboles en flor, llenos de pájaros cantores, con lo que sabía que ya había llegado al País del Abuelo. Anunciaba su llegada golpeando el suelo con el bastón de bambú. El Abuelo acogía con su saludo al alma, le dirigía palabras amables y la lavaba con un agua mágica que le devolvía la juventud y mejoraba sus rasgos. A partir de aquel momento, el alma vivía feliz, bebía chicha y desarrollaba las actividades rutinarias de su vida anterior.

A. Métraux, *The Native Tribes of Eastern Bolivia and Eastern Matto Grosso* (Washington 1942) 105-106.

177. EL VIAJE AL MUNDO INFERIOR SEGUN LOS POLINESIOS

Este relato fue narrado al señor Shortland [Edward Shortland, sobre cuya relación se basa este resumen] por uno de sus criados, llamado Te Wharewera.

Una tía de este individuo había muerto en una choza solitaria cerca de las orillas del Lago Rotorua. Por ser mujer de cierta categoría, fue dejada en su choza, con la puerta y ventanas bien aseguradas, y se abandonó la vivienda, ya que la muerte la había hecho tabú. Pero uno o dos días después, Te Wharewera y unos compañeros, que pasaban remando en una canoa cerca de aquel lugar muy de mañana, vieron una figura que desde la orilla les hacía señas. Era la abuela que había vuelto de nuevo a la vida, pero débil, fría y hambrienta.

Cuando por fin se repuso gracias a tan oportuna ayuda, les contó su historia. Al abandonar su cuerpo, el alma de la tía había emprendido el vuelo hacia el Cabo Norte, y llegó a la entrada de Reigna. Allí, descolgándose por los tallos de la planta trepadora *akeake,* bajó por el precipicio, y por fin se encontró sobre las arenas de la orilla de un río. Mirando en torno, pudo divisar a lo lejos un enorme pájaro, mayor que un hombre, que se acercaba a ella a grandes zancadas. Aquel horrible ser la atemorizó hasta el punto de que su primer pensamiento fue trepar de nuevo por el acan-

tilado. Pero entonces vio a un anciano que remaba en una pequeña canoa y se acercaba adonde estaba ella, por lo que decidió correr a su encuentro y escapar del pájaro con su ayuda. Cuando estuvo a salvo, preguntó al viejo Caronte, mencionando el nombre de su familia, dónde estaban los espíritus de sus parientes.

Siguiendo el sendero que el viejo le señaló, se sintió sorprendida al comprobar que era un camino exactamente igual que el que había recorrido muchas veces en la tierra; el aspecto del paisaje, los árboles, matorrales y plantas le eran familiares. Llegó a la aldea y, entre la multitud allí congregada, vio a su padre y a otros muchos parientes, que la saludaron y acogieron con el cántico quejumbroso que los maoríes dedican a los que han estado ausentes durante mucho tiempo. Pero cuando su padre le hubo preguntado por sus parientes que aún vivían, y especialmente por su hijo, le dijo a continuación que debía retornar a la tierra, ya que nadie quedaba para cuidar de su nieto. Al escuchar este mandato, ella se negó a tocar los alimentos que le ofrecían los muertos, y a pesar de los esfuerzos de éstos por detenerla, su padre consiguió llevarla de nuevo hasta la canoa, cruzó con ella el río y, al despedirse, le entregó dos enormes batatas que sacó de debajo de su manto, encargándole que las plantara junto a su casa para que sirvieran de alimento especial a su nieto. Pero cuando empezó a trepar de nuevo por el precipicio, dos espíritus niños trataron de detenerla. Para escapar de ellos hubo de arrojarles las raíces; ellos se detuvieron para comerlas, y mientras tanto pudo escalar la roca con ayuda de la planta *akeake,* hasta que llegó de nuevo a la tierra y se dirigió al lugar en que había quedado abandonado su cuerpo.

Al volver a la vida se encontró envuelta en tinieblas, y todo lo ocurrido le pareció que había sido un sueño, hasta que se dio cuenta de que estaba sola y que la puerta estaba asegurada, por lo que sacó la conclusión de que realmente había muerto y luego resucitado. Cuando empezó a amanecer, por las rendijas de la casa cerrada se filtró la luz, y ello le permitió ver a su lado, en el suelo, una calabaza llena en parte de ocre rojo mezclado con agua, que se apresuró a apurar. Sintiéndose entonces un poco más fuerte, logró derribar la puerta y arrastrarse hasta la orilla del lago, donde poco después la encontraron sus amigos. Los que escucharon su historia creyeron firmemente sus aventuras, pero se lamentaban de que no hubiera traído al menos una de las dos batatas como prueba de su visita al país de los espíritus.

E. Burnett Tylor, *Religion in Primitive Culture* (Nueva York 1958) 136-138.

F. *IDEAS GRIEGAS Y ROMANAS SOBRE LA MUERTE Y LA INMORTALIDAD*

178. «ALGO QUEDA AUN EN LA CASA DE HADES...»

(Homero, *Ilíada* XXIII, 61-81, 99-108)

El alma de Patroclo se aparece a Aquiles.

Le envolvió entonces el sueño, borrando
los pesares de su ánimo, pues sus miembros estaban fatigados
de correr a la caza de Héctor junto a Ilión ventosa.
Y se le apareció el alma del infeliz Patroclo,
en todo semejante a él por su estatura, los ojos amables y la voz,
portando los mismos vestidos que cubrieron el cuerpo de Patroclo.
Se acercó el alma y se puso sobre su cabeza, y le habló:
«Duermes, Aquiles, y me has olvidado, pero no dejabas de
atenderme mientras vivía, sí ahora que he muerto. Dame tierra
tan pronto como puedas, que pueda atravesar las puertas de Hades.
Las almas, imágenes de los muertos, me tienen a distancia
y no me dejarán cruzar el río y unirme a ellas,
sino que he de vagar, tal como estoy, en torno a la casa de Hades, de anchas puertas.
Triste te llamo, dame tu mano, nunca más
retornaré de la muerte, cuando me hayas hecho mis funerales.
Nunca más tú y yo, vivos, nos apartaremos
de nuestros queridos camaradas para hacer nuestros planes, pues el amargo destino
que sobre mí se pronunció al nacer, en sus fauces me arrebató.
Y tú, Aquiles semejante a los dioses, también tienes tu destino:
perecer bajo los muros de los prósperos troyanos...
Así habló, y alargó sus brazos para alcanzarle,
pero no pudo, sino que el espíritu se hundió en la tierra, como un vapor,
con un grito agudo, y Aquiles, confuso, se despertó,
y juntó sus manos, y habló, y sus palabras fueron tristes:
«¡Oh maravilla! Algo queda aún en la casa de Hades,
un alma y una imagen, pero en ella no hay corazón vivo.
Pues toda la noche sobre mí estuvo el fantasma del infeliz
Patroclo, llorando y lamentándose, y la semejanza que
con él guardaba era maravillosa, y me dijo cuanto he de hacer».

179. «LA PRADERA DE ASFODELOS, DONDE MORAN LOS ESPIRITUS...». EL MAS ALLA HOMERICO

(Homero, *Odisea* XXIV, 1-18)

Congregaba entre tanto Hermes Cilenio las almas de los pretendientes. En la mano llevaba su vara de oro, con la que adormece los ojos de los que quiere mientras que a otros despierta del sueño. Con ella despabilaba y conducía a los espíritus, y ellos le seguían dando chillidos. Y del mismo modo que en lo más profundo de una tenebrosa caverna revolotean y lanzan chillidos los murciélagos, cuando de la peña cae uno de ellos desprendido de la piña que formaban, así chillaban ellos a su alrededor, mientras que Hermes, el benéfico, los conducía por tenebrosos caminos.

Pasaron las corrientes del Océano, la peña Leuco, las puertas del sol y el país de los sueños, y pronto llegaron a la pradera de asfodelos en que moran los espíritus, fantasmas de los hombres que soportaron trabajos. Hallaron allí al espíritu de Aquiles, hijo de Peleo, y los de Patroclo, del sin par Antíloco y de Ayax, que en gentileza y forma era el mejor de todos los danaos después del sin par hijo de Peleo.

180. IDEA ROMANA DEL MAS ALLA. EL SUEÑO DE ESCIPION

(Cicerón, *Sobre la República* VI, 14-26)

«El sueño de Escipión» es el final del tratado ciceroniano «Sobre la República», escrito probablemente en el año 54 a. C. Se supone que el diálogo tuvo lugar durante la celebración de las Fiestas Latinas del año 129 a. C., en el huerto de Escipión Africano el Joven, que relata un sueño en el que había visto a su abuelo, Escipión Africano el Viejo. «Cuando le reconocí, empecé a temblar de espanto, pero él me dijo: 'Valor, Escipión, no temas, sino recuerda cuidadosamente lo que te voy a decir'».

(14) Estaba yo completamente aterrado, temiendo no tanto la muerte cuanto la traición de los míos. Con todo, [seguí adelante y] pregunté a Africano si aún estaba vivo, y si lo estaba también mi padre Paulo, así como otros de los que nosotros pensamos que ya no son.

«Cierto que están vivos», replicó él. «Han huido de las ataduras

del cuerpo como de una prisión. La que vosotros llamáis vida [sobre la tierra] es muerte en realidad. ¿No ves cómo tu padre Paulo sale ya a tu encuentro?».

Al ver a mi padre, desfallecí y rompí a gritar. Pero él me abrazó y besó, diciéndome que dejara de llorar. (15) Tan pronto como pude dominar mi dolor y hablar, comencé así: «¿Por qué, oh el mejor y más santo de los padres, puesto que sólo aquí está la vida que merece tal nombre, como Africano acaba de decir, por qué tengo que soportar una vida que es muerte en la tierra? ¿Por qué no puedo unirme a vosotros aquí en seguida?».

«No, ciertamente», replicó él. «A menos que el Dios cuyo templo es todo el universo te libere de las prisiones del cuerpo, no puedes entrar aquí. Porque a los hombres se dio la vida para que cultiven este globo que llamamos tierra, que tú ves en el centro de su templo. Todos han recibido un alma, una centella de estas luminarias eternas que llamáis estrellas y planetas, que son de forma globular, rotundas, y están animadas de una inteligencia divina, y que con velocidad maravillosa giran en las órbitas que les han sido señaladas. Al igual que todos los hombres temerosos de Dios, Publio, dejarás que tu alma permanezca en el abrigo de tu cuerpo, sin abandonar la vida de sobre la tierra, a menos que seas llamado por el que te la dio. De otro modo se entendería que rechazas el deber asignado al hombre por Dios».

(16) «No hizo tal Escipión, lo mismo que tu abuelo, lo mismo que yo mismo, que fui tu padre, sino que cultivó el sentimiento de la justicia y la piedad, tan importante no sólo en relación con los padres y los parientes, sino aún más con el propio pueblo. Una vida tal [gastada al servicio de la patria] es el camino que lleva derecho al cielo, a la compañía de los que colmaron su vida en la tierra, y han sido liberados del cuerpo y moran ahora en el lugar que ves» (era el círculo de resplandor maravilloso que brillaba entre las estrellas), «que vosotros, usando un término que habéis aprendido de los griegos, llamáis Vía Láctea».

Mirando alrededor desde aquel elevado puesto de observación, todo me parecía maravilloso en extremo. Había allí estrellas que nosotros no vemos nunca desde la tierra, cuyas dimensiones eran mucho mayores de lo que nunca hemos sospechado. La más pequeña de todas era la que está más alejada del cielo y más cerca de la tierra, y que brilla con luz prestada [la luna]. El volumen de las estrellas, por otra parte, excedía con mucho al de la tierra. Ciertamente, ésta parecía tan pequeña que yo me sentía humillado a causa de nuestro imperio, que es sólo un punto en el que tocamos la superficie del globo...

(18) Cuando me hube recuperado de mi asombro ante aquel gran panorama, volviendo en mí, dije: «Decidme, ¿qué es esta fuerte y suave armonía que llena mis oídos?».

Replicó él: «Esta música es producida por el impulso y el movimiento de estas mismas esferas. Los intervalos desiguales que hay entre ellas están dispuestos conforme a una proporción estricta, de forma que las notas agudas se combinan agradablemente con las bajas, y de este modo se producen diversas y suaves armonías. Tan inmensas revoluciones, por supuesto, no pueden producirse en silencio, y es natural que un extremo produzca notas graves mientras que el otro las produce agudas. En consecuencia, esta altísima esfera del cielo, que lleva las estrellas, y cuya revolución es más rápida, produce un elevado tono agudo, mientras que la esfera inferior, la de la luna, gira con el sonido más grave. La tierra, que corresponde a la novena esfera, permanece fija e inmóvil en el centro del universo. Pero las otras ocho esferas, dos de las cuales se mueven a la misma velocidad, producen siete diferentes sonidos, un número, por otra parte, que es la clave de casi todas las cosas. Hombres hábiles que han sido capaces de reproducir esta música celestial en sus instrumentos han logrado hacerse de este modo un camino para retornar a esta región celeste, del mismo modo que otros hombres de genio sobresaliente lo han logrado al emplear sus vidas sobre la tierra en el estudio de las cosas divinas...».

(26) «Sí, habrás de emplear tus mejores esfuerzos», replicó él, «y estar seguro de que no eres mortal tú, sino sólo tu cuerpo, ni eres precisamente lo que tu forma exterior representa. Tu espíritu es tu verdadera esencia, no esa forma corporal a la que se puede señalar con el dedo. Sabe, por tanto, que eres dinivo, si ciertamente puede decirse que un dios vive, siente, recuerda y prevé, gobierna, ordena y da movimiento al cuerpo que le sirve, del mismo modo que este Dios supremo que está por encima de nosotros gobierna el universo. Y del mismo modo que este Dios eterno impulsa el universo, que en parte es mortal, también un espíritu eterno impulsa el cuerpo frágil...».

Cf. F. C. Grant, *Ancient Roman Religion* (Nueva York 1957) 147-156.

181. LA TRANSMIGRACION DE LAS ALMAS SEGUN EMPEDOCLES

(*Fragmentos* 115, 117, 118)

Hay un oráculo de la Necesidad, antiguo decreto de los dioses, eterno y sellado por amplios juramentos.

Cuando uno de estos semidioses, cuya suerte es la vida perdurable, ha manchado inicuamente sus miembros queridos con la sangre, o en una pelea ha pronunciado un juramento en falso, ha de andar errante lejos de los bienaventurados durante tres veces diez millares de estaciones, naciendo durante todo ese tiempo bajo las formas de toda clase de cosas mortales y cambiando un miserable estilo de vida por otro. La fuerza del viento lo arrastra al mar, el mar lo arroja a la tierra seca, la tierra lo echa a los rayos del sol ardiente, y el sol a los remolinos del viento. Cada elemento lo recibe del otro, pero todos lo aborrecen. También soy yo ahora uno de ellos, fugitivo de los dioses y errante, que puse mi confianza en una lucha furiosa (*frag.* 115).

Lloré y me lamenté cuando vi aquel lugar desconocido (*fragmento* 118).

Pues ya fui antes muchacho y muchacha, pez y ave y pez mudo del mar (*frag.* 117).

Cf. G. S. Kirk y J. E. Raven, *The Presocratic Philosophers* (Cambridge 1957).

182. LA TRANSMIGRACION SEGUN PLATON. EL MITO DE ER

(*República* X, 614 b)

No será, permitidme que os lo exponga, dije yo, la historia contada a Alcinoo la que os relate ahora, sino la de un valeroso guerrero, Er, hijo de Armenio, panfilio de raza.

Ocurrió que fue muerto en combate, y cuando se retiraron los cuerpos descompuestos ya al cabo de diez días, el suyo fue encontrado intacto, y habiendo sido trasladado a su casa, cuando se celebraban sus funerales al duodécimo día, revivió al ponerlo sobre la pira, y después de volver a la vida refirió todo cuanto —según afirmaba— había visto en el otro mundo. Dijo que cuando su alma salió del cuerpo, anduvo caminando con una gran multitud, y que llegaron a una misteriosa región en la que había dos aberturas una

al lado de otra en la tierra y por encima de éstas y frente a ellas otras dos en el cielo, y que en medio había sentados unos jueces que sentenciaban en cada juicio que los buenos marcharan a la derecha y por la abertura del cielo con la sentencia que sobre ellos había recaído escrita en la frente, y que los injustos siguieran el camino hacia la izquierda y abajo, llevando también ellos las señales de la suerte que les había cabido, y que cuando le correspondió comparecer le dijeron que estaba destinado como mensajero a explicar a los hombres todo lo referente al otro mundo, por lo que se le encomendó que prestara atención y observara cuanto ocurría a su alrededor.

Dijo también que había visto cómo por cada una de las aberturas del cielo y de la tierra penetraban las almas después de haber sido juzgadas, mientras que por el otro par de aberturas salían, por la de la tierra, las almas cargadas de palidez y polvo, y que de la segunda, procedentes del cielo, salía una segunda procesión de almas limpias y puras, y que las que de tiempo en tiempo iban llegando parecían haber hecho un largo viaje, y que alegremente se dirigían a una pradera donde acampaban como para celebrar una fiesta, saludándose unas a otras, mientras que las que habían salido de la tierra preguntaban a las otras cómo se estaba allí, y las que procedían del cielo, a su vez, preguntaban también cómo les había ido a las otras. Y unas a otras se contaban sus respectivas historias, con llantos y lamentos las unas, al recordar sus muchos y terribles sufrimientos y cuanto habían visto bajo tierra durante aquel viaje que duraba mil años, mientras que las del cielo hablaban de sus delicias y visiones de una belleza que no pueden expresar las palabras.

Decirlo todo, Glaucón, nos llevaría todo nuestro tiempo, pero en resumen, afirmó, se trata de esto: por todo el mal que a otros habían hecho y por todo el daño que habían causado se les había impuesto una pena diez veces mayor, y la medida que se aplicaba era por períodos de cien años, de forma que en el supuesto de que ésta fuera la duración de la vida humana, el castigo equivalía a diez veces el crimen; por ejemplo, si alguien había sido causante de muchas muertes o había traicionado a ejércitos y ciudades, reduciéndolos a esclavitud, o había tomado parte en alguna otra iniquidad, como castigo recibía penas diez veces mayores por cada uno de estos daños causados, y a la vez, quien había practicado obras de misericordia, los justos y los piadosos recibían su recompensa en la misma proporción. Otras cosas de menor importancia dijo acerca de los que nacieron y vivieron un corto espacio de tiempo, y también narró las recompensas de la piedad y la impiedad

para con los dioses y los padres, así como en relación con los que se dieron muerte a sí mismos.

183. LA INMORTALIDAD DEL ALMA SEGUN PLATON

(*Menón,* 81 b)

MENÓN: ¿Qué fue ello y de quiénes se trataba?

SÓCRATES: Los que tal dicen son sacerdotes y sacerdotisas que se preocupan de estar en condiciones de dar cuenta de las funciones que ejercen. También habla de ello Píndaro, así como otros muchos poetas divinamente inspirados. Lo que dicen es esto; tú verás si piensas que dicen la verdad. Afirman que el alma del hombre es inmortal. Una vez le toca llegar al final, que llaman muerte, y otra le toca nacer de nuevo, pero el alma nunca es exterminada definitivamente. De ahí que el hombre haya de vivir tan honradamente como le sea posible todos sus días. Pues aquellos de los que

> Perséfone recibe la paga por la antigua maldición,
> al noveno año devuelve ella
> sus almas al sol en lo alto.
> De donde surgen los nobles reyes
> y los fuertes y veloces, y los mayores sabios,
> y en cuanto al resto del tiempo,
> son llamados héroes y venerados por los hombres [1].

El alma, pues, como es inmortal y ha nacido muchas veces, y ha visto todas las cosas de este y del otro mundo, ha aprendido todas las cosas que existen.

Cf. también n.os 149, 159.

[1] Píndaro, *Fragmento* 133.

G. *MITOS DEL TIPO DE ORFEO*

184. UN ORFEO POLINESIO

Un héroe maorí, Hutu, descendió al mundo inferior en busca del alma de la princesa Pare, que se había suicidado después de haber sido humillada por él. Este relato nos recuerda el mito del descenso de Orfeo a los infiernos en busca del alma de su esposa, Eurídice.

Una vez, cuando la lanza que había arrojado llevó a Hutu hasta la puerta de Pare, la noble joven, cuyo corazón se había rendido a la habilidad y la presencia del mozo, manifestó a éste su admiración y su amor, y le invitó a entrar en su casa. Pero él la rechazó y se fue lejos. Abrumada de vergüenza, «mandó ella a sus sirvientes que lo arreglaran todo y pusieran en orden la casa. Cuando todo estuvo dispuesto, se sentó sola a llorar y luego se levantó y se ahorcó». Hutu, lleno de remordimientos y temeroso de la ira del pueblo, se propuso rescatar su alma del mundo inferior. Primero se sentó y estuvo cantando los conjuros sacerdotales relacionados con la muerte y la morada de los muertos. Luego se levantó y se dispuso a emprender el viaje. Llegó hasta donde vivía Hine-nui-te-po («Gran Señora de la Noche»), que reina en el país de las sombras. Malhumorada, como de costumbre, cuando Hutu le preguntó cuál era el camino, le señaló el que sigue los espíritus de los perros cuando descienden a las regiones inferiores, pero luego se le mostró más propicia cuando él le regaló su preciosa maza de mano, hecha de jade. Contenta por el regalo, la diosa le indicó el verdadero camino, coció unas raíces de helecho para él y las puso en un cestillo, advirtiéndole al mismo tiempo que comiera poco, pues debía durarle para todo el viaje. Si comía del alimento del mundo inferior, ello significaría que, en vez de devolver el espíritu de Pare al mundo de la luz, su alma quedaría condenada a permanecer para siempre en las regiones inferiores. También le advirtió la diosa: Cuando salgas de este mundo, inclina tu cabeza al descender al mundo tenebroso. Pero cuando estés cerca del mundo de abajo, soplará sobre ti un viento desde abajo, que alzará de nuevo tu cabeza, y te encontrarás en la posición correcta para caer de pie...». Hutu logró llegar sano y salvo al mundo inferior, y al pedir noticias sobre Pare, le dijeron que estaba «en la aldea». Aunque la muchacha sabía que Hutu había llegado y que la andaba buscando, la vergüenza que sentía la indujo a ocultarse. Con la esperanza de atraerla fuera de su casa, Hutu organizó una competición de trompo y jabalina, juegos que gustaba mucho contemplar

a Pare, según él sabía. Pero ella no quiso comparecer. Finalmente, Hutu, con el corazón muy dolido, dijo a los demás: «Traigamos un tronco muy alto y cortémosle las ramas». Hecho esto, trenzaron cuerdas y las ataron al extremo más alto; luego tiraron todos de las cuerdas para combar el tronco, de forma que la punta tocaba en tierra. Hutu se agarró a ella y otro hombre se sujetó a sus espaldas. Entonces gritó Hutu: «¡Soltad!». Y el árbol lanzó por los aires al joven aventurero y al que le acompañaba. Todos los asistentes, entusiasmados por esta exhibición, prorrumpieron en gritos. Pare no pudo aguantar más y salió a ver el nuevo juego. Finalmente dijo: «Dejadme que salte yo también, pero quiero hacerlo sentada sobre tus hombros».

Lleno de alegría, respondió Hutu: «Sujétate bien a mi cuello, Pare». Curvaron de nuevo el árbol y soltaron las cuerdas al dar Hutu la señal, y salió disparado hacia arriba con tal fuerza que las cuerdas se dispararon hacia la cara interna del mundo superior, enredándose en las hierbas que había en la entrada al reino de las sombras. Trepando por las cuerdas con Pare a sus espaldas, Hutu salió al mundo de la luz. Marchó directamente al lugar en que yacía el cuerpo muerto de Pare, y el espíritu de la joven penetró de nuevo en su cuerpo y resucitó.

J. White, *The Ancient History of the Maori* II (Wellington 1887-1890) 164-167.

185. UN ORFEO CALIFORNIANO

(mito de los yokutos tachis)

También entre las tribus indias norteamericanas es popular el mito de Orfeo, especialmente en las regiones occidentales y orientales del continente.

Un tachi tenía una bella esposa, que murió y fue enterrada. Su esposo fue a la tumba y cavó un hoyo junto a ella. Allí se quedó vigilando, sin comer y sin hacer uso más que del tabaco. Al cabo de dos noches vio cómo ella se levantaba, se sacudía la tierra de encima y echaba a andar en dirección a la isla de los muertos. El hombre trató de detenerla, pero no consiguió sujetarla. Caminó ella hacia el sur y él la siguió. Cada vez que intentaba sujetarla, ella se escapaba. Entonces ya no trató de retenerla, sino que la dejó marchar. Al romper el día se detuvo ella. El se quedó allí, pero no podía verla. Cuando cayó la oscuridad, la mujer se levantó de nuevo y echó a andar. Se volvió hacia el oeste y cruzó el lago Tulare (o su ensenada). Al romper el día, el hombre trató de rete-

nerla, pero no pudo sujetarla. Durante el día se quedó ella en el mismo sitio, y lo mismo hizo el hombre, pero no podía verla. Había allí un buen sendero, y el hombre vio las huellas de sus parientes y amigos. Al caer la tarde, su esposa se puso de nuevo en pie y echó a andar. Llegaron a un río que corre hacia el oeste, en dirección a San Luis Obispo, el río de los tulamni (la descripción corresponde al Santa María, pero los tulamni viven en el desagüe de Tulare, en las inmediaciones del lago Buena Vista). Allí alcanzó el hombre a su esposa, y allí permanecieron los dos todo el día. Aún no tenía él nada para comer. Por la tarde se puso ella de nuevo en marcha, esta vez en dirección al norte. Luego, en algún lugar al oeste del país de los tachis, la alcanzó él de nuevo y pasaron allí todo el día. Por la tarde echó a andar la mujer y siguieron hacia el norte, al otro lado del río San Joaquín, al norte o al este del mismo. De nuevo alcanzó él a su esposa. Entonces le dijo ella: «¿Qué es lo que piensas hacer? Ahora no soy nada. ¿Cómo podrás recuperar mi cuerpo? ¿Crees que lo vas a conseguir?». Dijo él: «Así lo creo». Dijo ella: «No lo creo. Ahora marcharé a un lugar diferente». Desde que rompió el día permaneció allí el hombre. Por la tarde echó a andar una vez más la mujer y esta vez iba siguiendo el río, pero él la alcanzó de nuevo. Ella no le habló una palabra. Se detuvieron entonces durante todo el día, y al llegar la noche emprendieron de nuevo el camino. Ahora ya estaban cerca de la isla de los muertos. Estaba unida a tierra por un puente que se alzaba y bajaba, llamado *chʻeleli;* bajo este puente discurre velozmente la corriente de un río. Los muertos pasaban por él. Cuando estaban ya sobre el puente, un pájaro revoloteaba por encima de ellos y los asustaba. Muchos caían al río y se convertían en peces. Dijo entonces el jefe de los muertos: «Alguien ha venido». Ellos le dijeron: «Aquí hay dos. Uno de ellos está vivo, porque huele». Dijo el jefe: «No le dejéis cruzar». Cuando la mujer llegó a la isla, le preguntó él: «¿Tienes un acompañante?». Y ella le dijo: «Sí, mi esposo». El le preguntó: «¿Viene él aquí?». Dijo ella: «No lo sé; él está vivo». Preguntaron ellos al hombre: «¿Quieres venir a este país?». Dijo él: «Sí». Entonces le explicaron ellos: «Espera. Voy a ver al jefe». Dijeron luego al jefe: «Dice que quiere venir a este país. Pensamos que no dice la verdad». «Bien, dejadle cruzar». Trataron entonces de asustarlo para que cayera del puente. Le dijeron: «Pasa. El jefe dice que puedes cruzar». Entonces el pájaro *(kacha)* voló por encima y trató de asustarle, pero no consiguió que se cayera del puente al agua. Le llevaron luego ante el jefe. El jefe le dijo: «Esta es una mala tierra. No deberías haber venido. Sólo tenemos el alma *(ilit)* de tu esposa. Ella ha dejado

sus huesos junto con su cuerpo. Creo que no podemos devolvértela». Por la tarde estuvieron danzando. Era una danza en círculo y gritaban al mismo tiempo. El jefe dijo al hombre: «Mira a tu mujer en medio de la multitud. Mañana no verás a nadie». El hombre permaneció allí tres días. Entonces dijo el jefe a algunos de aquella gente: «Traed a esa mujer. Su marido quiere hablar con ella». Llevaron a la mujer hasta allí. El le preguntó: «¿Es éste tu marido?». Dijo ella: «Sí». Le preguntó él: «¿Crees que quieres volver con él de nuevo?». Dijo ella: «No lo pienso así. ¿Qué es lo que quieres?». El jefe dijo: «Pienso que no. Puedes quedarte aquí. No puedes regresar. Ahora no tienes ningún valor». Entonces dijo al hombre: «¿Quieres acostarte con tu mujer?». El dijo: «Sí, un poco. Quiero acostarme con ella y decirle algo». Entonces le permitieron dormir con ella aquella noche, y ellos estuvieron hablando. Al romper el día, la mujer había desaparecido y estaba dormida junto a una encina caída. El jefe le dijo: «Levántate. Es tarde». Abrió los ojos y vio una encina en lugar de su mujer. El jefe dijo: «Ya has visto que no podemos hacer que tu mujer sea como era. Ahora no vale nada. Es mejor que regreses. Allí tienes una buena tierra». Pero el hombre replicó: «No, yo quiero quedarme». El jefe le contestó: «No, no lo hagas. Vuelve por aquí siempre que quieras, pero ahora regresa». Sin embargo, el hombre se quedó allí seis días. Entonces dijo: «Voy a regresar». Entonces, por la mañana, emprendió el camino de regreso a su casa. El jefe le dijo: «Cuando llegues, escóndete. Luego, a los seis días, sal y haz una danza». El hombre regresó entonces. Dijo a sus parientes: «Hacedme una casita. A los seis días saldré y danzaré». Estuvo allí cinco días. Entonces sus amigos empezaron a saber que había regresado. «Nuestro pariente ha vuelto», dijeron todos ellos. El hombre tenía ya mucha prisa. Después de cinco días salió. Por la tarde empezó a danzar y estuvo danzando toda la noche, explicando lo que había visto. Por la mañana, cuando dejó de danzar, fue a bañarse. Entonces le mordió una serpiente de cascabel. Murió. De este modo pudo regresar a la isla. Allí está ahora. Gracias a él sabe la gente que está allí. Cada dos días se llena la isla. Entonces el jefe reúne a la gente y les dice: «Tenéis que nadar». La gente deja de danzar y va a bañarse. Entonces el pájaro los asusta y algunos se convierten en peces, otros en patos, y sólo unos pocos salen del agua como personas. De este modo se hace lugar cuando la isla está llena. El nombre del jefe que hay allí es Kandjidji.

A. L. Kroeber, *Indian Myths of South Central California:* «American Archaeology and Ethnology» 4 (1906-1907) 216-218.

H. *PARAISOS*

186. UN PARAISO MAHAYANISTA: EL PAIS PURO

(*Sukhāvatīvyūha,* caps. 15-18)

15. Este mundo Sukhavati, Ananda, que es el sistema cósmico del Señor Amitabha, es rico y próspero, cómodo, fértil, placentero, y está poblado por numerosos dioses y hombres. Y en este sistema cósmico, Ananda, no hay infiernos ni animales ni espíritus ni Asuras ni ninguno de los lugares infaustos para renacer. Y en este nuestro mundo no aparecen joyas como las que existen en el sistema cósmico Sukhavati.

16. Y este sistema cósmico Sukhavati, Ananda, emite muchas fragancias, es rico en una gran variedad de flores y frutos, se adorna con árboles enjoyados a los que acuden bandadas de diversos pájaros de suaves trinos, conjurados por el poder milagroso del Tathagata. Y estos árboles enjoyados, Ananda, poseen colores diversos, colores numerosos, muchos cientos de miles de colores. Están diversamente compuestos de las siete cosas preciosas, en combinaciones varias, es decir, de oro, plata, berilo, cristal, coral, perlas rojas o esmeralda. Estos árboles enjoyados, todos hechos de cosas preciosas, los macizos de bananos y las hileras de palmeras, todos hechos de cosas preciosas, crecen por todas partes en este campo búdico. Por todos lados lo cercan redes de oro y está cubierto de flores de loto hechas de cosas preciosas. Algunas de estas flores de loto miden media milla de circunferencia y otras hasta diez millas. Y de cada loto enjoyado brotan treinta y seis cientos de miles de kotis de rayos. Y al extremo de cada rayo brotan treinta y seis cientos de miles de gotis de Budas, con sus cuerpos dorados, que llevan las treinta y dos marcas del superhombre, y que, en las diez direcciones, alcanzan a innumerables sistemas cósmicos, en los que exponen el Dharma.

17. Además, Ananda, en este campo búdico no hay montañas —montañas negras, montañas enjoyadas, Sumero, reyes de las montañas, montañas circulares y montañas en grandes círculos—, sino que todo él es plano por doquier, suave como la palma de la mano, y por todos lados el suelo contiene una gran variedad de joyas y gemas...

18. Y muchos ríos discurren por todo este sistema cósmico Sukhavati. Hay allí grandes ríos, de una milla de anchura, y de hasta cinco millas de anchura y de doce millas de profundidad. Y estos ríos corren mansamente, sus aguas son olorosas con muchas y agradabilísimas fragancias, abundan en ellos los manojos de

flores a los que se adhieren diversas joyas, y resuenan con una diversidad de suaves sonidos. Y el sonido que se escucha de estos grandes ríos es tan placentero como el de los instrumentos musicales, que consiste de cientos de miles de kotis de partes, y que, sabiamente combinado, emite una música celeste. Es profundo, insinuante, distinto, claro, grato de escuchar, conmovedor, delicioso, suave, grato y nunca se cansa uno de escucharlo, pues siempre es consonante con el ánimo y nunca cabe cansarse de escucharlo, como las palabras «Impermanente, pacífico, tranquilo y no yo». Tal es el sonido que llega a los oídos de aquellos seres.

Y, Ananda, las dos orillas de estos grandes ríos están plantadas de diversos árboles enjoyados y olorosos, de los que penden ramos de flores, hojas y ramas de todas clases. Y si aquellos seres quieren entregarse a ejercicios llenos de celestes delicias a las orillas de los ríos, entonces entran en el agua y ésta alcanza en cada caso la altura que desean, hasta los tobillos, hasta las rodillas, hasta las caderas, hasta los costados o hasta los oídos. Y experimentan delicias celestes. Si aquellos seres quieren que el agua sea fría, para ellos se vuelve fría. Si quieren que sea caliente, para ellos se vuelve caliente. Si quieren que sea caliente y fría, para ellos se vuelve caliente y fría, de modo que mayor placer les cause. Y estos ríos discurren llenos de aguas cargadas de los más finos aromas y cubiertas de flores, resonando con los cantos de muchos pájaros, fáciles de vadear y limpias de fango y con arenas doradas a sus orillas. Y todos los deseos que aquellos seres puedan tener, todos serán satisfechos, siempre que sean legítimos.

Y en cuanto al sonido placentero que surge de las aguas (de aquellos ríos), llega a todos los rincones de este campo búdico. Y cada cual escucha el sonido que desea oír, es decir, el sonido de Buda, del Dharma, la Samgha, las (seis) perfecciones, las (diez) etapas, los poderes, los fundamentos de la confianza en sí mismo, de los dharmas especiales de un Buda, del conocimiento analítico, del vacío, de la ausencia de signos, de la ausencia de deseos, de lo inafectado, de lo innato, de la no producción, la no existencia, la no cesación, la calma, la quietud y la paz, de la gran amistad, de la gran compasión, el gran gozo de simpatía, la gran quietud de la mente, de la aceptación paciente de las cosas que puedan suceder, de la adquisición de la etapa en que se logra la consagración (como Tathagata). Y al escuchar este sonido, se gana el deleite exaltado y el gozo que va asociado al desasimiento, la ausencia de pasión, la calma, la cesación, el Dharma y que produce el estado de la mente que lleva a la plenitud de la iluminación. Y en ningún lugar de este sistema cósmico Sukhavati se escucha nada incon-

veniente, nada que signifique estorbo, estado de castigo, estado de sufrimiento, malos destinos o dolor. Ni tan siquiera se advierte allí cosa que se parezca a lo agradable o lo desagradable, cuánto menos al dolor. Y ésta es, Ananda, la razón de que este sistema cósmico se llame el «País Puro» (Sukhavati). Pero todo lo dicho es una breve descripción, no en detalle. Un eón puede muy bien llegar a su término mientras se proclaman los motivos de felicidad del sistema cósmico Sukhavati, y no se habría podido llegar al final de (la enumeración de) los motivos de felicidad.

E. Conze, *Buddhist Texts through the Ages* (Oxford 1954).

187. LA VISION DE ALA EN EL OTRO MUNDO

Dijo Hammad ibn Sulaimán: Cuando los bienaventurados hayan entrado en el Paraíso y se hayan establecido allí en placer y delicias, en un reino magnífico, una noble residencia donde se encontrarán seguros y tranquilos, se olvidarán de todo lo que les fue prometido en este mundo acerca de que verían a Alá y que marcharían a visitarle, de tan ocupados que estarán con las bendiciones y placeres que disfrutarán allí.

Y así, mientras se hallen en aquel lugar, ved cómo un ángel de los de la presencia de Alá —poderoso y lleno de majestad es él— los contempla desde uno de los fuertes muros del Paraíso, desde una altura tan elevada que ninguna de las cosas que hay en el Paraíso queda oculta a su mirada. Es un muro hecho de perla centelleante cuya luz brilla por encima del Trono y resplandece hasta el punto más alto del cielo. Este ángel gritará con su más fuerte voz: «¡Oh pueblo del Paraíso, saludos de paz a ti!». Pero al mismo tiempo su voz estará tan llena de compasión que, aun siendo tan fuerte, todos los oídos se inclinan hacia ella y todos los rostros se vuelven a escucharla, pues todas las almas se conmueven, se gozan y se apresuran a responderle. Todos ellos escuchan la voz y adquieren la convicción de que corresponde a un mensajero que viene de la presencia de Alá —poderoso y majestuoso es él—, y no suscitará en ellos ninguna duda, por lo que le responderán: «¡Labbaika, Labbaika»! [1]. Oh convocador de parte de Alá, nuestro Señor. Te hemos escuchado y te respondemos». Entonces dirá él: «¡Bienvenidos vosotros, santos de Alá, bienvenidos, muy bien-

[1] Esta exclamación, cuyo significado apenas se entiende, es el antiguo grito que debían lanzar los que se aproximaban al santuario de La Meca. Lo usan hoy todavía los peregrinos musulmanes. El término técnico con que se designa el uso devocional de esta exclamación es *talbiya*.

venidos! Alá —poderoso y majestuoso es él— os envía saludos de paz, diciendo que está muy complacido de vosotros y [preguntando] si vosotros estáis contentos de él». Ellos responderán: «¡Alabanza sea a Alá que nos ha traído hasta aquí, pues no hubiéramos sido guiados si Alá no nos hubiera guiado (VII, 43/41). Alabanza sea a él, puesto que él se ha complacido en nosotros y ha hecho que nosotros estemos satisfechos. A él alabanza y acción de gracias, puesto que ha sido generoso con nosotros y nos ha dado todo esto». Entonces el ángel dirá: «¡Oh santos de Alá! Alá —gloria a él— os envía saludos de paz y os dice: '¿He cumplido la promesa que os hice en el mundo o me he quedado corto en algo?'». Ellos responderán: «Alabanza a Alá, suyos son los dones y los favores. El ha cumplido en verdad su promesa y nos ha otorgado la abundancia que de él viene, este Paraíso, en que podemos ir por donde queremos». Entonces les dirá [el ángel]: «Alá —gloria sea a él— os envía saludos de paz, y os recuerda que en el mundo él os prometió que en el Paraíso le visitaríais, os acercaríais a él y que le contemplaríais. Ahora está dispuesto a cumplir lo que os prometió, así que os da ahora y aquí permiso para que os preparéis a tener vuestra felicidad completa en su presencia».

Al oír esto, todo cuanto hayan disfrutado en el Paraíso y todo lo que allí hayan conseguido les parecerá una pequeñez en comparación con esta grande y superabundante felicidad. Ciertamente, todo cuanto contiene el Paraíso les parecerá insignificante en comparación con el hecho de que Alá se ha complacido en ellos y [les permite] visitarle y contemplarle. Se dispondrán, por consiguiente, a visitar a su Señor con sus mejores galas y sus más bellos atavíos. Se vestirán con las más preciosas túnicas y usarán los más fragantes perfumes, y cabalgarán sobre los más finos corceles y las monturas de más noble raza, los más bellos que posean, y saldrán, con coronas sobre sus cabezas, cada hombre de su palacio y de su jardín, hasta que traspase los más lejanos límites de su propiedad y salga a los caminos del Paraíso, precediéndole y guiándole su *wildān* [2] en el camino para visitar al más ilustre de todos los reyes. Entre tanto alzan sus voces en expresiones de añoranza y encomio y *tahlīl* (aleluya), y cada uno de ellos que va saliendo a los senderos del Paraíso se encuentra con su hermano [musulmán] que ha salido con el mismo propósito que él.

Y viajarán de este modo hasta que lleguen a un ancho espacio

[2] Cada uno de los bienaventurados que moran en el Paraíso tiene cierto número de sirvientes y sirvientas de origen celestial. Los *wildān* son los jóvenes celestes que les atienden, mientras que las *hūrīs* son sus celestiales azafatas.

abierto ya en los límites del Paraíso, cuyo suelo es llano, despejado, blanco y alcanforado, pues está hecho de alcanfor mezclado con almizcle y ámbar gris, y sus piedras son de perla y jacinto. Allí se reunirán, presididos por el ángel que los ha convocado y que ha ido al frente de ellos durante el viaje hasta llevarlos a este Jardín de Edén. Alá habrá dado una orden a este Jardín [diciendo]: «Adórnate, pues he llamado a mis santos para que me visiten dentro de ti», de modo que el Jardín se habrá adornado con los adornos más exquisitos y bellos, y sus asistentes y *wildān* también se habrán preparado del mismo modo. Así, cuando los santos lleguen a la puerta del Jardín, el ángel irá delante de ellos, llevando consigo al pueblo del Paraíso, y todos ellos gritarán: «Saludos a vosotros, oh ángeles de nuestro Señor». Entonces se les abrirá una puerta entre cuyas hojas hay la misma distancia que aquí en la tierra media entre el este y el oeste. Esta puerta es de verde esmeralda, y sobre ella hay cortinas de luz de un brillo tan fuerte que sería capaz de destruir la vista. Entrarán en un valle y se desparramarán por él, un valle de enorme amplitud, tanto a lo ancho como a lo largo, cuyas dimensiones sólo son conocidas de aquel que lo creó por su poder y que lo dispuso en su sabiduría. Su suelo es del más fino almizcle y azafrán y ámbar gris, sus piedras son jacintos y joyas, sus pequeños guijarros son de oro, mientras que a sus costados hay árboles cuyas ramas penden hasta el suelo, cuyos frutos quedan al alcance de la mano, cuyos pájaros cantan dulcemente, cuyos colores brillan espléndidos, cuyas flores se abren magníficas y de los que se desprende un aura [tan deliciosa] que es capaz de reducir a la insignificancia todos los demás placeres, de modo que si de ella se enviara a este mundo lo que puede pasar por el ojo de una aguja, podrían curarse todas las enfermedades.

Bajo estos árboles hay sillas y banquetas de luz que brillan, sillas y banquetas de jacinto y de joyas, y semejantes al oro rojo, a la verde esmeralda, al almizcle y al ámbar gris, puestas allí para los profetas, los mensajeros, los santos también y los piadosos, luego para los mártires y los justos y finalmente para el Bendito entre todos los demás hombres. Sobre [estas sillas] hay telas de brocado y satén y seda verde, preciosísimas, de seda tejida y bordada de jacintos y joyas, y [sobre ellas] también hay cojines de brocado rojo. Se les dará permiso para sentarse en ellas conforme al rango y honor debido a cada cual. Serán recibidos con gritos de bienvenida y aplausos, con aclamaciones a sus honores y méritos. Así, cada uno tomará el lugar que corresponde a la medida del honor de que disfruta ante su Señor y conforme al grado de proximidad que le corresponde a él y en su favor, mientras que los ángeles y

26

wildān les muestran un gran respeto al darles asiento. Entonces, cuando cada uno haya ocupado su lugar y se haya sentado conforme a su rango, se darán órdenes para que les sirvan los más finos manjares. Y los tomarán con tanto placer que olvidarán cualquier alimento que antes hubieran comido, y todo lo que antes hayan conocido les parecerá una insignificancia. [Les servirán] en fuentes a las que nada semejante habrán conocido antes, y en mesas como nada parecido habrán contemplado nunca. Entonces se ordenará que les sirvan las más finas clases de frutas, como nunca antes las habían visto, y comerán de aquellas frutas y disfrutarán con ellas hasta saciar todos sus deseos. Entonces se ordenará que les sirvan las bebidas más finas, como nunca antes las habían bebido [y se las servirán] en vasos de perla y jacinto de brillante resplandor, que despedirán luces como hasta entonces nunca las habían contemplado. Beberán, pues, y se regocijarán, y se darán órdenes de que sean perfumados con perfumes como antes nunca los habían disfrutado. Se darán luego órdenes de que se les vistan ropas de honor como antes nunca se habían visto ni siquiera en el Paraíso, y de tal esplendor y belleza como nunca antes las habían tenido para su placer.

Esta será su condición, así que no preguntéis sobre la felicidad y el gozo que allí disfrutarán, porque todo cuanto habían tenido antes les parecerá ahora que no valía nada. Entonces Alá —gloria sea a él— dirá: «¡Oh mis santos! ¡Oh mis siervos! ¿He cumplido todo lo que os había prometido en el mundo? ¿He cumplido ampliamente mi promesa?». Ellos responderán: «¡Sí, oh Señor nuestro! Por tu poder, tú has cumplido tu promesa, y has cumplido con creces lo que nos habías prometido». Entonces él —gloria a él— dirá: «No, por mi poder, que aún queda una cosa para vosotros, que estimáis más y que todavía anheláis. ¿Para qué habéis llegado hasta mí sino para contemplarme, de modo que vuestra bienaventuranza quede así colmada?». Entonces él —gloria sea a él— dará órdenes a los velos de luz para que se levanten y al temor espantoso para que se retire. Entonces él —gloria sea a él— se les manifestará de modo que ellos puedan mirarle. Entonces le verán ellos sin daño o perjuicio alguno, y no habrá gozo que pueda igualarse al gozo que ello les causará, ni puede compararse felicidad o placer al que por ello tendrán. Caerán, pues, ante su Señor postrados y con gran humildad, diciendo: «Gloria sea a ti, oh Señor nuestro. En tu alabanza eres bendecido y exaltado, y bendito es tu nombre».

A. Jeffery, *Islam: Muhammad and His Religion* (Nueva York 1958) 98-103. Texto tomado de Ibn Makhluf, *Kitāb al-'Ulūm al-fākhira fi'n-nazr fī Umūr al-Ākhira* II (El Cairo 1317/1899) 151-153.

I. *EL FIN DEL MUNDO*

188. AHURA MAZDA ENSEÑA A YIMA EL MODO DE SALVAR TODO LO MEJOR QUE HAY EN EL MUNDO

(*Videvdat, Fargard* II)

Se aproxima un terrible invierno, un invierno que será capaz de destruir todos los seres vivos. Yima, el primer hombre y también primer rey, recibe aviso para que construya un recinto (vara) *bien protegido en el que habrá de guardar todo lo mejor de cuantas clases existen de plantas y animales. Allí viven en una situación de felicidad perfecta.*

(46) Y Ahura Mazda habló a Yima, diciendo:
«¡Oh Yima justo, hijo de Vivanghat! Terribles inviernos van a caer sobre el mundo material, que traerán consigo duras, mortales heladas; sobre el mundo material van a caer terribles inviernos, que arrastrarán consigo espesos copos de nieve, que rebasarán hasta las altas cimas de las montañas.

(52) Y las fieras que viven en el desierto, y las que viven sobre las cumbres de las montañas, y las que viven en el fondo de la hondonada se refugiarán en guaridas subterráneas.

(57) Antes de este invierno, los campos producirán hierba en abundancia para el ganado, antes de que las aguas los inunden. Pero cuando se fundan las nieves, oh Yima, un lugar en que puedan verse las huellas de una oveja será un portento en el mundo.

(61) Hazte, por consiguiente, un *vara* (recinto) que por cada lado en cuadro tenga la medida de un picadero, y lleva a él las semillas de ovejas y toros, de hombres, de perros, de aves y de fuegos que rojos llamean.

Hazte, por consiguiente, un *vara* que por cada lado en cuadro tenga la medida de un picadero, que sea refugio para los hombres; un *vara* que por cada lado en cuadro tenga la medida de un picadero, para los toros y las ovejas.

(65) Harás que discurran allí las aguas por un cauce de un *hathra* de ancho. Recogerás allí pájaros, sobre el verde que nunca se marchita, con alimentos que nunca se acaban. Establecerás allí moradas consistentes en casa con una balconada, un patio y una galería.

(70) Allí llevarás las semillas de hombres y mujeres, de los mejores, los más grandes y más hermosos que haya en la tierra.

Luego llevarás las semillas de toda clase de ganados, de los más grandes, los mejores, los más hermosos de la tierra.

(74) Luego llevarás allí las semillas de toda clase de árboles, de los de mayor tamaño y más suave aroma que haya en la tierra; llevarás allí las semillas de toda clase de frutos, los de mejor sabor y más suave aroma. Todas estas semillas llevarás, dos de cada especie, para que se mantengan sin extinguirse allí, mientras aquellos hombres hayan de permanecer en el *vara.*

(80) Nada habrá allí jorobado, nada encorvado hacia adelante; ningún impotente, ningún loco; ningún malicioso, ningún mentiroso; ningún rencoroso, ningún envidioso; ningún desdentado, ningún leproso que haya de ser encerrado; ninguna de las marcas con que Angra Mainyu señala los cuerpos de los mortales.

(87) En la parte más amplia de aquel lugar harás nueve calles, seis en la mediana y tres en la más reducida. A las calles de la parte más amplia llevarás mil semillas de hombres y mujeres; a las calles de la mediana, seiscientas; a las calles de la más reducida, trescientas. Este *vara* sellarás con tu sello de oro, y harás una puerta y una ventana con luz propia dentro».

(93) Entonces se dijo Yima: «¿Cómo me las arreglaré para hacer este *vara* que Ahura Mazda me ha mandado hacer?».

Y Ahura Mazda dijo a Yima: «¡Oh Yima justo, hijo de Vivanghat! Marca la tierra con una huella de tu talón, y luego amásala con tus manos como hace el alfarero cuando amasa el barro».

J. Darmesteter, *The Zend-Avesta* I, en *Sacred Books of the East* IV (Oxford [2]1895) 15-18.

189. EL BUDA PREDICE LA DECADENCIA GRADUAL DE LA RELIGION

(Anagatavamsa)

Alabanza a este Señor, Arahant, Buda perfecto.

Esto he escuchado: Cierta vez estaba sentado el Señor cerca de Kapilavatthu en el monasterio de Banyan a la orilla del río Rohani. Entonces el venerable Sariputta preguntó al Señor acerca del futuro Vencedor:

«El héroe que vendrá detrás de ti,
el Buda, ¿de qué clase será?
Quiero saberlo todo sobre él.
Que el Iluminado lo describa».

Cuando hubo escuchado al Anciano,
así habló el Señor:
«Te lo diré, Sariputta,
atiende a mis palabras.

En este eón dichoso
tres rectores ha habido,
Kakusandha, Konagamana
y el rector Kassapa también.

Yo soy ahora el Buda perfecto.
y también vendrá Metteyya [Maitreya]
antes de que este mismo eón dichoso
corra hacia el término de sus años.

El Buda perfecto, Metteyya
por nombre, supremo entre los hombres».

[Sigue luego el relato sobre la existencia anterior de Metteyya, y más adelante se expone cómo se producirá la decadencia gradual de la religión].

«¿Cómo sucederá? Después de mi muerte habrá cinco desapariciones. ¿Qué cinco? La desaparición del logro (en la Dispensación), la desaparición de la conducta adecuada, la desaparición del saber, la desaparición de la forma externa, la desaparición de las reliquias. Habrá estas cinco desapariciones.

Aquí el logro significa que sólo durante mil años después del Nirvana completo del Señor serán capaces los monjes de practicar discernimientos analíticos. Según vaya avanzando el tiempo, mis discípulos llegarán a ser no retornantes, retornantes una sola vez y vencedores de la corriente. Para éstos no se producirá la desaparición del logro, pero con la extinción de la vida del último vencedor de la corriente, el logro habrá desaparecido.

En esto, Sariputta, consiste la desaparición del logro.

La desaparición de la conducta adecuada significa que, incapaces de practicar *jhana,* discernimiento, caminos y frutos, dejarán de observar en su integridad las cuatro purezas del hábito moral. Según vaya avanzando el tiempo, sólo guardarán las cuatro culpas que implican derrota. Mientras haya cien o mil monjes que guarden y tengan presentes las cuatro culpas que implican derrota, no se producirá la desaparición de la conducta adecuada. Con el quebrantamiento del hábito moral por el último monje o con la extinción de su vida, la conducta adecuada desaparecerá.

En esto, Sariputta, consiste la desaparición de la conducta adecuada.

La desaparición del saber significa que mientras se mantengan los textos con los comentarios pertinentes a la palabra del Buda en los tres Pitakas no se producirá la desaparición del saber. Según vaya pasando el tiempo, habrá reyes de baja cuna, no hombres del Dhamma. Tampoco sus ministros serán hombres del Dhamma, y, en consecuencia, tampoco los habitantes de su reino serán hombres del Dhamma. Y como no serán hombres del Dhamma, no lloverá convenientemente. En consecuencia, las cosechas no brotarán, y, en consecuencia, los donantes de cuanto es necesario para la comunidad de monjes no estarán en condiciones de darles lo necesario. Al no recibir lo necesario, los monjes no recibirán alumnos. Según vaya pasando el tiempo, el saber irá decayendo. En esta decadencia, el Gran Patthana mismo será el primero en extinguirse. También sufrirán por causa de esta decadencia el Yamaka, el Puggalapaññati, el Dhatukatha, el Vibhanga y el Dhammasangani. Si perece el Abhidhamma Pitaka, también perece el Suttanta Pitaka. Si los Suttantas perecen, primero perece el Anguttara. Si éste perece, también perecen el Samyutta Nikaya, el Majjhima Nikaya, el Digha Nikaya y el Kuddaka Nikaya. Recordarán simplemente el Jataka junto con el Vinaya Pitaka. Pero sólo los monjes conscientes recordarán el Vinaya Pitaka. Según vaya pasando el tiempo, incapaces de recordar ni siquiera el Jataka, primero perecerá el Vessantara Jataka. Si éste perece, también perece el Apannaka Jataka. Cuando los Jatakas perezcan, sólo serán capaces de recordar el Vinaya Pitaka. Según vaya pasando el tiempo, perecerá el Vinaya Pitaka. Mientras se siga conservando entre los hombres una estrofa de cuatro versos, no desaparecerá el saber. Cuando un rey que tenga fe haga poner una bolsa con mil (monedas) en un cofre de oro a lomos de un elefante, y haga sonar el tambor (de la proclamación) por toda la ciudad por dos y hasta por tres veces, a fin de que 'quienquiera que conozca una estrofa pronunciada por los Budas que tome estas monedas junto con el elefante real'; pero al no encontrar a nadie que conozca la estrofa de cuatro versos haya que devolver a palacio la bolsa con las mil (monedas), entonces habrá desaparecido el saber.

En esto, Sariputta, consiste la desaparición del saber.

Según vaya pasando el tiempo, cada uno de los últimos monjes, los que llevan su hábito, cuenco y mondadientes como los reclusos jainistas, habiendo tomado una calabaza y convirtiéndola en escudilla para las limosnas, andarán errantes de un lado para otro, lle-

vándola en sus brazos o manos o colgada de un cabo de cuerda. Según vaya pasando el tiempo, pensando: '¿De qué sirve esta túnica amarilla?', y cortando un pequeño retazo de una de ellas, y poniéndoselo en la nariz, oreja o cabello, cualquiera de ellos andará errante de un lado para otro, manteniendo mujer e hijos con la agricultura, el comercio y otros medios semejantes. Entonces hará una ofrenda a la comunidad del Sur por estos (rasgos de mal hábito moral). Os digo que adquirirá entonces un fruto incalculable por su ofrenda. Según vaya pasando el tiempo, pensando: '¿De qué nos sirve esto?', y desechando los retales de la túnica amarilla, cazará fieras y aves en el bosque. Entonces desaparecerá la forma exterior.

En esto, Sariputta, consiste la desaparición de la forma exterior.

Entonces, cuando la Dispensación del Buda Perfecto tenga cinco mil años de antigüedad, sus reliquias, al no recibir reverencia y honor, marcharán a otros lugares en que los reciban. Según vaya pasando el tiempo, no se les tributará honor y reverencia en ningún lugar. Cuando la Dispensación esté cayendo en el olvido, todas las reliquias, reunidas de todos los lugares, de la morada de las serpientes y del mundo de los devas y del mundo de Brahma, reunidas en el espacio que hay en torno al gran árbol Bo, y habiendo formado una imagen de Buda, y habiendo realizado un 'milagro' como el Doble Milagro, enseñarán el Dhamma. Ningún ser humano estará en aquel lugar. Todos los devas de los cien mil sistemas cósmicos, reunidos allí, escucharán el Dhamma y muchos miles de ellos alcanzarán el Dhamma. Y gritarán en voz alta, diciendo: 'Ved, devatas, dentro de una semana nuestro Unico de los Diez Poderes alcanzará el Nirvana completo'. Llorarán, diciendo: 'De aquí en adelante no habrá para nosotros más que tinieblas'. Entonces, las reliquias, produciendo la condición del calor, abrasarán aquella imagen hasta no dejar restos.

En esto, Sariputta, consiste la desaparición de las reliquias».

E. Conze, *Buddhist Texts through the Ages* (Oxford 1954).

190. ESCATOLOGIA IRANIA. LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS Y EL CUERPO FINAL

(Bundahishn Mayor)

(1) Está dicho en la Religión que, del mismo modo que Mashye y Mashyane, cuando surgieron de la tierra, consumieron primero

el agua y después las plantas y luego la leche y más tarde la carne, igual hacen los hombres cuando están para morir, pues primero se abstienen de la carne, luego de la leche y finalmente del pan, pero hasta el momento de morir siguen bebiendo agua.

(2) Del mismo modo, en el milenio de Oshetarmah (el último milenio antes de la venida de Soshyans), el poder de Az (la gula) está tan disminuido que los hombres se quedan satisfechos tomando una sola comida cada tres días y noches. Después de esto se abstienen de comer carne, y sólo comen plantas y la leche de los animales domésticos. Después de esto también se abstienen de beber leche, luego se abstienen también de comer plantas, y sólo beben agua. Diez años antes de la venida de Soshyans llegan a un estado en que no comen nada, pero no mueren.

(3) Entonces Soshyans resucitará a los muertos, como dice (la religión): «Zoroastro preguntó a Ohrmazd: '¿De qué modo el cuerpo que el viento ha arrebatado y que el agua ha dispersado podrá juntarse de nuevo, y cómo habrá de producirse la resurrección de los muertos?'. Y Ohrmazd dio su respuesta, diciendo: 'Cuando [yo establecí] el cielo sin columna sobre un soporte invisible *(mēnōk)*, con sus costados muy distantes, resplandecientes con la sustancia del metal brillante, y cuando yo creé la tierra que lleva sobre sí toda la creación material, aunque ella carece de soporte material, y cuando yo puse el sol, la luna y las estrellas —formas de luz— en sus cursos en la atmósfera, y cuando yo creé el grano en la tierra y lo esparcí para que creciera y produjera una gran cosecha, y cuando yo creé diversos y variados colores en las plantas, y cuando yo di el fuego a las plantas y a otras cosas, y él no las abrasa, y cuando yo creé el embrión en el seno de su madre y le di alimento, dándole además sus siete órganos..., cuando yo creé cada una de estas cosas, cualquiera de ellas era más difícil que resucitar a los muertos. Porque para la resurrección de los muertos cuento ya con sus semejanzas. Cuando aún no habían sido creados, no contaba con semejante ayuda».

(4) «'¡Mira! Si yo creé lo que aún no existía, ¿cómo me iba a ser imposible recrear lo que ya existió una vez? Porque entonces yo pediré al Espíritu de la Tierra los huesos, al agua la sangre, a las plantas el cabello, al viento el espíritu *(jān)* del mismo modo que lo recibieron en la creación primordial'».

(5) Primero serán resucitados los huesos de Gayomart, luego los huesos de Mashye y Mashyane, y después serán resucitados los huesos de todos los demás hombres. Durante cincuenta y siete años resucitará Soshyans a los muertos, y todos los hombres resucitarán, tanto los que se hayan salvado como los que se hayan condenado.

Y todo hombre resucitará en el lugar en que su espíritu le dejó o donde cayó en tierra...

(7) Entonces los hombres se reconocerán unos a otros, es decir, que el alma reconocerá al alma y al cuerpo, pensando: «Este es mi padre» o «éste es mi hermano» o «ésta es mi esposa» o «éste es uno de mis parientes». Entonces se reunirá la asamblea de Isatvastar cuando los hombres se alcen sobre la tierra en esa asamblea. Y todo hombre verá sus buenas y malas obras, y los salvados se distinguirán tan claramente de los condenados como se diferencian las ovejas blancas de las negras.

(8) Y en esta asamblea, el condenado que en la tierra tenía un amigo que se ha salvado reprochará al que se ha salvado, diciéndole: «¿Por qué no me avisaste en la tierra acerca de las buenas obras que tú mismo estabas practicando?». Y si en verdad el hombre que se ha salvado no había advertido al otro, tendrá que sufrir vergüenza en aquella asamblea.

(9) Entonces separarán a los salvados de los condenados, y llevarán a los salvados al Paraíso *(garōdhmān)* y arrojarán a los condenados al infierno. Y durante tres días y tres noches sufrirán los moradores del infierno castigos en el infierno, en sus cuerpos y en su almas *(jān)*, mientras que los salvados experimentarán gozo en sus cuerpos durante tres días y tres noches en el Paraíso.

(10) Porque está dicho que en aquel día, cuando los salvados sean separados de los condenados, brotarán lágrimas de los ojos de todos los hombres, hasta caerles por los pies. Cuando el hijo sea separado de la compañía del padre, el hermano de la del hermano, el amigo de la del amigo, entonces todo hombre lamentará las obras que hizo, llorando los salvados por los condenados, y llorando los condenados por sí mismos. Porque ocurrirá que el padre se haya salvado, mientras que el hijo estará condenado, o que un hermano se salve mientras que el otro se habrá condenado...

(13) Y Gochihr, la serpiente de la esfera celeste, caerá desde lo alto de la luna a la tierra, y la tierra sufrirá dolor como el dolor que siente una oveja cuando un lobo desgarra su lana.

(14) Entonces fundirán el dios del fuego y Airyaman los metales que hay en las montañas y en las colinas, que fluirán sobre la tierra como ríos. Y obligarán a todos los hombres a atravesar el metal fundido y purificarse de este modo. Y al que se haya salvado le parecerá que camina a través de leche tibia, pero al hombre que se haya condenado le parecerá que precisamente está caminando a través de metal fundido.

(15) Entonces se reunirán todos los hombres con una gran

alegría, el padre y el hijo, los hermanos y los amigos. Y un hombre preguntará a otro: «¿Cómo le ha ido a tu alma en todos estos años? ¿Te salvaste o te condenaste?». El alma también verá a su cuerpo, y le preguntará y recibirá respuesta de él.

(16) Todos los hombres se unirán en una misma voz y alabarán con una fuerte voz a Ohrmazd y los Amahraspands. Entonces habrá llevado Ohrmazd su creación a término, y ya no habrá ninguna otra obra que le quede por realizar.

(17) Mientras se produce la resurrección de los muertos, Soshyans y sus auxiliares realizarán el sacrificio de la resurrección de los muertos, y en este sacrificio será degollado el toro Hadhayans, y con la manteca del toro prepararán el Hom (Haoma) blanco, (la bebida de la) inmortalidad, y la darán a todos los hombres. Y todos los hombres se harán inmortales para siempre...

(19) Serán devueltos a cada hombre su esposa y sus hijos, y tendrán trato carnal con sus mujeres igual que lo tienen ahora en la tierra, pero no les nacerán hijos...

(22) Entonces Ohrmazd se apoderará del Espíritu de Destrucción, Vahuman (la Buena Mente) se apoderará de Akoman (la Mala Mente), Artvahisht, Indar, Shahrevar, Savul, Spandarmat Taromat (Arrogancia) que es Nanghaith, Hurdat y Amurdat se apoderarán de Tairich y Zairich, Habla Verdadera y Habla Falsa, y el bienaventurado Srosh se apoderará de Eshm (Ira) de la bandera sangrienta.

(23) Quedarán entonces sólo dos Mentiras, Ahrimán y Az (Concupiscencia). Entonces vendrá Ohrmazd a la tierra como sacerdote *zot,* con el bienaventurado Srosh como su sacerdote *raspik,* y traerá el cíngulo sagrado en sus manos. Mediante este ritual gático, Ahrimán y Az, quebrantadas sus armas, serán reducidos a la impotencia, y por el mismo lugar por el que irrumpieron en el cielo serán arrojados a las tinieblas y la oscuridad.

(24) Y la serpiente Gochihr se abrasará en el metal fundido, y el metal fundido correrá hasta hundirse en el infierno. Y todo el hedor y la corrupción que había en el infierno se abrasarán en este metal fundido y se purificarán. Y [el agujero del?] infierno por el que irrumpió el Espíritu de Destrucción quedará sellado por este metal fundido, y la tierra que había en el infierno será extraída a la anchura dilatada de este mundo material.

(25) Entonces tendrá lugar la resurrección final en los dos mundos, y de conformidad con su propio deseo, el mundo material se hará inmortal para siempre.

(26) También ha sido dicho que la tierra se hará llana, sin

colinas ni hondonadas. No habrá ni montañas ni cordilleras ni hoyas, ni tierras altas o tierras bajas.

R. C. Zaehner, *The Teachings of the Magi* (Londres 1956) 145-150.

191. MAHOMA HABLA DEL DIA DE LA CONDENACION

(Corán, 56, 1-56; 69, 13-37)

¡En el nombre de Dios, el compasivo, el misericordioso!

Cuando suceda el acontecimiento [de la resurrección],
nadie podrá negarlo.
¡Abatirá, exaltará!
Cuando la tierra sufra una violenta sacudida
y los montes se desmenucen totalmente,
convirtiéndose en fino polvo disperso,
y seáis divididos en tres grupos...
Los de la derecha —¿qué son los de la derecha?—,
los de la izquierda —¿qué son los de la izquierda?—
y los más distinguidos, ¿qué son los más distinguidos?
Estos son los allegados,
en los Jardines de la Delicia.
Habrá muchos de los primeros
y pocos de los últimos.
En lechos entretejidos de oro y piedras preciosas,
reclinados en ellos, unos enfrente de otros.
Circularán entre ellos jóvenes criados de eterna juventud
con cálices, jarros y una copa de agua viva,
que no les dará dolor de cabeza ni embriagará,
con fruta que ellos escogerán,
con la carne de ave que les apetezca.
Habrá huríes de grandes ojos,
semejantes a perlas ocultas,
como premio a sus obras.
No oirán allí vaniloquio ni incitación al pecado,
sino una palabra: «¡Paz! ¡Paz!».
Los de la derecha —¿qué son los de la derecha?—
estarán entre azufaifos sin espinas
y liños de acacias,
en una extensa sombra,
cerca de agua corriente

y abundante fruta,
inagotable y permitida,
en lechos elevados.
Nosotros las hemos formado de manera especial
y hecho vírgenes,
afectuosas, de una misma edad,
para los de la derecha.
Habrá muchos de los primeros
y muchos de los últimos.
Los de la izquierda —¿qué son los de la izquierda?—
estarán expuestos a un viento abrasador, en agua hirviente,
a la sombra de un humo negro,
ni fresca ni agradable.
Antes, estuvieron rodeados de lujo
sin salir del enorme pecado.
Solían decir: «Cuando muramos y seamos tierra y huesos, ¿se nos resucitará?
¿Y también a nuestros antepasados?».
Di: «¡En verdad, los primeros y los últimos
serán reunidos en el momento fijado de un día determinado!».
Luego, vosotros, extraviados, desmentidores,
comeréis, sí, de un árbol, del Zaqqum,
de cuyos frutos llenaréis el vientre.
Y, además, beberéis agua hirviente,
sedientos como camellos que mueren de sed...
Ese será su alojamiento el día del Juicio.

(56, 1-56)

Cuando se toque la trompeta una sola vez,
y la tierra y los montes sean alzados y pulverizados de un solo golpe,
ese día sucederá el Acontecimiento.
El cielo se henderá, pues, ese día, estará quebradizo.
Los ángeles estarán en sus confines y, ese día, ocho de ellos llevarán, encima, el Trono de tu Señor.
Ese día se os expondrá: nada vuestro quedará oculto.
Aquel que reciba su *Escritura* en la diestra, dirá: «¡Tomad! ¡Leed mi *Escritura!*
¡Ya contaba con ser juzgado!».
Gozará de una vida agradable
en un Jardín elevado,
cuyos frutos estarán al alcance de la mano.
«Comed y bebed en paz el fruto de lo que hicisteis en días pasados».
Aquel que reciba su *Escritura* en la siniestra, dirá: «¡Ojalá no se me hubiera entregado mi *Escritura,*

y no hubiera conocido el resultado de mi juicio!
¡Ojalá hubiera sido definitiva!
De nada me ha servido mi fortuna.
Mi poder me ha abandonado».
«¡Cogedle y ponedle una argolla al cuello!
¡Que arda, luego, en el fuego de la gehenna!
¡Sujetadle, luego, a una cadena de setenta codos!».
No creía en Dios, el Grandioso,
ni animaba a nadie a dar de comer al pobre.
Hoy no tiene aquí amigo ferviente,
ni más alimento que de *guislin*,
que sólo los pecadores comen.

(69, 13-37)

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

J. *PROFECIAS MESIANICAS Y MOVIMIENTOS MILENARISTAS*

192. LA PROFECIA REFERENTE A MAITREYA, EL BUDA FUTURO

(Maitreyavyakarana)

Maitreya aparecerá en el futuro, pasados unos treinta mil años. Se cree que Maitreya reside actualmente en el cielo Tushita, esperando el momento de renacer cuando llegue el tiempo oportuno. Su nombre se deriva de mitra, *«amigo»; la actitud amistosa es una virtud budista fundamental, semejante a la caridad cristiana.*

Sariputra, el gran general de la doctrina, el más sabio y resplandeciente, por compasión hacia el mundo preguntó al Señor: «Hace algún tiempo nos hablaste del Buda futuro, que guiará al mundo en un período por venir, y que llevará el nombre de Maitreya. Ahora quisiera saber más acerca de sus poderes y dones maravillosos. ¡Háblame de ellos, tú, el mejor de los hombres!».

Replicó el Señor: «En aquel tiempo, el océano perderá gran parte de sus aguas. En consecuencia, un preceptor del mundo no tendrá dificultad alguna para cruzarlo. La India, esta isla de Jambu, será completamente llana, medirá diez mil leguas, y todos los hombres tendrán el privilegio de vivir en ella. Habrá innumerables habitantes que no cometerán crímenes o malas acciones, sino que se complacerán en practicar el bien. El suelo estará entonces libre de espinas, será llano y se hallará cubierto con un fresco manto de hierba verde. Cuando alguien salte sobre él, no le estorbará, y resultará blando como las hojas del algodón. Tiene un perfume delicioso, y sobre él crece un sabroso arroz, sin necesidad de trabajarlo. De los árboles brotan rica seda y otros tejidos de diversos colores. Los árboles darán hojas, flores y frutos al mismo tiempo; son tan altos como puede alcanzar la voz y duran ocho miríadas de años. Los seres humanos no tienen tacha, entre ellos son desconocidas las culpas morales y se sienten llenos de gozo y alegría. Sus cuerpos son muy altos y su piel tiene un tinte delicado. Su vigor es extraordinario. Sólo se conocen tres clases de enfermedad: la gente tiene que aliviar sus intestinos, tiene que comer y tiene que envejecer. Sólo cuando han cumplido los quinientos años se casan las mujeres.

La ciudad de Ketumani será entonces la capital. En ella resi-

dirá el soberano del mundo, llamado Shankha, que imperará en la tierra hasta los confines del océano, y hará que se imponga el Dhamma. Será un gran héroe, elevado a tan alta posición por la fuerza de cientos de obras meritorias. Su consejero espiritual será un brahmín, llamado Subrahmana, hombre muy docto, buen conocedor de los cuatro Vedas, y sobresaliente en todo el saber de los brahmines. Y este brahmín tendrá una esposa, llamada Brahmavati, hermosa, atractiva, elegante y famosa.

Maitreya, el mejor de los hombres, abandonará entonces el cielo Tushita, y penetrará en el seno de esta mujer para renacer por última vez. Ella llevará su cuerpo radiante durante diez meses, y marchará luego a un bosque lleno de flores, y allí, sin sentarse ni acostarse, sino de pie, asiéndose a la rama de un árbol, dará a luz a Maitreya. Este, el mayor entre todos los hombres, brotará de su costado derecho, como brilla el sol cuando se alza por encima de una capa de nubes. No más manchado por las impurezas del seno materno que una flor de loto por las gotas de agua, llenará el triple cosmos con su resplandor. Tan pronto como haya nacido, dará siete pasos hacia adelante, y donde ponga su pie, brotará una joya o un loto. Alzará sus ojos a las diez direcciones y pronunciará estas palabras: 'Este es mi último nacimiento. Después de éste ya no habrá renacimiento. Nunca más volveré aquí, sino que, todo puro, ganaré el nirvana'.

Y cuando su padre advierta que su hijo tiene las treinta y dos marcas de un superhombre, y considere sus implicaciones a la luz de los mantras sagrados, se llenará de gozo, pues sabrá que, como demuestran los mantras, a su hijo se le abren dos caminos: será un monarca universal o un Buda supremo. Pero según va creciendo Maitreya, el Dharma tomará posesión de él cada vez más decididamente, y él caerá en la cuenta de que todo ser viviente está sometido al dolor. Tendrá una voz celeste capaz de hacerse oír muy lejos; su piel tendrá un tinte dorado, de su cuerpo irradiará un gran esplendor, su tórax será ancho, sus miembros estarán bien desarrollados, y sus ojos serán como pétalos de loto. Su cuerpo es de ochenta codos de alto y de veinte codos de ancho. Tendrá un séquito de 84.000 personas, a las que instruirá en los mantras. Con este séquito marchará un día a llevar una vida sin hogar. Un árbol dragón será entonces el árbol bajo el que será iluminado; sus ramas se alzan hasta cincuenta leguas, y su follaje se extiende con una anchura mayor de seis *kos*. Bajo él, Maitreya, el mejor de los hombres, alcanzará la iluminación. De esto no puede caber duda. Y alcanzará la iluminación el mismo día en que haya emprendido su vida sin hogar.

Y entonces, como sabio supremo, predicará con voz perfecta el verdadero Dharma, que es benéfico y suprime todo mal, es decir, el hecho del mal, la originación del mal, la trascendencia del mal, y el sagrado sendero óctuple que ofrece seguridad y lleva al nirvana. Explicará las cuatro Verdades, ya que, en la fe, habrá visto que esta generación está bien dispuesta con respecto a ellas, y todos los que hayan escuchado su Dharma progresarán a partir de entonces en la religión. Serán congregados en un parque lleno de hermosas flores, y su asamblea se extenderá más allá de cien leguas. Bajo la guía de Maitreya serán cientos de miles de seres vivos los que entrarán en la vida religiosa.

Y después de esto, Maitreya, el maestro compasivo, contempla a los que se han reunido junto a él y les habla como sigue: 'Shakyamuni os ha visto a todos, él, el mejor de los sabios, el salvador, el verdadero protector del mundo, el depositario del Dharma verdadero. Es él quien os ha puesto en camino de la liberación, pero antes de que podáis alcanzarla es preciso que esperéis a recibir mi doctrina. Porque habéis venerado a Shakyamuni con palabras, banderas, gallardetes, perfumes, guirnaldas y ungüentos, habéis llegado hasta aquí para escuchar mi doctrina. Porque habéis ofrecido a los santuarios de Shakyamuni ungüentos de madera de sándalo, de azafrán en polvo, habéis llegado hasta aquí para escuchar mi doctrina. Porque siempre habéis buscado refugio en el Buda, el Dharma y la Samgha, habéis llegado hasta aquí para escuchar mi doctrina. Porque, en la dispensación de Shakyamuni, os habéis propuesto observar los preceptos morales, y lo habéis cumplido realmente, habéis llegado hasta aquí para escuchar mi doctrina. Porque habéis dado ofrendas a los monjes —vestidos, bebidas, alimentos y muchas clases de medicinas—, habéis llegado hasta aquí para escuchar mi doctrina. Porque habéis observado siempre los días sabáticos, habéis llegado hasta aquí para escuchar mi doctrina'...

Durante sesenta mil años predicará Maitreya, el mejor de los hombres, el verdadero Dharma, compasivo para con todos los vivientes. Y cuando haya instruido en su verdadero Dharma a miles y miles de millones de vivientes, entonces este preceptor entrará finalmente en el nirvana. Y después de que el gran sabio haya entrado en el nirvana, su verdadero Dharma permanecerá aún durante otros diez mil años.

¡Alzad, pues, vuestros pensamientos en la fe de Shakyamuni, el Vencedor! ¡Porque así veréis a Maitreya, el Buda perfecto, el mejor de los hombres! ¡Quién tendrá el alma tan entenebrecida que no se sienta lleno de una fe serena al escuchar estas cosas mara-

villosas, tan potentes, acerca de un bien futuro! Por consiguiente, quienes anhelan una grandeza espiritual, que demuestre su respeto al verdadero Dharma, que recuerden siempre la religión de los Budas».

E. Conze, *Buddhist Scriptures* (Penguin Books 1959) 238-242.

193. NICHIREN VE EL JAPON COMO EL CENTRO DE LA REGENERACION DEL BUDISMO

Nichiren (1222-1282) fue un maestro religioso japonés que fundó una secta budista.

Cuando, en un determinado momento futuro, se establezca la unión de la ley del Estado con la verdad budista, y se instaure finalmente la armonía entre ambas, tanto el soberano como los súbditos se adherirán fielmente a los Grandes Misterios. Entonces la edad de oro, tales como fueron las edades bajo el reinado de los sabios monarcas antiguos, se realizará en estos días de corrupción y degeneración, en el tiempo de la Ley Posterior. Entonces se logrará del todo la instauración de la Santa Sede, por acuerdo imperial y por edicto del Dictador, en un lugar comparable por su excelencia con el Paraíso del Pico del Buitre. Sólo tenemos que esperar que llegue ese tiempo. Entonces se realizará la ley moral *(kaihō)* en la vida de la humanidad. La Santa Sede será el lugar en que todos los hombres de los tres países [India, China y Japón] y todo Jambudvipa [el mundo] serán iniciados en los misterios de la confesión y la expiación, y aun las grandes divinidades, Brahma e Indra, descenderán al santuario y participarán en la iniciación.

Masaharu Anesaki, *Nichiren, the Buddhist Prophet* (Cambridge, Mass. 1916) 110.

194. UN MOVIMIENTO INDIGENISTA DE LOS SIOUX: LA RELIGION DE LA DANZA DEL ESPIRITU

El gran principio en que se asienta la doctrina de la danza del Espíritu es que llegará un tiempo en que toda la raza india, los vivos y los muertos, se reunirán sobre una tierra regenerada para disfrutar de una vida de felicidad paradisíaca, libre para siempre de la muerte, la enfermedad y la miseria. Sobre esta base ha edificado cada tribu una estructura con elementos de su propia mito-

logía, que cada apóstol o creyente ha completado en cuanto a los detalles conforme a su propia capacidad intelectual o sus ideas sobre la felicidad y añadiéndole cuanto iba percibiendo en estado de trance. Es indudable que también se han introducido algunos cambios por el hecho de que la doctrina se ha transmitido a través del medio imperfecto que es el lenguaje de los signos...

Todo será obra de un poder espiritual soberano que no necesita el concurso de las criaturas humanas. Algunos hechiceros trataron de anticipar el milenio indio predicando la resistencia a los continuos avances de los blancos, pero tales enseñanzas no formaban parte de la verdadera doctrina, de forma que el movimiento no adoptó expresiones hostiles sino cuando la insatisfacción crónica se vio agravada por agravios recientes, como ocurrió entre los sioux. Por el contrario, se exhortaba a los creyentes a que se hicieran merecedores de la prometida felicidad renunciando a la violencia y practicando la honradez, la paz y la buena voluntad no sólo entre ellos mismos, sino también para con los blancos mientras hubieran de vivir juntos. Algunos apóstoles han llegado a enseñar que serán borradas todas las diferencias de raza, y que los blancos participarán con los indios de la futura felicidad. Pero también esto parece igualmente contrario a la doctrina que se predicó originalmente.

Se han fijado fechas diversas para el cumplimiento de la profecía. Aparte del año, generalmente se afirma, y ello por razones naturales obvias, que la regeneración de la tierra y la renovación de toda la vida se producirá a comienzos de una primavera. En algunos casos este momento se ha fijado en el mes de julio, concretamente, el día 4. Nótese que esta fecha cae aproximadamente por la estación en que las tribus de las praderas celebraban antiguamente la gran ceremonia anual de las danzas del sol. El mismo mesías ha señalado una tras otra varias fechas, según iban fallando las diversas predicciones, y en su mensaje del mes de agosto de 1891, dirigido a los cheyennes y arapahos, deja en suspenso todo este asunto. La fecha que todas las tribus en general reconocían inmediatamente antes de la sublevación de los sioux era la primavera del año 1891. Pero cuando llegó y pasó esta estación, y al ver que luego seguía y pasaba también el verano, y que el otoño daba finalmente paso al invierno sin que se realizaran sus esperanzas y anhelos, la doctrina asumió poco a poco su forma actual, es decir, que habrá de llegar un momento, en un futuro incierto, en que los indios se reunirán con sus amigos que ya fallecieron y vivirán por siempre felices, y que esta felicidad puede anticiparse en sueños, cuando no adelantarse en cuanto a su cumplimiento real, participando asiduamente en la danza sagrada...

Al darse cuenta los indios de la simpatía que siempre había demostrado hacia sus ideas y sentimientos, y después de realizar un penoso viaje para entrevistarme con el mesías en persona, al final se sintieron plenamente satisfechos y convencidos de que deseaba realmente conocer la verdad acerca de su nueva religión. Pocos días después de mi visita a Mano Izquierda, varios delegados de los que habían sido enviados el anterior mes de agosto vinieron a verme, encabezados por Pequeña Nariz Negra, un cheyenne. Después de los saludos preliminares, afirmó que los cheyennes y arapahos estaban ya convencidos de que yo diría la verdad acerca de su religión, y que como ellos amaban su religión y deseaban intensamente que los blancos supieran también que era enteramente buena y que no contenía nada malo ni provocaba sentimientos hostiles, estaban ya dispuestos a comunicarme el mensaje que el mesías les había confiado, de forma que yo pudiera transmitirlo y exponerlo en Washington. Tomó entonces un bolsillo adornado de cuentas y me entregó una carta, que resultó ser el mensaje o declaración doctrinal entregado por Wovoka a los delegados cheyennes y arapahos, uno de los cuales era Pequeña Nariz Negra, con ocasión de su última visita a Nevada, en agosto de 1891, y que había sido consignado por escrito allí mismo, en un inglés imperfecto, por uno de los delegados arapahos, Casper Edson, un joven que había recibido alguna educación inglesa mientras asistía a la escuela oficial para indios de Carlisle, Pensilvania. Al dorso iba una segunda redacción escrita por una hija de Pequeña Nariz Negra, una muchacha que asistía a la escuela, según se la había dictado su padre al regreso. Estas cartas contenían el mensaje que había de ser comunicado a las dos tribus, y según se decía expresamente en el texto, no se había previsto que llegara a conocimiento de ningún blanco. La hija de Pequeña Nariz Negra había tratado de borrar esta frase antes de que su padre me trajera la carta, pero aquellas líneas eran todavía perfectamente legibles. Se trata del genuino mensaje oficial sobre la doctrina de la danza del Espíritu tal como el mesías lo comunicó a sus discípulos...

La carta del mesías (redacción libre)

«Cuando volváis a casa, celebraréis una danza que durará cinco días. Danzad cuatro noches seguidas, y la última noche seguid la danza hasta la mañana del quinto día, en que todos deben bañarse en el río y luego dispersarse y volver a sus casas. Todos debéis hacer lo mismo.

Yo, Jack Wilson, os amo a todos, y mi corazón está lleno de contento por los regalos que me habéis traído. Cuando volváis a casa, yo os daré una buena nube [¿lluvia?] que os hará sentiros contentos. Os doy un buen espíritu y os doy toda buena pintura. Quiero que volváis aquí dentro de tres meses, algunos de cada tribu de aquí [el territorio indio].

Este año habrá una buena cantidad de nieve y algo de lluvia. En otoño habrá una lluvia como antes nunca os la había dado.

El abuelo [título universal de respeto entre los indios, que aquí se aplica al mesías] dice: cuando mueran vuestros amigos no debéis llorar. No debéis causar daño a nadie ni herir a nadie. No debéis pelear. Haced siempre lo que es justo. Yo os daré satisfacción en la vida. Este joven tiene un buen padre y una buena madre [posiblemente se refiere a Casper Edson, el joven arapaho que puso por escrito el mensaje de Wovoka a la delegación].

Nada digáis de esto a los blancos. Jesús ya está en la tierra. Se aparece como una nube. Todos los muertos viven de nuevo. Yo no sé cuándo estarán todos ellos aquí, puede ser que este otoño o en primavera. Cuando llegue el tiempo ya no habrá más enfermedad, y todos se volverán jóvenes de nuevo.

No os neguéis a trabajar para los blancos y no riñáis con ellos cuando tengáis que dejarlos. Cuando tiemble la tierra [a la llegada del mundo nuevo] no tengáis temor. No os haré ningún daño.

Quiero que dancéis cada seis semanas. Haced fiesta al celebrar la danza y llevad comida para que todos puedan alimentarse. Bañaos después en el agua. Esto es todo. De nuevo recibiréis buenas palabras de mi parte alguna vez. No digáis mentiras».

La mitología de la doctrina queda sólo brevemente indicada, pero se consignan los principales artículos. Todos los muertos han resucitado, y las huestes espirituales avanzan y han llegado ya a los confines de la tierra, guiadas por el regenerador en forma de una nube. El espíritu jefe de los muertos se representa siempre bajo esta imagen nebulosa. El gran cambio se iniciará con un temblor de tierra, y se exhorta a los creyentes a que no sientan temor alguno cuando ocurra. La esperanza que en todo esto se manifiesta es la misma que ha mantenido a los cristianos durante diecinueve siglos: el deseo de alcanzar una inmortalidad feliz en una juventud perpetua. En cuanto a fijar fechas, el mesías se muestra tan cauteloso como su antecesor en el oficio profético, quien declara que «ningún hombre conoce el momento, ni aun los ángeles de Dios». Sus predicciones sobre el tiempo vienen a ser tan claras como las fórmulas inspiradas del Oráculo de Delfos...

Pasemos ahora a considerar en detalle las doctrinas profesadas

por las distintas tribus, empezando por los payutes, entre los que surgieron. Las mejores noticias sobre la creencia de los payutes está contenida en el informe elevado al Departamento de Guerra por el capitán J. M. Lee, que fue enviado en el otoño de 1890 a investigar las disposiciones y la capacidad guerrera de los payutes y otras tribus indias de las inmediaciones de Fort Bidwell, en California nororiental. Transcribimos el informe que le facilitó Captain Dick, un payute, en el curso de una conversación aparentemente sin reservas, mantenida cuando casi todos los indios habían salido de la habitación.

«Hace mucho tiempo, hace quizá veinte años, un hechicero indio del valle Mason junto al lago Walker habló del mismo modo que tú oyes hablar ahora. Pasado quizá un año desde que empezó a hablar, murió. Hace tres años, otro hechicero empezó a hablar del mismo modo. Amontonaba palabras todo el tiempo. Los indios lo escuchan en casi todas partes. Los indios llegan desde muy lejos para escucharle. Vienen del este; hacen señales. Hace dos años yo ir a Winnemucca y lago Pyramid, yo ver a Indio Sam, un jefe, y Johnson Sides. Sam me dijo que él ir en seguida a ver hechicero indio para oírle hablar. Sam dice hechicero hablar así:

'Todos los indios tienen que danzar, en todas partes, seguir danzando. En seguida, en la primavera próxima, Hombre Grande [Gran Espíritu] llegar. El traer toda la caza de todas clases. Caza será abundante por todas partes. Todos los indios muertos vuelven y viven otra vez. Todos ellos ser fuertes como hombres jóvenes, ser jóvenes otra vez. Viejo indio ciego ver y ser joven y tener edad buena. Cuando Anciano [Dios] venir así, todos los indios ir entonces a las montañas, arriba, lejos de los blancos. Blancos no pueden entonces hacer daño a indios. Entonces, cuando indios subir, gran inundación llega como agua y todos los blancos mueren, se ahogan. Después de esto desaparecen las aguas y entonces no hay más que indios por todas partes y abundante caza de todas clases. Entonces hechicero decir a los indios que seguir danzando y el tiempo bueno llegar. Indios que no danzan, que no creen en esta palabra, se harán pequeños, como un pie de altura, y se quedarán así'. De este modo me dijo Sam que había hablado el hechicero».

El teniente N. P. Phister, que recogió parte del material incluido luego en el informe del capitán Lee, confirma lo dicho en general y añade algunos detalles. El diluvio consistirá en una inundación de agua y fango mezclados, y cuando los creyentes suban a las montañas, los escépticos se quedarán atrás y serán convertidos en piedras. El profeta afirma haber recibido estas revelaciones di-

rectamente de Dios y de los espíritus de los indios muertos durante sus trances. Afirma asimismo que es invulnerable, y que si los soldados intentaran matarle, caerían en tierra como si no tuvieran huesos y morirían, mientras que él seguiría vivo, aunque lo redujeran a pequeños fragmentos.

Uno de los primeros y más destacados entre los que llevaron la doctrina a las tribus de las praderas fue Porcupine, un cheyenne, que cruzó las montañas con bastantes compañeros en el otoño de 1889, visitó a Wovoka y asistió a la danza cerca del lago Walker, Nevada. En el informe de sus experiencias, hecho ante un oficial algunos meses después, afirmó que Wovoka pretende ser el mismo Cristo, que ya ha retornado, muchos siglos después de haber sido rechazado por primera vez, compadecido de sus hijos y dispuesto a enseñarles esta doctrina. Citó así las palabras del profeta:

«Vi que mis hijos eran malos, así que los dejé y me fui al cielo. Yo les dije que al cabo de tantos cientos de años volvería a ver a mis hijos. Al cabo de este tiempo fui enviado para intentar adoctrinarlos. Mi padre me dijo que la tierra está envejeciendo y se está gastando, y que la gente se hace cada vez peor, y que yo tengo que renovar todas las cosas para que vuelvan a ser como eran y para hacerlas mejores.

También nos dijo que todos nuestros muertos van a resucitar, que todos ellos van a regresar a la tierra, y que como la tierra va a ser muy pequeña para todos ellos y para nosotros, él retirará los cielos y hará que la tierra resulte tan grande que pueda contenernos a todos; que debemos decir estas cosas a todos los que encontremos. Nos habló de la guerra, y dijo que es mala y que debemos guardarnos de ella, que la tierra será toda buena en adelante y que todos debemos portarnos como amigos unos con otros. Dijo que en el otoño se renovará la juventud de todas las personas buenas, de forma que nadie será mayor de cuarenta años, y que si todos se portan luego bien, en primavera será renovada la juventud de todos. Dijo que si todos nosotros somos buenos, él enviará personas que curarán todas nuestras heridas y enfermedades con sólo tocarnos y que viviremos para siempre. Nos dijo que no peleemos ni luchemos ni nos hagamos daño unos a otros, y que tampoco disparemos unos contra otros, que los blancos y los indios llegarán a formar un solo pueblo. Dijo que si algún hombre desobedece sus órdenes, la tribu a que pertenezca será borrada de sobre la tierra, que debemos creer en todo lo que nos diga, y que no debemos dudar de él ni decir que miente, que él sabrá cuáles son nuestros pensamientos y nuestros actos en cualquier parte del mundo en que estemos».

Tenemos aquí la afirmación de que las dos razas vivirán unidas. Tenemos también la doctrina de la curación por el mero contacto. Puede dudarse de que éste sea un elemento importante del sistema, pero lo cierto es que los creyentes están convencidos de que la imposición de las manos por el sacerdote de la danza les hace un gran bien a ellos, a sus hijos y a los enfermos, aparte de que de este modo se les comunica la capacidad de contemplar las cosas del mundo espiritual.

Otra de las ideas que aquí advertimos (concretamente, que la tierra envejece y decae, por lo que ha de renovarse su juventud al final de ciertos grandes ciclos) es común a un número de tribus, y ocupa un lugar importante en las más antiguas religiones del mundo. Como lo expresaba un arapaho que hablaba inglés, «esta tierra demasiado vieja, hierba demasiado vieja, árboles demasiado viejos, nuestras vidas demasiado viejas, y todo ser nuevo otra vez». También el capitán H. L. Scott encontró entre las tribus de las praderas del sur esta misma creencia en que los ríos, las montañas y la misma tierra se han gastado y tiene que renovarse, junto con una idea vaga de que ambas razas habrán de extinguirse al mismo tiempo, para resucitar en mundos nuevos, pero distintos...

La forma en que se producirán el cambio final y la destrucción de los blancos ha sido diversamente interpretada según se iba difundiendo la doctrina cada vez más lejos de sus centros de origen. Al este de las montañas es creencia común que sobre los creyentes caerá un profundo sueño, y que mientras dure éste se cumplirá la gran catástrofe, de forma que los fieles se despertarán resucitados a la inmortalidad en una nueva tierra. Los shoshones de Wyoming dicen que este sueño durará cuatro noches y cuatro días, y que al amanecer el quinto día todos abrirán los ojos en un mundo nuevo en que las dos razas vivirán para siempre. Los cheyennes, arapahos, kiowas y otros, de Oklahoma, dicen que la nueva tierra, una vez resucitados todos los que han muerto desde el principio, llena de búfalos, alces y otras especies de caza sobre ella, vendrá del Occidente y se deslizará sobre la superficie de la tierra actual, de la misma forma que la mano derecha puede deslizarse sobre la izquierda. Cuando esto ocurra, los indios se elevarán en el aire para posarse suavemente sobre ella con ayuda de las sagradas plumas de la danza que llevan prendidas en los cabellos y que les servirán entonces de alas para elevarse. Permanecerán luego inconscientes durante cuatro días, y al despertar de este trance, se encontrarán de nuevo con sus viejos amigos y en medio de cuanto les rodeaba en los viejos tiempos. Según Toro Sentado, el apóstol de los arapahos, precediendo al avance de la nueva tierra aparecerá una barrera

de fuego que empujará a los blancos hacia el mar y los obligará a regresar al país de donde vinieron, mientras que los dioses, gracias a las plumas sagradas, se elevarán por encima de las llamas hasta posarse en la tierra prometida. Una vez cumplida la expulsión de los blancos, el fuego se extinguirá por obra de una lluvia que durará doce días. Algunos creen que aparecerá un huracán con truenos y relámpagos que destruirá a los blancos únicamente. Se dice que esto mismo creen también los walapais de Arizona, que incluyen en la destrucción a los indios incrédulos. La doctrina que profesan los caddos, wichitas y delawares de Oklahoma es prácticamente la misma que la de los arapahos y cheyennes, de quienes la recibieron. Todas estas tribus creen que la destrucción o alejamiento de los blancos se realizará totalmente por medios sobrenaturales, y condenan severamente a los sioux por haber provocado un conflicto armado con su impaciencia en vez de esperar a que su Dios los liberase en el momento oportuno.

Entre las tribus que han aceptado la nueva fe es común la creencia en que asistir frecuentemente y con devoción a la danza sagrada sirve para alejar las enfermedades y para recuperar la salud, y que estos beneficios se aplican no sólo a los que efectivamente participan en ella, sino también a sus hijos y a sus amigos. La idea de obtener bendiciones temporales como premio a la ejecución fiel de sus deberes religiosos es tan natural y universal que no requiere comentario. La purificación mediante el baño de vapor, que constituye un importante preliminar de la danza entre los sioux, tiene también probablemente una finalidad medicinal.

Entre los fuertes y belicosos sioux de Dakota, inquietos por los antiguos y los nuevos agravios, que más tarde se vieron casi reducidos al hambre por la escasez de las raciones, esta doctrina asumió rápidamente un tinte de hostilidad y ciertos rasgos peculiares, por lo que merece especial atención en cuanto se refiere a esta tribu. Los primeros rumores acerca del nuevo mesías llegaron a oídos de los sioux desde las tribus más occidentales en el invierno de 1888-1889, pero el primer informe claro les fue llevado por una delegación que cruzó las montañas para visitar al mesías en otoño de 1889, y que regresó en la primavera de 1890. Conforme a lo que estos delegados dijeron, la danza se inauguró y difundió tan rápidamente que en pocos meses la mayor parte de la tribu aceptó la nueva religión.

Es posible que la mejor versión sobre las creencias de los sioux sea la debida al veterano agente James McLaughlin, de Standing Rock Agency. En un informe oficial del 17 de octubre de 1890 escribe que los sioux, bajo la influencia de Toro Sentado, se mos-

traban muy excitados ante la perspectiva de un supuesto milenio indio, o «retorno de los espíritus», que llevaría consigo la aniquilación de los blancos y la nueva supremacía de los indios, y que los hechiceros habían prometido que ocurriría cuando la hierba de primavera estuviera verde. Se les dijo que el Gran Espíritu les había enviado la raza blanca como castigo por sus pecados, y que sus pecados ya habían sido expiados, estando próximo el tiempo de su liberación. Sus diezmadas filas se verían reforzadas por todos los indios de todos los tiempos, y que los espíritus de éstos estaban ya en camino para repoblar la tierra, que originalmente había pertenecido a los indios, empujando delante de sí enormes manadas de búfalos y hermosos caballos. El Gran Espíritu, que por tanto tiempo había tenido abandonados a sus hijos de tez roja, estaba ahora de su parte y en contra de los blancos, y que las armas de fuego de los blancos ya no tendrían ningún poder en adelante para atravesar con sus balas la piel de los indios. Los blancos serían pronto aplastados y destruidos en un corrimiento de tierras, y que se hundirían en un amasijo de turba y maderos, y que los pocos que lograran salvarse se convertirían en pececillos en los ríos. Para hacer realidad todos estos buenos augurios, los indios deben creer y organizar la danza del Espíritu.

J. Mooney, *The Ghost-Dance Religion and the Sioux Outbreak of 1890* (Washington 1896) 777-787.

195. LA RELIGION DE LA DANZA DEL ESPIRITU ENTRE LOS SIOUX. LA CEREMONIA

Suele iniciarse la danza a media tarde o poco después de la puesta del sol. En el primer caso se interrumpe durante una o dos horas para cenar.

Del oportuno anuncio se encargan los pregoneros, unos ancianos que asumen este oficio al parecer por consentimiento tácito, y que recorren el campamento gritando en alta voz a la gente que vaya preparándose para la danza. Los preparativos, que consisten en pintarse y vestirse adecuadamente, suelen durar dos horas.

Cuando todo está dispuesto, los jefes salen hacia el lugar donde se celebrará la danza y forman un círculo, vueltos hacia el interior, juntando las manos. Entonces, sin moverse de su sitio, entonan el cántico inicial, sobre el que previamente se han puesto de acuerdo, en voz reposada y tono bajo. Después de cantarlo completo, elevan la voz y lo repiten con más fuerza, moviéndose ahora lenta-

mente en círculo. El paso es distinto del que tienen casi todas las restantes danzas indias, pero muy sencillo; los danzantes se mueven de derecha a izquierda, siguiendo el curso del sol, avanzando el pie izquierdo y siguiendo luego el derecho, levantándolos apenas del suelo. Por este motivo recibe entre los shoshones el nombre de «danza arrastrada».

Todos los cánticos se adaptan a la medida simple del paso de danza. Según se va elevando el tono de la danza, la gente va saliendo de los tipis, uno a uno o en grupos, y se van uniendo al círculo, hasta que los primeros cincuenta danzantes se han convertido posiblemente en quinientos, con la participación de todos, hombres, mujeres y niños. Cuando el círculo es pequeño, cada cántico se repite durante cierto número de giros. Si el círculo es grande, se entona durante uno solo, que concluye cuando los jefes ocupan de nuevo el mismo sitio que al principio. Todos los cánticos se inician de la misma manera, primero en tono bajo, cuando los cantores están todavía en el sitio que ocuparon al principio, y luego con voz recia cuando empiezan a girar.

En los intervalos entre los distintos cánticos, y sobre todo cuando han empezado a producirse los trances, los danzantes se sueltan de las manos y se sientan para fumar o para hablar durante algunos minutos. En estos momentos, los jefes suelen dirigir a los asistentes breves admoniciones o sermones, o relatan las últimas experiencias de trance que han tenido en la danza. Al darse las manos, los danzantes suelen entrelazar los dedos en vez de sujetarse las manos como hacemos nosotros. Sólo un indio sería capaz de mantener sujeta en su sitio la manta en tales circunstancias.

Los viejos, que cojean con sus bastones en la mano, y los niños, incapaces de mantenerse aún seguros sobre sus pies, forman a veces un sector del círculo, y los danzantes más fuertes procuran acomodar el paso a los movimientos de los más débiles. Es frecuente ver cómo entra en el círculo una mujer con su niño pequeño a las espaldas, pero al menor síntoma de excitación, los amigos, que siguen sus movimientos atentamente, procurarán apartarla para que el niño no sufra daño alguno. Se procura apartar a los perros de las inmediaciones, para evitar que, si alguien cae en trance, se acerquen a él y le despierten. Los mismos danzantes están atentos a no perturbar a los que han caído en trance, cuyas almas están en el mundo de los espíritus. Llevan la indumentaria india completa, con sus calzones de ante, sus pinturas y sus plumas, pero entre los sioux es costumbre que las mujeres se despojen de sus cinturones adornados con discos de alpaca, porque este metal procede de los blancos. Entre las tribus más meridionales, por el con-

trario, a veces se llevan sombreros durante la danza, aunque se estima que ello no está muy de acuerdo con la doctrina.

En la danza no se usan tambores, sonajas o cualquier otro instrumento musical, excepto cuando alguno de los danzantes quiere escenificar una visión obtenida en trance. En este aspecto es en el que más se diferencia la danza del Espíritu de todas las demás danzas indias. Tampoco se encienden hogueras dentro del círculo, excepto entre la tribu de los walapais. Los cheyennes del norte, sin embargo, encienden cuatro hogueras fuera del círculo, del modo que ya se ha dicho. En la mayor parte de las tribus es costumbre desarrollar la danza en torno a un árbol o un poste plantado en el centro y diversamente decorado. En las llanuras del sur, sin embargo, sólo los kiowas parecen observar esta costumbre, y a veces desarrollan su danza en torno a un cedro.

Cuando se rompe el círculo al final de la danza, los partícipes arrojan al aire sus mantas o mantones, con la idea de alejar cualquier influjo maléfico. Siguiendo instrucciones posteriores del mesías, todos ellos acuden a bañarse en un río, los hombres en un lugar y las mujeres en otro, antes de regresar a sus tipis. La idea de purificarse de todo mal, espiritual o terreno, mediante el baño en una corriente de agua es tan natural y universal que no necesita comentario alguno...

El rasgo más importante de la danza del Espíritu y el secreto de los trances es el hipnotismo... Inmediatamente después de iniciar mi estancia entre los arapahos y cheyennes en 1890, escuché numerosos relatos de cosas maravillosas ocurridas durante la danza del Espíritu. Me contaron que algunos morían, marchaban al cielo y regresaban después, que hablaban con sus amigos difuntos y que regresaban del otro mundo trayendo mensajes. Me hablaron de algunos que habían «muerto» de este modo, cuyas aventuras en el otro mundo eran relatadas con gran lujo de detalles, pero como la mayor parte de estos testimonios procedía de blancos que nunca habían presenciado personalmente la danza, decidí mantener la actitud científica del escepticismo. Por lo que puede averiguarse, ninguna de las personas inteligentes de la agencia había juzgado el tema lo bastante digno de una seria consideración como para informarse de si aquellos relatos eran genuinos o falsos. Cuando empecé a hablar con los indios, encontré que en cuanto a las visiones todos ellos se expresaban unánimemente, de modo que me sentí inclinado a pensar que en este asunto había algo digno de atención.

La primera clave para una explicación me fue proporcionada por el relato del trance que había experimentado Paul Boynton, un

estudiante particularmente dotado de Carlisle, que me servía de intérprete. Su hermano había muerto hacía algún tiempo, y Paul estaba ansioso de verle y hablar con él, cosa que, según la nueva doctrina, era posible. Asistió a la siguiente danza del Espíritu, puso sus manos sobre la cabeza de Toro Sentado, según el rito habitual, y le pidió que le ayudara a ver a su hermano difunto. Paul tiene una disposición curiosa y, aparte de su deseo de ver de nuevo a su hermano difunto, también quería, como él mismo afirmó, experimentar «todas las artes de los indios». Me contó luego que Toro Sentado lo hipnotizó con sus plumas de águila y con el movimiento de sus manos, hasta que lo hizo caer inconsciente. Consiguió, efectivamente, ver a su hermano, pero despertó cuando estaba a punto de hablar con él, quizá porque uno de los danzantes chocó accidentalmente con su cuerpo cuando estaba caído en tierra. Expresó su experiencia en un cántico que luego se entonaría en la danza. A juzgar por este relato, parece casi seguro que el secreto de todo está en el hipnotismo.

J. Mooney, *The Ghost-Dance Religion and the Sioux Outbreak of 1890* (Washington 1896) 920-923.

196. JOHN FRUM: UN MOVIMIENTO MILENARISTA EN TANNA

(Nuevas Hébridas)

Las tendencias milenaristas comenzaron a advertirse poco antes de finalizar el siglo, cuando se extendió el rumor de que Jesús iba a descender del cielo y llevar allá a los cristianos, mientras que los paganos de Tanna y su tierra serían consumidos por el fuego. Pero hasta mucho más tarde no se harían notorios los primeros síntomas del desasosiego de los nativos.

A comienzos de 1940 había ya señales de disturbios, exacerbados indudablemente por la baja en los precios de la copra. Se celebraron reuniones de las que eran excluidos los blancos y también las mujeres. Estas reuniones tenían por objeto recibir el mensaje de un tal John Frum (a veces llamado Jonfrum), que era descrito como un «misterioso hombrecillo de cabellos blanquecinos, de voz aguda y vestido con una casaca de botones brillantes». Se servía de «recursos ingeniosos... apareciendo de noche, a la luz tenue de una hoguera, en presencia de los hombres que ya estaban bajo la influencia del aguardiente». John Frum pronunciaba sus recomendaciones contra la pereza, aconsejaba el trabajo agrícola comunal y la colaboración mutua, la danza y las reuniones para

beber *kava*. Al principio no pronunció mensaje alguno contra los blancos, y se limitaba a profetizar conforme a la manera tradicional.

El profeta era considerado representante o manifestación terrena de Karaperamun, dios de la montaña más elevada de la isla, el Monte Tukosmeru. Karaperamun se había aparecido bajo la forma de John Frum, y su presencia debía ser mantenida oculta a la vista de los blancos y de las mujeres.

John Frum profetizaba un cataclismo en que la isla de Tanna se volvería completamente plana, las montañas volcánicas se desmoronarían para rellenar los lechos de los ríos y formar llanuras fértiles; Tanna quedaría unida con las vecinas islas de Eromanga y Aneityum, formando una nueva isla. Entonces se manifestaría John Frum, inaugurando un reino de bienaventuranza, y los nativos recuperarían la juventud, desapareciendo toda enfermedad. Ya no habría necesidad de cuidar los huertos, los árboles o los cerdos. Se marcharían los blancos. John Frum crearía nuevas escuelas para sustituir a las de las misiones, y pagaría a los maestros y a los jefes.

Sólo una dificultad se oponía a la instauración de esta situación feliz, la presencia de los blancos, que deberían ser expulsados primero. También tendría que cesar el empleo de la moneda europea. Corolario de esto sería la reinstauración de las muchas costumbres nativas que habían prohibido los misioneros, como el beber *kava,* las danzas, la poliginia, etc. Los inmigrantes de otras islas también deberían ser enviados a sus lugares de origen.

No se trataba simplemente de un programa de «regresión». Sólo algunas de las antiguas costumbres deberían ser restauradas, precisamente las que habían sido proscritas por los misioneros. El futuro previsto no se reducía a la restauración del primitivo tribalismo y la agricultura en sus formas elementales, sino que los nativos habrían de disfrutar de «todas las riquezas materiales de los europeos». John Frum aportaría todo el dinero necesario para ello.

Los nativos emprendieron entonces una verdadera orgía de consumo en los almacenes, a fin de deshacerse del dinero europeo, que sería sustituido por el de John Frum, con una nuez de coco estampada. Algunos llegaron incluso a arrojar al mar sus ahorros acumulados al cabo de mucho tiempo, pensando que «cuando ya no quedara dinero en la isla, los comerciantes blancos tendrían que marcharse, ya que su actividad carecía entonces de objeto». Se organizaron fiestas para consumir los alimentos acumulados. Aquellas esperanzas tan gozosas de abundancia no tenían nada

que ver, por consiguiente, con un «ascetismo» puritano o al estilo de la Edad Media europea. Lo que ocurría era más bien que en aquellas orgías de consumo se expresaba la solidaridad entre ricos y pobres, ya que la riqueza actual no tenía sentido alguno ante la prodigiosa abundancia futura. Se declaró día festivo el viernes, pues se esperaba que el milenio sería inaugurado en ese día de la semana, mientras que el sábado se celebraban danzas con abundancia de *kava*. «Una cierta licencia acompañaba a estas fiestas», observa Guiart. Podemos dar por seguro que de ese modo se expresaba la ruptura de las convenciones sociales existentes.

El movimiento estaba organizado gracias a unos mensajeros conocidos como «cuerdas de John Frum». Los entusiastas abandonaban las aldeas cristianas que los misioneros habían establecido a las órdenes de jefes cristianos y formaban pequeñas unidades familiares que se refugiaban en «abrigos primitivos» o se unían a los grupos paganos del interior. Esta evolución, aunque formalmente era todo lo contrario del comunismo doméstico de los santoeses, simboliza el mismo hecho social básico, es decir, la ruptura con las aldeas gobernadas por las misiones y el retorno a la antigua fórmula de la vida en grupos.

La primera oleada del movimiento de John Frum causó poca alarma en abril de 1940, pero su reactivación en mayo de 1941 produjo notables perturbaciones. Los nativos gastaron grandes cantidades de dinero, y hasta los soberanos de oro, que no se habían vuelto a ver desde que en 1912 habían sido entregados como pago a los jefes que habían aceptado la autoridad del gobierno, reaparecieron. Es posible que con ello se pretendiera significar la rescisión del acuerdo. Algunos nativos se presentaron con más de cien libras esterlinas, se dio muerte a los cerdos y las vacas, se bebía *kava,* y las danzas duraban toda la noche en las aldeas del Green Point, en la costa occidental, donde el movimiento tenía su centro. El sábado 11 de mayo, las misiones presbiterianas se quedaron sin asistentes a sus servicios. Uno de los jefes más influyentes había dado órdenes de abandonar la misión y sus escuelas. También se quedaron sin asistentes los servicios dominicales.

Pasada una semana, Nicol [el agente británico] visitó Green Point, y lo encontró desierto, con excepción de algunas mujeres y niños. Pidió como refuerzo veinte policías a Vila, y con ayuda de uno de los jefes, arrastró a los dirigentes del movimiento de John Frum. Le siguió una multitud amenazadora que gritaba: «¡Manteneos firmes por John Frum!».

Durante el juicio se pudo averiguar que John Frum era un

nativo llamado Manehivi, que tenía unos treinta y cinco años. Era hombre sin letras (aunque pretendía saber leer), y se negó a decir dónde había conseguido su casaca con botones de oro. Manehivi fue condenado a tres años de cárcel y cinco años de destierro de Tanna. Otros nueve fueron condenados a un año de cárcel. Nicol tuvo a Manehivi atado a un árbol a la vista de todos durante un día, como impostor, y obligó a cinco jefes a firmar una declaración por la que se comprometían a renunciar a John Frum, al que impuso una multa de cien libras esterlinas.

A pesar de la represión, el movimiento se volvió a recrudecer. Diciembre de 1941 fue la fecha de la revuelta más importante. Las noticias de lo ocurrido en Pearl Harbour llegaron a oídos de los nativos de Tanna, aunque la derrota se atribuía a los alemanes, cuya victoria se pronosticaba. En vista de los crecientes sentimientos antibritánicos, Nicol hizo detener y enviar a Vila a una veintena de hombres, recomendando al mismo tiempo la creación de una fuerza permanente de policía.

Entre tanto, los dirigentes del movimiento de John Frum se mostraban activos en Vila. Manehivi no era el verdadero John Frum, aseguraba la gente; éste estaba aún libre. Los misioneros interceptaron ciertos mensajes procedentes de Vila y atribuidos a un segundo John Frum, un policía de Tanna, Joe Nalpin, y dirigidos a un jefe de la costa occidental y a otros dos individuos. En aquellos mensajes aparecía un nuevo tema: John Frum era rey de América, o iba a enviar a América a su hijo en busca del rey, o su hijo estaba a punto de venir de América, o sus hijos iban a marchar a América en busca de John Frum. El Monte Tukosmeru se «cubriría de aeroplanos invisibles pertenecientes a John Frum». En realidad, Nalpin estaba dirigiendo la nueva fase del movimiento desde la cárcel, donde cumplía una sentencia de nueve meses.

En enero, una patrulla de hidroaviones Catalina australianos dio origen probablemente al rumor de que tres hijos de John Frum —Isaac, Jacob y Lastuan— (¿Last-One, «el último»?) habían tomado tierra en la isla, al otro lado de Green Point. Los festejos se prolongaron día y noche, pues se creía que la llegada de John Frum era inminente. La aparición de los primeros americanos y numerosos aeroplanos vino a añadir leña al fuego...

Cuando llegaron los americanos para hacer frente a la amenaza japonesa, las noticias de su presencia corrieron por las islas. Un hombre fue detenido por decir que el Monte Tukomeru estaba «lleno de soldados»; cuando llegara «el día» se abriría, y los soldados lucharían a favor de John Frum. Pero el rumor más

sorprendente fue la noticia de que las tropas norteamericanas estaban compuestas en gran parte ¡por *negros!* Se profetizó que un gran número de negros norteamericanos estaba a punto de llegar para hacerse cargo del gobierno de los indígenas. Sus dólares serían la nueva moneda, dejarían libres a los presos y pagarían jornales.

En consecuencia, los americanos obtuvieron una magnífica respuesta cuando trataron de contratar obreros nativos. El movimiento revivió de nuevo en Tanna. El *kava* y las danzas se pusieron otra vez a la orden del día, sobre todo en la costa oriental. De nuevo falló la asistencia a las misiones. Se practicaron nuevas detenciones, y los presos fueron enviados a Vila, donde a muchos se les permitió trabajar para la Fuerza Aérea de los Estados Unidos...

En octubre regresó Nicol. Su llegada precipitó una nueva demostración de los partidarios de John Frum, que fue disuelta por la policía. Los nativos, armados de pistolas y mazas, se resistieron a ser detenidos, y hubo que llamar refuerzos. En el norte de la isla apareció un nuevo dirigente, Neloaig (Nelawihang), que se proclamó John Frum, rey de América y de Tanna. Organizó una fuerza armada y declaró obligatorio el trabajo en la construcción de un aeródromo que los norteamericanos le explicaron que habría de servir para el aterrizaje de los aeroplanos del Libertador Americano, que estaban a punto de llegar cargados de mercancías enviadas por el padre de John Frum. Los que se negaran a trabajar serían bombardeados por los aeroplanos. Al trabajo forzado se resistieron algunos nativos, que hubieron de sufrir represalias. El agente del distrito, bajo pretexto de solicitar un barco que le evacuara de allí, pidió auxilios por radio. Detuvo a Neloaig cuando éste fue a visitarle a su oficina.

El arresto de Neloaig provocó la exigencia de que fuera puesto en libertad por parte de sus adeptos, que seguían, impertérritos, entregados febrilmente a la construcción de la pista de aterrizaje. Incluso una partida de adeptos de Neloaig trató de liberar a su jefe de la prisión. Los refuerzos policiales, con dos oficiales norteamericanos, partieron inmediatamente hacia la pista de aterrizaje de John Frum. Encontraron allí unos doscientos hombres entregados al trabajo, rodeados de otros armados de pistolas. Después de desarmar a éstos, un oficial americano habló a los nativos, tratando de hacerles ver su locura. Sus palabras fueron reforzadas con una demostración de la potencia de una ametralladora que dispararon contra una efigie de John Frum que se hallaba cerca, colgado de un árbol. Muchos huyeron aterrorizados;

la policía incendió entonces una choza de John Frum y tomó cuarenta y seis prisioneros. Neloaig fue condenado a dos años de cárcel, otros diez a un año y el resto a tres meses. Más tarde se escapó Neloaig de la cárcel y permaneció tres años oculto en la selva de Efate antes de entregarse. En abril de 1948 fue internado en un sanatorio mental. Su mujer fue detenida en Vila, pero las gentes del norte de Tanna aún la siguen honrando.

Aunque no había recibido ninguna instrucción, Neloaig pretendía saber leer y fundó sus propias escuelas. Cuando los misioneros de Lenakel intentaron abrir de nuevo las clases en 1943, sólo asistieron a ellas unos cincuenta niños de una población total de 2.500. Seguían practicándose las danzas y se bebía *kava* con la misma abundancia que antes, mientras que las aldeas permanecían en el mayor abandono. Florecía aún el movimiento de John Frum. También entre los paganos se reclutaban adeptos. Los jefes paganos habían tratado desde hacía mucho tiempo de apoderarse del gobierno para suprimir las misiones; entre ellos se contaba el padre de Neloaig.

P. Worsley, *The Trumpet Shall Sound: A Study of «cargo» Cults in Melanesia* (Londres 1957) 153-159.

197. UN CULTO MESIANICO NUDISTA EN SANTO

(Nuevas Hébridas)

En 1944 o 1945 se propagó por las comunidades de Santo (es decir, Espíritu Santo) central una curiosa oleada de un sentimiento al que llamaremos «culto nudista», a imitación de los mismos habitantes de aquellas zonas selváticas, que llaman a los adeptos del mismo *malamala*, es decir, «desnudos»...

Nuestra expedición de 1948 nos ha revelado aspectos completamente nuevos de este movimiento. Nos dimos cuenta de que cuanto más penetrábamos tierra adentro en dirección oeste, mayor era el número de personas afectadas. Hubimos de pasar por cierto número de aldeas en que los habitantes practicaban abiertamente este culto, que había modificado profundamente sus costumbres paganas tradicionales. Hasta llegamos a advertir un cierto grado de hostilidad, elemento muy valioso para analizar el carácter de la fuerza impulsora que anima este movimiento.

No es fácil calcular el número aproximado de los adeptos, pero habrá que cifrarlo en no menos de quinientos. Esto representa aproximadamente un tercio de la población pagana de los distritos

de Santo afectados. Aunque preguntábamos por las aldeas que contaban con más de cien seguidores de este culto, todos nos decían que no debíamos adentrarnos más al oeste, por las altiplanicies, para llegar a los focos importantes del movimiento. Lo que sigue es, sin embargo, el testimonio de los jefes nativos que participaron por poco tiempo en el culto a causa de haber sufrido intimidaciones o que se resistieron a las presiones de los emisarios que visitaban sus aldeas...

Todo lo que pude obtener durante el último año como respuesta a mis indagaciones es que cierto individuo llamado Tieka (Jack en inglés) era el elemento impulsor del culto. Cuando pregunté dónde vivía, se me dijo vagamente que «en lo alto», expresión que en su jerga significa «más tierra adentro». Este año conseguí más noticias sobre él. Vive junto al río Bierai, en las estribaciones orientales de Tava Masana, y tiene dos aldeas, distantes unos diez kilómetros entre sí, llamadas Naku y Lori. Es un individuo aún joven, y por los datos obtenidos pude conjeturar que tendrá entre treinta y cinco y cuarenta años. Por lo que sabían mis informantes, nunca ha trabajado para los blancos, pero algunos de los suyos lo han hecho en tiempos pasados. Está casado con dos mujeres (otros dicen que con una).

Cuando estaba a punto de finalizar la guera, emprendió la difusión del culto, enviando a unos treinta de sus hombres, procedentes de aldeas cercanas a la suya, en una cruzada a través de las aldeas del interior de Santo. El mensaje que proclamaban por todas partes adonde llegaban era siempre el mismo:

1. Quitaos vuestros taparrabos. Que las mujeres se quiten también sus faldellines de hojas. Quitaos vuestros collares de cuentas y brazaletes. Todas estas cosas os hacen impuros.

2. Destruid todas las posesiones que habéis conseguido de los blancos: telas, dinero, herramientas. Destruid también todos los objetos confeccionados con productos de la selva, tales como cestillos y yacijas. Es mejor estar libres de todo esto.

3. Quemad las casas en que vivís ahora y construid otras nuevas conforme a este plan:

a) Hay que erigir en cada aldea dos grandes casas comunales, una para que duerman de noche los hombres y otra para que duerman de noche las mujeres. Las familias no deben vivir juntas de noche.

b) Junto a cada casa comunal debe haber una cocina. En las mismas casas comunales no se debe cocinar.

4. Todos los alimentos habrán de cocinarse por la mañana. De noche no se podrá cocinar nada.

5. No trabajar para los blancos.

6. Dar muerte a todos los animales que hay en las aldeas: perros, vacas, cerdos, etc.

7. Parece que también se prometía la pronta llegada de «América», con lo que todos recibirían toda clase de bienes, no morirían nunca y vivirían para siempre.

8. Entre todos los adeptos del culto se adoptó un lenguaje común, llamado *maman,* aunque las distintas aldeas pertenecían a grupos lingüísticos muy diferentes.

9. Se han suprimido muchos antiguos tabúes, como la prohibición del matrimonio dentro del grupo totémico, el período de separación después del parto, la obligación de comprar la esposa. Las costumbres funerarias también han experimentado cambios, de forma que ahora el cadáver queda expuesto sobre una plataforma de madera en la selva (como se hace en algunos distritos de Malekula), en vez de enterrarlo bajo el piso de la casa en que vivía el difunto, que es lo tradicional en Santo.

No todas las aldeas se unieron al movimiento en todos sus aspectos. El rasgo fundamental era la supresión de los taparrabos. En tres aldeas distintas se nos hizo un interesante relato de lo ocurrido cuando se recibió el mensaje. Los enviados fueron lo bastante fuertes para atemorizar a las comunidades de la selva, integradas por un número de veinte a cuarenta personas, y el hecho de que repitieran sus visitas demostraba que estaban dispuestos a imponer su opinión.

J. Graham Miller, *Naked Cult in Central West Santo:* «The Journal of the Polynesian Society» 57 (1948) 330-341.

QUINTA PARTE

ESPECIALISTAS DE LO SAGRADO. HECHICEROS, MISTICOS Y FUNDADORES DE RELIGIONES

A. CHAMANES Y HECHICEROS

El chamanismo es un fenómeno religioso característico de los pueblos siberianos y uralo-altaicos. La palabra «chamán» es de origen tungús (saman), *y ha pasado a través de los rusos al lenguaje científico europeo. Pero el chamanismo, a pesar de que su expresión más completa se encuentra en las regiones árticas y del Asia Central, no ha de considerarse limitado a estas zonas. Aparece también, por ejemplo, en Asia Oriental, Oceanía y en muchas tribus indias aborígenes de América. Sin embargo, hay que distinguir entre las religiones dominadas por una ideología y las técnicas chamanistas, como ocurre con las religiones siberiana e indonesia, y aquellas otras en que el chamanismo constituye un fenómeno de carácter secundario.*

El chamán es a la vez hechicero, sacerdote y personaje psicopompo, lo que significa que entre sus actividades entra el curar enfermedades, presidir los sacrificios de la comunidad y acompañar a las almas de los muertos en su viaje al otro mundo. Puede hacer todas estas cosas gracias a sus técnicas del éxtasis, es decir, por el poder que tiene de abandonar su propio cuerpo a voluntad. En Siberia y en el norte de Asia, un individuo se convierte en chamán por derecho de herencia, por vocación espontánea o por «elección». Más raro es que un individuo se haga chamán por su propia decisión o requerido para ello por el clan. En todo caso, los chamanes de este tipo se consideran más débiles que quienes heredan la profesión o son «elegidos» por las potencias sobrenaturales. Por otra parte, en Norteamérica, el método principal para convertirse en chamán es la «búsqueda» voluntaria de los poderes. Independientemente del modo en que se lleve a cabo la selección del chamán, éste es reconocido como tal sólo cuando ha superado una serie de pruebas iniciáticas y después de haber sido instruido por maestros capacitados.

En el centro y norte de Asia estas pruebas tienen normalmente lugar durante un período indefinido de tiempo, a lo largo del cual el futuro chamán está enfermo y permanece en su tienda o anda vagabundo por el desierto, comportándose de una manera tan extraña que se le podría tomar por loco. Algunos autores han llegado a explicar el chamanismo ártico y siberiano como una expresión ritualizada de la enfermedad psico-mental, especialmente de la histeria ártica. Pero el «elegido» se convierte en chamán únicamente cuando ha demostrado que puede interpretar sus crisis patológicas como una experiencia religiosa y consigue curarse finalmen-

te. Las graves crisis que acompañan a la elección del futuro chamán han de considerarse como pruebas iniciáticas. Toda iniciación supone la muerte y resurrección simbólicas del neófito. En los sueños y alucinaciones del futuro chamán podemos advertir el esquema clásico de la iniciación. En efecto, es torturado por los demonios, su cuerpo es descuartizado, desciende al mundo inferior o asciende al cielo y, finalmente, resucita. Todo esto equivale a decir que adquiere un nuevo modo de ser, que le capacita para mantener relaciones con los mundos sobrenaturales. El chamán será un individuo capaz de «ver» a los espíritus, y él mismo se comporta como un espíritu. Puede abandonar su cuerpo y viajar en éxtasis por las regiones cósmicas. Sin embargo, la experiencia extática por sí sola no es capaz de convertir a un individuo en chamán. El neófito ha de ser instruido por maestros capacitados en todo lo referente a las tradiciones religiosas de la tribu, y también se le enseña a reconocer las diversas enfermedades y a curarlas.

En ciertos pueblos siberianos es un acontecimiento público la consagración del chamán. Entre los buriatos, por ejemplo, el neófito se sube a un abedul, símbolo del árbol cósmico, y al hacerlo se supone que está subiendo al cielo. La ascensión al cielo es una de las características propias del chamanismo de Siberia y el centro de Asia. Cuando se celebra el sacrificio del caballo, el chamán altaico asciende en éxtasis al cielo para ofrecer al dios celeste el alma del animal sacrificado. Realiza su ascensión subiendo por el tronco del abedul, preparado con nueve escotaduras, cada una de las cuales simboliza un determinado cielo.

La función más importante del chamán es curar enfermedades. Como es creencia común que la enfermedad consiste en haber perdido la propia alma, el chamán tiene que buscar primero si el alma del enfermo se ha extraviado lejos del poblado o ha sido arrebatada por los demonios y está detenida en el mundo inferior. En el primer caso no resulta difícil la curación; el chamán captura el alma y la devuelve al cuerpo del enfermo. En el segundo caso, tiene que descender al mundo inferior, empresa complicada y llena de riesgos. Igualmente dificultoso resulta el viaje del chamán al otro mundo para acompañar a las almas de los muertos hacia su nueva morada. El chamán va relatando a todos los presentes las incidencias de este viaje según van ocurriendo.

198. INICIACION DE UN HECHICERO

(tribu Wiradjuri, sudeste de Australia)

Mi padre es Yibai-dthulin. Cuando yo era aún muy niño, me llevó a la selva y me enseñó para que fuera un *wulla-mullung*. Apretó contra mi pecho dos grandes cristales de cuarzo, que desaparecieron dentro de mí. Yo no sé por dónde pasaron, pero los sentí por dentro como una cosa caliente. Esto era para hacerme hábil y capaz de hacer cosas. Me dio también otras cosas como cristales de cuarzo en agua. Parecían de hielo y el agua sabía dulce. Después de aquello me ocurría ver cosas que mi madre no era capaz de ver. Cuando iba con ella, yo solía decirle muchas veces: «¿Qué es aquello como hombres que caminan?». Y ella me contestaba: «Niño, no hay nada». Eran los *jir* (espíritus) que yo empezaba a ver entonces.

Cuando tuve ya unos diez años, fui llevado al *burbung*[1] y vi lo que los ancianos eran capaces de hacer, y cuando me sacaron el diente, los ancianos corrieron detrás de mí con sus *wallungs*[2] en la boca, gritando *«ngai, ngai»,* y moviendo las manos hacia mí. Pasé algún tiempo en la selva, y mientras yo estaba allí venía a verme mi anciano padre. El me dijo: «Acércate aquí», y me mostró entonces un trozo de cristal de cuarzo que llevaba en la mano, y mientras yo lo miraba, se hundió en la tierra y luego lo vi salir cubierto de polvo rojo. Aquello me dio mucho miedo. El me dijo entonces: «Acércate a mí», y yo me acerqué, y él me dijo: «Trata de sacar un *wallung*». Yo lo hice y saqué uno. El me dijo entonces: «Ven conmigo a este lugar». Yo le vi de pie junto a un hoyo que había en el suelo y que era la entrada a una tumba. Entré y vi un hombre muerto, que me restregó todo el cuerpo para hacerme hábil y me dio algunos *wallungs*. Cuando salimos fuera, mi padre me sañaló un *gunr* (serpiente tigre), diciéndome: «Este es tu *budjan*[3], y también es el mío». Había una cuerda atada a la cola de la serpiente y extendida hasta nosotros. Era una de las cuerdas que los médicos se sacan del cuerpo, que las llevan enrolladas juntas.

La tomó y dijo: «Sigámosla». La serpiente tigre pasó junto a muchos troncos de árboles, y nosotros la seguimos. Luego llegamos junto a un gran árbol *currajong,* y seguimos adelante, y después llegamos a un árbol que tenía un gran bulto en sus raíces.

[1] Las ceremonias de iniciación.
[2] Cristales de cuarzo.
[3] El *budjan* es un tótem secreto.

En lugares como éste es donde vive Daramulun. Allí se hundió el *gunr* en el suelo, y nosotros seguimos detrás, y llegamos al interior del árbol, que estaba hueco. Allí pude ver varios pequeños Daramuluns, los hijos de Baiame. Luego salimos fuera otra vez y la serpiente nos llevó a un gran hoyo que había en el suelo en el que había cierto número de serpientes, que se restregaron contra mi cuerpo, pero no me causaron ningún daño, porque eran mi *budjan.* Lo hicieron para convertirme en un hombre hábil y para convertirme en un *wulla-mullung*. Entonces me dijo mi padre: «Subiremos al campamento de Baiame». El se montó en un hilo y me puso sobre otro, y nos sujetamos uno a otro por los brazos. Al otro extremo estaba Wombu, el pájaro de Baiame. Atravesamos las nubes, y al otro lado estaba el cielo. Atravesamos el lugar por el que pasan los médicos, y se abrió y cerró con gran rapidez. Dijo mi padre que si llegaba a tocar a un médico al pasar por allí, causaría daño a su espíritu, y que al regresar a su casa enfermaría y moriría. Al otro lado vimos a Baiame sentado en su campamento. Era un hombre muy viejo y muy grande, con una enorme barba. Estaba sentado con las piernas debajo y de sus hombros salían dos grandes cristales de cuarzo que llegaban hasta el cielo que había por encima de él. Había también muchos hijos de Baiame y de su gente, que son aves y animales.

A. W. Howitt, *The Native Tribes of South-East Australia* (Londres 1904) 406-408.

199. INICIACION DE UN HECHICERO

(tribu Kurnai, sudeste de Australia)

Habla el hechicero:

«Siendo aún muchacho, cuando empezaban a salirme las patillas, estaba yo en el campamento con mi gente cerca de Alberton. Estaban allí Bunjil-gworan y otros ancianos. Yo había tenido algunos sueños referentes a mi padre, y por tres veces soñé la misma cosa. La primera y segunda vez llegó él con su hermano y otros hombres mayores, que me pusieron un tocado hecho con plumas de ave-lira en torno a la cabeza. La segunda vez estaban todos ellos embadurnados de *naial* (ocre rojo) y llevaban *bridda-briddas*. La tercera vez me enrollaron una cuerda hecha de nervios de ballena en torno al cuello y el pecho, y me balancearon con ella y me llevaron por los aires sobre el mar cerca de Cornes Inlet y me dejaron en Yiruk

[Promontorio de Wilson]. Ocurrió frente a una gran roca que era como la fachada de una casa. Me di cuenta de que había algo como una abertura en la roca. Mi padre ató algo tapándome los ojos y me llevó dentro. Me di cuenta porque oía tras de mí un sonido como de rocas que chocaban. Entonces me destapó los ojos, y me encontré en un lugar lleno de luz como en pleno día, y todos los ancianos me rodeaban. Mi padre me enseñó varias cosas blancas y brillantes, como cristal, que había sobre las paredes, y me dijo que tomara algunas. Tomé una y la sujeté con fuerza en mi mano. Cuando salimos fuera, mi padre me explicó la manera de hacer penetrar aquello en mis piernas y la manera de expulsarlo luego. Después de aquello, mi padre y los ancianos me llevaron al campamento y me hicieron subir a lo alto de un gran árbol. El me dijo: 'Grita fuerte y explícales que ya estás de regreso'. Así lo hice, y pude oír a la gente del campamento, que estaba en vela, y a las mujeres, que empezaban a sacudir sus esterillas para que bajara yo, pues yo era ahora un *mulla-mullung*. Entonces me desperté y me di cuenta de que estaba acostado todo a lo largo sobre la rama de un árbol. Salieron los ancianos con antorchas, y cuando llegaron junto al árbol, yo estaba ya abajo, de pie junto a él, sujetando en la mano la cosa que me había dado mi padre. Era como cristal, y nosotros la llamamos *kiin*. Yo di cuenta de todo a los ancianos, y ellos me dijeron que yo era un médico. Desde aquel momento pude sacar cosas del cuerpo a la gente, y también atravesar a la gente por la noche con el *kiin* como con una luz, con sólo decirle *¡blappan!* (¡ve!). De este modo atrapé a muchos. Pero al cabo de algunos años empecé a beber, y entonces perdí mi *kiin* y todo mi poder, y ya no pude volver a hacer nada. Yo acostumbraba guardarlo en una bolsa hecha de piel de opossum, en el agujero de un árbol. Una noche soñé que estaba yo durmiendo en el campamento y que mi mujer dejaba caer sobre mí un poco de *kruk* [sangre menstrual], y después de ocurrir esto, mi *kiin* se escapó de mi bolsa. No sé adónde se marchó. Después he dormido junto al árbol en que lo tenía guardado, pensando que volvería a recuperar mi poder, pero no he podido encontrar el *kiin*, y nunca he soñado nada relacionado con él».

A. W. Howitt, *The Native Tribes of South-East Australia* (Londres 1904) 408-410.

200. INICIACION DE UN HECHICERO BINBINGA

(Australia central)

Los binbingas afirman que los hechiceros son consagrados por los espíritus Mundadji y Munkaninji (padre e hijo). El hechicero Kurkutji explicó cómo en cierta ocasión penetró en una caverna y se encontró con el viejo Mundadji, que se apoderó de él por el cuello y le dio muerte.

Mundadji lo abrió en canal [a Kurkutji], de arriba abajo, le sacó todas las entrañas y en su lugar le puso las del mismo Mundadji, colocándolas en el cuerpo de Kurkutji. Al mismo tiempo le introdujo también en el cuerpo cierto número de piedras sagradas. Después de esto llegó el espíritu más joven, Munkaninji, que le devolvió la vida, le dijo que ya estaba convertido en hechicero y le enseñó el modo de extraer de las personas huesos y otros elementos relacionados con la magia maléfica. Lo arrebató entonces al cielo y luego lo dejó caer cerca de su campamento, donde oyó a los nativos que le lloraban como muerto. Durante mucho tiempo anduvo como enajenado, pero se fue recuperando poco a poco y los nativos cayeron en la cuenta de que se había convertido en hechicero. Cuando actúa, se supone que el espíritu Munkaninji se sitúa muy cerca de él y le observa, aunque los demás no pueden verle. Cuando trata de extraer un hueso, operación que Kurkutji realiza habitualmente al amparo de la oscuridad, empieza por succionar fuertemente en la parte que corresponde al estómago del paciente, hasta sacar un poco de sangre. Luego hace algunos pases sobre el cuerpo, imita la acción de golpear, restregar y chupar de nuevo, hasta que consigue sacar el hueso, que arroja inmediatamente, antes de que pueda verlo ninguno de los presentes, en dirección del lugar en que se supone que está vigilando Munkaninji. Kurkutji explica entonces a todos que tiene que ir junto a Munkaninji y pedirle permiso para mostrar a los presentes el hueso extraído. Una vez todos de acuerdo, va al lugar en que es de suponer que previamente ha escondido un hueso y regresa con él en la mano.

B. Spencer y F. J. Gillen, *The Northern Tribes of Central Australia* (Londres 1904) 487-488.

201. INICIACION DE UN HECHICERO AUSTRALIANO

(tribu Unmatjera, Australia central)

Al igual que en el chamanismo americano o norasiático, también en Australia un individuo puede convertirse en chamán por uno de estos tres medios: por heredar la profesión, por llamada o elección y por propia decisión. Pero sea cual fuere la forma de convertirse en chamán, el individuo no es reconocido como tal hasta que es aceptado por cierto número de hechiceros o mientras no ha recibido de algunos de éstos la instrucción adecuada. En todo caso, habrá de pasar por una minuciosa y penosa serie de pruebas iniciáticas. En la mayor parte de los casos, entre esas pruebas se incluye una experiencia extática durante la cual el candidato se somete a diversas intervenciones de los seres míticos, sube al cielo y desciende al mundo inferior (cf. Mircea Eliade, «Shamanism: Archaic Techniques of Ecstasy» [Nueva York 1964] 45ss).

Se recogen a continuación las palabras de Ipailurkna, famoso hechicero de la tribu Unmatjera, recogidas por Spencer y Gillen.

Cuando se convirtió en hechicero, se acercó a él otro de mayor edad y le arrojó algunas de sus piedras *atnongaras* [1] con ayuda de un pulsador. Algunas le alcanzaron en el pecho, otras le atravesaron la cabeza de un oído a otro, dejándole muerto. El viejo le arrancó entonces las entrañas: los intestinos, el hígado, el corazón y los pulmones; de hecho, le dejó vacío, y le hizo permanecer tendido en tierra toda la noche. Por la mañana volvió el viejo, lo inspeccionó y le colocó por todo el cuerpo unas piedras *atnongaras,* que incrustó también en sus brazos y piernas, y le cubrió el rostro con hojas, poniéndose luego a cantar sobre él, hasta que todo su cuerpo recuperó su volumen.

Entonces le colocó nuevas entrañas y repartió por su cuerpo más piedras *atnongaras* y le golpeó en la cabeza, lo que le hizo ponerse de pie, vivo otra vez. El viejo hechicero le dio entonces de comer y le hizo beber agua que contenía piedras *atnongaras.* Cuando despertó, no tenía idea de dónde estaba, y dijo: «*Tju, tju, tju.* Creo que me he perdido». Pero cuando miró a su alrededor, vio al viejo hechicero de pie a su lado. Este le dijo: «No, no te has perdido. Yo te maté hace algún tiempo». Ipailurkna había olvidado

[1] Estas piedras *atnongaras* son unos pequeños cuerpos de aspecto cristalino que, según se cree, todo hechicero es capaz de extraer de su cuerpo cuando quiere, y que tiene repartidas por todo él. De hecho, es la posesión de estas piedras la que confiere al hechicero todos sus poderes.

por completo quién era y toda su vida pasada. Después de algún tiempo, el viejo le llevó de regreso a su campamento y se lo enseñó, y le dijo que cierta mujer que había allí era su *lubra,* porque también a ella la había olvidado del todo. El hecho de que regresara de este modo y la extraña conducta que advertían en él sirvieron para que los demás cayeran en la cuenta de que había sido convertido en hechicero.

B. Spencer y J. Gillen, *The Northern Tribes of Central Australia* (Londres 1904) 480-481.

202. LEBID SE CONVIERTE EN CHAMAN

(indios kwakiutles)

«Lebid llevaba enfermo mucho tiempo», me explicó el individuo que me contó esta historia. «Estuvo enfermo durante tres inviernos y se quedó en los puros huesos. Estábamos a mitad de invierno y hacía mucho frío...».

[Murió finalmente Lebid, y su cuerpo fue envuelto en unas mantas. Lo depositaron en un lugar retirado, al oriente del emplazamiento de la aldea, porque hacía demasiado frío para enterrarlo].

Llegó la noche. Cuando todos los gwasilas estaban acostados, un lobo empezó a aullar detrás de Gwekelis. Llevaba poco tiempo aullando el lobo, cuando otros muchos lobos se pusieron a aullar. Se reunieron en el lugar donde Lebid había sido depositado envuelto en mantas sobre una roca. Entonces pensaron los gwasilas que los lobos lo iban a devorar. Probablemente los lobos estaban sentados alrededor del muerto, porque todos aullaban al mismo tiempo. Los gwasilas no podían dormir del miedo que tenían. Cuando amaneció aún estaban allí los lobos, aullando, y eran muchos. Entonces oyeron los gwasilas a Lebid, que entonaba su canción sagrada en medio de los aullidos de los lobos, y cayeron en la cuenta de que Lebid se había convertido en chamán. Cuando llegó el día, por la mañana, los lobos aulladores se retiraron a los bosques, y también Lebid se marchó al bosque, entonando su canción sagrada. Se marchó junto con los lobos.

Las hermanas de Lebid y su última esposa, Maxmaklodalaogwa, andaban dando vueltas en vano por el lugar donde lo habían dejado envuelto en mantas sobre una roca. Vieron las huellas de Lebid, que había estado caminando entre los lobos. Entonces los chamanes de Nakwaxdax dijeron a los gwasilas que fuesen con sus mujeres y sus niños a bañarse todos por la mañana y por la tarde,

pues debían purificarse. Así lo hicieron. Después de haber estado fuera dos días, desde la aldea de Gwekelis se le oyó de nuevo cantando su canción sagrada tierra adentro...

Cuando fue de día, por la mañana, los gwasilas salieron a buscar leña. La esposa y las hijas y las hermanas de Lebid limpiaron la casa de Lebid para que estuviera limpia... Todos los gwasilas se purificaron. Cuando se hizo la oscuridad por la noche se le oyó cantar su canción sagrada. Apenas podían oírle en los bosques. Los gwasilas encendieron entonces un gran fuego en medio de la casa. Entraron todos los hombres, las mujeres que no tenían la menstruación y los niños. El chamán de Nakwaxdax dijo a todos que llevaran bastones. Cuando todos estuvieron provistos de bastones, el chamán de Nakwaxdax, que se llamaba Qwequlagila («dar vida»), ordenó a los gwasilas que marcaran todos juntos el ritmo con ellos. Así lo hicieron. Durante mucho rato estuvieron marcando el ritmo. Luego dejaron de golpear y se pudo oír cómo se aproximaba la voz de Lebid, que estaba cantando su canción sagrada al otro lado de la aldea. Por tres veces volvieron los gwasilas a marcar el ritmo. El sonido de la canción sagrada se escuchó frente a la casa. Volvieron a marcar el ritmo; a la cuarta vez, Lebid entró por la puerta, desnudo; sólo llevaba alrededor de la cabeza un atado de hierbas, y otro alrededor del cuello. Estaba muy flaco. Los gwasilas marcaban el ritmo. Dio la vuelta a la hoguera que había en medio de la casa, sin dejar de entonar su canción sagrada.

Estas son las palabras de su canción:

1. Fui arrebatado muy lejos tierra adentro hasta el extremo del mundo por el poder mágico del cielo, el tesoro, ha, wo, ho.
2. Sólo entonces fui curado por él, cuando de verdad fue introducido en mí, el antiguo dador de vida de Naualakume, el tesoro, ha, wo, ho.
3. Vuelvo para curar con este medio de sanación de Naualakume, el tesoro. Por eso seré un dador de vida, ha, wo, ho.
4. Vengo con el agua de vida que me ha puesto en la mano Naualakume, el medio de devolver la vida, los tesoros, ha, wo, ho.

Entonces Lebid entonó esta otra canción sagrada:

1. Se vuelve del lado derecho, el pobre, este sobrenatural, para conseguir el sobrenatural, ha, wo, ho.
2. Que el sobrenatural sea dador de vida, el sobrenatural, ha, wo, ho.

3. Que el pobre vuelva a la vida con el dador de vida de Naualakume, ha, 'wo, ho.
4. El pobre viene, este sobrenatural, para dar protección con el medio de dar protección de Naualakume, ha, 'wo, ho.

Después que terminó de danzar, salieron de la casa todos los que no eran chamanes. Entonces los verdaderos chamanes de los gwasilas se sentaron en la casa. Lebid se sentó también sobre una estera nueva, en la parte trasera de la casa. Todos tenían los rostros ennegrecidos, los chamanes viejos, y todos llevaban en la cabeza los tocados de chamanes, hechos con cortezas de cedro rojo. Alrededor del cuello tenían también sus collares de chamanes hechos con cortezas de cedro rojo. Se recostaron todos sobre sus espaldas, sin pronunciar palabra. Sólo Lebid, el nuevo chamán que había retornado a la vida, estaba sentado sobre su estera nueva...

Esperaban a que todos los hombres y mujeres que no eran chamanes se fueran a dormir. Cuando pensaron que ya estarían todos durmiendo, enviaron a cuatro verdaderos chamanes para que inspeccionaran las puertas de las casas de los gwasilas y viesen si estaban atrancadas. Ellos vieron que todas las puertas estaban atrancadas. Volvieron a la casa donde estaban reunidos los chamanes y atrancaron la puerta de la casa. Se sentaron entonces. Estuvieron sentados un rato en silencio, luego se levantó uno de los chamanes, que se llamaba Qulamoltelsila («el que saca la vida de los bosques»). Habló de este modo: «Ciertamente, amigos, ciertamente, así ha sido hecho, porque nosotros hemos venido a esta casa para que Lebid, que ha sido últimamente agregado a nuestro grupo, nuestro amigo, nos explique todo lo que le ha sucedido a este chamán. Ahora nos dirá cómo volvió a la vida. Nada ocultará a sus amigos». Así habló y luego se sentó.

Entonces habló Lebid de este modo: «Ciertamente, amigos, compañeros chamanes, así tenéis que hacer con un nuevo chamán. Ahora os lo diré, amigos. Yo estaba muy enfermo, y un hombre se acercó al lugar en que yo estaba acostado en otra casa y me invitó a que lo siguiera. Inmediatamente me levanté y le seguí. Entonces vi que mi cuerpo seguía allí tendido y quejándose. No habíamos caminado mucho hacia el interior del bosque cuando vimos una casa y entramos en ella. El otro hombre me pidió que fuera a sentarme en la parte trasera de la casa. Cuando me senté, habló el otro hombre, que estaba sentado a la mano derecha de la puerta por la que se entraba a la casa. Dijo: 'Anda, habla, Naualakume, el gran chamán, sobre lo que hemos de hacer con éste que acaba de llegar y está sentado entre nosotros', dijo él. Entonces llegó un hombre

que tenía enrollado en torno a la cabeza un ancho tocado de corteza de cedro rojo y un collar fino de corteza de cedro rojo. Habló y dijo así: 'Nuestro amigo no tiene que retirarse, porque yo quiero que vuelva a su tribu convertido en un gran chamán y que cure a los enfermos de su tribu. Y tendrá mi nombre en vez de su nombre. Ahora tendrá el nombre de Naualakume. Yo le quitaré el aliento de su cuerpo para guardarlo yo', dijo, al tiempo que se marchaba por la puerta de la casa. No pasó mucho rato y ya estaba nuevamente de regreso. Habló y dijo: 'Ahora su cuerpo yace muerto en tierra, porque yo retengo su aliento, que es el dueño del alma de nuestro amigo. Ahora le daré mi poder chamánico', dijo, al mismo tiempo que vomitaba un cristal de cuarzo. Entonces todos los hombres golpearon con ritmo sobre los tableros.

El cantó su canción sagrada al mismo tiempo que arrojaba el cristal de cuarzo contra la parte inferior de mi esternón, y yo quedé convertido en chamán después de esto, cuando empezaba a clarear el día. Entonces dijo Naualakume: 'Otra vez tendremos que marcar el ritmo por nuestro amigo esta noche', dijo él. Entonces todos los lobos, que ahora eran hombres, se fueron a dormir. Por la noche volvieron todos a la casa, pues Lebid seguía sentado allí.

Y cuando todos los hombres estuvieron dentro, Naualakume llegó cantando su canción sagrada desde fuera de la casa. Luego entró. Al dorso de su matraca había un lobo tallado en madera de tejo. Dio una vuelta en torno al fuego que había en medio de la casa. Después de haber dado la vuelta cuatro veces, se sentó a mi lado y apretó con su mano derecha sobre mi cabeza, y dejó en el suelo su matraca y apretó con la mano izquierda sobre mi cabeza, y luego entonó su canción sagrada. Entonces apretó con sus dos manos a los dos lados de mi cabeza, y recorrió con ellas del mismo modo todo mi tronco hasta su parte inferior. Del mismo modo, juntó sus manos, las extendió juntas y las alzó, expulsando la enfermedad de Lebid. Lo hizo por cuatro veces y terminó...

Entonces los hombres se pusieron sus máscaras de lobo, y cuando estuvieron vestidos del todo salieron por la puerta de la casa, y también Lebid. Cuando todos estuvieron fuera, todos los lobos aullaron. Lebid caminó en medio de ellos, y también Naualakume tomó el aliento del cuerpo de Lebid, pues los lobos se habían llevado únicamente su alma. Entonces marcharon todos al lugar donde yacía el cuerpo de Lebid, envuelto sobre una roca. Tan pronto como llegaron allí, Naualakume dijo a los otros lobos que quitaran la esterilla que había sido colocada sobre el cuerpo y las envolturas de dos pares de mantas. Cuando todo estuvo retirado, Naualakume acudió allí. Dijo a Lebid que se sentara a su lado. Tomó su aliento

y se lo introdujo en la boca. Entonces lo sopló dentro del cuerpo de Lebid. Dijo a todos aquellos lobos que lamieran el cuerpo del muerto. 'Mi alma estaba sentada en el suelo y observaba cómo los lobos lamían el cuerpo. No llevaban mucho tiempo lamiéndolo cuando empezó a alentar. Entonces Naualakume presionó con sus dos manos sobre su cabeza. El alma empezó a empequeñecerse hasta que se volvió del tamaño de un moscardón. La tomó y la puso encima de la cabeza de Lebid y la hizo entrar en él. En seguida se levantó Lebid y cantó su canción sagrada. Ahora cantaba en medio de los lobos, que aullaban, y todos juntos volvieron a los bosques y regresaron a su casa. También Lebid les siguió.

Los lobos volvieron a marcar el ritmo por la noche. Y fue entonces cuando en realidad explicaron a Lebid, que ahora se llamaba Naualakume, cómo debía curar a los enfermos. El dijo que no podía expulsar (la enfermedad), mientras que otros gwasilas decían que podía arrojar (la enfermedad), él que ahora se llamaba Naualakume. Entonces dijo el gran chamán de los lobos (a Lebid) que le haría siempre soñar 'lo que debo hacer para curar de verdad a los enfermos, mientras me daba instrucciones'. Entonces fue cuando vine a esta casa en que ahora estamos sentados».

F. Boas, *The Religion of the Kwakiutl Indians* II (Nueva York 1930) 46-50.

203. LA «ILUMINACION» DE LOS CHAMANES ESQUIMALES

(Igluliks)

Durante la iniciación del chamán, su maestro le ayuda a conseguir la «luz» o la «iluminación», *angákok,* que también se llama *quamanek.*

El *angákok* consiste en «una misteriosa luz que el chamán experimenta de repente en su cuerpo, dentro de su cabeza, en el cerebro, un foco inexplicable, un fuego luminoso que le permite ver la oscuridad, hablando literal y metafóricamente, ya que puede ver con los ojos cerrados a través de la oscuridad y percibir cosas y acontecimientos que permanecen velados a los demás. De ahí que puedan ver el futuro y los secretos de los demás».

El candidato obtiene esta luz mística después de muchas horas de espera que ha de permanecer sentado en su choza, invocando a los espíritus. Cuando experimenta esta luz por primera vez, «es como si la casa en que está se elevara de pronto; ve a mucha distancia de donde se encuentra, a través de las montañas, exacta-

mente como si la tierra fuese una llanura completamente plana, y como si sus ojos pudieran alcanzar hasta el extremo de la tierra. Ya nada está oculto a su mirada. No sólo puede ver cosas que se hallan muy lejos, sino que también capta las almas, las almas robadas que han sido llevadas a sitios lejanos o que han descendido al país de los muertos».

M. Eliade, *Shamanism: Archaic Techniques of Ecstasy* (Nueva York 1964) 60-61.

204. SUEÑO INICIATICO DE UN CHAMAN SAMOYEDO

A. A. Popov ofrece el siguiete relato acerca de un chamán de los samoyedos avams. Enfermo de viruelas, el futuro chamán estuvo inconsciente durante tres días, y tan al borde de la muerte, que estuvieron a punto de enterrarle al tercero. Durante aquel tiempo tuvo lugar su iniciación. Luego recordaba que fue llevado hasta alta mar, donde oyó a su enfermedad (la viruela) que le decía: «Recibirás de los Señores del Agua los poderes de chamán. Tu nombre de chamán será Huottarie ('somormujo')». Entonces la enfermedad agitó las aguas del mar. Salió fuera el candidato y ascendió a una montaña. Allí encontró a una mujer desnuda y comenzó a mamar de sus pechos. La mujer, que era probablemente la Señora de las Aguas, le dijo: «Tú eres mi hijo. Por eso te he dejado mamar de mis pechos. Tendrás muchas fatigas y te sentirás muy cansado». El marido de la Señora de las Aguas, el Señor del Mundo inferior, le dio entonces dos guías, un armiño y un ratón, para que lo llevaran al mundo inferior. Llegaron a un lugar elevado y los guías le mostraron siete tiendas con los techos rotos. Penetró en la primera y vio allí a los habitantes del mundo inferior y a los hombres de la «gran enfermedad» (la sífilis). Aquellos hombres le arrancaron el corazón y lo pusieron en una gran olla. En otras tiendas encontró al Señor de la Locura y a los Señores de todos los trastornos nerviosos, así como a los malos chamanes. De este modo aprendió cuáles son las enfermedades que atormentan a la humanidad.

Precedido por sus guías llegó también al país de las chamanesas, que fortalecieron su pecho y su voz. Fue llevado después a las orillas de los nueve mares. En medio de uno de ellos había una isla, y en medio de ésta se alzaba hasta el cielo un abedul. Era el «árbol del Señor de la Tierra». A su lado crecían nueve hierbas, antecesoras de todas las plantas de la tierra. El árbol estaba rodeado por los mares, en cada uno de los cuales nadaba una especie de ave

con sus crías. Había muchas clases de patos, cisnes y un gavilán. El candidato recorrió todos aquellos mares; algunos eran salados y otros estaban tan calientes que no pudo acercarse a las orillas. Después de recorrer los mares, el candidato alzó la frente y vio hombres de diversas naciones en lo alto del árbol. Estaban allí los samoyedos tavgis, los rusos, los dolganes, los yakutos y los tunguses. Escuchó unas voces: «Se ha decidido que tengas un tambor (es decir, la caja de un tambor) hecho con madera de las ramas de este árbol». El empezó entonces a volar con las aves de los mares. Cuando abandonó la orilla, el Señor del Arbol lo llamó: «Mi rama acaba de caer; tómala y hazte de ella un tambor que te servirá durante toda tu vida». La rama tenía tres horquillas, y el Señor del Arbol le mandó que se hiciera con ellas tres tambores, que habrían de ser guardados por tres mujeres, y cada uno de los cuales habría de servir para una ceremonia distinta, el primero para actuar sobre las mujeres en el parto, el segundo para curar enfermedades y el tercero para buscar a los hombres perdidos en la nieve.

El Señor del Arbol dio también otras ramas a todos los hombres que había en lo alto del abedul. Pero, emergiendo hasta el pecho en forma humana del tronco, dijo: «Sólo una rama doy a los que no son chamanes, pues la guardo para el resto de la humanidad. Con ella podrán hacer casas y servirse de ella para sus necesidades. Yo soy el Arbol que da la vida a todos los hombres». Sujetando su rama, el candidato se dispuso a emprender de nuevo el vuelo, pero volvió a escuchar una voz humana, que esta vez le revelaba las virtudes medicinales de las siete plantas y le daba instrucciones acerca de cómo debía ejercer su oficio de chamán. Pero, añadió la voz, tendría que casarse con tres mujeres (cosa que hizo realmente más tarde, adoptando a tres muchachas huérfanas a las que había curado de la viruela).

Después de esto llegó a un mar sin orillas donde encontró árboles y siete piedras. Las piedras le hablaron una detrás de otra. La primera tenía dientes como los de los osos y una cavidad en forma de cestillo, y le reveló que era la piedra que sujeta la tierra; con su peso asegura los campos para que no puedan ser arrebatados por el viento. La segunda servía para fundir el hierro. Se quedó con aquellas piedras durante siete días y de este modo aprendió cuáles eran sus utilidades para los hombres.

Entonces, sus dos guías, el armiño y el ratón, lo condujeron hasta una montaña alta y de forma redondeada. Vio ante sí una hendidura y por ella penetró en una caverna luminosa, cubierta de espejos, en medio de la cual había algo que parecía una hoguera. Vio allí dos mujeres, desnudas pero cubiertas por sus cabellos,

como renos; vio entonces que allí no había ninguna hoguera, sino que la luz descendía de lo alto, a través de una abertura. Una de las mujeres le dijo que estaba embarazada y que iba a dar a luz dos renos; uno sería el animal sacrificial de los dolganes y los evenkis, y el otro lo sería de los tavgis. También le dio un mechón de pelo que le habría de ser muy útil cuando ejerciera su oficio de chamán en relación con los renos. La otra mujer también dio a luz dos renos, símbolo de los animales que sirven de ayuda a los hombres en sus trabajos y que les proporcionan alimento. La caverna tenía dos aberturas, una hacia el norte y otra hacia el sur, y las jóvenes mujeres enviaron por cada una de ellas un reno para que sirviera a los pueblos del bosque (los dolganes y los evenkis). También la segunda mujer le dio un mechón de pelo. Cuando ejerce sus funciones de chamán, se vuelve con el pensamiento hacia la caverna.

Llegó después el candidato a un desierto y vio allí una montaña a lo lejos, a la que llegó al cabo de tres días de camino. Penetró por una abertura y se encontró con un hombre desnudo que accionaba un fuelle. Sobre el fuego había un caldero «tan grande como media tierra». Lo vio el hombre desnudo y lo sujetó con un par de tenazas. El novicio sólo tuvo tiempo para pensar: «¡Soy hombre muerto!». El hombre le arrancó la cabeza, le partió el cuerpo en pedazos y lo arrojó en el caldero. Su cuerpo estuvo cociendo dentro durante tres días. Había allí también tres yunques, y el hombre desnudo estuvo forjando en uno de ellos su cabeza, precisamente en el yunque en que son forjados los buenos chamanes. Metió luego la cabeza en una de las tres ollas que había allí, en la que estaba el agua más fría. Entonces reveló al candidato que, cuando le llamaran para curar a alguien, si el agua del puchero ritual estaba muy caliente, no tenía objeto alguno ejercer en ese caso las artes chamánicas, porque el hombre ya estaba perdido. Si el agua estaba tibia, es que el hombre estaba enfermo, pero podría recuperarse. El agua fría era indicio de que el hombre estaba sano.

El herrero fue pescando entonces los huesos del chamán en un río, en que estaban flotando, los juntó y recubrió de nuevo con carne. Los contó y le dijo que ahora tenía tres huesos de más. Luego tendría que proporcionarle las vestiduras de chamán. Forjó su cabeza y le enseñó a leer las letras que hay dentro. Cambió sus ojos, y por eso, cuando ejerce su oficio de chamán, no ve con sus ojos corporales, sino con los ojos místicos. Horadó sus orejas, con lo que le dio la capacidad de escuchar el lenguaje de las plantas. Entonces el candidato se encontró en lo alto de la montaña, y finalmente despertó en su yurta, en medio de su familia. A partir de

entonces pudo cantar y ejercer las artes chamánicas indefinidamente, sin cansarse nunca.

M. Eliade, *Shamanism: Archaic Techniques of Ecstasy* (Nueva York 1964) 38-42.

205. MATRIMONIO MISTICO DE UN CHAMAN SIBERIANO

(goldis)

Los goldis distinguen claramente entre el espíritu tutelar (ayami), *que elige al chamán, y los espíritus auxiliares* (syvén), *que le están sometidos y que le han sido proporcionados por el mismo* ayami. *Según Stemberg, los goldis explican las relaciones existentes entre el chamán y su* ayami *mediante una compleja emoción sexual. Se recoge aquí el relato de un chamán goldi.*

Dormía yo una vez en mi lecho de enfermo cuando un espíritu se me acercó. Era una mujer muy hermosa. Su figura era muy grácil, y su altura no era mayor que un *arshin* (71 cm). Su rostro y su indumentaria eran como los de una de nuestras mujeres. El cabello le caía por los hombros en pequeñas trenzas negras. Otros chamanes dicen que han tenido la visión de una mujer con medio rostro negro y el otro medio de color rojo. Ella me dijo: «Yo soy el *ayami* de tus antepasados, los chamanes. Yo les enseñé las artes del chamán. Ahora te las voy a enseñar a ti. Los viejos chamanes murieron y no hay nadie para ayudar a la gente. Tú te convertirás en chamán».

Luego dijo: «Yo te amo. Ahora estoy sin marido, tú serás mi marido y yo seré tu esposa. Yo te daré espíritus auxiliares. Tú curarás con su ayuda, y yo misma te enseñaré y te ayudaré. El alimento nos lo proporcionará la gente».

Yo me sentí desmayar y traté de resistirme. Entonces me dijo ella: «Si no me obedeces, tanto peor para ti. Te mataré».

Ella se me acercó cada vez más, y yo dormí con ella como con mi propia esposa, pero no tenemos hijos. Ella vive por su cuenta, sin parientes, en una choza sobre una montaña, pero cambia de morada con mucha frecuencia... A veces viene con el aspecto de una vieja, otras bajo los rasgos de una loba, con un aspecto terrible de ver. Algunas veces se aparece como un tigre con alas. Yo monto a sus lomos y ella me lleva a visitar países lejanos. He visto montañas en que viven sólo viejos y viejas, y aldeas en que no se ve más

que hombres y mujeres jóvenes; son como los goldis y hablan en goldi. A veces esas gentes se convierten en tigres.

Ahora mi *ayami* no viene a mí con tanta frecuencia como antes. Cuando me enseñaba, solía acudir cada noche. Ella me ha dado tres auxiliares: *jarga* (la pantera), *doonto* (el oso) y *amba* (el tigre). Vienen hasta mí en sueños, y aparecen siempre que los llamo cuando ejerzo de chamán. Si uno de ellos se resiste a venir, mi *ayami* lo obliga a presentarse, pero, según me dicen, hay algunos que no obedecen ni siquiera al *ayami*. Cuando hago de chamán, el *ayami* y los espíritus auxiliares me poseen; grandes o pequeños, penetran en mí como lo harían el humo o el vapor. Cuando el *ayami* está dentro de mí, es ella la que habla por mi boca y lo hace todo por su cuenta. Cuando yo estoy comiendo los *sudku* (las ofrendas) y bebo sangre de cerdo (la sangre de cerdo sólo puede ser bebida por los chamanes; los laicos no pueden ni siquiera tocarla), no soy yo el que come o bebe, sino sólo mi *ayami*.

M. Eliade, *Shamanism (op. cit.)*, 72-73.

206. UN PODEROSO CHAMAN

(apaches)

«Mi hermano blanco», explicó un chamán apache a Reagan, «probablemente no me vas a creer, pero soy todopoderoso. Yo nunca moriré. Si disparas contra mí, la bala no penetrará en mi carne, y si entra, no me hará daño alguno... Si clavas un cuchillo en mi pecho, empujándolo hacia arriba, saldrá por lo alto de mi cabeza a través del cráneo... Soy todopoderoso. Si quiero matar a alguien, todo lo que tengo que hacer es extender mi mano y tocarle, y entonces muere. Mi poder es como el de un dios».

A. B. Reagan, *Notes on the Indians of the Fort Apache Region* (American Museum of Natural History, Anthropological Papers XXXV, V; 1930) 391.

207. PERDIDA DEL ALMA Y CURACION MAGICA ENTRE LOS APINAYES DEL ESTE DEL BRASIL

Cuando la niña pequeña de Meoka tuvo la disentería a los seis meses de edad, Ka'ta'm (según lo que él [Nimiendaju] me contó) la curó del modo siguiente:

«Yo caminaba hacia la quebrada con Iré [la mujer de Ka'ta'm] para bañarnos. Al pasar junto a una plantación escuché el llanto de un niño pequeño. '¿Oyes algo?', pregunté a Iré. 'No', dijo ella, 'no oigo nada'. Pero yo lo oía claramente, y pensé: '¿Qué cosa puede ser?'. Dejando allí a mi esposa esperándome, caminé hacia el sitio en que se escuchaba aquel sonido. Vi entonces a la sombra de la hija de Meoka sentada en medio de la plantación, justo en mitad de las sombras de las sandías blancas, que ya habían sido recogidas y comidas, de las que sólo quedaban los tallos. Porque ése es el tiempo en que las sombras de todos los frutos cultivados danzan en la plantación. Se habían llevado a la pequeña a la granja y le habían permitido comer sandía, y las sombras de los frutos habían retenido consigo la sombra de la niña.

Yo volví adonde estaba su madre y le dije que no llorase, porque su niña se curaría. Le aconsejé esperar varios días, pues la sombra regresaría espontáneamente. La abuela pensaba que el cuerpo de la niña estaba ya demasiado débil y que no aguantaría tanto. Entonces yo volví allí y me traje la sombra».

Yo [Nimiendaju] presencié esta última operación. Ka'ta'm se pintó por la noche y regresó a la plantación. La madre se quedó sentada frente a la puerta, con su niña enferma en el regazo, rodeada de cierto número de mujeres. Poco después regresó Ka'ta'm de la granja. Traía el alma-sombra de la niña, invisible, como si llevara en brazos su cuerpo. Cuando las mujeres lo vieron venir, empezaron a lanzar lamentos, imaginándose los días que había pasado a solas la sombra de la pequeña enferma, rodeada únicamente de las sombras de los frutos, sin fuego y sin abrigo. Ka'ta'm puso la sombra de la niña sobre la cabeza de ésta y la hizo descender a lo largo de su cuerpo.

Poco antes de que ocurriera este episodio, el mismo Ka'ta'm había curado a su propio hijo, cuya sombra también había caído en poder de las sombras de los frutos. Algunos días después descubrió la sombra de otro niño enfermo en la poza del baño de la quebrada, y la recogió. La madre se había llevado consigo a su niño para bañarse, y mientras lo hacía, la sombra del pequeño se perdió en el agua. Ka'ta'm escuchó y aprendió el cántico quejumbroso del alma perdida, y por la noche lo cantó a las mujeres, que al principio se echaron a llorar, pero luego siguieron la melodía.

C. Nimiendaju, *The Apinayé* (Washington 1937) 144-145.

208. UNA SESION CHAMANICA ENTRE LOS YUKAGIRES

(Noroeste de Siberia)

El chamán se sienta en el suelo y, después de tocar el tambor durante un buen rato, invoca a sus espíritus tutelares, imitando los gritos de los animales. «Antepasados míos, mis descendientes, venid a mi lado. Venid junto a mí para ayudarme, mis muchachas-espíritus...».

Empieza a tocar de nuevo el tambor y, levantándose con ayuda de sus auxiliares, marcha a la puerta y respira profundamente para ingerir los espíritus de sus antepasados y otros espíritus a los que acaba de invocar. «El alma del paciente, al parecer, se ha marchado por el camino del reino de las sombras», anuncian los espíritus de los antepasados por la voz del chamán. Los parientes del enfermo le animan: «¡Sé fuerte, no te canses de luchar!». El chamán deja su tambor y se tumba boca abajo sobre la piel de reno. Permanece inmóvil, señal de que ha abandonado su cuerpo y está viajando por el más allá. Ha descendido al reino de las sombras «a través del tambor como a través de un lago». Permanece quieto durante mucho tiempo, y los asistentes aguardan pacientemente a que despierte. Su retorno es señalado por algunos movimientos. Dos muchachas le dan masajes en las piernas y, una vez que vuelve completamente en sí, vuelve a colocar el alma en el cuerpo del paciente. Va entonces hacia la puerta y despide a sus espíritus auxiliares.

Al término de aquella sesión, el chamán explicó a Jochelson los pormenores de su viaje extático. Acompañado de sus espíritus auxiliares, marchó por el camino que conduce al reino de las sombras. Llegó hasta una casita y se encontró allí con un perro que comenzó a ladrar. Una vieja, que guardaba el camino, salió de la casa y le preguntó si venía para quedarse siempre o sólo por algún tiempo. El chamán no le respondió; en vez de ello, se dirigió a sus espíritus: «No prestéis oído a las palabras de la vieja; caminad sin deteneros». En seguida llegaron a un río. Había allí una barca, y el chamán vio tiendas y hombres a la otra orilla. Acompañado en todo momento por sus espíritus, subió a la barca y cruzó el río. Encontró las almas de los parientes muertos del enfermo, penetró en su tienda y vio que allí estaba también el alma del enfermo. Como los parientes se negaron a entregársela, hubo de arrebatársela por la fuerza. Para llevarla a salvo de nuevo a la tierra, la engulló y se taponó los oídos para impedir que se escapara.

M. Eliade, *Shamanism (op. cit.)*, 247-248.

209. UN CHAMAN ESQUIMAL DESCIENDE AL FONDO DEL OCEANO

El descenso a la morada de Takánakapsâluk, la Madre de los Animales marinos, se emprende a petición de una persona, a veces por razón de enfermedad y otras a causa de la mala suerte en la caza. Sólo en este segundo caso se paga al chamán por sus servicios. Pero ocurre a veces que la caza desaparece del todo y la aldea se ve amenazada por el hambre. Entonces se reúnen todos los habitantes de la aldea en la casa en que va a tener lugar la sesión, y el viaje extático del chamán se realiza en nombre de toda la comunidad. Los presentes tienen que desatar sus cinturones y soltar los lazos de sus vestidos y permanecer en silencio, con los ojos cerrados. El chamán pasa un rato respirando profundamente, en silencio, antes de invocar a sus espíritus auxiliares. Cuando por fin llegan éstos, el chamán empieza a murmurar: «Su camino me resulta fácil, su camino se abre ante mí». Y el auditorio responde a coro: «Que así sea». En ese momento se abre la tierra y el chamán lucha con fuerzas desconocidas, hasta que finalmente grita: «¡Ahora está abierto el camino!». Y el auditorio exclama a coro: «¡Que el camino se abra ante él, que encuentre él su camino!». Entonces, primero bajo el lecho y luego cada vez más lejos, desde el pasadizo, se escucha este grito: «Halala-he-he-he. Halala-he-he-he», lo que es señal de que el chamán ya ha partido. Los gritos suenan cada vez más lejanos, hasta que dejan de oírse.

Durante este tiempo, los presentes cantan a coro, con los ojos cerrados; a veces, las vestiduras del chamán, de las que éste se ha despojado antes de dar comienzo a la sesión, parecen cobrar vida y revolotear por la casa, sobre las cabezas del auditorio. También se nota la presencia de individuos fallecidos mucho tiempo antes, y se escucha su respiración profunda. Se trata de chamanes muertos que vienen en ayuda de su compañero mientras dura el peligroso viaje. Su respiración profunda parece venir de muy lejos, de debajo del agua, como si fuesen animales marinos.

Cuando llega al fondo del océano, el chamán se encuentra frente a tres grandes rocas en constante movimiento que le cierran el paso; tiene que pasar entre ellas con peligro de ser aplastado (se trata de una imagen de la «puerta estrecha» que impide el acceso al plano del ser superior a todo el que no esté «iniciado», es decir, a quien no sea capaz de actuar como un «espíritu»). Después de superar este obstáculo, el chamán toma un sendero y sigue hasta una especie de playa; sobre una colina se alza la casa de Takánakapsâluk, hecha de piedra y con una entrada muy angosta. El chamán oye los resoplidos y el jadeo de muchos monstruos mari-

nos, pero no ve nada. La entrada está defendida por un perro que enseña sus colmillos; el perro resulta peligroso para todo el que le tenga miedo, pero el chamán lo pasa de largo y el animal comprende que se trata de un poderoso mago. Todos estos obstáculos cuentan para el chamán ordinario, pero un chamán poderoso llega hasta el fondo del mar y directamente a la presencia de Takánakapsâluk, buceando por debajo de su tienda o choza de nieve, como si se deslizara por un tubo.

Si la diosa está enojada con los hombres, frente a su casa se alza un gran muro, que el chamán tiene que derribar con sus hombros. Otros aseguran que la casa de Takánakapsâluk carece de techo, de forma que la diosa puede ver perfectamente las acciones de los hombres desde el lugar en que está sentada junto al fuego. A la derecha de este fuego, en un estanque, hay toda clase de animales marinos, cuyos resoplidos y chillidos se pueden escuchar. Los cabellos de la diosa caen a lo largo de su rostro y ella permanece sucia y desaliñada. Tal es el efecto de los pecados de los hombres, que casi la han puesto enferma. El chamán ha de acercarse a ella, tomarla por los hombros y peinar sus cabellos (pues la diosa carece de dedos con que peinarse ella misma). Antes de hacerlo, todavía tiene que superar otro obstáculo, pues el padre de Takánakapsâluk, tomándolo por un hombre muerto que va de camino hacia el país de las sombras, trata de apoderarse de él, pero el chamán grita: «¡Soy carne y sangre!», y de este modo consigue seguir adelante.

Mientras peina los cabellos de Takánakapsâluk, le explica que los hombres ya no tienen focas. La diosa reponde en el lenguaje de los espíritus: «Los descarríos secretos de las mujeres y el quebrantamiento de los tabúes al comer carne cocida cierran el paso a los animales». El chamán tiene que recurrir entonces a toda su fuerza para calmar su enojo; finalmente, ella abre el estanque y deja ir libres a los animales. El auditorio escucha sus movimientos en el fondo del mar, y poco después la respiración del chamán, como si éste emergiera sobre la superficie del agua. Sigue un largo silencio. Finalmente habla el chamán: «Tengo algo que decir». Todos responden: «Oigamos, oigamos», y el chamán, en el lenguaje de los espíritus, pide que confiesen sus pecados. Uno tras otro, todos confiesan sus descarríos o las veces que han quebrantado los tabúes, y se arrepienten.

M. Eliade, *Shamanism (op. cit.)*, 294-296.

210. MAGIA NEGRA. UN BRUJO AUSTRALIANO

(Tierra de Arnhem)

Laindjura era uno de los más famosos matadores de hombres del territorio sudoriental de Murngin. Se le atribuía la muerte de varios hombres por medio de la magia negra. Como persona no era muy distinto de los restantes individuos de la tribu, aunque quizá se le notaba un poco sobresaltado. Era un buen cazador y sabía trabajar la madera con gran habilidad. Tenía varias esposas y cierto número de hijos. No había ningún rasgo siniestro, extraño o psicopático en su persona; era hombre perfectamente normal en toda su conducta. Entre su gente, las actitudes que mantenían hacia él los demás no se diferenciaban de las que podían observarse en el trato con cualquier otro individuo del clan. Resultó, sin embargo, muy difícil ganarse la confianza de Laindjura en cuanto a sus actividades como hechicero. Aunque manteníamos unas relaciones muy amistosas, hasta mi segunda expedición de campo no conseguí que me dijera nada acerca de las diversas muertes que había causado.

Resulta imposible valorar hasta qué punto Laindjura y otros matadores de hombres se creían ellos mismos las historias que me relataron. No me cabe duda de que Laindjura las creía en gran parte. Puesto que amigos y enemigos le atribuían varias muertes o le acusaban de ellas, es posible que adoptara una actitud «como si» realmente fuera su causante, hasta terminar por creerse que realmente había ejecutado las operaciones que pretendía. Un hechicero negro al que se acusa de haber causado varias muertes no lo suele pasar muy divertido entre las gentes que componen su grupo, y en determinadas circunstancias supone muchos inconvenientes tener semejante fama en vez de ser considerado como cualquier individuo corriente. Un hombre no practicaría una doblez tan total como la que indican estas historias a menos que se encontrase en circunstancias completamente extraordinarias desde nuestro punto de vista.

La muerte de la mujer de Bom-li-tjir-i-li

«Estábamos todos acampados en Marunga Island. Andábamos recogiendo ostras. La mujer a la que me disponía a dar muerte fue aquel día a recoger nenúfares, mientras que las demás mujeres se marcharon en busca de ostras. Yo me llevé mi hacha y la estuve observando. La mujer recogía los bulbos de los nenúfares, luego

salió del pantano, regresó al arenal y se echó a la sombra. Se cubrió con una hoja de corteza para entrar en calor, pues había estado en el estanque de los nenúfares y sentía frío. Sólo sacaba fuera la cabeza y no podía ver.

Yo me acerqué furtivamente y la golpeé entre los ojos con el extremo del hacha. Ella se removió y trató de ponerse en pie, pero no pudo. Sus ojos se volvieron como si estuviera muerta. La tomé por debajo de los brazos y la arrastré hasta una espesura de mangles y la dejé en tierra. Era una mujer joven.

Arranqué un tallo de mangle y lo agucé. Tomé primero unos bulbos de orquídea y los preparé. No había llevado mi pulsador, así que saqué el mango de mi hacha y fui haciendo incisiones alrededor del monte de Venus de la mujer, hasta separarlo por la parte en que se une a la vagina, y lo retiré. Empujé luego la piel hasta el ombligo.

Sus intestinos gruesos se salieron como si fuesen de algodón rojo. Cubrí mi brazo con jugo de orquídea y también mi estaca de matar. Apoyé la estaca en la palma de mi mano, de forma que pudiera empujarla con la punta hacia arriba con el pulgar. Cuando ella inhalaba, yo empujaba un poco, y dejaba de hacerlo cuando expulsaba el aire. Poco a poco fui introduciendo mi mano dentro de ella, hasta que llegué finalmente al corazón. Empujando la estaca con el pulgar y sujetándola con los demás dedos llegué hasta su corazón. Tenía un corazón muy grande, así que hube de empujar con más fuerza de lo acostumbrado.

Saqué luego la estaca. Me puse a su espalda y la sujeté con mis manos en sus pechos, levantándola en alto, de forma que ella quedó sentada en cuclillas.

La sangre de su corazón fue cayendo en un cuenco de corteza que yo había preparado para recogerla. Luego fue cayendo cada vez más despacio, hasta detenerse del todo. La recosté de nuevo y me llevé la sangre, que escondí. Regresé y arranqué de un árbol un nido de hormigas verdes. Lo dejé junto a ella. Puse las hormigas vivas sobre su piel. No las excité, pues estaba apurado, temiendo que pudieran venir los parientes de la mujer a buscarla. La piel, al ser mordida por las hormigas, se iba extendiendo por sí misma hacia abajo, desde el ombligo hasta cubrir los huesos del monte de Venus.

Tomé entonces un poco de barro seco de un antiguo estanque de nenúfares. Dejé caer un poco de sudor en el barro y lo calenté sobre el fuego, y se lo apliqué a la mujer sobre la herida, de forma que no quedara rastro de cuanto había hecho. Tuve cuidado de que no quedara nada del vello del pubis dentro de la vagina y que luego

lo notara su marido o lo advirtieran las mujeres. Seguí haciéndole aplicaciones de barro hasta que la vagina tuvo el mismo aspecto que antes. Dejé caer sangre y sudor sobre el barro, lo calenté y lo apliqué por dentro del útero. Repetí la misma operación varias veces con barro, sudor y sangre. Lo hice seis u ocho veces. Entonces por dentro todo quedó como antes.

Le di la vuelta. El intestino grueso colgaba varios pies. Sacudí sobre él unas cuantas hormigas verdes y se metió un poco. Puse más hormigas, y entró otro poco. Eché aún más hormigas, y el intestino entró del todo. Todo estaba bien ahora y ya no quedaba ningún rastro de la herida.

Tomé el mango del hacha, que estaba cubierto de sangre de la mujer, y lo hice girar en torno a su cabeza. Su cabeza empezó a moverse lentamente. Lo volví a girar. Ella se movió un poco más. El espíritu que había pertenecido a aquella mujer muerta penetró entonces en mi corazón. Yo lo sentía según iba entrando. Volví a girar el mango del hacha y ella abrió la boca para respirar. Salté sobre ella y le estiré los dedos de las manos y de los pies. Ella expulsó un poco de aliento de su boca y quedó bien del todo.

Era ya mediodía. Yo le dije: 'Vas a comer unos cuantos nenúfares'. La mujer se puso en pie y echó a andar. Volvió por otro camino. Yo dije a aquella mujer: 'Vivirás dos días. Pasarás feliz un día, pero al siguiente te sentirás enferma'. La mujer volvió al sitio en que yo la había encontrado. Las demás mujeres regresaban entonces de donde habían estado recogiendo ostras. Iban riendo y charlando. Despertaron a la muchacha. Ella recogió sus bulbos y siguió hasta el campamento con las mujeres.

Al día siguiente estuvo andando por allí, hablaba y reía y se lo pasó bien, recogiendo nenúfares y ostras. Aquella noche regresó al campamento llevando las cosas que había recogido. Se acostó y murió aquella noche».

W. Ll. Warner, *A Black Civilization* (Nueva York 1958) 188-190.

B. *PERSONAS SAGRADAS*

211. UN REY DIVINO AFRICANO

(Nyasalandia)

Mbande es una colina situada en la llanura del norte de Nyasalandia, desde la que se dominan todos los alrededores, de fácil defensa. El lado occidental es escarpado, y bajo el borde del precipicio solía embalsarse el agua, mientras que por el norte la colina se halla protegida por un ancho brazo del río Lukulu. Es un lugar sagrado en el que durante muchas generaciones ha estado el hogar del «rey divino», el Kyungu. Al igual que el Lwembe, era el representante divino de un héroe, y era elegido por un grupo hereditario de nobles de entre dos familias emparentadas que se alternaban en el oficio (cuando se encontraba en cada una de ellas el candidato adecuado). Llegado el caso, se elegía un hombre fuerte, que hubiera tenido hijos y a condición de que éstos ya estuvieran casados. Los jóvenes no servían para candidatos, pues, como decían los nobles, «los jóvenes son inclinados a guerrear y a destruir el país». También había de ser hombre prudente *(gwa mahala)* y generoso en repartir alimentos a su pueblo.

La vida del Kyungu estaba rodeada de tabúes aún más rigurosos que la del Lwembe. No podía caer enfermo o sufrir herida alguna. Ni siquiera podía hacerse un rasguño y sangrar un poco, pues de caer enfermo o derramar por tierra su sangre, todo el país enfermaría. «Los hombres se sentían asustados cuando la sangre del Kyungu caía en tierra, pues decían que era su vida». «Cuando le dolía la cabeza, sus esposas (si le querían de verdad) le decían que no hablara de ello y procuraban encubrir sus enfermedades. Pero si los nobles entraban un día en su casa y lo encontraban enfermo, cavaban una fosa y lo ponían en ella, diciendo: 'Es el jefe. Para él es tabú *(ntemi)* caer enfermo'. Entonces él, con un gesto de resignación, daba a entender que quizá tenía que ser así».

Se tomaban muchas precauciones para defender su salud. Vivía en una casa separada, con sus poderosas medicinas. Su comida era preparada por muchachos que aún no hubieran llegado a la pubertad, para impedir que una mujer con la menstruación o un joven que se hubiera acostado con una mujer tocaran sus alimentos y de este modo le causaran alguna enfermedad; sus numerosas esposas permanecían encerradas en el cercado real, una gran em-

palizada, y vigiladas celosamente, pues cualquier infidelidad que pudieran cometer podría ser causa de que su esposo enfermara, y con él todo el país.

Cuando el Kyungu caía enfermo, era asfixiado por los nobles que vivían cerca de él en Mbande y enterrado luego con gran secreto, con una veintena o más de personas vivas —esclavos— en la misma tumba debajo de él, y una o dos esposas y los hijos de gente del pueblo encima. En medio de toda esta matanza, los nobles llevaban al borde de la tumba una oveja a la que hacían mirar dentro de la misma para que el Kyungu fuera tan amable *(mololo)* como este animal.

Se suponía que el Kyungu, mientras vivía, creaba el alimento y la lluvia; también se creía que su aliento y las partes de su cuerpo que crecían —el cabello, las uñas y las mucosidades continuamente producidas por su nariz— tenían una relación mágica con la fertilidad de la llanura de Ngonde. Cuando se le daba muerte, se le taponaban las narices para enterrarlo «con su aliento dentro del cuerpo». Previamente, los nobles habían procurado recoger porciones de sus cabellos, uñas y mucosidades nasales y las enterraban en el limo negro de las inmediaciones del río. Lo hacían para «defender al país contra el hambre, para guardar el país, para hacerlo tan rico, fuerte y fecundo como cuando él vivía».

Su muerte se mantenía en secreto, cosa no muy difícil de conseguir, puesto que vivía recluido, y uno de los nobles *(ngosi)* lo representaba mientras tanto, para lo cual se ponía sus vestidos. Pasados uno o dos meses, cuando los nobles ya habían decidido quién iba a ser el nuevo Kyungu, el infortunado era llamado a Mbande: «Tus padres te llaman». Acudía él con sus compañeros y entraba en la casa para prestar su obediencia; ellos lo tomaban, le ponían los vestidos regios y le hacían sentar en el escabel *kisumbi,* diciéndole al mismo tiempo: «Tú, Kyungu, tú lo eres», y quedaba convertido en Kyungu. Entonces hacían sonar el tambor *(mwenekelwa)* y de este modo se enteraban todos de que el Kyungu había muerto y que otro había sido entronizado en su lugar. Los hombres temían mucho ser elegidos para esta dignidad, del mismo modo que temían ser elegidos para representar al Lwembe, pues la vida de un rey divino era corta. Las historias de Ngonde cuentan muchos casos de hijos de Kyungu que huían para no verse instalados en el escabel. Una vez que habían sido obligados a hacerlo ya no se atrevían a huir, pues temían caer muertos si lo hacían.

En tiempos de sequía, los nobles de Ngonde acudían a un adivino para averiguar quién estaba enojado contra ellos. Mencionaban entonces por turno todos los bosques sagrados de los Kyungus

y él les daba noticias sobre cada uno de ellos. Entonces acudían a comunicar el resultado al Kyungu, que les entregaba un toro o una oveja y un poco de cerveza. Cada uno de ellos tomaba también un cuenco de cerveza en su casa, pues su pueblo les entregaba esta clase de tributos. También les entregaba el Kyungu un poco de harina y algunas prendas de vestir. Los nobles cargaban con todo y marchaban al bosquecillo y allí levantaban una choza en miniatura. Daban muerte luego al animal y dejaban colgadas de un árbol algunas porciones de carne, mientras que comían el resto fuera del bosquecillo. Desgarraban entonces las prendas de vestir y extendían los trozos sobre las paredes de la choza del bosquecillo. Explicaban esta acción en el sentido de que «le daban así unos vestidos». Finalmente derramaban en tierra parte de la cerveza y de la harina. Casi siempre que llegaba la sequía, los nobles levantaban una choza y hacían sus ofrendas en el bosquecillo del Kyungu que el adivino les había indicado.

En algunas ocasiones, si alguno de los jefes había insultado recientemente al Kyungu, los nobles sacaban la conclusión de que quien estaba enojado era el Kyungu vivo. Acudían entonces al adivino y mencionaban todos los nombres de los Kyungus muertos, pero él decía que no a todos los nombres. Al final les explicaba que el enojado era el Kyungu vivo, porque fulano de tal le había insultado. En estos casos no se celebraba sacrificio alguno en el bosquecillo, sino que los nobles de Ngonde iban al encuentro del que había insultado al Kyungu y le acusaban de haberlo hecho, preguntándole al mismo tiempo por qué quería matarlos así a todos y hacer caer el hambre sobre todo el país. El culpable tenía que tomar una vaca y llevarla al Kyungu, que a continuación se dirigía a los nobles de Ngonde, diciéndoles: «Si fue mi enojo lo que causó la sequía, habrá lluvia, pues ya no estoy enojado. Pero si no llueve, es que no era a causa de mi enojo, sino que se deberá a uno de los Kyungus muertos, cuyo nombre os habréis olvidado de mencionar». «Si después de esto cae pronto la lluvia, no es probable que nadie se atreva a insultar de nuevo al Kyungu»...

Insultar al Kyungu se consideraba, por tanto, no sólo una traición, sino una verdadera blasfemia, cuyo castigo era la sequía o la enfermedad para todo el país. Por «insulto» se entendía cualquier descuido de las obligaciones que pesaban sobre los jefes y los nobles, así como el pueblo común, con respecto a su señor...

La majestad *(ubusisya)* del Kyungu era honrada de diversas maneras. Se ungía con un ungüento hecho con grasa de león, y su lecho estaba construido con colmillos de elefante y pieles de león. Su trono era el sagrado escabel de hierro llamado *kisumbi*, y entre

sus atributos se contaban una lanza, *kamisa,* y una pieza de hierro colado *(mulima)*, «como un órgano de boca», usada para provocar la lluvia. Todo ello era herencia del primer Kyungu. Sus colas de cebra, engastadas en mangos de cuerno que contenían amuletos, eran agitadas durante los combates y mientras se recitaban las plegarias a las sombras. También tenía un famoso tambor sobre el que se derramaba la sangre de un niño.

Pero la mayor parte de sus súbditos le adoraba de lejos con temor y temblor. En Mbande, ningún individuo del pueblo podía penetrar en el recinto sagrado, cuyo acceso sólo estaba autorizado a los nobles y, aun así, en contadas ocasiones. Cuando el Kyungu recorría el país, todos los hombres, excepto los muy viejos, huían de su proximidad. Incluso para hablar de sus viajes se usaban circunloquios que denotaban el miedo: «El país se mueve»; «la gran colina se mueve»; «el misterio se acerca». Era tabú mirarle, en el caso de los muy viejos que no abandonaban el lugar, y quienes entraban en el recinto sagrado tampoco podían dirigirse a él y saludarle del modo acostumbrado. El saludo correcto al Kyungu consistía en postrarse en tierra y batir las palmas de las manos.

También de las esposas del Kyungu huían los hombres con terror, por temor a verse comprometidos y ser despeñados por el acantilado de Mbande. Todo esto contribuía a aumentar la atmósfera de terror que rodeaba el Kyungu y era al mismo tiempo una expresión del mismo.

M. Wilson, *Communal Rituals of the Nyakyusa* (Londres 1959) 40-46.

212. LA MUERTE DE ORFEO

Orfeo, hijo de Eagro y de Calíope, una de las musas, era rey de los macedonios y del país de Odrisas. Era músico hábil, especialmente con la lira. Como los macedonios y los tracios son muy amantes de la música, su rey logró ganarse el favor de su pueblo. Su muerte ocurrió de este modo: fue despedazado por las mujeres de Tracia y Macedonia por no haberles permitido tomar parte en sus ritos sagrados, o quizá también por algún otro pretexto, pues dicen que después de la desgracia que había tenido con su mujer se convirtió en objeto de odio para todo este sexo. Sucedió que en determinados días acostumbraba reunirse en Leibetra una hueste de tracios y macedonios armados, y todos entraban en cierto edificio espacioso y bien acomodado para la celebración de los ritos de iniciación. Todos los que entraban allí para tomar parte en los

ritos acostumbraban dejar sus armas en la puerta. Las mujeres estaban aguardando este momento, y, llenas de odio por el desaire de que habían sido objeto, se apoderaron de las armas, dieron muerte a los que trataron de dominarlas y, despedazando a Orfeo miembro por miembro, arrojaron sus restos dispersos al mar. No se impuso ninguna pena a las mujeres, y el país se vio afligido por una peste. Buscando el alivio de sus males, los habitantes recibieron un oráculo en que se les decía que, si lograban encontrar la cabeza de Orfeo y darle sepultura, tendrían descanso por fin. Después de muchas dificultades, fue hallada por un pescador en la desembocadura del río Meles. Todavía cantaba y no había sufrido daño alguno en el mar ni los terribles cambios que los hados del hombre hacen recaer sobre los cuerpos muertos. Aun después de pasar tanto tiempo, estaba fresca y sangrante con la sangre de la vida. La tomaron, pues, y la enterraron bajo un gran túmulo, en torno al cual levantaron una barrera, que al principio se honró como santuario de un héroe, pero que más adelante se convirtió en un templo, es decir, que se hicieron allí sacrificios y se rindieron todos los demás homenajes que suelen tributarse a los dioses. No se permite poner el pie en su interior a ninguna mujer.

Konon, *Fab.* 45, en Kern, *Testt.* 39 y 115.

Cf. también n.os 147, 148-154.

213. EMPEDOCLES ES REPUTADO INMORTAL ENTRE LOS HOMBRES

Amigos que vivís en la gran ciudad de la dorada Acragas, en torno a la ciudadela, hombres atentos a las buenas obras, que ignoran la maldad, puertos de acogida respetuosa para los extranjeros, salud a todos vosotros. Yo estoy en medio de vosotros como un dios inmortal, ya no mortal, honrado como se me debe, coronado de guirnaldas y de verdeantes festones. Siempre que penetro en las ciudades prósperas con mis seguidores, hombres y mujeres por igual, soy venerado. Me siguen en número incontable, y me preguntan dónde está el camino que deben seguir; algunos buscan profecías, mientras que otros, heridos durante mucho tiempo por agudos dolores, suplican escuchar la palabra que cura toda clase de enfermedad *(Frag. 112).*

Pero finalmente aparecen entre los hombres sobre la tierra como profetas, poetas, médicos y príncipes. Y se alzan luego como dioses poderosos en honor, compartiendo con los demás inmortales

su casa y su mesa, libres ya de las tristezas y fatigas humanas. *(Frags. 146, 147).*

G. S. Kirk y J. E. Raven, *The Presocratic Philosophers* (Cambridge 1957) 354.

214. EL «FLAMEN DIALIS» Y SU ESPOSA

(Aulo Gelio, *Noches áticas* X, 15)

A muchas ceremonias tiene que atender el *flamen dialis* [el sacerdote de Júpiter] y sobre él pesan muchas restricciones *[castus multiplices,* tabúes], acerca de todo lo cual estamos informados por los libros sobre *Los sacerdocios públicos* y por lo que leemos en el libro I de la obra de Fabio Pictor. De todo ello recuerdo lo siguiente: está prohibido *[religio est]* al *flamen dialis* montar a caballo; del mismo modo se le veda contemplar las «filas dispuestas» fuera del *pomerium* [el recinto sagrado de Roma], es decir, las tropas armadas y preparadas para el combate; de ahí que sólo en raras ocasiones se haya proclamado cónsul a un *flamen dialis,* pues a los cónsules se confía el desarrollo de la guerra; también le está vedado *[fas nunquam est]* jurar por Júpiter *[iurare dialem],* y tampoco se le permite llevar anillo, a menos que esté abierto y vacío [¿sin ninguna piedra preciosa?]. Tampoco se puede sacar fuego de los *flaminia,* es decir, de la casa en que vive el *flamen dialis,* excepto para utilizarlo en alguna ceremonia sagrada.

Si en su casa penetra un preso encadenado, han de romperse las cadenas y sacarlas por el *impluvium* [la abertura del techo que cubre el *atrium* o sala principal de la casa] sobre las tejas del techo y arrojarlas desde allí a la calle. No puede llevar ningún nudo en el tocado de la cabeza, en el cinturón o en parte alguna de su indumentaria. Cuando llevan a un individuo para ser azotado, si se echa a sus pies como suplicante, está prohibido *[piaculum est]* azotarlo en ese día. Nadie puede cortar los cabellos al *flamen dialis,* sino sólo quien sea hombre libre. Es costumbre *[mos est]* que el *flamen dialis* no toque, ni tan siquiera nombre, la cabra, la carne cruda (?), la hiedra o las habichuelas.

No puede caminar bajo un emparrado. Los pies del lecho en que duerme deben estar cubiertos de una fina capa de barro, y no puede dormir fuera de su propio lecho tres noches seguidas. A los pies del mismo tiene que haber una caja con pastelillos sacrificiales. Las uñas y los cabellos cortados del *dialis* deben enterrarse al pie de un árbol sano. Para el *dialis* es fiesta *[feriatus est]* cada día.

No puede salir de casa *[sub divo]* con la cabeza descubierta. Esto se le permite ahora dentro de casa, pero sólo en virtud de un reciente decreto de los pontífices, como ha dicho Masurio Sabino; también se dice que han sido suprimidas y canceladas algunas otras ceremonias.

No le está permitido tocar pan que esté hecho con harina fermentada [es decir, con levadura]. No puede quitarse su túnica interior sino en un lugar cubierto, para evitar que aparezca desnudo a cielo abierto, lo que sería igual que presentarse desnudo a la vista de Júpiter. Nadie ocupa en los banquetes lugar más preferente que el suyo, excepto el *Rex sacrificulus*. Si queda viudo tiene que renunciar a su oficio. Su matrimonio no puede disolverse sino por la muerte. Nunca entra en un cementerio y nunca toca un cadáver. No le está prohibido *[non est religio]* asistir a un funeral.

Prácticamente este mismo ceremonial se aplica a la *flaminica dialis* [es decir, su esposa]. Dicen que ésta tiene que observar además otras normas distintas, por ejemplo, que ha de llevar una túnica teñida, y que lleva prendida en su velo (que le cubre la cabeza cuando asiste a un sacrificio) una ramita de árbol frutal, y que le está prohibido *[religiosum est]* subir más de tres peldaños de una escalera (excepto cuando se trata de lo que los griegos llaman «escalas» [¿travesaños?]) y que incluso cuando asiste a los *Argei* [fiesta en que se arrojan al Tíber veinticuatro muñecos] no puede peinarse ni arreglarse la cabellera.

Cf. F. G. Grant, *Ancient Roman Religion* (Nueva York 1957) 30-32.

215. AUGUSTO, PADRE DE LA PATRIA

Se recoge seguidamente una inscripción aparecida en Halicarnaso, que pertenece a poco después del año 2 a. C.

Puesto que la naturaleza eterna e inmortal del universo ha perfeccionado sus inmensos beneficios a la humanidad al otorgarnos un beneficio supremo para nuestra felicidad y bienestar, César Augusto, Padre de la Patria, Roma divina, Zeus Paterno y Salvador de toda la raza humana, en quien la Providencia no sólo ha cumplido, sino que ha sobrepasado las plegarias de todos los hombres. Mar y tierra están en paz, las ciudades florecen bajo el imperio de la ley en mutua armonía y prosperidad. Todos están en la cumbre de la fortuna y abundan en riquezas. Toda la humanidad está llena de alegres esperanzas para el futuro y de contento por el presente.

[Es conveniente honrar al dios] con juegos públicos y con estatuas, con sacrificios e himnos.

Cf. F. G. Grant, *Ancient Roman Religion* (Nueva York 1957) 174-175.

216. NICHIREN SE PROCLAMA «BODHISATTVA DE LA ACCION MAGNIFICA»

Nichiren (1222-1282) fue un maestro religioso japonés.

Yo, Nichiren, un hombre nacido en la época de la Ley Postrema, casi he completado la tarea de ser heraldo de la propagación de la Verdad Perfecta, encomendada al Bodhisattva de la Acción Magnífica (Vishishtacharitra). La condición búdica eterna de Shakyamuni, según se reveló él mismo en el capítulo de la duración vital, de acuerdo con su entidad primigenia; el Buda Prabhutaratna, que apareció en el Santuario Celeste, en el capítulo de su aparición, y que representa la condición búdica en la manifestación de su eficacia; los Santos [Bodhisattvas] que surgieron de la tierra, como se manifiesta en su capítulo sobre su eclosión de la tierra: al revelar estas tres cosas, yo he sido como un heraldo [entre todos aquellos que perpetúan la verdad]; un honor, ciertamente, muy elevado para mí, que soy un mortal común...

Yo, Nichiren, soy el que marcho a la cabeza de los Santos brotados de la tierra. ¿No habría de ser, pues, uno de ellos? Y si yo, Nichiren, soy uno de ellos, ¿no habrán de ser sus parientes todos mis discípulos y seguidores? La Escritura dice: «Si alguien predica a otro el Loto de la Verdad, aunque sólo sea una de sus cláusulas, ése es, sabedlo, el mensajero del Tathagata, el enviado del Tathagata, el que hace la obra del Tathagata». ¿No soy yo, por consiguiente, ese mismo?...

¡Despierta la fe por todos los medios para aprovechar esta oportunidad! ¡Vive como corresponde a quien encarna la Verdad, y compórtate sin vacilar como pariente de Nichiren! Si eres una sola cosa en la fe con Nichiren, eres también uno de los santos brotados de la tierra, y si estás destinado a serlo, ¿cómo puedes dudar de que eres discípulo del Señor Shakyamuni desde toda la eternidad? De ello estamos seguros por una palabra de Buda, que dice: «Desde toda la eternidad yo vengo instruyendo y animando a todos estos seres». No habrá que tener en cuenta diferencia alguna entre hombre o mujer cuando se trata de quienes propagan el Loto de la Verdad Perfecta en los tiempos de la Ley Postrema.

Proclamar el Título Sagrado es, ciertamente, el privilegio de los Santos brotados de la tierra...

Cuando el Buda Prabhutaratna se sentó en el Santuario Celeste junto al Tathagata Shakyamuni, ambos Budas levantaron la bandera del Loto de la Verdad Perfecta, y afirmaron ser ambos Capitanes [en la futura lucha contra el vicio y la ilusión]. ¿Cómo podría haber engaño en esto? Siendo un hombre mortal, no estoy muy seguro del pasado, pero sé con toda seguridad que en el presente estoy realizando yo solo el Loto de la Verdad. En el futuro, pues, estoy seguro de haber sido destinado a participar en la comunión del Lugar Santo. Deduciendo el pasado a partir del presente y del futuro, yo debería pensar que me he hallado presente en la Comunión del Cielo. [El presente asegura el destino futuro, y el destino futuro es inconcebible sin su causa en el pasado]. El presente, el futuro y el pasado no pueden aislarse uno de otro...

En este documento quedan escritas las verdades que me son más queridas. Leedlas y volvedlas a leer; leed las letras y fijadlas en vuestro corazón. Poned así vuestra fe en el Ser Supremo, representado de una forma única en todo el mundo. Con mayor energía aún os amonesto para que permanezcáis firmes en la fe y para que estéis siempre bajo la protección de la triple condición búdica. Avanzad esforzadamente por este sendero de práctica y aprendizaje. Sin la práctica y el aprendizaje, la religión búdica se queda en nada. Convenceos de que la práctica y el aprendizaje son fruto de la fe. En tanto y hasta donde haya fuerza en vosotros, proclamad aunque sólo sea una frase o una palabra [de la Escritura]. *¡Namu Myōhō-renge-kyō! ¡Namu Myōhō-renge-kyō!* [¡Adoración al Loto de la Verdad Perfecta!].

Masaharu Anesaki, *Nichiren, the Buddhist Prophet* (Cambridge, Mass. 1916) 83-85.

217. TRANSFIGURACION DE NICHIREN MIENTRAS VIVIA EN RETIRO

Este lugar de las montañas está aislado de la vida mundana, y en sus inmediaciones no vive ningún ser humano, al este, al oeste, al norte o al sur. Ahora vivo en este eremitorio tan solitario, pero en mi seno, en el cuerpo carnal de Nichiren, está secretamente depositado el gran misterio que el Señor Shakyamuni reveló en el Pico del Buitre, que me ha confiado. Por eso conozco que mi pecho es el lugar en que todos los Budas se hallan inmersos en contemplación, que ellos hacen girar la rueda de la Verdad en mi lengua,

que mi garganta les está dando el nacimiento y que ellos están alcanzando la Iluminación suprema en mi boca.

Esta es la morada del hombre que misteriosamente está realizando el Loto de la Verdad en su vida; ciertamente, este lugar no es menos digno que el Paraíso del Pico del Buitre. Y como es noble la verdad, así es también noble el hombre que la encarna; y como es noble el hombre, así es también noble el lugar en que reside. En el capítulo sobre el «Poder Misterioso del Tathagata» leemos como sigue: «Sea un bosque o al pie de un árbol o en un monasterio... erigid en ese lugar un *stupa* consagrado al Tathagata. Porque ese lugar ha de ser considerado como el punto en que todos los Tathagatas han llegado a la Sublime Iluminación Perfecta; en ese lugar han hecho girar todos los Tathagatas la rueda de la Verdad, en ese lugar todos los Tathagatas han entrado en el Gran Reposo». Sí, todo el que acuda a este lugar será purificado de todos sus pecados y maldades que ha venido acumulando desde toda la eternidad, y todas sus malas obras serán transformadas de una vez en méritos y virtudes.

Masaharu Anesaki, *Nichiren, the Buddhist Prophet* (Cambridge, Mass. 1916) 129.

Cf. también n.os 157, 193, 246.

C. *LA ASCESIS Y SUS FORMAS*

218. LA ASCETICA INDIA

(*Leyes de Manu* VI, 33-65)

33. Habiendo pasado de este modo la tercera parte de (la duración normal de) la vida en el bosque, habrá de vivir como asceta la otra cuarta parte de su existencia, después de abandonar todo apego a las cosas mundanas [1].
34. Quien después de pasar de uno a otro orden, después de ofrecer sacrificios y someter sus sentidos, se convierte, fatigado ya de (dar) limosnas y ofrendas de alimentos, en asceta, obtiene la bienaventuranza después de la muerte.
35. Cuando ha satisfecho estas tres deudas, que aplique su espíritu a (alcanzar) la liberación final. El que lo intenta sin haber satisfecho antes sus deudas, fracasa.
36. Después de estudiar los Vedas conforme a las normas, después de engendrar hijos conforme a la ley sagrada y después de ofrecer sacrificios conforme a su capacidad, debe dirigir su espíritu a (alcanzar) la liberación final...
41. Partiendo de su casa provisto de todos los medios de purificación (*pavitra* [2]), que camine en absoluto silencio y sin prestar atención alguna a todo lo que se le ofrezca que sea capaz de distraerle.
42. Que camine siempre en soledad, sin compañía, a fin de alcanzar (la liberación final), plenamente convencido de que el solitario que ni abandona ni es abandonado obtiene el fin que busca.
43. No poseerá fuego ni morada y habrá de acudir a las aldeas en demanda de su alimento, se mostrará indiferente a todo, firme en su propósito, meditando y concentrando su pensamiento en Brahman...
45. No deseará la muerte ni deseará la vida. Esperará que le llegue el momento designado, como un criado espera el pago de su salario.

[1] Se alude aquí al ideal de las cuatro etapas (*āshramas*) de la vida brahmánica, es decir, las correspondientes a la vida de estudiante (*brahmachārin*), cabeza de familia (*grihastha*), ermitaño que vive en los bosques (*vānaprastha*) y finalmente asceta o mendicante (*yati, bhikshu, parivrājaka, samnyāsin*).

[2] Entendido como que ya posee la capacidad necesaria después de haber superado las otras tres etapas de la vida o en el sentido de que debe proveerse de lo necesario, como un báculo y un cuenco para beber.

46. Posará su pie purificado por su vista [3], beberá su agua purificada mediante una tela (colándola), pronunciará palabras purificadas por la verdad, mantendrá puro su corazón.
47. Soportará con paciencia las palabras injuriosas, no insultará a nadie y no se hará enemigo de nadie por amor a este cuerpo perecedero.
48. Contra el hombre airado no mostrará a su vez ira, bendecirá cuando le maldigan y no pronunciará palabras desprovistas de verdad, esparcidas por las siete puertas [4].
49. Puestas sus delicias en lo que se refiere al Alma [5], sentado (en la postura que describe el Yoga), independiente (de toda ayuda externa), enteramente privado de todo gozo sensual, con sólo su propia compañía, vivirá en este mundo deseando la bienaventuranza (de la liberación final)...
60. Dominando sus sentidos, destruyendo el amor [6] y el odio, absteniéndose de causar daño a las criaturas [7] se hará digno de la inmortalidad.
61. Reflexionará en las transmigraciones de los hombres, causadas por sus obras pecaminosas, en su caída en el infierno y en los tormentos que sufren en el mundo de Yama.
62. En que son separados de sus seres queridos, en que se han de juntar con hombres odiosos, en que son dominados por la edad y en que son atormentados por las enfermedades.
63. En la partida del alma individual de su cuerpo y en su nuevo nacimiento en otro seno y en su marcha a través de diez mil millones de existencias.
64. En las penas que sufren los (espíritus) encarnados, a causa de sus deméritos, y en la adquisición de la bienaventuranza eterna, que es fruto de haber logrado su fin supremo en virtud de sus méritos espirituales.
65. Que a través de sus profundas meditaciones reconozca la naturaleza sutil del Alma [8] suprema, y su presencia en todos los organismos, tanto los más sublimes como los más humildes.

G. Bühler, en *Sacred Books of the East* XXV (Oxford 1886) 204-210.

[3] No causar daño alguno a ningún animal ni pisar cosa impura.
[4] ¿Los siete orificios del cuerpo?
[5] *Ātman.*
[6] O afecto, pasión *(rāga).*
[7] *Ahimsā,* innocuidad.
[8] Brahman.

219. GAUTAMA BUDA HABLA DE SUS PRACTICAS ASCETICAS

(*Majjhima-nikāya*, XII [*Mahā-sīhanāda-sutta*])

Habla Gautama Buda a Sariputta, uno de sus discípulos favoritos.

Sí, Sariputta, yo he vivido la cuádruple vida superior. He sido asceta de ascetas; he sido repugnante, el mayor en la repugnancia; he sido escrupuloso, el mayor en la escrupulosidad; he sido solitario, el mayor en la soledad.

1) A tal profundidad ascética he llegado como para andar desnudo, escarneciendo las conveniencias de la vida, lamiéndome las manos después de las comidas, sin prestar oídos cuando los demás me llamaban o me pedían que me detuviera, sin aceptar el alimento que ponían ante mí o que cocinaban expresamente para mí, sin aceptar nunca una invitación, sin recibir nunca directamente el alimento de la olla o de la bandeja o bajo el umbral o entre las gavillas o los molinos, nunca de (uno solo de) dos individuos que comían juntos, nunca de una mujer embarazada, que estuviera criando o que estuviera *in coitu,* nunca de la rebusca de espigas (en tiempo de hambre) ni de donde estuviese cerca un perro o donde se juntan las moscas (hambrientas), sin tocar nunca la carne o los licores o las bebidas fuertes o la cerveza extraída de los cereales. He visitado únicamente una casa cada día y he tomado sólo un bocado, o he visitado dos o (en todo caso no más de) siete casas al día y en cada una de ellas he tomado dos o (en todo caso no más de) siete bocados; he vivido con una sola escudilla de alimento al día, o con dos o (a lo sumo) con siete escudillas; he tomado una sola comida al día o una cada dos días o (sucesivamente) una cada siete días o una sola cada quince días, siguiendo una norma rígida de racionamiento. Mi único alimento han sido hierbas crudas o el grano del mijo o el arroz silvestre, o recortes de pellejo o plantas acuáticas o el polvo rojo que hay alrededor de los granos de arroz dentro de la vaina o la nata del arroz que se desecha al cocerlo o la harina de las semillas oleaginosas o hierba o estiércol de vaca. He vivido de plantas y raíces silvestres o de las frutas caídas de los árboles. Mis vestidos eran de cáñamo o de mezcla de cáñamo, de restos de mortajas, de harapos cogidos del basurero, de corteza, de piel de antílope negro, entera o abierta por el medio, de hierba, de tiras de corteza o madera, de pelos de hombre o de animal tejidos o de alas de lechuza. En cumplimiento de mis votos, he arrancado el cabello de mi cabeza y de mi barba, me he mantenido de pie sin sentarme nunca, me he agachado y no me he levantado nunca, mo-

viéndome de un lado para otro sin dejar de estar en cuclillas, me he acostado sobre espinas, me he metido en el agua tres veces puntualmente antes del anochecer para lavarme. De este modo y por diversos medios he vivido para atormentar mi cuerpo. Hasta estos extremos he llegado en la ascética.

2) Hasta tal extremo he llegado en la repugnancia que he dejado acumularse sobre mi cuerpo la suciedad y la inmundicia durante años hasta que se caía por sí misma, del mismo modo que la madera podrida durante años se cae al fin de un tocón de tinduka. Y nunca se me ocurrió limpiar mi suciedad con mis propias manos o consentir que otros me la limpiasen. Hasta ese extremo de repugnancia he llegado.

3) Hasta tal punto de escrupulosidad he llegado, que al dar un paso adelante o a un lado siempre lo he hecho con tanta atención y cuidado que llegaba a sentir compasión hasta por una gota de agua, de miedo a herir a las pequeñas criaturas que pudiera haber en las hendiduras. Hasta ese extremo de escrupulosidad he llegado.

4) Hasta tal extremo he llegado como solitario que cuando mi morada estaba en lo más profundo de los bosques, la simple vista de una vacada o un vaquero o un segador o un hombre que recogía leña o raíces comestibles en el bosque era suficiente para hacerme huir de árbol en árbol, de espesura en espesura, de hondonada en hondonada, de colina en colina, para que no me vieran ni yo verlos a ellos. Como un ciervo, a la vista de un hombre, huye por valles y colinas, así huía yo a la simple vista de una vacada, de un vaquero o cualquier otra cosa, para que no me vieran ni verlos yo a ellos. Hasta esos extremos he llegado como solitario.

Cuando los vaqueros habían llevado sus ganados lejos de sus establos, llegaba yo a cuatro patas para buscar mi sustento entre lo que habían dejado las terneras. Y mientras me mantuvieron mi propia orina y mis excrementos, de ellos me alimenté. Así de repugnante fui yo cuando me convertí en devorador de basuras.

Hice mi morada en las profundidades temerosas de la selva, tan temerosas que se decía que sólo un hombre desprovisto de todo sentimiento podría aventurarse en ellas sin que se le erizaran los cabellos. Cuando la estación fría llegaba con sus frías noches y sus vientos, a mediados de los meses en que cae la nieve, yo vivía de noche al aire libre y en la húmeda espesura de día. Pero cuando llegaba el último mes abrasador del verano, antes de las lluvias, vivía bajo el sol abrasador de día y en la sofocante espesura por la noche. Entonces se me ocurrieron estos versos, que hasta entonces nadie había podido pronunciar:

Abrasado un día, helado otro, en selva temerosa,
solitario, desnudo y sin fuego, en su empeño
sin cejar, el ermitaño lucha por la pureza.

En un osario me acuesto, con huesos descarnados por almohada. Cuando los vaqueros pasaban a mi lado, me escupían y pisoteaban, me tiraban piedras y horadaban mis orejas con astillas. Pero afirmo que nunca dejé que un mal sentimiento hacia ellos brotara en mí. Tan equilibrado y ecuánime logré mostrarme.

[80] Algunos reclusos y brahmines dicen y afirman que la pureza se adquiere mediante determinados alimentos, y en consecuencia aseguran que son capaces de tomar como único alimento y como única bebida los frutos de yuyuba, en una o en otra forma. Yo puedo asegurar ahora que he sido capaz de mantenerme con un solo fruto de yuyuba cada día. Si esto te hace pensar que en aquellos tiempos serían de mayor tamaño los frutos de yuyuba, te equivocarías, pues tenían precisamente el mismo tamaño que tienen hoy. Cuando yo me alimentaba de un solo fruto al día, mi cuerpo llegó a debilitarse sobremanera. Y por comer con tanta parquedad, mis miembros, grandes y pequeños, se desarrollaron como las junturas nudosas de las plantas rastreras al marchitarse. Como cascos de búfalo eran mis nalgas encogidas; como una maroma retorcida eran las vértebras de mi espina dorsal; como vigas desvencijadas de un techo desplomado, que se inclina a un lado y a otro, así estaban mis costados marchitos; como brillan en el fondo de un pozo los destellos de las estrellas, así brillaban mis ojos en la profundidad de mis cuencas, y como la corteza de una calabaza cortada se encoge y agrieta al darle el calor, así se encogía y agrietaba la piel de mi cabeza. Y todo esto por lo poco que yo comía. Si trataba de palpar mi vientre, lo que mi mano encontraba era mi espinazo, y si trataba de palpar mi espinazo, era mi vientre lo que encontraba mi mano, hasta tal punto se había acercado mi vientre a mi espinazo. Y todo esto por lo poco que yo comía. Si para dar calor a mi cuerpo frotaba mis miembros, los cabellos caían secos de raíz bajo mi mano. Y todo esto por lo poco que yo comía.

Otros reclusos y brahmines hay que, afirmando y diciendo que la pureza se obtiene a través del alimento, aseguran que se mantienen exclusivamente de habas o semillas de sésamo o de arroz, y que éste es su único alimento y su única bebida.

[81] Pero yo puedo decir que me he mantenido con una sola haba al día, con una sola semilla de sésamo al día o con un solo grano de arroz. El resultado fue siempre el mismo. Nunca esta práctica o estos métodos o estas terribles austeridades me con-

dujeron a los bienes ennoblecedores del conocimiento y del discernimiento sobrehumanos. ¿Por qué? Porque nada de esto conduce al noble entendimiento que, cuando se ha alcanzado, lleva a la liberación y guía a quien permanece en este género de vida hasta la extinción completa de todo mal.

Lord Chalmers, *Further Dialogues of the Buddha* I (Londres 1926) 53-57.

220. GAUTAMA BUDA PRACTICO LA MAS SEVERA ASCESIS Y LLEGO A SER MAESTRO DEL YOGA

(Majjhima-nikāya, XXXVI *[Mahā-sacchaka-sutta])*

Entonces pensé para mis adentros: «Vamos, con los dientes apretados y con la lengua contra el paladar por la fuerza del dominio espiritual, sujetaré y dominaré mi corazón». Y así lo hice, hasta que el sudor chorreó por mis axilas. Como toma un hombre forzudo a otro débil por la cabeza o por los hombros y lo sujeta, lo obliga y lo domina, así hice yo, con los dientes apretados y la lengua contra el paladar por la fuerza del dominio espiritual, y sujeté, obligué y dominé mi corazón, hasta que el sudor chorreó por mis axilas. Se afirmó cada vez más mi perseverancia que nunca desfalleció; en mí se instauró una atención que no conocía distracciones, aunque mi cuerpo se sentía dolorosamente desfallecido y afligido, pues me sentía agotado por estas luchas que penosamente estaba manteniendo. Pero aquellos sentimientos de desagrado que surgían en mí no lograron apoderarse de mi espíritu.

Entonces pensé para mis adentros: «Vamos, voy a intentar el éxtasis que se logra mediante el recurso de suprimir la respiración». Dejé, pues, de respirar, hacia dentro o hacia fuera, por la nariz, la boca o los oídos. Entonces vientos violentos se desataron en mi cabeza, como si un hombre fuerte taladrase mi cráneo con la punta de una espada. Se afirmó cada vez más mi perseverancia... no lograron apoderarse de mi espíritu.

Entonces pensé para mis adentros: «Seguiré intentando el éxtasis que se logra mediante el recurso de suprimir la respiración». Dejé, pues, de respirar hacia dentro o hacia fuera, por la nariz, la boca o los oídos. Dolores violentos atacaron entonces mi cabeza, como si un hombre fuerte oprimiera una tira de cuero en torno a mi cráneo. Se afirmó cada vez más mi perseverancia... no lograron apoderarse de mi espíritu.

Entonces pensé para mis adentros: «Seguiré intentando el éxtasis que se logra mediante el recurso de no respirar». Dejé, pues, de respirar hacia dentro o hacia fuera, por la nariz, la boca o los oídos. Vientos violentos desgarraron mi interior de un lado a otro, como si un carnicero experto o su ayudante estuvieran tajando mis entrañas con afilados cuchillos. Se afirmó cada vez más mi perseverancia... no lograron apoderarse de mi espíritu.

Entonces pensé para mis adentros: «Seguiré intentando el éxtasis que se logra mediante el recurso de no respirar». Dejé, pues, de respirar hacia dentro o hacia fuera, por la nariz, la boca o los oídos. Un fuego abrasador se encendió dentro de mí, como si dos hombres forzudos, tomando a otro más débil por los brazos, lo estuvieran asando y quemando en una terrible hoguera. Se afirmó cada vez más mi perseverancia... no lograron apoderarse de mi espíritu.

Al verme, algunos dioses dijeron que yo estaba muerto. Otros dijeron que no estaba muerto, sino moribundo, mientras que otros afirmaron que yo era un *arahat* y que los *arahats* viven de este modo.

Entonces pensé para mis adentros: «Voy a suprimir toda clase de alimentos». Entonces vinieron a mí los dioses y me suplicaron que no hiciera tal cosa, y que de otro modo ellos mismos me alimentarían con esencias celestiales a través de los poros, y que de este modo me mantendría vivo. Yo pensé para mis adentros que, si yo me empeñaba en prescindir de todo alimento y aquellos dioses me alimentaban con esencias celestes a través de los poros para mantenerme vivo, ello supondría una impostura por mi parte. En consecuencia, rechacé enérgicamente sus proposiciones.

Entonces pensé para mis adentros: «Me contentaré con un pequeño bocado de alimento cada vez, es decir, con el jugo en que han sido hervidas unas habas o arvejas, unos guisantes o garbanzos. Me puse, pues, a ración, y mi cuerpo resultó extenuado hasta el extremo. Mis miembros, grandes y pequeños, se volvieron como los tallos retorcidos de las plantas rastreras al marchitarse (etc., como en *sutta* XII). Y todo esto porque yo comía tan poco.

Entonces pensé para mis adentros: «De todos los espasmos de dolor agudo que han sido soportados en las edades pasadas o que serán soportados en las edades futuras o que están siendo soportados en el presente, los míos son los más fuertes, y nada peor puede haber después de esto. Y a pesar de todas estas fuertes austeridades, no conseguí trascender los límites humanos ordinarios o alcanzar las alturas del entendimiento y la visión más nobles. ¿Puede haber otro camino hacia la Iluminación?

Entonces me vino a la memoria cómo estando en cierta ocasión sentado a la fresca sombra de un manzano rosa, en el país de mi padre el Shakya, yo mismo, despojado de los placeres sensuales y de los estados perversos de espíritu, entré y permanecí en el Primer Extasis, con todo su deleite y satisfacción, un estado nutrido de soledad interior, pero no desprovisto de observación y reflexión. ¿Sería éste el camino hacia la Iluminación? Como respuesta rápida a este recuerdo, mi conciencia me dijo que allí estaba el verdadero camino hacia la Iluminación.

Entonces pensé para mis adentros: «¿No estaré asustado de una bienaventuranza que niega los placeres de los sentidos y los estados malignos del espíritu?». Y mi corazón me dijo que yo no estaba asustado.

Entonces pensé para mis adentros: «No es cosa fácil alcanzar esta bienaventuranza con un cuerpo tan debilitado. Tomaré algún alimento sólido, arroz y cuajada». Y comí de estas cosas.

Conmigo estaban entonces los cinco Limosneros, esperando que les anunciara la verdad que había alcanzado. Pero cuando tomé el arroz y la cuajada, me abandonaron con disgusto, diciendo que la sensualidad se había apoderado de mí, y que yo, abandonando la lucha, me había entregado a la sensualidad.

Después de tomar alimento sólido y recuperadas las fuerzas, entré y permanecí en el Primer Extasis. Sí, los sentimientos placenteros que entonces me inundaron no lograron apoderarse de mi espíritu, y tampoco ocurrió esto cuando entré y permanecí en el Segundo, Tercero y Cuarto Extasis.

Lord Chalmers, *Further Dialogues of the Buddha* I (Londres 1926) 174-177.

Cf. también n.os 225-230, 282-289.

221. DOCTRINA Y PRACTICA JAINISTAS DE LA NO VIOLENCIA (AHIMSĀ). EL EJEMPLO DE MAHAVIRA

(*Akārānga-sūtra* I, 8. i.3-iv.8)

Vardhamana Mahavira («Gran Héroe») fue contemporáneo de Buda. Se dice que abandonó su casa a la edad de treinta años y que anduvo peregrinando otros doce en busca de la salvación. Cuando había cumplido los cuarenta y dos alcanzó la Iluminación y se convirtió en «vencedor» (jina, *término del que tomó su nombre*

el jainismo). Mahavira fundó una orden cuyos adeptos iban desnudos y enseñó su doctrina de salvación a estos monjes durante unos treinta años. Murió en el 468 a. C., a la edad de setenta y dos, en una aldea cercana a Patna.

I.3. No se quitó sus vestidos durante un año y un mes. Pasado este tiempo, el Venerable, despojándose de sus ropas, anduvo desnudo, renunciando al mundo y sin hogar (sabio).

4. Entonces meditó (mientras caminaba) con los ojos fijos en un espacio cuadrado que tenía ante sí del tamaño de un hombre. Mucha gente se congregó, extrañada al verlo. Entonces le golpearon y gritaron.

5. Conociendo (y renunciando a) el sexo femenino en los lugares de reunión mixta, meditó y encontró por sí mismo su camino: «No llevo una vida mundana».

6. Renunciando a la compañía de sus familiares, se puso a meditar. Le preguntaban y no daba respuesta. Avanzó sin transgredir el sendero justo.

7. No es fácil para algunos (hacer lo que él hizo), no responder a quienes le saludaban. Fue golpeado con palos y herido por los pecadores...

10. Durante más de dos años llevó una vida religiosa sin probar el agua fresca. Anduvo solitario, guardó su cuerpo, logró la intuición y permaneció en calma.

11. Conociendo absolutamente los cuerpos celestes, los cuerpos acuáticos, los cuerpos ígneos y los cuerpos aéreos, los líquenes, las semillas y los brotes.

12. Comprendió que todos, si son observados de cerca, están dotados de vida, y evitó causarles daño. El, el Gran Héroe.

13. Los seres inmóviles se cambian en móviles, y los móviles en inmóviles. Los seres que nacen en todos los estados se hacen personalmente pecadores por sus actos.

14. Así lo entiende el Venerable: el que está bajo las condiciones (de la existencia), ese loco es el que sufre el dolor. Conociendo absolutamente (el *karman),* el Venerable evita el pecado.

15. El sabio, percibiendo el doble *(karman),* proclama la actividad incomparable, él, que es el único que sabe. Conociendo la condición mundana, la condición pecaminosa y el impulso.

16. Practicando la abstinencia impecable de causar la muerte, no actuó, ni por sí mismo ni con la ayuda de otros. Para el que las mujeres eran conocidas como causantes de todos los actos pecaminosos, él vio (el estado verdadero del mundo)...

III.7. Renunciando a usar el bastón (es decir, la crueldad) contra

los seres vivos, abandonando el cuidado del cuerpo, el sin hogar (Mahavira), el Venerable soporta las espinas de las aldeas (es decir, el lenguaje insultante de los campesinos), perfectamente iluminado.

8. Como un elefante en la primera línea del combate, así resultó victorioso Mahavira. A veces no llegaba a entrar en una aldea de Ladha.

9. Cuando el que estaba libre de los deseos se acercaba a la aldea, los habitantes le recibían en las afueras y le atacaban, diciendo: «Márchate de aquí».

10. Era golpeado entonces con palo, puño, lanza, le tiraban una fruta, un terrón, un cascote. Golpeándole una y otra vez, muchos gritaban.

11. Cuando al fin se sentaba, sin mover su cuerpo, ellos desgarraban su carne, le mesaban los cabellos, causándole dolor, o lo cubrían de polvo.

12. Lo arrojaban al alto y lo dejaban caer, o le perturbaban cuando adoptaba sus posturas religiosas. Abandonando todo cuidado de su cuerpo, el Venerable se humillaba y soportaba el dolor, libre del deseo.

13. Como un héroe en la primera fila del combate se ve rodeado por todas partes, así estaba Mahavira. Soportando todo mal trato, el Venerable, imperturbable, avanzaba (por el camino del Nirvana)...

IV.1. El Venerable pudo prescindir de todo cuidado de su carne, aunque nunca estuvo enfermo. Herido o no herido, nunca quiso ser tratado por el médico.

2. No le importaban nada los purgantes y depurativos, la unción del cuerpo y el baño, el lavado y la limpieza de los dientes, después que aprendió (que el cuerpo es cosa impura).

3. Desentendiéndose de las impresiones de los sentidos, el Brahmana peregrinaba siempre, hablando apenas. A veces el Venerable se ponía a meditar bajo la sombra en la estación fría.

4. En verano se exponía al calor, se sentaba en cuclillas bajo el sol. Vivía de alimentos crudos, arroz, yuyuba machacada y habas.

5. Con estas tres cosas se sustentó el Venerable durante ocho meses. A veces el Venerable se pasaba sin beber medio mes y hasta un mes entero.

6. O no bebía durante más de dos meses, o durante seis meses incluso, día y noche, sin deseo (de beber). A veces tomaba alimentos podridos.

7. A veces comía tan sólo la sexta comida o la octava o la décima o la duodécima, sin deseos, perseverando en la meditación.

8. Hallándose en posesión de la sabiduría, Mahavira no co-

metió pecado por sí ni indujo a otros a cometerlo ni consintió en los pecados de los demás.

H. Jacobi, *Jaina Sutra* I, en *Sacred Books of the East* (Oxford 1884) 85-87.

222. MILAREPA ENSALZA SUS «CINCO COMODIDADES»

Milarepa (Mi-la-ras-pa, 1040-1123), mago, yogi y poeta, discípulo de Mar-pa de Lho-brag (1012-1097), es probablemente el personaje más famoso de la historia religiosa del Tibet. Sus obras poéticas completas, Mila Gnubum, *«Los Cien Mil Cánticos de Milarepa», han sido conocidas recientemente gracias a Garma C. C. Chang. A continuación se recoge una selección de textos pertenecientes al* Mila Khabum, *«Biografía de Milarepa», escrita por un misterioso yogi, «el yogi loco de gTsan», a finales del siglo XII o comienzos del XIII.*

Una noche, cierto individuo, creyendo que yo poseía alguna riqueza, llegó a tientas y anduvo rebuscando por toda la cueva. Mientras yo le observaba, me eché a reír y le dije en voz alta: «Trata de encontrar algo de noche donde yo no he encontrado nada a la luz del día». El individuo aquel no pudo tampoco contener la risa, y entonces se marchó.

Un año después de esto, algunos cazadores de Tsa, que no habían cobrado ninguna pieza, llegaron junto a la cueva. Yo estaba sentado en *samadhi,* con la apología de triple nudo por todo vestido. Ellos me pincharon con los extremos de sus arcos, para ver si era un ser humano o un *bhūta,* pues al ver el estado de mi cuerpo y de mis vestidos se inclinaban a pensar que más bien era un *bhūta.* Mientras entre sí discutían sobre esto, yo abrí mi boca y hablé, diciendo: «Podéis estar seguros de que soy un hombre». Me reconocieron al ver mis dientes. Me preguntaron entonces si yo era Thöpaga. Ante mi respuesta afirmativa, me pidieron que les diera algo de comer, añadiendo que me lo pagarían espléndidamente. Dijeron también: «Hemos oído que fuiste una vez a tu casa hace mucho tiempo. ¿Has permanecido siempre aquí entre tanto?». Yo les respondí: «Sí; pero no os puedo ofrecer ningún alimento que vosotros seáis capaces de comer».

Me dijeron que cualquier cosa que me sirviera a mí les serviría a ellos también. Entonces les dije que encendieran fuego y pusieran a hervir unas ortigas. Así lo hicieron, pero como esperaban que les diera otra cosa para dar sustancia a la sopa, como carne,

huesos, tuétano o manteca, les dije: «Si yo tuviera esas cosas, también podría tomar alimentos sabrosos. Pero nada de eso he tenido en muchos años. Usad las ortigas en lugar de otra cosa sustanciosa». Me pidieron entonces que les diera harina o grano para espesar la sopa. Les dije que si lo tuviera, podría tomar comidas de mayor alimento, pero que había pasado muchos años sin tales cosas, y les dije que echaran en su lugar las puntas de las ortigas.

Por fin me pidieron un poço de sal, a lo que yo respondí que la sal hubiera mejorado el sabor de mis comidas, pero que había prescindido de ella durante muchos años, y les aconsejé que añadieran más puntas de ortiga en lugar de sal. Ellos me dijeron: «Viviendo de estos alimentos y cubriéndote con unos vestidos como los que ahora llevas, no es de extrañar que tu cuerpo haya quedado reducido a tan miserable condición. No pareces un ser humano. Aunque tuvieras que trabajar como un siervo, por lo menos tendrías alimentos para henchir el vientre y vestidos abrigados. Eres la persona más lastimosa y miserable del mundo». Yo les dije: «Amigos míos, no digáis tal cosa. Soy uno de los más dichosos y afortunados entre todos los que han obtenido la vida humana. Yo conocí a Marpa el Traductor, de Lhobrak, y de él supe la verdad capaz de conferir la condición búdica en el espacio de una sola vida. Ahora, habiendo renunciado a todos los pensamientos mundanos, paso mi vida en una ascética estricta, entregado a la devoción de estas soledades, lejos de los lugares en que habitan los hombres. Estoy logrando lo que ha de valerme en la eternidad. Al negarme los placeres triviales que se obtienen del alimento, los vestidos y la fama, estoy venciendo al enemigo (la ignorancia) ya en esta vida. De toda la población del mundo, yo soy el más valiente, el que tengo más elevadas aspiraciones...».

Les recité entonces un canto sobre los Cinco Consuelos:

«Señor, Marpa bondadoso, a tus pies me postro.
Ayúdame a renunciar a las aspiraciones mundanas».
Aquí está la cueva media del Dragkar-Taso,
yo, el yogi tibetano llamado Repa,
dejando toda preocupación sobre qué comer o vestir, y las aspiraciones de esta vida,
me he propuesto alcanzar la perfecta condición búdica.
Cómodo es el duro colchón en que yazgo,
cómodo es el cobertor de algodón nepalés que me cubre,
cómoda es la única banda de meditación que sujeta mi rodilla,
cómodo es el cuerpo habituado a una dieta austera,

cómodo es el espíritu lúcido que discierne los apegos presentes
y el fin último.
Nada de éste es incómodo, todo es cómodo.
Si sois capaces todos de hacer otro tanto, imitadme.
Pero si nada os inspira el fin de la vida ascética,
y os aferráis al error de la doctrina del yo,
os pido que no me tengáis compasión,
pues soy un yogi en el sendero de la bienaventuranza eterna.
Los últimos rayos del sol pasan sobre los picos de las montañas.
Volved, pues, a vuestras moradas.
En cuanto a mí, que pronto moriré, sin saber la hora de la muerte,
con el propósito firme de lograr la condición búdica perfecta,
no tengo tiempo para perder en charlas inútiles.
Entraré, pues, de nuevo en el estado sereno de *samadhi.*

W. Y. Evans-Wentz, *Tibet's Great Yogi Milarepa* (Oxford 1928) 199-202.

223. AL-HASAN ENSALZA LA VIDA ASCETICA

Al-Hasán al-Basrí vivió en el siglo VIII d. C. (murió el año 728 d. C., el 110 de la Egira).

Guárdate de este mundo *(dunyā)* con toda cautela, porque es como una serpiente, suave al tacto, pero cuyo veneno es mortal... Cuanto más agradable te resulte, tanto más deberás guardarte de él, porque el hombre de este mundo, cuando se siente seguro en cualquiera de sus placeres, el mundo lo arrastra hacia alguna situación lamentable, y siempre que consigue alguna parte de él y se instala como dueño en ella, el mundo termina por desbancarle. Guárdate, pues, una vez más, de este mundo, porque sus esperanzas son mentiras, y sus anhelos, falsos. Su holgura es trabajo, cenagosa su limpidez... No hubiera en absoluto el Todopoderoso pronunciado sobre el mundo o acuñado para él ninguna comparación... y el mundo de por sí habría despertado al dormido y sobresaltado al distraído. Cuánto más, pues, si vemos que el mismo Dios nos ha hecho una advertencia contra él... Porque este mundo no tiene peso ni valor alguno para Dios, tan liviano es... Fue ofrecido a nuestro Profeta, con todas sus llaves y sus tesoros... pero él se negó a aceptarlo, y nada le impedía aceptarlo, porque nada hay en él que le hiciera desmerecer a los ojos de Dios, pero desdeñó amar lo que odia el Creador y exaltar lo que su Soberano ha rebajado. Porque Mahoma ataba una piedra a su vientre cuando sen-

tía hambre, y Moisés... de él se dice en las historias que Dios le reveló: «Moisés, cuando veas que se te aproxima la pobreza, dirás: ¡Bienvenida la divisa de los justos! Y cuando veas que se te aproxima la riqueza, dirás: ¡Ay, un pecado cuyo castigo ha sido establecido de antemano!». Y si quieres, aún puedes nombrar a un tercero como el Señor del Espíritu y de la Palabra [Jesús], porque en su conducta hay una maravilla, pues acostumbraba decir: «Mi pan cotidiano es el hambre, mi divisa es el temor, mi gala es la lana, mi montaña es mi alimento, mi linterna para la noche es la luna, mi fuego de día es el sol, y mis frutas y hierbas olorosas son las que produce la tierra para los animales silvestres y el ganado. Nada tengo, pero nadie hay más rico que yo».

A. J. Arberry, *Sufism* (Londres 1950) 33-35.

D. *PROFETAS Y FUNDADORES DE RELIGIONES*

224. ZARATUSTRA ES RECHAZADO POR TODOS

(*Yasna* 46)

Al principio del *yasna* 46 aparece Zaratustra rechazado por todos, pero él conoce la causa de este fracaso, que es su pobreza «en hombres y ganados». Acude, pues, al Señor sabio, Ahura Mazda, como un amigo a su amigo (estrofa 2). En sus plegarias pide la reforma de la existencia que algún día se realizará mediante la intervención del salvador. Zaratustra había sido elegido por el Señor para anunciar esta buena noticia (estrofa 3). Las estrofas siguientes (4, 7-11) describen la hostilidad con que han de tropezar los que promueven la Justicia frente a los malvados. En las estrofas 12 a 17 cambia la escena; aquí enumera Zaratustra sus protectores. Todos los que trabajan por la renovación del mundo obtendrán, con la ayuda de Zaratustra, la prosperidad en la vida futura (estrofas 18-19).

1. ¿A qué país huiré? ¿Adónde dirigir mis pasos?
Expulsado he sido de tribu y familia,
no cuento con el favor del pueblo al que pertenezco
ni de los gobernantes malvados del país.
¿Cómo, Señor, conseguiré tu favor?
2. Yo conozco, oh Sabio, que estoy indefenso.
Escaso es mi ganado y tengo pocos hombres.
A ti dirijo mi lamento. Escúchame, Señor,
y dame el apoyo que un amigo da a su amigo.
Como la justicia enseña a lograr el Buen Pensamiento.
3. ¿Cuándo se manifestarán, oh Sabio, los designios de los salvadores futuros,
amanecerán los días en que, por su juicio poderoso,
la palabra saldrá en defensa de la justicia?
¿A quién ayudaré yo a caminar conforme al Buen Pensamiento?
A mí mismo, pues por ti fui elegido, Señor, para la revelación.
4. El malvado, infame y malhechor
impide a los que fomentan la justicia apacentar el ganado
en la provincia y en el país.
Quien lo despoje de dominio o vida, oh Sabio,
caminará adelante en los caminos de la doctrina...
7. ¿Quién, oh Sabio, será enviado como protector mío,
si el malvado busca causarme daño?

¿Quién sino tu fuego y tu pensamiento, Señor,
cuya acción hará madurar la Justicia?
¡Haz conocer este misterio a mi conciencia!
8. ¡Quienquiera que busque hacer daño a mis posesiones vivas,
que ningún peligro corra yo a causa de sus obras!
Vuélvanse contra él, hostiles, sus actos, oh Sabio,
y quítale la veda feliz, dándole la desgraciada.
(Un oyente):
9. ¿Quién es éste, el hombre celoso que primero
me enseñó a honrarte como el más poderoso,
como el Señor justo, santo en sus actos?
(Zaratustra):
Lo que a ti dijo, a ti como Justicia,
lo que dijo a la Justicia, el creador del ganado,
por tu Buen Pensamiento a mí me lo preguntan.
10. Quienquiera, hombre o mujer, Señor sabio,
que me dé lo que tú sabes que es mejor de la existencia
—el premio por la Justicia y el Dominio (?) con (?) el Buen Pensamiento—
y todos los que lleve yo a adorar como a ti,
¡Con todos ellos cruzaré el Puente del Separador!
11. Sacrificadores y príncipes hechiceros
la humanidad han sometido al yugo de su dominio,
para destruir la existencia mediante malas acciones.
Torturados serán por su propia alma y su propia conciencia,
cuando lleguen al Puente del Separador,
destinados por siempre a habitar en la casa del Malo...
13. Quién entre los mortales agrada a Spitama Zaratustra (? con su buena disposición)
es digno de ser escuchado.
A ése dará el Sabio la existencia,
y como Buen Pensamiento aumentará sus posesiones,
(?) por su justicia (?) lo tendremos por tu fiel amigo,
(A ti y a la Justicia ?)...
18. A quien me sea fiel yo prometo, por el Buen Pensamiento,
aquello mismo que yo más deseo.
Pero la opresión para aquellos que nos oprimen.
Oh Sabio, yo trato de cumplir tu deseo por la Justicia.
Tal es la decisión de mi voluntad y de mi espíritu.
19. El que por mí, el que por Zaratustra,
conforme a la Justicia haga realidad
lo que es más renovador por la voluntad (del Señor),
para ése, como premio, cuando alcance la vida futura,

habrá dos vacas preñadas con su toro, y todo cuanto desee por el Pensamiento.
Esto me has revelado, oh Sabio, tú que mejor conoces.

J. Duchesne-Guillemin, *The Hymns of Zarathustra* (Londres 1952) 75-83.

225. EL PRINCIPE SIDDARTHA CONOCE LA VEJEZ, LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE

(Dīgha-nikāya, XIV *[Mahāpadāna suttanta])*

El joven señor Gautama, cuando ya habían pasado muchos días, mandó a su cochero que preparase las carrozas de gala, diciendo: «Ten preparadas las carrozas, buen cochero, vamos a recorrer el parque para ver los jardines». «Sí, mi señor», replicó el cochero, y aparejó las carrozas de gala y mandó recado a Gautama: «Las carrozas están preparadas, mi señor. Hagamos lo que gustes». Entonces Gautama subió a una carroza de gala y mandó salir al parque.

El joven señor vio entonces, según iba recorriendo el parque, a un anciano encorvado como un caballete de tejado, apoyándose en un bastón, decrépito y caminando a traspiés, afligido y ya sin vigor. Y al verlo, dijo Gautama: «¿Qué ha hecho, buen cochero, ese hombre, que sus cabellos no son como los de los demás hombres, y tampoco su cuerpo?».

«Es lo que llamamos un viejo, mi señor».

«¿Y por qué se le llama viejo?».

«Se le llama viejo, mi señor, porque ya no le queda mucha vida».

«Entonces, buen cochero, ¿también yo estoy sujeto al envejecimiento, no podré eludir la vejez?».

«Tú, mi señor, y nosotros, todos somos de tal condición que habremos de envejecer. No podemos eludir la vejez».

«Ya está bien por hoy, buen cochero, de recorrer el parque. Llévame de regreso a mis habitaciones».

«Sí, mi señor», respondió el cochero, y lo llevó de regreso. El, dirigiéndose a sus habitaciones, se sentó lleno de tristeza y agobiado, pensando: «¡Vergüenza sobre eso que llamamos nacimiento, pues a todo el que nace aguarda una vejez semejante!».

Envió el *rajā* a buscar al cochero y le preguntó: «Bien, buen cochero, ¿se distrajo el muchacho en el parque? ¿Qué fue lo que más le agradó?».

«No, mi señor, nada le agradó».

«¿Qué fue, pues, lo que vio en su paseo?».

(Y el cochero contó todo lo sucedido).

Pensó entonces el *rajā:* «No debemos consentir que Gautama renuncie al gobierno. No debemos consentir que abandone la casa y se vaya a la soledad. No debemos consentir que resulte cierto lo que predijeron los adivinos brahmanes».

Para que tales cosas no ocurrieran, hizo que el joven estuviera aún más rodeado de placeres sensuales. Y de este modo siguió viviendo Gautama en medio de los placeres sensuales.

Pero pasaron otros muchos días, y el joven señor ordenó de nuevo a su cochero que preparase lo necesario para salir de nuevo a pasear...

Y vio Gautama, según paseaba por el parque, a un enfermo, cargado de dolores, caído y revolcándose en sus propias heces, mientras algunos trataban de levantarlo y otros lo vestían. Al verlo, preguntó Gautama: «¿Qué ha hecho este hombre, buen cochero, que sus ojos no parecen como los ojos de los demás ni su voz se parece a la voz de los otros hombres?».

«Es lo que llamamos un enfermo, mi señor».

«¿Qué quiere decir eso de enfermo?».

«Significa, mi señor, que difícilmente podrá recuperarse de su mal».

«¿Acaso estoy yo también expuesto, buen cochero, a caer enfermo? ¿No estoy libre de la enfermedad?».

«Tú, mi señor, y todos nosotros estamos expuestos a caer enfermos. No estamos libres de la enfermedad».

«Basta por hoy, buen cochero, de pasear por el parque. Llévame de regreso a mis habitaciones». «Sí, mi señor», respondió el cochero, y lo llevó de regreso. El, dirigiéndose a sus habitaciones, se sentó lleno de tristeza y agobiado, pensando: «¡Vergüenza sobre eso que llamamos nacimiento, pues a todo el que nace aguarda tal decadencia, semejante enfermedad!».

Envió el *rajā* a buscar al cochero y le preguntó: «Bien, buen cochero, ¿se distrajo el muchacho en el parque? ¿Qué fue lo que más le agradó?».

«No, mi señor, nada le agradó».

«¿Qué fue, pues, lo que vio en su paseo?».

(Y el cochero contó todo lo sucedido).

Pensó entonces el *rajā:* «No debemos consentir que Gautama renuncie al gobierno. No debemos consentir que abandone la casa y se vaya a la soledad. No debemos consentir que resulte cierto lo que predijeron los adivinos brahmanes».

Para que tales cosas no ocurrieran, hizo que el joven estuviera aún más rodeado de placeres sensuales. Y de este modo siguió viviendo Gautama en medio de los placeres sensuales.

Pero pasaron otros muchos días, y el joven señor ordenó de nuevo... salir a pasear...

Y vio, según paseaba por el parque, una gran muchedumbre de gentes vestidas de distintos colores, que construían una pira funeraria. Y al ver aquello, preguntó a su cochero: «¿Para qué se ha reunido toda esta gente, con vestidos de diversos colores, y con qué objeto amontonan esa leña?».

«Es porque alguien, mi señor, ha terminado sus días».

«Acerca la carroza hacia ese que ha terminado sus días».

«Sí, mi señor», respondió el cochero, y así lo hizo. Y vio Gautama el cadáver de aquel que había terminado sus días, y preguntó: «¿Qué es eso, buen cochero, de terminar uno sus días?».

«Significa, mi señor, que ni su madre, ni su padre ni otros parientes lo volverán a ver más, y que él tampoco los volverá a ver».

«¿Y estoy yo también sujeto a la muerte? ¿No estoy libre de la muerte? ¿No me verán más ni el *rajā* ni la *rani* ni mis demás parientes, ni los veré yo a ellos tampoco?».

«Tú, mi señor, y nosotros también, todos estamos sujetos a la muerte. Ni el *rajā* ni la *rani* ni tus demás parientes te verán ni tú los verás a ellos».

«Basta por hoy, buen cochero, de pasear por el parque. Llévame de regreso a mis habitaciones». «Sí, mi señor», respondió el cochero, y lo llevó de regreso. El, dirigiéndose a sus habitaciones, se sentó lleno de tristeza y agobiado, pensando: «¡Vergüenza sobre eso que llamamos nacimiento, pues a todo el que nace le aguardan el envejecimiento, la enfermedad y la muerte!».

Envió el *rajā* a buscar al cochero y le preguntó como las otras veces, y también hizo rodear a Gautama aún más de placeres sensuales. Y de este modo siguió viviendo en medio de los placeres sensuales.

Pero de nuevo... el señor Gautama mandó... salir a pasear.

Y vio, cuando paseaba por el parque, un hombre con la cabeza rapada, un eremita, con su túnica amarilla. Al verlo, preguntó al cochero: «Este hombre, buen cochero, ¿qué ha hecho, que su cabeza no es como la de los demás hombres y sus ropas no son como las que llevan los demás?».

«Es lo que se llama un eremita, mi señor, porque es un hombre que se ha marchado».

«¿Qué quiere decir eso de que 'se ha marchado'?».

«Marcharse, mi señor, significa ingresar en la vida religiosa,

ingresar en una vida pacífica, dedicarse por completo a las buenas acciones, a llevar una conducta meritoria, a no causar ningún daño, a practicar la compasión para con todas las criaturas».

«Cosa excelente es, en verdad, amigo cochero, eso que llaman un eremita, pues tan perfecta es su conducta en todos los aspectos. Llévame, pues, hacia ese eremita».

«Sí, mi señor», replicó el cochero, y lo llevó junto al eremita. Entonces se dirigió a él Gautama, y le dijo: «Maestro, ¿qué has hecho, que tu cabeza no es como la de los demás hombres ni tus vestidos son como los de los otros?».

«Yo, señor, soy uno que se ha marchado».

«¿Qué significa eso, maestro?».

«Eso significa, mi señor, entregarse del todo a la vida religiosa, del todo a la vida pacífica, practicar las buenas acciones, llevar una conducta meritoria, no causar ningún daño, practicar la compasión para con todas las criaturas».

«Con mucha razón, ciertamente, maestro, se dice que habéis marchado, ya que tan perfecta es vuestra conducta en todos los aspectos». Entonces ordenó el señor Gautama a su cochero: «Marcha, buen cochero, llévate tu carroza y guíala de regreso a mis habitaciones. Porque ahora mismo voy a rapar mi cabeza y me voy a poner la túnica amarilla y me voy a marchar de mi casa para abrazar el estado de los que no tienen hogar».

«Sí, mi señor», replicó el cochero, y regresó. Pero el príncipe Gautama, cortando allí mismo su cabello y vistiéndose la túnica amarilla, se alejó de su casa hacia el estado de los que no tienen hogar.

Ocurrió entonces en Kapilavatthu, la capital del gran *rajā,* que un gran número de personas, unas ochenta y cuatro mil almas, oyeron lo que el príncipe Gautama había hecho, y pensaron: «Ciertamente, no es éste un caso habitual de ingreso en la vida religiosa, no es nada común este marcharse, puesto que el príncipe Gautama ha rapado su cabeza y se ha revestido la túnica amarilla y se ha marchado de su casa para abrazar el estado de los que no tienen hogar. Si el príncipe Gautama ha hecho esto, ¿por qué no habríamos de hacerlo nosotros también?». Y todos ellos hicieron rapar sus cabezas y se vistieron túnicas amarillas y, a imitación del Bodhisat, marcharon de sus casas y abrazaron el estado de los que no tienen hogar. De este modo comenzó el Bodhisat a recorrer las aldeas, las ciudades y las capitales acompañado de una gran muchedumbre.

Entonces pensó Gautama el Bodhisat, mientras meditaba en retiro: «No es bueno para mí vivir siempre rodeado de gente. Mejor sería si pudiera vivir solitario, lejos de la multitud».

Poco después marchó a vivir solo, lejos de la muchedumbre. Los ochenta y cuatro mil marcharon por un camino y el Bodhisat por otro.

Entonces pensó Gautama el Bodhisat, cuando marchó al lugar que había elegido y estaba meditando en la soledad: «Ciertamente, este mundo está desquiciado: se nace, se envejece y se muere, y se sale de un estado para entrar en otro. Pero nadie sabe el camino para escapar del dolor o de la enfermedad o de la muerte. ¡Cuándo se dará a conocer un camino para escapar de todo este dolor, del envejecimiento y de la muerte!

C. H. Hamilton, *Buddhism* (Nueva York 1952) 6-11.

226. LOS PRIMEROS MAESTROS DE GAUTAMA: KALAMA Y RAMAPUTTA

(Majjhima-nikāya, XXVI *[Āriya-pariyesana-sutta])*

Sí, también yo, en los días anteriores a mi plena Iluminación, cuando sólo era un Bodhisatta, aún no plenamente iluminado, también yo, sujeto en mí mismo al renacimiento, a la vejez, etc., me empeñaba en conseguir lo que estaba no menos sujeto a todas estas cosas. Pero me vino este pensamiento: ¿Por qué trato de conseguir lo que, como yo mismo, está sometido al renacimiento y a todo lo demás? ¿Por qué, estando yo sujeto a todas estas cosas, no habría, con los ojos abiertos a los peligros que todas estas cosas entrañan, de procurar en vez de ellas la paz consumada del nirvana, que no conoce el renacer ni la vejez ni la enfermedad ni la muerte ni la tristeza ni la impureza?

Porque hubo un tiempo en que yo, siendo aún joven, con una rica cabellera negra como el carbón y no tocada aún por el gris, cuando aún tenía toda la belleza del pleno vigor, a pesar de los deseos de mis padres, que lloraban y se lamentaban, hice cortar mi cabello y mi barba, me vestí de amarillo y abandoné mi casa para abrazar la vida de los que no tienen hogar y emprendí la peregrinación.

Peregrino ahora en busca de la rectitud y del camino excelente que lleva a la paz incomparable, acudí a Alara Kalama y le dije: «Es mi deseo, reverendo Kalama, abrazar la vida suprema en esta tu doctrina y tu regla». «Quédate con nosotros, venerable señor», fue su respuesta. «Mi doctrina es tal que no habrá de pasar mucho tiempo sin que un hombre inteligente pueda discernir por sí mismo,

comprobar, penetrar y permanecer en toda la sustancia de la enseñanza de su maestro».

Ciertamente, no pasó mucho tiempo cuando logré aprender toda su doctrina de memoria. Por lo que se refiere a la mera recitación y repetición oral, fui capaz de exponer de corrido el mensaje original (del fundador) y su exposición por los ancianos, y pude asegurar, con los demás, que la conocía y comprendía plenamente. Se me ocurrió entonces que no era simplemente una doctrina que el mismo Alara Kalama hubiera recibido y aceptado confiadamente, sino que él aseguraba haber penetrado y permanecer en ella después de haberla discernido y comprobado por sí mismo. Ciertamente, él tenía un verdadero conocimiento de ella, y la comprendía del todo. Acudí, pues, a él y le pregunté hasta qué punto había discernido y comprobado por sí mismo la doctrina en que había penetrado y en que ahora permanecía.

«Hasta el plano de la nada», me respondió él.

Reflexioné entonces en que no era Alara Kalama el único que poseía fe, perseverancia, atención, concentración extática y visión intelectual, pues yo también poseía todas estas cosas. «¿Por qué —me pregunté— no he de esforzarme yo por comprobar la doctrina en que él pretende haber penetrado y permanecer ahora, después de haberla discernido y comprobado por sí mismo?».

Muy pronto, sin que hubiera pasado mucho tiempo, yo había discernido y comprobado su doctrina por mí mismo, y había penetrado y permanecía en ella. Acudí entonces a él y le pregunté si era precisamente hasta aquel punto que él había discernido y comprobado por sí mismo la doctrina que profesaba. El me dijo que sí, y yo le dije que había llegado por sí mismo a igual punto. «Cosa grande es», dijo él, «cosa grande es para nosotros que tengamos en ti, reverendo señor, un compañero semejante en la vida superior. Esta misma doctrina que por mí he discernido, comprobado, en que he penetrado y que profeso, ésta es la que por ti mismo has discernido, comprobado, en que has entrado y en que ahora permaneces. Y esta doctrina que por ti mismo has discernido, comprobado, en que has penetrado y que profesas, es idéntica a la que por mí mismo he discernido, comprobado, en que he penetrado y que profeso. La doctrina que yo conozco es la que tú conoces, y la doctrina que tú conoces es la que yo conozco. Lo que yo soy, eso eres tú, y lo que tú eres, eso soy yo. Te ruego, señor, que juntos seamos guardianes de esta compañía». De este modo, Alara Kalama, que era mi maestro, me puso a mí, que era su discípulo, a la misma altura que él, y me mostró gran veneración. Pero recordé entonces que su doctrina llevaba simplemente a alcanzar el plano de la nada,

y no el de la renuncia, la impasibilidad, la quietud, la paz, el discernimiento y la iluminación del nirvana. No me contenté con su doctrina, sino que me aparté de ella para seguir mi camino.

En busca aún de la rectitud y del camino excelente que lleva a la paz incomparable, acudí a Uddaka Ramaputta y le dije: «Es mi deseo, reverendo señor, abrazar la vida suprema en esta tu doctrina y tu regla». «Quédate con nosotros»... la comprendía del todo. Acudí, pues, a Uddaka Ramaputta y le pregunté hasta qué punto había discernido y comprobado por sí mismo la doctrina en que había penetrado y en que ahora permanecía.

«Hasta el plano en que no hay percepción ni no-percepción», me respondió él.

Reflexioné entonces en que no era el único Uddaka Ramaputta el único que poseía fe... y me mostró gran veneración. Pero recordé entonces que su doctrina llevaba simplemente al plano en que no hay percepción ni no-percepción, y no a la renuncia, la impasibilidad, la quietud, la paz, el discernimiento y la iluminación del nirvana. No me contenté con su doctrina, sino que me aparté de ella para seguir mi camino.

En busca aún de la rectitud y del camino excelente que lleva a la paz incomparable, llegué, en el curso de una peregrinación mendicante a través de Magadha, al campamento de Uruvela, y allí fijé mi morada. Me dije al examinar el lugar: «Verdaderamente, éste es un sitio delicioso, con sus bosques amenos, su río de aguas limpias con *ghāts* y la amenidad del lugar, cerca de una aldea en que buscar el sustento. ¿Qué más puede pedir para llevar a cabo su esfuerzo un hombre joven cuyo corazón está dispuesto a esforzarse?». Allí, pues, me instalé, pues nada más necesitaba para llevar adelante mi esfuerzo.

Sometido en mí mismo al renacimiento, la vejez, la enfermedad, la muerte, la tristeza y la impureza, y viendo el peligro que hay en todo cuanto esté sujeto a estas cosas, busqué la paz consumada del nirvana, que no conoce la tristeza ni la vejez, la enfermedad o la muerte, el renacimiento o la impureza. Lo intenté y lo conseguí, y en mí surgió la convicción, el discernimiento de que ya mi liberación estaba segura, que éste sería mi último nacimiento y que nunca más volvería a nacer.

Lord Chalmers, *Further Dialogues of the Buddha* I (Londres 1926) 115-118.

227. DESPUES DE SU ILUMINACION PROCLAMA EL BUDA: «YO SOY EL SANTO EN ESTE MUNDO, YO SOY EL MAESTRO SUPREMO»

(*Mahāvagga* I, 7-9)

Sucedió que Upaka, un hombre que pertenecía a la secta de los ajivakas (los ascetas desnudos), vio al Bienaventurado que iba de camino entre Gaya y el árbol Bodhi, y al verlo, dijo al Bienaventurado: «Tu rostro, amigo, es sereno, tu aspecto es limpio y claro. ¿En nombre de quién te has retirado del mundo? ¿Quién es tu maestro? ¿De quién es la doctrina que profesas?».

Cuando Upaka el ajivaka hubo hablado, el Bienaventurado le respondió con estas estrofas: «Yo he vencido a todos los enemigos, yo soy sapientísimo, yo estoy libre de toda clase de manchas, yo he abandonado todo y he logrado la emancipación al destruir el deseo. Después de alcanzar el conocimiento por mí mismo, ¿a quién habría de llamar maestro? No tengo maestro, nadie me iguala, en el mundo de los hombres y de los dioses no hay ser alguno que me iguale. Soy el Santo en este mundo, soy el maestro supremo, yo solo soy el Sambuddha Absoluto. He alcanzado la frialdad (por la extinción de las pasiones) y he conseguido el nirvana. Para fundar el Reino de la Verdad voy a la ciudad de Kasis (Benares); haré sonar el tambor del Inmortal en la oscuridad de este mundo».

(Replicó Upaka): «Tú aseguras, por tanto, amigo, que eres el Jina [1] absoluto, el Santo».

(Buda dijo): «Como yo son todos los jinas que han logrado la extinción de los *asavas* [2]; yo he superado todos los estados pecaminosos. Por consiguiente, Upaka, yo soy el Jina».

Después que hubo hablado de este modo, Upaka, el ajivaka, replicó: «Puede que sea así, amigo». Sacudió su cabeza, tomó por otro camino y se marchó.

T. W. Rhys Davids y H. Oldenberg, *Vinaya Texts* I, en *Sacred Books of the East* XIII (Oxford 1881) 90-91.

[1] *Jina,* el «vencedor», es uno de los apelativos comunes a los fundadores del budismo y del jainismo.

[2] *Asava:* sensualidad, individualidad, ilusión e ignorancia.

228. GAUTAMA REFLEXIONA SOBRE SI HA DE PROCLAMAR LO QUE CON TANTO ESFUERZO HA CONSEGUIDO

(*Majjhima-nikāya* XXVI [*Āriya-pariyesana-sutta*])

Creo que he conseguido llegar a esta doctrina profunda, recóndita, difícil de comprender, serena, excelente, más allá de la dialéctica, abstrusa y perceptible sólo para los entendidos. Pero la humanidad se complace, pone sus delicias y su felicidad en aquello a lo que se aferra, de forma que, hecha a tales ideas, le resulta muy difícil entender las relaciones causales y la cadena de la causación, muy difícil entender la detención de todas las fuerzas plásticas o la renuncia a todas las ataduras mundanas, la extirpación del deseo, la impasibilidad, la paz y el nirvana. Si he de predicar la doctrina para que los demás no entiendan nada, sólo trabajo y hastío sacaría de ello. Y al punto me vinieron a la mente estos versos, que ningún hombre había escuchado antes:

¿Predicaré lo que con tanto esfuerzo conseguí?
Los hombres, hundidos en pecado y deseos, encontrarían difícil
sondear esta doctrina, siempre a contracorriente,
abstrusa, profunda, sutilísima, difícil de captar.
Sus amados deseos los cegarán hasta el punto de no ver,
sumidos en la niebla espesa de la ignorancia.

Mientras así ponderaba, mi corazón se sintió inclinado a permanecer tranquilo y a no predicar mi doctrina. Pero la mente de Brahma Sahampati llegó a advertir los pensamientos que llenaban mi mente, y pensó: «El mundo está perdido, totalmente perdido mientras el que halló la verdad siga determinado a no predicar su doctrina». Por tanto, con la misma rapidez con que un hombre robusto puede extender su brazo o recoger su brazo extendido, Brahma Sahampati desapareció del mundo de Brahma y apareció ante mí. Llegó ante mí con su hombro derecho desnudo, y con sus manos unidas y extendidas hacia mí en gesto de veneración, dijo: «Sea grato al Señor, sea grato al Bienaventurado predicar su doctrina. Hay seres cuya visión sólo está un poco oscurecida, que perecen porque no escuchan la doctrina. ¡Estos la comprenderán!».

Lord Chalmers, *Further Dialogues of the Buddha* I (Londres 1926) 118-119.

229. GAUTAMA BUDA REMEMORA SUS ANTERIORES EXISTENCIAS

(Majjhima-nikāya IV *[Bhaya-bherava-sutta])*

Con el corazón resuelto, claro y puro, limpio y libre de toda impureza, aquietado y dispuesto a servir, firme e inmutable, así fue como apliqué mi corazón al conocimiento y la rememoración de mis anteriores existencias.

Traje a la mente mis diversas existencias pasadas, primero un nacimiento, luego el segundo... [y así sucesivamente]..., cien mil nacimientos, más de un ciclo de desintegración del universo, más de un ciclo de reintegración y nuevamente más de un ciclo de desintegración y de reintegración. Yo recordaba cómo en esta o aquella otra existencia mi nombre fue uno u otro, mi clan, mi clase, mi alimento, mis alegrías y tristezas y el final de mi vida. Y cómo después fui pasando por tales y tales existencias, en las que mi nombre y todo lo demás fue de este o de aquel otro modo. Pasé luego a mi vida actual.

De este modo fui recordando todas mis existencias pasadas y sus rasgos y pormenores. Este, brahmín, fue el primer conocimiento a que llegué en la primera vela de la noche, rechazada la ignorancia y adquirido el conocimiento, rechazadas las tinieblas y ganada la iluminación, como corresponde a mi vida esforzada y ardiente, despojada del yo.

Con este mismo corazón resuelto me apliqué entonces al conocimiento del tránsito de este lugar y a la reaparición en otro de los demás seres. Con el Ojo celeste, que es puro y supera con mucho al ojo humano, vi cómo las cosas pasaban de este lugar para reaparecer en otro, alto o bajo, grato o repugnante a la vista, bienaventurado o desdichado. Vi cómo todos los seres iban de un lugar a otro conforme a su pasado. Había seres entregados al mal en sus actos, palabras y pensamientos, que rechazaron al Noble, de ideas malignas y que cargaban con las consecuencias de tales ideas malignas. Estos, al disolverse su cuerpo con la muerte, aparecían en estados de dolor, miseria y tribulación, y en el purgatorio. Había también seres entregados al bien en sus actos, palabras y pensamientos, que no rechazaron al Noble, cuyas ideas eran rectas y que recogían el fruto de esas mismas ideas rectas. Estos, al disolverse su cuerpo con la muerte, aparecían en estados bienaventurados en el cielo. Todo esto vi con el Ojo celeste, y éste, brahmín, fue el segundo conocimiento a que llegué en la segunda vela de la noche, rechazada la ignorancia y adquirido el conocimiento, rechazadas las

tinieblas y adquirida la iluminación, como corresponde a mi vida esforzada y ardiente, despojado del yo.

Con este mismo corazón resuelto me apliqué entonces al conocimiento de la erradicación de las úlceras. Comprendí, directa y plenamente, el Mal, el origen del Mal, la cesación del Mal y el camino que lleva a la cesación del Mal. Comprendí, directa y plenamente, en qué consistían las úlceras, con su origen, cesación, y el camino que lleva a su cesación. Cuando conocí esto y comprendí esto, mi corazón quedó libre de la úlcera del placer sensual, de la úlcera del continuo existir y de la úlcera de la ignorancia, y vino a mí, liberado ya de este modo, el conocimiento de mi liberación con el convencimiento de que ya no renacería. He vivido la vida suprema, mi tarea está concluida y en mí ya no queda nada de lo que he sido. Este, brahmín, fue el tercer conocimiento a que llegué en la tercera vela de la noche, rechazada la ignorancia y adquirido el conocimiento, rechazadas las tinieblas y adquirida la iluminación, como corresponde a mi vida esforzada y ardiente, despojada del yo.

Lord Chalmers, *Further Dialogues of the Buddha* I (Londres 1926) 15-17.

230. EL BUDA ENTRA EN EL NIRVANA

(Ashvagosha, *Buddhacharita* XXVI, 83-86, 88-106)

Se volvió entonces el Buda a sus discípulos y les dijo: «Todo llega a su término, aunque dure un eón entero. Por fin está a punto de llegarme la hora de la partida. Hice ya cuanto pude hacer, por mí mismo y por los demás. No tendría ya objeto alguno permanecer aquí a partir de este momento. He formado, en el cielo y en la tierra, a todos los que pude formar, y los he situado en la corriente. De aquí en adelante, mi Dharma, oh monjes, permanecerá por generaciones y generaciones entre los seres vivos. Reconoced, pues, la verdadera naturaleza del mundo viviente y no estéis angustiados, pues no es posible evitar la separación. Reconoced que toda vida está sujeta a esta ley, y esforzaos desde hoy por que ya nunca tenga que ser así. Cuando la luz del conocimiento ha dispersado las tinieblas de la ignorancia, cuando se ha visto que toda existencia carece de sustancia, la paz se impone al llegar una vida a su término, como si una larga enfermedad se curase por fin. Todas las cosas, fijas o móviles, están destinadas a perecer finalmente. ¡Estad, pues, atentos y vigilantes! Me ha llegado el tiempo de entrar en el nirvana. Estas son mis últimas palabras».

Después de esto, inigualable en su dominio de los trances, en aquel momento entró en el primer trance, salió de él y penetró en el segundo, en su debido orden, fue entrando en todos ellos sin omitir ninguno. Al final, cuando ya había recorrido las nueve etapas de la meditación, el gran Vidente invirtió el proceso y retornó nuevamente al primer trance. Salió también de éste y fue subiendo otra vez de uno en otro hasta el cuarto trance. Cuando hubo practicado también éste, llegó cara a cara ante la Paz eterna.

Y cuando el Sabio entró en el nirvana, la tierra tembló como un navío sacudido por un escualo, y del cielo cayeron llamas de fuego. Los cielos se llenaron de un fuego sobrenatural, que ardía sin quemar nada, sin humo, sin ser arrastrado por el viento. Sobre la tierra restallaron truenos horribles y en el cielo se desataron vientos huracanados. Se apagó la luz de la luna y, a pesar de estar el cielo sin nubes, por todas partes se derramaron unas tinieblas misteriosas. Los ríos, como arrebatados de dolor, se llenaron de agua hirviente. Hermosas flores se abrieron fuera de tiempo en los árboles sobre el lecho de Buda, y los árboles inclinaron hacia él sus troncos y sembraron con sus flores su cuerpo dorado. Al igual que los muchos dioses, los *nagas* de cinco cabezas se quedaron inmóviles en el cielo, con sus ojos enrojecidos de dolor, con sus caperuzas cerradas y sus cuerpos quietos, mientras con gran devoción dirigían sus miradas al cuerpo del Sabio. La congregación de los dioses en torno al rey Vaishravana, bien instruida en la práctica del Dharma supremo, no dio muestras de dolor ni derramó lágrimas, tanta era su adhesión al Dharma.

Los dioses de la Morada Pura, aunque sentían gran reverencia hacia el gran Vidente, permanecieron serenos, sin que sus ánimos se vieran afectados, pues tenían las cosas de este mundo en el mayor de los desprecios. Los reyes de los *gandharvas* y de los *nagas,* así como los *yakshas* y los *devas* que se gozan en el Dharma verdadero, todos ellos se levantaron en el cielo, afligidos y anegados en el más profundo dolor. Pero las huestes de Mara sintieron que habían logrado su mayor deseo. Arrebatados de alegría lanzaron fuertes risotadas, danzaron, silbaron como serpientes y provocaron un ruido ensordecedor al batir sus tambores, gongos y batintines. Y el mundo, cuando el Príncipe de los Vientos desapareció, parecía como una montaña cuya cumbre ha sufrido una sacudida. Se quedó como un cielo sin luna, como un estanque cuyos lotos ha marchitado el hielo o como el saber inútil por falta de fortuna.

E. Conze (ed.), *Buddhist Scriptures* (Penguin Books 1959) 62-64.

Ahmad ibn 'Uthman, conocido también como Abu'l-jazwa', me refirió, fundándose en la autoridad de Wahb ibn Jarir, que oyó decir a su padre que él lo había escuchado de an-Nu'man ibn Rashid, fundado en la autoridad de az-Zuhri de 'Urwa de 'A'isha, que dijo: la revelación *(wahy)* comenzó a llegar al Apóstol de Alá —sobre él la bendición y la paz de Alá— por medio de sueños verdaderos que llegaban como la aurora de la mañana. Empezó él entonces a gustar de la soledad, por lo que acostumbraba retirarse a una caverna de Hira [1] donde se entregaba a la práctica de *tahannuth* [2] por la noche, antes de regresar a casa de su familia. Luego volvía a casa de su familia y tomaba provisiones para igual número [de noches] hasta que inesperadamente llegó a él la verdad.

El (Gabriel) se acercó y le dijo: «Oh Mahoma, tú eres el Apóstol *(rasūl* [3]*)* de Alá». Dijo el Apóstol de Alá —sobre él la bendición y la paz de Alá—: «Caí entonces de rodillas, en el mismo punto en que había estado de pie, y con los miembros temblorosos me arrastré hasta llegar adonde se hallaba Khadija [4], diciendo: '¡Escóndeme, escóndeme!' [5]. Hasta que el terror se alejó de mí. Luego [en otra ocasión] se acercó y me dijo: 'Oh Mahoma, tú eres el Apóstol de Alá'. [Esto me turbó hasta el punto de que por poco me arrojo por el precipicio de una elevada montaña]. Pero, cuando estaba a punto de hacerlo, se me apareció y me dijo: 'Oh Mahoma, yo soy Gabriel, y tú eres el Apóstol de Alá'. Y me dijo luego: '¡Recita!'. Pero yo le contesté: '¿Qué tengo que recitar?', después de lo cual me tomó y me hizo sufrir mucho por tres veces, hasta dejarme agotado. Entonces me dijo: 'Recita en el nombre del Señor que ha creado' *(sura* 96,1). Lo recité, pues, y luego marché junto a Khadija, a la que dije: 'Estoy inquieto por mí mismo'. Le conté después todo lo sucedido. Ella dijo: 'Alégrate, pues por Alá, Alá nunca te entregará a la confusión. Por Alá, te preocupas de tu parentela, hablas sinceramente, comunicas con verdad lo que se te ha dicho, soportas cargas, eres siempre hospitalario con los huéspedes y haces prevalecer siempre el derecho frente a toda

[1] Un monte de los alrededores de La Meca.

[2] Un término que probablemente trata de reproducir la palabra hebrea *tibinnoth*, «plegarias».

[3] *Rasūl* significa literalmente «mensajero», pero al igual que *apostolos* en el Nuevo Testamento, al emplearse como término técnico para designar a un mensajero de Dios, tiene el significado de «apóstol».

[4] Su primera esposa, una viuda de edad avanzada y rica de La Meca que se había casado con Mahoma unos años antes.

[5] Cf. *sura* 73,1.

maldad'. Entonces me llevó junto a Waraqua ibn Naufal ibn Asad [al que dijo]: 'Presta oídos a lo que el hijo de tu hermano [tiene que decirte]'. El me preguntó y yo le conté lo sucedido. El dijo: 'Este es el *namus*[6] que fue enviado a Moisés, el hijo de Amram. ¡Ojalá estuviera yo vivo cuando tu pueblo te expulse!'. '¿Es que me van a expulsar?', pregunté yo. 'Sí', dijo él, 'nunca ha venido un hombre trayendo lo que traes tú, que no haya sido expulsado. Si yo estuviera allí, cuando llegue tu día, yo podría darte una poderosa ayuda'».

A. Jeffery, *Islam. Muhammad and His Religion* (Nueva York 1958) 15-17.

232. MAHOMA ES EL ENVIADO DE DIOS

(*Corán,* 48, 29)

Mahoma es el Enviado de Dios.
Quienes están con él
son severos con los infieles y cariñosos entre sí.
Se les ve inclinados o prosternados,
buscando favor de Dios y satisfacerle.
Se les nota en el rostro que se prosternan.
En la *Torá* y en el *Evangelio* se les compara
con la semilla que, habiendo germinado,
fortifica su brote, y éste crece y se yergue en el tallo,
constituyendo la alegría del sembrador.
Para irritar a los infieles por su medio.
A quienes de ellos crean y obren bien,
Dios les ha prometido perdón
y una magnífica recompensa.

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

[6] Término procedente de la transliteración siríaca de la palabra griega *nomos,* «ley», que en los Setenta y en el Nuevo Testamento sirve para designar la Ley mosaica, es decir, la Torá.

233. MAHOMA PROCLAMA EL CORAN, «EL LIBRO SOBRE EL QUE NO CABE DUDAR...»

(*Corán*, 2, 1-25)

Esta es la *Escritura*[1], exenta de dudas, como dirección para los temerosos de Dios,
que creen en lo oculto[2], hacen la azalá[3] y dan limosna de lo que les hemos concedido,
creen en lo que se te ha revelado a ti[4] y antes de ti, y están convencidos de la otra vida.
Están dirigidos por su Señor y prosperarán.
Da lo mismo que amonestes o no a los infieles: no creen.
Dios ha sellado sus corazones y oídos; una venda cubre sus ojos y tendrán un castigo terrible.
Hay entre los hombres quienes dicen: «Creemos en Dios y en el último Día[5]», pero no creen.
Tratan de engañar a Dios y a los que creen;
pero, sin darse cuenta, sólo se engañan a sí mismos.
Sus corazones están enfermos y Dios les ha agravado su enfermedad.
Tendrán un castigo doloroso por haber mentido.
Cuando se les dice: «¡No corrompáis la tierra!», dicen: «Pero ¡si somos reformadores!».
¿No son ellos, en realidad, los corruptores? Pero no se dan cuenta.
Cuando se les dice: «¡Creed como creen los demás!», dicen: «¿Es que vamos a creer como creen los tontos?». Son ellos los tontos, pero no lo saben.
Cuando encuentran a quienes creen, dicen: «¡Creemos!». Pero, cuando están a solas con sus demonios, dicen: «Estamos con vosotros, era sólo una broma».
Dios les devolverá la broma y les dejará que persistan en su rebeldía, que yerren ciegos.
Esos son los que trocaron la dirección por el extravío. Por eso, su negocio no ha resultado lucrativo y no han sido bien dirigidos.
Son como uno que alumbra un fuego. En cuanto éste ilumina lo que le rodea, Dios se les lleva la luz, les deja en tinieblas y no ven.
Son sordos, mudos, ciegos, no se convierten.

[1] Se refiere al *Corán*.
[2] Los misterios metafísicos.
[3] Oración institucional obligatoria.
[4] Se refiere a Mahoma y al *Corán*
[5] El día del Juicio.

O como si viniera del cielo una nube borrascosa, cargada de tinieblas, truenos y relámpagos.
Se ponen los dedos en los oídos contra el rayo, por temor a la muerte. Pero Dios cerca a los infieles.
El relámpago les arrebata casi la vista. Cuando les ilumina, caminan a su luz; pero, cuando oscurece, se detienen.
Si Dios hubiera querido, les habría quitado el oído y la vista. Dios es omnipotente.
¡Hombres! Servid a vuestro Señor, que os ha creado, a vosotros y a quienes os precedieron. Quizá, así, tengáis temor de él.
Os ha hecho de la tierra lecho y del cielo edificio.
Ha hecho bajar agua del cielo, mediante la cual hace brotar frutos para sustentaros. No erijáis iguales a Dios a sabiendas.
Si dudáis de lo que hemos revelado a nuestro siervo [6], traed una sura [7] semejante y, si es verdad lo que decís, llamad a vuestros testigos en lugar de llamar a Dios.
Pero, si no lo hacéis —y nunca podréis hacerlo—, guardaos del fuego cuyo combustible lo constituyen hombres y piedras, y que ha sido preparado para los infieles.
Anuncia la buena nueva a quienes creen y obran bien:
tendrán Jardines por cuyos bajos fluyen arroyos.
Siempre que se les dé como sustento algún fruto de ellos, dirán: «Esto es igual que lo que se nos ha dado antes».
Pero se les dará algo sólo parecido. Tendrán esposas purificadas y estarán allí eternamente.

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

234. ALA NARRA A MAHOMA LA HISTORIA DE ABRAHÁN

(*Corán,* 19, 41-49)

Y recuerda en la *Escritura* [1] a Abrahán. Fue veraz, profeta.
Cuando dijo a su padre: «¡Padre! ¿Por qué sirves lo que no oye, ni ve ni te sirve de nada?
¡Padre! He recibido una ciencia que tú no has recibido. ¡Sígueme, pues, que yo te dirigiré por una vía llana!

[6] Mahoma.
[7] Capítulo del *Corán.*
[1] El *Corán.*

¡Padre! ¡No sirvas al Demonio! El Demonio se rebeló contra el compasivo.
¡Padre! Temo que te alcance un castigo del compasivo y que te hagas, así, amigo del Demonio».
Dijo [2]: «¡Abrahán! ¿Sientes aversión a mis dioses? Si no paras, he de lapidarte. ¡Aléjate de mí por algún tiempo!».
Dijo: «¡Paz sobre ti! Pediré por tu perdón a mi Señor. Ha sido benévolo conmigo.
Me aparto de ti y de lo que invocas en lugar de invocar a Dios, e invoco a mi Señor. Quizá tenga suerte invocando a mi Señor».
Cuando Abrahán se apartó de ellos y de lo que servían en lugar de servir a Dios, le regalamos a Isaac y a Jacob e hicimos de cada uno de éstos un profeta.
Les regalamos de nuestra misericordia
y les dimos una reputación buenísima.

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

235. ALA REVELA A MAHOMA COMO SALVO A LOS HIJOS DE ISRAEL

(*Corán,* 17, 101-108)

Dimos a Moisés nueve signos claros [1]. Pregunta a los hijos de Israel qué pasó cuando vino aquél a ellos y Faraón le dijo: «¡Moisés! ¡Yo creo, sí, que estás hechizado!».
Dijo: «Tú sabes bien que sólo el Señor de los cielos y de la tierra ha hecho bajar estos prodigios como pruebas evidentes. ¡Yo creo, Faraón, sí, que estás perdido!».
Quiso ahuyentarles del país y le anegamos con todos los suyos.
Y, después de él, dijimos a los hijos de Israel: «Habitad esta tierra y, cuando se cumpla la promesa de la otra vida, os llevaremos en tropel».
Lo [2] hemos hecho descender con la verdad, con la verdad ha descendido. No te hemos enviado sino como nuncio de buenas nuevas y como monitor.
Es un *Corán* que hemos dividido para que lo recites a la gente reposadamente. Lo hemos revelado de hecho.

[2] El padre de Abrahán.

[1] Las plagas de Egipto y, tal vez, dos prodigios: la vara de Moisés convertida en serpiente y su mano emblanquecida.

[2] El *Corán.*

Di: «Creáis en él o no, quienes han recibido de antes la ciencia [3],
cuando les es recitado, caen prosternados, rostro en tierra,
y dicen: '¡Gloria a nuestro Señor! ¡Se ha cumplido, sí, la promesa de nuestro Señor!'».

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

236. ALA ENVIO LA TORA, A LOS PROFETAS Y A JESUS, HIJO DE MARIA

(*Corán,* 5, 46-48)

Hicimos que les [1] sucediera Jesús,
hijo de María,
en confirmación de lo que ya había de la *Torá.*
Le dimos el *Evangelio,* que contiene dirección y luz,
en confirmación de lo que ya había de la *Torá.*
y como dirección y exhortación para los temerosos de Dios.
Que la gente del *Evangelio* [2]
juzgue según lo que Dios ha revelado en él.
Quienes no juzguen según lo que Dios ha revelado,
ésos son los perversos.
Te hemos revelado la *Escritura* [3] con la verdad,
en confirmación y como custodia
de lo que ya había de la *Escritura.*
Juzga, pues, entre ellos según lo que Dios ha revelado
y no sigas sus pasiones,
que te apartan de la verdad que has recibido.
A cada uno os hemos dado una norma y una vía.
Dios, si hubiera querido,
habría hecho de vosotros una comunidad única,
pero quería probaros en lo que os dio.
¡Rivalidad en buenas obras! Todos volveréis a Dios.
Ya os informará él de aquello en que discrepabais.

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

[3] Es decir, una revelación divina antes del *Corán.*

[1] A los profetas.
[2] Los cristianos.
[3] El *Corán.*

237. MAHOMA HABLA POR REVELACION

(*Corán,* 42, 51-53)

A ningún mortal le es dado
que Dios le hable si no es por inspiración,
o desde detrás de una cortina,
o mandándole un enviado que le revele,
con su autorización, lo que él quiere.
Es altísimo, sabio.
Así es como te hemos inspirado un Espíritu
que procede de nuestra orden.
Tú no sabías lo que eran la *Escritura* y la fe,
pero hemos hecho de él luz
con la que guiamos a quienes queremos de nuestros siervos.
Ciertamente, tú guías a los hombres a una vía recta,
la vía de Dios,
a quien pertenece lo que hay en los cielos y en la tierra.
¿No es Dios el fin de todo?

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

Cf. también n.os 43, 252, 268, 269.

E. *TECNICAS ESPIRITUALES Y EXPERIENCIAS MISTICAS*

238. UN FILOSOFO NEOPLATONICO HABLA DE LAS ARTES Y EFECTOS DEL EXTASIS

(Yámblico, *Sobre los misterios* III, 4-6)

Yámblico nació en Siria y vivió entre ca. *250 y 325 d. C. Su libro «Sobre los misterios» adopta la forma de una respuesta dada por un cierto Abammón a la carta de Porfirio dirigida «A Anebón», y es una defensa de la magia ritual, o teúrgia. La presentación que del neoplatonismo hace Yámblico queda muy lejos de las doctrinas de Plotino, e incorpora muchos elementos de las supersticiones populares.*

4. Entre los signos por los que pueden ser reconocidos los que verdaderamente están poseídos por los dioses, el más importante es el hecho de que muchos [de los que experimentan el éxtasis] no se queman aunque se les aplique fuego, pues la deidad que dentro de ellos alienta no permite que los toque el fuego. Muchos, aunque se quemen, no lo sienten, pues en ese momento no están viviendo en su propio cuerpo [literalmente, no viven con una vida animal]. Otros son traspasados con puñales, pero no lo sienten; a otros les abren las espaldas con hachuelas o les cortan los brazos con cuchillos, pero ellos ni siquiera lo advierten. Las actividades a que se dedican no son de tipo humano, y como van guiados por Dios, pueden llegar a ciertos lugares que resultan inaccesibles para los demás hombres. Pasan por el fuego sin sufrir daño, caminan sobre ascuas y cruzan sobre las aguas de los ríos, como la sacerdotisa de Castabala [que caminaba con los pies desnudos sobre la nieve y carbones encendidos]. Esto prueba que en su entusiasmo [es decir, en su estado de inspiración] no tienen conciencia de lo que hacen ni viven una existencia humana o corporal por lo que se refiere a la sensación y la volición, sino que en su lugar viven de un modo distinto y más divino, que los llena y los posee del todo.

5. Hay muy diversas formas de posesión divina, y hay modos diversos de suscitar el espíritu divino. En consecuencia, también son numerosos y diferentes los indicios de este estado. En primer lugar, son diversos los dioses de quienes recibimos el espíritu [es decir, por los que somos inspirados], y de ahí que la inspiración

se manifieste de muy diversas formas; también son diversas las clases de influencias ejercidas, por lo que el rapto divino se produce de varias maneras. Porque puede el dios tomar posesión de nosotros o ser nosotros enteramente absorbidos en él y aún puede ocurrir que cooperemos con él. A veces participamos de los poderes inferiores del dios, de los medianos otras, y en algunas, incluso de los superiores. Puede darse la mera participación, pero hay también la comunión o, en ocasiones, una combinación de estas dos formas. Puede producirse la separación completa del alma o quedar ésta envuelta en el cuerpo o también es arrebatada y dirigida toda la naturaleza.

De ahí que sean múltiples los síntomas de la posesión, que pueden consistir en el movimiento del cuerpo y sus partes o en una relajación completa. A veces se manifiestan en el canto de los coros, en los giros de la danza y en las voces armoniosas o en lo contrario de todas estas cosas. Se ha visto cómo los cuerpos se levantaban, crecían o se movían libremente por los aires, y también se ha observado todo lo contrario. Se les ha oído proferir voces distintas con igual potencia o de gran diversidad y disonancia, en tonos alternados con silencios, mientras que en ocasiones se escuchaba la modulación creciente y decreciente del tono, junto con otras muchas formas de expresarse.

6. Pero lo más importante que podemos decir [acerca de esta experiencia] es que quien de este modo se convierte en receptáculo de una divinidad contempla la grandeza y la naturaleza del espíritu que le posee, por el que es secretamente guiado y dirigido. Y quien recibe así a un dios contempla un resplandor antes de acogerlo en sí. Entonces y luego, el dios se manifiesta a todos los presentes, tanto al llegar como al partir. De este modo conocen los que poseen este saber en qué consisten principalmente su fuerza y su verdad, y su puesto [en la jerarquía divina], y qué es lo que en su naturaleza le cualifica para dar a conocer la verdad, así como el poder que puede otorgar o ejercer. Los que, por el contrario, sin poseer esta visión beatificante invocan a los espíritus es como si andaran a tientas y palpando las cosas en la oscuridad, y en verdad no saben lo que hacen, exceptuando algunos signos menores que advierten en el cuerpo del poseído y otros síntomas visibles e indudables. Pero les está vedado el conocimiento de la posesión divina, que permanece oculta e invisible.

F. C. Grant, *Hellenistic Religions* (Nueva York 1953) 173-175.

239. CONCENTRACION «EN UN SOLO PUNTO»

En el yoga se entiende que la meditación parte de la concentración de la mente en un objeto singular, que puede ser de carácter físico (el espacio entre las cejas, la punta de la nariz, un punto luminoso, etc.), mental (una verdad metafísica) o Dios (Ishvara) indistintamente. Esta concentración fija y constante, llamada *ekāgratā,* («en un solo punto»), se obtiene integrando el flujo psicomental *(sarvārthatā,* «atención dispersa, discontinua, difusa»). Esta es precisamente la definición de la técnica yóguica, *yogah chittavritti-nirodhyah,* es decir, el yoga es la supresión de los estados psicomentales *(Yoga-sūtras* I, 2).

El resultado inmediato del *ekāgratā,* o concentración en un solo punto, es la rápida y clara supresión de todas las distracciones y automatismos que dominan o, hablando con mayor propiedad, componen la conciencia profana. El hombre, totalmente a merced de las asociaciones, que a su vez son producidas por las sensaciones y los *vāsanās,* pasa sus días dejándose dispersar en una y otra dirección por una infinidad de momentos discontinuos que en realidad le son externos. Los sentidos y el subconsciente aportan constantemente a su conciencia una multiplicidad de objetos que la dominan y alteran, según su forma e intensidad. Las asociaciones dispersan la conciencia, las pasiones la violentan, el «ansia de vivir» la desarma al proyectarla *hacia fuera.* Aun en sus esfuerzos de orden intelectual se comporta pasivamente el hombre, ya que los pensamientos seculares (dominados no por el *ekāgratā,* sino sólo por unos momentos fluctuantes de concentración, *kshiptavikshiptas)* están irremediablemente condenados a ser pensados por los objetos. Bajo una apariencia de pensamiento, lo que realmente se produce es una continua fluctuación desordenada, fomentada por las sensaciones, las palabras y la memoria. El primer deber del yogui es pensar, es decir, no dejarse pensar. De ahí que la práctica del yoga comience por el *ekāgratā,* que retiene el flujo mental y constituye así una «masa psíquica», una continuidad sólida y unificada.

La práctica del *ekāgratā* tiende a dominar las dos causas generadoras de la fluidez mental, la actividad de los sentidos *(indriya)* y la del subconsciente *(samskāra).* El dominio consiste en la capacidad de intervenir, a voluntad y directamente, en el funcionamiento de estas dos causas de «torbellinos» mentales *(chittavritti).* El yogui es capaz de obtener la discontinuidad de la conciencia a voluntad; puede, dicho de otro modo, lograr en cualquier tiempo

y lugar que su mente se concentre en «un solo punto», volviéndose así insensible a cualquier otro estímulo de los sentidos o de la memoria. El *ekāgratā* confiere la auténtica voluntad, es decir, la capacidad de regular libremente un importante sector de la actividad biomental. No hace falta decir que el *ekāgratā* se consigue únicamente a través de la práctica de numerosos ejercicios y la aplicación de diversas técnicas en que la fisiología desempeña un papel de primer orden. No se puede conseguir el *ekāgratā,* por ejemplo, cuando el cuerpo está fatigado o se halla en postura incómoda, cuando la respiración es desordenada y carente de ritmo. De ahí que, según Patañjali, la técnica yóguica implique diversas categorías de prácticas fisiológicas y ejercicios espirituales (llamados *angas,* «miembros»), que es preciso aprender cuando se aspira a obtener el *ekāgratā,* y que llevan en definitiva a la concentración suprema, *samādhi.* Estos «miembros» del yoga pueden considerarse como un conjunto de técnicas y como otras tantas etapas del itinerario ascético de la mente cuyo término es la liberación final. Son los siguientes: 1) restricción *(yama),* 2) disciplina *(niyama),* 3) actitudes y posturas corporales *(āsana),* 4) ritmo de la respiración *(prānāyāma),* 5) emancipación de la actividad sensorial con respecto al dominio de los objetos exteriores *(pratyāhāra),* 6) concentración *(dhāranā),* 7) meditación yóguica *(dhyāna),* 8) *samādhi (Yoga-sūtras* II, 29).

Cada uno de estos tipos *(angas)* de prácticas y disciplinas se encamina a un fin determinado. Patañjali establece una jerarquía entre estos «miembros del yoga», de forma que el yogui no puede omitir ninguno de ellos, excepto en ciertos casos. Los dos primeros grupos, *yama* y *niyama,* constituyen obviamente los preliminares necesarios de todo tipo de ascesis, por lo que no se les atribuye una significación especial desde el punto de vista del yoga. La restricción *(yama)* purifica de ciertos pecados que reprueban todos los sistemas de moralidad, pero que se toleran en la vida social. Quien busca la liberación no puede quebrantar ya la ley moral sin peligro inmediato de fracasar en su intento, y en esto consiste la diferencia con respecto a la vida secular. En el yoga, cualquier pecado hace sentir inmediatamente sus consecuencias. La restricción abarca cinco exigencias: *ahimsa,* «no matar»; *satya,* «no mentir»; *asteya,* «no robar»; *brahmacharya,* «no cometer actos impuros»; *aparigraha,* «no codiciar».

Además de la restricción, el yogui debe practicar los *niyamas,* es decir, una serie de «disciplinas» físicas y psíquicas. «La pureza, la serenidad *(samtosha),* la ascesis *(tapas),* el estudio de la metafísica yóguica y el esfuerzo por hacer de Dios *(Ishvara)* el

motivo de todas las propias acciones son los elementos que constituyen la disciplina» (*Yoga-sūtras* II, 32).

M. Eliade, *Yoga: Immortality and Freedom* (Nueva York 1958) 47-50.

240. POSTURAS YOGUICAS (*āsana*) Y DISCIPLINA RESPIRATORIA (*prāṇāyāma*)

La disciplina yóguica propiamente dicha no comienza sino con el tercer «miembro del yoga» (*yogānga*). Este tercer miembro se designa con el término de *āsana*, con el que se distingue la conocida postura yóguica que los *Yoga-sūtras* (II, 46) califican de *sthira-sukham*, «estable y grata». El *āsana* aparece descrito en numerosos tratados del Hatha Yoga; Patañjali se refiere a él sólo de manera genérica, ya que el *āsana* ha de aprenderse directamente de un *guru* y no a través de sus descripciones. Lo importante es que el *āsana* confiere al cuerpo una rigidez estable, al mismo tiempo que reduce al mínimo el esfuerzo físico. De este modo se evita la irritante sensación de fatiga, de enervación en determinadas partes del cuerpo, se regularizan los procesos físicos y se logra que la atención se fije únicamente en la parte fluida de la conciencia.

Al principio resultan incómodos y hasta insoportables los *āsanas*, pero al cabo de cierto tiempo apenas se advierte el esfuerzo que lleva consigo el mantener el cuerpo en la misma postura. Desaparece entonces (y ello tiene importancia máxima) el esfuerzo, de modo que la postura propia de la meditación adquiere el carácter de cosa natural; sólo entonces sirve para fomentar la concentración. «La postura alcanza su perfección cuando desaparece el esfuerzo por mantenerla, de forma que ya no se produce ningún movimiento en el cuerpo. Del mismo modo, su perfección se logra cuando la mente se transforma en infinitud, es decir, cuando hace de la idea de su infinitud su contenido propio» (Vyasa, ad *Yoga-sūtras* II, 47). Comentando la interpretación de Vyasa, Vachaspatimishra escribe: «Quien practica el *āsana* debe aplicar un esfuerzo que consiste en suprimir los esfuerzos naturales del cuerpo. De otro modo resultaría imposible lograr este tipo de postura ascética».

El *āsana* es una de las técnicas características de la ascesis india. Aparece en las *Upanishads* y aun en la literatura védica, pero las alusiones más numerosas se encuentran en el *Mahābhārata* y en los *Purānas*. Lógicamente, los *āsanas* desempeñan un cometido cada vez más importante en la literatura del Hatha Yoga; el *Gheranda Samhitā* describe treinta y dos variedades. Entre ellas encontramos

la más sencilla y común de las posturas aptas para la meditación, la llamada *padmāsana:* «Coloca el pie derecho sobre la pierna izquierda y del mismo modo el izquierdo sobre la pierna derecha; cruza también las manos por detrás de la espalda y sujeta firmemente los dedos pulgares de los pies (el dedo pulgar del pie derecho con la mano derecha, el pulgar del pie izquierdo con la mano izquierda). Apoya la barbilla sobre el pecho y fija la mirada en la punta de la nariz» (II, 8). En la mayor parte de los tratados tántricos y del Hatha-Yoga se recogen listas y descripciones de los *āsanas.* La finalidad de estas posturas en la meditación es siempre la misma, «lograr que cesen las perturbaciones causadas por los pares de opuestos» *(Yoga-sūtras* II, 48). De este modo se alcanza una cierta «neutralidad» de los sentidos, y la conciencia ya no se siente turbada por la «presencia del cuerpo». Se alcanza una primera etapa en el camino hacia el aislamiento de la conciencia, y empieza a levantarse el puente que permite la comunicación con la actividad de los sentidos.

En el plano del «cuerpo», el *āsana* viene a ser un *ekāgratā,* una concentración en un solo punto; el cuerpo se «tensa», al concentrarse en una sola postura. Del mismo modo que el *ekāgratā* aporta un término a la fluctuación y dispersión de los estados de conciencia, el *āsana* impone un límite a la movilidad y la actividad corporales, pues reduce la infinidad de las posturas posibles a una sola, que se considera arquetípica e iconográfica. La negación del movimiento *(āsana)* a dejarse llevar por la corriente arrebatadora de los estados de conciencia *(ekāgratā)* irá seguida de una amplia serie de negaciones en todos los terrenos.

La más importante, y también la más característica del yoga entre todas estas negaciones es la que se refiere a la respiración regulada *(prāṇāyāma),* que consiste en negarse a respirar como lo hacen en general todos los hombres, es decir, sin ritmo alguno. Patañjali define así esta negación: «El *prāṇāyāma* consiste en la retención *(viccheda)* de los movimientos de inspiración y expiración, y se consigue una vez que se ha logrado el *āsana»* *(Yoga-sūtras* II, 49). Patañjali habla de la «retención», de la suspensión de la respiración, pero lo cierto es que el *prāṇāyāma* comienza por hacer que el ritmo respiratorio resulte lo más lento posible, y éste es precisamente su objetivo primario. Hay cierto número de textos que tratan de esta técnica ascética de la India, pero la mayor parte de ellos se limita a repetir las fórmulas tradicionales. Aunque el *prāṇāyāma* es un ejercicio específico del yoga, y de gran importancia, Patañjali le dedica únicamente tres *sūtras.* Su interés se centra ante todo en las bases teóricas de las prácticas ascéticas. Los deta-

lles técnicos se encuentran en los comentarios de Vyasa, Bhoja y Vachaspatimishra, y más específicamente en los tratados sobre el Hatha-Yoga.

El significado profundo del *prāṇāyāma* aparece en una observación de Bhoja: «Puesto que todas las funciones de los órganos van precedidas por la de respirar, pues hay siempre cierto nexo entre la respiración y la conciencia en sus funciones respectivas, la respiración, una vez que han sido suspendidas las funciones de los órganos, realiza la concentración de la conciencia en un solo punto» (ad *Yoga-sūtras* I, 34). Juzgamos importantísima esta afirmación de que entre la respiración y los estados mentales existe siempre cierto nexo. Contiene mucho más que la mera observación de un hecho, por ejemplo, que la respiración de un hombre airado es agitada, mientras que la de otro cuya atención está concentrada (aunque sólo sea incidentalmente y sin propósito yóguico alguno) se hace rítmica y automáticamente lenta, etc. Este nexo entre ritmo de la respiración y estados de conciencia a que se refiere Bhoja debió de ser observado indudablemente por los yoguis desde la más remota época, y de ahí que se recurriera a este medio como instrumento para «unificar» la conciencia. Esta «unificación» de que aquí se habla ha de entenderse en el sentido de que el yogui, al hacer que su respiración se vuelva rítmica y progresivamente más lenta, consigue «penetrar», es decir, puede experimentar con perfecta lucidez ciertos estados de la conciencia que son inaccesibles en estado de vigilia, especialmente los estados de conciencia peculiares del sueño. No cabe duda de que el ritmo respiratorio de un hombre dormido es más lento que cuando está despierto. Al alcanzar este ritmo del sueño mediante la práctica del *prāṇāyāma,* el yogui, sin renunciar a su lucidez, penetra en los estados de conciencia que acompañan al sueño.

La ascesis india reconoce cuatro modalidades de conciencia (aparte del «estado» extático): conciencia diurna, conciencia durmiente con sueños, conciencia durmiente sin sueños y «conciencia cataléptica». Mediante el *prāṇāyāma,* es decir, mediante la prolongación creciente de la inspiración y la expiración, cuyo objeto es permitir que entre los dos momentos de la respiración medie un intervalo tan prolongado como sea posible, el yogui puede penetrar en todas las modalidades de la conciencia. Para el no iniciado hay discontinuidad entre estas diversas modalidades, y de ahí que pase inconscientemente del estado de sueño al de vigilia. El yogui ha de mantener la continuidad de la conciencia, es decir, que ha de penetrar en cada uno de esos estados con determinación y lucidez.

Sin embargo, la experiencia de las cuatro modalidades de la conciencia (a las que corresponde naturalmente un determinado ritmo respiratorio), junto con la «unificación» de la conciencia (resultado de la supresión de la discontinuidad existente entre estas cuatro modalidades por el yogui), sólo puede lograrse después de una larga práctica. El objetivo inmediato del *prāṇāyāma* es más modesto, y consiste ante todo en lograr una «conciencia continua» que es condición indispensable para la meditación yóguica. La respiración del hombre ordinario es generalmente arrítmica, y varía conforme a las circunstancias externas y la tensión mental. Esta irregularidad produce una peligrosa fluidez psíquica, con la inestabilidad y dispersión consiguientes de la conciencia. Se puede fijar la atención mediante un esfuerzo por lograrlo. Para el yogui, sin embargo, cualquier esfuerzo supone una dispersión al exterior. La respiración ha de volverse rítmica. No será posible «olvidarla» por completo, pero al menos se conseguirá que no cause perturbaciones debidas a su discontinuidad. El *prāṇāyāma,* por consiguiente, sirve para eliminar el esfuerzo de la respiración, de forma que ésta, al hacerse totalmente rítmica, pueda ser olvidada por el yogui gracias a su automatismo.

La respiración rítmica se consigue armonizando los tres «momentos», inspiración *(pūraka),* expiración *(rechaka)* y retención del aire inspirado *(kumbhaka).* Estos tres momentos deben llenar cada cual un espacio igual de tiempo. Con la práctica consigue el yogui prolongarlos considerablemente, pues el objeto del *prāṇāyāma* es, como dice Patañjali, suspender la respiración hasta donde sea posible, y esto se consigue poco a poco haciendo el ritmo progresivamente más lento.

M. Eliade, *Yoga (op. cit.),* 53-58.

241. CONCENTRACION Y MEDITACION YOGUICAS

Mediante el *āsana,* el *prāṇāyāma* y el *ekāgratā* se logra, aunque sólo sea durante el breve espacio de tiempo que duran estos ejercicios, suprimir la condición humana. Inmóvil, respirando rítmicamente, con la atención y los ojos fijos en un solo punto, el yogui experimenta un tránsito que le lleva más allá de la modalidad secular de la existencia. Empieza a sentirse autónomo con respecto al cosmos; las tensiones exteriores ya no le turban; como se ha situado más allá de «los opuestos», se muestra insensible por igual al frío y al calor, a la luz y a la oscuridad, etc.; la actividad de los sentidos ya no le arrastra hacia el exterior, hacia los objetos

propios de la actividad sensorial; las distracciones, los automatismos y la memoria ya no son capaces de invadir o dirigir la corriente psicomental. El yogui está ya, en una palabra, «concentrado» o «unificado». Este alejamiento del cosmos va acompañado de un adentramiento en el propio yo, con un avance directamente proporcional a los progresos en aquella retirada. El yogui se vuelve hacia sí mismo, toma, por así decirlo, posesión de sí mismo, se rodea de «defensas» cada vez más fuertes para protegerse frente a la invasión que viene de fuera. En resumen, se hace invulnerable...

El mejor medio para fomentar la concentración *(dhāranā)* consiste en la práctica de la respiración rítmica y en su suspensión, en la medida en que esto es posible. Patañjali *(Yoga-sūtras* II, 52 y 53) no dice que en virtud del *prānāyāma* se rasga el velo de las tinieblas y el entendimiento se hace capaz *(yogyata)* de lograr la concentración *(dhāranā)*. El yogui puede comprobar la calidad de su concentración mediante el *pratyāhāra* (término que suele traducirse por «supresión de los sentidos» o «abstracción», pero que nosotros preferimos interpretar en el sentido de «capacidad para liberar la actividad sensorial del dominio de los objetos exteriores»). Según los *Yoga-sūtras* (II, 54), *pratyāhāra* podría entenderse como la facultad en virtud de la cual el entendimiento *(chitta)* posee unas sensaciones como si el contacto fuera real.

Esta independización de la actividad sensorial con respecto al dominio de los objetos externos *(pratyāhāra)* es la etapa final de la ascesis psicofisiológica. A partir de ese momento no se sentirá ya el yogui turbado o distraído por los sentidos, por la actividad sensorial, la memoria, etc. Toda actividad de este tipo queda en suspenso. El entendimiento *(chitta),* que es la masa psíquica que ordena e ilumina las sensaciones procedentes del exterior, actúa como un espejo con respecto a los objetos, sin que los sentidos se interpongan. El no iniciado es incapaz de alcanzar semejante libertad, pues su mente no se mantiene estable, sino que es turbada constantemente por la actividad de los sentidos, por el subconsciente y por el «ansia de vivir». Mediante la supresión de los estados psicomentales *(chittavritti nirodhyah)* logra permanecer en sí mismo *(svarūpamātre)* el entendimiento *(chitta)*. Pero esta «autonomía» del entendimiento no implica la supresión de los fenómenos. Aun desprendido de los fenómenos, el yogui sigue contemplándolos. El yogui no conoce ya, como anteriormente, a través de formas *(rūpa)* y estados de la mente *(chittavritti),* sino que contempla directamente la esencia *(tattva)* de todos los objetos.

La independencia con respecto a los estímulos procedentes del mundo exterior y al subconsciente, lograda en virtud del *pratyāhāra,* permite al yogui practicar una triple técnica, que los textos designan con el término *samyama,* con el que se alude a los estadios últimos de la meditación yóguica, o los tres últimos «miembros del yoga» *(yoganga).* Son la concentración *(dhāranā),* la meditación propiamente dicha *(dhyāna)* y el éxtasis *(samādhi).*

La concentración *(dhāranā,* de la raíz *dhrī,* «sujetar») es en realidad un *ekāgratā,* una «fijación en un solo punto», pero su contenido se puede considerar estrictamente nocional. En otras palabras: el *dhāranā* (y en esto precisamente se diferencia del *ekāgratā,* cuya única finalidad es detener el flujo psicomental y fijarlo en un solo punto) realiza tal «fijación» con vistas a obtener un conocimiento totalizante. Patañjali lo define como «fijación del pensamiento en un solo punto» *(deshabandhashchittasya dhāranā; Yoga-sūtras* III, 1); Vyasa añade que la concentración suele realizarse «sobre el centro *[chakra]* del ombligo, sobre el loto del corazón, sobre la luz interna de la cabeza, sobre la punta de la nariz o de la lengua, sobre un objeto o punto situados en el exterior». Vachaspatimishra, por su parte, afirma además que nadie es capaz de obtener el *dhāranā* sin ayuda de un objeto sobre el que fijar el propio pensamiento.

En su *Yogasāra-samgraha* cita Vijñanabhikshu un pasaje del *Īshvara Gītā* según el cual un *dhāranā* dura el tiempo de doce *prānāyāmas.* «El tiempo necesario para concentrar la mente en un solo objeto *[dhāranā]* es igual al tiempo que duran doce *prānāyāmas* (es decir, doce respiraciones reguladas, iguales y prolongadas intencionadamente)». Si se mantiene así la atención fija en un solo objeto doce veces, se obtiene la «meditación yóguica», o *dhyāna.* Patañjali define este tipo de meditación como «una corriente de pensamiento unificado» *(Yoga-sūtras* III, 2); Vyasa añade la siguiente glosa a esta definición: «Continuidad del esfuerzo mental por asimilar otros objetos». Vijñanabhikshu explica este proceso como sigue: cuando la mente, logrado el *dhāranā* sobre un punto, consigue mantenerse a sí misma en su propia presencia durante tiempo suficiente en forma de objeto de meditación, sin que se produzca interrupción alguna causada por la intromisión de otras funciones, se alcanza el *dhyāna.*

M. Eliade, *Yoga (op. cit.),* 66-72.

El paso de la «concentración» a la «meditación» no exige el recurso a ninguna nueva técnica. Tampoco es necesario ningún ejercicio yóguico complementario para lograr el éxtasis (*samādhi*), una vez que el yogui ha conseguido «concentrarse» y «meditar». Por *samādhi*, o éxtasis yóguico, se entiende el resultado final que corona todos los esfuerzos espirituales y ejercicios del asceta. El término *samādhi* tiene los significados de «unión», «totalidad», «absorción», «concentración suprema de la mente», «conjunción». Suele traducirse por «concentración», pero ello implica el riesgo de confundirse con el significado de *dhāranā*. De ahí que juzguemos preferible tomarlo en el sentido de «éxtasis» o «conjunción».

... Patañjali y sus comentaristas distinguen diversos tipos de concentración suprema. Cuando se obtiene con ayuda de un objeto o de una idea (es decir, fijando la mente en un punto del espacio o en una idea), el éxtasis recibe el nombre de *samprajñāta samādhi* («éxtasis con soporte» o «éxtasis diferenciado»). Si, por el contrario, se obtiene independientemente de cualquier «relación» (exterior o mental), es decir, cuando se llega a una «conjunción» en que no interviene ninguna otra cosa, sino que se realiza una comprensión plena del ser, se trata de *asamprajñāta samādhi* («éxtasis no diferenciado»). Vijñanabhikshu añade que este tipo de *samādhi* es un medio de liberación en cuanto que hace posible el conocimiento totalizante de la verdad y pone término a toda forma de sufrimiento. El «éxtasis no diferenciado» destruye las «impresiones [*samskāra*] de todas las funciones mentales antecedentes» y hasta logra detener las fuerzas kármicas que la actividad anterior del yogui había puesto en movimiento. Durante el «éxtasis diferenciado», prosigue Vijñanabhikshu, son «detenidas» («inhibidas») todas las funciones mentales, con excepción de la «actividad meditativa sobre el objeto», mientras que en el «éxtasis no diferenciado» se desvanece toda conciencia y queda bloqueada toda la serie de las funciones mentales. «Durante este éxtasis no queda rastro alguno de la mente salvo las impresiones [*samskāra*] dejadas [por su pasada actividad]. Si tales impresiones no se hallaran presentes, no habría posibilidad alguna de retornar a la conciencia».

Tenemos, por consiguiente, dos tipos netamente diferenciados de «estados». El primero se adquiere mediante las técnicas yóguicas de la concentración (*dhāranā*) y la meditación (*dhyāna*); el segundo comprende tan sólo un «estado», el de éxtasis no provocado, o «rapto». No cabe duda de que también este tipo de éxtasis «sin soporte» se debe siempre a los prolongados esfuerzos del yogui.

No se trata de un don o de un estado de gracia. Difícilmente se llegaría a conseguir sin haber pasado antes por todas las etapas incluidas en el primer tipo. Viene a ser la corona de las innumerables «concentraciones» y «meditaciones» que necesariamente le han precedido. Pero también es cierto que se produce sin provocarlo directamente, sin que medie una especial preparación para obtenerlo. De ahí que lo llamemos «rapto».

Es obvio que el «éxtasis diferenciado», *samprajñāta samādhi,* abarca varias etapas. Ello es así porque es perfectible y no constituye un estado absoluto e irreducible. Se distinguen cuatro etapas o tipos: «argumentativo» *(savitarka),* «no argumentativo» *(nirvitarka),* «reflectivo» *(savichāra)* y «no reflectivo» *(nirvichāra).* Patañjali emplea otro conjunto de términos: *vitarka, vichāra, ānanda* y *asmitā (Yoga-sūtras* I, 17). Pero, como observa Vijñanabhikshu, que también recoge esta enumeración, «los cuatro términos son puramente técnicos, y se aplican convencionalmente a diversas formas de realización». Y sigue diciendo que estas cuatro formas o etapas de *samprajñāta samādhi* representan una ascensión; en ciertos casos, la gracia de Dios (Īshvara) permite el acceso directo a los estados superiores, por lo que el yogui no necesita volver atrás y realizar los estados ya superados. Pero cuando no interviene la gracia divina, habrá de pasar gradualmente por todos ellos, adhiriéndose siempre al mismo objeto de meditación (Visnú, por ejemplo). Estos cuatro grados o etapas se conocen también por el nombre de *samāpattis,* «densificaciones» *(Yoga-sūtras* I, 41).

Estas cuatro etapas de *samprajñāta samādhi* se llaman *bīja samādhi* («*samādhi* con semillas»), o *sālambana samādhi* («*samādhi* con soporte»), pues, según nos dice Vijñanabhikshu, están relacionadas con un «substrato» (soporte) y originan tendencias que vienen a ser como «semillas» para las futuras operaciones de la conciencia. Del éxtasis llamado *asamprajñāta samādhi,* por el contrario, se dice que es *nirbīja,* «sin semilla», sin soporte. Al completar las cuatro etapas de *samprajñāta,* se obtiene la «facultad del conocimiento absoluto» *(Yoga-sūtras* I, 48). Se abre de este modo el acceso al «éxtasis sin semilla», ya que el conocimiento absoluto descubre la totalidad ontológica en que ser y conocer ya no aparecen separados. Fija en la meditación *(samādhi),* la conciencia *(chitta)* puede obtener la revelación directa del yo *(purusha).* Al hacerse realidad esta contemplación, que es de hecho una forma de «participación», queda abolido el dolor de la existencia.

Vyasa (ad *Yoga sūtras* III, 55) resume el paso de *samprajñāta samādhi* a *asamprājñata samādhi* como sigue: en virtud de la

iluminación (*prajñā*, «sabiduría») obtenida espontáneamente cuando alcanza la etapa de *dharma-megha-samādhi*, el yogui realiza el «aislamiento absoluto» (*kaivalya*), es decir, la liberación del *purusha* con respecto a *prakrīti*. Vachaspatimishra, por su parte, dice que el «fruto» de *samprajñāta samādhi* es *asamprajñāta samādhi*, y que, a su vez, el fruto de este tipo de meditación es *kaivalya*, «liberación». Sería erróneo considerar este modo de ser del Espíritu como un simple «trance» en que la conciencia quedaría vacía de todo contenido. El éxtasis no diferenciado no es el vacío absoluto. El «estado» y el «conocimiento» simultáneamente expresados por este término se refieren a una ausencia total de objetos en la conciencia, no a una conciencia absolutamente vacía. Al contrario, en ese momento la conciencia se halla saturada de una intuición total y directa del ser. Como dice Madhava, «*nirodha* [la suspensión definitiva de toda experiencia psicomental] no ha de imaginarse como una no existencia, sino más bien como el soporte de una determinada condición del Espíritu». Es el éxtasis del vacío total, sin contenido sensorial o estructura intelectiva, un estado incondicionado que ya no es «experiencia» (pues ya no hay relación alguna entre la conciencia y el mundo), sino «revelación». Una vez que el entendimiento (*buddhi*) ha cumplido su misión, se retira y se desprende del yo (*purusha*) y retorna a *prakrīti*. El yo queda libre, autónomo, y se contempla a sí mismo. Se suprime la conciencia «humana», es decir, deja de funcionar, y sus elementos constitutivos se reabsorben en la sustancia primordial. El yogui alcanza la liberación y, a semejanza de un muerto, ya no tiene relación alguna con la vida. Es un «muerto en vida», un *jīvan-mukta*, «el que se ha liberado en vida». Ya no vive en el tiempo ni bajo el dominio del tiempo, sino en un presente eterno, en el *nunc stans* con que Boecio definía la eternidad.

M. Eliade, *Yoga (op. cit.)*, 77, 79-81, 83-84, 93-94.

BUDISMO JAPONES

243. KUYA, EL «SANTO DE LAS CALLES», PRECURSOR DEL BUDISMO DEL PAIS PURO

La aparición del budismo del País Puro no fue simplemente consecuencia de la instauración de una nueva sociedad feudal ni significó tan sólo una traducción en términos religiosos de los profundos cambios que tuvieron lugar con tal motivo. Ya a finales

del período Heian se advierte la presencia de algunos monjes que sintieron la necesidad de poner el budismo al alcance del hombre ordinario, con lo que anticipaban los movimientos religiosos masivos característicos de la época medieval. Kuya (903-972), un monje del Monte Hiei, fue uno de aquellos precursores. Promovió como devoción al alcance de todos la meditación en el Buda Amida, que había sido aceptada desde tiempo atrás como una ayuda para la vida religiosa. Recorría las calles danzando y haciendo sonar la campanilla que llevaba colgada al cuello, mientras invocaba el nombre de Amida y entonaba unas cancioncillas que él mismo componía, tales como ésta:

> No dejará de llegar
> al País del Loto, de bienaventuranza,
> todo el que invoque,
> aunque sea una sola vez,
> el nombre de Amida.
>
> Tierra lejana, muy lejana
> es el Paraíso,
> les he oído decir.
> Pero los que quieran alcanzarlo
> llegarán allí un día.

Gentes de todas clases se le unían por las plazas y mercados en su danza y entonaban la invocación a Amida, «Namu Amida Butsu». Cuando la capital se vio asolada por una epidemia, propuso al pueblo que se le uniera para construir una gran imagen de Amida en una plaza pública, afirmando que el pueblo común era muy capaz de lograr lo mismo que habían hecho sus gobernantes, que habían erigido el gran Buda de Nara, con sólo que lo intentara. En los distritos rurales construyó puentes y excavó pozos donde eran necesarios, y para demostrar que nadie debería quedar excluido de las bendiciones del Paraíso, viajó hasta las regiones habitadas por los ainus, que de este modo recibieron por primera vez el evangelio budista.

W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Japanese Tradition* (Nueva York 1958) 193-194.

244. HONEN Y LA INVOCACION DE AMIDA, EL BUDA DE LA LUZ ILIMITADA

Honen (1133-1212) profesaba que sólo la invocación del nombre de Amida, Namu Amida Butsu, *era prenda segura de salvación. Esta invocación recibió el nombre de* Nembutsu, *término que originalmente significaba «meditación sobre el nombre de Amida», pero que más tarde se empleó para designar la ferviente repetición de este nombre.*

La esposa del ex regente, Kanezane Tsukinowa, convertida a la fe de Honen, le planteó ciertas cuestiones relativas a la práctica del Nembutsu. *Honen respondió como sigue.*

Tengo el honor de dirigirme a ti acerca de tus preguntas sobre el *Nembutsu.* Me complace saber que invocas el nombre sagrado. Ciertamente, la práctica del *Nembutsu* es el medio mejor entre todos para llevarnos al *Ōjō* [1], ya que es la disciplina prescrita en el voto original de Amida. La disciplina exigida en el Shingon y la meditación del Tendai son ciertamente cosas excelentes, pero no están en el voto. Este *Nembutsu* es exactamente lo que el mismo Shakya confió [2] a su discípulo Ananda. En cuanto a las demás formas de la práctica religiosa pertenecientes a los tipos meditativo o no meditativo, que en sí mismas son excelentes, el gran Maestro no las confió a Ananda para que fueran transmitidas a la posteridad. Más aún, el *Nembutsu* cuenta con el respaldo de todos los Budas de los seis cuarteles, y si bien los discípulos de las escuelas exotérica y esotérica, relacionadas con el mundo fenoménico o con el nouménico, son en verdad excelentes, no han recibido de los Budas su aprobación definitiva. Y por ello, aunque hay muchos tipos de ejercicios religiosos, el *Nembutsu* supera a todos por su manera de alcanzar el *Ōjō.*

Pero hay gentes que ignoran la forma de nacer en el País Puro y que afirman que, por ser el *Nembutsu* tan sencillo, es bueno para quienes son incapaces de guardar las prácticas exigidas en el Shingon y las meditaciones de la secta Tendai, pero semejante argucia es absurda. Lo que quiero decir es que renuncio a todas las prácticas no incluidas en el voto de Amida, no prescritas por Shakyamuni, que no cuentan con el respaldo de los Budas de todos los cuarteles del universo y que me entrego del todo al voto original de Amida,

[1] Renacimiento en el País Puro.

[2] Se refiere al pasaje del *Sūtra de la Meditación,* que dice: «Guarda bien estas palabras. Quiero decir que guardes bien el nombre del Buda de la Vida Infinita».

conforme a la doctrina autoritativa de Shakyamuni y conforme a lo que los muchos Budas de los seis cuarteles del universo han aprobado definitivamente. Renuncio a mis propios y locos planes de salvación y me dedico exclusivamente a la práctica de esta poderosamente eficaz disciplina del *Nembutsu,* con ferviente oración en demanda del nacimiento en el País Puro. Esta es la causa de que el abad del Templo Eshin-in, en su obra *Elementos esenciales de la salvación (Ōjōyōshū)* haga del *Nembutsu* el más fundamental de todos.

Debes, por tanto, abandonar todas las restantes prácticas religiosas, dedicarte sólo al *Nembutsu,* en el que sobre todo importa practicarlo con atención indivisa. Zendo [3], que alcanzó el discernimiento *(samādhi)* perfecto que penetra la verdad, expone claramente el significado de todo ello en su comentario al *Sūtra de la meditación,* mientras que en el *Sūtra de los dos volúmenes* dice el mismo Buda (Shakya): «Entrégate con mente indivisa a la repetición del nombre de Buda, que es en sí mismo la vida infinita». Por «mente indivisa» pretende señalar el contraste con una mente que está fragmentada en dos o tres secciones, cada una de las cuales persigue su objeto diferente, exhortándonos a renunciar a todo lo que no sea esta sola cosa. En las plegarias que ofreces por los seres a los que amas hallarás que el *Nembutsu* es la que más directamente conduce a la felicidad. En los *Elementos esenciales de la salvación* se afirma que el *Nembutsu* es superior a todas las restantes obras. También Dengyo Daishi, cuando habla de la forma de poner término a las desgracias que se derivan de los siete males, exhorta a la práctica del *Nembutsu.* ¿Hay, en efecto, algo que le sea superior con vistas a procurar la felicidad en la vida presente o en la futura? Habrás de entregarte al *Nembutsu* sólo y por todos los medios.

H. H. Coates y R. Ishizuka, *Honen, the Buddhist Saint* III (Kyoto 1925) 371-373.

245. SHINRAN: «SOLO ES VERDADERO EL NEMBUTSU»

(*Tannisho,* fragmentos)

Shinran (1173-1262), que pretendía ser el verdadero discípulo de Honen, es considerado fundador de la más importante de las sectas del País Puro. La confianza absoluta de Shinran en el poder

[3] Patriarca chino de la secta del País Puro.

de Amida queda de manifiesto en su reinterpretación del Nembutsu. *Una sola y sincera invocación, afirma Shinran, es suficiente, de forma que las restantes recitaciones del Nombre vienen a ser únicamente otras tantas expresiones de acción de gracias a Amida.*

Se dice que la colección de sentencias de Shinran fue compilada por su discípulo Yuiembo, que se sentía preocupado por las herejías y cismas que se desarrollaban entre los discípulos de Shinran, por lo que juzgó conveniente compilar una formulación definitiva de las creencias profesadas por su maestro.

Lo que buscáis al venir aquí, después de un viaje lleno de peligros para vuestras vidas a través de más de diez provincias, es sencillamente conocer el modo de renacer en el País Puro. Pero os engañaríais pensando que conozco un medio para obtener el renacimiento como no sea la recitación del *Nembutsu* o si creéis que poseo un conocimiento especial de los textos sagrados que no esté al alcance de los demás. Si tal cosa creéis, mejor será para vosotros acudir a Nara o al Monte Hiei, pues allí encontraréis muchos eruditos versados en el budismo, de los que podréis obtener instrucciones detalladas acerca de los medios esenciales para conseguir el renacimiento en el País Puro. Por lo que a mí, Shinran, se refiere, sólo porque el venerable Honen me lo enseñó así creo que la salvación viene de Amida mediante la pronunciación del *Nembutsu.* Si el *Nembutsu* procura el renacimiento en el País Puro o si conduce al infierno, no tengo medio de saberlo. Pero aunque hubiera sido engañado por Honen y me viera en el infierno por recitar el *Nembutsu,* no lo lamentaría. Si por mi propio esfuerzo fuese capaz de alcanzar la condición búdica mediante la práctica de otra disciplina cualquiera, pero me dejara llevar al infierno por haber recitado el *Nembutsu,* entonces lamentaría haber sido engañado. Pero como soy incapaz de practicar tales disciplinas, no me cabría entonces duda alguna de que estaría condenado al infierno de todos modos.

Si el voto original de Amida es verdadero, la doctrina de Shakyamuni no puede ser falsa. Si la doctrina de Buda es verdadera, el comentario de Zendo sobre el *Sūtra de la meditación* no puede ser erróneo. Y si Zendo tiene razón, lo que dice Honen no puede ser falso. Por tanto, si Honen tiene razón, lo que yo, Shinran, tengo que decir no puede ser una cháchara vacía.

Tal es, en pocas palabras, mi humilde creencia. Aparte de esto sólo puedo decir que, lo mismo si aceptáis que si rechazáis esta fe en el *Nembutsu,* a cada uno de vosotros corresponde hacer su elección...

«Si hasta un hombre bueno puede renacer en el País Puro, cuánto más un hombre malvado».

La gente, sin embargo, piensa que si hasta un malvado puede renacer en el País Puro, cuánto más un hombre bueno. Esta opinión podrá parecer razonable a primera vista, pero no es conforme a los propósitos del voto original, con fe en el poder de Otro. La razón de ello está en que todo aquel que, confiando en su propia capacidad, se propone practicar obras meritorias, no tiene intención de confiar en el poder de Otro, y no es objeto del voto original de Amida. Pero si renuncia a su confianza en su propio poder y pone su confianza en el poder de Otro, puede renacer en el País Verdadero de la Recompensa. Los que estamos atrapados en la red de nuestras pasiones no podemos liberarnos de las ataduras del nacer y del morir, sin que cuenten las penitencias o las buenas obras que tratemos de practicar. Viendo esto, y compadecido de nuestra condición, Amida hizo su voto con la intención de llevar a los malvados hasta la condición búdica. Por consiguiente, el malvado que confía en el poder de Otro es el primer beneficiario de la salvación. Por eso dice Shinran: «Si hasta un hombre bueno puede renacer en el País Puro, cuánto más un malvado...».

Es lamentable que entre los seguidores del *Nembutsu* haya disensiones, porque unos dicen: «Este es discípulo mío, aquel otro no». Nadie hay a quien yo, Shinran, pueda llamar mi discípulo. La causa es que, si un hombre persuadió por su propio esfuerzo a otros de que deben recitar el *Nembutsu,* podrá decir que son discípulos suyos, pero es una gran presunción llamar «mis discípulos» a los que recitan el *Nembutsu,* ya que en realidad han sido movidos por la gracia de Amida. Si el *karma* de un hombre es que ha de seguir a un maestro, que lo siga; si su *karma* es que se olvide del maestro, que lo olvide. Es un error decir que un hombre, si abandona a un maestro para seguir a otro, no se salvará aunque recite el *Nembutsu.* Reclamar como cosa propia y tratar de retener esta fe que en realidad es un don de Amida es una opinión completamente errónea. En el curso normal de las cosas, una persona reconocerá espontáneamente lo que debe a la gracia de Amida y lo que debe a su propio maestro [sin necesidad de que el maestro formule pretensión alguna]...

El Maestro se sintió movido a exclamar: «Cuando reflexiono sobre el voto que hizo Amida después de meditar durante cinco *kalpas,* me parece como si el voto hubiera sido formulado sólo para mi salvación. ¡Qué agradecido estoy a Amida, que se ocupó de proveer a la salvación de quien tan desesperadamente estaba perdido en el pecado!».

Cuando ahora reflexiono yo sobre la sentencia del Maestro, encuentro que está plenamente de acuerdo con las doradas palabras de Zendo. «Hemos de advertir que cada uno de nosotros es un mortal ordinario, inmerso en el pecado y en el crimen, sujeto al nacimiento y a la muerte, alejándose sin cesar de toda eternidad y cayendo cada vez más profundamente en el infierno, sin recurso alguno para liberarnos de él».

Fue éste el motivo de que Shinran se pusiese graciosísimamente por ejemplo, a fin de hacernos caer en la cuenta de hasta qué punto estamos perdidos todos nosotros, sin advertir la deuda personal que tenemos contraída con la gracia de Amida. En verdad, ninguno de nosotros menciona el gran amor de Amida, sino que continuamente estamos hablando de lo que es bueno y lo que es malo. Pero Shinran dijo: «Del bien y del mal soy por completo ignorante. Si entiendo el bien como lo entendió Buda, entonces podré decir que sé lo que es el bien. Si entiendo el mal como lo entendió Buda, entonces podré decir que sé lo que es el mal. Pero yo soy un mortal ordinario, lleno de pasión y deseo, que vivo en este mundo efímero como quien vive en una casa incendiada. Todo juicio propio que yo pueda formular es una insensatez y una incoherencia. Sólo el *Nembutsu* es verdadero».

W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Japanese Tradition* (Nueva York 1958) 216-218.

246. NICHIREN Y LA «ADORACION DEL LOTO DE LA VERDAD PERFECTA»

Nichiren (1222-1282) afirmó que el «Sūtra del Loto» representa la enseñanza final y suprema del Buda Shakyamuni, en que se revela el camino único de salvación. Mientras que las principales escuelas del budismo japonés acentúan una forma del Buda a expensas de las restantes, sólo el «Sūtra del Loto» afirma la verdad del Buda trino y uno, es decir, Dharmakaya, Sambhogakaya y Nirmanakaya. Según Nichiren, sólo en esta trinidad está asegurada la salvación de todos. En consecuencia, el nombre del «Sūtra del Loto», no el de Amida, habrá de estar en los labios de todos los budistas.

Si deseáis alcanzar inmediatamente la condición búdica, rendid la bandera del orgullo, desechad la maza del resentimiento y entregaos a la única verdad. La fama y el lucro no son más que vanidad de esta vida; el orgullo y la obstinación sólo son cadenas para la vida futura...

Si habéis caído en un abismo y alguien echa una cuerda para sacaros de él, ¿dudaréis en asiros a la cuerda porque no estáis seguros de la fuerza de quien trata de ayudaros? ¿Acaso no ha afirmado Buda: «Sólo yo soy el protector y salvador»? ¡Ese es el poder! ¿Acaso no se ha dicho que la fe es la única puerta [de salvación]? ¡Esta es la cuerda! El que vacila en asirse a ella, y no pronuncia la Verdad sagrada, nunca será capaz de escalar el precipicio de Bodhi [Iluminación]...

Nuestros corazones están dolidos y nuestras mangas están húmedas [por las lágrimas] hasta que veamos cara a cara la tierna figura del Uno, que nos dice: «Yo soy tu Padre». Laten ante este pensamiento nuestros corazones, aun cuando contemplamos las nubes brillantes en el cielo del atardecer o la luz pálida de la luna cuando declina la noche...

¿Habrá de transcurrir una sola estación sin que pensemos en la promesa compasiva: «Constantemente pienso en vosotros»? ¿Pasará un solo mes o un solo día sin que mostremos nuestra veneración a la doctrina de que no hay un solo hombre a quien esté vedada la condición búdica?...

Entregaos de todo corazón a la «Adoración del Loto de la Verdad perfecta», pronunciadla vosotros y advertid a los demás que hagan lo mismo. Tal es la tarea que os corresponde en esta vida humana.

M. Anesaki, *Nichiren, the Buddhist Prophet* (Cambridge, Mass. 1916) 46-47.

Cf. también n.os 193, 216, 217.

BUDISMO ZEN

Durante la Edad Media se difundieron en el Japón numerosas sectas budistas. Su objetivo era el mismo: poner la salvación al alcance del hombre ordinario. Sin embargo, para lograr este fin común, y para guiar a los hombres a través de las incertidumbres, la agitación y el dolor de aquella difícil época, los nuevos movimientos recurrían a medios muy diversos. Las sectas del País Puro y de Nichiren insistían en la necesidad de tener fe absoluta en algo que estaba más allá del individuo, en el poder salvífico de Amida o del *Sūtra del Loto.* Para lograr el sosiego y la seguridad, afirmaban, el hombre tiene que olvidarse de sí mismo y de este mundo y poner toda su atención en el más allá. En contraste, el budismo zen, que adquirió gran fuerza por aquella misma época, se oponía

decididamente a la idea de que la condición búdica hubiera de buscarse fuera de sí mismo o en otro mundo distinto de éste. Todo hombre posee *una naturaleza búdica, y para realizarla no tiene* sino que mirar dentro de sí mismo. Las notas dominantes del Zen son el propio conocimiento y la confianza en sí mismo.

El mismo término «Zen», que significa «meditación» o «concentración», indica los medios para alcanzar esta realización interior. Hablar de «medio» en este caso, sin embargo, sólo es adecuado en relación con el procedimiento específico que implica la práctica de la meditación, durante la cual el individuo permanece sentado y con el cuerpo erguido, con las piernas cruzadas e inmóvil, con el pensamiento fijo y concentrado hasta lograr, primero, la tranquilidad, y luego el discernimiento activo. A la luz, sin embargo, de este *discernimiento, el método y la realización* aparecen como una misma cosa; no se emplea un «medio» ni se alcanza un «fin».

W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Japanese Tradition* (Nueva York 1958) 232.

247. CONOCER LA SOLUCION (GENJO KOAN)

[Contra la idea de que la Iluminación es una experiencia aislada e instantánea].

Estudiar el camino del Buda es estudiar tu propio yo. Estudiar tu propio yo es olvidarte de tí mismo. Olvidarte de ti mismo es hacer que el mundo objetivo prevalezca en ti. Hacer que el mundo objetivo prevalezca en ti es tanto como desentenderte de tu cuerpo y mente «propios», así como del cuerpo y la mente de los «otros». Podrá parecer que la iluminación así alcanzada llega a un término, pero aunque parezca haber terminado, esta iluminación instantánea debe prolongarse más y más.

[Contra la idea de que el mundo objetivo es simplemente una proyección de la propia mente].

Cuando vas en una barca y miras a tu alrededor, te parece que es la orilla la que se mueve. Pero si fijas tu mirada en la borda, entonces caes en la cuenta de que es la barca la que se mueve. Ocurre exactamente igual cuando tratas de conocer el mundo objetivo mientras permaneces aún en un estado de confusión con respecto a tu cuerpo y mente propios. Estás bajo la percepción errónea de que tu propia mente y tu propia naturaleza son cosas

reales y permanentes [y que el mundo exterior es en cambio transitorio]. Sólo cuando te sientas erguido y miras dentro de ti mismo adviertes con claridad que [tú cambias y] el mundo objetivo posee una realidad independiente de ti mismo.

[La plenitud de la iluminación].

Cuando alcanzamos la iluminación viene a ser como el reflejo de la luna en el agua. La luna no se moja ni el agua se parte en dos. Aunque la luz de la luna es ancha, inmensa, al posarse en el agua sólo tiene un pie de largo y una pulgada de ancho. Toda la luna y todo el cielo caben en una sola gota de rocío, en una sola gota de agua. Y del mismo modo que la luna no divide el agua en dos, tampoco la iluminación escinde en dos al hombre. Del mismo modo que la gota de agua o la gota de rocío no ofrecen resistencia a la luna del cielo, tampoco el hombre pone obstáculo alguno a ser penetrado por la iluminación. La altura es siempre la medida de la profundidad [cuanto más alto esté un objeto, más profundo parecerá su reflejo en el agua].

Hashida, *Shōbō genzō shakui* I, 142-164; cf. W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Japanese Tradition (op. cit.)*, 251-252.

248. LA POSTURA SEDENTE Y EL KOAN

Cuando se trata de seguir el camino [el budismo], lo más importante es sentarse *(zazen)*... Mediante la reflexión sobre los diversos «ejercicios» *(kōan)* y diálogos de los patriarcas es posible llegar incluso a poseer su sentido, pero el resultado no sería otro que extraviarse y apartarse del camino del Buda, nuestro fundador.

Pasarse el tiempo sentado con el cuerpo erguido, sin ningún pensamiento de adquisición, sin ningún sentimiento de lograr la iluminación, ése es el camino del Fundador. Es cierto que nuestros predecesores recomendaban tanto el *kōan* como el permanecer sentados, pero era en lo segundo en lo que insistían particularmente. Algunos han logrado la iluminación a través de la prueba del *kōan*, pero la verdadera causa de su iluminación fue el mérito y la eficacia de la postura sedente. Ciertamente, el mérito está en permanecer sentados.

Del *Shōbō genzō zuimonki*, 98-99; cf. W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Japanese Tradition (op. cit.)*, 253.

Mientras permanecí en el pabellón del Zen, en T'ien-t'ung [China], el venerable Ching acostumbraba permanecer sentado y en vela hasta las primeras horas del día, y luego, después de tomarse un breve descanso, se levantaba de nuevo temprano para volver a sentarse. Nosotros acudíamos a la sala de la meditación para sentarnos con los demás ancianos, sin faltar ni una sola noche. Entre tanto, muchos monjes se iban quedando dormidos. El anciano pasaba entonces entre ellos y golpeaba a los dormidos con el puño o con una zapatilla, gritándoles para que se despertaran. Si a pesar de todo seguían dormidos, salía al vestíbulo y hacía sonar la campana para llamar a los monjes y que acudieran a otra sala aparte, donde les hacía una lectura a la luz de un candil.

«¿De qué sirve que os reunáis en la sala únicamente para quedaros dormidos? ¿Sólo para esto abandonasteis el mundo e ingresasteis en las órdenes sagradas? ¿Acaso hay entre los laicos, sean emperadores, príncipes o magistrados, alguien que lleve una vida de holganza? El gobernante tiene que cumplir los deberes que incumben al soberano, sus ministros tienen que prestar servicio con lealtad y devoción, y el pueblo común tiene que trabajar para hacer productiva la tierra. Nadie lleva una vida de holganza. Librarse de estas cargas y llevar luego una vida ociosa en un monasterio, ¿para qué serviría esto? Grande es el problema de la vida y de la muerte, y nuestra vida efímera pasa como en un vuelo. En estas verdades están de acuerdo todas las escuelas, tanto las escriturísticas como las meditativas. ¿Qué clase de enfermedad nos aguarda esta noche, qué clase de muerte nos acecha para mañana? Mientras vivimos, no practicar la Ley de Buda y pasar en cambio el tiempo durmiendo es el colmo de la locura. Y por culpa de semejante locura está hoy el budismo en decadencia. Cuando estaba en su apogeo, los monjes se consagraban a la práctica de permanecer sentados en meditación *(zazen)*, pero hoy apenas se insiste en que es preciso permanecer sentados, y por ello el budismo pierde terreno...».

En otra ocasión le dijeron sus oyentes: «Los monjes están muy fatigados y algunos de ellos enfermos; otros piensan abandonar el monasterio, y todo porque se les exige permanecer demasiado tiempo sentados en meditación. ¿No se podría acortar el tiempo dedicado a permanecer sentados?». El maestro se indignó mucho. «Eso sería un error. Un monje que no se haya consagrado sinceramente a la vida religiosa se quedará dormido el cabo de media o una hora. Pero el que se ha consagrado a ella sincera-

mente, que está resuelto a perseverar en la disciplina religiosa, llegará a sentir alegría al practicar la postura sedente, sin que le importe que sea durante mucho tiempo. Cuando yo era joven, acostumbraba visitar a los abades de muchos monasterios, y uno de ellos me explicó: 'Antes solía yo golpear con tanta fuerza a los monjes dormidos que se me llegó a romper el puño. Ahora soy viejo y débil, por lo que no puedo golpearlos con fuerza suficiente. El resultado es que ya no se pueden formar buenos monjes. En muchos monasterios, el superior ya no insiste lo suficiente en que es preciso permanecer sentados, y por eso el budismo está en decadencia. Cuanto más fuerte los golpeas, mejor será'. Esto es lo que me aconsejó».

Del *Shōbō genzō zuimonki,* 50-52; cf. W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Japanese Tradition (op. cit.),* 253-254.

250. DESPRECIO DE LAS ESCRITURAS

Hay maestros del Zen que se unen para negar a coro que los *sūtras* contengan la verdadera doctrina de Buda. «La verdad esencial se transmite personalmente de uno a otro patriarca. Sólo en la transmisión de uno a otro patriarca pueden encontrarse los exquisitos y profundos secretos de Buda». Tales afirmaciones representan el colmo de la locura, y son palabras de locos. En la tradición genuina de los patriarcas no hay nada secreto o especial, ni una sola palabra o frase que no esté de acuerdo con los *sūtras* budistas. Tanto los *sūtras* como la transmisión de los patriarcas representan por igual la genuina tradición que arranca de Shakyamuni Buda. La única diferencia está en que la transmisión de los patriarcas se realiza directamente de persona a persona. ¿Quién se atreverá, por tanto, a ignorar los *sūtras* de Buda? ¿Quién se negará a estudiarlos, quién se negará a recitarlos?

Con razón se viene diciendo desde antiguo: «Eres tú el que te extravías en los *sūtras,* no son los *sūtras* los que te extravían». Entre nuestros dignos predecesores hubo muchos que estudiaron las Escrituras. Habría que decir, por consiguiente, a esos deslenguados: «Prescindir de los *sūtras* de Buda, como vosotros decís, sería tanto como rechazar el pensamiento de Buda, rechazar el cuerpo de Buda. Y rechazar el pensamiento y el cuerpo de Buda es tanto como rechazar a los hijos [seguidores] de Buda. Rechazar a los hijos de Buda es tanto como rechazar la doctrina de Buda. Y si es que hemos de rechazar hasta la doctrina de Buda, ¿qué

nos obliga a no rechazar la doctrina de los patriarcas? Y cuando hayáis abandonado la doctrina de Buda y de los patriarcas, ¿qué os quedará, excepto un puñado de monjes con las cabezas vacías? Mereceréis entonces que se os castigue con la vara. Mereceréis no sólo ser reducidos a esclavitud por los gobernantes del mundo, sino ser arrojados al infierno para sufrir vuestro castigo».

De Eto, *Shūso to shite no Dōgen Zenji,* 246; cf. W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Japanese Tradition (op. cit.),* 255-256.

ISLAM

251. LA ASCENSION DE MAHOMA

En todo el mundo musulmán se celebra anualmente en la noche del día 27 del mes de Rajah una fiesta llamada Lailat al-Miʿraj, *es decir, «la noche de la ascensión del Profeta». Su base coránica es la sura XVII, 1: «Gloria sea al que llevó a su siervo de noche desde el templo sagrado [de La Meca] hasta el templo más remoto, cuyos muros hemos bendecido, para mostrarle algunos de nuestros signos». Durante esa noche permanecen alumbradas las mezquitas y se celebran en ellas servicios especiales en los que se acostumbra leer ciertos librillos en que se recogen relatos más o menos elaborados del famoso viaje nocturno. El breve relato del* Miʿraj *que ofrecemos a continuación es el que aparece en el famoso compendio de tradiciones de al-Baghawi,* Masabih as-Sunna *II (El Cairo 1318/1900) 169-172.*

[Se narra] en Quatada, citando a Anas ibn Malik —en el que Alá se complazca— a Malik ibn Saʿsaʿa, que dijo que el Profeta de Alá —sobre él la bendición y la paz de Alá— les refirió [la historia] de la noche en que fue arrebatado en su viaje celeste, diciendo: Mientras estaba yo en al-Hatim [1] —o puede que dijera: Mientras estaba yo en al-Hijr— descansando acostado, se me acercó uno [2], me abrió desde aquí hasta aquí —es decir, desde el hoyo de la garganta hasta el vello del pubis— y me sacó el corazón.

[1] Se da el nombre de Hatim a un muro semicircular, bajo y ancho, que hay al noroeste de la Caaba, en La Meca. Hijr es el espacio que media entre este muro y la Caaba misma.

[2] Literalmente, «llegó uno que llegaba», forma común de expresar la aparición de un ser sobrenatural. A juzgar por lo que sigue, podemos suponer que se trata del arcángel Gabriel.

Trajeron entonces una jofaina llena de fe, en la que bañó él mi corazón y mis entrañas, y luego lo volvió todo [a su lugar]. Según otra línea de transmisión, dijo [el Profeta]: Entonces lavó mi estómago con agua de Zazam [3], y lo llenó de fe y sabiduría. Entonces trajeron una cabalgadura blanca, poco más pequeña que una mula y algo mayor que un asno, cada una de cuyas zancadas llegaba tan lejos como su vista podía alcanzar. Monté sobre ella, y Gabriel permaneció a mi lado hasta que llegamos al cielo inferior, que pidió que se abriera. «¿Quién es?», le preguntaron. «Gabriel», replicó él. «¿Y quién está contigo?». «Mahoma», respondió él. «¿Y le ha sido enviada la revelación?». «Ciertamente», dijo él. «Bienvenido sea. ¡Qué dichosa su venida!».

Se abrió a continuación [la puerta], y cuando la hube atravesado, he aquí que allí estaba Adán. Dijo [Gabriel]: «Este es tu padre Adán, salúdale». Yo le hice el saludo, y él me correspondió, diciendo: «Bienvenido tú, hijo justo, profeta justo». Entonces Gabriel montó conmigo hasta que llegamos al segundo cielo, que pidió que se abriera. «¿Quién es?», le preguntaron. «Gabriel», replicó él. «¿Y quién está contigo?». «Mahoma», respondió él. «¿Y le ha sido enviada la revelación?». «Ciertamente», dijo él. «Bienvenido sea. ¡Qué dichosa su venida!».

Se abrió a continuación [la puerta], y cuando la hube atravesado, he aquí que allí estaba Juan [Bautista] y Jesús, que eran primos por parte de madre. Dijo [Gabriel]: «Estos son Juan y Jesús, salúdales». Yo les hice el saludo, y ellos me correspondieron, diciendo: «Bienvenido tú, hermano justo, profeta justo». Entonces ascendió él conmigo hasta el tercer cielo, que pidió que se abriera. «¿Quién es?», le preguntaron. «Gabriel», replicó él. «¿Y quién está contigo». «Mahoma», respondió él. «¿Y le ha sido enviada la revelación?». «Ciertamente», dijo él. «Bienvenido sea. ¡Qué dichosa su venida!».

Se abrió a continuación [la puerta], y cuando la hube atravesado, he aquí que allí estaba José. Dijo [Gabriel]: «Este es José, salúdale». Yo le hice el saludo, y él me correspondió, diciendo: «Bienvenido tú, hermano justo, profeta justo». Entonces ascendió él conmigo hasta que llegamos al cuarto cielo, que pidió que se abriera. «¿Quién es?», le preguntaron. «Gabriel», replicó él. «¿Y quién está contigo?». «Mahoma», respondió él. «¿Y le ha sido enviada la revelación?». «Ciertamente», dijo él. «Bienvenido sea. ¡Qué dichosa su venida!».

[3] El pozo que se encuentra en el recinto sagrado de La Meca, del que beben los peregrinos como en un gesto de devoción y para participar así de las bendiciones con que se supone estar enriquecido.

Se abrió a continuación [la puerta], y cuando la hube atravesado, he aquí que allí estaba Idris (Henoc). Dijo [Gabriel]: «Este es Idris, salúdale». Yo le hice el saludo, y él me correspondió, diciendo: «Bienvenido tú, hermano justo, profeta justo». Entonces ascendió conmigo hasta el quinto cielo, que pidió que se abriera. «¿Quién es?», le preguntaron. «Gabriel», replicó él. «¿Y quién está contigo?». «Mahoma», respondió él. «¿Y le ha sido enviada la revelación?». «Ciertamente», dijo él. «Bienvenido sea. ¡Qué dichosa su venida!».

Se abrió a continuación [la puerta], y cuando la hube atravesado, he aquí que allí estaba Aarón. Dijo [Gabriel]: «Este es Aarón, salúdale». Yo le hice el saludo, y él me correspondió, diciendo: «Bienvenido tú, hermano justo, profeta justo». Entonces ascendió conmigo hasta el sexto cielo, que pidió que se abriera. «¿Quién es?», le preguntaron. «Gabriel», replicó él. «¿Y quién está contigo?». «Mahoma», respondió él. «¿Y le ha sido enviada la revelación?». «Ciertamente», dijo él. «Bienvenido sea. ¡Qué dichosa su venida!».

Se abrió a continuación [la puerta], y cuando la hube atravesado, he aquí que allí estaba Moisés. Dijo [Gabriel]: «Este es Moisés, salúdale». Yo le hice el saludo, y él me correspondió, diciendo: «Bienvenido tú, hermano justo, profeta justo». Cuando pasé yo, él rompió a llorar, y alguien le preguntó por qué lloraba. «Lloro», dijo él, «por causa de un joven que ha sido enviado después de mí [como apóstol], de cuya comunidad entrarán en el Paraíso más que de la mía». Entonces [Gabriel] ascendió conmigo hasta que llegamos al séptimo cielo, que pidió que se abriera. «¿Quién es?», le preguntaron. «Gabriel», replicó él. «¿Y quién está contigo?». «Mahoma», respondió él. «¿Y le ha sido enviada la revelación?». «Ciertamente», dijo él. «Bienaventurado sea. ¡Qué dichosa su venida!». Cuando hube atravesado [la puerta], he aquí que allí estaba Abrahán. Dijo [Gabriel]: «Este es tu padre Abrahán, salúdale». Yo le hice el saludo, y él me correspondió, diciendo: «Bienvenido tú, hijo justo, profeta justo».

Entonces subí al Sidrat al-Muntaha, cuyos frutos eran del tamaño de los estanques de Hajar [4] y sus hojas como orejas de elefante. Dijo [Gabriel]: «Este es el Sidrat al-Muntaha» [5]. Vi allí

[4] Hajar es el distrito de Arabia que incluye Barheim, junto al golfo Pérsico. El Sidrat al-Muntaha, es decir, el «Arbol del término» es un árbol celeste que señala el límite más allá del cual no está permitido ascender a las criaturas. Se menciona en la sura LIII, 14.

[5] Es la Caaba celeste, ombligo del mundo celestial, situada directamente encima de la Caaba terrena.

cuatro ríos, dos por dentro y dos por fuera, así que pregunté: «¿Qué son éstos, oh Gabriel?». «Los dos de dentro», respondió él, «son los dos ríos del Paraíso, pero los dos de fuera son el Nilo y el Eufrates».

Entonces fui arrebatado hasta el Santuario Frecuentado, donde trajeron ante mí un jarro de vino, un jarro de leche y un jarro de miel. Yo tomé la leche, a lo que él dijo: «Esta es la *fitra* [6] tuya y de tu comunidad». Entonces se me impuso el deber sagrado de realizar cincuenta servicios diarios de oración, y después de esto, partí.

Cuando pasaba junto a Moisés, éste me preguntó: «¿Qué te ha sido ordenado?». «Cincuenta servicios de oración al día», le respondí yo. «Pero tu comunidad», replicó él, «nunca será capaz de realizar cincuenta servicios de oración al día. Por Alá, que yo he tenido experiencia con un pueblo antes que tú, y tuve que esforzarme mucho con los hijos de Israel. Vuelve ante tu Señor y pídele que aligere la carga de tu comunidad». Yo volví entonces y él me perdonó diez. De nuevo me detuve junto a Moisés, y él me repitió lo mismo [que me había dicho antes], de forma que volví y él me perdonó otros diez. Pero cuando estuve de nuevo junto a Moisés, él me repitió otra vez lo mismo, de forma que volví y él me perdonó otros diez. Al volver junto a Moisés, me dijo lo mismo, así que volví de nuevo y se me ordenó hacer diez servicios de oración cada día y noche. Cuando pasé otra vez junto a Moisés, me repitió lo mismo que las veces anteriores, así que volví y se me ordenó realizar cinco servicios de oración cada día. Al volver junto a Moisés, él me dijo: «¿Qué se te ha ordenado esta vez?». «Me ha sido ordenado», respondí yo, «hacer cinco servicios de oración cada día y noche». «Tu comunidad», dijo él, «nunca será capaz de realizar cinco servicios de oración cada día. Yo he tenido experiencia con un pueblo antes que tú, y hube de esforzarme mucho con los hijos de Israel. Vuelve ante tu Señor y pídele que alivie la carga de tu comunidad». «Ya he estado rogando a mi Señor», respondí yo, «hasta sentirme avergonzado. Ahora estoy contento y me conformo». Entonces, según iba yo avanzando, gritó uno que gritaba: «He establecido mi mandato y he hecho las cosas fáciles para mis siervos».

A. Jeffery, *Islam. Muhammad and His Religion* (Nueva York 1958) 35-39.

[6] Por *fitra* se entiende una disposición natural e innata. El significado es aquí que la comunidad musulmana tendrá un carácter «intermedio», como la leche, que no es embriagadora como el vino ni tiene el dulzor empalagoso de la miel.

En la historia de la ascensión de Mahoma destaca como uno de los episodios más apreciados el que narra cómo el Profeta fue llevado hasta la presencia de Alá. Del mismo modo que Henoc anduvo con Dios, Abrahán fue el amigo de Dios, Moisés habló cara a cara con Dios en el Sinaí y Jesús trató con Dios como un Hijo con su Padre, este relato quiere demostrar que también Mahoma tuvo unas relaciones de intimidad con su Señor. Hay muchas versiones de esta historia. Aquí se recoge la de as-Suyuti, al-Laʿālī al-masnūʿsa *I (El Cairo 1317/1899) 39.*

Cuando fui arrebatado durante mi viaje nocturno hasta el [lugar del] Trono y me acerqué a él, descendió junto a mí un *rafraf*[1] verde, cosa tan bella que no te la puedo describir. Luego vino Gabriel a mi lado y me sentó sobre el *rafraf,* pero él tuvo que apartarse de mí, con las manos sobre sus ojos, por miedo a que su vista quedara destruida por la luz centelleante del Trono, y comenzó a llorar, diciendo al mismo tiempo *tasbih, tahmid* y *tathniya* a Alá. Con la venida de Alá, en señal de su gracia para conmigo y de la perfección del favor que me dispensaba, aquel *rafraf* me llevó flotando ante el Señor del Trono, cosa tan estupenda como la lengua no puede expresar ni la imaginación describir. Mi vista quedó tan deslumbrada que temí quedarme ciego. Cerré, pues, los ojos, que fue un gran favor de Alá. Al velar, pues, yo mi vista de este modo, Alá hizo pasar [mi vista] de los ojos a mi corazón, de forma que con el corazón comencé a mirar lo que antes había visto con los ojos. Era tan brillante aquella luz en su centelleo que desespero de poderte narrar cuanto pude ver de su majestad. Pedí entonces a mi Señor que completara su favor para conmigo haciéndome la merced de que pudiera yo contemplar su visión con mi corazón. Lo hizo así mi Señor, otorgándome este favor, de modo que le contemplé con mi corazón hasta que éste estuvo sosegado y tuve una visión sosegada de él.

Allí estaba él, cuando fue levantado el velo que lo cubría, sentado en su trono, en su dignidad, su poder, su gloria, su exaltación,

[1] Según los léxicos, uno de los significados de *rafraf* es «pieza estrecha de brocado de seda». Es una idea antigua la de que un ser humano ha de ir en compañía de alguien cuando asciende a los lugares celestes. Gabriel acompaña a Mahoma, pero llega un punto en que ya no puede avanzar más allá, por lo que se envía al Profeta una especie de alfombra mágica para que haga el resto del camino hasta la divina presencia.

pero nada más que esto me está permitido describirte. ¡Gloria sea a él! ¡Qué majestuoso es! ¡Qué espléndidas son sus obras! ¡Qué exaltado es él en su poderío! ¡Qué brillante es su luz! Rebajó entonces él un tanto su gloria en mi favor y me llevó cerca de sí, que es lo que él había dicho en su libro, al manifestar cómo estaba dispuesto a tratarme y honrarme: «Uno poseído de fuerza. Se alzó erguido cuando estaba en el punto más elevado del horizonte. Entonces se acercó y descendió, de forma que se hallaba a la distancia de dos arcos, o quizá aún más cerca» (LIII, 6-9). Esto significa que cuando se inclinó hacia mí, me acercó hacia sí como la distancia que hay entre los dos extremos de un arco, sí, mejor diría más cerca que la distancia que hay entre la empuñadura de un arco y sus extremos curvos. «Entonces reveló a su siervo lo que reveló» (v. 10), es decir, lo que ha decidido confiarme. «Su corazón no le mintió en todo lo que vio» (v. 11), es decir, la visión que de él tuve con mi corazón. «Ciertamente, veía uno de los más grandes signos de su Señor» (v. 18).

Pero cuando él —gloria sea a él— hubo abajado su dignidad en mi favor, puso una de sus manos entre mis hombros, y yo sentí el frescor de las puntas de sus dedos por un momento sobre mi corazón, y experimenté entonces un perfume tan placentero, un frescor tan delicioso, un sentimiento de honor al otorgárseme esta visión, que todos mis terrores se disiparon, todo el miedo me abandonó y mi corazón quedó tranquilo. Me sentí entonces lleno de gozo, mis ojos se recuperaron, y de mí se apoderó tal delicia y felicidad que comencé a doblarme y a vacilar de derecha a izquierda como quien se siente arrebatado de sueño. Ciertamente, me parecía como si todo cuanto hay en el cielo y en la tierra hubiera muerto, porque no oía las voces de los ángeles ni durante la visión que tuve de mi Señor advertí cuerpos opacos. Allí me dejó mi Señor cuanto tiempo él quiso, pero luego me hizo volver en mí, y me encontré como si hubiera estado durmiendo y me hubiera despertado después. Volví en mí y me sentí tranquilo, y me di cuenta de dónde estaba y de que era objeto de un honor insuperable y de que se me demostraba una preferencia manifiesta.

Entonces mi Señor —glorificado y alabado sea él— me habló y dijo: «Oh Mahoma, ¿sabes acerca de qué está discutiendo el Consejo Supremo?». Yo respondí: «Oh Señor, tú lo sabes todo mucho mejor, como sabes todas las cosas, porque eres el único que conoce lo invisible» (cf. v. 109/108). «Están discutiendo», dijo él, «sobre los grados *(darajat)* y las excelencias *(hasanat)*. ¿Conoces, oh Mahoma, cuáles son los grados y cuáles las excelencias?». «Tú, oh Señor», respondí yo, «lo conoces mejor y eres

el más sabio». Dijo él entonces: «Los grados se refieren a la práctica de las abluciones que cada cual debe hacer en el debido momento cuando ello resulta desagradable, a dirigirse andando a las asambleas religiosas, esperando con anhelo la siguiente hora de la oración cuando acaba de pasar la anterior. En cuanto a las excelencias, consisten en dar de comer al hambriento, en difundir la paz y en practicar la plegaria *Tahajjud* de noche cuando los demás duermen». Nunca había oído yo nada más dulce o más placentero que el sonido melodioso de su voz.

Era tanta la dulzura de su melodiosa voz que me sentí lleno de confianza y le hablé acerca de mi necesidad. Y dije: «Oh Señor, tú tomaste a Abrahán por amigo, tú hablaste a Moisés cara a cara, tú elevaste a Henoc a la altura, tú concediste a Salomón un reinado como ninguno después de él logró obtener y diste a David el Salterio. ¿Qué me tienes reservado a mí, oh Señor?». El respondió: «Oh Mahoma, te he tomado por amigo como tuve por amigo a Abrahán. Te estoy hablando cara a cara como a Moisés. Te doy la *Fatiha* (la sura 1) y los versículos finales de al-Baqara (II, 284-286), que proceden de las tesorerías de mi Trono y que no he dado a ningún profeta antes que a ti. Te envío como profeta a la gente blanca de la tierra y a la gente negra y a la gente roja, a los *jinn* y a los hombres; nunca antes de ti había enviado un profeta para todos ellos. Señalo la tierra, con sus territorios secos y sus mares, para ti y para tu comunidad como un lugar de purificación y de culto. Doy a vuestra comunidad el derecho al botín como nunca lo di a otra comunidad en provisión antes de ellos. Os ayudaré con terrores tales que harán huir a vuestros enemigos ante vosotros mientras aún estéis a un mes de distancia. Os enviaré el Maestro de todos los Libros y el guardián de ellos, un Corán que nosotros mismos hemos repartido (XVII, 106/107). Por ti exaltaré tu nombre (XCIV, 4) hasta el extremo de unirlo a mi nombre, de forma que nunca se mencionará ninguna de las leyes de mi religión sin que tú seas mencionado junto a mí».

Me comunicó después de esto unos asuntos que no me está permitido decirte, y cuando hubo establecido su alianza conmigo y me hubo dejado allí cuanto tiempo quiso él, volvió a sentarse en su trono. Gloria sea a él en su majestad, su dignidad, su poder. Miré entonces, y he aquí que entre nosotros se interpuso algo, y frente a él se tendió un velo de luz, que brillaba con ardiente resplandor hasta una distancia que sólo Alá conoce, tan intenso que si se rompiera en uno sólo de sus puntos, se abrasaría toda la creación de Alá. Entonces, el *rafraf* verde sobre el que yo estaba descendió conmigo, levantándose y posándose luego suavemente

en ʿIlliyun[2]... hasta que me dejó otra vez donde se hallaba Gabriel, que me hizo bajar de él. Luego ascendió de nuevo el *rafraf* hasta que se perdió de vista.

A. Jeffery, *Islam. Muhammad and His Religion* (Nueva York 1958) 42-46.

253. UN MISTICO SUFI HABLA A SU DIOS

Los materiales que recogemos a continuación están tomados de los escritos de Dhu ʿl-Nūn el Egipcio, que murió el año 246/861.

Oh Dios, nunca presté atención a las voces de las fieras, al murmullo de los árboles, al chapoteo de las aguas o a los cantos de los pájaros, al silbido del viento o al bramido del trueno, sino que en todo ello no vi otra cosa que un testimonio de tu unidad *(wahdānīya)* y una prueba de tu incomparabilidad, de que tú eres el Soberano, el Sapientísimo, el Conocedor de todo, el Justísimo, el Verdadero, y que en ti no hay ni destrucción ni ignorancia ni insensatez ni injusticia ni mentira. Oh Dios, te reconozco en la prueba de tus obras y en la notoriedad de tus actos. Concédeme, oh Dios, buscar tu Satisfacción con mi satisfacción, y la complacencia de un Padre en su hijo, en el recuerdo tuyo y en mi amor hacia ti, con tranquilidad serena y firme resolución.

[Dhu ʿl-Nun utiliza en su poesía el lenguaje lleno de pasión que caracteriza al enamorado, como antes había hecho Rabiʿa de Basra, con lo que contribuyó a fijar una tradición que más adelante destacaría como uno de los rasgos más acusados de la literatura sufí].

Muero, pero en mí no muere
el ardor de mi amor hacia ti,
ni tu amor, mi fin último,
aquieta la fiebre de mi alma.
Sólo a ti grita mi alma
y en ti todo mi anhelo está,
pero tu riqueza queda muy por encima
de la pobreza de este mi amor pequeño.
A ti me vuelvo en mi anhelo
y en ti busco mi descanso final.

[2] ʿIlliyun es la más elevada de todas las regiones celestes. Se menciona en la sura LXXXIII, 18-21.

Hacia ti se alza mi bronco lamento,
y en mis pensamientos secretos moras tú.
Por mucho que dure mi mal,
esta carga tan pesada,
nunca a los hombres diré
el peso que me haces soportar.
Sólo de ti es conocida
la dura fatiga de mi pecho;
ni el amigo ni el pariente saben
la medida abrumadora de mi dolor.
Arde en mi corazón la calentura
que me consume por todas partes;
mi fuerza y vigor ha destruido,
mi alma en su fuego se consume.
¿No guías tú acaso por el camino
al viajero que marcha con su carga,
y libras de los pasos mortales
al caminante en su peregrinar?
¿Acaso no encendiste también un faro
para los que hallaron la guía verdadera,
aunque en sus manos no llevaran
la más leve chispa de su fuego?
¡Dame, pues, tu favor,
que pueda seguir viviendo,
y con tu ayuda superar
el rigor de mi pobreza!

A. J. Arberry, *Sufism. An Account of the Mystics of Islam* (Londres 1950) 52-54.

254. LA ASCENSION MISTICA DE ABU YAZID

Abú Yazid (Bayazid) de Bistam, el Persa (muerto en el año 261/875), fue el primero en utilizar el tema de la ascensión del Profeta (miʿrāj) *como modelo para expresar su propia experiencia mística, con lo que estableció una tradición que después seguirían otros.*

Vi cómo mi espíritu era llevado a los cielos. Nada miraba ni escuchaba, aunque el Paraíso y el infierno quedaron patentes ante él, porque estaba libre de fenómenos y velos. Entonces me convertí en ave, cuyo cuerpo era de unicidad y sus alas de eternidad, y seguí volando en el aire del Absoluto, hasta que llegué a la esfera de la

Purificación y contemplé el campo de la Eternidad y vi allí el árbol de la Unicidad. Y cuando miraba yo, resultó que yo mismo era todas estas cosas. Grité: «¡Oh Señor! Con mi egoísmo soy incapaz de llegar a ti, y no puedo escapar de mi egoísmo. ¿Qué haré?». Dios habló: «¡Oh Abú Yazid! Debes procurar liberarte de tu egoísmo siguiendo a mi Amado (es decir, Mahoma). Llena tus ojos con el polvo de sus pies y síguele constantemente».

A. J. Arberry, *Sufism (op. cit.)*, 54-55.

255. AL-JUNAID HABLA DE LA UNION Y LA SEPARACION

Al-Junaid, de Bagdad (muerto en el año 298/910), llamado más tarde «el Shaikh de la Orden», fue el más original y perspicaz entre los sufíes de su tiempo. Elaboró un sistema completo de teosofía islámica.

Ahora ya conozco, Señor,
lo que se oculta en mi corazón.
En secreto, retirado del mundo,
mi lengua habló con mi Adorado.
De modo que nosotros
unidos estamos, somos uno,
y con todo, la desunión
es nuestro estado eternamente.
Aunque de mi mirada profunda
hondo temor tu rostro ha ocultado,
en gracia maravillosa y extática
siento que tocas lo íntimo de mi ser.

A. J. Arberry, *Sufism (op. cit.)*, 59.

256. AL-HALLAJ HABLA DE DIOS: «YO SOY AQUEL A QUIEN AMO»

Husayn ibn Mausur al-Hallaj (muerto en el año 309/922) tomó a Jesús por modelo, y exclamó: «Yo soy la verdad (ana al-Haqq; *cf. Jn 14,6). Puesto que* al-Haqq, *«la Verdad», es uno de los nombres de Dios, fue acusado de blasfemia, por identificarse con Dios, por lo que fue escarnecido públicamente y crucificado.*

Entre tú y yo persiste un «soy yo» que me atormenta.
¡Ay! Por tu gracia, quita este «yo» de entre nosotros.

Yo soy aquel a quien amo, y mi amado es yo,
somos dos almas en un solo cuerpo.
Si me ves, le estás viendo,
y si le ves, nos ves a los dos.

Ibrahim ibn Fátik, su servidor, decía: «Cuando al-Hallaj era llevado para ser crucificado, al ver la cruz y los clavos... oró una oración de las dos inclinaciones, y yo estaba a su lado. Recitó primero el comienzo del Corán y el versículo 'Y te probaremos con algo de miedo y de hambre' (sura XXI, 35). Luego recitó el comienzo y el versículo que empieza por 'Toda alma gustará la muerte' (sura XXIX, 57). Cuando hubo terminado, pronunció algunas palabras que no recuerdo, pero de las que guardo éstas en la memoria: '... Oh mi Dios, que te has revelado en todo lugar y que no estás en lugar alguno, te suplico, por la verdad de tu palabra divina que declaró que yo soy, y por la verdad de mi débil palabra humana que declara que tú eres, manténme en la gratitud por ésta tu gracia, pues tú ocultaste a otros lo que me revelaste de la gloria de tu rostro, y prohibiste a otros lo que me permitiste a mí, la visión de las cosas ocultas por tu misterio.

En cuanto a estos siervos tuyos que se han reunido para darme muerte por celo de tu religión, buscando agradarte, perdónales. Porque si les hubieras revelado lo que me revelaste a mí, no habrían hecho lo que han hecho, y si me hubieras negado lo que a ellos negaste, yo nunca hubiera sido puesto a prueba con esta tribulación. Alabanza sea a ti en todas tus obras, alabanza sea a ti en todos tus designios'.

Luego guardó silencio. Avanzó el pastor y le dio un golpe que le rompió la nariz, y cayó la sangre chorreando por su vestidura blanca. El místico al-Shiblí, que se hallaba entre la multitud, lanzó un fuerte grito y desgarró sus vestiduras, y Abú Husayn al-Wasití cayó desfallecido, y lo mismo ocurrió a otros sufíes famosos que allí se encontraban, de forma que a punto estuvo de formarse un tumulto. Los verdugos hicieron entonces su tarea.

J. A. Williams, *Islam* (Nueva York 1961) 148-149; sobre el poema citado al principio, cf. R. A. Nicholson, *The Legacy of Islam* (Londres 1939) 218.

257. LA «REVELACION» DE AL-NIFFARI

El siguiente párrafo está tomado de la obra de Muhammad ibn Abd al-Jabbar al-Niffarí, «Kitāb al-Mawāqif», que puede fecharse hacia el año 350/961.

El autor se describe como en presencia de Dios (mauqif, *término tomado posiblemente de las descripciones del último día), en un estado espiritual, y escucha lo que Dios le dice.*

Me situó en la Muerte, y vi los actos, uno por uno, y que eran malos. Y vi el Temor imponiéndose a la Esperanza, y vi las riquezas convertidas en fuego y echadas al fuego, y vi la Pobreza como un adversario que aduce pruebas, y vi todas las cosas, que no tenían poder alguno sobre las demás cosas, y vi que el mundo era un engaño y vi que los cielos también son un engaño. Y grité con fuerza: «¡Oh conocimiento!», y no me respondió. Y luego grité con fuerza: «¡Oh gnosis!», y no me respondió. Y vi cómo todas las cosas me habían abandonado, y vi cómo todas las cosas creadas habían huido de mí, y cómo yo me quedaba solo. Y vino a mí el acto, y vi en él una secreta imaginación, y que la parte secreta era la que persistía, y nada pudo valerme sino la misericordia de mi Señor. Y él me dijo: «¿Dónde está tu conocimiento?». Y vi el Fuego. Y me dijo: «¿Dónde está tu gnosis?». Y vi el Fuego. Y me dijo: «¿Dónde está tu acto?». Y vi el Fuego. Y él desveló para mí sus Gnosis de Unicidad, y el Fuego se extinguió. Y él me dijo: «Yo soy tu amigo». Y yo quedé afirmado. Y me dijo él: «Yo soy tu Gnosis». Y yo hablé. Y me dijo él: «Yo soy tu Buscador». Y yo partí.

A. J. Arberry, *Sufism (op. cit.),* 64-65.

258. CONVERSION DE AL-GAZEL AL SUFISMO

Abú Hamid Muhammad ibn Muhammad al-Ghazali (451/1059-505/1111) fue un insigne teólogo y jurista ortodoxo, pero se sentía insatisfecho con la postura intelectual y legalista ante la religión, deseoso de tener una experiencia más personal de Dios. En una obra autobiográfica nos habla de cómo ocurrió su conversión al sufismo.

Volví entonces mi atención al género de vida de los sufíes. Supe que no era posible seguir este camino hasta el final sin aceptar a la vez su doctrina y su práctica, y que la sustancia de esta doctrina está en vencer los apetitos de la carne y en borrar todas sus malas inclinaciones y sus cualidades viles, de forma que el corazón quede limpio de todo lo que no sea Dios. Y el medio de purificarlo no es otro que *dhikr Allah,* es decir, la rememoración de Dios y la

concentración de todos los pensamientos en él. Pero resultó que la doctrina era para mí más fácil que la práctica, de forma que comencé por aprender su doctrina a través de los libros y sentencias de sus *shaykhs,* hasta que adquirí tantos conocimientos sobre su género de vida como es posible mediante el estudio y la escucha atenta, pero advertí con claridad que lo más característico que hay en ellos no puede ser aprendido, sino que ha de captarse mediante la experiencia inmediata y el éxtasis y la transformación interior. Me convencí de que ya había adquirido todo el conocimiento sobre el sufismo que es posible alcanzar mediante el estudio; en cuanto a lo demás, no había otro camino que abrazar la vida mística. Me consideré a mí mismo tal como era entonces. Hasta mi labor como maestro —lo mejor de todo cuanto hacía yo— me parecía trivial e inútil en comparación con la vida futura. Cuando reflexioné sobre las intenciones de mi enseñanza, me di cuenta de que en vez de practicarla sólo por amor a Dios me había dejado llevar por el deseo de fama y gloria. Comprendí que estaba al borde de un precipicio y de que iba a caer en el fuego del infierno a menos que me propusiera enmendarme... Consciente de mi desamparo y rendida del todo mi voluntad, me refugié en Dios como un hombre en el peor de los apuros y al que ya no queda ningún recurso. Respondió Dios a mi plegaria y me hizo fácil dar la espalda a mi fama y a mi riqueza y a mi esposa y a mis hijos y a mis amigos.

A. J. Arberry, *Sufism (op. cit.),* 80.

259. RUMI NO SE RECONOCE

Jalal al-Din Rumi (muerto en 1273) experimentó la influencia del sufí Shams al-Din Tabrizi, que pereció a manos de la turba enfurecida. En reconocimiento de la influencia de su maestro, Rumi dio a su colección de poemas (diwān) *el título de «Diwan de Shams-i-Tabriz».*

¿Qué ha de hacerse, oh musulmanes? Porque no me reconozco.
No soy cristiano ni judío ni *gabr* ni musulmán.
No soy del este ni del oeste ni de la tierra ni del mar,
no soy de la fábrica de la naturaleza ni del orbe de los cielos,
no soy de la tierra ni del agua ni del aire ni del fuego,
no soy del empíreo ni del polvo ni de la existencia ni de la entidad.
No soy del reino del Iraq ni del país de Khorasán,
no soy de este mundo ni del futuro ni del Paraíso ni del infierno.

Mi lugar es ningún lugar, mi rastro es ningún rastro,
ni cuerpo ni alma, pues pertenezco al alma del Amado.
Renuncié a la dualidad, y he visto que son uno los dos mundos.
Al Uno busco, al Uno conozco, al Uno veo, al Uno invoco.
El es el Primero, el Ultimo, el de fuera y el de dentro.
A nadie conozco más que a *Yā Hū* y *Yā man Hū.*
La copa del amor me embriagó; fuera de mi alcance quedaron los dos mundos.
Toda mi ocupación es la orgía y el jolgorio.
Si en mi vida un solo instante gasté lejos de ti,
desde este momento y hora de mi vida me arrepiento.
Si en este mundo un solo instante gané contigo,
ambos mundos hollaré, y danzaré en triunfo por siempre.
¡Oh Shamsi Tabriz, ebrio estoy en este mundo,
sólo de embriaguez y jolgorio tengo algo que decir!

R. A. Nicholson, *Dīvānī Shamsi Tabrīz* (Cambridge 1898) 125.

SEXTA PARTE

ESPECULACIONES SOBRE EL HOMBRE Y DIOS

A. *DIFERENTES FORMAS DE ENTENDER LA CONDICION HUMANA*

260. EL PESIMISMO EGIPCIO. DISPUTA SOBRE EL SUICIDIO

No conocemos el nombre del autor de la «Disputa sobre el suicidio». El texto, en escritura hierática, se conserva en un papiro del Museo de Berlín. No se conoce ninguna otra copia. Por la caligrafía se puede fechar el papiro en el Imperio Medio (ca. 2000-1740 *a. C.). Parece que la obra se compuso pocos siglos antes, durante el Primer Período Intermedio* (ca. 2280-2000 *a. C.), al igual que la «Instrucción del rey Meri-ka-re», cuando las difíciles circunstancias de la época llevaron a los hombres a una revisión de los valores éticos y religiosos.*

La «Disputa» adopta la forma de un diálogo entre un individuo innominado, que se halla cansado de vivir, y su alma. El hombre habla en primera persona, y trata de convencer a su alma de las ventajas que ofrecen el suicidio y la muerte. Resulta difícil seguir el hilo de la argumentación, y el texto aparece muy oscuro en diversos pasajes, sobre todo en la primera mitad, que contiene metáforas y parábolas cuya intención no siempre aparece clara al lector moderno. No parece improbable que el hombre argumente en favor del suicidio, mientras que su alma trata de disuadirle, pero las dificultades del texto son tales que a veces no se ve clara la postura del alma, de forma que los investigadores sostienen puntos de vista diversos acerca de la tesitura de algunos de sus discursos.

Abrió la boca mi alma para responder a lo que yo le había dicho. Si te acuerdas del enterramiento, es un asunto triste. Con él llegan las lágrimas, y el hombre se entristece. Es sacar a rastras a un hombre de su casa y echarlo a la ladera de la colina. Nunca te podrás levantar para ver el sol. Los que edificaron en granito [1] y los

[1] «Los que edificaron en granito» se refiere a los reyes y nobles del Imperio Antiguo que construyeron las grandes pirámides y que se prepararon hermosas tumbas con intención de que sus restos mortales permanecieran bien guardados para siempre. La conservación del cuerpo se consideraba condición esencial para la vida más allá de la muerte. El sentido de este pasaje es que la condición de aquellos reyes y nobles ya no es mejor que la de los pobres que murieron a la intemperie, sin refugio y sin parientes que celebraran en su honor los ritos mortuorios. Poco después de que los grandes «se convirtieran en dioses», es decir, muriesen, sus pirá-

que excavaron cámaras en hermosas pirámides de excelente obra, cuando los constructores se convirtieron en dioses, sus estelas votivas[2] fueron destruidas como (las de) los fatigados que murieron junto al dique, por falta de un superviviente, habiendo arrebatado el agua su peaje, y el sol igual para aquellos a los que hablan los peces junto a las orillas del río. Escúchame. Mira que es bueno para los hombres escuchar. Sigue el placer y olvídate de los cuidados...

Abrí yo mi boca a mi alma para responder a lo que había dicho ella.

He aquí que mi nombre hiede
más que el hedor del pescado
en un día de verano cuando el cielo calienta...
He aquí que mi nombre hiede
más que una mujer
de la que a un hombre han contado una mentira.
He aquí que mi nombre hiede
más que un muchacho robusto
del que dicen: «Es de su rival»[3].
¿A quién hablaré hoy?
Malvados son los hermanos,
sin amor los camaradas de ayer.
¿A quién hablaré hoy?
Rapaces son los corazones.
Todo hombre roba los bienes del vecino...
¿A quién hablaré hoy?
Los hombres se contentan con el mal,
por todas partes se descuida la bondad.
¿A quién hablaré hoy?
El que causaría ira con su mal proceder
despierta la risa de todos, aunque haga el mal...
¿A quién hablaré hoy?

mides y tumbas fueron saqueadas y destruidas sus estelas votivas, con lo que quedaron reducidos al mismo nivel que los pobres.

[2] «Estelas votivas». Eran elementos importantes en el culto funerario. Se creía que el difunto necesitaba alimentos y bebidas después de la muerte. Las estelas se erigían fuera de la tumba en que yacía el destinatario de tales ofrendas. Los ricos hacían fundaciones para que los sacerdotes se encargaran de asegurar aquellas ofrendas diarias, mientras que los más pobres confiaban en sus parientes y amigos.

[3] «Su rival» se refiere al que compite con el padre del muchacho por los favores y el afecto de la madre. Se lanza contra el muchacho la acusación de que es un bastardo.

El malhechor es un íntimo,
el hermano con quien actuar se vuelve enemigo.
¿A quién hablaré hoy?
No se recuerda el ayer,
nadie ayuda a quien hizo (el bien).
¿A quién hablaré hoy?
Se vuelven los rostros,
todos apartan el rostro de sus hermanos.
¿A quién hablaré hoy?
Rapaces son los corazones,
nadie tiene corazón en que confiar.
¿A quién hablaré hoy?
No hay hombres justos,
el país está en manos de los inicuos...
¿A quién hablaré hoy?
Cargado estoy de miseria
porque no tengo ni un amigo.
¿A quién hablaré hoy?
El pecado que vaga por el país
no tiene fin.
A mi vista hoy está la muerte
como la convalecencia para el enfermo,
como la libertad después de la prisión.
A mi vista hoy es la muerte
como el aroma de la mirra,
como sentarse al resguardo en día ventoso.
A mi vista hoy es la muerte
como perfume de lotos,
como sentarse a la orilla de la embriaguez.
A mi vista hoy es la muerte
como sendero bien pisado,
como cuando un hombre regresa al hogar de una expedición.
A mi vista hoy es la muerte
como cielo que se ilumina
como cuando un hombre es atraído por lo desconocido.
A mi vista hoy es la muerte
como el anhelo del hombre por su hogar
cuando ha pasado muchos años en cautividad.
Cierto, el que está más allá [4]
será un dios viviente,
castigando el pecado del que lo comete.

[4] «El que está más allá» es un eufemismo por «muerto».

Cierto, el que está más allá
permanece en la barca del sol,
haciendo desde allí que se hagan a los templos ofrendas elegidas,
al que no se puede impedir que suplique a Ra cuando habla.

Lo que me dijo mi alma. Desecha cuidados, mi camarada y hermano. Haz una ofrenda sobre el brasero y aférrate a la vida, conforme a lo que yo (?) te he dicho[5]. Deséame aquí y rechaza el Occidente, pero desea llegar al Occidente cuando tu cuerpo marche a la tierra, de forma que yo pueda posarme después de que tú estés ya fatigado[6]. Hagamos, pues, los dos una morada común.

Está completo desde su principio hasta su final, según se halló escrito.

T. W. Thacker, en D. Winton Thomas (ed.), *Documents from Old Testament Times* (Londres 1958).

261. EL «CANTICO DEL ARPISTA». «NINGUNO DE LOS QUE ALLA MARCHARON HA RETORNADO»

(Antiguo Egipto)

¡Qué prosperidad la de este buen príncipe! [1]
Bueno es este destino, que los cuerpos disminuyan
y fenezcan, mientras otros quedan,
desde los tiempos de los antepasados,
los dioses que ya antes fueron,
que reposan en sus pirámides,
nobles y gloriosos difuntos por igual,
sepultados en sus pirámides.
Los que edificaron sus templos funerarios,
ya no existe su lugar.
Ved lo que allí ha sucedido.
Las palabras escuché de Imhotep y Hardedef [2],

[5] «Lo que yo (?) te he dicho». En el original se lee «lo que tú has dicho». El sentido exige esta corrección del pronombre.

[6] «Estés ya fatigado» es un eufemismo por «hayas muerto»; cf. en el mismo texto, *supra,* «los fatigados que murieron junto al dique».

[1] Se refiere al rey difunto en cuya tumba se inscribió este cántico.

[2] Imhotep fue gran visir, arquitecto jefe y sabio famoso bajo el rey Zoser, de la III Dinastía (siglo XXX a. C.). Hardedef fue un príncipe real, hijo de Khufu de Gizeh, relacionado, por tanto, con la gran pirámide. Vivió aproximadamente un siglo después que Imhotep. Ambos pasaron a ser considerados sabios en sentido proverbial mil años después de su muerte.

célebres como sentencias suyas.
Ved allí sus lugares.
Derruidos están sus muros,
sus lugares ya no existen,
como si nunca hubieran existido.
Nadie regresó de allá
para explicarnos cómo fue su partida,
para explicarnos cuál fue su destino,
para dar contento a nuestro corazón
hasta el momento en que hayamos de partir
hacia el lugar al que ellos marcharon.
Anima a tu corazón a olvidarlo,
complaciéndote en seguir tu deseo
mientras vives.
Pon mirra sobre tu cabeza
y vístete prendas de fino lino,
rodeado de lujo espléndido,
cosas en verdad propias de dioses.
Aumenta tus placeres,
y no languidezca tu corazón.
Busca tu bien y tu deseo
y ordena tus asuntos en la tierra
conforme al mandato de tu corazón.
Ya te llegará el día del lamento,
cuando el de corazón silencioso no oye su lamentación
y el que yace en la tumba no se entera del duelo.
Celebra el día alegre,
no te preocupes del resto.
Mira, ningún hombre se lleva sus bienes.
Cierto, ninguno de los que marcharon allá ha regresado.

J. H. Breasted, *Development of Religion and Thought in Ancient Egypt* (1912) 182-183.

262. DESILUSION Y DESESPERANZA ENTRE LOS EGIPCIOS. LAS «ADVERTENCIAS» DE IPU

Estas «Advertencias» datan del siglo XXII a. C.

Se solía decir que era pastor de todo hombre, que en su corazón no había rastro alguno de malicia, que por muy insignificante que fuera su rebaño, no dejaría de emplear todo el día en cuidar de él... ¡Ay! Si hubiera conocido la condición de los hombres en la

primera generación, habría alzado su brazo y lanzado su maldición contra ellos. Hubiera destruido sus herederos, a pesar de que eran su propia semilla. Pero prefirió que prosiguieran los nacimientos... no podían cesar mientras estuvieran allí aquellos dioses (los reyes justos del pasado). Del vientre de las mujeres de Egipto aún sigue brotando la descendencia, pero no la vemos [jugando?] en el camino. Rapiña y violencia es lo que estos dioses (los últimos reyes) han traído. En sus tiempos no ha habido un verdadero piloto. ¿Dónde está? ¿Acaso duerme? He aquí que nadie ve signo alguno de su fuerza todopoderosa.

R. T. Rundle Clark, *Myth and Symbol in Ancient Egypt* (Nueva York 1960) 68-69.

Cf. también n.[os] *18-20, 166-170, 272, 273.*

263. UNA PARABOLA JAINISTA: EL HOMBRE QUE ESTABA EN EL POZO

(Haribhadra, *Samarādityakathā* II, 55-88)

Cierto hombre, muy oprimido por los pesares de la pobreza,
abandonó su hogar y marchó a otro país.
Recorrió la tierra, con sus aldeas, ciudades y puertos,
y a los pocos días se extravió.

Y llegó a una espesa selva... llena de fieras. Allí, mientras iba dando tropiezos por ásperos senderos, presa del hambre y la sed, vio un elefante loco que trompeteaba salvajemente y que se le venía encima enarbolando un tronco. Al mismo tiempo apareció ante él una diablesa que empuñaba una aguda espada, terrible de rostro y formas, que reía con fuertes y estridentes risotadas. Al ver todo aquello, sus miembros empezaron a temblar invadidos por un temor mortal y el hombre se puso a mirar en todas direcciones. Entonces, hacia el este de donde estaba, vio un gran árbol *banyan*...

Y corrió veloz, y llegó hasta el árbol poderoso.
Pero se desalentó, porque era tan alto que ni los pájaros hubieran podido volar sobre él,
y él era incapaz de escalar su alto tronco inaccesible...
Todos sus miembros temblaban con pavor terrible,
hasta que, mirando alrededor, vio un pozo viejo cubierto de hierba.

Temiendo morir y aferrándose a la vida, aunque sólo fuera por un momento,
se dejó caer en el pozo, al pie del árbol *banyan*.
Del muro profundo un manojo de cañas brotaba, y a él se asió,
mientras abajo veía terribles serpientes enfurecidas por el ruido de su caída,
y en el fondo del todo, a juzgar por sus silbidos, había un fuerte y enorme pitón
con las fauces abiertas y el cuerpo tan recio como la trompa de un elefante celeste, de terribles ojos rojos.
Pensó entonces: «Mi vida durará lo que aguanten estas cañas»,
y levantó su cabeza, y sobre el manojo de cañas vio dos enormes ratones,
uno blanco y otro negro, que con afilados dientes roían las raíces de las cañas.
Llegó el elefante salvaje, que, rabioso al no poder alcanzarle,
cargó una y otra vez contra el tronco del árbol *banyan*.
A sus golpes, una gran colmena que colgaba
de una rama sobre el pozo, se desprendió y cayó.
Un enjambre de furiosas abejas picó al hombre por todo el cuerpo,
pero, casualmente, sobre su cabeza cayó una gota de miel,
se escurrió por su frente y llegó hasta sus labios,
haciéndole sentir por un momento su dulzor. Esperó que cayeran más gotas,
y con ello se olvidó del pitón, las serpientes, el elefante, los ratones, el pozo y las abejas,
en su espera ansiosa de que cayeran más gotas de miel.
Esta parábola puede ilustrar las mentes de los que buscan la liberación.
Oye ahora su interpretación cierta.
El alma es el hombre, y su peregrinar por el bosque, los cuatro tipos de existencia.
El elefante salvaje es la muerte, y la diablesa, la ancianidad.
El árbol *banyan* es la salvación, que libra del temor a la muerte, que es el elefante,
pero al que no puede subir ningún hombre sensual.
El pozo es la vida humana, y las serpientes son las pasiones,
que al hombre dominan de modo que no sabe lo que ha de hacer.
El manojo de cañas es el tiempo de vida otorgado al hombre, durante el cual vive el alma encarnada.
Los ratones que rápidamente la consumen son las quincenas oscura y clara.

Las abejas y sus aguijones son las muchas enfermedades
que atormentan al hombre hasta robarle toda alegría.
El pitón temible es el infierno que arrebata al hombre distraído
por el placer sensual,
al caer en el cual sufre el alma dolores a millares.
Las gotas de miel son los placeres vanos, terribles al final.
¿Cómo podrá desearlos un hombre prudente en medio de tantos
peligros y dolores?

W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Indian Tradition* (Nueva York 1958) 56-58.

264. EL YO INDESTRUCTIBLE Y ETERNO. ENSEÑANZAS DE KRISHNA A ARJUNA

(*Bhagavadgīta* II, 16-26, 47)

16. Nada puede surgir de lo que no es,
y la nada no puede surgir de lo que es,
pero la línea divisoria entre ambos términos
sólo es conocida por los que conocen la verdad.
17. Pero sabe que es indestructible aquello
de que todo ello está embebido.
La destrucción de esto imperecedero
nadie puede contemplar.
18. Los cuerpos llegan a un final,
está dicho, pero el alma eterna encarnada
es indestructible e inefable.
¡Lucha, pues, hijo de Bharata!
19. Uno lo juzga mortífero,
otro cree darle muerte,
y ninguno de los dos entiende,
porque ni da muerte ni es muerto.
20. No ha nacido ni morirá nunca,
y una vez sido, nunca dejará de ser.
Innato, eterno, perdurable, el antiguo
no es muerto cuando el cuerpo es muerto.
21. Quien tiene por indestructible y eterno
a esto innato e imperecedero,
¿cómo, hijo de Pritha, podría
dar muerte o hacérsela dar a nadie?
22. Como el hombre sus vestidos usados
deja, y otros nuevos toma,

así los cuerpos gastados cambia
por otros el alma encarnada.
23. No la tajan las espadas,
no la abrasan las hogueras,
no la humedece el agua,
no la seca el viento.
24. Ni tajada ni abrasada
ni humedecida ni secada será.
Eterna, omnipresente, fija,
inmóvil, perdurable es.
25. Oculta, impensable,
inmutable está dicho que es.
Si como tal la conoces,
no le guardes luto.
26. Y si piensas que siempre nace
y que siempre está muriendo,
aun entonces, tú, el bien armado,
no le guardes luto...
47. Cuida sólo de la acción,
y no de sus frutos,
que los frutos de la acción no te muevan
ni tomes apego a la inactividad.

F. Edgerton, *The Bhagavad Gita* I (Cambridge 1944).

265. EL PESIMISMO GRIEGO

¿Qué vida hay, qué placer sin la dorada Afrodita? Muera yo tan pronto como sea incapaz de participar en sus quehaceres. Furtivos galanteos, favores de enamorados, uniones de amantes, tales son las flores únicas de juventud que para hombre y mujer merece la pena recoger. Que llegue la vejez, cargando al hombre de malicia y fealdad a un tiempo, y continuamente roerán su corazón pesares amargos. Ningún placer tendrá en ver la luz del sol, despreciado por los jóvenes y desdeñado por las mujeres. Amarga es la vejez, tal como el dios estableció.

Semejantes somos a las hojas que la florida primavera hace brotar, que pronto se marchitan bajo los rayos del sol. Como ellas, sólo por breve tiempo gozamos de las flores de la juventud, sin conocimiento del bien o del mal que nos viene de los dioses. Pero establecidos están los destinos sombríos, la amarga vejez en una de sus manos y la muerte en la otra. Breve es el fruto de la juventud, y no dura más que la luz del sol que por espacio de un

día cubre la tierra. Y cuando la primavera de la vida ha pasado, verdaderamente es mejor morir que seguir viviendo, pues son muchas las desgracias que agobian el corazón.

Mimnermo de Colofón (siglo VII a. C.)

Honra y gloria obtiene el hombre que combate a los enemigos por amor a su país, sus hijos y su amante esposa. En cuanto a la muerte, llegará cuando lo decidan las Parcas con su huso... Pues establecido está que ningún hombre pueda eludir la muerte, aunque tenga por valedores a los mismos inmortales. Podrá esconderse y rehuir la pelea y el golpe de la jabalina, pero en su casa lo hallará el hado de la muerte. No le amarán tanto las gentes ni le echarán igualmente de menos en este caso. El guerrero, en cambio, si algo le ocurre, es llorado por altos y bajos, y su vida se iguala a la de los semidioses.

Calino (siglo VII a. C.)

Hijo mío, el final de todas las cosas está en manos de Zeus, el celeste tronador. El hombre nada puede hacer. Criaturas de un día, vivimos como el ganado, sin saber nada acerca del modo en que el dios nos conducirá a nuestro fin. De esperanza e ilusiones nos nutrimos mientras buscamos lo inasequible. [Un hombre, prosigue, se siente atrapado por la vejez antes de que llegue a cumplir su propósito, mientras que otros sufren enfermedades agotadoras, son arrebatados en la guerra o en un naufragio, o se suicidan, y así sucesivamente. El mal está en todas partes]. Diez mil maldiciones, desgracias y dolores sin cuento son la suerte de la humanidad.

Semónides (siglo VII a. C.)

¿Los hombres? Menguada es su fuerza, estériles sus cuidados, breve su vida, fatiga sobre fatiga. La muerte inevitable los arrebata a todos, buenos y malos por igual.

Toda sabiduría pertenece a Dios. En la vida mortal nada hay libre de desgracia.

Simónides de Quíos (siglo VII a. C.)

W. K. C. Guthrie, *The Greeks and Their Gods* (Londres 1950) 129-131.

266. UN FILOSOFO PAGANO HABLA SOBRE EL USO DE LAS IMAGENES

(Máximo de Tiro, *Oración* VIII, 10)

Máximo de Tiro (ca. *125-185) fue un filósofo sofista y ecléctico que viajó mucho e impartió sus enseñanzas en Atenas y Roma.*

En cuanto al Dios Padre y Creador de todo cuanto existe, más antiguo que el sol, más antiguo que el cielo, mayor que el tiempo y que la eternidad y que todo el continuo fluir de la naturaleza, no ha de ser nombrado por ningún jurista, no ha de ser mentado por ninguna voz, no ha de ser visto por ojo alguno. Nosotros, sin embargo, incapaces de captar su esencia, nos servimos de sonidos, nombres e imágenes, de oro batido, de plata y marfil, de plantas y ríos, de cumbres montañosas y torrentes en nuestro anhelo por conocerle y, en nuestra debilidad, apelando a cuanto hay de bello en este mundo, lo atribuimos a su naturaleza. Esto mismo ocurre con los que aman a otra persona, que a la vista de las cosas bellas creen contemplar una semejanza de sus hijos, y a los que también resulta placentero su recuerdo, pues se sienten felices ante una lira, una pequeña lanza, o quizá una sillita o un estadio o cualquier otra cosa que les traiga el recuerdo de aquellos a los que aman. ¿Para qué seguir examinando y juzgando las imágenes? Que todos los hombres tengan conocimiento de lo divino, que lo conozcan, y ya es suficiente. Si los griegos se sienten movidos a recordar a Dios por el arte de Fidias, o los egipcios a tributar culto a los animales, y si aun otros se sienten movidos a lo mismo ante un río o a la vista del fuego, no seré yo quien se lamente de estas diferencias. Lo que importa es que conozcan, que amen, que recuerden.

Cf. F. C. Grant, *Hellenistic Religions* (Nueva York 1953) 168.

267. ESCEPTICISMO RELIGIOSO EN TIEMPOS DE CICERON

(Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses* III, 79-95)

Esta obra de Cicerón es uno de los textos más importantes para la historia del pensamiento religioso antiguo y la filosofía de la religión. Significó un giro decisivo en la eterna discusión, ya que Cicerón puso de relieve las dificultades con que tropezaban los

hombres educados de su época en este terreno, y que eran ante todo el declinar de la confianza en los dioses tradicionales y en la divina providencia (es decir, el gobierno divino del mundo), al mismo tiempo que todos experimentaban un anhelo semiconsciente de una creencia racional y admisible en el designio divino.

La «Naturaleza de los dioses» se escribió en el verano del año 45 a. C. La trama del diálogo es sencilla. Cotta y sus amigos están reunidos en la villa *del primero durante las Fiestas Latinas del año 76 a. C. Los partícipes son Gayo Veleyo, destacado experto romano en epicureísmo; Balbo, estoico famoso, y Cotta, el anfitrión, agudo y eminente expositor de las teorías de la Nueva Academia. También está presente Cicerón. En el libro I, Veleyo expone los principios esenciales de la doctrina epicúrea sobre la existencia y naturaleza de los dioses (18-56). El resto del libro I recoge la réplica de Cotta, el académico, que refuta por completo la teología epicúrea y demuestra que la filosofía destruye del todo la religión (57-124).*

El libro II expone con todo detalle las doctrinas positivas de la teología estoica, que Balbo divide en cuatro apartados: 1) la existencia de los dioses, probada por numerosos argumentos (4-44); 2) su naturaleza (45-72); 3) su gobierno providencial del mundo (73-153), y 4) su cuidado providencial del hombre (154-168). El libro III contiene la crítica que, desde el punto de vista académico, hace Cotta de la exposición estoica de Balbo.

«Nada más hemos de añadir a un asunto que ya quedó perfectamente claro. Telamón despacha todo el tema de que los dioses no se cuidan de los hombres en una sola sentencia [de la pieza de Ennio]:

> Si ellos se cuidasen [de nosotros],
> prosperaría el bien y sufriría el mal.
> Pero no ocurre así.
>
> *(Frag. 330)*

Hubieran hecho buenos los dioses a todos los hombres, si es que de verdad les preocupa el bienestar de la raza humana, (80) o al menos cuidarían de los buenos. ¿Cómo se explica que los dos Escipiones, los mejores y más valientes de los hombres, fueran derrotados en España por los cartagineses? ¿Por qué tuvo que enterrar Máximo a su hijo, un cónsul? ¿Por qué se permitió que Aníbal diera muerte a Marcelo? ¿Por qué fue arrollado Paulo en Cannas? ¿Por qué fue entregado Régulo en manos de los carta-

gineses para ser torturado? ¿Por qué no le sirvieron los muros de protección a Africano [fue muerto por un asesino desconocido]? Pero todos estos casos y otros muchos pertenecen al pasado. ¿Por qué está ahora en el exilio mi tío Publio Rutilio, hombre de carácter sin tacha y sabio eminente? ¿Por qué fue asesinado mi colega Druso en su propia casa? ¿Por qué aquel modelo de templanza y prudencia, Quinto Scévola, Pontífice Máximo, fue asesinado en la presencia misma de la imagen de Vesta? Y antes de que tal cosa sucediera, ¿por qué tantos eminentes ciudadanos fueron muertos por Cinna? ¿Por qué se dio al más traicionero de todos los hombres, Gayo Mario, el poder de enviar a la muerte al más noble de todos los hombres, Quinto Cátulo? (81) Resultaría demasiado corta la jornada si hubiera de hacer una enumeración completa de todos los hombres buenos que han sido derrotados por la adversidad o de los malvados que han prosperado. ¿Por qué murió sosegadamente en su casa Mario, ya anciano y cónsul por siete veces? ¿Por qué gobernó durante tanto tiempo aquel hombre cruel, Cinna? 'Pero', me diréis, 'al final fue castigado'. Mejor hubiera sido impedir que asesinara a tantos hombres eminentes que infligirle luego su castigo... Más aún, hemos oído contar cómo Anaxarco, discípulo de Demócrito, fue muerto por el tirano de Chipre, y que Zenón de Elea fue torturado hasta la muerte. No tengo necesidad de mencionar a Sócrates, cuya muerte no puedo leer en Platón [en el *Fedón*] sin derramar lágrimas. ¿No veis, pues, que el juicio de los dioses, suponiendo que se preocupen de los asuntos humanos, borra toda distinción [entre buenos y malos, entre justos y malvados]? (Cf. § 84 *ad fin.).*

(83) »Solía decir Diógenes el Cínico que Harpalo, un bandido que en aquellos tiempos fue tenido por hombre feliz, era el más firme testigo en contra de los dioses, pues vivió y prosperó tanto tiempo. Dionisio, al que acabo de referirme, después de saquear el templo de Proserpina en Locri, navegaba de regreso a Siracusa, y como le impulsara un fuerte viento de popa, dijo sonriendo: 'Ya veis, amigos, qué hermoso viaje otorgan los dioses a los sacrílegos'. Y como era hombre perspicaz, aprendió la lección y se mantuvo luego en aquella idea. Cuando su flota arribó a las costas del Peloponeso, llegando al templo de Zeus en Olimpia, despojó al dios del enorme manto de oro que el tirano Celón había consagrado a Jove, y que había sido confeccionado con los despojos arrebatados a los cartagineses. Y hasta se permitió hacer bromas, diciendo que un manto de oro era demasiado pesado para el verano y muy frío en invierno, por lo que ordenó tejer otro manto de lana, que es bueno en cualquier estación.

»También mandó quitar su barba de oro a Esculapio en Epidauro, diciendo que no era decoroso que el hijo llevara barba cuando su padre [Apolo] aparecía sin ella en todos los templos. (84) Hizo también retirar de los santuarios las mesas de plata, pues de acuerdo con la antigua costumbre griega llevaban la inscripción 'Propiedad de los dioses bondadosos', y él afirmaba que era su deseo beneficiarse de tanta bondad...

(86) »'Pero', me argumentaréis, 'los dioses no se ocupan de naderías (cf. II, 167) ni se cuidan de los campos menguados y las pobres viñas de los individuos, de forma que los daños mínimos causados por el tizón o el granizo difícilmente pueden atraer la atención de Júpiter. Tampoco cuidan los gobernantes en sus reinos de todos los pormenores'. Este es vuestro argumento. ¡Cómo si el tema de mi alegato fuesen las posesiones de Publio Rutilio en Formias [§ 80] y no su total desamparo! Pero así es como se comportan los mortales: sus intereses materiales ['las cosas buenas de la vida'], sus viñedos, trigales, campos, olivares, cosechas abundantes de grano y frutos, en una palabra: todos los bienes y la prosperidad que enriquecen su vida, todo esto, afirman, viene de los dioses, ¡pero nadie consideró nunca la virtud como don de un dios! (87) Y no cabe duda de que les sobran razones, pues nuestras virtudes nos dan derecho a ser alabados por los demás, y de nuestra virtud podemos sentirnos satisfechos, cosa que no sería posible si nos viniera como un don de Dios, no de nosotros mismos. Por otra parte, cuando adquirimos nuevos honores o somos bendecidos por algún aumento en nuestras propiedades, o cuando recibimos alguna otra de las buenas cosas que nos depara la fortuna o nos salvamos por suerte de algún mal, damos gracias a los dioses y no suponemos que se nos debe alabanza alguna por ello. Pero ¿quién dio nunca gracias a los dioses por ser hombre honrado? No, pues les damos gracias porque somos ricos, porque se nos conceden honores, porque estamos a salvo y con buena salud...

(89) »'Pero los hombres honrados llegan muchas veces felices al término de su vida'. Así es, y por ello los tomamos como ejemplo y sin el menor atisbo de razón atribuimos su éxito a los dioses. Diágoras, llamado el Ateo, visitaba en cierta ocasión Samotracia, donde un amigo le mostró los retratos de algunas personas que habían sobrevivido a tempestades muy peligrosas. 'Tú supones', le dijo, 'que los dioses no prestan atención alguna a los asuntos humanos. ¿No te dicen estas pinturas que muchos, gracias a los votos que hicieron a los dioses, escaparon de la violencia de las tempestades y llegaron sanos y salvos al puerto?'. 'Es cierto', re-

plicó Diágoras, 'pero aquí faltan los retratos de los que naufragaron y se perdieron en el mar'. Con ocasión de otro viaje hubo de sufrir él mismo otra tempestad, y los marineros, alarmados y aterrados, le decían que eran merecedores de tal desventura por haberle admitido a bordo de su barco. Pero les hizo ver que había otros muchos barcos bregando contra la tempestad, y les preguntó si creían que cada uno de ellos llevaba su propio Diágoras a bordo. Por lo que respecta a la buena o mala fortuna, no supone la menor diferencia lo que eres o cómo has vivido.

(90) »'Los dioses, como los reyes, no se ocupan de todo en detalle', se ha dicho [cf. § 86]. Pero ¿en qué está aquí el paralelo? Si los reyes descuidan a sabiendas algo [de lo que son responsables], su culpa es grande. Pero un dios no puede alegar ignorancia como excusa. ¡Y qué manera de defender su causa cuando decís que si un malvado escapa del justo castigo con la muerte, su pena recae sobre sus hijos, los hijos de sus hijos y toda su posteridad! ¡Qué maravilloso ejemplo de justicia divina! ¿Toleraría ninguna ciudad que se propusiera una ley como ésta, por la que se sentenciara al hijo o al nieto a cuenta del crimen cometido por su padre o por su abuelo?...

(93) »'La providencia', decís, 'no se preocupa de los individuos' [cf. II, 164]. Y no es para extrañarse, puesto que tampoco se preocupa de las ciudades. ¿Digo de las ciudades? No, ni tan siquiera de naciones y pueblos enteros. Y si no se tienen en cuenta las naciones enteras, tampoco es de extrañar que se desprecie toda la raza humana. Pero ¿cómo podéis afirmar que los dioses se desentienden de las circunstancias menudas de la vida, y al mismo tiempo sostenéis que cada uno de nuestros sueños es enviado a los hombres por los dioses inmortales? Os planteo esta cuestión porque vuestra escuela cree en la verdad de los sueños. ¿Y también afirmáis que los hombres deben obligarse mediante juramentos? Ahora bien, los juramentos son formulados por los individuos, y de ahí se seguiría que la mente divina presta oído incluso a los asuntos privados; ¿no veis que, en consecuencia, no está tan sobrecargada [por los asuntos públicos] como suponíais? Demos por supuesto que está muy ocupada impulsando los cielos, vigilando la tierra y regulando los mares, ¿por qué permite entonces que tantos otros dioses permanezcan ociosos y sin hacer nada? ¿Por qué no se confía el gobierno de los asuntos humanos a algunas de estas divinidades ociosas, que tú mismo, Balbo, has dicho que son innumerables?

»Esto es lo que tenía que decir acerca de la naturaleza de los dioses, no con deseo de destruir [tal idea], sino simplemente para

que veais que se trata de un asunto oscuro y difícil de explicar» [cf. I, 1].

(94) Dicho esto, cesó de hablar Cotta. Pero Lucilio replicó: «Muy duro has sido en tu ataque contra la divina providencia, esa doctrina establecida por los estoicos con grandísima piedad y sabiduría. Pero como ya se hace tarde, ten a bien fijar otro día para que demos respuesta a tus puntos de vista. Porque es mi deber desafiarte en defensa de nuestros altares y hogares, los templos y santuarios de los dioses, y aún diría los muros de la Ciudad, que vosotros, los pontífices, declaráis sagrada, pues rodeáis a la Ciudad de [ceremonias de la] religión aún más cuidadosamente de lo que hacéis con sus muros. Todo esto es algo que, mientras me queden alientos, pensaré que sería una desgracia abandonar».

(95) A lo que Cotta replicó: «¡Bien quisiera que me refutaras, Balbo! Todo cuanto dije no fue con intención de zanjar este debate, sino para seguir la discusión, y seguro estoy de que podrás derrotarme».

«De ello no cabe duda», dijo Veleyo, «pues cree que hasta nuestros sueños nos son enviados por Júpiter, que, aun siendo tan vanos, todavía tienen mayor peso que un discurso estoico sobre la naturaleza de los dioses».

Cf. F. C. Grant, *Ancient Roman Religion* (Nueva York 1957) 140ss.

268. ALA ESTA MAS CERCA DEL HOMBRE QUE SU VENA YUGULAR

(Corán, 50, 1-16)

Se asombran de que uno salido de ellos haya venido a advertirles.
Y dicen los infieles: «¡Esto es algo asombroso!
Cuando muramos y seamos polvo... Es volver de lejos...».
Ya sabemos qué es lo que de ellos consume la tierra. Tenemos una *Escritura* que conserva.
Pero han desmentido la Verdad cuando ha venido a ellos y se encuentran en un estado de confusión.
¿No ven el cielo que tienen encima, cómo lo hemos edificado y engalanado y no se ha agrietado?
Hemos extendido la tierra, puesto en ella firmes montañas y hecho brotar en ella toda clase de plantas,
como ilustración y amonestación para todo siervo arrepentido.
Hemos hecho bajar del cielo agua bendita, mediante la cual hacemos

que crezcan jardines y el grano de la cosecha,
esbeltas palmeras de apretados racimos,
para sustento de los siervos. Y, gracias a ese agua, devolvemos la vida a un país muerto. Así será la resurrección.
Antes de ellos, ya habían desmentido el pueblo de Noé, los habitantes de ar-Ras, los tamudeos,
los aditas, Faraón, los paisanos de Lot,
los habitantes de la Espesura y el pueblo de Tubba. Todos ellos desmintieron a los enviados. Y se cumplió mi amenaza.
¿Es que nos agotó la primera creación? Pues, en lugar de creer, dudan de una nueva creación.
Sí, hemos creado al hombre. Sabemos lo que su mente le sugiere. Estamos más cerca de él que su misma vena yugular.

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

269. DIOS «CONOCE LOS PENSAMIENTOS DENTRO DE LOS PECHOS»

(Corán, 30, 3-7)

Dios no guía al que miente, al contumaz infiel.
Si Dios hubiera deseado adoptar un hijo, habría elegido entre lo que ha creado lo que hubiera querido. ¡Gloria a él! Es Dios, el uno, el invicto.
Ha creado con un fin los cielos y la tierra. Hace que la noche suceda al día y el día a la noche. Ha sujetado el sol y la luna, prosiguiendo los dos su curso hacia un término fijo. ¿No es él el poderoso, el indulgente?
Os ha creado de una sola persona, de la que ha sacado a su cónyuge. Os ha dado, de los rebaños, cuatro parejas. Os ha creado en el seno de vuestras madres, creación tras creación, en triple oscuridad. Tal es Dios, vuestro Señor. Suyo es el dominio. No hay más dios que él. ¡Cómo, podéis, pues, ser tan desviados!
Si sois ingratos..., Dios puede prescindir de vosotros. No acepta la ingratitud de sus siervos. En cambio, si sois agradecidos, os lo aceptará complacido. Nadie cargará con la carga ajena. Al final, volveréis a vuestro Señor y ya os informará él de lo que hacíais. Sabe bien lo que los corazones encierran.

Traducción de J. Cortés, *El Corán* (Editora Nacional, Madrid 1979).

Cf. también n.os 73, 237, 252.

270. «¿DONDE ESTA LA TIERRA EN QUE NO SE MUERE?»

(Poema nahuatl)

Los nahuas son un antiguo pueblo mexicano.

Cuanto más lloro, más me aflijo,
y menos lo desea mi corazón.
¿Acaso no he de marchar, cuando todo esté dicho,
al País del Misterio?
Aquí, en la tierra, nuestros corazones dicen:
«¡Amigos míos, si fuésemos inmortales!
Amigos, ¿dónde está el país en que no se muere?
¿Podré ir allá? ¿Vive allí mi madre? ¿Vive allí mi padre?».
En el País del Misterio... tiembla mi corazón:
si no tuviese yo que morir, si no tuviese que perecer...
Sufro y siento dolor.
Bien cimentada dejaste tu fama,
oh príncipe Tlacauhuepantzín.
Nosotros no somos aquí más que esclavos.
Los hombres están simplemente
ante aquel por quien todos viven.
Llega el nacimiento, viene la vida a la tierra.
Por breve tiempo se nos concede
la gloria de lo que a todo da vida.
Llega el nacimiento, viene la vida a la tierra.
Nosotros venimos sólo a soñar.
No es cierto, no es verdad que vengamos a vivir en la tierra.
Hierba de primavera somos nosotros.
Llega, en rastro glorioso, hace brotar unas yemas, nuestro corazón,
la flor de nuestros cuerpos abre unos pocos pétalos, luego se marchita.

L. Séjourné, *Burning Water* (Londres 1957) 63-64.

271. LAMENTACION MEXICANA (NAHUATL)

1. Llorando, yo, el cantor, tejo mi cántico con flores de tristeza. Traigo a la memoria los jóvenes, los tiestos, los fragmentos que marcharon al país de los muertos. Nobles y fuertes aquí en la tierra, un día se secaron como plumas los jóvenes, se rompieron en fragmentos como una esmeralda, ante la faz y a la vista de quie-

nes les vieron en la tierra, y con el conocimiento de la Causa de Todo.

2. ¡Ay, ay! Canto con dolor cuando recuerdo a los niños. Pudiera yo traerlos aquí de nuevo, estrechar sus manos otra vez, llamarlos y sacarlos del país de los muertos, sacarlos de nuevo a la faz de la tierra, para alegría y delicia del Dador de la Vida. ¿Seríamos capaces nosotros, sus siervos, de rechazarlo o serle ingratos? Lloro, pues, en mi corazón yo, el cantor, cuando traigo a la memoria y recuerdo las cosas tristes y dolorosas.

3. ¡Si sólo supiera que ellos pueden oírme, allá en el país de los muertos, cantaría yo un precioso cántico! ¡Si pudiera yo alegrarles, consolar el dolor y el tormento de los niños! ¿Cómo aprender a hacerlo? ¿De dónde sacaría yo mi inspiración? Están donde yo no puedo seguirlos, y tampoco puedo hacerles llegar mi voz como a quien está en la tierra.

D. G. Brinton, *Ancient Nahuatl Poetry* (Filadelfia 1890) 73.

B. *HUMILDAD, SABIDURIA, TOLERANCIA*

DOCTRINA EGIPCIA

272. UN PENSADOR RELIGIOSO EGIPCIO. LA INSTRUCCION DEL REY MERI-KA-RE

El extracto que sigue a continuación está tomado de una obra compuesta por un rey egipcio para su hijo Meri-ka-re, que le sucedió en el trono. Ambos vivieron en la etapa de confusión y anarquía conocida como Primer Período Intermedio, que siguió a la caída del Imperio Antiguo (ca. *2280 a. C.) y que precedió al Imperio Medio* (ca. *2000 a. C.). La «Instrucción del rey Meri-ka-re», por consiguiente, fue compuesta en momentos de violencia e intriga, y en tal contexto ha de ser entendida e interpretada...*

En el Papiro de Leningrado (el único en que se ha conservado completa esta porción del texto), la primera sentencia de cada uno de los dos párrafos aparece escrita con tinta roja. Reproducimos aquí estos encabezamientos en letra cursiva.

Haz justicia mientras moras en la tierra. Consuela al que llora y no oprimas a la viuda. No expulses a un hombre de la propiedad de su padre. No hagas daño a los funcionarios en lo relativo a sus puestos [1]. Guárdate de castigar injustamente. No mates, pues de ningún provecho te serviría. Castiga cautamente [2] con bastonazos, para que este país [3] permanezca en paz, excepto al rebelde, cuando sus planes hayan sido descubiertos, pues Dios conoce al hombre de corazón traicionero y Dios castigará sus pecados en sangre. El hombre moderado es el que... durante su vida. No des muerte a un hombre cuyas buenas cualidades conoces, con el que cantaste las escrituras [4] y leíste en el inventario... Dios, orgulloso de tu paso en los lugares difíciles. El alma va al lugar que conoce, no puede apartarse de los caminos de ayer y ninguna magia se le puede oponer. Acude a los que le dan agua.

Los jueces [5] *que juzgan al defectuoso,* tú sabes que no son

[1] «Puestos». La palabra egipcia tiene un significado incierto. La traducción es conjetural.

[2] «Cautamente». El significado de la palabra egipcia es incierto.

[3] «Este país» es una expresión común para designar a Egipto.

[4] «Con el que cantaste las escrituras». Parece significar «con el que fuiste a la escuela».

[5] «Los jueces» son un tribunal de dioses que juzga a los muertos y sentencia su destino conforme a la conducta que observaron en la tierra.

remisos en el día de juzgar al miserable, a la hora de cumplir con su deber. Duro es cuando el acusador está lleno de conocimiento [6]. No pongas tu confianza en los muchos años [7], pues ellos ven toda la vida como una hora. El hombre sobrevive a la muerte y sus obras son puestas en montones a su lado. Eterna es la existencia en el más allá. Loco está el que la toma a la ligera. En cuanto al que la alcanza sin haber cometido maldad, vivirá en el más allá como un dios, prolongándose como los Señores de Eternidad.

T. W. Thacker, en D. W. Thomas (ed.), *Documents from Old Testament Times* (Londres 1958).

273. LA ENSEÑANZA DE AMENEMOPE

Los restos literarios que conocemos de los antiguos egipcios demuestran que aquel pueblo gustaba mucho de los tratados didácticos en que se recogían máximas sapienciales y verdades en forma de proverbios. Desde antiguo se venía sospechando que al menos algunos de los proverbios hebreos se habían inspirado en los modelos que ofrece esta literatura sapiencial, pero hasta la publicación de la «Enseñanza de Amenemope» no se tuvo la prueba definitiva de esta hipótesis. Se vio entonces que ciertos pasajes del texto egipcio ofrecían una notable semejanza con otros del Libro de los Proverbios. Aunque no se pueda probar que el texto hebreo copió directamente del egipcio, o a la inversa, apenas puede dudarse de que ambos guardan una relación esencial. Se ha sugerido que en el Próximo Oriente antiguo circulaba un fondo común de literatura proverbial de carácter panoriental e internacional. Lo cierto es que las semejanzas existentes entre la obra de Amenemope y el Libro de los Proverbios indican que la literatura proverbial no conocía fronteras nacionales en la época del Antiguo Testamento.

El rollo de papiro que contiene la «Enseñanza de Amenemope» fue adquirido para el Museo Británico en 1888... La época del texto conservado en el Museo Británico es objeto de controversias; las fechas que se han sugerido van del 1000 a. C. al ca. *600 a. C.... Es posible que el texto original se escribiera a finales de la XVIII Dinastía o comienzos de la XIX* (ca. *1300 a. C.), cuando entre Egipto y Siria se produjeron contactos particularmente estrechos.*

[6] «Duro es cuando el acusador está lleno de conocimiento», es decir, cuando el acusador está armado de hechos que hablan mal del difunto al comparecer éste ante los dioses, la sentencia no le puede ser favorable.

[7] «No pongas tu confianza en los muchos años». Por mucho tiempo que pase desde que se cometió el pecado, el acusador y los jueces lo recordarán.

Segundo capítulo

Guárdate de robar al pobre
y de mostrarte fuerte contra el de brazo quebrantado.
No extiendas la mano para rechazar al anciano
ni para adelantarte al viejo.
No consientas partir en misión inicua
ni ames al que la ha ejecutado.
No grites contra aquel a quien has injuriado
ni le repliques para justificarte.
Al que ha cometido el mal, la orilla del río lo abandona,
y su tierra inundada lo arrastra.
El viento norte se precipita para poner fin a su hora,
unido está a la tempestad;
bronco es el trueno y malos son los cocodrilos.
¡Oh alborotador! ¿Cuál es tu condición?
Grita recio, su voz hasta el cielo.
¡Oh Luna, acúsale de su crimen!
Guíanos para que pasemos al malvado a la otra orilla,
porque no haremos como él.
Levántalo, dale tu mano,
ponlo en manos de los dioses,
llena su vientre con el pan que tú posees,
de forma que se sacie y baje sus ojos.

NOTAS

Verso 1s. Cf. Prov 22,22. «El de brazo quebrantado» es el indefenso. En hebreo se usa una expresión semejante para aludir a la debilidad del faraón (Ez 30,21s.24) y a la de Moab (Jr 48,25).
Verso 4. «Adelantarte», es decir, no permitir al viejo que hable.
Verso 9. «La orilla del río lo abandona». Posiblemente significa que el suelo, socavado por la inundación, se hunde bajo sus pies.
Verso 16. «Oh Luna». La luna era el símbolo de Toth, el dios con cabeza de ibis, que presidía el juicio de los muertos, en que el corazón del hombre era pesado en contraste con la pluma de la verdad. Esta escena aparece pintada muchas veces en las copias del Libro de los Muertos.
Versos 17-22. Este pasaje ofrece un notable contraste con la «ley del talión» de la Antigüedad.
Verso 18. Cf. Prov 24,29.
Verso 20. Cf. Dt 33,27.
Verso 21. Cf. Prov 25,21. «Baje sus ojos» significa «se sienta avergonzado».

Sexto capítulo

No cambies los mojones en los linderos de la tierra cultivable,
no alteres la posición de la cuerda de medir.
No codicies un codo de tierra
ni derribes los cercados de una viuda...
Guárdate de derribar los cercados de los campos,
no sea que algo terrible te arrebate...
Mejor es la pobreza en la tierra del dios
que las riquezas en un almacén.
Mejor es el pan cuando el corazón se siente feliz
que las riquezas con vejaciones.

NOTAS

Versos 1-4. Cf. Prov 23,10 (también 22,28).
Verso 5. Cf. Prov 23,11.
Versos 7-10. Cf. Prov 15,16s; 18,1.

Séptimo capítulo

No lances tu corazón tras las riquezas,
pues no conviene olvidarse de Shay y Renent.
No pongas tu corazón en cosas externas;
todo hombre pertenece a su hora.
No trabajes para acumular;
satisfechas tienes tus necesidades.
Si las riquezas te vienen del robo,
no permanecerán una noche contigo.
Al romper el día no estarán ya en tu casa;
verás su lugar, pero no estarán allí.
La tierra abrió su boca: «Que entre y lo devore»,
se hundieron en el infierno.
Se hicieron una gran brecha a su medida,
y se han hundido en el almacén.
Se han hecho alas como de ocas
y han volado hasta el cielo.
No te goces con riquezas adquiridas por robo.
Tampoco gimas a causa de la pobreza.

NOTAS

Verso 2. Shay y Renent eran las divinidades de la fortuna. «Destino y Fortuna» sería la mejor traducción.
Verso 4. «Su hora». Posible alusión al horóscopo de una persona.
Versos 5-16. Cf. el notable paralelo de Prov 23,4s.
Verso 11. «Que entre y lo devore» es una descripción de la tierra, capaz de devorarlo todo.
Verso 15. «Ocas». En el Libro de los Proverbios se toma el vuelo del águila para compararlo con la huida de las riquezas (Prov 23,5).

Decimotercer capítulo

No hagas daño a nadie con la pluma sobre el papiro
—¡Oh abominación de los dioses!—
No atestigües con palabras mentirosas,
ni busques la desgracia de otro con tu lengua.
No hagas cuentas con el que nada tiene,
ni cometas falsedad con la pluma.
Si un pobre tiene contigo una gran deuda,
divídela en tres partes,
perdona dos y mantén una,
de forma que así encuentres los caminos de la vida.
Te acostarás, pasó la noche, y ya estás en la mañana;
será para ti como una buena noticia.
Mejor es la alabanza al que ama a los hombres
que las riquezas en el almacén.
Mejor es el pan cuando el corazón se siente feliz
que las riquezas con disputas.

NOTAS

Verso 6. Cf. Jr 8,8.
Versos 7-10. Se ha sugerido que la difícil parábola del mayordomo infiel, consignada en el Evangelio de san Lucas (16,1ss), pero que falta en los demás evangelios, podría ser una reminiscencia de estos versos.
Versos 13s. Cf. Prov 16,8; 17,1.

Trigésimo capítulo

Repasa por ti mismo estos treinta capítulos,
pues procuran placer e instruyen.
Son el mejor de todos los libros,
instruyen al ignorante.

Si se leen en presencia del ignorante,
él quedará limpio a causa de ellos.
Llénate de ellos, ponlos en tu corazón,
y hazte hombre capaz de explicarlos,
interpretándolos como un maestro.
En cuanto al escriba experimentado en su oficio,
se hallará digno de vivir en la corte.

Colofón

Este es el final
del escrito de Senu, hijo del Padre del Dios Pa-miu.

NOTAS

Verso 1. Cf. Prov 22,20.
Versos 10s. Cf. Prov 22,29.
Versos 12s. El colofón recuerda el final de la tarea del copista, cuyo nombre se indica. Los libros egipcios concluían normalmente de este modo. «El Padre del Dios» era un título que llevaban los sacerdotes ancianos de cierta categoría.

J. M. Plumley, en D. W. Thomas (ed.), *Documents from Old Testament Times* (Londres 1958).

PENSAMIENTO GRIEGO

274. «SOY MORTAL, UN HOMBRE»

(Esquilo, *Agamenón,* 914-930)

Las doncellas de Clitemnestra extienden una magnífica alfombra entre el carro y la puerta. Habla Agamenón.

Hija de Leda, tú que me guardas mi casa,
sólo de un modo tu bienvenida irá bien con mi ausencia.
Por largo tiempo la soportaste. Pero alabarme
en derecho corresponde a otros labios, no a los tuyos.
No trates, pues, como mujer, de acogerme
con delicias, ni, como si fuera yo un asiático,
te postres en tierra, lanzando fuertes gritos,
ni siembres la envidia en mi camino al cubrirlo
de telas. Tal cosa a los dioses cuadra, y a nadie más.

Yo soy un mortal, un hombre. No puedo hollar
tan colorido esplendor sin que el temor me salga al paso.
Como hombre y no como dios te pido reverencia.
Murmullo discordante se alza al hollar
tanta hermosura, cuando el don mejor de Dios al hombre
es una mente limpia. Llama feliz sólo al hombre
que en dulce tranquilidad llega a su término.
Si tal puedes hacer, buena será mi esperanza.

CREENCIAS JAINISTAS

275. LA CONCEPCION JAINISTA DEL KARMAN

(*Sūtrakritānga* I, 2, 1)

Los jainistas creen que los elementos esenciales de su doctrina fueron revelados en época muy remota (de hecho, en un tiempo mítico) por una serie de profetas o fundadores de la religión, llamados «Tirthamkaras». Rishabha, el supuesto inspirador del siguiente texto, fue el primer «Tirthamkara».

(Dijo Rishabha a sus hijos):

¡Adquirid el conocimiento perfecto de la Ley! ¿Por qué no la estudiáis? Difícil es instruirse en ella después de esta vida. Los días (pasados) nunca ya retornarán ni es fácil obtener por segunda vez un nacimiento humano.

Mirad, mueren los jóvenes y los ancianos, y hasta los niños en el seno materno. Como un halcón atrapa una codorniz, así termina la vida cuando su tiempo ha transcurrido.

Un hombre puede sufrir por causa de sus padres; no alcanzará fácilmente la felicidad después de esta vida. Un hombre piadoso ha de tener en cuenta estas causas de peligro, y cesará de actuar.

Porque en este mundo los seres vivos sufren individualmente a causa de sus obras; por la obra que hicieron ellos mismos obtienen castigo, y no escaparán sin haberlo sentido.

Aun los mismos dioses, gandharvas, rakshasas y asuras; los animales que viven sobre la tierra y las serpientes; los reyes, la gente común, los mercaderes y los brahmanas; todos ellos habrán de abandonar su clase y sufrir.

A pesar de sus placeres y relaciones, todos los hombres tienen que sufrir a su debido tiempo el fruto de sus obras. Como un coco se desprende de su tallo, también la vida acabará cuando el tiempo se haya consumido.

Aun el hombre sabio y virtuoso, el brahmana y el asceta serán castigados severamente por sus obras cuando se hayan entregado a acciones engañosas.

Ved, esos que buscan el conocimiento de la verdad, pero que no atraviesan el Samsara, sólo hablan del bien supremo (sin alcanzarlo).

¿Cómo entenderéis qué es lo que tenéis cerca y qué es lo que está más allá de vosotros? Entre tanto, sufrís por causa de vuestras obras.

El que anda desnudo y macilento, el que sólo come una vez al mes, si está lleno de engaño, renacerá un número infinito de veces.

¡Hombre, deja de pecar! Porque la vida de los hombres tocará a su término. Los hombres que están hundidos (en la codicia) y apegados al placer sufrirán, por falta de dominio, la decepción.

¡Ejercítate y domínate! Porque no es fácil caminar por senderos en los que hay animales minúsculos. Sigue los mandatos que los Arhats han proclamado claramente.

Los héroes (de la fe) que desisten (de pecar) y que se ejercitan en el bien, que se someten la ira, el temor, etc., nunca matarán seres vivos. Desisten de pecar y son enteramente felices.

No soy yo sólo el que sufre, pues todas las criaturas del mundo sufren. Esto ha de meditar el sabio, y soportará pacientemente (las calamidades) que le sobrevienen, sin dar curso a sus pasiones.

Como un muro cubierto de revoco (de estiércol seco de vaca) se hace más delgado con los golpes, así (el monje) ha de adelgazar su cuerpo mediante los ayunos, etc. Se abstendrá de dar muerte a los seres vivos. Esta es la Ley proclamada por el Sabio.

Como un pájaro cubierto de polvo se sacude la gris suciedad, así un brahmana austero y virtuoso, que hace penitencia, aniquila su karma.

Jóvenes y ancianos invocan por suyo a un shramana sin hogar, aunque él mendiga conforme a la Ley, observa las normas de conducta y practica penitencias. La gente gritará con voz ronca, pero no lograrán retenerle.

Hagan lo que hicieren para moverle a compasión, aunque griten acerca de su hijo, no retendrán a un monje digno y virtuoso ni le harán volver a la vida doméstica.

Aunque le tienten con placeres, y aunque le aten y lleven por fuerza a su casa, si a él nada le importa la vida (mundana), no le retendrán ni le harán volver a la vida doméstica.

Su padre y su madre, su esposa y sus hijos que le llaman, le advertirán: «Mira, tú eres nuestro apoyo; no te cuides del mundo futuro y atiéndenos».

Hay gentes neciamente apegadas a los demás, y en ello se engañan. Los injustos les hacen adoptar la injusticia, y ellos se alegran en su maldad.

El hombre virtuoso y sabio ha de cuidar, por tanto, de no pecar más y de vivir enteramente feliz. Los virtuosos héroes de la fe (han elegido) el gran camino, el sendero recto y seguro hacia la perfección.

El que ha pisado el camino que lleva a la destrucción (del karman), que domina su mente, su habla, su cuerpo, que ha renunciado a sus posesiones, amistades y empresas, caminará dominando en todo momento sus sentidos.

H. Jacobi, *Jaina Sūtras* II (Oxford 1895) 249-253.

ASHOKA, EMPERADOR Y FILOSOFO BUDISTA

Los Edictos de Ashoka

Ashoka *(ca.* 274-232 a. C.) fue un emperador y conquistador que se sintió lleno de remordimientos después de la breve y sangrienta guerra de Kalinga. Se reveló como todo un filósofo en las consecuencias que sacó de su arrepentimiento, como un filósofo político que se expresó en edictos y leyes, rodeando su país de «edictos rupestres» para publicar sus ideales y objetivos, dándolos a conocer a sus súbditos y a sus vecinos a lo largo de todas las fronteras, erigiendo columnas con los mismos edictos en los lugares importantes de su imperio, para expresar sus ideales morales y sociales, y con sus edictos en cuevas, mediante los que dedicó ciertos lugares a la práctica de la religión. También fue un filósofo moral que halló el medio de sustituir las conquistas con las armas por las conquistas con el Dharma, la justicia y el sentido moral. Fue también un dirigente religioso que abandonó las observancias externas en beneficio de la meditación interior, que renunció a las posesiones temporales por amor a las verdades eternas. Pero por encima de todo fue un maestro, especialmente del buen entendimiento entre las gentes y de la tolerancia.

Ashoka resume su doctrina en una sola palabra: «Dharma». Sus edictos dicen claramente que entendía su misión como la tarea de definir, publicar y difundir el Dharma. La fuerza y originalidad de su doctrina se ponen de manifiesto en el significado que dio a este término de por sí ambiguo. «Dharma» significa las ideas y los preceptos de la religión y la piedad, los principios y exigencias

de la ética y la moral. Con notable claridad reconoce Ashoka la interrelación de las distintas dimensiones de la vida moral; los deberes de todo hombre vienen determinados por su situación en la vida; la moral refleja el orden básico del universo y responde a una verdad que se evidencia en este mismo orden; la moral es un vínculo que une a las personas en sus asociaciones por familias, comunidades, religiones y naciones; la moral es un hecho básico que se expresa de modos diversos en las distintas culturas y religiones, que sienta las bases para el común entendimiento y la paz, es guía para la autorrealización, la acción y la felicidad; se realiza en la acción, avanza mediante la instrucción y está protegida por sanciones, pero a su vez ofrece una base para la política, la educación y la justicia; se llega a descubrir mediante la reflexión sobre sí mismo, la meditación y la conversión, y exige la renuncia a todo aquello que no esté de acuerdo con ella.

Ashoka atribuye su propio interés por el Dharma al arrepentimiento por la violencia y crueldad de la guerra de Kalinga. El cambio de corazón que en él provocó su reflexión sobre la guerra le movió a promulgar sus edictos en que propugna la reforma moral. Este interés adopta unos cauces eminentemente prácticos. El mismo se entregó al estudio del Dharma y trató luego de actuar conforme al Dharma, inculcando el Dharma a los demás. Las tres cosas son inseparables, pues el estudio del Dharma lo traduce en acción concreta; el actuar conforme al Dharma, aunque presupone el estudio, la instrucción, la vigilancia, la administración y las instituciones, es cosa que no se logra en última instancia sino mediante la meditación y el estudio.

N. A. Vicam y R. McKeon, *The Edicts of Ashoka* (Chicago 1959) ix-xii.

276. EL REY ASHOKA DISTINGUE ENTRE LAS CEREMONIAS SIN SENTIDO Y LAS «CEREMONIAS DEL DHARMA»

(Edicto rupestre IX)

El rey Priyadarshi, amado de los dioses, dice: el pueblo ejecuta diversas ceremonias. Entre las distintas ocasiones en que tales ceremonias tienen lugar se cuentan las enfermedades, los matrimonios de hijos e hijas, el nacimiento de los niños y la partida para los viajes. Sobre todo las mujeres recurren a numerosas y diversas ceremonias triviales, sin sentido.

Es justo realizar ceremonias. Pero las de aquella clase tienen escaso fruto. La ceremonia del Dharma *(Dharma-mangala)*, por el contrario, es muy provechosa. Consiste en dar el trato adecuado a los esclavos y siervos, en la reverencia a los maestros, en no hacer daño a las criaturas vivas y en tratar con liberalidad a los sacerdotes y ascetas. Estas y otras acciones semejantes son las llamadas ceremonias del Dharma.

Por consiguiente, un padre, hijo, hermano, maestro, amigo o conocido, y aun un vecino, deben decir acerca de tales ceremonias: «Son buenas; han de practicarse hasta tanto que su objeto haya sido obtenido. Yo debo observarlas».

Hay otras ceremonias de dudoso valor. Pueden conseguir su propósito o no conseguirlo en absoluto. Más aún, el fin con el que se practican queda limitado a este mundo.

La ceremonia del Dharma, por el contrario, no queda limitada por el tiempo. Aunque no consiga su objeto en este mundo, produce méritos ilimitados para el mundo futuro. Pero si produce su objeto en este mundo, logra ambos efectos: el fin deseado en este mundo y el mérito ilimitado para el futuro.

También se ha dicho que la liberalidad es recomendable. Pero no hay mayor liberalidad que el don del Dharma o el beneficio del Dharma. Por consiguiente, el amigo, el benevolente, el pariente o el compañero deben urgir a los demás cuando se presenta la ocasión, diciéndoles: «Debes hacer esto; esto es recomendable. Haciendo esto, alcanzarás el cielo». ¿Y qué cosa hay más digna que lograr el cielo?

N. A. Nikam y R. McKeon, *The Edicts of Ashoka (op. cit.)*, 46-47.

277. EL CAMBIO DE CORAZON DE ASHOKA Y LA CONQUISTA MEDIANTE EL DHARMA

(Edicto rupestre XIII)

El país de Kalinga fue conquistado por el rey Priyadarshi, amado de los dioses, en el octavo año de su reinado. Ciento cincuenta mil personas fueron llevadas cautivas, cien mil fueron degolladas y murió una cantidad de ellas que hacía varias veces este número.

Inmediatamente después de que fueran derrotados los kalingas, el rey Priyadarshi se entregó a un intenso estudio del Dharma, al amor del Dharma y a la propagación del Dharma.

El amado de los dioses, vencedor de los kalingas, se sintió lleno de remordimientos. Sintió una profunda tristeza y remordimientos, puesto que la conquista de un pueblo que antes no estaba sometido lleva consigo matanzas, muertes y deportaciones.

Pero hay un motivo aún más importante para los remordimientos del rey. Los brahmanas y shramanas [miembros de las clases sacerdotal y ascética], así como los seguidores de otras religiones y los cabezas de familia —que practican todos ellos la obediencia a unos superiores, a los padres y a los maestros, que tratan con la debida cortesía y firme devoción a los amigos, conocidos, compañeros, parientes, esclavos y siervos—, sufren el daño, la matanza y la deportación de que han sido víctimas sus seres queridos. Y hasta los que se libraron de la calamidad se hallan profundamente afligidos por las desgracias que han recaído sobre los amigos, conocidos, compañeros y parientes hacia los que sienten un afecto nunca disminuido. Todos los hombres, por tanto, participan de la misma desgracia, y todo esto pesa en el ánimo del rey Priyadarshi.

[Por otra parte, no hay país alguno, excepto el de los yonas (es decir, los griegos), en que no existan brahmines y ascetas budistas] y no hay lugar alguno en que los hombres no profesen una religión.

En consecuencia, aun a pesar de que el número de personas que recibieron la muerte o que luego murieron o fueron deportadas en la guerra de Kalinga hubieran sido tan sólo una centésima o una milésima parte de las que fueron en realidad, no dejaran de pesar mucho en el ánimo del rey.

El rey Priyadarshi piensa ahora que toda persona que le ofenda debe ser perdonada por las ofensas que se pueden perdonar.

El rey Priyadarshi trata de inducir aun a los pueblos de la selva [es decir, las poblaciones primitivas que viven en las zonas más apartadas del territorio conquistado] a adoptar este tipo de vida y este ideal. Pero al mismo tiempo les recuerda que ejerce el poder de castigar, a pesar de que esté arrepentido, a fin de inducirles a desistir de sus crímenes y evitar así la ejecución.

Porque el rey Priyadarshi desea la seguridad, el dominio de sí mismo, la imparcialidad y la preocupación por todos los seres vivos.

El rey Priyadarshi considera la conquista moral [es decir, la conquista por el Dharma, *Dharma-vijaya*] la más importante de todas las conquistas. El ha logrado repetidas veces esta conquista moral aquí y entre los pueblos que viven más allá de las fronteras de su reino, tan lejos como seiscientos *yojanas* [unos cinco mil kilómetros], donde gobierna el rey yona [griego] Antiyoka, y

más allá de Antiyoka, en los dominios de los cuatro reyes llamados Turamaya, Antikini, Maka y Alikasudara [1], y hacia el sur entre los cholas y pandyas [en el extremo sur de la península del Indostán] y hasta Ceilán.

Aquí, en los dominios del rey, entre los yonas [habitantes de una provincia fronteriza del noroeste, probablemente griegos] y los kambojas [vecinos de los yonas], entre los nabhakas y nabhapanktis [que vivían probablemente junto a la frontera del Himalaya], entre los bhojas y paitryanikas, entre los andhras y paulindas [pueblos todos de la península del Indostán], por todas partes se ha escuchado la instrucción en el Dharma.

Aun en países a los que no han llegado los enviados del rey Priyadarshi, las gentes han escuchado la proclamación del Dharma y los mandatos de Su Majestad y las instrucciones del Dharma, y se han adherido al Dharma y seguirán haciéndolo.

Donde el Dharma ha vencido, produce contento. El contento queda firmemente establecido por la victoria del Dharma [puesto que no crea oposición alguna entre vencidos y vencedores]. Pero el mismo contento es de escasa importancia. El rey Priyadarshi sólo valora en definitiva las consecuencias de la acción en el otro mundo.

Este edicto sobre el Dharma ha sido inscrito de modo que mis hijos y nietos que me hayan de suceder no piensen que vale la pena hacer nuevas conquistas. Y si se deciden a hacer nuevas conquistas, que se complazcan en la vía de la moderación y los castigos templados. Que vean en la conquista moral la única conquista verdadera.

Esto es bueno ahora y después. Que su complacencia sea en la moralidad *[Dharma-rati]*. Porque sólo esto es bueno aquí y después.

N. A. Nikam y R. McKeon, *The Edicts of Ashoka (op. cit.)*, 27-30.

[1] Los cinco reyes a que se alude han sido identificados como sigue: Antiyoka, Antíoco II Theos de Siria (261-246 a. C.); Turamaya, Tolomeo II Filadelfo de Egipto (285-247 a. C.); Antikini, Antígono Gonatas de Macedonia (278-239 a. C.); Maka, Magas de Cirene (300-258 a. C.); Alikasudara, Alejandro de Epiro (272?-258 a. C.). Este pasaje es de gran importancia no sólo para fechar los acontecimientos del reinado de Ashoka, sino también para valorar la amplitud de las comunicaciones en aquella época. Por otra parte nos indica que el año 258 a. C., como fecha más tardía en que es posible la referencia simultánea a todos estos reyes, es también la fecha aproximada del edicto.

278. EL REY ASHOKA SE PRONUNCIA CONTRA LA INTOLERANCIA RELIGIOSA

(Edicto rupestre XII)

El rey Priyadarshi honra por igual a los hombres de todas las religiones, miembros de órdenes religiosas y laicos, con dones y muestras varias de estima. Pero no estima tanto los dones o los honores como el crecimiento en las cualidades esenciales a la religión en los hombres de todas las creencias.

Este crecimiento puede adoptar muchas formas, pero su raíz consiste en evitar que la forma de expresarse venga a ensalzar la propia creencia y a desacreditar indebidamente la creencia de otros o, cuando la ocasión es adecuada, inmoderadamente.

Las creencias de los demás merecen siempre ser respetadas por un motivo o por otro. Al rendirles honor, se exalta la propia creencia y se rinde al mismo tiempo un servicio a la creencia de los demás. Actuando de otro modo, se hace injuria a la propia creencia y se causa menoscabo a la de los demás. Porque si un hombre ensalza su propia creencia y desacredita las demás por devoción a la suya y porque quiere glorificarla, causa serio daño a su propia creencia.

En consecuencia, sólo la concordia es recomendable, pues mediante la concordia pueden los hombres aprender y respetar la concepción del Dharma aceptada por los demás.

El rey Priyadarshi quiere que los hombres de todas las creencias conozcan las doctrinas de los demás y adquieran así doctrinas coherentes. Los que están apegados a sus propias creencias han de saber que el rey Priyadarshi no valora tanto los dones o los honores como el crecimiento de las cualidades esenciales a la religión en los hombres de todas las creencias.

Muchos funcionarios han sido adscritos a las tareas que se refieren a este propósito, los funcionarios encargados de difundir el Dharma, los superintendentes de las mujeres de las casas reales, los inspectores de los ganados y pastizales y otros funcionarios.

El objeto de estas medidas es la promoción de la creencia particular de cada hombre y la glorificación del Dharma.

N. A. Nikam y R. McKeon, *The Edicts of Ashoka (op. cit.)*, 51-52.

279. ASHOKA SE PRONUNCIA CONTRA LA AGRESION Y LA TENSION ENTRE LOS ESTADOS

(Edicto de Kalinga II)

El rey Priyadarshi dice:

Ordeno que sean comunicadas las siguientes instrucciones a mi funcionario en Samapa:

Cuando algo que es justo me llama la atención, deseo que sea puesto en práctica y quiero que se tomen medidas eficaces para realizarlo. Mi medio más importante para ello es comunicarte mis instrucciones.

Todos los hombres son mis hijos. Del mismo modo que busco la felicidad y el bienestar de mis propios hijos en este mundo y en el otro, esto mismo busco para todos los hombres.

Los pueblos no conquistados que viven junto a las fronteras de mi reino quizá se asombren de que estas disposiciones se refieren a ellos. Mi único deseo con respecto a ellos es que no me tengan temor, sino que confíen en mí, que sólo la felicidad puedan esperar de mí, no la miseria, que entiendan en adelante que les perdonaré las ofensas que puedan ser perdonadas, que se sientan inducidos por mi ejemplo a practicar el Dharma, y que logren la felicidad en este mundo y en el futuro.

Te comunico estas instrucciones a fin de descargarme de la deuda que tengo [con ellos] instruyéndote y dándote a conocer mi voluntad y mi resolución y compromiso irrevocables. Tú debes cumplir con tu deber de forma que les des motivos para poner su confianza en el rey, asegurándoles que es como un padre para ellos, que les ama tanto como se ama a sí mismo, y que ellos son como sus propios hijos.

Después de comunicarte mi voluntad e instruirte en ella y en mi resolución y compromiso irrevocables, deseo nombrar funcionarios para que lleven a cabo este programa en todas las provincias. Tú tienes capacidad para inspirar confianza en mí a los pueblos fronterizos y para procurar su bienestar y felicidad en este mundo y en el futuro. Al hacerlo así, también tú ganarás el cielo y me ayudarás a descargarme de mis deudas para con el pueblo.

Este edicto ha sido inscrito aquí para que mis funcionarios trabajen en todo momento por inspirar a los pueblos de los países vecinos la confianza en mí y para inducirlos a la práctica del Dharma.

Este edicto debe proclamarse cada cuatro meses [al comienzo de las tres estaciones: la cálida, la lluviosa y la fría], en los días

Tisya [es decir, cuando la luna se halla en la constelación que contiene a Tisya, Sirio]. También debe proclamarse en los intervalos entre estos días, y en ocasión conveniente deberá leerse a las distintas personas.

Si lo haces así, darás cumplimiento a mis órdenes.

N. A. Nikam y R. McKeon, *The Edicts of Ashoka (op. cit.)*, 53-54.

CONFUCIO

280. LA EDAD DE ORO. LA ERA CONFUCIANA DE LA GRAN UNIDAD

(*Li-chi*, 9)

En cierta ocasión participaba Confucio en el sacrificio de invierno. Una vez terminada la ceremonia, dio un paseo por la parte alta de la puerta de la ciudad, y empezó a suspirar tristemente. Suspiraba por el estado de Lu.

Su discípulo Yet Yen [Tzu lu], que estaba a su lado, preguntó: «¿Por qué suspira el honorable?».

Replicó Confucio: «La práctica del Gran Camino, los varones ilustres de las Tres Dinastías, nunca los conoceré personalmente. ¡Y ellos son, sin embargo, los que inspiran mi ambición! Cuando se practicaba el Gran Camino, todos por igual compartían el mundo. Los virtuosos y los capaces eran promovidos al oficio, y los hombres practicaban la buena fe y vivían en el afecto. En consecuencia, trataban como padres no sólo a sus propios padres o como hijos sólo a sus propios hijos. Los ancianos podían contar con un digno final de sus vidas, los robustos tenían su empleo conveniente; los jóvenes recibían una adecuada educación, y la viuda y el viudo, el huérfano y el enfermo recibían la atención necesaria. Odiaban ver los bienes desaprovechados, pero no les gustaba guardarlos para sí; les desagradaba la idea de que sus energías no fueran plenamente utilizadas, pero no las aplicaban para sus fines privados. Por ello no había lugar a maliciosas maquinaciones ni surgían ladrones y rebeldes, de forma que las gentes podían dejar sin echar los cerrojos de las puertas de sus casas. Esta fue la era de la Gran Ciudad.

Pero ahora el Gran Camino está oculto y el mundo se ha convertido en posesión privada de algunas familias. Todos miran como padres sólo a sus propios padres, y como hijos sólo a sus propios hijos; los bienes y el trabajo se aplican únicamente para

conseguir fines egoístas. Los oficios y títulos hereditarios se confieren por ley ritual mientras los muros y fosos ofrecen una seguridad. Los ritos y la justicia se aplican para regular la relación entre gobernante y súbdito, para asegurar el afecto entre padre e hijo, la paz entre hermanos y la armonía entre mujer y marido, para asegurar las instituciones sociales, para organizar las granjas y aldeas, para honrar a los valientes y a los sabios y para atribuir méritos a los individuos. Por eso surgen intrigas y maquinaciones, y los hombres empuñan las armas. El emperador Yu, los reyes T'ang, Wen, Wu y Ch'eng, y el duque de Chou lograron destacar por esta razón; estos seis gobernantes se mostraron siempre atentos al ritual, manifestaron su rectitud y actuaron con fe absoluta. Delataron el error, hicieron de la humanidad su ley y de la humildad su práctica, enseñando al pueblo dónde debía permanecer constantemente. Si alguien no se ajustaba a estos principios, era despedido de su posición y considerado peligroso por la multitud. Este es el período de la Prosperidad Menor».

W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Chinese Tradition* (Nueva York 1960) 191-192.

281. LAS ENSEÑANZAS DE CONFUCIO

(*Analecta,* fragmentos)

«Confucio» es la forma latinizada de K'ung Fu-tzu, «Maestro K'ung», que es el título habitualmente usado en China para designar a este personaje. Confucio nació el año 551 a. C. en la actual provincia de Shantung. Su padre murió cuando él era aún muy joven, dejándole solo con el problema de adquirir una educación y abrirse camino en el mundo. Confucio creyó que su lugar estaba en el mundo de la política, y con insistencia patética buscó en diversos estados de China un gobernante que le diera empleo y aplicara sus ideas en la práctica. En conjunto, sin embargo, su carrera política fue un fracaso, y cada vez se dedicó más a la formación de los jóvenes. Se dice que tuvo unos tres mil estudiantes bajo su tutela. Murió el año 479 a. C.

Dijo Confucio: «A la edad de quince años apliqué mi corazón al estudio. A los treinta ya me sentí firmemente establecido. A los cuarenta ya no tenía duda alguna. A los cincuenta conocí la voluntad del Cielo. A los sesenta estaba dispuesto a escucharle. A los

setenta podía seguir el deseo de mi corazón sin cometer transgresión alguna contra la justicia» (II, 4).

Cuando Confucio estaba en Ch'i, pudo escuchar la música de Shao, y durante tres meses se olvidó del gusto de la comida, diciendo: «Nunca pensé que la música pudiera ser tan bella» (VII, 13).

Dijo Confucio: «Cuando paseo con otros dos, estoy siempre con otros tantos maestros, pues puedo elegir las buenas cualidades del uno para imitarlas y fijarme en las malas del otro para corregirme» (VII, 21).

Dijo Confucio: «Yo soy un transmisor, no un creador. Creo en los antiguos y soy un apasionado de ellos. Me atrevo a compararme con nuestro viejo P'eng (el Matusalén chino)» (VII, 1).

Dijo Confucio: «A veces he pasado todo un día sin comer y toda una noche sin dormir, entregado a mis pensamientos. De nada me sirvió. Mucho mejor es aprender» (XV, 30).

Había cuatro cosas que Confucio estaba dispuesto a erradicar: una mente torcida, los juicios arbitrarios, la obstinación y la autosuficiencia (IX, 4).

Dijo Confucio: «Los que conocen la verdad no están por encima de los que la aman; los que aman la verdad no están por encima de los que se complacen en ella» (VI, 18).

Dijo Confucio: «Después de escuchar el Camino (Tao) por la mañana, habría que estar dispuestos a morir alegres por la tarde» (IV, 8).

Humanidad (jen)

Fan Ch'ih preguntó acerca de la humanidad. Confucio dijo: «Ama a los hombres» (XII, 22).

Tzu Chang preguntó a Confucio acerca de la humanidad. Confucio le dijo: «Ser capaz de practicar las cinco virtudes en cualquier parte del mundo es lo que constituye la humanidad». Tzu Chang quiso saber cuáles eran. Confucio le dijo: «Cortesía, magnanimidad, buena fe, diligencia y ternura. El que es cortés no sufre humillación, el que es magnánimo se gana a la multitud, el que tiene buena fe cuenta con la confianza del pueblo, el diligente logra su objetivo y el que posee la ternura obtiene el servicio del pueblo» (XVII, 6).

Dijo Confucio: «Sin humanidad no puede un hombre soportar por mucho tiempo las adversidades ni puede disfrutar de la prosperidad. Lo humano se apoya en la humanidad, y el sabio encuentra que ello es beneficioso» (IV, 2).

Dijo Confucio: «Sólo el que es humano puede amar a los hombres y puede odiar a los hombres» (IV, 3).

Piedad filial

Tzu lu preguntó acerca de la piedad filial. Confucio dijo: «No puede decirse en modo alguno que un hijo piadoso es el hombre que provee de alimentos a sus padres. También a los perros y a los caballos se dan alimentos. Si falta el sentimiento de reverencia, ¿en qué está la diferencia?» (II, 7).

Tzu Hsia preguntó acerca de la piedad filial. Confucio dijo: «La manera es realmente una cosa difícil. Cuando hay que hacer algo, los jóvenes se encargan de ello; cuando hay vino y alimentos, se ofrecen a los ancianos. ¿Es esto todo lo concerniente a la piedad filial?» (II, 8).

Sentimientos religiosos

Tzu lu preguntó acerca del culto de las almas y los espíritus. Confucio dijo: «No sabemos cómo hemos de servir a los hombres. ¿Qué podríamos decir acerca del servicio a los espíritus?». «¿Qué podríamos decir acerca de la muerte?» fue la pregunta siguiente. Confucio dijo: «Apenas sabemos nada de la vida. ¿Qué podríamos decir sobre la muerte?» (XI, 11).

Fan Ch'ih preguntó acerca de la sabiduría. Dijo Confucio: «Conságrate a las exigencias justas del pueblo, respeta a las almas y a los espíritus, pero mantenlos a distancia. A esto podemos llamar sabiduría» (VI, 20).

W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Chinese Tradition* (Nueva York 1960) 24-25, 28-31.

C. *BUDA EXPLICA EL SENDERO MEDIO*

282. LA PARABOLA DE LA FLECHA. GAUTAMA BUDA SE NIEGA A DISCUTIR SOBRE PROBLEMAS METAFISICOS

(*Majjima-nikāya* I, 426ss [LXII *Chūla-mālunkyā-sutta*])

Esto es lo que oí decir: el Maestro se hallaba viviendo cerca de Svatthi, en Jetavana, en el parque de Anathapindika. El anciano Malunkyaputta se había retirado por entonces del mundo, y cuando se hallaba meditando, se le ocurrió este pensamiento: «Estas teorías han quedado sin explicar por el Señor, desatendidas y rechazadas, si el mundo es eterno o no es eterno, si el mundo es finito o no es finito, si el alma (la vida) es lo mismo que el cuerpo o si el alma es una cosa y el cuerpo otra, si un Buda (Tathagata) existe después de la muerte o no existe después de la muerte, y si un Buda es no no existente y no existente al mismo tiempo después de la muerte. El Señor no me ha explicado estas cosas, y no me agrada el hecho de que no me las haya explicado, ni tampoco me conviene. Me acercaré al Señor y le preguntaré por todas estas cosas... Si el Señor no me las explica, renunciaré a la formación y me volveré a una vida mundana».

[Cuando Malunkyaputta se acercó y expuso al Señor sus preguntas, éste replicó]: «¿Acaso te dije yo, Malunkyaputta, 'Ven, Malunkyaputta, emprende conmigo una vida religiosa, y te explicaré si el mundo es eterno o no es eterno [etc.]'?». «No hiciste tal cosa, venerado Señor». «Todo el que diga, Malunkyaputta, 'No abrazaré la vida religiosa con el Señor hasta que él me explique si el mundo es eterno o no es eterno [etc.]', morirá, Malunkyaputta, sin que nada de eso le haya sido explicado. Es como si un hombre cae herido por una flecha envenenada y sus amigos, compañeros y parientes llaman a un médico para que le cure, y él dice: 'No consentiré que me arranquen esta flecha hasta saber por qué clase de hombre he sido herido, si es de la casta de los guerreros, si es un brahmín, un agricultor o si pertenece a la casta inferior'. O como si dijera: 'No dejaré que me arranquen esta flecha hasta saber de qué nombre o familia es el individuo... o si es alto, bajo o de mediana estatura... o si es negro, moreno o amarillo... o si viene de esta o de aquella aldea, ciudad o pueblo... o hasta que sepa si el arco con que me hirió era *chapa* o *kondanda,* o hasta que sepa si la cuerda del arco estaba hecha de celidonia o de fibra de

bambú o de tendón o cáñamo o de gomero, o hasta que sepa si el astil estaba hecho de una planta silvestre o cultivada... o si estaba emplumado con plumas de ala de buitre o de garza o de halcón o de gallo o de sithilahanu... o si estaba asegurada con tendón de toro o de búfalo o de ciervo o de mono... o hasta que sepa si era una flecha ordinaria o una flecha tajadora o un vekanda o una flecha de hierro o de diente de ternera o de hoja de karavira'. Ese hombre moriría, Malunkyaputta, sin haber llegado a saber tantas cosas.

La vida religiosa, Malunkyaputta, no depende de que el mundo sea eterno, y tampoco depende la vida religiosa de que el mundo no sea eterno. Lo mismo si se afirma que el mundo es eterno o que no es eterno, siempre habrá renacimiento, vejez, muerte y dolor, lamentos, sufrimiento, tristeza y desesperación, y yo anuncio la destrucción de todas estas cosas ya para esta vida. Tampoco depende la vida religiosa de la idea de que el mundo es finito... ni de que el Tathagata exista después de la muerte... Por tanto, Malunkyaputta, considera inexplicado lo que no he explicado y explicado lo que he explicado. ¿Y qué es, Malunkyaputta, lo que no he explicado? Si el mundo es eterno o si el mundo no es eterno... si un Tathagata es a la vez no existente y no no existente después de morir. ¿Y por qué, Malunkyaputta, no he explicado estas cosas? Porque todo esto, Malunkyaputta, no tiene utilidad alguna, en nada afecta al principio de la vida religiosa, no conduce a la aversión, a la ausencia de pasión, a la cesación, a la tranquilidad, a la facultad sobrenatural, al conocimiento perfecto, al nirvana, y por ese motivo no lo he explicado.

¿Y qué es, Malunkyaputta, lo que he explicado? He explicado el dolor, la causa del dolor, la destrucción del dolor, y el sendero que lleva a la destrucción del dolor he explicado. Porque esto, Malunkyaputta, es útil, esto se refiere al principio de la vida religiosa, esto conduce a la aversión, a la ausencia de pasión, a la cesación, a la tranquilidad, a la facultad sobrenatural, al conocimiento perfecto, al nirvana, y por eso lo he explicado. Por tanto, Malunkyaputta, considera inexplicado lo que no he explicado y explicado lo que he explicado».

Así habló el Señor, y con gozo aplaudió el anciano Malunkyaputta las palabras del Señor.

E. J. Thomas, *Buddhist Scriptures* (Londres 1913) 64-67.

283. EL SENDERO MEDIO QUE LLEVA A LA SABIDURIA Y CONDUCE AL NIRVANA

(*Mahavagga* I, 6, 17-30)

17. Y el Bienaventurado habló así a los cinco bhikkhus: Hay dos extremos, oh bhikkhus, que debe evitar todo aquel que ha renunciado al mundo. ¿Cuáles son esos dos extremos? Una vida entregada a los placeres, dedicada a los placeres y a las concupiscencias, que es una vida degradante, sensual, vulgar, innoble y sin provecho, y a una vida entregada a las mortificaciones, que es penosa, innoble y sin provecho. Evitando estos dos extremos, oh bhikkhus, el Tathagata ha alcanzado el conocimiento del Sendero Medio que lleva al discernimiento, que lleva a la sabiduría, que conduce a la serenidad, al conocimiento, al sambodhi, al nirvana.
18. ¿Qué es, oh bhikkhus, este Sendero Medio cuyo conocimiento ha alcanzado el Tathagata, que lleva al discernimiento, que lleva a la sabiduría, que conduce a la serenidad, al conocimiento, al sambodhi, al nirvana? Es el sagrado Sendero óctuple, a saber: Recta Creencia, Recta Aspiración, Recta Habla, Recta Conducta, Rectos Medios de vida, Recto Esfuerzo, Recta Memoria, Recta Meditación. Este es, oh bhikkhus, el Sendero Medio cuyo conocimiento ha alcanzado el Tathagata, que lleva al discernimiento, que lleva a la sabiduría, que conduce a la serenidad, al conocimiento, al sambodhi, al nirvana.
19. Esta, oh bhikkhus, es la Noble Verdad del Dolor: el nacimiento es dolor, el desgaste es dolor, la enfermedad es dolor, la muerte es dolor. La presencia de los objetos que odiamos es dolor, la ausencia de los objetos que amamos es dolor; no conseguir lo que deseamos es dolor. En una palabra: el quíntuple apego a la existencia es dolor.
20. Esta, oh bhikkhus, es la Noble Verdad de la Causa del dolor: el anhelo, que lleva al renacimiento, acompañado de placer y concupiscencia, que encuentra aquí y allí su placer. (Este anhelo es triple), a saber: anhelo de placer, anhelo de existir, anhelo de prosperidad.
21. Esta, oh bhikkhus, es la Noble Verdad de la Cesación del dolor: (cesa con) la cesación completa de este anhelo, una cesación que consiste en la ausencia de todas las pasiones; con el abandono de este anhelo, con la renuncia a él, con la liberación con respecto a él, con la destrucción del deseo.
22. Esta es, oh bhikkhus, la Noble Verdad del Sendero que lleva a la cesación del dolor, el noble Sendero óctuple, es decir, la Recta

Creencia, Recta Aspiración, Recta Habla, Recta Conducta, Rectos Medios de vida, Recto Esfuerzo, Recta Memoria, Recta Meditación...

29. Así habló el Bienaventurado. Los cinco bhikkhus se sintieron gozosos, y se alegraron con las palabras del Bienaventurado. Y cuando fue propuesta esta exposición, el venerable Kondanna obtuvo el puro e inmaculado Ojo de la Verdad (es decir, el siguiente conocimiento): «Todo lo que está sometido a la condición de la originación está también sometido a la condición de la cesación».

30. Y cuando el Venerable hubo fundado el Reino de la Verdad (al proponer las cuatro Nobles Verdades), los *devas* que habitaban en la tierra gritaron: En verdad el Venerable ha fundado en Benares, en el parque del ciervo Isipatana, el reino supremo de la verdad, al que no se opondrán ni un samana ni un brahmana ni un deva ni Mara ni Brahma ni ser alguno del mundo.

T. W. Rhys Davids y H. Oldenberg, *Vinaya Texts* I, en *Sacred Books of the East* XIII (Oxford 1881) 94-97.

284. DOCTRINAS PROVECHOSAS Y DOCTRINAS INUTILES

(*Samyutta-nikāya* V, 437)

En cierta ocasión se encontraba el Señor en Kosambi, viviendo en el bosque de sisus. Entonces el Señor tomó en su mano unas pocas hojas de sisu y habló a los monjes: «¿Qué pensáis, monjes, cuáles son más, las pocas hojas de sisu que yo he tomado en mi mano o las que hay en el bosque de sisus?». «Pocas en número, Señor, son las hojas que el Señor ha tomado en su mano; son muchas más las que hay en el bosque de sisus». «Del mismo modo, monjes, son muchas más las cosas que he llegado a conocer y que no os he declarado. Sólo muy pocas os he declarado.

¿Y por qué, monjes, no las he declarado? Porque no son provechosas, no pertenecen al principio de la vida religiosa, y no tienden a la revulsión, la ausencia de pasión, la cesación, la serenidad, el conocimiento superior, la iluminación, el nirvana. En consecuencia, no las he declarado.

¿Y qué es, monjes, lo que he declarado? El dolor es lo que he declarado, es la causa del dolor lo que he declarado, es la cesación del dolor lo que he declarado, es el Camino que lleva a la cesación del dolor lo que he declarado. ¿Y por qué, monjes, lo he

declarado? Porque es provechoso, pertenece al principio de la vida religiosa y tiende a la revulsión, la ausencia de pasión, la cesación, la serenidad, el conocimiento superior, la iluminación, el nirvana. En consecuencia, lo he declarado.

Por tanto, monjes, a esto os habéis de dedicar: esto es el dolor, ésta es la causa del dolor, ésta es la cesación del dolor, éste es el Camino que lleva a la cesación del dolor».

E. J. Thomas, *Early Buddhist Scriptures* (Londres 1935) 117-118.

285. EL BUDA EXPLICA EL NOBLE SENDERO OCTUPLE

(*Samyutta-nikāya* V, 8)

«El Noble Sendero óctuple, oh monjes, expondré y analizaré para vosotros. Prestadle atención, reflexionad sobre él, yo hablaré». «Perfectamente, Señor», respondieron los monjes al Señor.

Dijo el Señor: «¿Qué es, monjes, el Noble Sendero óctuple? Es concretamente recta visión, recta intención, recta habla, recta acción, rectos medios de vida, recto esfuerzo, recta memoria, recta meditación.

¿Y qué es, monjes, la recta visión? Es el conocimiento del dolor, el conocimiento de la causa del dolor, el conocimiento de la cesación del dolor y el conocimiento del camino que lleva a la cesación del dolor. A esto, monjes, se llama recta visión.

¿Y qué es la recta intención? La intención de renunciar, la intención de no herir, la intención de no dañar. A esto, monjes, se llama recta intención.

¿Y qué es la recta habla? Abstenerse de la falsedad, de palabras maliciosas, de palabras duras, de palabras frívolas. A esto, monjes, se llama recta habla.

¿Y qué es la recta acción? Abstenerse de quitar la vida, de apropiarse lo ajeno, del trato carnal. A esto, monjes, se llama recta acción.

¿Y qué son rectos medios de vida? Aquí un noble discípulo, abandonando un falso modo de ganarse la vida, obtiene su sustento mediante los rectos medios de vida. A esto, monjes, se llama rectos medios de vida.

¿Y qué es el recto esfuerzo? Aquí un monje, al no producirse pensamientos malos y ruines que aún no han surgido, ejercita la voluntad, intensifica el esfuerzo, empieza a ejercitarse, aplica y ejercita su mente. Al rechazar los malos y ruines pensamientos que

han surgido, ejercita su voluntad, intensifica el esfuerzo, empieza a ejercitarse, aplica y ejercita su mente. Al producir buenos pensamientos que aún no han surgido, ejercita su voluntad, intensifica el esfuerzo, empieza a ejercitarse, aplica y ejercita su mente. Al fijar, liberar de confusión, incrementar, aumentar, desarrollar y perfeccionar los buenos pensamientos que ya han surgido, ejercita su voluntad, intensifica el esfuerzo, empieza a ejercitarse, aplica y ejercita su mente. A esto, monjes, se llama recto esfuerzo.

¿Y *qué es la recta memoria? Aquí 1) sobre el cuerpo, un* monje permanece contemplando el cuerpo, ardiente, atento, consciente, disipando su anhelo y desaliento con respecto al mundo; 2) sobre los sentimientos, permanece contemplando los sentimientos, ardiente, atento, consciente, disipando su anhelo y desaliento con respecto al mundo; 3) sobre la mente, permanece contemplando la mente, ardiente, atento, consciente, disipando su anhelo y desaliento con respecto al mundo; 4) sobre los pensamientos, permanece contemplando sus pensamientos, ardiente, atento, consciente, disipando su anhelo y desaliento con respecto al mundo. A esto, monjes, se llama recta memoria.

¿Y qué es la recta meditación? Aquí 1) un monje libre de pasiones y malos pensamientos alcanza el primer trance del gozo y el placer, que va acompañado de razonamiento e investigación, y que surge del retiro, y en él permanece. 2) Al cesar el razonamiento y la investigación, en un estado de serenidad interior, con su mente fija en un solo punto, alcanza el segundo trance del gozo y el placer, que surge de la concentración, y que está libre del razonamiento y la investigación, y en él permanece. 3) Con ecuanimidad e indiferencia con respecto al gozo, permanece atento y dueño de sí, y en su cuerpo experimenta el placer que los nobles llaman 'morada con ecuanimidad, atenta y feliz', y alcanza el tercer trance y en él permanece. 4) Desechando el placer y el dolor, e incluso antes de que desaparezcan el júbilo y la depresión, alcanza el cuarto trance, en que no hay ni placer ni dolor, y que lleva consigo la pureza de la memoria y de la ecuanimidad, y en él permanece. A esto, monjes, se llama recta meditación».

E. J. Thomas, *Early Buddhist Scriptures* (Londres 1935) 94-96.

286. LA PARABOLA DEL FUEGO. UN TATHAGATA ES COMO UN FUEGO CONSUMIDO

(Majjhima-nikāya I, 485ss [LXXII *Aggi-vacchagotta-sutta])*

«Vaccha, la opinión de que el mundo es eterno, es una jungla, un desierto, una representación teatral, una perversión, una cadena, y va acompañada de dolor, destrucción, desesperación y dolor, y no conduce a la aversión, la ausencia de pasión, la cesación, la serenidad, *la facultad sobrenatural, el conocimiento perfecto,* el nirvana... Y teniéndola por perjudicial, Vaccha, no tengo, en consecuencia, ninguna de estas opiniones». «Pero ¿tiene Gautama alguna opinión?». «El Tathagata, Vaccha, está libre de opiniones, pues esto es lo que afirma el Tathagata: la forma, la causa de la forma, la destrucción de la forma, la sensación, la causa de la sensación, la percepción, los agregados de cualidades, la conciencia, cómo surgen y cómo se extinguen. En consecuencia, con la destrucción, el cese y el abandono de toda imaginación, de toda agitación, de toda falsa opinión acerca del yo o de cuanto pueda pertenecer a un yo, y con la indiferencia hacia todas estas cosas, el Tathagata queda liberado. Esto es lo que digo».

«Pero ¿dónde renace el monje, señor Gautama, cuya mente está ya de ese modo liberada?». «No viene al caso, Vaccha, decir que renace». «Entonces, señor Gautama, ¿es que no renace?». «No viene al caso, Vaccha, decir que no renace». «Entonces, señor Gautama, ¿es que renace y no renace a la vez?». «No viene al caso, Vaccha, decir que ni renace ni no renace...». «En esta materia, señor Gautama, me siento en un estado de ignorancia y confusión, y la escasa fe que tuve en Gautama a causa de una conversación anterior ha desaparecido ahora». «No es de extrañar tu ignorancia y confusión, Vaccha, porque esta doctrina es profunda, difícil de entender y comprender, buena, excelente, más allá de la esfera del razonamiento, sutil, inteligible sólo a los sabios. Es difícil que tú la entiendas, porque te adhieres a otras opiniones, a otra creencia, a otras inclinaciones, a otra disciplina y tienes otro maestro. En consecuencia, Vaccha, yo te preguntaré esto y tú me lo explicarás como mejor te parezca. ¿Piensas, Vaccha, que si ante ti ardiera un fuego conocerías tú que delante de ti estaba ardiendo un fuego?». «Si ante mí estuviera ardiendo un fuego, señor Gautama, yo sabría que ante mí estaba ardiendo un fuego». «Y si alguien te preguntara si sabías de qué depende el fuego que arde delante de ti, ¿cómo lo explicarías...?». «Yo diría que este fuego que arde delante de mí depende de que se adhiere a la hierba y a la leña». «Y si el fuego que está ante ti desaparece, ¿sabrías decir

adónde se ha marchado?». «Si el fuego que hay ante mí desaparece, yo sabría decir que el fuego ha desaparecido». «Y si alguno te preguntara: 'Vaccha, ¿en qué dirección se ha marchado el fuego que ha desaparecido: hacia el este, el oeste, el norte o el sur?'; si de este modo te interrogara, ¿cómo se lo explicarías?». «No viene al caso, señor Gautama, tal cosa, pues el fuego ardía a causa de que se apegaba a la hierba y a la leña, y al consumir estos materiales, y al no disponer de otros, se queda sin su alimento y queda reducido a lo que llamamos extinguirse». «Exactamente igual, Vaccha, esa forma por la que se puede afirmar la existencia de un Tathagata ha cesado, se ha erradicado, ha sido arrancada como una palmera *taliput,* se ha hecho no existente y no capaz de resurgir en el futuro. El Tathagata, una vez liberado de eso que llamamos forma, es profundo, inconmensurable, difícil de imaginar y como un gran océano. No viene al caso decir que renace, decir que no renace, decir que renace y no renace al tiempo, o decir que ni renace ni no renace de nuevo».

E. J. Thomas, *Buddhist Scriptures* (Londres 1913) 71-73.

287. LA PARABOLA DE LA LAMPARA DE ACEITE. LA EXTINCION DEL DESEO

(*Samyutta-nikāya* II, 86)

Moraba entonces en Savatthi. «Monjes, el deseo aumenta en aquel que permanece reflexionando sobre el goce de las cosas que encadenan. Del deseo como causa viene el apego. Con el apego como causa viene el deseo de ser. Con el deseo de ser como causa se produce el renacer. Con el deseo de ser como causa se producen la ancianidad y la muerte, el dolor, el lamento, el sufrimiento, el desconsuelo y la desesperación. Por eso es la causa de toda esta masa de dolor.

Ocurre, monjes, como cuando una lámpara de aceite arde gracias al aceite y a la mecha, y si un hombre de tiempo en tiempo echa más aceite y despabila la mecha, la lámpara de aceite, alimentada de este modo, con tal combustible, arderá durante mucho tiempo.

Del mismo modo, monjes, el deseo aumenta en aquel que permanece reflexionando sobre el goce de las cosas que encadenan... Por eso es la causa de toda esta masa de dolor.

Monjes, el deseo cesa en aquel que permanece reflexionando sobre la miseria de las cosas que encadenan. Al cesar el deseo, cesa

también el apego... Así es también la cesación de toda esta masa de dolor.

Ocurre, monjes, como cuando una lámpara de aceite arde gracias al aceite y a la mecha, y si un hombre no echa en ella aceite ni despabila la mecha de tiempo en tiempo, la lámpara, al agotarse el combustible que tenía al principio y sin alimento por no ser alimentada, termina por apagarse.

Monjes, el deseo cesa en aquel que permanece reflexionando sobre la miseria de las cosas que encadenan. Al cesar el deseo, cesa también el apego. Al cesar el apego, cesa también el deseo de ser. Al cesar el deseo de ser, cesa también el deseo de renacer. Al cesar el renacer, cesan también la ancianidad y la muerte, el dolor, el lamento, el sufrimiento, el desconsuelo y la desesperación. De este modo se produce la cesación de toda esta masa de dolor».

E. J. Thomas, *Early Buddhist Scriptures* (Londres 1935) 122-123.

288. CONSEJO DE BUDA A SARIPUTRA

(*Sutta Nipāta,* 964-975)

El monje que al rapto supremo aspira
desechar debe estos cuatro temores:
tábanos, aguijón de abejas y reptiles,
ataques de los hombres y de las fieras.
Ni temerá opiniones ajenas
cuando sus graves peligros conozca;
así vencerá el experto buscador
las desazones que se puedan presentar.
Los golpes de la enfermedad, el hambre,
el frío y calor excesivos soportará;
acosado por el dolor, el solitario
desplegará energía y luchará con fuerza.
Nada robará ni dirá mentira alguna,
amigo será del débil y del fuerte,
y cuando inquietud de espíritu experimente,
como tinieblas de Mara la rechazará.
No será presa de ira o de orgullo,
sino que, firme en sus raíces, sereno estará,
y de este modo luchando, vencerá
cuanto odioso o amable le sea.
Gozándose en lo que amor merece,
estas desazones pondrá en fuga,
el desagrado vencerá por su retiro,

las cuatro causas de descontento superará.
Con alimento y vestido suficientes
siempre conforme se mostrará.
Y así, comedido y humilde, nunca
palabras duras, aunque le ofendan, dirá.
Ajeno a vanidades, con los ojos bajos,
atento a la meditación y la vigilia estará;
ponderado, recogido, esforzándose siempre
por rechazar dudas, apetitos e impaciencias.
Cuidará, cuando otros le pregunten,
de sembrar en baldíos ajenos, pronunciando
palabras acertadas en momento oportuno,
sin cuidarse de opiniones y charlas vulgares.
Atento estará a disciplinarse
en las cinco basuras del mundo,
a vencer el deseo de formas, sonidos y sabores,
a vencer el deseo de aromas y tactos.
Cuando estos deseos haya disciplinado,
alerta, con la mente libre, el monje
que al bien se aficiona, en su día,
solitario, elevado, las tinieblas rasgará.
Así habló el maestro.

E. Conze (ed.), *Buddhist Scriptures* (Baltimore 1959) 77-79.

289. EL «CAMINO DE LA VIRTUD» DEL BUDA

(*Dhammapada,* fragmentos)

El «Dhammapada» fue aceptado como colección oficial de las sentencias de Buda en el Concilio de Ashoka, celebrado en el año 240 a. C., pero no se consignó por escrito hasta que pasaron varias generaciones. Probablemente contiene adiciones de fecha posterior.

47. Al que se afana buscando placeres, como quien recoge flores, la muerte le sorprende y arrebata, como una gran inundación se lleva a toda una aldea dormida.
48. El Destructor lo pisotea mientras recoge placeres mundanos, insaciable en los deseos de la carne.
50. No te preocupes de las malas palabras o acciones o negligencia en la práctica del bien de los demás; atiende más bien a tus propios pecados y a tu negligencia [lit., «pecados de comisión y omisión», lo que se hace y lo que se deja de hacer].
51. Como algunas flores hermosas, agradables a la vista, pero sin

aroma, así son las bellas palabras que no producen fruto alguno en la práctica.
52. Como algunas flores hermosas, llenas de fragancia, así son las palabras cuyo fruto se advierte en la práctica.
63. El loco que conoce su locura ya es un sabio, pero el loco que se tiene por sabio bien merece ser llamado loco.
76. Mira al que te señala tus faltas como a quien te revela la existencia de un tesoro, busca la compañía de quien te amonesta y reconviene, al sabio que acierta en la reprensión. Irá bien y no mal a quien busque esta compañía.
78. Evita las malas amistades, evita la compañía de los malvados, busca la amistad de los hombres nobles y de carácter elevado.
83. Libres viven los justos. Los santos no gimen ni languidecen a impulso de las concupiscencias. Inconmovibles ante el éxito o el fracaso, los sabios no muestran alteración alguna en su talante.
85. Pocos son entre los hombres los que alcanzan la orilla lejana; el resto, una gran multitud, se queda en la orilla de acá.
92. Algunos hay que no tienen aquí tesoro alguno, los templados cuyo fin es la libertad que se obtiene al advertir que esta vida es un vacío y una fugacidad. Difíciles son de rastrear sus pasos, como los de las aves en el cielo.
93. Aquel cuyas manchas han sido purgadas, que se mantiene indiferente ante el alimento, cuyo fin es caer en la cuenta de que la vida está vacía y es efímera, es difícil de seguir, como el camino de las aves en el cielo.
94. Hasta los dioses envidian a aquel cuyos sentidos están tranquilos como caballos bien domados por el cochero, que ha renunciado al amor propio y ha purgado todas sus manchas.
100. Mejor que mil palabras vanas es una palabra pregnante, que lleva la paz a quien la escucha.
101. Mejor que mil cánticos necios es un solo cántico capaz de llevar la paz a quien lo escucha.
102. Mejor es cantar un solo versículo de la Ley, que lleva la paz a quien lo escucha, que cantar cien canciones vacías.
103. Aunque alguien venza a un millar de millares de enemigos en la batalla, mejor guerrero es el que se vence a sí mismo.
104, 105. Vencerse a sí mismo es la mejor de todas las victorias. Ni dios ni semidiós, ni Mara ni Brahma pueden anular la victoria de quien se domina siempre y permanece en calma inalterada.
106. Si un mes tras otro, a lo largo de cien años, ofreciera alguien sacrificios que costaran miles, y si otro mostrara por un momento su veneración a quien se ha dominado a sí mismo, ésta sería la mejor forma de culto.

107. Si alguien durante cien años cuidara del fuego sagrado en el claro del bosque, y si otro mostrara su veneración durante un solo momento al que se ha dominado a sí mismo, ésta sería la mejor forma de culto.
110. Mejor que cien años de vida impura e intemperante es un solo día de vida moral y contemplativa.
111. Mejor es un día de vida sabia y contemplativa que mil años de locura e intemperancia.
141. Ni la desnudez ni el cabello enmarañado ni la suciedad ni el ayuno ni el dormir en los santuarios ni las cenizas ni las posturas ascéticas pueden purificar al hombre que no está libre de la duda.
145. Los ingenieros dominan los cursos de agua, los arqueros disponen sus flechas, los carpinteros trabajan la madera. Los piadosos se dominan y se trabajan a sí mismos.
146. ¿Dónde el gozo, dónde el placer, cuando todo arde en llamas? ¿No buscaréis una antorcha cuando estáis en plena noche?
147. Considera esta imagen pintada, herida e hinchada, enfermiza y llena de concupiscencia, en que nada es permanente.
148. Esta forma arruinada es un nido de enfermedad y flaqueza, está llena de podredumbre y en trance de perecer. La muerte es el término de la vida.
149. ¿Qué placer puede tener quien contemple estos huesos grises esparcidos como calabazas en otoño?
150. He aquí una ciudadela de huesos emplastecidos con carne y sangre, cuya guarnición es enfermedad y muerte, amor propio y hostilidad.
151. Del mismo modo que hasta la brillante carroza del rey se queda vieja, así el cuerpo del hombre llega a su ancianidad. Pero la ley de los santos nunca envejece; los santos lo enseñan así a los santos.
165. Te has rebajado por el mal que tú mismo has hecho, y por el mal que renunciaste a cometer te has purificado. Pureza e impureza son cosas del yo íntimo del hombre. Nadie puede purificar a otro.
169. Sigue el camino de la virtud, no el del vicio. Los virtuosos viven felices en este mundo y en el otro.
170. El Rey de la Muerte no se fija en aquel que considera el mundo como una quimera, como una alucinación...
174. Ciegos están los hombres en este mundo; pocos son los que tienen ojos para ver; pocos son los pájaros que escapan a la red del cazador; poços son los que marchan al cielo...
178. Buena es la realeza en la tierra, bueno es nacer en el cielo,

bueno es el imperio universal, pero mucho mejor es el fruto de la conversión...

197. ¡Oh alegría! Vivimos en bienaventuranza, entre hombres llenos de odio, sin odiar a nadie. Vivamos, pues, sin ira entre ellos.

198. ¡Oh alegría! Vivimos en bienaventuranza, sanos entre enfermos. Vivamos, pues, en salud perfecta en medio de ellos.

199. Sí, vivimos en bienaventuranza, libres de cuidados entre los que sufren continuo agobio. Vivamos, pues, sin cuidados en medio de ellos.

200. En bienaventuranza vivimos sin poseer nada. Vivamos alimentándonos de alegría, como los resplandecientes en su esplendor.

201. El vencedor fomenta la hostilidad, el vencido dormita en la amargura. El hombre sereno, indiferente a la victoria y la derrota, vive en paz.

202. No hay fuego como la concupiscencia, no hay suerte tan mala como el odio. No hay tristeza como la existencia, no hay bienaventuranza comparable al [descanso del] nirvana.

211. A nada te aficiones; malo es perder el premio. Nada ata a quien está libre de aficiones y repugnancias.

212. Del apego viene el dolor, del apego viene el temor. Quien está limpio de apego no conoce ni el dolor ni el temor.

213. Del afecto vienen el dolor y el temor, el que está libre de afecto no conoce ni el dolor ni el temor.

214. Del placer vienen el dolor y el temor. El que está libre de placer no conoce ni el dolor ni el temor.

215. De la concupiscencia vienen el dolor y el temor. El que está libre de concupiscencia no conoce ni el dolor ni el temor.

216. Del deseo vienen el dolor y el temor. El que está libre del deseo no conoce ni el dolor ni el temor...

223. Por la serenidad vence el hombre a la ira; venza también al mal con el bien; someta al miserable con la liberalidad, y al mentiroso con la verdad.

224. Habla con verdad, no des lugar a la ira, da de tu pobreza al suplicante. Mediante estas tres virtudes alcanza el hombre la compañía de los dioses.

237. Tu vida se ha acabado, has llegado a presencia de la Muerte. No hay lugar de descanso en el camino, y no tienes provisiones para el viaje.

238. Hazte un refugio, anda, esfuérzate y compórtate como sabio. Purifica tus manchas y ya no conocerás ni la vejez ni el nacimiento.

252. Es fácil ver las faltas ajenas, y difícil conocer las propias.

Los hombres aventan las faltas ajenas como la paja, pero ocultan las propias como un jugador hábil oculta una mala jugada.
264. No por llevar la cabeza rapada es religioso el hombre desenfrenado e indigno. ¿Cómo considerar religioso al que está lleno de concupiscencia y codicia?
286. «Pasaré aquí la estación húmeda, allá el invierno y el verano», se propone el loco, sin pensar en lo que puede sobrevenirle.
287. Llega entonces la Muerte y lo barre, infatuado con sus hijos y sus ganados, enredado en los bienes de este mundo, como una inundación se lleva a toda una aldea dormida.
288. No hay seguridad en los hijos, en el padre o en los parientes cuando la Muerte te cubre con su sombra. No hallarás refugio entre tus parientes y amigos.
289. Conociendo todo esto con claridad, el sabio y justo se abre camino recto hacia el Nirvana.
385. Llamo brahmín al que no es acometido por deseos ni de dentro ni de fuera de sí mismo; en quien no hay temor, ése es verdaderamente libre.
386. Llamo brahmín al que medita, tiene el corazón limpio, vive solitario, ha cumplido con su deber y se ha purificado de sus manchas, que ha llegado al fin de sus esfuerzos...
393. No por los cabellos enmarañados, no por el linaje, no por la casta se es brahmín. Es verdadero brahmín aquel en quien hay verdad, justicia y pureza...
396. No llamo brahmín al que simplemente ha nacido de madre brahmín. Los hombres pueden honrarle como brahmín, aunque no esté desprendido del mundo. Yo llamo brahmín al que a nada está apegado.
397. Llamo brahmín al que ha cortado las ligaduras, al que no anda sediento de placeres, al que ha superado los estorbos.
398. Al que ha cortado el cable y la cuerda y la cadena con todas sus ataduras, y que ha roto los cerrojos, a ése llamo yo brahmín...
400. Es brahmín el que no da lugar a la ira, el que cuida de cumplir sus deberes religiosos, el que es justo, puro, y que se domina a sí mismo, que ha llegado a su último nacimiento.
406. Es brahmín el que no se opone a los que se oponen, el que permanece sereno entre los que luchan, el que no codicia entre los codiciosos.

W. D. C. Wagiswara y K. J. Saunders, *The Buddha's «Way of Virtue»* (Londres 1912).

Cf. también n.os 220, 225-230.

D. *LA REALIDAD SUPREMA. PREGUNTAS Y RESPUESTAS*

290. ZARATUSTRA PREGUNTA AL SEÑOR...

(*Gāthā-Yasna* 44)

El «Gāthā-Yasna» 44 podría llevar por título «Preguntas al Señor», pues cada una de sus estrofas, con excepción de la última, empieza con esta fórmula: «Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad...».

Las estrofas 3 a 7 se refieren al origen del mundo y su ordenación, mientras que en las estrofas 8 a 19 se trata de su futuro. Especialmente las cuatro últimas de las mencionadas versan sobre la misión de Zaratustra y la esperanza del Salvador. Esta es la materia a que se dedica el cuerpo del himno. Hay dos estrofas introductorias y una estrofa final.

1. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
tú que eres sabio, revela esto a un amigo como yo,
en virtud de mi veneración, tal como se debe a un ser como [tú,
y que como Justicia nos preste apoyo amistoso,
viniendo a nosotros a través del Buen Pensamiento.
2. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
cuando la existencia mejor comience,
¿serán colmados con los premios que desearon?
Porque éste, el santo en virtud de la Justicia,
guarda en su espíritu la fuerza que sana la existencia,
benéfica para todos, como un amigo fiel, oh Sabio.
3. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
¿quién fue el padre primero de la Justicia al nacer?
¿Quién señaló su camino al sol y a las estrellas?
¿Por quién sino por ti sale y se oculta la luna?
¡Esto quisiera saber, oh Sabio, y otras muchas cosas!
4. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
¿Quién puso la tierra aquí abajo, en su lugar, y el cielo
de las nubes, de modo que no caiga?
¿Quién las aguas y las plantas?
¿Quién unció los dos corceles al viento y las nubes?
¿Quién, oh Sabio, es el creador del Buen Pensamiento?
5. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
¿Qué artífice hizo la luz y la oscuridad?

¿Qué artífice el sueño y la vigilia?
¿Quién hizo la mañana, el mediodía y la noche,
para recordar al sabio su tarea?
11. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
¿Se extenderá la Devoción a los que oigan proclamar tu religión?
Desde el principio para esto fui elegido por ti;
a todos los demás miraré con espíritu hostil.
12. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
Entre aquellos a quienes hablo, ¿quién es justo y quién malvado?
¿Quién entre ambos? ¿Soy yo mismo malvado
o es malvado el que trata de apartarme de tu salvación?
¿Cómo no habría de considerarle malvado?
13. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
¿Cómo nos apartaremos del mal,
arrojándolo sobre aquellos que, desobedientes,
no se cuidan de seguir la Justicia
ni se aprestan a tomar consejo del Buen Pensamiento?
14. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
¿Cómo entregaré el mal en manos de la Justicia,
para hundirlo conforme a las leyes de tu doctrina,
para inducir un cisma entre los malvados,
y llevarles la ceguera y la hostilidad, oh Sabio?
16. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
¿Quién saldrá victorioso y protegerá a los vivos con tu doctrina?
Que me sean dados signos visibles,
da a conocer al juez que sanará la existencia,
y que sea dado obedecerle, por el Buen Pensamiento,
a todos aquellos en quienes lo buscas tú, oh Sabio.
17. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
¿Lograré mi fin contigo, oh Sabio?
¿Me uniré a ti y tendrá poder mi palabra
de modo que Integridad e Inmortalidad, conforme a tu mandato,
se unan al seguidor de la Justicia?
18. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:
¿Recibiré yo como salario, por la Justicia,
dos yeguas con un semental y un camello,
que me fueron prometidos, oh Sabio,
junto con el don de la Integridad y la Inmortalidad?
19. Esto te pregunto, oh Señor, respóndeme la verdad:

El que no dio su jornal al que lo había ganado,
el que no lo entrega conforme a su palabra,
¿cuál será su castigo ahora,
sabiendo lo que le ocurrirá al final?
20. ¿Fueron nunca los dioses falsos buenos maestros?
Esto pregunto a los que ven, en su culto,
cómo el sacrificador entrega el toro al furor,
y cómo el príncipe hechicero le hace gemir en su alma,
que no rocía el agua del ganado sobre los pastos
para hacerlo prosperar en virtud de la Justicia.

J. Duchesne-Guillemin, *The Hymns of Zarathustra* (Londres 1952) 63-73.

Cf. también n.os 37, 60, 303.

291. EL TERCER DESEO DE NACIKETAS

(*Katha Upanishad* I, 1, fragmentos)

Vajasravasa, un pobre y piadoso brahmín, ofrece un sacrificio y entrega como presente a los sacerdotes unas pocas vacas viejas y flacas. Su hijo, Naciketas, sintiéndose turbado por el hecho de que su padre no cumple debidamente con las exigencias del sacrificio, propone ser él mismo entregado como ofrenda (daksinā) *a un sacerdote. Al insistir en su propuesta, su padre le dice airado: «A Yama (la muerte) te entrego». Naciketas marcha a la morada de Yama, que se halla ausente, y espera allí tres días con sus noches sin probar bocado. Yama regresa por fin y ofrece a Naciketas tres regalos como compensación por el retraso y las incomodidades que le ha causado. Como primer regalo pide Naciketas «regresar vivo junto a mi padre». Como segundo, «dime el modo de que mis buenas obras no se agoten». Como tercero, «dime el modo de vencer a la muerte cuando llegue de nuevo».*

20. Hay esta duda con respecto al hombre que ha fallecido, que unos afirman que existe y otros dicen que ya no existe. Quisiera que me instruyeras acerca de este conocimiento. De los regalos, éste es el tercer regalo.
21. (Yama dijo:) Hasta los dioses antiguos tienen dudas sobre este punto. No es asunto fácil de comprender, de sutil que es esta verdad. Elige otro regalo, oh Naciketas, y no me obligues. Déjame libre en esta materia...

23. (Yama dijo:) Elige hijos y nietos que vivan cien años, ganado en abundancia, elefantes, oro y caballos. Elige grandes extensiones de tierra y tantos años de vida para ti como quieras.
24. Si estimas cualquier otro regalo igual a éste, elígelo junto con la riqueza y una larga vida. Oh Naciketas, vive y prospera sobre esta ancha tierra. Haré que disfrutes de todo cuanto puedas desear...
26. (Dijo Naciketas:) Efímeras son esas cosas, oh Yama, y llegan a hastiar todos los sentidos de los hombres. Además, toda vida es breve. Tuyos sean los carros, tuyos la danza y el cántico.
27. El hombre no se contentará con la riqueza. ¿Podríamos disfrutar de la riqueza después de haberte visto? ¿Es que viviremos siquiera mientras tú conserves el poder? Este es el único regalo que quiero.
28. Después de haberse acercado a la inmortalidad imperecedera, ¿qué mortal efímero que sobre esta tierra conozca y medite en los placeres de la belleza y el amor se complacerá en una vida extraordinariamente larga?
29. Dinos qué hay en cuanto a eso en que dudan, oh Muerte; qué hay en la gran defunción. Este regalo que penetra el misterio y no otro es el que elige Naciketas.

S. Radhakrishnan, *The Principal Upanishads* (Nueva York 1953) 603ss.

292. «EXPLICAME EL BRAHMAN...»

(*Brihad-āranyaka Upanishad* III, 4, 1-2)

1. Le preguntó entonces Ushasta Chakrayana: «Yajñavalkya», dijo, «explícame el Brahman que está inmediatamente presente y que es directamente percibido, que es la entidad de todas las cosas». «Es tu propia entidad. Eso es lo que hay en todas las cosas». «¿Qué es lo que hay dentro de todas las cosas, Yajñavalkya?». «El que alienta con tu aliento es tu entidad que está en todas las cosas. El que respira con tu respiración es tu entidad que está en todas las cosas. El que expira con tu expiración es tu entidad que está en todas las cosas. El es tu entidad que está en todas las cosas».
2. Dijo Ushasta Chakrayana: «Lo has explicado como quien dice: 'Esto es una vaca', 'esto es un caballo'. Explícame el Brahman que está inmediatamente presente y que es directamente percibido, que es la entidad de todas las cosas». «¿Qué es lo que hay dentro de todas las cosas, Yajñavalkya?». «Tú no puedes ver al que ve en la

visión, no puedes oír al oyente en el oído, no puedes pensar al pensante en el pensamiento, no puedes entender al inteligente en el entendimiento. Es tu entidad lo que hay en todas las cosas. Todo lo demás pertenece al mal». Después de esto, Ushasta Chakrayana guardó silencio.

S. Radhakrishnan, *The Principal Upanishads (op. cit.),* 219-220.

293. «¿CUANTOS DIOSES HAY, YAJÑAVALKYA?»... «UNO»

(*Brihad-āranyaka Upanishad* III, 9, 1)

1. Entonces le preguntó Vidagdha Salakya: «¿Cuántos dioses hay, Yajñavalkya?». Respondió él, conforme a la siguiente invocación (*nivid*) de los dioses: «Tantos como se mencionan en la invocación del himno de alabanza a los Vishve-devas, a saber: trescientos tres y tres mil tres». «Sí», dijo él, «pero ¿cuántos dioses hay, Yajñavalkya?». «Treinta y tres». «Sí», dijo él, «pero ¿cuántos dioses hay, Yajñavalkya?». «Seis». «Sí», dijo él, «pero ¿cuántos dioses hay, Yajñavalkya?». «Tres». «Sí», dijo él, «pero ¿cuántos dioses hay, Yajñavalkya?». «Dos». «Sí», dijo él, «pero ¿cuántos dioses hay, Yajñavalkya?». «Uno y medio». «Sí», dijo él, «pero ¿cuántos dioses hay, Yajñavalkya?». «Uno»...

S. Radhakrishnan, *The Principal Upanishads (op. cit.),* 234-235.

294. «ESTE ES MI YO... ESTE ES BRAHMAN»

(*Upanishads,* fragmentos)

1. En verdad, todo este mundo es Brahman, del que procede, sin el que será disuelto, y con el que alienta. Sereno, un hombre puede meditar en él.
2. El que está hecho de entendimiento, cuyo cuerpo es vida, cuya forma es luz, cuya concepción es la verdad, cuya alma es el espacio, que contiene todas las obras, que contiene todos los deseos, que contiene todos los olores, que contiene todos los sabores, que abarca todo este mundo, que carece de habla y de preocupación.
3. Este es mi yo dentro del corazón, más pequeño que un grano de arroz, que un grano de cebada, que una semilla de mostaza, que

un grano de mijo o que el meollo de un grano de mijo. Este es mi yo dentro del corazón, mayor que la tierra, mayor que la atmósfera, mayor que el cielo, mayor que todos estos mundos.
4. El que contiene todas las obras, el que contiene todos los deseos, el que contiene todos los olores, el que contiene todos los sabores, el que abarca todo este mundo, sin habla, sin preocupación, éste es mi yo dentro del corazón, éste es Brahman. En él entraré cuando parta de aquí. Ciertamente, el que esto cree ya no tendrá más dudas.

(*Chāndogya Upanishad* III, 14, 1-4)

... Pero el yo *(ātman)* no es esto ni aquello. Es incomprensible, porque nunca es comprendido. Es indestructible, porque nunca es destruido. No está adherido, porque no se adhiere...

(*Brihad-āranyaka Upanishad* IV, 2, 4)

Este yo *(ātman)* es miel para todos los seres y todos los seres son miel para este yo. Esta persona resplandeciente, inmortal que hay en este yo, y la persona resplandeciente, inmortal que hay en este yo (individual) es precisamente este Yo, y éste es inmortal, éste es Brahman, éste lo es todo.

(*Brihad-āranyaka Upanishad* II, 5, 14)

Manifiesto, perfectamente fijo, móvil, verdaderamente en el lugar secreto (del corazón), tal es el gran soporte. En él se centra todo cuanto se mueve, alienta y parpadea. Conocido como ser, como no ser, como objeto supremo para el deseo, como lo más elevado por encima del alcance del entendimiento humano.

(*Mundaka Upanishad* II, 2, 1)

S. Radhakrishnan, *The Principal Upanishads (op. cit.)*.

Cf. también n.os 56, 101, 300.

295. CUANDO EL ORDEN (DHARMA) SE DESINTEGRA, KRISHNA SE MANIFIESTA

(*Bhagavadgītā* IV, 1-9, 14)

Dijo el Bienaventurado:
1. Esta disciplina a Vivasvant
proclamé. Es eterna.
Vivasvant la comunicó a Manu,
Manu la transmitió a Ikshvaku.
2. Recibida así en línea de sucesión,
los videntes regios la conocieron.
Con el paso del tiempo en este mundo
esta disciplina se perdió, reprobación del enemigo.
3. Esta misma disciplina antigua por mí
hoy te es proclamada.
Mi devoto y amigo eres, tal es la causa,
porque es éste un secreto supremo.
Dijo Arjuna:
4. Después de tu nacimiento,
antes del nacimiento de Vivasvant:
¿cómo puedo entender esto,
que la proclamaras al principio, como dices?
El Bienaventurado dijo:
5. Para mí muchos nacimientos
pasaron, y también para ti, Arjuna.
Yo los conozco todos,
tú no los conoces, reprobación del enemigo.
6. Aunque innato, aunque mi yo es eterno,
aunque señor soy de los seres,
por mi propia naturaleza material
me realizo por mi propio poder misterioso.
7. Porque cuando la justicia
empieza a languidecer, hijo de Bharata,
y la injusticia resurge,
yo entonces me manifiesto.
8. Para proteger el bien,
para destruir a los malvados,
para dar asiento firme a la justicia
aparezco de edad en edad.
9. Mi nacimiento y acciones maravillosas
quien de verdad conoce tal cual son,
al dejar su cuerpo, no vuelve a
renacer, sino que viene a mí, Arjuna...

14. No me mancha la acción,
pues anhelo no siento por el fruto de la acción.
El que de este modo me conoce
ya no está atado por la acción.

F. Edgerton, *The Bhagavad Gītā* I (Cambridge 1944).

296. DOCTRINAS DE BHAGAVADGITA: «TODO CUANTO HAGAS, HAZLO COMO UN SACRIFICIO QUE ME OFRECES»

(*Bhagavadgītā* IX, VI, VIII, fragmentos)

4. De mí está penetrado todo este
universo, de mí en la forma de lo no manifiesto.
En mí descansan todos los seres,
pero yo no descanso en ellos.
5. Y, a pesar de todo, los seres no descansan en mí,
¡advierte mi divino misterio (o magia)!
Soporte del ser, pero sin apoyo en los seres,
tal es mi yo, el que hace ser a los seres.
6. Igual que constantemente en el éter mora
el gran viento que todo lo penetra,
así todos los seres
en mí moran, estate seguro de ello.
7. Todos los seres, hijo de Kuntí,
a mi naturaleza material pasan
al final de cada eón universal, y luego
los emito de nuevo al comienzo del nuevo eón.
8. Tomando por base mi naturaleza material
emito una y otra vez
la hueste toda de los seres,
lo impotente, en virtud de mi naturaleza material.
9. Pero a mí estas acciones
no me atan Dhanamjaya,
partícipe, pero indiferente,
desasido de estas acciones.
10. Mientras desde mi altura vigilo,
la naturaleza material produce seres móviles e inmóviles.
Mediante esta fuerza impulsora, hijo de Kuntí,
el mundo sigue su curso.
11. Me desprecian los insensatos
por haber tomado forma humana,

porque no conocen mi estado superior,
como gran señor de todos los seres...

16. Soy la acción ritual, soy el acto de culto,
soy la ofrenda a los muertos, soy hierba medicinal,
soy la fórmula sagrada, yo sólo soy la manteca sacrificial,
soy el fuego del sacrificio, soy la libación.

17. Soy el padre de este mundo,
su madre, su instaurador, su dueño,
objeto del conocimiento, purificador, sílaba sagrada *om,*
poema de alabanza, cántico y fórmula sacrificial.

18. El final, soporte, señor, testigo,
morada, refugio, amigo,
origen, disolución y persistencia,
casa del tesoro, semilla imperecedera.

19. Yo doy calor, yo la lluvia
retengo y envío.
Inmortalidad y muerte,
existente y no existente soy, Arjuna...

23. Aun los que, devotos de otros dioses,
llenos de fe les tributan culto,
es a mí, hijo de Kuntí, al que siempre
adoran, pero no en la forma prescrita.

24. Pues de todos los actos de culto soy
destinatario y señor.
Pero ellos no me reconocen
como deben. Por eso caerán.

25. Los devotos de los dioses van a los dioses,
los devotos de los padres van a los padres,
los adoradores de fantasmas van a los fantasmas.
Los que me adoran vendrán a mí.

26. Hoja, flor, fruto o agua
que con devoción me ofrezcan,
como presente de su devoción
aceptaré del alma piadosa.

27. Cuanto hagas, cuanto comas,
cuanto con devoción ofrezcas o des,
tus penitencias, hijo de Kuntí,
que siempre sean como oblación que me haces...

30. Aunque un malhechor sea
el que con devoción me venera,
como justo será tratado,
pues tomó la resolución justa.

31. Pronto su alma será justa
y marchará a la paz eterna.
Hijo de Kuntí, estate seguro de esto:
ninguno de mis devotos se perderá.
32. Pues si en mí se refugian, hijo de Pritha,
aun los que sean de baja estirpe,
mujeres, artesanos y siervos,
también ellos tendrán el fin supremo.

(IX, 4-11, 16-19, 23-27, 30-32)

30. El que me ve en todas las cosas
y todas las cosas ve en mí,
para él no estaré perdido,
ni él perdido para mí estará.
31. El que presente en todas las cosas
me vea y venere, creyente en la unidad,
en cualquier condición que se halle,
hombre disciplinado, en mí permanece.

(VI, 30-31)

5. Y a la hora de la muerte, sólo en mí
meditando, abandonando el cuerpo
que así muere, a mi reino
marcha. De ello no hay duda.
6. Al estado del ser en que meditando esté
cuando el cuerpo al morir abandone,
al mismo irá, hijo de Kuntí,
transformado en su misma condición.
7. Piensa siempre, por tanto,
en mí, y esfuérzate.
Fijos en mí pensamiento y conciencia,
a mí vendrás, no lo dudes.

(VIII, 5-7)

F. Edgerton, *The Bhagavad Gītā* I (Cambridge 1944).

Cf. también n.os 28, 117, 264.

297. EL TAO, REALIDAD SUPREMA

(*Tao Te King,* fragmentos)

Por Tao *se entiende el modo en que han de comportarse los que aspiran a «realizar sin actuar». Pero no es tan sólo un medio, una doctrina o un principio. Es también la realidad suprema en que vienen a unificarse todos los atributos, «es pesado como una piedra, ligero como una pluma»; es la unidad subyacente a la misma unidad. «Es aquello que al perderlo hace que mueran los hombres y que vivan al conseguirlo. Fracasa cuanto sin él se haga y tiene éxito todo lo que se haga aplicándolo. No tiene ni raíz ni tallo, ni hoja ni flor. Pero de él dependen la generación y el crecimiento de las diez mil cosas, cada cual conforme a su especie» (Kuan Tzu, 49).*

No sabemos ni es probable que lleguemos a saber nunca quién escribió el «Tao Te King». Sin embargo, desde hace dos mil años se viene relacionando con este libro el nombre de Lao Tan, o «Maestro Lao» (Laotzé).

Capítulo IV

El Camino es como un vaso vacío
del que, sin embargo, se puede sacar algo
sin necesidad de volverlo a llenar.
No tiene fondo, verdadero progenitor de cuanto hay en el mundo.
En él toda arista se pule,
toda confusión se resuelve,
todo brillo se suaviza,
todo polvo [1] se limpia.
Es como estanque profundo que nunca se seca.
¿Es hijo de otra cosa? No podemos decirlo.
Pero como imagen sin sustancia [2] existía antes que el Antepasado [3].

[1] El polvo es el símbolo taoísta del ruido y ajetreo de la vida diaria.

[2] *Hsiang,* una imagen como las que parecen flotar en nuestra mente cuando pensamos.

[3] El Antepasado a que se alude aquí es casi con toda seguridad el Antepasado Amarillo, que separó la tierra del cielo y de este modo destruyó la unidad primordial, por lo que frecuentemente se le censura en Chuang Tzu.

Capítulo VI

El Espíritu del Valle nunca muere.
Se le llama Hembra Misteriosa.
Y la entrada de la Hembra Misteriosa
es la base de que brotan cielo y tierra.
Pero está siempre dentro de nosotros.
Saca de ahí cuanto quieras, nunca se secará.

Capítulo VII

Eterno es el cielo y perdurable la tierra.
¿Cómo se hicieron tales? Porque no fomentan sus vidas,
y por eso alcanzaron tal longevidad.
Por eso mismo el sabio
se hunde en la profundidad, pero está siempre en primer plano.
Permanece fuera, pero siempre está allí.
¿No es acaso porque no busca fines personales
por lo que sus fines personales se cumplen siempre?

Capítulo XI

Ponemos treinta radios y decimos que es una rueda,
pero su utilidad depende de los espacios vacíos.
Ponemos el barro en el torno para hacer un vaso,
pero su utilidad depende del espacio vacío.
Calamos puertas y ventanas para hacer una casa,
y la utilidad de la casa depende de estos espacios vacíos.
Si nos aprovechamos de lo que es, también debemos sacar ventaja
de lo que no es.

Capítulo XXII

Para permanecer entero, déjate romper.
Para quedar derecho, déjate doblar.
Para llenarte, déjate vaciar.
Hazte jirones para renovarte.
Los que tienen poco tendrán más,
los que tienen mucho quedarán perplejos.
Por eso el sabio
se adhiere a la unidad primordial
y con ella contrasta cuanto hay bajo el cielo.

No se da a ver, y por eso es visto por todas partes.
No se define, y por eso se diferencia.
No presume de cuanto hace, por eso tiene éxito.
No se enorgullece de su obra, y por eso perdura.
No discute, y por eso nadie bajo el cielo
puede discutir con él.

Vemos, por consiguiente, que la antigua sentencia «Para permanecer entero, déjate romper» no era una necedad, pues la totalidad verdadera sólo se consigue retornando al Camino.

Capítulo XXV

Había algo sin forma, pero completo,
existente antes que el cielo y la tierra,
sin sonido, sin sustancia,
de nada dependiente, inmutable,
que todo lo penetraba, indeficiente.
Podría ser imaginado como madre de cuanto hay bajo el cielo.
Su verdadero nombre [1] nosotros no conocemos;
«Camino» es el seudónimo que le damos,
y si me obligaran a decir a qué clase de cosas pertenece,
yo lo llamaría Grande (*ta*).
Pero *ta* significa también pasar,
y pasar significa ir muy lejos,
e ir muy lejos significa retornar [2].
Así, pues, como Tao [3] tiene «esta grandeza» y la tierra la suya
y el cielo también, el gobernante habrá de tenerla.
Por tanto, «en el ámbito hay cuatro porciones de grandeza»,
y una corresponde al soberano. Los caminos de los hombres
están condicionados por los de la tierra.
Los caminos de la tierra lo están por los del cielo.
Los caminos del cielo, por los del Tao,
y los del Tao por los de su auto-entidad [4].

[1] Es decir, no sabemos a qué clase de cosas pertenece.
[2] Retornar a «lo que había en el principio».
[3] En adelante se usa el término chino *Tao* en vez de «Camino», con lo que se evitan numerosos inconvenientes.
[4] Lo «incondicionado», lo «que es así de por sí».

Capítulo XXVII

La actividad perfecta no deja rastros tras de sí;
el discurso perfecto es como tallador de jade, cuya herramienta no deja huellas;
el que sabe contar no necesita ayudarse con los labios;
la puerta perfecta no tiene ni cerrojo ni tranca,
pero no puede ser abierta.
El nudo perfecto no necesita ni cuerda ni bramante,
pero no puede ser desatado.
Por consiguiente, el sabio
se halla siempre en perfecta disposición de ayudar,
y ciertamente no vuelve su espalda a los hombres.
Siempre está en perfecta disposición de ayudar,
y ciertamente no vuelve su espalda a las criaturas...

Capítulo XXXIV

El gran Tao es como una barca flotante,
que puede ir en esta o en aquella dirección.
Las diez mil criaturas le deben su existencia, y él no las repudia,
pero habiéndolas producido, no se posesiona de ellas.
El Tao, aunque cubre las diez mil cosas como un manto,
no pretende dominarlas
y nada reclama de ellas.
Puede ser llamado por eso el Humilde.
Las diez mil criaturas le obedecen,
aun sin saber que le tienen por dueño.
Puede ser llamado por eso el Grande.
También el sabio, porque nunca hace una demostración
de grandeza, consigue ser grande.

Capítulo XLII

El Tao dio origen al Uno; el Uno dio origen sucesivamente a dos cosas, tres cosas, hasta diez mil cosas [1]. Estas diez mil criaturas no pueden volver la espalda a la sombra sin que el sol les dé en el vientre [2], y es precisamente de la combinación de estos dos alien-

[1] Quiere decir «todas las cosas».
[2] Simboliza el hecho de que son una mezcla de luz y oscuridad, dureza y blandura, agua y fuego, etc.

tos[3] de lo que depende su armonía[4]. La orfandad, la pobreza y la penuria es lo que más odian los hombres, y, sin embargo, los príncipes se titulan huérfanos, pobres e indigentes. Ciertamente, «muchas veces aumentan las cosas al tratar de disminuirlas, y disminuyen por tratar de aumentarlas». Las máximas que otros utilizan en sus enseñanzas utilizaré yo también en las mías. Muéstrame un hombre violento que haya tenido buen fin, y yo lo tomaré por maestro.

Comentario

El príncipe es un ser «soleado» por oposición a «sombrío». Pero un príncipe no podrá sentirse propiamente «armonizado» mientras no tenga «la sombra a su espalda», cosa que logrará siendo humilde.

Dice un proverbio: «El hombre violento nunca tuvo buen fin, ni dejó de recibir su merecido el que se complace en la victoria». Otro proverbio dice: «El mejor médico no puede salvar al que ha consumido su tiempo de vida, ni el hombre violento puede contender con el Cielo». Es posible que Ch'iang-liang, «hombre de violencia», sea en realidad el nombre de un personaje mitológico, una especie de Titán que peleó inútilmente con el Cielo. Ch'iang significa «violento», pero liang significa «balsa», y si bien se dice que los dos términos juntos significan «hombre de violencia», no se aduce prueba alguna, por lo que sospecho que a esta especie de Titán se dio el nombre de «almadía» porque su imagen solía tallarse en los extremos de las embarcaciones. Esta teoría cuenta con el apoyo de un pasaje de *Chuang Tzu* (VI, 9), en que se habla de un hombre fuerte llamado Chü-liang, «el que sujeta las almadías», que, a semejanza de Sansón, «perdió su fuerza». Para ponerse de acuerdo con una cita de Huai-nan Tzu, muchos editores modernos alteran el texto que aparece al principio del capítulo.

Capítulo LII

A esto que fue el origen de todas las cosas bajo el cielo
podemos nosotros llamar «madre» de todas las cosas.
El que conoce a la madre[1]
también conoce a los hijos[2].

[3] El «aliento» cálido del sol y el «aliento» frío de la sombra. De ahí que «aliento» signifique también «estado atmosférico» en sentido amplio.
[4] «Equilibrio» diríamos nosotros.

[1] El Tao, el Uno, la Totalidad.
[2] Los muchos, el universo.

Y el que conoce a los hijos
más firmemente adherido estará a la madre,
y no sufrirá daño hasta el final de sus días:
«Cierra los pasos, atranca las puertas,
y tu fuerza no desfallecerá hasta el final.
Abre los pasos, aumenta tus obras,
y hasta el último día quedarás sin ayuda».
Como ver bien significa percibir las cosas pequeñísimas,
ser fuerte significa adherirse a lo que es débil [3].
El que habiendo usado la luz externa puede retornar a la luz interior [4]
queda a cubierto de todo daño.
A esto llamamos recurrir al «siempre así».

Capítulo LVI

Los que saben no hablan,
los que hablan no saben.
Cierra los pasos,
atranca las puertas,
que toda arista sea pulida,
toda confusión se resuelva,
todo brillo se suavice,
todo polvo se limpie.
A esto llamamos nivelación misteriosa.
El que la ha conseguido no puede ser atraído a amistad o repelido,
no puede ser beneficiado o herido,
no puede ser encumbrado o humillado,
y por eso mismo es la más alta de todas las criaturas bajo el cielo.

Capítulo LVII

«Los reinos sólo pueden gobernarse si se guardan las leyes;
las batallas sólo pueden ganarse si se quebrantan las leyes» [1].

[3] El Tao.

[4] Corresponde a «conocer a los hijos». *Ming* («luz interior») es el conocimiento de sí mismo.

[1] Una máxima militar que el autor toma como base para formular sus sentencias taoístas. Cf. Lionel Giles, *Sun Tzu,* 34, 35. *Ch'i* significa «maniobras inesperadas». *Cheng,* «guardar las leyes», no se usa aquí en su sentido técnico militar de «ataque abierto».

Pero la adhesión de todos bajo el cielo sólo puede lograrse mediante la permisión.
¿Cómo llegué a saber que esto es así?
Mediante esto [2].
Cuantas más prohibiciones haya, cuantas más exclusiones rituales,
tanto más pobre será el pueblo.
Cuantas más «armas aguzadas» [3] haya,
más ignorante será todo el país.
Cuantos más artesanos diestros haya,
más estratagemas [4] perniciosas se inventarán.
Cuantas más leyes sean promulgadas,
más ladrones y bandidos habrá.
Por eso ha dicho un sabio:
Mientras yo no haga nada, las gentes se transformarán por sí mismas.
Cuanto más ame yo la tranquilidad, más rectamente se comportará por sí mismo el pueblo.
Mientras yo me mantenga inactivo, el pueblo prosperará por sí mismo.
Mientras yo no exija nada, el pueblo volverá por sí mismo al estado de «bloque no tallado».

Capítulo LXXXI

Las palabras sinceras no suenan gratas,
y las palabras que suenan gratas no son sinceras.
El hombre honrado no se acredita con argumentos,
y el que recurre a los argumentos no es honrado.
La verdadera sabiduría es distinta de la erudición,
y la mucha erudición significa poca sabiduría.
El sabio no tiene necesidad de acumular.
Cuando en bien de otros ha gastado la última astilla,
he aquí que posee más que antes.
Cuando en darse a los otros ha gastado su última astilla,
he aquí que sus provisiones son más que antes.

[2] A través de lo que hallé en mí mismo, «en el vientre»; a través de la luz de la visión interior.

[3] Es decir, el pueblo habilidoso.

[4] Cf. la historia del *Chuang Tzu* (XII, 11) acerca del hombre al que la simple exigencia de abstenerse de trabajar inspiraba unos sentimientos semejantes a los que suscitaba en Wordsworth la vista de un tren.

Pues el camino del cielo es aguzar sin cortar,
y el camino del sabio es actuar sin esfuerzo.

A. Waley, *The Way and Its Power: A Study of the Tao Te Ching* (Nueva York 1934).

298. CHUANG TZU HABLA SOBRE EL TAO

La segunda gran figura de la primitiva escuela taoísta es Chuang Tzu, o Chuang Chou, al que se asignan las fechas aproximadas del 369 al 286 a. C., lo que le hace contemporáneo de Mencio. Si bien parece que durante algún tiempo fue un funcionario de menor rango, es posible que pasara la mayor parte de su vida como solitario. Es muy poco lo que de él sabemos. El libro que lleva su nombre es en realidad una recopilación de sus propios escritos y los de sus discípulos e imitadores. Lo cierto es que destaca como uno de los textos más agudos e ingeniosos de toda la literatura china. A semejanza del *Lao Tzu,* su efecto no depende de la argumentación metódica, sino del empleo de parábolas y alegorías, de paradojas e imágenes originalísimas. Uno de los recursos favoritos de la obra consiste en tomar una figura histórica, como Confucio, y convertirla en ilustración de las ideas taoístas, con lo que los grandes personajes de la historia china aparecen envueltos en un sinfín de anécdotas fantásticas y puramente imaginarias.

Chuang Tzu comparte con el *Lao Tzu* su idea capital del Tao como principio subyacente a toda existencia y norma rectora de la misma. Se preocupa menos, sin embargo, de presentar el Tao como guía de la vida, pues entiende que posee un valor supremo de por sí, y que trasciende a las aplicaciones mundanas... Chuang Tzu se muestra casi indiferente ante la sociedad humana. No trata ni de reformar las cosas ni de mantenerlas tal como están, sino que se sitúa por encima de ellas. La filosofía de Chuang Tzu es esencialmente un alegato en favor de la libertad individual. Pero se trata de una libertad espiritual, con la que el individuo se libera de sus propias limitaciones más que de las coacciones externas. De lo que el hombre ha de liberarse es de sus propios prejuicios, de su visión parcial de las cosas, de su tendencia a juzgar a los demás desde su propio punto de vista.

La identidad de los opuestos

¿Por qué está el Tao viciado hasta el extremo de que sea preciso distinguir entre verdad y falsedad? ¿Por qué está el discurso viciado hasta el extremo de que sea preciso distinguir entre recto y erróneo?

¿Cómo puede partir el Tao y no estar ya aquí? ¿Y es que puede haber discurso que no sea apropiado? El Tao está viciado por culpa de las virtudes mezquinas. El discurso está viciado por culpa de la elocuencia florida. De ahí vienen las discusiones entre los confucianistas y los maoístas, negando unos lo que afirman los otros y afirmando unos lo que los otros niegan. Pero si hemos de decidir entre sus numerosas afirmaciones y negaciones, no hay nada mejor que emplear la luz de la razón.

Todas las cosas son su propia entidad; todas las cosas son distintas de cualquier otra cosa. La cosas no saben que son distintas de otras cosas; sólo saben que son ellas mismas. Así, se ha dicho que lo otro depende de la propia entidad, del mismo modo que la propia entidad depende de lo otro. Esta es la teoría de que la propia entidad y lo otro se originan mutuamente. Al mismo tiempo, donde hay vida también hay muerte, y donde hay muerte también hay vida; donde hay imposibilidad también hay posibilidad, y donde hay posibilidad también hay imposibilidad; porque existe la justicia también existe la injusticia, y porque existe la injusticia también existe la justicia. Siendo ésta la situación, los sabios no entienden las cosas a este nivel, sino que *reflejan la luz de la naturaleza*. En consecuencia, la propia entidad es también lo otro, y lo otro es también la propia entidad. Según lo otro, hay un tipo de justicia e injusticia, y según la propia entidad hay otro tipo de justicia e injusticia. Pero ¿existen realmente estas distinciones entre la propia entidad y lo otro, o es que no existen tales distinciones? Cuando la propia entidad y lo otro pierden su contrariedad, tenemos la esencia misma del Tao. Sólo la esencia del Tao puede ocupar el centro del círculo y desde allí dar respuesta a las infinitas opiniones que surgen de todos los lados. La afirmación [de la propia entidad] es una de estas infinitas opiniones; la negación [de lo otro] es otra. Por eso se ha dicho que no hay nada mejor que emplear la luz de la razón...

Lo posible es posible, lo imposible es imposible. Actúa el Tao y se siguen las cosas. Las cosas son lo que se dice que son. ¿Qué son? Son lo que son. ¿Qué es lo que no son? No son lo que no son. Todo es lo que es, y puede ser lo que puede ser. Nada hay que no sea algo, y nada hay que no pueda ser algo. En consecuencia, por ejemplo, una espiga y una columna, lo feo y lo bello, lo común y lo singular, lo decepcionante y lo extraño, todo puede ser, en su enorme variedad, reducido a una sola cosa unitaria por el Tao. La división de lo uno es la construcción de lo otro. A través de la construcción o a través de la destrucción, todas las cosas son reducidas finalmente a la unidad...

La decadencia del Tao

El saber de los antiguos era perfecto. ¿De qué modo era perfecto? Aún no tenían conciencia de que había cosas. Este es el saber más perfecto, nada cabe añadir. Entonces tomaron conciencia algunos de que había cosas, pero no cayeron en la cuenta de que entre ellas había distinciones, pero no cayeron en la cuenta de que entre ellas se daba lo justo y lo injusto. Cuando lo justo y lo injusto se manifestaron, el Tao entró en decadencia. Con la decadencia del Tao vino el incremento del amor. Pero ¿hubo realmente una decadencia y un incremento? ¿No sería más bien que no hubo ni decadencia ni incremento?

Tengo algo que decir [en concreto, que no existe tal cosa como lo justo y lo injusto]. No sé si lo que digo concuerda o no con lo que otros dicen [concretamente, que hay lo justo y lo injusto]. Si lo que yo digo y lo que otros dicen coincide [en afirmar que hay lo justo y lo injusto], al menos hay coincidencia [en suponer que existe lo justo y lo injusto]. Esto significa que difícilmente puede haber diferencia entre lo que yo digo y lo que otros dicen. Pero, aunque sea éste el caso, trataré de explicarme. Hubo un principio. Hubo un no principio [previo al no principio anterior al principio]. Hubo el ser. Hubo el no ser [antes de que hubiera el ser]. Hubo el no no ser [antes de que hubiera el no ser]. De pronto surgieron el ser y el no ser. Y a pesar de todo, entre el ser y el no ser no acierto a saber lo que es realmente el ser y el no ser. Acabo de decir algo, pero no sé si lo que he dicho significa algo realmente o no significa nada en absoluto.

El Gran Despertar

Apoyándose en el sol y en la luna, y llevando el universo bajo su brazo, el sabio lo conjunta todo en una totalidad armoniosa. No piensa en la confusión y en la oscuridad, y considera iguales al honorable y al humilde. La multitud se afana y esfuerza; el sabio es primitivo y sin conocimiento. Considera diez mil años como una unidad total y simple. Todas las cosas son lo que son y de este modo se unifican.

¿Cómo sé que el amor a la vida no es un engaño? ¿Cómo sé que quien teme a la muerte no es como un hombre que abandona de joven su casa y se olvida de regresar? La señora Li era hija del guardián fronterizo de Ai. Cuando fue llevada al estado de Chin, lloró hasta que la halda de su vestido se empapó de lágrimas.

Pero cuando llegó a la residencia real, compartió con el rey su lujoso lecho y gustó suntuosos manjares, se lamentó de haber llorado. ¿Cómo saber si los muertos no estarán arrepentidos de su anterior apego a la vida? Los que sueñan que al día siguiente participarán en una alegre fiesta de bebedores, quizá se lamenten y lloren a la mañana siguiente. Los que sueñan con lamentos y llanto, quizá por la mañana vayan a una alegre partida de caza. Mientras sueñan no saben que están soñando. En sus sueños hay incluso quienes tratan de interpretar lo que sueñan. Sólo cuando se despiertan empiezan a darse cuenta de que han estado soñando. Un día llegará el gran despertar, y entonces sabremos que todo ha sido un gran sueño. Entre tanto, sin embargo, los locos piensan que están despiertos, y de ello se sienten muy seguros. Con escrupulosa minuciosidad distinguen entre príncipes y lacayos. ¡Qué estúpidos! Confucio y tú estáis en el mismo sueño. Y cuando digo que estáis en un sueño, esto es también un sueño. Este modo de hablar quizá se considere paradójico. Si al cabo de diez mil años pudiéramos tratar con un gran sabio capaz de explicar las paradojas, sería como si nos hubiésemos encontrado con él sólo al cabo de una mañana o de una tarde.

Chuang Tzu y la mariposa

Una vez, Chuang Chou [es decir, Chuang Tzu] soñó que era una mariposa, una mariposa que revoloteaba por todas partes, divirtiéndose. No se daba cuenta de que en realidad era Chuang Chou. Se despertó de pronto y de nuevo era Chuang Chou. Pero no sabía si era Chuang Chou el que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa que soñaba que era Chuang Chou. Entre Chuang Chou y la mariposa tiene que haber alguna distinción. Esto es lo que llamamos la transformación de las cosas.

Lo natural y lo artificial

«El Tao no tiene principio ni fin. Las cosas nacen y mueren, y carecen de permanencia. Están unas veces vacías y otras llenas, carentes de una forma constante. No es posible hacer que los años se detengan, ni se puede inmovilizar el tiempo. Los procesos de aumento y disminución están siempre en marcha y a todo final sucede un comienzo nuevo. Podemos hablar así de la gran norma [del Tao] y del principio que penetra todas las cosas.

La vida de las cosas transcurre como un caballo al galope.

Todo movimiento produce un cambio, y cada hora significa una diferencia. ¿Qué se ha de hacer o qué no se ha de hacer? Ciertamente, todo seguirá su curso...

Se ha dicho, en consecuencia, que lo natural permanece interiormente y que lo artificial se queda fuera, y que la virtud *(te)* está en lo natural. Si alguien conoce el curso de la naturaleza y del hombre, tomando la naturaleza como lo fundamental y permanente por la virtud, se sentirá libre para avanzar o retroceder, para encogerse o estirarse, porque siempre se produce un retorno a lo esencial y definitivo».

«¿Qué quieres dar a entender», preguntó el Conde del Río, «con eso de lo natural y lo artificial?».

«Los caballos y los toros», respondió el espíritu del Océano, «tienen cuatro patas. Esto es lo natural. Pero colocar un cabezal al caballo o anillar al toro es artificial.

Por eso se ha dicho: 'No consientas que lo artificial borre lo natural; no pretendas que el esfuerzo domine al destino; no permitas que la alegría se sacrifique a la fama'. Observa con diligencia estos preceptos sin faltar y retornarás a la inocencia original».

Lo duro será machacado...

Dijo Lao Tzu: «Conoce lo masculino, pero mantén lo femenino; de ese modo serás como un barranco para el mundo. Conoce la pureza, pero soporta la desgracia; de ese modo serás como un valle para el mundo». Los hombres se esfuerzan por lo primero; sólo él procuró lo segundo. Dijo: «Recibe en ti el rechazo del mundo». Los hombres todos buscan lo sustancial; sólo él eligió el vacío. Como no se dedicó a amontonar, disfrutó de abundancia; cierto, mucha fue su abundancia. Sus acciones eran sin esfuerzo ni desgaste. Creía que lo mejor era no hacer nada, y se reía de los diligentes. Todos los hombres andan en busca de la felicidad; sólo él buscó su defensa en la adaptación. Dijo: «Vivamos libres de reproche». Creía que es preciso fundarse en lo profundo y que la sencillez debe ser la norma de la conducta externa. Dijo: «Lo duro será machacado; lo afilado será embotado». Fue siempre generoso y tolerante con las cosas. Nunca hubiera explotado a los demás. Esto puede considerarse la cumbre de la perfección. Kuan Yin y Lao Tan, ellos fueron en verdad hombres grandes y sinceros del pasado.

Y. P. Mei, en W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Chinese Tradition* (Nueva York 1960) 64-65, 70-75, 85.

E. *REFLEXIONES SOBRE LOS DIOSES, EL YO Y DIOS*

299. CONCEPCION NUER DE DIOS

El término nuer que nosotros traducimos por «Dios» es *kwoth,* «espíritu». Para precisar más, los nuers hablan de *kwoth nhial* o *kwoth a nhial,* «espíritu del cielo» o «espíritu que está en el cielo». Hay otros espíritus inferiores que se clasifican como *kuth nhial,* «espíritus de arriba», y *kuth piny,* «espíritus de abajo». Expondré primero la concepción de Dios, porque las restantes ideas acerca de los demás espíritus dependen de aquélla, y sólo en relación con aquélla pueden entenderse...

Podemos afirmar que los nuers no tienen por Dios al cielo o a cualquier otro fenómeno celeste, y así se advierte claramente en la distinción que establecen entre Dios y el cielo en las expresiones «espíritu del cielo» o «espíritu que está en el cielo». Por otra parte, sería erróneo interpretar demasiado al pie de la letra los términos «del cielo» o «en el cielo».

Tampoco sería acertado interpretar la relación que se establece entre Dios y el cielo como pura metáfora, pues si bien el cielo no es Dios, y aunque Dios esté en todas partes, se piensa que está especialmente en el cielo, y los nuers lo conciben generalmente en relación con un espacio y como situado en lo alto. De ahí que todo lo relacionado con el firmamento tenga también relaciones con él. Los nuers dicen a veces que Dios cae con la lluvia o que está en el rayo y en el trueno...

Sería totalmente ajeno al pensamiento nuer, como ya he observado, y a aquel pueblo le parecería incluso absurdo decir que el firmamento, la luna, la lluvia son en sí mismos, aislada o singularmente, Dios. Dios es espíritu, y a semejanza del viento, es también invisible y omnipresente. Pero aunque Dios no sea ninguna de estas cosas, está en ellas en el sentido de que se manifiesta mediante ellas. En este sentido puede decirse que está en el cielo, que cae en la lluvia, que brilla en el sol y en la luna y que sopla en el viento. Estas manifestaciones divinas han de entenderse en el sentido de otras tantas modalidades divinas, pero no como la esencia de Dios, que es espíritu.

Como Dios está en lo alto, todas las cosas de lo alto le están asociadas. De ahí que se relacionen con él los cuerpos celestes y los movimientos y acciones que a éstos se asocian. De ahí que también los espíritus del aire se consideren *gaat kwoth,* «hijos de Dios»

más en especial que otros espíritus, pues viven en el aire o en las nubes, que están más cerca del cielo. Por este motivo se asocian estrechamente a Dios los espíritus *colwic,* pues él los tocó con el fuego del cielo y se los llevó junto a sí...

Los nuers dicen que Dios está en todas partes, que es «como el viento» y «como el aire». Según el Padre Crazzolara, se le pueden aplicar los epítetos de *jiom,* «viento», y *ghau* «universo», pero con estos términos se designa a Dios sólo en la poesía o en un lenguaje alegórico, y vienen a ser ilustraciones del gusto que los pueblos nilóticos muestran en su poesía por la metonimia y la sinécdoque. Dios no es viento, sino *cere jiom,* «como el viento»; tampoco es *ghau,* el «universo», sino *cak ghaua,* el «creador del universo». Otro epíteto poético con el que se le puede designar es *tutgar,* nombre de una especie de toro al que los nuers llaman *wer,* de cornamenta muy desarrollada y abierta, el más majestuoso de sus animales domésticos. Este nombre combina dos palabras, *tut,* que tiene el significado de «fuerza» o «grandeza», y *gar,* que implica la idea de «omnipresente», como ocurre en otro de los títulos que se asignan a Dios, *kwoth me gargar,* el «Dios omnipresente» (*gargar* podría traducirse también por «infinito»). Pero la forma en que más comúnmente tratan los nuers de explicar su idea acerca de la naturaleza de Dios, es decir, que él es como el viento o el aire, una metáfora que a nosotros nos parece apropiada porque la hallamos en toda la literatura hierológica del mundo y porque estamos especialmente familiarizados con ella a través del Antiguo Testamento. Entre los nuers, esta metáfora concuerda no sólo con la ausencia de cualquier morada fija de Dios, sino también con los lugares en que se supone que habita especialmente, porque el aire y el viento están en todas partes. A diferencia de los restantes espíritus, Dios no tiene profetas o santuarios o formas terrenas.

Dios, el espíritu del cielo, semejante al viento y al aire, es creador de todas las cosas, y a todas ellas confiere el movimiento. Como hizo el mundo, en las oraciones se le invoca como *kwoth ghaua,* «espíritu del universo», con el sentido de «creador del universo». El término *cak,* usado como sustantivo, puede significar «creación», es decir, todos los seres creados, y de ahí también el carácter o naturaleza propios de una persona o una cosa. En un sentido muy especial también puede usarse para designar una anormalidad, *cak kwoth,* una cosa monstruosa; también, aunque pienso que raramente, se utiliza como título de Dios, en cuanto creador, en la expresión *cak nath,* «creador de los hombres». Como verbo, con el significado de «crear», se refiere a la creación de la nada, y cuando se aplica a las cosas sólo puede utilizarse consecuentemente en

relación con Dios. Sin embargo, también se aplica, en relación con los hombres, para aludir a las construcciones imaginativas de éstos, como cuando se trata de pensar un nombre para imponerlo a un niño, inventar un relato, componer un poema, y en el mismo sentido en que nosotros decimos que un actor «crea» un personaje. Este término significa, por consiguiente, no sólo la creación de la nada, sino también la creación mediante el pensamiento o la imaginación, de forma que la expresión «Dios creó el universo» tiene el sentido de «Dios pensó el universo» o «Dios imaginó el universo»...

Cuando los nuers hablan de acontecimientos sucedidos *ne walka,* «en el principio», o hace mucho tiempo, o cuando se refieren a sucesos de hace unos días o unas horas, Dios, el espíritu creador, es la explicación definitiva de todo. Cuando se les pregunta cómo empezaron a existir las cosas o por qué son como son, responden que Dios las hizo o que fue su voluntad que llegaran a ser tal como son. Por él fueron hechos los cielos y la tierra y las aguas que hay sobre la tierra y los animales, aves, reptiles y peces, y él es también el autor de las costumbres y tradiciones. Los nuers crían ganado, cultivan el mijo y pescan peces con lanza porque Dios les otorgó todo esto para su sustento. También estableció Dios ciertas prohibiciones relacionadas con el matrimonio y dio poderes espirituales a unos hombres, mientras que los negó a otros. El decretó que los nuers hicieran incursiones entre los dinkas y que los europeos vencieran a los nuers. Hizo a un hombre negro y a otro blanco (según ellos, nuestra piel blanca es un castigo de Dios por el incesto que nuestro antepasado cometió con su madre), a un hombre rápido y a otro lento, a uno débil y a otro fuerte. Todo lo que hay en la naturaleza, en la cultura, en la sociedad y en los hombres es como es porque Dios lo hizo o lo quiso así...

En la concepción nuer, por consiguiente, Dios es el espíritu creador. Pero es también *ran,* «persona viva», cuyo *yiegh,* «aliento vital», sustenta al hombre. Nunca oí a los nuers insinuar que tuviera forma humana; pero, en cambio, como es invisible y está en todas partes, ve y oye todo lo que ocurre y puede sentir ira y amor... Las relaciones del hombre con Dios, al igual que ocurre en otros muchos pueblos, están calcadas sobre el modelo de las relaciones sociales. Dios es el padre de los hombres...

Un término muy difundido para dirigirse a la divinidad es *gwandong,* que significa «abuelo» o «antepasado», y literalmente, «padre viejo», pero en un contexto religioso, lo que mejor traduce el sentido que tiene entre los nuers es «padre» o «padre nuestro»; por otra parte, *gwara* y *gwandan,* «padre nuestro», y el saludo

respetuoso *gwadin,* «padre», se usan también con mucha frecuencia para hablar a o acerca de Dios. Dios es padre de los hombres en dos sentidos: es su creador y es su protector...

Algunas veces se dice que Dios está presente aquí y ahora, pero al mismo tiempo se sigue afirmando que vive muy lejos, en el cielo. Cuando alguien le dirige una plegaria musitándola con los labios, al mismo tiempo tiene los ojos y las manos levantados hacia el lejano cielo. Sin embargo, el cielo y la tierra, es decir, Dios y el hombre, ya que con razón tratamos aquí analógicamente esta dicotomía, no están totalmente separados, sino que se comunican en ambos sentidos. Dios arrebata las almas de aquellos a los que da muerte con el rayo y las lleva a vivir consigo. Estas almas, desde su morada junto a Dios, pueden seguir protegiendo a sus parientes. Dios interviene en los asuntos de los hombres a través de los diversos espíritus que rondan por la atmósfera entre el cielo y la tierra, y que pueden ser considerados como personificaciones de los atributos divinos. También está Dios presente en todas partes conforme a un modo que sólo puede expresarse simbólicamente, como cuando los nuers recurren a la metáfora del viento y el aire para decir que está en todas partes. También pueden los hombres comunicarse con Dios a través de la oración y el sacrificio, al mismo tiempo que el orden social sirve para mantener otro tipo de contacto con Dios, pues se afirma que él lo instituyó y lo vigila como guardián...

E. E. Evans-Pritchard, *Nuer Religion* (Londres 1957) 1-10.

Cf. también n.[os] *2-7, 67, 91, 126, 127.*

300. SABIDURIA, LIBERACION, INMORTALIDAD

(*Shvetāshvatara Upanishad* III, V, VI, fragmentos)

III, 7. Superior a éste es *Brahman,* el supremo, el gran oculto en todas las criaturas conforme a sus cuerpos, el que envuelve el universo. Los hombres, al conocerle como Señor, se hacen inmortales.

8. Conozco a la Persona suprema, de color brillante como el sol, más allá de la oscuridad. Sólo conociéndola se pasa más allá de la muerte. No hay otro camino para ir allá.

9. Más alto que la Persona no hay ninguno, nada hay más pequeño, nada más grande, y él se alza como un árbol plantado en el cielo, y de él, la Persona, todo el universo está lleno.

10. Esto que está más allá de este mundo no tiene forma ni pasión. El que lo conoce se hace inmortal, pero los demás marchan a la tristeza.

11. El que está en los rostros, cabezas y cuellos de todos, que mora en la cueva (del corazón) de todos los seres, que todo lo penetra, él es el Señor, y, por consiguiente, el omnipresente *Siva.*

12. Este es en verdad el gran señor, el impulsor del ser supremo. (El tiene el poder de) alcanzar la realización más pura, la luz imperecedera.

13. Una persona del tamaño de un dedo pulgar es el yo íntimo, que mora siempre en el corazón de los hombres. El es señor del conocimiento ordenado por el corazón y la mente. Quien llega a saber esto se hace inmortal.

14. La Persona tiene mil cabezas, mil ojos, mil pies. Rodea la tierra por todas partes y se extiende diez dedos más allá.

15. La Persona es verdaderamente todo este mundo, lo que ha sido y lo que será. Es también el señor de la inmortalidad, y cuanto crece por el alimento...

19. Sin pies ni manos, (pero) veloz y arrebatador, ve sin ojos y oye sin oídos. Conoce todo cuanto hay que conocer, pero nadie le conoce a él. Lo llaman el Primordial, la Persona Suprema.

20. Más sutil que lo sutil, mayor que lo grande es el Yo que se halla en la cueva (del corazón) de la criatura. Quien le ve como inactivo queda libre de la tristeza, cuando por la gracia del Creador contempla al Señor y su Majestad.

21. Conozco a este indeficiente, antiguo (primordial) Yo de todas las cosas, presente en todas ellas a causa de su infinitud. De él afirman que es la suspensión del nacimiento. Los expositores del *Brahman* afirman de él que es eterno.

V, 9. Este yo viviente ha de considerarse como una parte de la centésima parte de la punta de un cabello dividido en cien partes, pero es al mismo tiempo infinito...

11. En virtud del pensamiento, el tacto, la vista y las pasiones, y por la abundancia de alimento y bebida, se produce el nacimiento y el desarrollo del (yo) encarnado. Conforme a sus obras, el yo encarnado asume sucesivamente diversas formas en varias condiciones.

12. El yo encarnado, conforme a sus propias cualidades, elige (adopta) numerosas formas, groseras y sutiles. Habiendo él mismo causado su unión con ellas, por las cualidades de sus actos y por las cualidades de su cuerpo, es visto como diferente.

13. Al que carece de principio y de final, en medio del caos,

creador de todas las cosas, de múltiples formas, que abarca él solo el universo, el que conoce a Dios queda libre de todas las cadenas.

14. Al que ha de ser captado con el pensamiento, que llaman incorpóreo, que causa la existencia y la no existencia, el piadoso, autor de la creación y sus partes, el Divino, los que le conocen dejan atrás el cuerpo.

VI, 1. Algunos sabios hablan de la naturaleza inherente, otros por igual del tiempo (como causa primera), y se engañan. Pero está la grandeza de Dios en el mundo, que hace girar esta rueda del Brahman.

2. Por él está envuelto siempre este universo, el sabedor, el autor del tiempo, el poseedor de las cualidades y de todo conocimiento. Por él regida (esta) obra (de creación) se despliega, y la vemos como tierra, agua, fuego, aire y éter...

6. Superior y distinto de las restantes formas del árbol del mundo y del tiempo, por él este mundo gira, y él otorga el bien y aleja el mal, señor de la prosperidad. Conociéndole como en el propio yo, inmortal, soporte de todas las cosas, se consigue el Brahman.

7. Aquel en quien está el Supremo Señor de los señores, deidad suprema de las deidades, supremo dueño de los dueños, trascendente, a él reconozcamos como Dios, señor del mundo, adorable.

8. No se hallará acción ni órgano suyos. No se ha visto quien le sea igual o le supere. Su poder supremo se ha manifestado como diverso. La actuación de su inteligencia y su fuerza le es inherente...

10. El Dios uno que, conforme a su propia naturaleza, se cubre como una araña con hilos producidos de *pradhāna* (materia no manifiesta), él nos dé acceso al *Brahman.*

11. El Dios uno oculto en todos los seres, que todo lo penetra, el yo íntimo de todos los seres, el ordenador de todas las obras, que mora en todos los seres, el testigo, el sabedor, el uno único, carente de cualidades.

12. El dominador único de los muchos, inactivo, que hace multiplicarse la semilla única, los sabios que lo perciben como morador de su yo, a ellos y no a otros pertenece la felicidad eterna.

13. El es eterno entre los eternos, inteligente entre las inteligencias, el uno entre los muchos, que otorga los deseos. Esta causa que ha de ser captada por discriminación (del *sāmkhya)* y disciplina *(yoga).* Conociendo a Dios se alcanza la liberación de todas las cadenas...

16. El es hacedor de todas las cosas, conocedor de todas, el

autocausado, el sabedor, el autor del tiempo, el poseedor de las cualidades, el sabedor de todo, el rector de la naturaleza y del espíritu, el señor de las cualidades, la causa de la existencia mundana y de la liberación, de la permanencia y de la atadura.

17. Siendo así, inmortal, existente como el señor, el sabedor, el omnipresente, el guardián de este mundo es él quien gobierna por siempre este mundo, pues no otra causa aparece de este gobierno.

18. Al que desde antiguo crea el Brahma y que, verdaderamente, le entrega los Vedas, a este Dios que es iluminado por su propia inteligencia acudo yo, anhelante de mi liberación, en busca de refugio.

19. Al que carece de partes, de actividad, sereno, irreprochable, sin tacha, el puente supremo hacia la inmortalidad como un fuego con su combustible consumido.

S. Radhakrishnan, *The Principal Upanishads* (Nueva York 1953) 727ss.

301. SHANKARA HABLA SOBRE LA NATURALEZA DE BRAHMAN

Shankara (ca. *788-820), fundador del sistema normativo del hindoísmo filosófico, fue un brahman saivita ortodoxo que abandonó el sur de la India, donde había nacido, para fundar monasterios y para propagar por toda la India su filosofía del Advaita (no dualidad). Shankara extrajo sus doctrinas no sectarias de las Upanishads, insistiendo en la salvación* (moksha), *que entendía como la realización de la identidad del alma individual* (ātman), *a través de la meditación, con el Absoluto* (Brahman). *Como* Brahman *es impersonal, en el Advaita Vedanta se supone que el mundo fenoménico es puramente ilusorio* (māyā), *totalmente extraño a la realidad suprema del absoluto Ser, Conciencia, Bienaventuranza.*

Podría, sin embargo, preguntarse si Brahman es conocido o no conocido (previamente a la investigación acerca de su naturaleza). Si es conocido, no necesitamos emprender una investigación sobre él; si no es conocido, no podemos emprenderla.

Respondemos que Brahman es conocido. Brahman, que es omnisciente y está dotado de todos los poderes, cuya naturaleza esencial es la pureza eterna, la inteligencia y la libertad, existe. Pues si consideramos la etimología del término «Brahman», que viene de la raíz *brih,* «ser grande», entenderemos en seguida que a

Brahman pertenecen la pureza eterna, etc. Más aún, la existencia de Brahman es conocida sobre la base de que es la Entidad de todos los seres. Porque todos son conscientes de la existencia de su propia entidad, y ninguno piensa «no soy». Si no fuera conocida la existencia de esta entidad propia, todos pensarían «no soy». Y esta entidad propia (de la que todos tienen conciencia) es Brahman. Pero si Brahman es conocido generalmente como entidad propia, no hay lugar a una investigación en torno a él. No es así, replicamos nosotros, porque se da un conflicto de opiniones en cuanto a su naturaleza específica. El pueblo ignorante y los lokayatikas opinan que la entidad propia es el simple cuerpo dotado de inteligencia, mientras que otros piensan que lo son los órganos dotados de inteligencia, y otros opinan que el órgano interno es la entidad propia, y algunos la consideran como una idea instantánea, y no faltan los que la identifican con el vacío. Y si atendemos a las opiniones de los que reconocen la autoridad del Veda, unos afirman que hay un ser transmigrante distinto del cuerpo, etc., que es a la vez agente y receptor (de los frutos de la acción); otros enseñan que el ser es receptor, no actor; otros creen que además de las almas individuales hay un Señor omnisciente y todopoderoso. Otros, finalmente (los vedantines), afirman que el Señor es la entidad propia del receptor (es decir, del alma individual cuya existencia individual es sólo aparente, producto de la ignorancia).

Hay, por tanto, muchas y muy diversas opiniones, basadas algunas de ellas en argumentos sólidos y en los textos escriturísticos, y parte en argumentos capciosos y en textos escriturísticos mal interpretados. Todo el que se adhiera a una de estas opiniones sin previa reflexión se cerrará a sí mismo el paso hacia la bienaventuranza suprema y sufrirá una dolorosa pérdida.

(I, 1, 1)

Quien conoce al Brahman supremo se convierte en Brahman

Este mismo Brahman supremo constituye —como sabemos por ciertos pasajes del orden de «eso eres tú»— la naturaleza real del alma individual *(ātman)*, mientras que su segunda naturaleza, es decir, aquel aspecto suyo que depende de unas condiciones limitativas ficticias, no es su naturaleza real. Pues mientras el alma individual no se libere de la ignorancia en forma de dualidad —ignorancia que podría compararse con el error que sufre el que entre dos luces confunde un poste con un hombre— y no se eleve al conocimiento de la entidad propia, cuya naturaleza es conocimiento

inmutable y eterno —que se expresa en la fórmula «yo soy Brahman»—, permanece en la condición de tal alma individual. Pero cuando, prescindiendo del agregado del cuerpo, los órganos sensoriales y la mente, llega, por medio de la Escritura, al conocimiento de que no es ella misma ese agregado, es decir, que no forma parte de la existencia sometida a la transmigración, sino que es lo verdadero, lo real, la entidad cuya naturaleza es el puro entendimiento, conociéndose como perteneciente a la naturaleza del entendimiento inmutable y eterno, se eleva sobre el engaño de la identificación con el cuerpo, y pasa a ser entidad, cuya naturaleza es el entendimiento inmutable y eterno. Como se pone de manifiesto en el pasaje escriturístico, «el que conoce el Brahman supremo se convierte en Brahman» (*Mundaka Upanishad* III, 2, 9), ésta es la verdadera naturaleza del alma individual, gracias a la cual se eleva por encima del cuerpo y aparece en su forma propia.

(I, 3, 19)

Sólo hay un Señor siempre inmutable, cuya sustancia es conocimiento [es decir, que el conocimiento no es en él un mero atributo], *y que, a causa de la ignorancia, se manifiesta de diversos* modos, igual que un taumaturgo, en virtud de sus poderes mágicos, aparece bajo diversas formas.

... A la entidad suprema, que es eternamente pura, inteligente y libre, que nunca cambia, que es singularmente una y con nada está en contacto, carente de forma, erróneamente se atribuyen las características contrarias del alma individual, igual que los ignorantes atribuyen al éter, que es incoloro, el color azul.

(I, 3, 19)

La serpiente y la cuerda

Un hombre puede confundir en la oscuridad un trozo de cuerda caído en el suelo con una serpiente, y echar a correr lleno de miedo y temblando. Pero otro hombre puede decirle: «No tengas miedo, es sólo una cuerda, no una serpiente», y entonces el primero desechará el temor que le inspiraba la supuesta serpiente y dejará de seguir corriendo. Pero lo cierto es que su noción errónea primera y el hecho de haberla abandonado después, en el sentido de que la cuerda era una serpiente, no suponen diferencia alguna por lo que afecta a la cuerda en sí. Exactamente igual es el caso del alma individual, que es en realidad una misma cosa con el alma superior, aunque la ignorancia hace que parezcan distintas.

(I, 4, 6)

Si el alma individual y la Entidad suprema difieren sólo en cuanto al nombre, y siendo materia establecida que el conocimiento perfecto tiene como objeto propio la unidad absoluta de ambas, carece de sentido insistir, como hacen algunos, en una pluralidad de entidades, afirmando que el alma individual es distinta de la Entidad suprema y la Entidad suprema del alma individual. Porque a esta Entidad se dan nombres diversos, pero es una sola. Tampoco el pasaje «el que conoce a Brahman como que es real, inteligencia, infinito, escondido en la cueva» *(Taittirīya Upanishad* II, 1) se refiere a una cueva distinta de la morada del alma individual. Que es precisamente el Brahman lo que está escondido en la cueva es algo que sabemos por otro pasaje, el que dice «habiéndolo producido, entró en ello» *(Taittirīya Upanishad* II, 6), según el cual sólo el creador entró en los seres creados. Los que insisten en la distinción entre el alma individual y la Entidad suprema se oponen al verdadero sentido de los textos del Vedanta, se estancan por ello en el camino del conocimiento perfecto, que es la puerta de la bienaventuranza perfecta, y suponen sin fundamento alguno que la liberación ya está realizada, y que, por tanto, no es eterna. Y si acaso tratan de demostrar que *moksha,* aunque ya realizada, es eterna, entran en conflicto con la sana lógica.

(I, 4, 22)

Brahman y el mundo

Que Brahman es al mismo tiempo la causa activa del mundo es una conclusión que hemos de deducir de la circunstancia misma de que no hay otro ser rector. Ciertamente, las causas materiales ordinarias, como los puñados de barro y los fragmentos de oro, dependen, para configurarse en vasos y joyas, de causas operativas extrañas, como son los alfareros y los orfebres. Pero fuera de Brahman como causa material no hay otra causa activa a la que pueda recurrir la causa material. Porque la Escritura dice que antes de la creación existía Brahman sin segundo.

Por otra parte, puede establecerse la ausencia de cualquier otro principio rector distinto de la causa material por el argumento al que se recurre en el Sutra, es decir, la concordancia con las formulaciones promisorias y los ejemplos ilustrativos. Si se admitiera un principio rector distinto de la causa material, de ahí se seguiría que nada puede ser conocido a través de una cosa, con lo que las formulaciones promisorias y los ejemplos ilustrativos resultarían pura estupidez. La Entidad es, por consiguiente, la causa activa, ya que no hay otro principio rector, y también la causa material, ya

que no hay otra sustancia de la que el mundo haya podido originarse.

(I, 4, 23)

Cuando el durmiente despierta...

Todo el conjunto de la existencia fenoménica se considera verdadero mientras no se produzca el conocimiento de Brahman como Entidad de todo, del mismo modo que el fantasma de un sueño se considera verdadero mientras el que duerme no despierta. Porque mientras un individuo no ha llegado al verdadero conocimiento de la unidad de la Entidad, no penetra en su mente la convicción de que el mundo de los efectos con sus medios y objetos de recto conocimiento y sus resultados de las acciones es falso. Este, en consecuencia de su ignorancia, atiende sólo a los efectos (tales como el cuerpo, la progenie, la riqueza, etc.) como parte y pertenencia de su entidad, olvidando que Brahman es en realidad la Entidad de todo. De ahí que mientras no se imponga el verdadero conocimiento, no hay razón para que el curso ordinario de la actividad religiosa y secular no se mantenga imperturbado. Este caso es análogo al de un hombre dormido que en sus sueños ve muchas cosas, y que, hasta el momento de despertar, está convencido de que sus ideas son producidas por una percepción real, sin sospechar que su percepción es mera apariencia.

(II, 7, 14)

G. Thibaut, *Shankara's Commentary on Vedanta Sutra* I, en *Sacred Books of the East* XXXIV (Oxford 1890) 14-15, 185-186, 190, 251, 282-283, 285-286, 324.

302. RAMANUJA HABLA SOBRE BRAHMAN: «HAY QUE MEDITAR SOBRE BRAHMAN COMO SI CONSTITUYERA EL YO DEL DEVOTO QUE MEDITA»

Ramanuja (ca. *1017-1137), un maestro vaisnavita del sur de la India, que sentó las bases filosóficas para las nuevas formas del hindoísmo devocional* (bhakti), *surgido en Tamilnad y que luego se difundió por el norte a partir del siglo IX, enseñó, al igual que Shankara, en diversas regiones de la India y escribió numerosos comentarios. Su sistema, llamado* Vishishtādvaita *(«no dualidad cualificada»), algunas de cuyas enseñanzas proceden de los* pāncharātras, *difería del Advaita por insistir en la realidad del mundo*

fenoménico y la distinción esencial entre el alma individual y un Dios personal (Visnú). La salvación, que se alcanza por el camino de la piedad personal o por el abandono del yo (parpatti) *en manos de la gracia divina, hace que el alma entre en un estado que no supone la aniquilación ni la absorción, sino el amor en la presencia eterna de Dios.*

¿Cómo pueden pretender los devotos que Brahman, que es un ser distinto, es su propio «yo»? Porque los textos les permiten tomar esta relación como si estuviera libre de contradicciones. «El que morando en la Entidad es distinto de la Entidad, al que no conoce la Entidad, del que la Entidad es el cuerpo, que rige la Entidad desde dentro, ése es tu Entidad, tu rector íntimo, el inmortal» *(Brihad-āranyaka Upanishad* III, 7, 3); «en el Verdadero tienen su raíz todos estos seres, moran en el Verdadero, descansan en el Verdadero; en él todo lo que existe tiene su Entidad» *(Khata Upanishad* VI, 8); «todo esto ciertamente es Brahman» *(Khata Upanishad* III, 14, 1). Todos estos textos enseñan que todos los seres sensitivos y no sensitivos proceden de Brahman, están inmersos en él, alientan por él, son regidos por él, constituyen su cuerpo, de forma que él es la Entidad de todos ellos. Del mismo modo, por consiguiente, que, sobre la base del hecho de que el alma individual ocupa con respecto al cuerpo la posición de Entidad, nosotros formulamos juicios de coordinación como «soy un dios» o «soy un hombre», el hecho de que la entidad individual sea de la naturaleza de la Entidad nos justifica cuando consideramos nuestro propio yo como perteneciente a la Entidad suprema. Sobre el presupuesto de que todas las ideas se basan finalmente en Brahman y que, por consiguiente, todas las ideas denotan en última instancia a Brahman, los textos llegan a hacer formulaciones de mutua implicación, como «yo soy tú, oh divinidad sagrada, y tú eres yo». En cuanto a la relación que media entre el alma individual y la Entidad suprema, no hay verdadera contradicción entre dos series aparentemente contradictorias de textos, es decir, los que niegan que el alma individual sea distinta de la Entidad suprema; así: «Si un hombre medita sobre otra divinidad, pensando 'la divinidad es una cosa y yo soy otra', es que no tiene conocimiento»; «El es incompleto. Que medite sobre sí mismo como Entidad»; «Todo abandona a aquel que contempla algo aparte de la Entidad» *(Brihad-āranyaka Upanishad* I, 4, 10; II, 4, 6). Por otra parte, están los textos en que se expone la idea de que el alma y la Entidad suprema son cosas distintas. «Pensando en la Entidad (individual) y en el Motor como diferentes» *(Shvetāshvatara Upanishad* I,

6). Porque nuestra concepción implica una negativa de la diferencia en la medida en que el «yo» individual es de la misma naturaleza que la Entidad, e implica un reconocimiento de la diferencia en cuanto que permite diferenciar la Entidad suprema del alma individual, del mismo modo que ésta se diferencia de su cuerpo. La expresión «El es incompleto» (de uno de los textos antes citados) se refiere al hecho de que Brahman, que es distinto del alma, constituye la Entidad del alma, mientras que el alma constituye el cuerpo de Brahman. A partir de ahí se establece la conclusión de que se ha de meditar en Brahman como que constituye la Entidad del devoto que medita.

G. Thibaut, *Ramanuja's Commentary on Vedanta-Sutras* IV, 1, 3, en *Sacred Books of the East* XLVIII (Oxford 1904) 717-718.

303. DUALISMO ZOROASTRICO. PRESENTACION SISTEMATICA

(*Shikand Gumāni Vazār,* cap. VIII)

Mardán-Farrukh, el autor del «Shikand Gumani Vazar», un «Tratado analítico para superar las dudas», vivió en el siglo IX d. C. Según R. C. Zaehner, «su obra es en ciertos aspectos el más interesante de todos los libros zoroástricos, ya que ofrece una justificación filosófica del dualismo zoroástrico en forma más o menos coherente. Contiene además una crítica pormenorizada de los credos monoteístas, el Islam, el judaísmo y el cristianismo, así como un ataque contra el rival dualista del zoroastrismo, el maniqueísmo». El gran mérito del dualismo zoroastrista consiste en liberar a Dios de toda sospecha de connivencia con el mal y en explicar cómo la creación fue necesaria.

1) Otra prueba de que existe un principio contrario es que 2) en el mundo pueden verse el bien y el mal, 3) y más particularmente en cuanto que la buena [y la mala] conducta pueden ser observadas como tales, 4) como lo son la luz y las tinieblas, 5) el recto conocimiento y el conocimiento erróneo, 6) la fragancia y el hedor, 7) la vida y la muerte, 8) la enfermedad y la salud, 9) la justicia y la injusticia, 10) la esclavitud y la libertad 11) y todas las restantes actividades contrarias que indiscutiblemente existen y son visibles en todo país y lugar y en todos los tiempos; 12) pues no hay país o lugar ni lo ha habido ni habrá 13) en que el nombre de lo bueno y lo malo y lo que este nombre significa no haya existido

o no exista. 14) Ni se pueden mencionar un tiempo o un lugar en que el bien y el mal cambien de naturaleza esencialmente.

15) Hay además otros contrarios cuyo antagonismo no es de esencia, sino de función, especie o naturaleza. 16) Tal es el antagonismo de las cosas que tienen la misma naturaleza, como macho y hembra, 17) los distintos olores, sabores y colores; el sol, la luna y las estrellas, cuyas desemejanzas no son de sustancia, sino de función, naturaleza y constitución, por estar cada uno de los elementos adaptado a su actividad particular. 18) Pero la desemejanza del bien y del mal, la luz, las tinieblas y otras sustancias contrarias no es de función, sino de sustancia. 19) Así puede verse en el hecho de que sus naturalezas no pueden combinarse y son mutuamente destructivas. 20) Pues donde está el bien no puede darse en modo alguno el mal. 21) Donde se admite la luz, es expulsada la oscuridad. 22) Lo mismo ocurre con otros contrarios; el hecho de que no pueden combinarse y son mutuamente destructivos se observa en los fenómenos del mundo material.

24) El mundo material es efecto del mundo espiritual, y el espiritual es su causa, 25) porque el efecto se entiende a través de su causa. 26) Que lo primero da testimonio de lo segundo es evidente para todo el que esté versado en estas materias. 27) Que lo material es el efecto y lo espiritual la causa puede probarse por el hecho de que 28) toda cosa visible y tangible pasa de un estado no manifiesto a un estado manifiesto...

35) Puesto que hemos visto que en el mundo material existen sustancias contrarias y que en muchas ocasiones colaboran entre sí, mientras que en otras se destruyen mutuamente, así ha de ser también en el mundo espiritual, 36) que es la causa del mundo material, 37) siendo las cosas materiales sus efectos. Que ello es así es algo tan claro que no puede caber duda 38) y se sigue de la naturaleza misma de las sustancias contrarias. 39-40) Antes he demostrado que la razón y ocasión de la sabia actividad del Creador, ejemplarizada en el acto creador, es la existencia de un Adversario...

57) La bondad del Creador sabio puede inferirse del acto de creación y del hecho de que cuide y proteja a sus criaturas, de que ordene y enseñe una forma y un método por el que el mal puede ser rechazado y el pecado evitado, 58-60) y porque él rechaza y cierra el paso al Adversario que ataca al cuerpo; de los órganos y facultades del cuerpo, afligidos por el dolor y la enfermedad que les vienen de fuera y que están también dentro del cuerpo...

64) El dolor y la muerte son los que destruyen el cuerpo, no el Creador, cuyo designio es bueno, y que preserva y mantiene el

cuerpo. 65) Así es claramente porque un Creador sabio no se arrepiente de cuanto ha hecho, 66) ni destruye sus criaturas ni las hace ineficaces, 67) porque es sabio y omnisciente. 68) Sólo es posible atribuir arrepentimiento por lo que se ha hecho a quien tiene un conocimiento defectuoso, cuya razón es imperfecta y que ignora el resultado final, 69) pues las personas sabias y conscientes no realizan sus actos sin causa y ocasión. 70) Del mismo modo, los actos de los ignorantes de inteligencia perversa, que desconocen el resultado final, se producen al azar, sin causa ni ocasión.

71) Pero el sabio Creador dispondrá sabiamente y actuará en consecuencia con discreción para alejar de sus criaturas al Adversario, cuyas acciones son azarosas y que no conoce el resultado final. 72) Este, el demonio, cuyas acciones son azarosas, está cercado y limitado dentro de una trampa y un lazo; 73) pues es claro que una sustancia móvil y viva no puede ser destruida o relegada a un vacío infinito, ni hay seguridad alguna contra su capacidad de causar daño, 74) a menos que sea circunscrita, desarraigada y hecha cautiva. 75) Cuando ya está circunscrita y hecha cautiva, es susceptible de ser sometida al dolor y a un fuerte castigo. 76) Pero hasta que no sea plenamente consciente de su dolor y de que sus actos se basan en un conocimiento erróneo, seguirá manteniendo sus conceptos erróneos acerca de lo que le ha ocurrido. 77) Su experiencia del dolor se debe al poder absoluto del Creador omnipotente.

78) Una vez que ha llegado al pleno conocimiento de lo que sufre a manos de la omnipotencia, el Creador sabio la deja inactiva y la hunde en el vacío infinito. 79) No la temerá entonces la buena creación; será inmortal y quedará libre de la adversidad. 80) Perfecta es la sabiduría y la discriminación del Creador omnisciente del bien, y perfecta es su presciencia de lo que se debe hacer...

103) De ahí podemos inferir 104) que cuanto es perfecto y completo en su bondad no puede producir el mal. 105) Si pudiera producirlo, no sería perfecto, 106) pues cuando una cosa se describe como perfecta, no queda lugar en ella para nada que no lo sea; 107) y si no queda lugar para lo que no lo sea, ninguna otra cosa puede proceder de ella. 108) Si Dios es perfecto en su bondad y en su ciencia, está claro que la ignorancia y el mal no pueden proceder de él; 109) y si es que pueden, entonces ello significaría que no es perfecto; 110) y si no es perfecto, no se le debería rendir culto como Dios o como perfectamente bueno.

111) Si el bien y el mal tuvieran su origen en Dios, él sería imperfecto por lo que a la bondad se refiere. 112) Y si es imperfecto con respecto a la bondad, también será imperfecto en cuanto

al recto conocimiento. 113) Y si es imperfecto en cuanto al recto conocimiento, también será imperfecto en cuanto a la razón, la conciencia, el entendimiento, y ha de ser imperfecto también en cuanto a la salud; 115) y si es imperfecto en cuanto a la salud, ha de estar enfermo; 116) y si ha de estar enfermo, entonces es imperfecto en cuanto a la vida.

R. C. Zaehner, *The Teachings of the Magi* (Londres 1956) 59-66.

Cf. también n.os 60, 37-39, 290.

304. EPICURO HABLA SOBRE LOS DIOSES

(*Carta a Meneceo,* 123-126)

Epicuro (342?-270 a. C.) fue el fundador y principal exponente de la escuela filosófica que lleva su nombre. Nació en la isla de Samos y enseñó en Atenas a partir del año 306 a. C.

Creemos ante todo que Dios es un ser incorruptible [es decir, inmortal e inmutable] y bienaventurado, tal como lo dice la idea común de Dios que está grabada en la mente, y nada le atribuimos que sea contrario a su incorrupción o que desdiga de su bienaventuranza, y acerca de él creemos todo cuanto concuerda con su bienaventuranza e incorrupción. Pues ciertamente hay dioses, ya que su conocimiento es materia de percepción inmediata. Pero no son lo que cree la mayor parte de los hombres, que no se preocupan de representarlos como creen que son realmente. Porque el hombre irreligioso no es el que niega los dioses de la mayoría, sino el que aplica a los dioses las opiniones de la mayoría. Porque lo que la mayoría dice acerca de los dioses no son concepciones derivadas de la idea innata [*prolepsis*], sino falsas suposiciones [*hypolepseis*], conforme a lo cual los mayores males aplastan a los malvados y las mayores bendiciones recaen sobre los buenos por designio de los dioses. Los hombres, en efecto, están acostumbrados a sus propias virtudes, y por ello acogen bien a los que le son semejantes, pero consideran extraño todo cuanto les es desemejante.

Acostúmbrate a la idea de que la muerte nada significa para nosotros. Todo el bien y el mal, en efecto, consiste en la sensación, y la muerte es tan sólo verse privado de sensación. Por eso el com-

prender que la muerte nada significa para nosotros nos permite aceptar la condición mortal de nuestra vida, no añadiendo a ésta una prolongación ilimitada del tiempo, sino suprimiendo el deseo de la inmortalidad. Pues en la vida nada tiene que temer el hombre que de verdad ha entendido la idea de que nada terrible hay en el no vivir. Locura es temer a la muerte, pues ésta no es dolorosa cuando llega, sino sólo en su previsión. Porque lo que no nos produce ningún daño cuando llega, sólo puede causarnos un dolor vacío cuando sufrimos al preverlo. La muerte, el más terrible de todos los males, nada significa para nosotros, pues mientras existimos, la muerte no existe para nosotros, y cuando la muerte llega, somos nosotros los que ya no existimos. La muerte, por tanto, no afecta ni a los vivos ni a los muertos; para los primeros, simplemente no existe, y en cuanto a los segundos, son ellos los que ya no existen.

En cuanto a la mayoría, unas veces huyen de la muerte como del peor de todos los males, pero otras la desean como un descanso de los males que llenan la vida. El sabio, en cambio, ni trata de librarse de la vida ni teme dejar de vivir, pues ni le disgusta la vida ni el no vivir le parece un mal. Lo mismo que, con respecto al alimento, no trata de apoderarse de la mayor porción, sino de obtener la más sabrosa, lo que le importa no es disfrutar [literalmente, recoger como un fruto] de la más larga vida, sino de la vida más agradable que pueda ser.

Cf. F. C. Grant, *Hellenistic Religions* (Nueva York 1953) 157-58.

Cf. también n.º 139.

305. DOCTRINA ISLAMICA DE DIOS

(Jamal ad-Din al-Qasimi)

Lo que creen los musulmanes acerca del Santo y Excelso es que él es un solo Dios y que no tiene igual. Existe desde la eternidad, y no tiene precedente, y seguirá existiendo sin fin, pues nadie le ha de suceder. Es eterno, no tiene fin y seguirá sin ser desplazado; nunca ha cesado ni cesará de ser. Se le han de aplicar los atributos de la Majestad. No le amenaza consumación o ruptura por cese de la perpetuidad o por expiración de plazos fijos. Por el contrario (LVII, 3), «es el primero y el último, el exterior y el interior,

y conoce todas las cosas». Pero no es un cuerpo que haya sido formado ni se parece a cosa creada alguna ni cosa creada alguna se le parece. El espacio no le contiene; las tierras [1] y los cielos no le contienen, aunque está sentado en el Trono en la forma que él dice y en el sentido que él da a entender [2]. Está por encima del Trono y de los cielos, por encima de todas las cosas, pero al mismo tiempo por debajo de las profundidades del abismo acuoso [3]. El que esté por encima no le hace quedar más cerca del Trono y de los cielos o más lejos de la tierra y del abismo acuoso. Por el contrario, está muy por encima del Trono o de los cielos, y muy por debajo de la tierra y del abismo acuoso, y a pesar de esto, está muy cerca de todo cuanto existe. Está más cerca del hombre que su vena yugular (I, 16/15), aunque esta proximidad no se asemeja a la cercanía corporal, del mismo modo que su ser esencial no se asemeja al ser esencial de las cosas corpóreas. No se apoya en ninguna cosa, del mismo modo que ninguna cosa se apoya en él. Muy por encima está del ser circunscrito por el espacio, del mismo modo que está muy lejos del ser limitado por el tiempo. Ciertamente, él era antes. El creó el tiempo y el espacio, y es hoy como era antes.

El entendimiento conoce que él existe en su ser esencial. Como tal ser esencial será captado por la vista en la morada perdurable [4], como un acto de gracia de su parte y como un acto de amor hacia los justos, perfeccionando de cierto modo sus mercedes al permitirles ver su noble rostro. El es —exaltado sea— vivo, poderoso, fuerte, vencedor, libre de toda mengua e incapacidad. «No le toma el sueño ni dormita» (II, 255/256), ni fenece ni la muerte le vence. Nadie más que él puede crear e inventar, pues sólo él es capaz de producir e innovar. Sabe todo lo que se puede saber, conoce todo cuanto ocurre desde las más hondas profundidades de la tierra hasta las más elevadas alturas de los cielos, de forma que ni el peso de un átomo existe sin que él lo sepa en el cielo o en la tierra. Conoce el paso de una hormiga negra sobre una piedra oscura en medio de la noche, y percibe el movimiento de una mota

[1] En plural porque hay siete tierras, del mismo modo que hay siete cielos.

[2] Se trata del famoso problema de *istiwāʿ*, que tanto ha preocupado siempre a los teólogos mulsulmanes. En el Corán se afirma siete veces que Alá *istawā* sobre el Trono; si la frase se aplicara a un monarca terreno, significaría que «se sentó en el trono».

[3] *Ath-tharā,* en la cosmología antigua, significa lo que está por debajo de las profundidades últimas. La sura XX, 6/5 dice: «A él pertenece lo que hay en los cielos, lo que hay sobre la tierra, lo que hay entre ambos y lo que hay por debajo de *tharā*».

[4] *Dār al-Qarār* es uno de los nombres del Paraíso, por lo que en este caso se alude a la doctrina islámica de la visión beatífica.

de polvo en el aire. «Conoce lo secreto y lo más oculto» (XX, 7/6). Sabe lo que se propone el hombre en su conciencia, los movimientos de su fantasía y sus secretos más escondidos, y todo esto lo conoce con un conocimiento que viene de toda la eternidad y dura hasta la eternidad, pues nunca dejará de tener este atributo.

El —exaltado sea— es el que decide que las cosas existentes existan, el que dispone las cosas que han de ocurrir, pues nada sucede en el mundo visible o en el mundo invisible[5] a no ser en virtud de su determinación, su decreto, su decisión, su voluntad, de forma que existe lo que él quiere que exista, y no existe lo que él no quiere que exista, y nadie hay que pueda oponerse a su mandato o imponer cambio alguno a sus decisiones. El —exaltado sea— ve y oye (XXII, 61/60). Nada hay susceptible de ser oído, por débil que sea, que no lo oiga él, y nada susceptible de ser visto, por minúsculo que sea, que esté oculto a su vista. La distancia no le impide oír, ni la oscuridad entorpece su vista, pero su oído y su vista no se asemejan al oído y la vista de las criaturas, del mismo modo que su ser esencial no se parece al ser esencial de las criaturas. El —exaltado sea— también habla, tanto para obligar como para perdonar, para prometer y para amenazar. El Corán, la Torá, el Evangelio y el Salterio son Escrituras suyas que él confió a sus mensajeros. Sobre ellos sea la paz. El —exaltado sea— habló también a Moisés con el habla que es un atributo de su esencia y no una cosa creada que pueda perecer ni una cosa creada que se pueda agotar.

El —exaltado sea— es único en el sentido de que además de él no existe ninguna otra cosa sino lo que él quiso que llegara a existir por un acto suyo, actuando con equidad del modo mejor y más perfecto, más completo y justo. Es sabio en todas sus acciones y en todos sus decretos. Todo cuanto no es él mismo, sean hombres, jinn o ángeles, sea tierra o cielo, sea animal o planta o mineral, sea percibido por la mente o por los sentidos, es una nueva creación que él ha producido en virtud de su poder, que ha sido sacada de la no existencia y producida como una cosa creada cuando antes no era cosa. El existía en la eternidad, por lo que estaba sólo y nadie había a su lado. Luego produjo la creación para demostrar su poder y para hacer verdad la palabra que él había pronunciado en la eternidad. Y no es que tuviera necesidad alguna de ella, pues por pura gracia crea y produce y actúa, no por necesidad, y concede

[5] *Mulk wa malakūt.* Ambas palabras significan «reino», pero se refieren más particularmente al reino de las cosas que se ven y al reino de las cosas que no se ven.

sus favores como un don y no como una obligación. Porque sólo él otorga favores y beneficios, bendiciones y gracias.

A. Jeffery, *Islam: Muhammad and His Religion* (Nueva York 1958) 90-92.

Cf. también n.os 70-73, 231-237, 252, 268, 269.

306. LA ESENCIA DEL ISLAM

(Al-Malatí, *Kitāb at-Tanbīh)*

Ibn ʿUmar ha dicho: el Islam está edificado sobre cinco cosas: la confesión de que no hay más Dios que Alá, la recitación de las plegarias *(salat)*, dar las limosnas prescritas *(zakat)*, ir en peregrinación a la Casa (es decir, la Caaba de La Meca) y ayunar durante el [mes de] Ramadán. Esto es lo que nos transmitió el Apóstol de Alá, pero además está la guerra santa *(jihad)*, que es una cosa excelente. Dijo Hudaifa: Ciertamente, conozco gente de dos religiones entre la gente de vuestra religión, dos religiones que están destinadas al fuego del infierno, es decir, gente que dice que la religión es asunto de palabras [y que un hombre puede ser un verdadero creyente] aunque fornique y mate, y los que dicen [que los hombres pueden ser verdaderos creyentes] aunque protejan el error, afirmando que no hay cinco plegarias al día, sino sólo dos: la plegaria de la mañana y la plegaria de la noche.

Abdallah al-Yashkuri dijo: Una vez fui a Kufa para comprar unas mulas, y entré en la mezquita, en la que había un hombre de Qais llamado Ibn al-Muntafiq, que estaba diciendo: Alguien me habló del Apóstol de Alá, y lo que decía me resultó tan agradable que decidí ir a La Meca en su busca, pero me dijeron que estaba en Muna. Entonces marché a Muna en su busca, pero me dijeron que estaba en ʿArafat. Finalmente lo encontré y me acerqué a él, y me aproximé tanto a él que pude sujetar la brida de su montura —o quizá dijo: hasta que pude sujetar la collera de su montura— de forma que estaban cruzados los cuellos de nuestras dos cabalgaduras. Yo le dije: «Hay dos cosas sobre las que quiero preguntarte. ¿Qué me salvará del infierno y qué me asegurará la entrada en el Paraíso?». El alzó la vista hacia el cielo y luego volvió hacia mí su rostro, y dijo: «Aunque lo has dicho brevemente, has tocado un asunto inmenso y que necesitaría una larga respuesta. Sin embargo, esto he de decirte: Adorarás a Alá y no pondrás nada a su lado, recita las oraciones que han sido prescritas, ayuna durante

el mes de Ramadán, pórtate con los demás como quieres que ellos se porten contigo, no rechaces a los que acuden a ti, permitiéndoles que lo hagan, y deja suelta la rienda de mi cabalgadura».

Por al-Hasan se sabe que el Apóstol de Alá dijo: «Oh hijos de Adán, la plegaria aparta de la inmoralidad, pero vosotros no rezáis». Ibn ʿAbbas citaba el versículo (XXXV, 10/11): «Hasta él se eleva la palabra buena, y él exaltará la acción justa», y decía: La palabra buena consiste en nombrar a Alá, y la acción justa es cumplir los deberes religiosos prescritos *(faraʾid)*. Así, quien menciona a Alá mientras cumple con su deberes religiosos queda en el recuerdo de Alá y es elevado hasta los cielos, pero el que nombra a Alá sin cumplir los deberes prescritos se encontrará con que sus palabras le son tomadas a cuenta de sus obras, que es lo que podía esperar. Dijo el Apóstol de Alá: «Lo primero de que un hombre habrá de dar cuenta serán sus deberes religiosos *(faraʾid)*. Si alguien es hallado deficiente en ellos, [Alá dirá:] ¿Tiene mi siervo algunas obras voluntarias *(tatawwuʿ)?* Y si aparecen éstas, dirá: Compensad lo que falta de deberes prescritos *(faraʾid)* con las obras voluntarias *(tatawwuʿ)*».

Según Kaʿab, el Apóstol de Alá dijo: «Todo el que haga las oraciones y dé las limosnas legales y escuche y obedezca tendrá la suerte mediana de la fe. Pero el que ama y odia sólo por Alá, el que da y quita sólo por Alá, ha alcanzado la fe perfecta». A la delegación que vino de parte de ʿAbd al-Qais dijo el Apóstol de Alá: «Os mando cuatro cosas, la primera de las cuales es creer en Alá. ¿Sabéis qué es creer en Alá?». Ellos contestaron: «Consiste en dar testimonio de que no hay más Dios que Alá, en hacer las oraciones, en dar las limosnas legales y en entregar la quinta parte del botín» [2].

Dijo Ibn ʿUmar: «Hay tres [cosas necesarias] de las que si un hombre tiene dos, pero carece de la tercera, [su religión] no sería aceptable. [Estas tres cosas son] la oración, el ayuno y purificarse de lo que hace al hombre legalmente impuro *(janaba)*».

A. Jeffery, *Islam: Muhammad and His Religion* (Nueva York 1958) 81-83.

[1] Obras buenas desde el punto de vista de la práctica religiosa, pero que no se cuentan entre las obras prescritas *(faraʾid)*. Un ejemplo pueden ser las plegarias que, por devoción, se ofrecen además de las cinco diarias que están mandadas.

[2] Se alude a las prescripciones de la sura VIII, 41/42.

BIBLIOGRAFIA

Primera parte: *Dioses, diosas y seres sobrenaturales*

N.° 1. Sobre los seres supremos de los «primitivos» y los dioses supremos, cf. las bibliografías recogidas en M. Eliade, *Tratado de historia de las religiones* I (Ed. Cristiandad, Madrid 1974) 142-155. Para el estudio de los materiales australianos, cf. R. Pettazzoni, *Dio* I: *L'essere celeste nelle credenze dei popoli primitivi* (Roma 1922) 1-40; íd., *L'onniscienza di Dio* (Turín 1955) cap. XXI; W. Schmidt, *Der Ursprung der Gottesidee* III (Münster 1931) *passim;* A. P. Elkin, *The Australian Aborigines* (Sydney [3]1959) 196ss; W. E. A. Stanner, *On Aboriginal Religion:* «Oceania» 30 (1959); 31 (1960); 32 (1961); M. Eliade, *Religions australiennes* (París 1972).

N.os 1ss. Sobre los materiales africanos, cf. R. Pettazzoni, *Dio* I (op. cit.) 186-259; íd., *Miti e Leggende* I (Africa, Australia) 3-401; íd., *L'onniscienza di Dio* (Turín 1955) cap. I; W. Schmidt, *Ursprung der Gottesidee* IV (Münster 1933), VII (Münster 1941), VIII (Münster 1949); J. G. Frazer, *The Worship of Nature* (Londres 1926) 89-315; E. W. Smith (ed.), *African Ideas of God: A Symposium* (Londres 1950), y las bibliografías citadas en M. Eliade, *Tratado de historia de las religiones* I (Ed. Cristiandad, Madrid 1974) 142-143; D. Zahan, *Espiritualidad y pensamiento africanos* (Ed. Cristiandad, Madrid 1980).

N.os 8ss. Sobre América del Norte y del Sur, cf. bibliografías citadas en M. Eliade, *Tratado de historia de las religiones* I (op. cit.) 145; W. Schmidt, *Ursprung der Gottesidee* II y V (Münster 1937); íd., *High Gods in North America* (Oxford 1933); R. Pettazzoni, *Dio* I (op. cit.) 260-348; íd., *L'onniscienza di Dio* (op. cit.) caps. XXII-XXIV; íd., *Miti e Leggende* III (América del Norte), IV (América Central y del Sur).

N.° 13. Sobre el sol divino, cf. bibliografías citadas en M. Eliade, *Tratado de historia de las religiones* I (op. cit.) 185-187; J. G. Frazer, *The Worship of Nature* (Londres 1926) 441-667.

N.° 14. Sobre el señor de los animales, cf. R. Pettazzoni, *L'onniscienza di Dio* (Turín 1955); J. M. Cooper, *The Northern Algonquian Supreme Beings* (Washington 1934); O. Zerries, *Wild-und-Buschgesiter in Südamerika* (Stuttgart 1954); A. Hultkrantz, *The Owner of the Animals in the Religion of the North American Indians,* en íd. (ed.), *The Supernatural Owners of Nature* (Estocolmo 1961) 53-64; I. Paulson, *Schultzgeister und Gottheiten des Wildes in Nordeurasien* (Estocolmo 1961); I. Paulson, *The Animal Guardian: A Critical and Synthetic Review:* «History of Religions» 3 (1964) 202-219.

N.° 15. Sobre Hainuwele y las divinidades *dema,* cf. A. E. Jensen, *Hainuwele: Volkerzählungen von der Molukkeninsel Ceram* (Stuttgart 1948); A. E. Jensen, *Mito y culto entre pueblos primitivos* (México 1966); J. Campbell, *The Masks of God: Primitive Mythology* (Nueva York 1959) 173ss, 188ss.

N.º 17. Sobre las religiones egipcias, cf. las bibliografías de J. Vandier, *La religion egyptienne* (París 1944) 1-9; H. Bonnet, *Reallexikon der Ägyptischen Religionsgeschichte* (Berlín 1952); H. Frankfort, *Ancient Egyptian Religion* (Nueva York 1961); R. T. Rundle Clark, *Myth and Symbol in Ancient Egypt* (Londres 1959); W. Helkck, *Die Mythologie der alten Ägypter,* en H. W. Hausig (ed.), *Wörterbuch der Mythologie* I, 315-406.

N.os 21ss. Sobre los textos religiosos indios (védicos y brahmánicos) traducidos al inglés, cf. las bibliografías recogidas por N. J. Hein, *Hinduism,* en Ch. J. Adams (ed.), *A Reader's Guide to the Great Religions,* 46-53. Sobre el *Bhagavadgita* y el culto de Krishna, cf. *ibíd.,* 62ss. En A. Daniélou, *Hindu Polytheism* (Nueva York 1964) hay un considerable número de textos traducidos.

Bibliografía de traducciones inglesas de textos budistas, en R. A. Gard, *Buddhism,* en Ch. J. Adams (ed.), *A Reader's Guide to the Great Religions* (op. cit.) 111ss. Enumeración de textos selectos, en E. Conze, *Buddhism: Its Essence and Development* (Oxford 1951) 225-226.

N.º 29. Cf. *The Lotus of the Wonderful Law* (trad. de W. Soothill, 1930).

N.º 30. Har Dayal, *The Boddhisattva Doctrine in Buddhist Sanskrit Literature* (Londres 1932); cf. Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 148.

N.º 31. Sobre los dioses japoneses, cf. las bibliografías de M. Kitagawa, *The Religions of Japan,* en Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 168-169.

N.os 32ss. Sobre los dioses griegos, cf. W. K. C. Guthrie, *The Greeks and Their Gods* (Londres 1950); W. F. Otto, *The Homeric Gods* (1954); K. Kerényi, *Dionysos* (Munich 1976).

N.º 36. Sobre Zalmoxis, cf. C. Clement, *Zalmoxis:* «Zalmoxis. Revue des Études Religieuses» 2 (1939) 53-62; K. Meuli, *Scythica:* «Hermes» 70 (1935) 127-176, espec. 162ss; R. Pettazzoni, *Il «monoteismo» dei Geti,* en *Studia in Honorem Acad. D. Decev* (Sofia 1958) 649-655.

N.os 37-39. Sobre las traducciones de los *Gathas,* cf. R. C. Zaehner, *The Dawn and Twilight of Zoroastrianism* (Londres 1961) 340-341. Hemos seguido la traducción de J. Duchesne-Guillemin, *The Hymns of Zoroaster* (Londres 1952). Bibliografía crítica de los textos y sus interpretaciones por los distintos investigadores, en J. Duchesne-Guillemin, *La Religion de l'Iran ancien* (París 1962) 17-70. Cf. también G. Dumézil, *Naissance d'archanges* (París 1945); íd., *Los dioses de los indoeuropeos* (Barcelona 1970); íd., *L'idéologie tripartie des Indo-Européens* (Bruselas 1958).

Sobre las religiones iranias en general, cf. R. C. Zaehner, *The Dawn and Twilight* (op. cit.); íd., *Zurvan: A Zoroastrian Dilemma* (Oxford 1955); J. Duchesne-Guillemin, *La Religion de l'Iran ancien* (op. cit.); íd., *Symbols and Values in Zoroastrianism* (Nueva York 1966); G. Widengren, *Die Religionen Irans* (Stuttgart 1965) 360-375, con bibliografía; íd., *Iranische Geisteswelt* (Baden-Baden 1961).

N.os 40ss. Sobre el profeta Mahoma y sus biografías, cf. bibliografías críticas en Ch. J. Adams, *A Reader's Guide to the Great Religions* (op. cit.), 293-299. Sobre las traducciones del Corán, cf. *ibíd.,* 300-301. Para las obras críticas sobre el Corán, cf. *ibíd.,* 302-305.

Una buena biografía de Mahoma es la de Tor Andrae, *Mohammed:*

The Man and His Faith (Nueva York 1935); estudio más minucioso, en W. Montgomery Watt, *Muhammad at Mecca* (Oxford 1953) y *Muhammad at Medina* (Oxford 1956).

Segunda parte: *Mitos de la creación y de los orígenes*

N.ᵒˢ 44ss. Sobre los diversos tipos de mitos cosmogónicos, cf. Ch. H. Long, *Alpha: The Myths of Creation* (Nueva York 1963) y la bibliografía citada en las pp. 248-251; S. G. F. Brandon, *Creation Legends of the Ancient Near East* (Londres 1963); *La naissance du monde* (Col. «Sources Orientales»; París 1959), con textos cosmogónicos del Próximo Oriente antiguo, India, Irán, Tíbet, China, Laos, Siam; cf. también F. Lukas, *Die Grundbegriffe in den Kosmogonien der alten Völker* (Leipzig 1893); A. Kuhn, *Berichte über den Weltanfang bei den Indochinesen und ihren Nachbarvölkern* (Leipzig 1935); W. Münsterberger, *Ethnologische Studien an Indonesischen Schöpfungsmythen* (La Haya 1939); H. Baumann, *Das doppelte Geschlecht* (Berlín 1955) 164ss, 184ss, 268ss; A.-B. Helbom, *The Creation Egg:* «Ethnos» 28 (1963) 63-105. Cf. también R. Pettazzoni, *Essays on the History of Religions* (Leiden 1954) 24ss; M. Eliade, *Mito y realidad* (Madrid 1968).

N.º 49. Sobre el mito del «buceador de la tierra», cf. M. Eliade, *Le plongeon cosmogonique:* «Revue de l'Histoire des Religions» 109 (1961) 157-212.

N.º 53. Sobre las tradiciones mitológicas y cosmológicas japonesas, cf. la bibliografía de J. M. Kitagawa, *The Religions of Japan,* en Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 175ss. Estudio comparativo en F. K. Numazawa, *Die Weltänfange in der japanischen Mythologie* (París-Lucerna 1946).

N.º 54. Sobre los mitos egipcios de la creación, cf. la bibliografía recogida en S. Sauneron y J. Yoyotte, *La naissance du monde selon l'Egypte Ancienne,* en *La naissance du monde* (op. cit.) 88ss.

N.º 55. Sobre la cosmogonía babilónica, cf. A. Heidel, *The Babylonian Genesis* (Chicago 1954).

N.º 59. Sobre el mito cosmogónico de Hesíodo, cf. introducción (pp. 7-48) y bibliografía (p. 49) en *Hesiod's Theogony* (Nueva York 1953). Cf. también W. Staudacher, *Die Trennung von Himmel und Erde. Ein vorgriechischer Schöpfungsmythus bei Hesiod un die Orphikern* (Tubinga 1942).

N.º 60. Sobre la cosmogonía irania, cf. J. Duchesne-Guillemin, *La Religion de l'Iran ancien* (París 1962) 207ss.

N.º 61. Sobre la *Völuspá,* cf. J. de Vries, *Altgermanische Religionsgeschichte* II (Berlín ²1957) 359ss.

N.ᵒˢ 62ss. Sobre la creación del hombre, cf. los materiales recogidos por J. G. Frazer, *Folklore in the Old Testament* I (Londres 1919) 3-44.

N.ᵒˢ 68ss. Sobre los mitos del origen de la muerte, cf. J. G. Frazer, *Folklore in the Old Testament* I (op. cit.) 45-77; H. Abrahamsson, *The Origin of Death: Studies in African Mythology* (Upsala 1951).

N.ᵒˢ 73-74. Sobre el relato del diluvio en el *Poema de Guilgamesh,* cf. A. Heidel, *The Gilgamesh Epic and Old Testament Parallels* (Chicago 1946);

para los mitos del Gran Diluvio, cf. J. G. **Frazer,** ***Folklore in the Old*** *Testament* I (op. cit.) 104-361.

Tercera parte: *El hombre y lo sagrado*

N.os 75-77. Sobre el mundo sagrado y el simbolismo cósmico, cf. M. Eliade, *El mito del eterno retorno* (Madrid 1972) cap. I; íd., *Lo sagrado y lo profano* (Madrid 1967) cap. I y la bibliografía de las pp. 209-213. También, L. Munford, *The City in History* (Nueva York 1961); W. Müller, *Die heilige Stadt* (Stuttgart 1961).

N.os 78-79. Sobre las religiones australianas, cf. R. M. y C. H. Berndt, *The World of the First Australian* (Chicago 1964) 185-278; M. Eliade, *Religions Australiennes* (París 1972).

N.os 80-81. Sobre la vida y el tiempo sagrados, cf. M. Eliade, *Lo sagrado y lo profano* (op. cit.) cap. II y la bibliografía de las pp. 209-213.

N.os 85ss. Sobre la teoría del animismo de Tylor, cf. R. H. Lowie, *The History of Ethnological Theory* (Nueva York 1937) 68ss; A. E. Jensen, *Mito y culto entre pueblos primitivos* (México 1966) 315-322; sobre el alma divina, *ibíd.,* 323-338.

N.º 89. Sobre el *mana,* cf. la bibliografía de M. Eliade, *Tratado de historia de las religiones* I (op. cit.) 63-64.

N.os 91ss. Sobre los diferentes tipos de sacrificios, cf. H. Hubert y M. Mauss, *Sacrifice: Its Nature and Function* (Chicago 1964); E. O. James, *Sacrifice and Sacrament* (Nueva York 1962); G. Gusdorf, *L'expérience humaine du sacrifice* (París 1948); A. Loisy, *Essai historique sur le Sacrifice* (París 1920); A. Vorblicher, *Das Opfer, auf den uns heute noch erreichbaren ältesten Stufen der Menschheitsgeschichte* (Mödling bei Wien 1956).

N.º 93. Estudio histórico-comparativo del sacrificio del caballo en W. Koppers, *Pferdeopfer und Pferdekult der Indogermanen:* «Wiener Beiträge zur Kulturgeschichte und Linguistik» 4 (1936) 279-411.

N.os 101ss. Sobre mito y rito, cf. H. Frankfort, *The Problem of Similarity in Ancient Near Eastern Religion* (Londres 1951); S. H. Hooke, *Myth and Ritual: Past and Present,* en su *Myth, Ritual and Kingship* (Oxford 1958) 1-21; S. G. F. Brandon, *The Myth and Ritual Position Critically Considered,* en S. H. Hooke (ed.), *Myth, Ritual and Kingship* (op. cit.) 261-291.

N.º 119. Sobre el concepto de *pūjā,* cf. bibliografía de Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.), 53-54.

N.º 121. Sobre la devoción a Buda, cf. H. de Lubac, *Amida* (París 1954).

N.º 124. Sobre las peregrinaciones, cf. estudios comparativos (Israel, Islam, India, China, Japón, etc.) en el volumen *Les Pélerinages* («Sources Orientales» III; París 1960). Cf. también Agehananda Bharati, *Pilgrimage in the Indian Tradition:* «History of Religions» 3 (1963) 135-167.

N.os 134ss. Sobre la religión védica, cf. bibliografía en Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.), 49-50.

N.os 142ss. Sobre los diversos tipos de iniciación, cf. M. Eliade, *Rites and*

Symbols of Initiation (Nueva York 1965); C. J. Bleeker (ed.), *Initiation* (Leiden 1965).

N.^{os} 148ss. Sobre los misterios eleusinos y helenísticos, cf. bibliografías en G. E. Mylonas, *Eleusis and the Eleusinian Mysteries* (Princeton 1961); S. Angus, *The Mystery-Religions and Christianity* (Londres 1925); M. Eliade, *Rites and Symbols of Initiation (op. cit.)* 162ss.

N.º 156. Sobre la piedad personal en la época helenística, cf. A.-T. Festugière, *Personal Religion among the Greeks* (Berkeley-Los Angeles 1960), y las bibliografías de F. C. Grant, *Ancient Roman Religion* (Nueva York 1957) 215ss; íd., *Hellenistic Religions: The Age of Syncretism* (Nueva York 1953) 105ss.

N.º 157. Sobre el budismo esotérico del Japón, cf. bibliografía en Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 178.

Cuarta parte: *Muerte, ultratumba y escatología*

General

Sobre la muerte y las exequias, cf. las bibliografías de J. Wach, *Sociology of Religion* (Chicago 1944) 66ss (n.^{os} 73-88), y de F. Heiler, *Erscheinungsformen und Wesen der Religion* (Stuttgart 1961) 515-517. Cf. también E. Brendann, *Death Customs* (Londres 1930); B. Y. Jouin, *La mort et la tombe* (París 1949); J. N. Schofield, *Archaeology and the After-life* (Londres 1951); G. Pfannmüller, *Tod, Jenseits und Unsterblichkeit* (Munich-Basilea 1953).

Sobre concepciones y creencias primitivas relacionadas con la muerte y el más allá, cf. F. Shercke, *Über das Verhalten der Primitiven zum Tode* (Langensalza 1923); J. G. Frazer, *The Belief in Immortality and the Worship of the Dead* (3 vols.; Londres 1933-1936); R. Moss, *The Life after Death in Oceania and the Malay Archipelago* (Londres 1925); Th. Körner, *Totenkult u. Lebensglauben bei den Völkern Ost-Indonesiens* (Leipzig 1936); H. J. Sell, *Der schlimme Tod bei den Völkern Indonesiens* (La Haya 1955); O. Pettersson, *Jabmek and Jabmeaino: A Comparative Study of the Dead and the Realm of the Dead in Lappish Religion* (Lund 1957).

N.^{os} 158-159. Sobre el mito del descenso de Ishtar a los infiernos y la concepción babilónica de la muerte y del más allá, cf. A. Heidel, *The Gilgamesh Epic and Old Testament Parallels* (Chicago 1946) 119ss; E. Ebeling, *Tod und Leben nach den Vorstellungen der Babylonier* (Berlín-Leipzig 1931).

N.^{os} 160ss. Sobre la concepción indo-irania de la muerte, cf. E. Arbmann, *Tod und Unsterblichkeit in vedischen Glauben:* «Archiv für Religionswissenschaft» 25-26 (1927-1928) 339-387, 187-240; A. B. Keith, *Religion and Philosophy of the Veda* (Cambridge, Mass. 1925) 413-432; cf. también K. Ranke, *Indogermanische Totenverehrung* I (Helsinki 1951); H. Hartmann, *Der Totenkult in Irland* (Heidelberg 1952).

N.º 165. Sobre las creencias oceánicas, cf. las obras de J. G. Frazer y R. Moss citadas al principio de esta sección bajo el apartado de *General*.

N.os 166ss. Sobre el ritual funerario y las concepciones acerca de la muerte en Egipto, cf. H. Bonnet, *Reallexikon der ägyptischen Religionsgeschichte* (Berlín 1952) 828ss; C. E. Sander-Hansen, *Der Begriff des Todes bei den Ägyptern* (Copenhague 1942); J. Zande, *Death as an Enemy, according to Ancient Egyptian Conception* (Leiden 1960).

N.o 171. Sobre las láminas de oro, cf. J. Harrison, *Prolegomena to the Study of Greek Religion* (Cambridge 1903) 583ss; W. K. C. Guthrie, *Orpheus and the Greek Religion* (Londres 1935) 171ss.

N.o 172. Sobre la concepción irania de la otra vida, cf. N. Söderblom, *La vie future d'après le Mazdéisme* (París 1901); J. D. C. Pavry, *The Zoroastrian Doctrine of a Future Life* (Nueva York ^{2}1929).

Sobre el juicio de los muertos en el Próximo Oriente antiguo, India, China, Japón, etc., cf. *Le jugement des morts* («Sources Orientales» IV; París 1961).

N.o 173. Sobre el chamán como guía del alma, cf. M. Eliade, *El Chamanismo* (México 1960).

N.os 178ss. Sobre las concepciones romanas y griegas de la muerte y el más allá, cf. E. Rohde, *Psyche: The Cult of Souls and Belief in Immortality among the Greeks* (Nueva York y Londres 1925); F. Cumont, *After-Life in Roman Paganism* (New Haven 1923); íd., *Lux Perpetua* (París 1949); C. H. Moore, *Ancient Beliefs in the Immortality of the Soul: Our Debt to Greece and Rome* (Nueva York 1931).

Sobre las representaciones orientales y paleocristianas del otro mundo, cf. A. Parrot, *Le «Refrigerium» dans l'au-delà* (París 1937).

N.os 184s. Sobre los mitos polinesios del tipo de Orfeo, cf. M. Eliade, *El Chamanismo* (op. cit.) 288ss. Sobre el mismo tema en el chamanismo norteamericano, cf. *ibíd.*, 229ss; A. Hultkrantz, *The North American Indian Orpheus Tradition* (Estocolmo 1957).

N.o 186. Sobre las concepciones islámicas referentes al Paraíso, cf. M. Asín Palacios, *La escatología musulmana en la Divina Comedia* (Madrid-Granada ^{2}1943).

N.os 188ss. Sobre los mitos en que se describe el fin del mundo, cf. W. Bousset, *The Antichrist Legend* (Londres 1896); A. Olrik, *Ragnarök, die Sagen vom Weltuntergang* (Berlín 1922); J. de Vries, *Altgermanische Religionsgeschichte* II (Berlín ^{2}1957) 392-405; M. Eliade, *Mito y realidad* (op. cit.) 54ss.

N.o 189. E. Lamotte, *Prophéties relatives à la disparition de la Bonne Loi*, en R. de Berval (ed.), *Présence du Bouddhisme* (Saigón 1959) 657-668.

N.o 190. Sobre las ideas zoroástricas relativas al fin del mundo, cf. R. C. Zaehner, *The Dawn and Twilight of Zoroastrianism* (Londres 1961) 312ss.

N.os 191ss. Sobre las creencias islámicas, cf. R. Eklund, *Life between Death and Resurrection according to Islam* (Upsala 1941).

N.os 149ss. Sobre los cultos del carguero y los modernos movimientos mesiánicos, cf. P. Worsley, *The Trumpet Shall Sound* (Londres 1957); K. O. L. Burridge, *Mambu: A Melanesian Millennium* (Londres 1960); G. Guariglia, *Prophetismus und Heilserwartungsbewegungen als völkerkundliches und religionsgeschichtliches Problem* (Horn-Viena 1953);

S. L. Thrupp (ed.), *Millennial Dreams in Action: Essay in Comparative Study* (La Haya 1962); V. Lanternari, *The Religions of the Oppressed: A Study of Modern Messianic Cults* (Nueva York y Londres 1963); W. E. Mühlmann, *Chiliasmus und Nativismus* (Berlín 1961); I. C. Jarvie, *Theories of Cargo Cults: A Critical Analysis:* «Oceania» 34 (1963) 1-31, 108-136; M. Eliade, *Mefistófeles y el Andrógino* (Madrid 1969) 159-199.

N.os 194-195. Bibliografía con las obras más importantes sobre la Danza del Espíritu, publicadas después de 1896 en A. F. C. Wallace, Introducción a la nueva edición (Chicago 1965) VIIIss.

Quinta parte: *Especialistas de lo sagrado. Hechiceros, místicos y fundadores de religiones*

N.os 198ss. Sobre la iniciación de los hechiceros australianos, cf. A. P. Elkin, *Aboriginal Men of High Degree* (Sydney 1945).

N.º 202. Sobre el chamanismo norteamericano, cf. W. Z. Park, *Shamanism in Western North America: A Study in Cultural Relationship* (Evanston-Chicago 1938); M. Bouteiller, *Chamanisme et guérison magique* (París 1950); M. Eliade, *El Chamanismo* (op. cit.) 229ss.

N.os 203ss. Sobre los diversos tipos de iniciaciones y sesiones chamánicas, cf. M. Eliade, *El Chamanismo* (op. cit.) *passim.*

N.º 210. Sobre la magia negra, cf. E. E. Evans-Pritchard, *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande* (Oxford 1937); cf. también la bibliografía recogida en M. Eliade, *Tratado de historia de las religiones* I (op. cit.) 63s.

N.º 211. Sobre la realeza divina en Africa, cf. bibliografía de Ch. H. Long, *Primitive Religion,* en Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 19.

N.º 214. Sobre el *flamen dialis,* cf. las numerosas obras de G. Dumézil, resumidas en su *L'Idéologie tripartie des Indo-européens* (Bruselas 1955).

N.os 218ss. Sobre las diferentes formas de la ascesis, cf. O. Hardmann, *The Ideals of Ascetism. Am Essay in the Comparative Study of Religion* (Londres 1924); P. V. Kane, *History of Dharmashastra* II, 2 (Poona 1941) 917-975; cf. también las bibliografías recogidas en M. Eliade, *Yoga: Immortality and Freedom* (Nueva York y Londres 1958) 381-385, 391-392, 404-405, 409-410, 419-420, 423-425.

N.º 224. Sobre Zaratustra, cf. la bibliografía citada, *supra,* n.os 37-39.

N.os 225ss. Sobre Buda y el budismo, cf. la bibliografía citada *supra,* n.os 21ss, 29, 30.

N.os 231ss. Sobre Mahoma y el Islam, cf. las bibliografías citadas *supra,* n.os 40ss.

N.º 238. Sobre los métodos y efectos del éxtasis en época helenística, cf. las bibliografías de F. C. Grant, *Hellenistic Religions: The Age of Syncretism* (Nueva York 1953) 151, 169.

N.os 239-242. Sobre las técnicas del Yoga, cf. M. Eliade, *Yoga: Immortality and Freedom* (op. cit.) *passim* y p. 372.

N.os 243ss. Sobre el budismo del País Puro, cf. bibliografías de J. M. Kitagawa, en Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 170, 178-179.

N.os 247ss. Sobre el budismo Zen, cf. D. T. Suzuki, *Manual of Zen Buddhism* (Kyoto 1935); íd., *Essays in Zen Buddhism* (3 vols.; Londres 1927, 1933, 1934); H. Dumoulin, *A History of Zen Buddhism* (Nueva York 1963).

N.° 251. Sobre la ascensión de Mahoma, cf. M. Asín Palacios, *La escatología musulmana en la Divina Comedia* (Madrid-Granada ^{2}1943); G. Widengren, *Muhammad, the Apostle of God, and His Ascension* (Upsala 1951).

N.os 252ss. Sobre la mística musulmana, cf. la bibliografía de Ch. J. Adams, *Islam,* en íd. (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 326ss.

Sexta parte: *Especulaciones sobre el hombre y Dios*

N.os 260, 262, 272-273. Sobre la especulación religiosa egipcia, cf. J. H. Breasted, *Development of Religion and Thought in Ancient Egypt* (Londres 1912); J. A. Wilson, *The Culture of Ancient Egypt* (Chicago 1951); H. Frankfort, J. A. Wilson, Th. Jacobsen, *El pensamiento prefilosófico* (2 vols.; México ^{3}1967), en que se estudian y comparan los mitos y especulaciones teóricas de Egipto y Mesopotamia. Cf. también H. Frankfort, *Kingship and the Gods* (Chicago 1948); íd., *Ancient Egyptian Religion* (Nueva York 1961) 59ss, 88ss; S. G. F. Brandon, *Man and His Destiny in the Great Religions* (Manchester 1962) cap. II.

N.os 264ss. Sobre el pensamiento religioso de la India, cf. F. Edgerton, *The Beginnings of Indian Philosophy: Selections from the Rig Veda, Atharva Veda, Upanishads and Mahabharata* (Cambridge, Mass. 1965); J. N. Farquhar, *An Outline of the Religious Literature of India* (Oxford 1920); L. Renou, *Religions of Ancient India* (Londres 1953); S. Radhakrishnan y Ch. A. Moore (eds.), *Source Book in Indian Philosophy* (Princeton 1957); W. Theodore de Bary (ed.), *Sources of Indian Tradition* (Nueva York 1958); Surendranath Dasgupta, *A History of Indian Philosophy* (5 vols.; Cambridge 1922-1955); S. Radhakrishnan, *Indian Philosophy* (2 vols.; Londres 1927); H. Zimmer, *Philosophies of India* (Nueva York 1951). Cf. también las bibliografías compiladas por N. J. Heris, *Hinduism,* en Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 56ss, 68ss; R. Panikkar, *El silencio de Dios* (Madrid 1970); íd., *La loi du Karma et la dimension historique de l'homme,* en E. Castelli (ed.), *La théologie de l'histoire* (París 1971); íd., *The Law of Karman and the Historical Dimension of Man:* «Philosophy East and West» 22 (1972) 25-43.

Sobre la interpretación del *Bhagavadgītā,* cf. F. Edgerton, *The Bhagavad Gītā* (Nueva York 1964) 105-194.

N.° 265. Sobre el mito, la religión y la filosofía en la antigua Grecia, cf. W. K. C. Guthrie, *The Greeks and Their Gods* (op. cit.) caps. X-XII; íd., *The Greek Philosophers, from Thales to Aristotle* (Londres 1950); R. B. Onians, *The Origins of European Thought about the Body, the Mind, the Soul, the World, Time and Fate* (Cambridge ^{2}1954); B. Snell, *The Discovery of the Mind: The Greek Origins of European Thought* (Nueva York 1960); S. G. F. Brandon, *Man and His Destiny in the Great Religions* (op. cit.) cap. V.

N.º 267. Sobre la religión romana en relación con la filosofía, cf. la bibliografía de F. C. Grant, *Ancient Roman Religion* (Nueva York 1957) 59-60.

N.ºs 269, 270, 305-306. Sobre la filosofía musulmana, cf. bibliografía de Ch. J. Adams, *Islam,* en íd., *A Reader's Guide* (op. cit.) 312-316. También H. Corbin, *Histoire de la philosophie islamique* (París 1964) 348-363.

N.ºs 270-271. Sobre las especulaciones filosóficas arcaicas, cf. Paul Radin, *Primitive Man as Philosopher* (Nueva York ²1957); M. Griaule, *Dieu d'Eau* (París 1948); P. Tempels, *Philosophie bantoue* (1949).

N.ºs 272, 273. Cf. *supra,* n.ºs 260, 262.

N.º 275. Sobre el jainismo, cf. W. Schubring, *Der Jainismus,* en A. Bareau, W. Schubring y Ch. von Fürer-Haimendorf, *Die Religionen Indiens* III (Stuttgart 1964); W. Schubring, *The Doctrine of the Jainas* (Delhi-Benares-Patni 1962); H. von Glasenapp, *Der Jainismus, eine indische Erlösungsreligion* (Berlín ²1964); A. L. Basham, *Jainism,* en Th. de Bary (ed.), *Sources of Indian Tradition* (op. cit.) 38-92.

N.ºs 276ss. Sobre Ashoka, cf. V. A. Smith, *Asoka, the Buddhist Emperor of India* (Oxford 1901); J. Przyluski, *La légende de l'empereur Asoka* (París 1923).

N.ºs 280-281. Sobre las religiones de China, cf. las bibliografías compiladas por W. A. C. H. Dobson, en Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 31-44.

N.ºs 282-289. Sobre las filosofías budistas, cf. las bibliografías de R. A. Gard, en Adams (ed.), *A Reader's Guide* (op. cit.) 124-128.

N.º 303. Sobre las doctrinas zoroástricas, cf. las bibliografías citadas *supra,* n.ºs 37-39.

N.ºs 305, 306. Cf. *supra,* n.ºs 269, 270.

* * *

La más completa y segura bibliografía existente en estos momentos sobre la historia del pensamiento religioso la encontrará el lector en la obra de M. Eliade, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas,* tomo I: *De la Prehistoria a los misterios de Eleusis,* pp. 389-492, y tomo II: *De Gautama Buda al triunfo del cristianismo,* pp. 403-418. En ella analiza Eliade con criterio crítico las principales obras publicadas sobre ambos períodos. (Nota del editor).

INDICE DE REFERENCIAS CRUZADAS ETNICAS Y GEOGRAFICAS

Asia

Europa antigua

Primitivos (sociedades preliterarias)

Próximo Oriente antiguo

ILUSTRACIONES

PUEBLOS PRIMITIVOS

MESOAMERICA

PERSIA Y MESOPOTAMIA

EGIPTO

INDIA

ISLAM

GRECIA Y ROMA

INDICE GENERAL

SEGUNDA PARTE

MITOS DE LA CREACION Y DE LOS ORIGENES

TERCERA PARTE

EL HOMBRE Y LO SAGRADO

CUARTA PARTE

MUERTE, ULTRATUMBA Y ESCATOLOGIA

QUINTA PARTE

ESPECIALISTAS DE LO SAGRADO. HECHICEROS, MISTICOS Y FUNDADORES DE RELIGIONES

SEXTA PARTE

ESPECULACIONES SOBRE EL HOMBRE Y DIOS

INDICE DE ILUSTRACIONES

Persia y Mesopotamia

El Egipto de los faraones

India, China, Japón

Islam

Grecia

Los misterios de Eleusis

Roma

Iniciación en los misterios dionisíacos